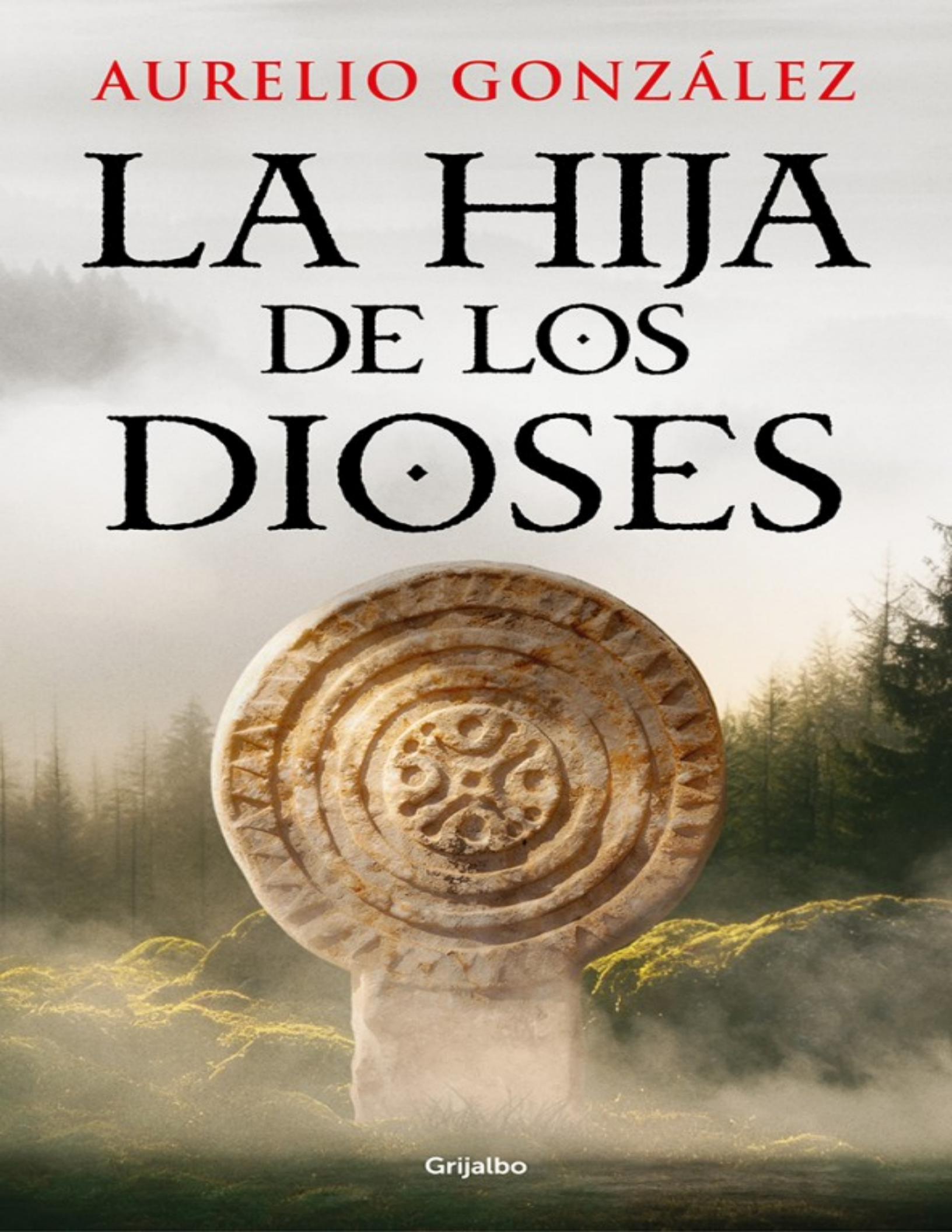
AURELIO GONZÁLEZ

LA HIJA DE LOS DIOSES

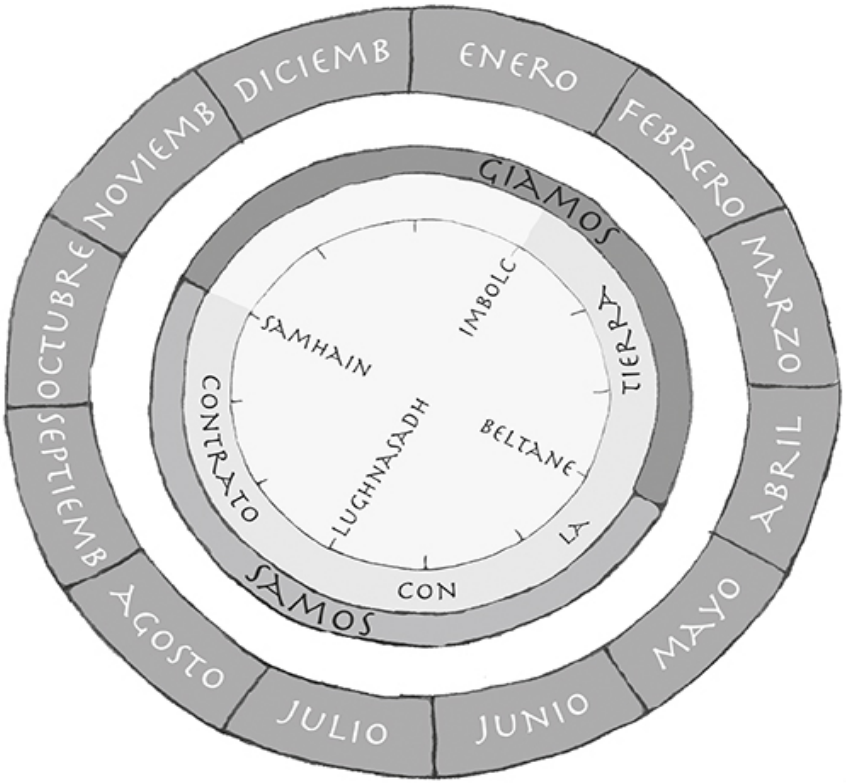


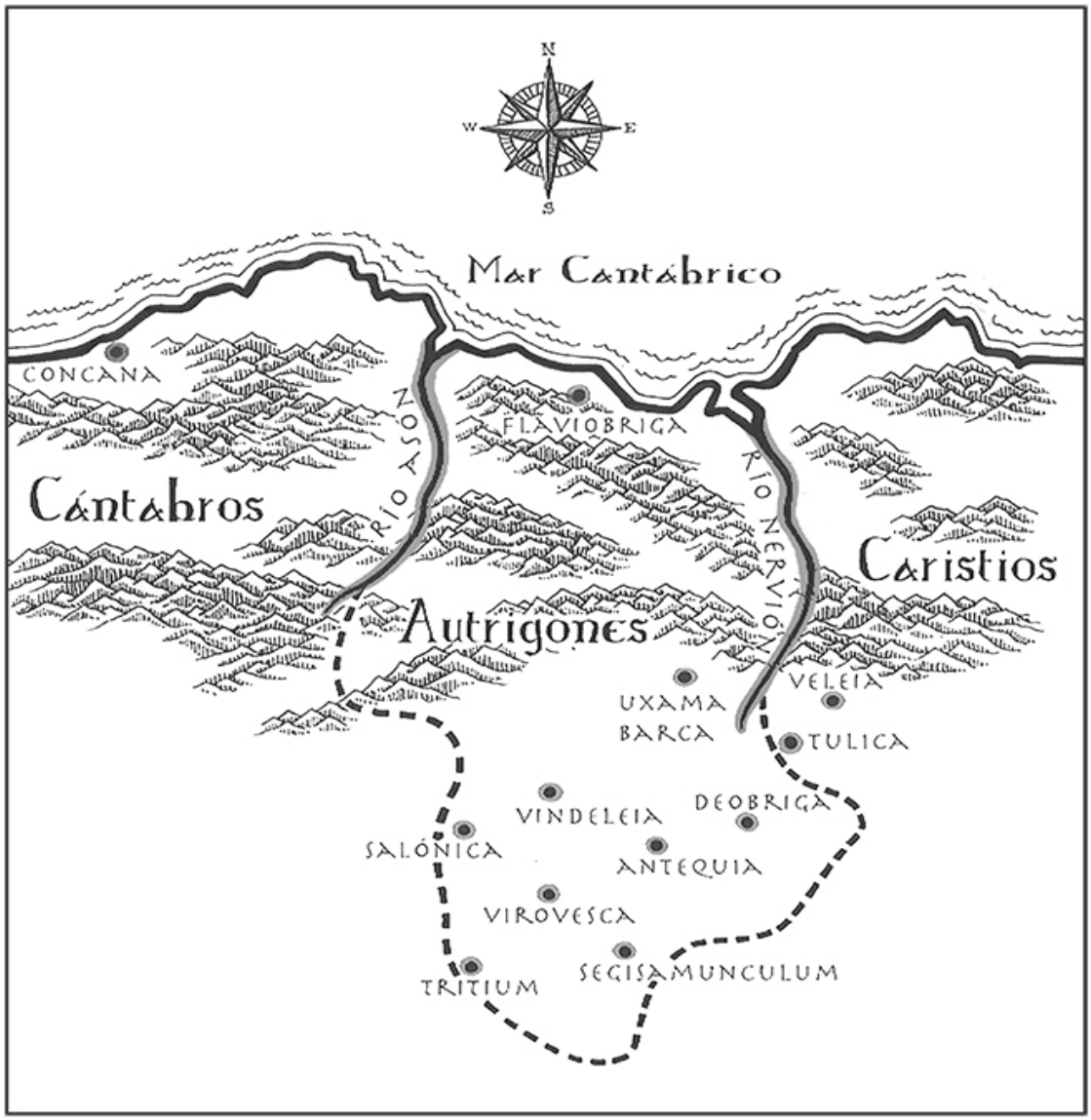
Grijalbo

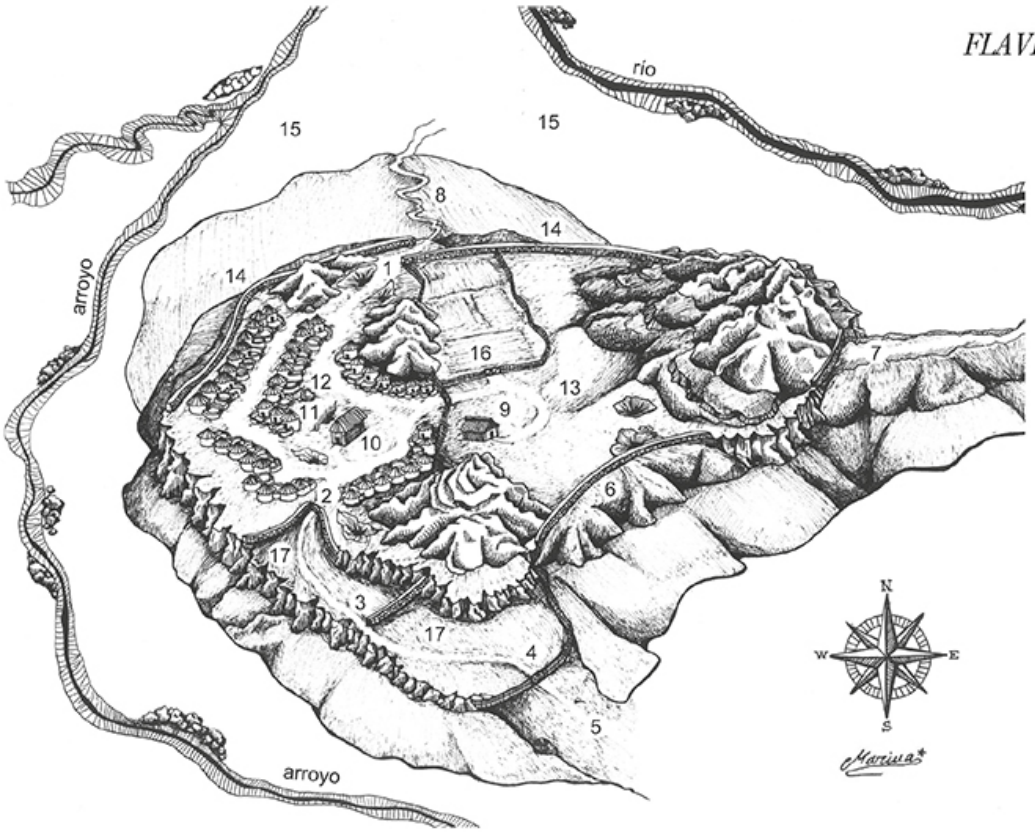
AURELIO GONZÁLEZ

La hija de los dioses

Grijalbo


ENERO
FEBRERO
MARZO
ABRIL
MAYO
JUNIO
JULIO
AGOSTO
SEPTIEMB
OCTUBRE
NOVIEMB
DICIEMB
GIAMOS
IMBOLC
TIERRA
BELTANE
LA
CON
SAMOS
LUGHNASADH
CONTRATO
SAMHAIN


N
W
E
S
Mar Cantábrico
CONCANA
Cántabros
RÍO SAJA
FLAVIOBRIGA
RÍO NERVIÓN
Caristios
Autrigones
VELEIA
UXAMA
BARCA
TULICA
VINDELEIA
DEOBRIGA
SALÓNICA
ANTEQUIA
VIROVESCA
SEGISAMUNCULUM
TRITIUM



FLAVIOBRIGA 249 a.C.

1. *Acceso norte*
2. *Acceso sur*
3. *Portillo alto*
4. *Portillo bajo*
5. *Sendero sur*
6. *Muralla sudeste*
7. *Paso oriental*
8. *Sendero norte*
9. *Cobertizo*
10. *Centro religioso*
11. *Cueva*
12. *Piedra de sacrificios*
13. *Recinto interior*
14. *Muralla norte*
15. *Campos de cultivo*
16. *Campo interior de cultivo*
17. *Recintos exteriores*

Perth apareció desnudo entre la multitud apresado por cuatro de los guerreros de Melvin. Entre gritos y forcejeos lo ataron por los tobillos, lo colocaron de pie sobre la piedra de sacrificios y lo inmovilizaron sujetándolo por los brazos.

Quinn agarró un cuchillo de la mesa aún impregnado con la grasa de los asados y se acercó a él. Perth, aterrorizado, lo miró sin decir palabra con los ojos llenos de lágrimas. El sumo sacerdote tentó con la punta del cuchillo un espacio entre las costillas y volvió la vista hacia la estela de piedra del centro religioso. Con voz pausada y firme, dijo:

—Lugh, recibe este sacrificio que los amanos te ofrecemos. Con él te mostramos gratitud por tus favores.

Perth rompió a llorar.

Quinn le hundió el cuchillo en el corazón con un golpe certero.

Aún sujeto por los cuatro hombres del gran jefe, el elegido comenzó a desangrarse a borbotones. Sus miembros se convulsionaron con violencia y poco después se arrodilló para morir. Solo entonces los guerreros lo soltaron, y el cuerpo se desplomó en el suelo. Quinn se agachó para observar la sangre que había quedado esparcida sobre la piedra de sacrificios; preocupado y pensativo, indicó con un gesto a Melvin y a Sayer que se acercasen.

—Venid a mi choza al amanecer. Los dos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sayer con gran inquietud.

—Aún no lo sé —dijo el druida. Se cubrió la cabeza con la capucha de la túnica blanca y caminó hacia su choza—. Necesito meditar.

—De acuerdo. Allí estaremos —dijo Melvin.

PRIMERA PARTE

249 a. C. - 237 a. C.

1

Víspera de Lughnasadh, 249 a. C.

En las vísperas de las cuatro grandes fiestas (Imbolc, Beltane, Lughnasadh y Samhain), Quinn acostumbraba a meditar durante la mañana en el interior de la cueva de Flaviobriga. Allí, sobre los restos de sus antecesores, y alejado del bullicio de la aldea, rogaba a los dioses en favor de la tribu. Y durante todos esos años los dioses habían sido generosos. Pero algo estaba cambiando.

Meses atrás, en la víspera de la última festividad de Imbolc, el druida había presagiado que se acercaban años difíciles y que Lugh, el gran dios, estaría al lado de los amanos. También había augurado entonces que su propia familia debería pagar un alto precio por la protección del dios entre los dioses; esa misma tarde, Neil, el marido de su hermana Evelyn, resbaló mientras arreglaba el techo de su choza y murió a consecuencia del golpe contra el suelo. Aquel día, la pequeña familia del druida quedó reducida a dos individuos: él y Evelyn. Días más tarde, se enteraría del embarazo de su hermana; esta traería al mundo a una criatura que nacería en mitad de samos, ya huérfana de padre.

Ahora, medio año después, Lugh acababa de revelarle la naturaleza de su protección…



«Lugh está con nosotros; ha escuchado mis oraciones…».

Quinn despertó del trance repitiendo esas palabras insistentemente. Estaba sentado en el suelo de la cueva, con los ojos en blanco y cruzado de piernas frente a su cuenco sagrado de roble. En él había bebido el brebaje para conectar con los dioses: una pócima a base de setas rojas hervidas con avellanas machacadas que le proporcionaba la capacidad de augurio.

Sus ojos volvieron lentamente a la normalidad. Todo estaba oscuro salvo la entrada de la cueva, por donde se colaba la luz del sol con la suficiente intensidad como para serle molesta. Agachó la mirada y se atusó la poblada barba pelirroja.

—Debo reunir al Consejo de inmediato —murmuró poniéndose en pie ayudado de su vara de avellano.

En el exterior, la mañana era radiante. El poblado respiraba aire de fiesta y todas las chozas lucían ramilletes de muérdago en la entrada para espantar cualquier mal que pudiera estropear la celebración. Quinn, sin fijarse apenas en nada, caminó presuroso bajo el sol protegido por la capucha de su túnica blanca; iba en busca de Arlen y Yilda, los otros dos miembros del Consejo Druida.

Como imaginó, ambos se encontraban meditando junto al fuego de sus respectivos hogares. Les citó en el templo sagrado del bosque al anochecer y se dirigió hacia la choza de su hermana.

Frente al hogar de Evelyn, algo le hizo detenerse. Sobre la techumbre de paja y madera, en el punto más alto, estaba posado un halcón que parecía escudriñar el poblado. Dio un paso atrás para observarlo mejor y la rapaz echó a volar espantada por su presencia.

Quinn se quedó mirando atentamente la cadencia de su grácil aleteo. «No estoy equivocado. Se acerca el momento».

Al entrar en la choza se encontró con la mirada de su hermana, que cocinaba un estofado de conejo para la cena agachada junto al fuego. Evelyn se puso en pie alterada por la irrupción del druida. Quinn le habló desde la distancia:

—Prepárate. Tu hija vendrá esta noche.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Prepárate.

—¿Cómo sabes que es una niña?

—Lo sé. Confía en mí.

Apremiado por las circunstancias sobrevenidas, el druida regresó a su hogar, una humilde choza situada en el extremo opuesto del poblado, junto al centro religioso. Allí pasaría aislado el resto del día.

El sol comenzaba a esconderse tras las montañas cuando Quinn salió de su choza. Con paso ágil atravesó el poblado y tomó el sendero de la puerta sur que conducía al valle. Allí, en la espesura del bosque, junto al arroyo, se encontraba el claro del templo sagrado, una explanada circular delimitada por piedras, con un altar rectangular en el centro, también de piedra, y dos pequeños dólmenes, uno situado al este y otro al oeste.

Arlen y Yilda habían adornado el altar con flores de verbena. Vestidos con túnicas azules, esperaban sentados sobre dos troncos de roble la llegada del gran druida. Al verle, los dos discípulos se pusieron en pie. Quinn les hizo un gesto con ambas manos.

—Sentaos —dijo en voz baja. Ambos obedecieron—. He convocado al Consejo Druida para informar de una profecía.

—Te escuchamos —respondieron los dos al unísono.

—Esta noche nuestra tribu recibirá el favor de Lugh.

—¿Te ha sido revelada su naturaleza? —preguntó Yilda.

—Sí. Su hija nacerá del vientre de Evelyn.

—¿Su hija? —Arlen se mostró sorprendido—. De ser así, la muerte de Neil fue un precio muy bajo; la vida de uno de los nuestros no es comparable con tamaña protección.

—Dices bien —aseguró el druida—. Además, debemos tener presente que aquel sacrificio no fue un regalo ofrecido por la tribu; Lugh se llevó a Neil por algún motivo que aún desconozco.

—¿Estás seguro, maestro? —Yilda arqueó las cejas incrédula—. Lo que acabas de exponer es un hecho sin precedentes.

—Lo estoy —afirmó Quinn con rotundidad—. Y sin duda se trata del mayor acontecimiento que haya vivido la tribu. Por la mañana realizaremos un sacrificio.

—Dos vidas… —susurró Arlen—. Una la ha tomado él, otra la entregaremos nosotros. ¿Será suficiente?

—Responder a esa pregunta le corresponde a Lugh, no a mí —contestó Quinn—. Sea cual sea la respuesta, me lo hará saber. —Hizo una pausa, levantó la vista hacia el cielo y alzó los brazos en señal de gratitud—. Le entregaremos cuantas vidas reclame.

Bajo la noche estrellada, los tres druidas celebraron la revelación y planificaron la acogida del nuevo miembro de la tribu. Decidieron que Quinn, como sumo sacerdote, asistiría el nacimiento junto a una de las parteras y en presencia de Melvin, el jefe de los guerreros. Arlen y Yilda, por su parte, prepararían mantas limpias y hervirían

agua con bayas de muérdago y hojas de frambuesa, una infusión purificadora cuyos vapores aliviarían los dolores de la parturienta. Después, los dos aspirantes regresarían a sus chozas para meditar el resto de la noche como muestra de gratitud.

Quinn tomó las manos de sus discípulos. Juntos dieron vueltas alrededor del altar formando un círculo con el que sellaban su compromiso de acompañar a la pequeña. El viento comenzó a soplar con fuerza y las copas de los árboles se mecieron creando un momento mágico que el gran druida supo interpretar. Apretó las manos de Arlen y Yilda firmemente y los tres cerraron los ojos.

Quinn comenzó a recitar:

—Cuidaremos de ella hasta que esté preparada.

—Cuidaremos de ella hasta que esté preparada —repitieron los discípulos.

—El Consejo Druida velará por su espíritu hasta que llegue el momento.

—El Consejo Druida velará por su espíritu hasta que llegue el momento —volvieron a repetir.

Finalizada la ceremonia, Quinn envió de vuelta al poblado a Arlen y a Yilda. Bordeó el arroyo antes de regresar y cortó una rama de roble con la que alimentaría el fuego de su hogar esa noche.

Las hogueras estaban ya encendidas en lo alto de las dos colinas del poblado. Esa noche, la tribu se disponía a celebrar el comienzo de una de sus fiestas más importantes, Lughnasadh, un día de

agradecimiento a los dioses por la cosecha que comenzaría a partir de entonces.

Todos se arremolinaban alrededor del banquete preparado frente al centro religioso cuando Quinn salió de su choza listo para el gran acontecimiento. El druida oteó la muchedumbre en busca de Melvin, pero no lo vio por ninguna parte. «Ya debe de estar en el hogar de Evelyn», dijo para sí. Luego cerró la puerta y caminó contemplando la luna nueva sobre el horizonte.

En la choza de su hermana también estaba todo listo. Arlen y Yilda avivaban el fuego para que el agua purificada de la marmita no parase de hervir. Evelyn, con contracciones cada vez más fuertes y seguidas, estaba desnuda, sentada sobre su cama de paja y acompañada por Morgana, la partera con mayor experiencia de la tribu.

Quinn se descubrió la cabeza al entrar, fue directamente al encuentro de su hermana y se arrodilló a su lado.

—¿Cómo estás?

—Muy cansada —suspiró ella. Quinn levantó la vista y miró a la partera.

—Es primeriza —dijo Morgana—. El primero siempre es el más difícil.

—Tranquila. —Quinn le besó la frente y extrajo del interior de su túnica un saquito de piel de cordero.

—¿Qué es? —preguntó Evelyn.

—Solo un poco de ceniza de mi hogar.

El druida introdujo el pulgar en el saquito. Con el dedo manchado de negro le dibujó un semicírculo alrededor del ombligo como símbolo de la fase lunar en que se encontraban.

—¿Me protegerá? —preguntó de nuevo Evelyn.

—Ayudará a que todo vaya como ha de ir —respondió Quinn. Giró la cabeza y se dirigió a sus discípulos—: Si habéis terminado, podéis marcharos.

Arlen y Yilda retiraron la marmita del fuego, lo avivaron con un poco más de leña y abandonaron la choza en silencio. Quinn se puso en pie y miró a su alrededor.

—¿Dónde está Melvin? —preguntó a la partera.

—No vendrá. Su esposa también está de parto.

—Dos nacimientos en la misma noche…

—¿Tiene eso algo de particular? —inquirió Morgana.

—Es la primera vez que ocurre, al menos que yo recuerde.

De pronto, Evelyn sufrió una contracción que le hizo encogerse de dolor. Morgana tomó su mano para transmitirle fuerzas.

—Ya pasó, pequeña. Ya queda una menos —le dijo cariñosamente.

—¿Una de cuántas?

—De todas las que necesitas, querida. Concéntrate en respirar con pequeñas bocanadas y más aprisa.

Cuando Morgana terminó de pronunciar la frase, el fluido denso y transparente que precedía al parto comenzó a brotar de entre las piernas de Evelyn, desbordó la cama y dejó un charco sobre la tierra apisonada del suelo.

—Estamos cerca —afirmó la partera dirigiéndose a Quinn—. Lavémonos para recibir a la criatura.

Hacía rato que el agua de la marmita había dejado de hervir cuando introdujeron las manos en ella. Aún estaba muy caliente, pero se encontraban tan concentrados que ninguno de los dos protestó. Se asearon a conciencia. Morgana se acercó a Evelyn, que

respiraba aceleradamente, y la aseó también con una manta húmeda.

—Ya queda poco, pequeña —le susurró—. Ponte en pie.

Evelyn bajó de la cama con ayuda de la partera. Abrazadas por la cintura, caminaron hacia el fuego. Quinn, expectante, permaneció inmóvil observándolas.

—¿Dónde quieres parir a tu criatura? —preguntó Morgana.

—Decídelo tú —jadeó Evelyn—. Me cuesta trabajo pensar.

—No puedo hacer eso por ti. Solo una madre puede elegir en qué lugar vendrá su bebé al mundo. No pienses. Escucha a tu instinto.

Evelyn caminó hacia la entrada en busca de aire fresco. Quinn, muy atento a cada movimiento, fue tras ella y abrió la puerta para que pudiese salir.

—Será aquí, bajo las estrellas —dijo Evelyn.

Una nueva contracción hizo que le flaquearan las piernas. Morgana la sujetó por la cintura y miró al druida.

—Extiende una manta en el suelo. Ha llegado el momento.

Entre los dos ayudaron a Evelyn a sentarse en medio del corral que precedía a la choza. Morgana puso las manos sobre su vientre y lo acarició.

—Tranquila, todo saldrá bien —le dijo. Le dio un beso en la mejilla y se dirigió de nuevo a Quinn—: Acompáñame, traeremos la marmita aquí.

Durante largo rato las contracciones no dejaron de intensificarse. Sin embargo, por más que Evelyn empujaba, el parto no avanzaba. Morgana se puso de rodillas y auscultó con la oreja el voluminoso vientre hasta encontrar el corazón del bebé.

—¿Qué ocurre? —preguntó el druida.

—Algo no va bien. Los latidos son lentos.

La partera se lavó las manos de nuevo e introdujo una de ellas entre las piernas de Evelyn, a través del canal del parto, hasta que palpó la cabeza del bebé.

—Está atascado —murmuró.

Quinn se apoyó de forma instintiva sobre la barriga de su hermana para ayudarla a empujar.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó la partera apartándole el brazo con brusquedad—. Es peligroso para el bebé. La fuerza de su madre es la que debe traerlo al mundo. —Volvió la vista hacia Evelyn y le habló con seriedad y dulzura—: Lo siento. Esto te va a doler.

Con sumo cuidado, Morgana introdujo dos dedos entre la cabeza de la criatura y el repliegue de tejido que se había formado alrededor del agujero de salida y que le impedía atravesarlo. Recorrió todo el perímetro del reborde y lo remetió hacia dentro para aliviar la presión. Evelyn gritó de dolor, contrajo los músculos y la pequeña cabecita asomó entre sus piernas.

—Quieta. No empujes más —dijo la partera conteniendo al bebé con la mano para que no terminase de salir—. Podrías desgarrarte en exceso.

—¿Y qué hago? —gimió.

—Intenta relajar las piernas.

—De acuerdo…

—Bien. Vamos allá.

Evelyn empujó una vez más y la criatura se deslizó hasta el exterior con suavidad. Morgana la levantó cuidadosamente, anudó el cordón y lo cortó con una daga.

—Aquí tienes a tu hija —dijo al tiempo que se la ponía sobre el pecho.

La pequeña lloró un instante y se enganchó al pezón de su madre para calmarse. Quinn sonrió al escuchar el llanto.

—No me equivocaba, es una niña.

Bajó la mirada y observó con preocupación el vientre de su hermana; la luna nueva que había dibujado alrededor del ombligo acababa de difuminarse arrastrada por una ráfaga de viento.

—¿Habéis pensado el nombre? —preguntó Morgana.

—Se llamará Gwendal —dijo el druida.

—Bienvenida a tu tribu, pequeña Gwendal. —La partera acarició su diminuta espalda.

Sin previo aviso, Evelyn expulsó la placenta con una contracción rápida, pero ya menos intensa. Morgana se agachó para analizar el estado de la víscera y se fijó en el charco de sangre que comenzaba a formarse bajo sus muslos.

—Tenemos un problema.

—¿Qué ocurre? —preguntó Quinn frunciendo el ceño.

—Hay una herida en su interior. No para de sangrar.

—Me estoy mareando… —suspiró Evelyn casi sin aliento.

—¡Detenla! —lloriqueó el druida—. ¡Está perdiendo la consciencia!

—Lo siento. No hay nada que yo pueda hacer.

Evelyn murió desangrada tras el parto; quedó tendida en la entrada de su choza con los ojos abiertos, como si estuviese observando las estrellas.

Quinn se secó las lágrimas con la manga de la túnica. Arrastró la mano por la cara de su hermana y le bajó los párpados. Con mucho cuidado, tembloroso, envolvió a Gwendal en una manta, la tomó en

sus brazos y la apartó para siempre de su madre. Miró a la pequeña, ya dormida en su regazo, y comprendió que el precio a pagar por ella habían sido las vidas de sus padres terrenales.

2

Lughnasadh y días posteriores, 249 a. C.

El poblado había amanecido con gran revuelo aquella mañana de samos. La muerte de Evelyn, que sucedió a los nacimientos de Gwendal y del primogénito del jefe de los guerreros, había enrarecido la celebración del gran día en el que recibirían la visita de familiares pertenecientes a otras tribus del clan de los autrigones, organizarían carreras de caballos por el valle, celebrarían bodas y beberían cerveza de trigo y vino durante toda la tarde.

Para los amanos, acoger en su seno a un nuevo miembro era algo muy especial. Y aunque ese día fueron dos las criaturas llegadas al mundo, el ritual de bienvenida quedaría tristemente oscurecido por el funeral.



Tras el parto, Quinn había llevado a Gwendal a la choza de Eileen, la mujer de Sayer, el carpintero y jefe de los aldeanos. Esta, madre reciente de otra niña, la amamantaría en sus primeras horas de vida mientras que su marido se encargaría de preparar la pira funeraria junto al templo sagrado.

Con ayuda de Morgana, el druida depositó el cuerpo desnudo de Evelyn en el centro religioso, junto al fuego del hogar, y colocó unas ramas de frambuesa en su vientre. Luego fue en busca de Arlen y Yilda para pedirles que vaciasen su choza, la limpiasen a conciencia y recogiesen las pertenencias de su hermana. Finalmente, Quinn regresó al centro religioso, donde pasaría el resto de la mañana sentado junto al cadáver rogando en silencio a los dioses para que su espíritu viajase sin contratiempos hacia el mundo de los muertos.

Poco antes del mediodía, la tribu al completo se reunió bulliciosa frente al centro religioso para oficiar el funeral. Quinn caminó cabizbajo hasta la puerta y observó sus caras de desaliento. El bullicio creciente amainó cuando lo vieron aparecer; todos escucharon con atención.

—Como sabéis, en la víspera de la última festividad de Imbolc predije la llegada de tiempos difíciles y que mi familia tendría que pagar un alto precio por la protección de Lugh. Esa misma tarde, Neil sufrió aquel desgraciado accidente que le costó la vida.

Quinn hizo una pausa y avanzó un par de pasos para acercarse más a la tribu. Dio media vuelta, señaló la estela de piedra que presidía el centro religioso e invocó su magia.

—Esta noche, Evelyn ha muerto después de dar a luz; también ha entregado su vida como precio por la pequeña. —Hizo una nueva pausa y los miró uno por uno—. Desde este momento, debemos gratitud a los dioses, por lo que todos y cada uno de nosotros estamos obligados a cuidar de ella. Además, nadie podrá ocupar la choza de Evelyn, que quedará vacía hasta que la pequeña pueda decidir qué hace con ella.

El murmullo volvió a surgir entre los miembros de la tribu. La sensación generalizada era de estupefacción ante las palabras del sumo sacerdote.

—Melvin y Sayer portarán a la difunta hasta el templo sagrado acompañados de Arlen y Yilda. Yo mismo llevaré el fuego que encenderá la pira funeraria.

Quinn dio media vuelta y fue en busca de la urna de barro donde llevaría las brasas. Recogió un puñado en el hogar del centro religioso con una pequeña pala de madera y las introdujo en su interior. Cuando se irguió con ella en la mano, los cuatro designados para el funeral portaban ya el cuerpo de la difunta en una camilla de madera.

—Comencemos —les dijo.

El sumo sacerdote se cubrió la cabeza con la capucha en señal de duelo y salió en primer lugar. Seguido de la comitiva que transportaba los restos de su hermana, cruzó el centro del poblado y abandonó la aldea por la puerta sur en dirección al valle. El resto de la tribu les acompañó en silencio.

Junto al templo sagrado, sobre un grueso lecho de paja, se alzaba la pira funeraria. Sayer, Melvin, Arlen y Yilda depositaron cuidadosamente el cuerpo de Evelyn en la parte superior y permanecieron junto a él, uno en cada esquina. Una vez que todos estuvieron presentes, Quinn les indicó que se retirasen. Volcó la urna sobre la paja y las llamas comenzaron a propagarse. Dio un par de pasos atrás y recogió a Gwendal de los brazos de Eileen.

—Ven conmigo, pequeña. Despidamos a tu madre.

Con los ojos llenos de lágrimas, el druida contempló cómo el humo ascendía hasta perderse en el cielo azul llevándose consigo el espíritu de su hermana.

—Ve —le dijo—. Camina hacia el otro mundo y encuentra la paz.

En brazos de su tío, envuelta en su manta de lana, Gwendal descansaba ajena a cuanto ocurría a su alrededor. Quinn agachó la mirada y la besó en la frente. Sintió alegría y amargura al mismo tiempo.

—Yo cuidaré de ti —le susurró con dulzura.

Una lágrima le resbaló por el pómulo y cayó sobre el rostro de la pequeña, que, sobresaltada, abrió los ojos y le respondió con un gorgorito.

Consumida la pira, Arlen y Yilda extendieron un tablón de madera sobre las brasas para que Quinn pudiera acceder al centro. Eileen tomó a Gwendal de nuevo en sus brazos. El druida se quitó la capucha en señal de respeto, caminó sobre el tablón y rellenó la urna con los restos de su hermana.

Al finalizar el funeral, Quinn recorrió en solitario el sendero que conducía a los túmulos del valle. Allí, al pie de una ladera, enterró las cenizas de Evelyn junto con sus collares, fíbulas y adornos. Sus restos permanecerían para siempre al lado de su amado Neil.

Cuando Quinn regresó al poblado, todos estaban ya preparados para el banquete. La tribu, que necesitaba mantener el ánimo, se había distribuido alrededor de la enorme mesa de madera colocada entre la cueva y la piedra de sacrificios.

El gran druida les observó desde la entrada sur, pero antes de acompañarles debía hacer una cosa más. Giró a la izquierda y caminó hacia la choza de su hermana. Una vez allí, colgó en la puerta las ramas de frambuesa que habían reposado sobre su vientre durante toda la mañana; eso evitaría que su espíritu volviese a ocuparla. Después regresó para unirse a los suyos.

En la mesa del banquete había comida y bebida en abundancia: cuencos de barro con asados de jabalí y cordero, cerveza de trigo y miel y pan de centeno. Melvin había abierto un barril de vino reservado para la ocasión. Quinn tomó asiento en el centro, entre Arlen y Yilda, y todos comenzaron a llenar sus platos y copas para dar inicio al festín.

Como era tradición en las celebraciones importantes, cada miembro de la tribu bebía en un recipiente acorde con su posición social. Los aldeanos lo hacían en jarras de barro cocido como muestra de humildad; los druidas en cuencos sagrados de roble, como sacerdotes y sabios; y los guerreros, con sus estilizados bigotes y barbas, bebían en las calaveras de los enemigos a quienes sus antepasados habían dado muerte en el campo de batalla, todo un símbolo de superioridad sobre el vencido. La forma de comer era común, todos lo hacían con las manos; los únicos cubiertos que utilizaban eran los cuchillos con los que cortaban los pedazos de asado.

Durante largo rato llenaron las barrigas, saciaron la sed y charlaron distendidos mientras Allen, el bardo, les acompañaba con el sonido de su arpa; siempre conseguía fascinarles con poemas y leyendas de antiguos héroes, sobre todo a los más jóvenes. Finalizado el banquete, Quinn se levantó para tomar la palabra. Con

un gesto sutil indicó a Allen que terminase y todos guardaron silencio.

—Ha llegado el momento de acoger a los dos pequeños —anunció.

Eileen se acercó a él y le entregó a su sobrina. Melvin, el padre de la otra criatura, tomó a su bebé en brazos y se colocó al lado del gran druida. Juntos los levantaron para presentarlos formalmente.

—Ella es Gwendal de los amanos, hija de Neil y Evelyn —expuso Quinn dirigiéndose a todos—. Pequeña Gwendal, esta es tu tribu —le dijo a la niña—. Te querrán y protegerán como a una hermana.

—Él es Brian de los amanos, hijo de Melvin y Alanna —dijo el gran jefe—. Pequeño Brian, esta es tu tribu. Te querrán y protegerán como a un hermano.

—Hoy —continuó Quinn— recibimos a dos nuevos miembros. Los dioses han querido que nazcan en la misma noche, por lo que sus vidas han quedado unidas. —Observó a todos, que permanecían atentos a su discurso—. He decidido que sea Eileen quien amamante a Gwendal. Vivirá con ella hasta que se destete. —El druida se mantuvo en silencio un instante. Nadie dijo nada en señal de conformidad—. Los dioses la han dejado huérfana mostrando así su voluntad de que sea yo mismo quien la acompañe e instruya a lo largo de su vida. Cuando llegue ese momento vendrá a vivir conmigo. Si alguien tiene algo que objetar, ha de hacerlo ahora.

Yilda dio un paso al frente y rompió el silencio:

—¿Por qué has de ser tú y no Allen?

—¿Qué problema ves en ello? —respondió Quinn arqueando las cejas sorprendido.

—Creo que debería hacerlo él, como con los demás. El sumo sacerdote debe dedicar su tiempo al sacerdocio y a sus pupilos aspirantes.

—Es decisión de los dioses, no mía —rebatió Quinn, tajante—. Vosotros ya estáis muy avanzados, sobre todo tú, y así lo demuestran vuestras túnicas azules. Gwendal no es una niña más; debe recibir el legado druida de nuestros antepasados.

Yilda retrocedió a regañadientes. Sayer se adelantó y tomó la palabra:

—No tengo inconveniente en que Gwendal viva con nosotros mientras sea amamantada por Eileen, si a mi esposa le parece bien.

Eileen se colocó a su lado y habló también.

—Será un honor acogerla en nuestro hogar —dijo orgullosa.

—Cúmplase entonces —sentenció Quinn—. Traed a Perth.

Los amanos, al igual que el resto de sus pueblos hermanos, realizaban sacrificios humanos a los dioses en las ocasiones importantes. Para ello había un orden establecido a la hora de elegir al sujeto: en primer lugar, los esclavos; después, los repudiados y, en última instancia, los miembros de la tribu. Los esclavos se obtenían en las batallas; todo hombre o mujer apresado tras la victoria, siempre que no hubiera dado muerte a ningún miembro de la tribu, se convertía en sirviente del guerrero que lo había capturado para el resto de su vida; pero si este había conseguido abatir a uno solo de los suyos, era decapitado y su cabeza aplastada o utilizada como recipiente para que su espíritu jamás descansase en paz. Los repudiados eran miembros de la tribu que habían faltado gravemente a su palabra, a su honor o roto un pacto de sangre; una vez juzgado y sentenciado por el Consejo de la Tribu, el individuo

perdía todos sus derechos y ya nadie lo reconocería como hermano e igual; se le permitiría vivir en el poblado, pero todos lo ignorarían y no podría participar en ninguna actividad; los repudiados terminaban sus días vagando entre los suyos, alienados y alimentados por la caridad en los comederos de los cerdos. Debido a los muchos años de paz, los amanos no poseían esclavos, por tanto, Perth, uno de los repudiados que vagabundeaban por la aldea, fue señalado para dar satisfacción a los dioses. Su falta, aunque grave, tan solo había sido salvar su propia vida. Dos años atrás, Perth caminaba junto al acantilado sudoeste acompañado de Aldair, su hermano de leche y con quien había hecho un pacto de sangre. Se disponían a bajar las ovejas al valle cuando Aldair resbaló y cayó al vacío; consiguió agarrarse a la rama de un árbol que crecía en el abrigo de unas rocas y pedir ayuda. Perth podría haber bajado escalando y ayudarlo, pero el miedo a despeñarse lo paralizó y se quedó mirando mientras la rama se partía. En el juicio celebrado al día siguiente, el Consejo de la Tribu, constituido por los tres druidas y los dos jefes, decidió unánimemente repudiarlo por omitir el socorro.

Aquel día, Perth fue sacrificado para dar satisfacción a los dioses y tranquilidad a la tribu. Los amanos, ajenos a los presagios del druida, retomaron la celebración rellenando cuencos y calaveras mientras este regresaba a su choza bajo la atenta mirada de Melvin y Sayer.



Quinn se pasó toda la noche sentado junto al fuego de su hogar. Allí, con la vara de avellano sobre las piernas, revivió intensamente la

muerte de Perth una y otra vez; las terribles convulsiones que había sufrido unidas a la gran cantidad de sangre derramada sobre la piedra de sacrificios eran muy mal augurio.

Como responsable último de la tribu, el gran druida debía proteger a su pueblo, y durante horas meditó cómo hacerlo. Cuando las primeras luces del alba asomaron por la ventana, pidió fuerzas a Lugh con las que enfrentar el duro trabajo que les esperaba en adelante.

En ese momento llegaron Melvin y Sayer. Quinn les invitó a tomar asiento a su lado, en el suelo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sayer con gesto de preocupación.

—Anoche observé con claridad los tiempos que se acercan: luchas entre clanes vecinos causadas por la escasez de alimentos.

—Guerras… —murmuró Melvin—. ¿Contra los cántabros o los caristios?

—No puedo saberlo. Quizá contra ambos —dudó Quinn—. Lo único cierto es que vendrán y que hemos de estar preparados.

—¿Has pensado en algo? —Sayer arrugó el gesto.

—Debemos revisar todo el perímetro de la muralla; la fortificación actual no es suficiente. Reforzaremos nuestras defensas.

—¿Toda la muralla? —Sayer parecía no creer lo que acababa de escuchar.

—Así es.

—Una empresa tan grande nos costará años —dijo con pesimismo el jefe de los aldeanos.

—Quinn tiene razón. —Melvin miró severo a sus compañeros—. Si hemos de reforzar la muralla, tendrá que ser por completo. No podemos dejar puntos débiles.

—De acuerdo, pero…

—Calmaos. Lugh está con nosotros, y Gwendal es aún muy pequeña. Quizá tengamos tiempo suficiente.

—En cualquier caso, no podemos iniciar las obras todavía —replicó Sayer—. Hoy da comienzo la cosecha y estaremos muy ocupados hasta Samhain.

—Lo sé —asintió Quinn—. Trabajaremos en la muralla solo durante giamos. Pero este año es crucial que demos comienzo cuanto antes. Convertiremos la puerta principal en un punto estratégico por si se precipitan los acontecimientos.

—Mis hombres y yo podemos hacerlo en solitario —se ofreció el jefe de los guerreros—. El resto se unirían después.

—No será necesario, y tampoco nos convendría —replicó el druida —. Sería terrible que perdiésemos alguno de tus hombres en un accidente. Los guerreros deben dedicarse a preparar la batalla.

—Entonces, ¿cómo lo haremos? —inquirió Sayer.

—Venid. —Quinn se levantó y caminó hacia la puerta—. Os explicaré lo que quiero y la forma en que lo haremos.

Los tres altos cargos del poblado salieron de la choza. Melvin y Sayer siguieron a Quinn hacia la puerta norte.

El acceso norte era un grueso portón de madera encajado en el hueco que dejaba el muro al doblarse sobre sí mismo. Cuando algún forastero deseaba acceder al recinto, los guerreros que lo custodiaban le interrogaban a través de un pequeño ventanuco abierto en el centro.

La idea de Quinn era sencilla. En su lugar, construirían un gran corredor de acceso hacia el campo de piedras que emergían del suelo puntiagudas como armas defensivas, oblicuo con respecto a la

muralla, y cuyos muros alcanzarían los diez pies de altura. También instalarían dos puertas, una en cada extremo. A la espalda del muro oeste del corredor levantarían una torre de vigilancia de planta triangular para adaptarse a la topografía del terreno, y de veinte pies de altura para aumentar el campo de visión. Tendría una única entrada frente a la dolina que había a la izquierda del corredor y contaría con accesos al interior del mismo, a la parte superior de los nuevos muros y a la azotea.

Melvin y Sayer escucharon con atención las detalladas explicaciones del druida mientras imaginaban lo que tendrían que construir.

—Cuando esté terminado podremos vigilar toda la llanura y parte de la costa —aseguró Quinn—. Si recibimos visitantes hostiles, quedarán encerrados en el interior del corredor y los guardias podrán atacarles desde los muros o en el propio terreno. Ahora comprenderéis la importancia de empezar inmediatamente.

—El tamaño de la torre es lo que más me preocupa —observó Sayer—. Nunca hemos construido un edificio de tanta altura. Además, la planta intermedia de acceso a la parte alta de los muros, el techo y las escaleras interiores habrá que hacerlos de madera.

—Así es —asintió Quinn—. Y deberás encargarte tú mismo de planificarlo y dirigirlo todo. Me gustaría que esta temporada dejases de lado las cosechas.

—¿Y quién construirá la torre? —preguntó el carpintero. El druida miró a Melvin.

—Como te he dicho, no podemos permitirnos perder a uno solo de tus guerreros. Sin embargo, aún quedan años hasta que tengamos que librar batallas y, para entonces, algunos de ellos podrían ser

demasiado viejos. Propongo que los tres guerreros de más edad comiencen la construcción de la torre bajo las órdenes de Sayer.

Los dos jefes permanecieron en silencio con el pensamiento puesto en los razonables argumentos de Quinn. Melvin habló en primer lugar:

—Si Sayer está conforme, yo también.

—Lo estoy —dijo el carpintero—. Pero no esperéis gran cosa. Entre cuatro personas no avanzaremos mucho de aquí hasta Samhain.

—Haced lo que podáis —concluyó Quinn—. Intentaremos terminarla antes de que dé comienzo el próximo samos.

Alcanzado el acuerdo, regresaron sobre sus pasos y atravesaron el poblado hacia el recinto interior de ganado.

Caminaron ladera arriba y se detuvieron en el centro; desde esa posición podían ver prácticamente todo el recinto amurallado.

—Observad la muralla norte —dijo Quinn. Melvin y Sayer aguzaron la vista.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el jefe de los guerreros.

—Fijaos en la empalizada de madera. Tiene huecos y algunas partes sueltas, y es demasiado baja. ¿Qué altura tiene?

—Tres pies —respondió Sayer.

—Debemos reemplazarla. Colocaremos una nueva de cuatro pies. De ese modo los muros alcanzarán una altura total de diez pies contando desde el suelo. —Quinn observó sus caras de preocupación ante las dimensiones de la reforma—. Calma. Como os he dicho, lo haremos por fases; este año solo nos ocuparemos de la entrada principal.

Los dos jefes continuaron la marcha colina arriba tras los pasos del druida, camino de la cima más alta. Una vez allí, la rodearon y contemplaron el muro que cerraba el paso desde el macizo rocoso oriental contiguo.

—Este es nuestro punto más débil. El descenso hasta el muro desde las montañas vecinas es relativamente fácil, y no hay empalizada —les explicó Quinn—. Debemos añadir una segunda protección similar al resto.

—¿Cómo? —preguntó Melvin enroscando su largo bigote pelirrojo con los dedos.

—Construiremos dos nuevas murallas que arrancarán desde los extremos del muro actual. Estas avanzarán por los bordes de las laderas hasta juntarse cien pies por delante; de ese modo estrecharán y cerrarán el paso.

—Nos llevará otro giamos… —dijo Sayer cruzándose de brazos.

Hasta ese momento, las remodelaciones que proponía Quinn resultaban complicadas y laboriosas, pero factibles. Continuaron la marcha hacia el sur y, al llegar a la defensa sudeste, el carpintero tomó la iniciativa.

—Supongo que aquí querrás construir otra empalizada —dijo mientras señalaba el muro de más de quinientos pies de longitud que se extendía ante ellos.

—En caso de recibir un ataque por esta parte, la empalizada serviría de poco; no tenemos guerreros suficientes para defender todos los flancos del poblado —precisó Quinn—. Debemos elevar la altura del muro y convertirlo en inexpugnable. ¿Qué opinas tú, Melvin?

—Sin vigilancia, creo que sería bastante sencillo de traspasar con escalas. De nuevo estás en lo cierto.

—¿Cuánto has pensado elevarlo? —preguntó Sayer.

—Con una altura total de treinta pies será suficiente.

—¿Treinta pies? Eso nos obligaría a aumentar el grosor hasta los doce pies para asegurar su estabilidad —dijo el carpintero—. Supondrá una cantidad de piedra tremenda.

—Auméntalo cuanto sea necesario. Nadie ha de poder traspasarlo.

Sayer sintió escalofríos al imaginar el volumen de material que tendrían que acarrear por el abrupto terreno de esa parte del recinto, pero la rotundidad de las palabras del druida le dejó sin respuesta.

Con prácticamente todas las fortificaciones revisadas, tan solo restaba el acceso sur, un ensanchamiento del muro que alcanzaba los quince pies de grosor y que se abría dejando un estrecho y seguro pasillo de seis pies de anchura. Una robusta puerta de madera lo clausuraba y, a continuación, quedaba protegido por el muro del portillo alto.

Allí, en el portillo alto, sería donde redoblarían la defensa. Quinn propuso construir un pequeño torreón de vigilancia de diez pies de altura e instalar una empalizada sobre el muro, desde el nuevo torreón hasta el frente del acantilado. De esa manera, bastaría con unos pocos vigilantes para asegurar el sendero de acceso al valle.

Tanto Melvin como Sayer tenían dudas e inquietudes, pero los razonamientos del gran druida les habían convencido de la necesidad de tamaña empresa. Ahora deberían comunicárselo a todos y escuchar sus opiniones.

Quinn cruzó el centro del poblado en dirección al hogar de Sayer. Después de haber recorrido durante toda la mañana las estructuras defensivas de la muralla, sentía el deseo de ver a Gwendal y comprobar que se encontraba bien. No dudaba de que la pequeña estaría segura en brazos de Eileen; sencillamente, algo en su interior lo empujaba hacia allí.

Con la cabeza cubierta por la capucha de la túnica para protegerse del sol de mediodía, descendió entre las viviendas de los aldeanos. A esas horas, todos estaban en los campos ocupados con la cosecha. Tan solo Cedric y Erwin, los más viejos de la tribu, andaban por allí; de pie, delante de la choza del carpintero, observaban algo en su techo. El druida levantó la vista y vio, posado en el punto más alto, al mismo halcón que había visitado el hogar de su hermana dos días antes; tuvo la sensación de que aquella joven ave velaba por su sobrina tanto como él. «Tú también quieres saber cómo está, ¿verdad?», se dijo cruzando entre los ancianos.

Como esperaba, encontró a Eileen dentro de la choza. Sentada en su cama de paja, y con el camisón bajado hasta la cintura, amamantaba a las dos criaturas a la vez. Quinn cerró la puerta sin hacer ruido y se acercó a ellas.

—¿Va todo bien?

—Es una niña estupenda. Y además mama con vigor —aseguró Eileen.

Al escuchar las voces, la pequeña Gwendal soltó el pezón, miró a su tío y le sonrió; el druida interpretó aquel gesto impropio de su edad como una muestra más de que se trataba de una niña muy especial.

—¿Puedo cogerla? —preguntó.

—Claro, ella lo está deseando.

Al tomarla en sus brazos se sintió reconfortado. Nunca había cogido a un bebé que emanase una energía tan perceptible como la de Gwendal, energía que podía sentir dentro de él y que le llenaba de fuerza.

—Cómo me alegro de verte —le susurró al oído.

Eileen recolocó a Enya, su hija, en su regazo.

—¿Dónde está Sayer? Suponía que andaba contigo.

—Ha bajado con Melvin a los campos. Van a congregar a todos frente al centro religioso al atardecer; hemos de exponerles los planes.

—¿Qué planes?

—Ya los conocerás. Te lo explicaré luego, junto con los demás.

En ese momento, Gwendal rompió a llorar. Quinn la acunó en sus brazos, pero por más empeño que ponía no conseguía calmarla. Levantó la cara evidenciando su ignorancia y se encontró con la sonrisa burlona de Eileen, que daba por sentada la inexperiencia del druida en el cuidado de bebés.

—Tranquilo, solo tiene hambre. Me temo que las ganas de estar contigo le han dejado a medias.

Quinn volvió a colocar a su sobrina en el regazo de Eileen y la pequeña comenzó a mamar de nuevo, feliz, observándole de reojo.

—Es sorprendente que una niña recién nacida esté tan despierta. Y te adora.

—Sabe cuánto la quiero. —El druida se atusó la barba y guiñó un ojo a Gwendal—. Será mejor que me vaya, mamará más tranquila.

Al salir por la puerta se topó con Morgana. La partera visitaba en sus primeros días de vida a las criaturas a las que había ayudado a

nacer. También aconsejaba a las madres primerizas sobre cómo mantener una buena lactancia para que crecieran sanas.

—¿Cómo está la pequeña? —dijo Morgana.

—Perfectamente, pero parece ser que mi presencia la distrae. Ya me iba.

—Necesita intimidad. —La partera se apoyó en su hombro y entró en la choza—. Yo tampoco la molestaré demasiado, solo quiero revisar el cordón.

Quinn cerró la puerta y las dejó solas. Agachó la cabeza y continuó su camino apoyándose en la vara de avellano.

Anochecía cuando el poblado al completo se reunió en torno a la piedra de sacrificios. Los alrededor de cien individuos que integraban la tribu especulaban sobre cuál sería el motivo de la convocatoria. Quinn, flanqueado por Melvin y Sayer, se colocó en la entrada del centro religioso. El sumo sacerdote levantó las manos y las conversaciones cesaron de inmediato.

Paso a paso, Quinn les explicó cómo reforzarían el poblado. Melvin habló de la conveniencia de mejorar las defensas y Sayer, por su parte, intervino de cuando en cuando para contarles cuáles serían las nuevas dimensiones de la muralla y el modo en que realizarían los trabajos.

Cuando los tres jefes terminaron la exposición, los comentarios se generalizaron de nuevo. Mayoritariamente confiaban en Quinn y en su sabiduría, y estuvieron de acuerdo en la conveniencia de las obras para protegerse de cara al futuro. Sin embargo, sobre la manera de llevarlo a cabo parecían tener algunas dudas. Cedric, el

anciano alfarero, dio un paso al frente y levantó la mano para tomar la palabra:

—Creo que a nadie se le escapa el enorme volumen de piedras que tendremos que acarrear. Somos aldeanos poco más de la mitad, y si descontamos a mujeres y niños, esa mitad queda reducida a la mitad para realizar los trabajos. ¿No parece un poco aventurado intentar terminar la torre de la entrada norte antes del próximo samos? Los días de giamos son cortos, fríos y oscuros.

—Nuestras mujeres son fuertes y valerosas, ayudarán también —afirmó el druida.

—¿Y quién cuidará de los niños y preparará nuestra comida? —preguntó Erwin, el viejo herrero.

—Deberán organizarse entre ellas. Colaborarán en función de lo que cada una pueda.

Nadie replicó. Sin embargo, Arlen y Yilda murmuraban en voz baja al fondo del grupo. Quinn se dirigió a ellos:

—¿Los otros dos miembros del Consejo Druida tienen algo que añadir?

Los aspirantes agacharon la cabeza. Quinn repasó con la mirada al resto de la tribu y continuó:

—Bien. Si todo el mundo está conforme, así lo haremos. Doy por finalizada la reunión.

Antes de regresar al interior del centro religioso, el druida observó cómo se dispersaban todos. Buscó a sus discípulos entre la muchedumbre, pero no consiguió localizarlos.

El gran druida estaba perdiendo la cabeza, o al menos eso empezaba a pensar Yilda. A su juicio, desde el nacimiento de Gwendal no había hecho sino tomar decisiones exageradas como el sacrificio de Perth. Y ahora pretendía reformar toda la muralla porque Lugh se lo había sugerido, un hecho al que ella no daba credibilidad. ¿Qué sería lo siguiente? También albergaba el presentimiento de que la pequeña ocuparía con los años el lugar de su tío, lo que significaría que ella, la aspirante mejor preparada, quedaría relegada a un segundo puesto de por vida.

Acompañada de Arlen, entró en su choza y atrancó la puerta. Ambos se sentaron en el suelo junto a las moribundas brasas del hogar y ella le explicó sus dudas y temores. El joven aspirante escuchó con atención y permaneció un momento pensativo.

—Confío en él —dijo finalmente Arlen. Agarró un par de troncos del montón de leña apilado contra la pared y avivó el fuego—. Todos debemos confiar en él.

—Yo no estoy tan convencida.

—¿No crees que Gwendal sea la hija de Lugh?

—Digo que si realmente lo es, solo se lo ha dicho a él. Ninguno de nosotros dos hemos presentido nada al respecto.

—Quinn es el sumo sacerdote y quien habla habitualmente con los dioses. A ti y a mí se nos manifiestan en contadas ocasiones.

—Exacto. En ocasiones excepcionales, como debería haber sido esta. —Yilda calló un instante e hizo memoria—. Recuerda que la muerte de Neil también le fue revelada solo a él.

Arlen enmudeció. En ningún momento se le había pasado por la cabeza tal cosa y las palabras de Yilda le hicieron dudar.

—Puede que tengas razón. O puede ser que los dioses hayan decidido ocultárnoslo por algún motivo. Quizá deseen realmente que Quinn se haga cargo de la niña en exclusiva.

—O quizá nuestro maestro no nos tenga en tanta estima como pensamos y pretenda que sea su sobrina quien le suceda en el cargo.

Arlen enmudeció de nuevo. Todo cuanto decía Yilda tenía sentido. La miró a los ojos y pudo darse cuenta de lo preocupada que se sentía. Colocó la mano sobre su rodilla y le habló en voz baja.

—Aun así, sigo confiando en él. —Le acarició el muslo bajo la túnica—. Todos debemos hacerlo.

—Me gustaría estar equivocada. —Yilda agachó la mirada y le retiró la mano—. Ahora no es el momento —le dijo.

—Será mejor que me marche. Necesito descansar y creo que tú también. —Arlen se puso en pie y caminó hacia la puerta—. Pensaré en ello.

Sola en su choza, Yilda echó un par de troncos más al fuego para mantenerlo vivo durante la noche y se metió en la cama desnuda. Pensó que si en algo tenía razón Arlen, era en que necesitaba descansar; los últimos días habían sido demasiado tensos para ella.

Sayer abandonó su choza con las primeras luces del alba. Vestido con una camisa larga de hilo, pantalones anudados a los tobillos y botas de piel, el delgado aunque robusto carpintero caminó hacia la entrada norte, donde ya le estarían esperando los tres guerreros enviados por Melvin para ayudarle con los trabajos previos. Al

hombro cargaba un saco de tela repleto de estacas de madera, su maza más grande y un largo ovillo de cuerda de lana.

La mañana había amanecido despejada y todos se ponían en marcha para bajar a los campos de cultivo, dispuestos a retomar la cosecha; un laborioso trabajo hasta Samhain que les proveería de alimentos para todo el frío y oscuro giamos. La mayoría de ellos desfilaban hacia la puerta principal portando sus dagas al cinto, con las que cortarían los manojos de cereal, y un cesto de mimbre para depositarlos. El resto, en el recinto interior del ganado, reunían los bueyes con los que traerían el grano en pequeños carros.

Sayer cruzó entre la multitud y caminó hacia la choza de Erwin. En ese momento, el encorvado herrero salía a su corral dispuesto a comenzar la jornada. Al ver al jefe, Erwin se detuvo apoyado en el bastón que siempre lo acompañaba y lo miró con curiosidad.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó.

Sayer dejó el saco en el suelo y se acercó a él.

—Necesito unas cuantas cosas —contestó dándole una palmada en la espalda.

Sayer le pidió que les llevara tres azadas para remover la tierra y un par de palas para cargarla sobre los esportones de caña que debían preparar sus improvisados trabajadores. Lo dejó buscando las herramientas y continuó su camino.

Cuando llegó a la entrada norte, Alan, Kevin y Mael le esperaban sentados al borde de la dolina oeste. Descargó el saco del hombro y lo vació en el suelo.

—Vamos allá —les dijo—, comenzaremos marcando el perímetro de la torre y los muros.

El carpintero agarró el cordón de medir de tres pies de longitud que solía utilizar para sus trabajos de carpintería y empezó a señalar los lugares donde debían clavar las estacas.

Al final de la mañana, la planta de la torre y los límites de los nuevos muros quedaron acotados por las cuerdas de lana. Sayer trepó por una escalera hasta lo alto de la muralla y se sentó a observar el replanteo. Quinn apareció en ese momento caminando por el pedregoso sendero. El carpintero le hizo un gesto para que subiese con él.

—Mirándolo desde aquí parece más complicado aún.

—Ciertamente —dijo el druida cruzado de brazos—. Ahora que está marcado sobre el terreno se aprecian mejor sus enormes dimensiones.

—Hará falta desmontar parte de la muralla este para construir el pasillo.

—Bueno. —Quinn levantó los hombros y asintió—. Aprovecharemos las piedras de la demolición para los nuevos muros.

—Y observa la puerta actual. —Sayer señaló hacia el trasiego de aldeanos que entraban y salían del poblado.

—¿Qué ocurre con ella?

—El acceso norte es tan frecuentado en la época de cosecha que no crece la hierba —evidenció—. Fíjate en la nube de polvo que se levanta; podría ser un problema a la hora de combatir en el interior del futuro pasillo.

Quinn observó la puerta enroscándose la barba con los dedos. Miró al jefe de los aldeanos y dijo lo primero que le pasó por la cabeza:

—Utilicemos la puerta sur para no estropearlo tanto.

—Imposible. El sendero es demasiado estrecho para subir con los carros.

—¿Y qué propones? Me da la sensación de que ya has pensado en algo.

—La única solución que se me ocurre es pavimentarlo. Tendremos que subir un montón de losas de piedra desde el arroyo.

—Constrúyelo como creas más conveniente. —Quinn se levantó apoyándose en la vara de avellano y comenzó a bajar por la escalera —. Estoy seguro de que harás un gran trabajo.

Sayer se quedó unos minutos más sentado en lo alto del muro divagando acerca de cómo elevar de forma eficiente la cantidad de piedras que necesitarían para alcanzar los veinte pies de altura de la torre. Ninguna idea asomaba a sus pensamientos. Sacudió la cabeza y caminó hacia la escalera.

—Será mejor que comencemos cuanto antes —masculló.

Bajó del muro y se reunió con sus hombres, que lo esperaban almorzando.

3

Finales de samos, 249 a. C.

Al atardecer, Quinn aún continuaba sentado en su tronco de roble del templo sagrado. Había permanecido en el claro del bosque durante todo el día meditando a solas sobre el futuro de la tribu, algo que miraba con tanto temor como esperanza.

Hacía años que albergaba el presentimiento de que ninguno de sus pupilos aspirantes debería sucederle, y el tiempo le había dado la razón. Yilda era fría y calculadora, mientras que Arlen era dócil e ingenuo. En su opinión, ninguno de los dos reunía las cualidades necesarias para ser sumo sacerdote de la tribu. Por lo tanto, todas sus esperanzas estaban depositadas en Gwendal. La pequeña, de ojos verdes grandes y profundos, crecía con salud a los pechos de Eileen. Algún día, o al menos eso deseaba, ella se convertiría en la suma sacerdotisa de los amanos.

El sol comenzaba a esconderse tras las montañas cuando Quinn se arrodilló en el lado este del altar. Fijó la vista en él y la levantó hasta localizar el dolmen del oeste, justo delante de él.

—Samhain está cerca —murmuró; el gran disco rojizo se veía parcialmente encerrado entre las tres piedras que conformaban el monumento.

Respiró profundamente y se puso en pie.

Un escalofrío le recordó que la noche se acercaba. Miró al cielo. Las primeras gotas de lluvia caían mecidas por el viento. «Será mejor que regrese», se dijo resguardándose con la capucha. Agarró la vara y caminó ladera abajo en dirección al sendero de la puerta sur.



A falta de la pequeña parcela del interior del poblado, la cosecha y la recolección estaban finalizadas. Sin embargo, nadie en la tribu descansaba. Mientras unos aventaban el grano o ataban fardos de paja cerca de los campos para alimentar al ganado durante la mitad oscura del año, otros subían por la senda norte con los carros repletos de trigo y centeno, manzanas y frutos secos que almacenaban en el cobertizo situado en el recinto de las reses.

Dentro de las murallas, en el corazón de la aldea, los guerreros se preparaban para las futuras batallas entrenando su destreza con la espada y el arco. Sus hijos, revoloteando en torno a ellos, les observaban casi desde que empezaban a caminar y jugaban a imitarles con palos y trozos de madera a modo de armas; más tarde, cuando cumpliesen los cinco años, llegaría el momento de iniciarles en el honorable oficio de defender a los suyos.

Para los amanos la vida seguía exactamente igual. Las rutinas se repetían día a día y nada había cambiado salvo una cosa: la torre que estaba construyendo Sayer. Todos se sentían fascinados por la imponente obra que estaba llevando a cabo el carpintero.

Habían pasado ya tres ciclos lunares desde la mañana en que replantearon la torre y los muros del corredor principal. Durante ese

tiempo, Sayer y sus tres hombres habían excavado un palmo de terreno para despejarlo de maleza y subido cientos de lajas de piedra desde el arroyo a través del sendero sur; con ellas habían levantado un zócalo de pie y medio de altura para poder asentar los muros con mayor firmeza. Además, por las tardes, el carpintero había fabricado en su choza los andamiajes de madera que iban a necesitar.

A pocos días para que se sumasen los aldeanos, los cuatro obreros dedicaban las jornadas a bajar bloques de piedra desde la cantera de la colina más alta y a apilarlos en torno a las obras. Para ello se valían de un buey que las transportaba tirando de un carro a lo largo del muro norte, el cual, al igual que el resto, podía ser utilizado como vía de comunicación gracias a sus ocho pies de grosor. Para subir el buey y el carro habían tenido que construir previamente una rampa de tierra junto al campo de cereal situado en el recinto de las reses.

Pasado el mediodía, cansado de cargar y descargar piedras del carro, Sayer decidió tomarse un descanso y comer un poco. Echó mano del morral de piel de cordero en el que traía el almuerzo todas las mañanas y sacó un cuchillo, pan de centeno y tocino de jabalí. Apoyado en el montón de piedras apiladas se llevó un pedazo a la boca y masticó lentamente con la mirada puesta en el zócalo de la torre, pensativo. Levantó la vista recorriendo el cielo con ella e imaginó hasta dónde llegaría el enorme edificio.

—Tiene que haber alguna forma de… —murmuró.

Quinn interrumpió sus pensamientos como salido de la nada:

—¿Qué te preocupa?

—El modo de subir las piedras a tanta altura de forma rápida y segura —respondió Sayer señalando con el cuchillo un punto indeterminado por encima de su cabeza. Dio un nuevo bocado y miró al druida.

—Creía que ibas a subirlas con cuerdas —dijo este.

—He estado haciendo pruebas; los esportones llenos pesan demasiado.

—Entonces hazlo por el andamiaje.

—Imposible. Tardaríamos aún más, y es demasiado peligroso.

Aparte del problema que suponía la altura de la torre, esta tenía unas dimensiones finales de noventa pies de longitud por veinticuatro de anchura en el extremo sur, lo que se traducía en un volumen bastante más grande de lo que Sayer había imaginado. No podían hacer una cadena humana a través de los andamios ya que el esfuerzo al que se verían sometidos sus hombres les llevaría a cometer errores, lo que significaría que cualquiera que anduviese por debajo de ellos podría recibir un impacto en la cabeza. Por otro lado, no disponía de efectivos suficientes para hacerlo si además quería trabajar en los muros del corredor y transportar material desde la cantera al mismo tiempo.

—Estoy seguro de que encontrarás el modo de hacerlo —aseguró Quinn sin muestra alguna de preocupación—. No hay nadie con más talento que tú para la construcción, por eso te elegí.

—Ya… —Sayer cortó un poco más de tocino y guardó el resto del almuerzo en el morral—. Pues espero no defraudarte.

—No lo harás, amigo mío. Debes tener confianza en ti.

Después de darle una palmada de ánimo en la espalda, Quinn atravesó la puerta norte y desapareció sendero abajo.

El carpintero, apoyado aún sobre el montón de piedras, rumió durante unos minutos las últimas palabras del druida y regresó al trabajo sin dejar de pensar en el asunto.

De vuelta en lo alto del muro norte, Sayer levantó la vista hacia el este y lo recorrió con la mirada. A lo lejos podía ver a Alan, Kevin y Mael guiando al buey que descendía lentamente tirando del carro cargado hasta los topes.

—Necesitamos traer el material más aprisa —se dijo cruzado de brazos.

Cuando el equipo de transporte llegó a él, se fijó en la envergadura del carro. A cada lado de las ruedas apenas quedaban un par de pies libres, por lo que utilizar dos equipos simultáneamente resultaba imposible; no podrían cruzarse entre ellos.

—Tiene que haber algún punto de mayor grosor —masculló—. Id descargándolo. Vuelvo en un momento —les dijo.

Sayer agarró su cordón de medir, caminó a lo largo de la muralla y realizó comprobaciones aquí y allá, pero ninguna zona tenía margen suficiente. En el extremo oriental dio media vuelta e inició el camino de regreso. Al pasar junto a la rampa de tierra por la que transitaban los bueyes para subir y bajar del muro, tuvo una idea que podría solucionar el problema.

Cuando llegó a las obras de la torre, sus hombres ya habían descargado el carro y se disponían a dar media vuelta para comenzar de nuevo. Les hizo un gesto para que aguardasen y se acercó a ellos.

—De momento no vamos a traer más piedras.

—¿Ocurre algo? —preguntó Mael. Los tres miraron al carpintero encogidos de hombros.

—Coged las herramientas y venid conmigo. Vamos a ampliar la rampa.

Yilda cerró los ojos y levantó la cabeza para concentrarse; nada, ni una sola señal. Lo único que percibían sus sentidos era el sonido de las hojas de los árboles agitadas por la brisa que corría a lo largo del valle. Sin embargo, la sensación era cálida y agradable en medio del silencio, como si los dioses estuviesen preparando el terreno para hablarle. Echó la cabeza un poco más hacia atrás y apretó los puños sobre sus rodillas, pero siguió sin obtener respuesta. Por más que se empeñaba, era incapaz de escuchar lo que tuviesen que decirle.

Sentada en su tronco de roble, junto al altar del templo sagrado, la druidesa había ingerido el brebaje de setas e intentaba conectar con los dioses. Desde el nacimiento de Gwendal lo había probado varias veces. Necesitaba saber de primera mano que las cosas eran como aseguraba Quinn; necesitaba argumentos que Arlen no podía darle, por más que este insistiera en que debían confiar en el gran druida.

En esta última ocasión, como ya había sucedido en las anteriores, tampoco le había sido revelado nada. En realidad, los dioses jamás se habían puesto en contacto con ella, pero eso era un secreto que guardaba con celo, segura de que algún día cambiaría.

Las primeras veces que realizó el ritual tras el nacimiento de Gwendal se sintió ignorada por el silencio que obtenía como respuesta. Con el paso de los días, se afianzó en la idea de que

quizá, simplemente, no había nada que revelar y todo era como ella había imaginado desde un principio: una burda manipulación de Quinn para quitarla de en medio.

Sola en el claro del bosque, se reafirmó en sus hipótesis más que nunca. Al menos, la magia del brebaje de setas rojas siempre conseguía transportarla a un mundo en donde podía pensar con mayor claridad.

Sumida en la profunda oscuridad de sus párpados, Yilda escuchó cómo Arlen se sentaba a su lado en silencio y supo que había llegado el momento de hacer que se posicionase en su favor; con él como aliado todo sería más sencillo. Alargó el brazo, tomó su mano y le habló:

—Estás aquí.

—Supuse que habrías bajado a meditar —dijo Arlen observando el cuenco vacío de madera sobre el altar—. ¿Los dioses te han hablado?

—Lo han hecho —respondió con los párpados aún cerrados.

Sorprendido, Arlen apretó su mano con firmeza. La druidesa giró la cabeza, abrió los ojos y lo miró a la cara con las pupilas completamente dilatadas.

—Gwendal es una impostora. Traerá la desgracia a nuestro pueblo.

—¿Estás segura? —Arlen arrugó el gesto, confundido por la revelación.

—Lo estoy. La precipitada muerte de sus padres y la enajenación de Quinn son solo el principio. Debemos impedir que continúe.

—¿Cómo podríamos hacerlo?

—Aún no lo sé. —Yilda hizo una pausa y respiró profundamente—. Pero cuando llegue el momento espero encontrarte a mi lado.

Yilda arrastró la mano del joven druida hasta colocársela sensualmente sobre el muslo. Arlen, deseoso, lo acarició con ansiedad e intentó continuar el camino hacia la entrepierna, pero ella lo detuvo.

—También me apetece… y mucho —susurró sofocada. Él volvió a intentarlo y de nuevo ella lo frenó—. Pero antes necesito estar segura de que puedo confiar en ti, ocurra lo que ocurra.

—Ocurra lo que ocurra —musitó Arlen repitiendo sus palabras, preso de sus instintos—. Tienes mi promesa.

—Y tú me tienes a mí.

Yilda liberó la mano de Arlen y le besó. Arlen extendió el brazo, introdujo los dedos en su sexo y le provocó un gemido que pudo escucharse en todo el valle. Ella apretó las piernas y le habló a la vez que mordisqueaba sus labios:

—Aquí no. Podría vernos alguien.

Yilda se puso en pie y tiró de él hacia la espesura del bosque. Allí, ocultos entre los árboles, disfrutaron una vez más de sus cuerpos con pasión desenfrenada; placeres de los que la druidesa había privado al joven, y a sí misma, desde el nacimiento de Gwendal.

Las relaciones íntimas entre los miembros del Consejo Druida estaban prohibidas, pues ello podría entorpecerles a la hora de tomar decisiones; una norma que los dos aspirantes incumplían desde hacía tiempo. Ambos eran conscientes de los riesgos que asumían: Yilda prefería no pensar en ello; Arlen, embravecido por el caudal de excitación que corría por sus venas, simplemente confiaba en que podrían mantenerlo oculto. Y todo ello estaba propiciado

porque Yilda, una mujer atractiva como pocas en la tribu, había conseguido, para su desgracia, llegar a la madurez sin que ningún hombre la pretendiese.

En el centro del poblado, en torno a la piedra de sacrificios, los hombres de Melvin practicaban como cada día el arte de la lucha. Los guerreros amanos basaban sus técnicas de combate en la potencia de sus cuerpos y en la rapidez de movimientos, razón por la que básicamente entrenaban la fuerza y la agilidad. La estrategia y la organización quedaban relegadas a un segundo plano, ya que ninguno de ellos había entrado todavía en batalla y no habían tenido la necesidad ni la oportunidad de ahondar en ello.

Ataviados con botas de piel, pantalones de lino, camisa y casco, ejercitaban por turnos la lucha cuerpo a cuerpo y el tiro con arco. En la primera, armados con escudos ovales y grandes espadas de madera, peleaban por parejas hasta que uno de ellos conseguía someter a su contrincante. Para practicar el tiro con arco, instalaban postes de madera con sacos de paja atados a ellos y a los que intentaban acertar desde treinta pies de distancia. También, pero solo los más veteranos y experimentados, para afinar su puntería, disparaban a un saco de lana en movimiento que los más jóvenes arrojaban desde diferentes puntos.

Mediada la tarde, el poblado adquirió una apariencia sombría. Melvin, bajo la fina llovizna que empezaba a caer, levantó su pesada espada de hierro y dio por finalizada la jornada. Sus hombres obedecieron de inmediato y comenzaron a recoger la parafernalia que habían desplegado por todas partes.

Linett y Owen aparecieron en ese momento por la puerta sur. La pareja de pastores regresaba de las montañas, donde pasaban toda la estación de samos en una cabaña de piedra al cuidado de los rebaños de ovejas y cabras para aprovechar los pastos frescos de las alturas.

Melvin, contento de verles, apoyó la espada en la puerta de su choza y caminó hacia ellos para recibirlos.

—Bienvenidos, hermanos —les saludó con un abrazo.

—Gracias, hermano —respondió Owen.

—¿Qué tal se ha dado la temporada?

—Excelente —aseguró el pastor—. La fertilidad del rebaño nos ha traído más de treinta corderos.

—¡Es una magnífica noticia! —dijo el gran jefe con entusiasmo. Hizo un pequeño silencio y continuó—: Dime, ¿está todo en calma por allí arriba?

—Claro —respondió Owen extrañado—. ¿Ocurre algo?

—Tan solo quería asegurarme. Es largo de contar; os lo explicaré más adelante. ¿Y tú, cómo estás? —preguntó a Linett—. No tienes buena cara.

—Me alivia estar de vuelta —respondió esta—. Comienzo a sentirme muy cansada.

—¿Estás enferma?

—Creemos que está embarazada —se apresuró a decir Owen.

—¡Otra magnífica noticia! —exclamó sonriente el gran jefe—. Id a vuestra choza y descansad. Hablaré con Morgana para que os visite esta misma noche.

Melvin se despidió de la pareja y regresó a su choza; antes de ir en busca de la partera guardaría su espada de hierro lejos del

alcance de las alocadas manos de los niños.

Tras recorrer medio poblado, encontró a Morgana en la choza de Eileen. La partera estaba sentada en la cama charlando con ella. A su lado, Enya y Gwendal dormían plácidamente bajo una manta. Melvin cerró la puerta con cuidado y se acercó hasta ellas.

—Si buscas a Sayer, lo encontrarás en la rampa de tierra —dijo Eileen en voz baja para no despertar a las pequeñas—. Está empeñado en terminarla mañana.

—Quería hablar con Morgana. Owen y Linett acaban de regresar y creen que ella podría estar embarazada.

—Iré a visitarles cuando termine aquí —dijo la partera.

—¿Cómo está Gwendal?

—Es una niña sana y mama con tanta fuerza que a Eileen se le están irritando los pezones. Le he puesto un ungüento de milenrama.

—Estás en buenas manos. —Melvin miró a Eileen y la besó en la mejilla—. Será mejor que me marche, necesitas descansar.

El gran jefe dio media vuelta y salió de la choza con la satisfacción de saber que las cosas marchaban bien en el poblado.

Después de dejar a Sayer meditabundo en la torre, Quinn había bajado a los campos de cultivo, al noroeste, para comprobar el cumplimiento de los plazos en la recogida de las cosechas; en las tierras amarilleadas apenas quedaba grano que recoger y los aldeanos cargaban los últimos esportones en los carros para regresar a la aldea. Cerca del río, varias mujeres que habían bajado a lavar la ropa lo saludaron cordialmente y le invitaron a un pequeño

tentempié que preparaban junto a una hoguera. Rodeado de sus hermanas, comió guiso de conejo, pan de centeno y bebió cerveza tibia antes de continuar con sus obligaciones sacerdotales.

Con la tripa llena, se encaminó hacia el templo del bosque bordeando el poblado al pie de la falda de la peña, protegido con la capucha de la persistente llovizna. Acostumbraba a visitarlo a diario aunque nada más fuese para inspirarse con la calma y la energía que emanaban de él, pero en esa ocasión el motivo era de suma importancia.

Al llegar al altar, se percató de que había un cuenco de roble abandonado. Lo cogió con ambas manos y lo observó con atención, extrañado. Indudablemente era el de Yilda.

—Parece que ha bajado con Arlen —musitó mirando las huellas que se adentraban en el bosque. Sin soltar el cuenco, caminó por la senda de pisadas hasta el límite del claro y oteó entre los árboles—. ¿Arlen?, ¿Yilda? —vociferó hacia la espesura. Pero no hubo respuesta.

Más extrañado aún, dio media vuelta y regresó al centro del templo imaginando que su pupila, distraída con la recogida de hierbas, habría dejado el cuenco olvidado.

Envuelto por la tenue luz del ocaso, se colocó de cuclillas ante la piedra del altar y contempló la puesta de sol a través del dolmen del oeste; el enorme disco dorado, semioculto por las nubes, quedaba ya prácticamente encerrado en su interior.

—Ha llegado el momento de anunciarlo —dijo en voz baja.

Se puso en pie ayudado de la vara y caminó hacia la aldea con el cuenco en la mano.

Al anochecer, los aldeanos más rezagados salían del recinto de las reses cerrando el vallado hasta el día siguiente. Terminada la jornada, habían reunido los bueyes y depositado en el cobertizo los últimos fardos de paja; por la mañana ya no tendrían que volver a los campos y se limitarían a recoger el poco cereal que todavía quedaba en la pequeña parcela interior. Los hombres de Melvin regresaban hambrientos a sus hogares después del duro día de entrenamiento.

Quinn entró por la puerta sur y caminó hacia la choza de su discípula. Durante el trayecto se dirigió a cuantos se cruzaron con él y les pidió que corriesen la voz de que deseaba hablarles en el centro religioso.

Cuando llegó al hogar de Yilda, se detuvo en el corral delantero y escudriñó por la ventana; estaba entornada y podía ver cómo su discípula extendía unas mantas sobre la cama. Tocó a la puerta con la vara, entró y se descubrió el rostro.

—Hola, Quinn —dijo ella sin darse la vuelta.

—¿Acaso tienes ojos en la espalda?

—No son muchos los que visitan mi choza, y tú eres el único que llama de ese modo.

El druida levantó las cejas ante su perspicacia. Se acercó hasta el fuego del hogar para calentarse y sacó el cuenco del interior de la túnica.

—He convocado a la tribu para dentro de un momento.

—Bien, allí estaré —dijo Yilda sin dejar su tarea.

—Por cierto, traigo tu cuenco. Lo he encontrado en el altar del bosque.

La aspirante se quedó petrificada. De pronto recordó que lo había dejado olvidado cuando, en plena faena con Arlen, ambos escucharon al sumo sacerdote llamarlos en la lejanía; furtivos, habían corrido por el borde del claro del templo hasta alcanzar el camino de regreso.

—Gracias. Estuve meditando y olvidé cogerlo. Supongo que tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—No tiene importancia. —Quinn extendió el brazo y se lo entregó —. Por favor, dile a Arlen que acuda también a la cita de esta noche.

—Iré a buscarlo ahora mismo. Imagino que se encontrará en su choza; no lo he visto en todo el día.

—Bien. Allí nos veremos —dijo el druida arrugando el gesto.

Salió por la puerta con la sensación de que algo no encajaba. Si Yilda no había estado con Arlen en el bosque, ¿de quién eran las otras huellas que había visto en el barro? «Quizá estoy dejando volar demasiado mi imaginación», se dijo sacudiendo la cabeza. Se cubrió y caminó hacia el centro religioso sin darle más importancia.

A su llegada todos le esperaban ya de pie, reunidos en la entrada o en el interior del edificio. En esta ocasión aguardaban en silencio, ya que la tribu conocía sobradamente el motivo por el que Quinn les había citado. El gran druida caminó entre su gente, que le abría paso a medida que avanzaba, y se detuvo en el fondo, justo delante del fuego del hogar. Los miró, se descubrió la cabeza e hizo un gesto ceremonial con los brazos.

—Sentaos —les dijo—. En primer lugar, quiero mostrar mi agradecimiento a la comunidad de aldeanos; han hecho un gran trabajo desde Lughnasadh recogiendo la abundante cosecha que nos ha brindado la Madre Tierra. —Quinn les dejó mostrar su euforia

durante un instante y volvió a levantar los brazos para hacerles callar —. En segundo lugar, quiero mostrar mi satisfacción a Sayer y a los tres hombres que le han ayudado por el excelente trabajo realizado en la construcción del nuevo acceso norte.

El murmullo se generalizó y todos miraron al carpintero orgullosos de su buen hacer. Esta vez Quinn esperó a que guardasen silencio para continuar.

—Por último, os anuncio que mañana es la víspera de Samhain. Por la noche lo celebraremos.

Sin nada más que añadir, el sacerdote dio por finalizada la reunión. La tribu al completo abandonó el centro religioso y cada uno regresó a su hogar para descansar tras el penúltimo día de duro trabajo.

Cuando todos ya se habían marchado, Quinn tomó asiento en el suelo, junto al fuego del hogar, y dio las gracias a los dioses por la prosperidad brindada un año más a su pueblo.



La mañana de la víspera de Samhain el poblado amaneció en calma. Lejos del ajetreo de las últimas fechas, no eran muchos los aldeanos que terminaban de recoger los pocos granos de cereal que todavía tenían pendientes en el campo de cultivo del recinto interior. El resto de ellos, adormilados, permanecían aún en sus hogares desperezándose junto al fuego.

Con las primeras luces del día, Quinn apareció entre la niebla que desde muy temprano envolvía la aldea. Se coló sigiloso en el interior de la cueva con su cuenco de roble en la mano. En medio de la

ausencia casi completa de luz, esperó unos segundos hasta acomodar la vista y caminó hacia el fondo para ocupar su lugar de meditación sobre los restos enterrados de los sacerdotes que, como él, antaño habían dirigido el destino de la tribu.

Ayudado de la vara tomó asiento en el suelo, cruzó las piernas y depositó el cuenco delante de él. Antes de comenzar el ritual, apoyó las manos sobre las rodillas y pidió permiso:

—Lugh, permite que este humilde siervo te hable y escuche cuanto tengas que decir.

Tomó el cuenco de brebaje entre las manos y bebió hasta agotar el contenido sin derramar una sola gota. Lo depositó nuevamente en el suelo, relamió los restos que le corrían por las comisuras de los labios y fijó la vista al frente. Después cerró los ojos.

El ritmo de las pulsaciones de su corazón se incrementaba a medida que el brebaje de setas le hacía efecto. Poco a poco, su mente se paralizó hasta que los pensamientos desaparecieron por completo. Ajeno al mundo que le rodeaba, la vista se le aclaró y la oscuridad se convirtió en un blanco inmaculado, brillante y mágico.

Dentro de su cabeza empezaron a formarse extrañas figuras de colores sin sentido aparente; figuras semejantes a gusanos que se retorcían y enroscaban unos con otros y que le eran muy familiares: Lugh aceptaba su petición y estaba dispuesto a comunicarse.

—Mañana da comienzo la mitad oscura del año —susurró el druida rompiendo el silencio de la cueva—. Los días se vuelven más y más sombríos y el espíritu de la tribu se adormece. Si tienes a bien guiarme, escucho con atención tus consejos.

El silencio reinó de nuevo. Quinn alzó la cabeza hacia el techo y apretó las manos sobre las rodillas para elevar el nivel de

concentración. Las formas de colores se apelmazaron en el centro de sus visiones. De ellas solo quedó un pequeño punto resplandeciente que giraba sobre sí mismo y amenazaba con cegarle.

—*Protege a Gwendal de los espíritus de los vivos y los muertos; aún es frágil* —susurró una voz dentro de su cabeza—. *Templa el metal de los guerreros en el fuego de tu hogar con la madera sagrada.* —La voz desapareció. El punto brillante se apagó y le devolvió a la más absoluta oscuridad.

Cuando Quinn despertó del trance, la niebla ya se había disipado. Los rayos de sol se colaban tímidamente por la entrada de la cueva, lo que indicaba que el ocaso estaba cerca. Mientras que para el sumo sacerdote habían transcurrido apenas unos minutos, el resto del mundo había vivido el día con lenta normalidad.

Recogió el cuenco y salió con la intención de descifrar las indicaciones que Lugh acababa de darle.

«*… de los vivos y los muertos…*». Esas palabras se repetían incesantemente dentro de la cabeza del druida. Era evidente que debía estar atento a las amenazas que, tanto desde este mundo como desde el otro, se cernían sobre su pequeña sobrina. Sin embargo, Lugh no había dejado claro cómo hacerlo.

—El metal de los guerreros… —murmuró caminando por el centro de la aldea.

Interpretar la segunda parte del mensaje parecía más complicado, sobre todo en los momentos de confusión que siempre le sobrevenían tras despertar del trance. Todavía algo desorientado,

cruzó la puerta del recinto interior de ganado para echar un vistazo a los trabajos de Sayer, quien apuraba los últimos rayos de luz.

Junto a la muralla, al pie de la rampa de tierra, el carpintero miraba cómo sus tres ayudantes extendían los últimos esportones de tierra en lo alto. Quinn se colocó a su lado y observó también.

—Ya está terminada —dijo Sayer—. Hemos ampliado la longitud de la rampa en seis pies y disminuido la pendiente; en la pequeña meseta que ha quedado arriba podremos cruzar dos carros y mantener así un flujo constante de transporte de material.

—Es una buena idea —apuntó Quinn—. Ahora piensa cómo subirlo a la torre.

Sayer miró al druida de reojo, con los brazos en jarra y frunciendo el ceño.

—Lo solucionaré.

—Estoy seguro. Y creo que no me necesitarás para ello.

Quinn le dio un par de golpes en el hombro y caminó sendero abajo de regreso a la aldea.

En el centro del poblado ya se respiraba aire de fiesta. Las hogueras lucían en lo alto de las colinas y todos habían encendido velas en las ventanas de sus chozas y colocado ramilletes de muérdago en las puertas. La mesa del banquete estaba lista delante del centro religioso, y junto a ella, Melvin se calentaba entre los dos fuegos que había preparado para presidir la celebración. Quinn se acercó a él dándole vueltas a la última revelación de Lugh y se detuvo a su lado con gesto reflexivo.

—Linett y Owen regresaron ayer —comentó el gran jefe sin apartar la vista de las llamas—. Todo está en calma por las montañas.

—Lo sé, les vi ayer en la reunión. Como dije, Gwendal es aún muy pequeña; no tenemos de qué preocuparnos. Pero temo por su seguridad dentro de nuestras murallas.

—¿Los dioses te han hablado? —preguntó Melvin mirándole fijamente.

—Advierten de los espíritus de los vivos y los muertos.

—Tranquilo. Incluso tenemos un halcón para protegerla —dijo el gran jefe con sarcasmo. Quinn le miró con cara de haberle hecho poca gracia la broma y Melvin cambió el gesto—. En serio, estará bien. Todos cuidamos de ella.

—Ese halcón la vigila por algún motivo. Quizá sea más importante de lo que creemos.

—Perdona. No era mi intención dudar de ti.

—Ya lo sé. —El druida esbozó una sonrisa—. Pero mejor ahorrémonos ese tipo de comentarios.

Quinn bajó la vista y observó el torques[1] que lucía Melvin en el cuello con motivo de la celebración de Samhain, una preciada joya de bronce heredada de sus antepasados que le protegería de los malos espíritus en las batallas. Acercó la mano y lo acarició con los dedos; de pronto, todo cobraba sentido.

—Necesito una de tus dagas de bronce —dijo el druida.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Melvin intrigado.

—He de hacer un amuleto para Gwendal.

—¿Con una de mis dagas? —protestó el gran jefe—. Han pertenecido a mi familia durante generaciones.

—Esa es la razón por la que la necesito: es el metal de los guerreros.

—El metal de los guerreros… ¿Qué significa eso? —Melvin le miró de medio lado—. Da lo mismo, no me lo expliques. Druidas… —dijo refunfuñando—. Acompáñame a mi choza.

Al entrar en el cálido hogar se sintieron reconfortados. Melvin cerró la puerta y fue en busca de la daga. En un rincón, sobre la cama, Alanna amamantaba a Brian, que usaba el pezón de su madre como recurso para conciliar el sueño. Quinn se arrodilló a su lado y besó en la frente al pequeño.

—Es un niño vigoroso —dijo la madre con orgullo—. Ya intenta ponerse de pie.

—Algún día será un guerrero grande y fuerte como su padre —aseguró el druida.

En ese momento regresó Melvin con la daga en la mano.

—Aquí tienes —dijo ofreciéndosela—. Es la más antigua y valiosa que poseo; espero que sea suficiente.

Quinn se levantó y la tomó de sus manos.

—Gracias. Es importante. —Se despidió de la pareja y caminó hacia la puerta.

—Ah, se me olvidaba —dijo Melvin—. Morgana ha visitado a Linett, está embarazada. Tendremos que designar a otra pareja de pastores para la próxima temporada.

Quinn asintió con la cabeza sin decir nada, salió y cerró la puerta con cuidado para no molestar al niño.

El encuentro con Melvin había despejado las dudas del sumo sacerdote. Gracias a él había conseguido interpretar los deseos de Lugh: Gwendal debía portar un amuleto semejante al de los guerreros que alejase de ella a los malos espíritus.

Camino de su choza, decidió ir en busca de Erwin para que se pusiera a trabajar en ello cuanto antes.

La tarde había dejado paso a una noche clara y agradable cuando Quinn atravesó la aldea en busca del herrero. Por el acceso sur aparecieron Kenny y Eirian, dos jóvenes guerreros, con sus arcos en la mano y los carcaj vacíos de flechas al hombro. Detrás de ellos, renqueante, subía un buey cargado con un enorme jabalí que, a buen seguro, protagonizaría la comida del día siguiente. Quinn les observó con indiferencia para no perturbar sus propios pensamientos y continuó entre el gentío en busca de Erwin, que no aparecía por ninguna parte.

—Aún debe de estar en su choza —murmuró. Agachó la cabeza y se dirigió hacia allí con cuidado de no pisar los charcos del suelo.

El gran druida llamó a la puerta con dos sutiles toques de vara y la empujó suavemente. El anciano se encontraba dentro, martilleando una azuela con esmero.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Erwin al verle—. ¿Necesitas alguna herramienta?

—No —dijo el druida muy afable—. Tan solo un poco de tu habilidad y buen hacer.

—¿De qué se trata? —repuso el herrero, intrigado.

Quinn metió la mano bajo su túnica, sacó la daga de bronce y se la entregó. Erwin, sorprendido, la observó con detenimiento.

—Indudablemente es de Melvin. ¿Qué quieres que haga con ella?

—Un torques para Gwendal; los dioses estiman que ha de tener protección.

—De acuerdo, la fundiré. Pero no hay mucho metal con el que trabajar. —Dejó la daga sobre la piedra de forja y miró a su

alrededor—. Añadiré un poco más. Seguro que tengo algún otro pedazo de bronce por alguna parte.

—Ha de ser suficiente con lo que te traigo, es importante —aseveró Quinn.

Bajo la atenta mirada del herrero, el druida describió cómo habría de ser la joya que protegería a su sobrina: ligera, delgada y rematada en los extremos por dos pequeñas esferas semejantes a la estela que presidía el centro religioso, símbolo del poder del sol, creador de la vida y a quien los amanos reverenciaban desde el inicio de los tiempos.

Samhain, la fiesta por excelencia en el calendario de los amanos, estaba a punto de comenzar. Esa noche, la más mágica del año, pondría fin al contrato con la Tierra que la tribu suscribía en Imbolc. Al día siguiente nadie podría recoger un solo fruto de los árboles ni un grano del suelo olvidado tras la cosecha, pues todo cuanto no hubiese sido recolectado o cosechado ya no les pertenecería a ellos, sino a Cailleach, la vieja hada que reinaba durante giamos. Esta, oscura y sombría como los días, se apoderaría a partir de ese momento de Brígida, el hada gentil y alegre que gobernaba la estación de samos.

Pero Samhain era mucho más que una celebración por el final de la cosecha. Esa noche, las puertas del mundo de los muertos se abrirían para establecer una comunicación directa con el de los vivos. Los espíritus de los difuntos podrían viajar desde el más allá para mezclarse con la tribu haciendo patente, una vez más, que ambas realidades no distaban mucho entre sí. Por esa razón, los

amanos dejaban las ventanas de sus chozas abiertas y las iluminaban con velas. También, si así lo deseaban, los espíritus podrían sentarse a cenar a su mesa, motivo por el que reservaban platos llenos de comida y asientos vacíos que nadie podía tocar ni utilizar. Esa noche, el recuerdo y el respeto a sus antepasados llenarían los corazones de todos y cada uno de ellos. La magia estaría presente por todas partes.

En el centro de la mesa, presidiendo el banquete, Quinn tomó asiento flanqueado por Arlen y Yilda. A continuación, a uno y otro lado del Consejo Druida, Melvin y Sayer ocuparon sus lugares seguidos de sus gentes. Sobre la mesa, pan, vino y cerveza de trigo acompañaban a las grandes marmitas de estofado de conejo que habían cocinado por la tarde.

El sumo sacerdote pidió silencio. Se puso en pie, alzó su cuenco de vino hacia el cielo y apuró el contenido para dar comienzo a la celebración.

Durante largo rato comieron, bebieron y rieron contando anécdotas. Después, Allen les amenizó con su arpa y les cantó los acostumbrados poemas de antiguos héroes, que todos escucharon atentamente bajo los mantos de lana que les protegían del húmedo frío de la noche.

Acabada la cena, como agradecimiento a las divinidades por la protección brindada durante samos, y como retribución adelantada para el siguiente contrato, la tribu sacrificó el excedente de ganado que les sería difícil de alimentar durante la mitad oscura del año; unas piezas cuya sangre derramada volvería a la tierra simbolizando la energía de la vida, y cuya carne llenaría sus barrigas en la comida del día siguiente junto con el jabalí cazado por Kenny y Eirian. El

resto del rebaño lo bendijeron haciéndolo pasar entre las dos hogueras.



Yilda se despertó en la penumbra de su choza. Desnuda bajo la manta, observó las últimas brasas que restaban por consumir en el fuego del hogar. El vino de la noche anterior le había inducido un sueño pesado y las consecuencias de los excesos se dejaban sentir al amanecer en forma de malestar general. En medio del estado de confusión en que se encontraba, solo era capaz de pensar en una cosa: necesitaba descansar un poco más. Cerró los ojos e intentó relajarse.

De pronto, un terrible presentimiento le provocó un escalofrío. Se sobresaltó. Miró al suelo y contempló aterrada las dos túnicas azules que estaban tiradas a los pies de la cama.

—No puede ser… —masculló dándose la vuelta. A su lado, también desnudo, Arlen dormía plácidamente con la boca abierta de par en par. —¡Despierta! —susurró dándole un meneo. Arlen se removió incómodo y abrió los ojos lentamente—. ¡Vamos, despierta! ¡Tienes que marcharte!

—¿Qué ocurre? —preguntó desorientado.

—Anoche nos quedamos dormidos. ¡Lárgate, pronto amanecerá!

Arlen saltó de la cama. Se puso los pantalones, se calzó las botas y corrió hacia la puerta.

—¡Detente! —le espetó la druidesa. Arlen se dio la vuelta y la miró embobado—. Ponte la túnica, idiota.

El joven druida regresó sobre sus pasos, agarró la prenda y se la enfundó con torpeza. Abrió la puerta, comprobó que todos permanecían en sus chozas y se marchó con mucho sigilo.

Yilda resopló aliviada.

—Cómo he podido ser tan estúpida —se dijo entre dientes—. Tengo que ir con más cuidado.

Odiaba profundamente esa situación. Odiaba tener que verse a escondidas con Arlen, aunque era algo que no podía evitar por mucho empeño que pusiese; su instinto sexual le ganaba la batalla desde hacía años.

Él había reparado en ella por primera vez el día que Quinn lo admitió como pupilo. Al principio, Yilda se había sentido observada por aquel joven flaco e impetuoso a quien esquivaba la mirada constantemente en las reuniones del Consejo. Pero, con el paso del tiempo, comenzó a despertarle cierta atracción y empezó a pensar que su carácter dócil e ingenuo tenía algo de morboso. Sola en la penumbra de su choza, y con el corazón todavía acelerado por la tensión, Yilda revivió intensamente los instantes iniciales de aquella extraña y furtiva relación.

Todo comenzó una calurosa mañana de solsticio de samos. Yilda había bajado al río para darse un baño en una poza escondida en la frondosidad del bosque. Como siempre, su ropa y sus botas colgaban de la rama de un árbol señalizando su presencia ante cualquier mirada curiosa. Arlen, despistado, apareció por sorpresa entre la maleza vestido con su túnica amarilla de iniciado. Portaba una cesta de mimbre repleta de hierbas. Al verla desnuda, con el agua hasta los hombros, se quedó paralizado y volvió la cabeza a un lado.

—Per… perdona —titubeó—. No me había dado cuenta de que estabas aquí.

Yilda, erotizada por el inesperado encuentro, le dedicó una sonrisa maliciosa y caminó hacia él.

—Buscaba el río para… para beber un poco de agua —titubeó de nuevo mientras observaba de reojo cómo ella se acercaba—. Estaba con Quinn recogiendo un poco de…

—Muérdago —dijo Yilda deteniéndose justo delante de él—. Ya veo que llevas la cesta llena.

—Exacto, muérdago.

—Dicen que es embriagador. —La druidesa acarició las hojas con los dedos.

—E… E… Eso di… dicen —tartamudeó Arlen. Yilda le obligó a mirarla guiando su barbilla con la mano.

—Te gustaría besarme, ¿me equivoco?

—Yo… Sabes que está prohibido —musitó el muchacho.

—Vamos, nadie se enterará. Sé que te mueres de ganas de probar mis labios.

Yilda se acercó un poco más y lo besó con mucha suavidad. Él, irremediablemente, se dejó llevar; abandonó su vergüenza por un momento y se atrevió a colocarle las manos en la cintura.

—¿Cuántas veces te has imaginado acariciando mis pechos? —le susurró en los labios—. Adelante, no seas tímido, puedes tocarlos.

Arlen dudó un instante antes de arrastrar nervioso las manos por la piel mojada de la druidesa. Con la respiración acelerada y el corazón a punto de salírsele del pecho, agarró los dos firmes manjares y los estrujó con la ansiedad de la inexperiencia.

—Me gusta cómo lo haces —jadeó Yilda conteniendo la voz—. Me excita que me toques así. —Bajó la mirada y le levantó la túnica—. Y parece que a ti también te excita hacerlo. —Agarró el miembro, enhiesto y palpitante, y lo acarició por dentro del pantalón.

Arlen se estremeció al sentir el contacto de su mano. Yilda alzó la cabeza y le miró a los ojos.

—¿Alguna vez has penetrado a una mujer?

—No.

—Ven —le dijo tirando de él—. Sé que deseas hacerlo conmigo, y yo me muero de ganas por sentirte dentro.

Allí mismo, a unos cuantos pasos de distancia, inmersos en la espesura del bosque, los dos aspirantes se habían complacido mutuamente por primera vez. Y tras ese encuentro llegaron más, muchos más. A partir de aquel día, Yilda tomó por costumbre saciar su apetito sexual con el joven y dotado Arlen; un juguete que manejaba a su antojo con sorprendente facilidad y que le proporcionaba placer con una intensidad hasta entonces desconocida para ella.

La mañana de Samhain nadie se levantó temprano; ese día no había nada que hacer salvo celebrar el cambio de estación. Bien pasado el amanecer, los más remolones empezaron a salir a sus respectivos corrales para preparar la comida del banquete. Quinn, aún somnoliento, abrió la puerta de su choza con una cesta de mimbre en la mano, dispuesto a bajar al bosque en busca de hierbas. El olor de los animales despellejados se mezclaba con el humo de los

hornos. Camino del acceso sur, miró al cielo y se fijó en que el sol levantaba ya dos palmos sobre el horizonte.

—Vaya, creo que me he dormido —murmuró apoyado en su vara —. Parece que el vino no me sienta tan bien como antaño. —Se ciñó la túnica y continuó caminando.

Al pasar por delante de la choza de Eirian se fijó en que este, acompañado de su padre, Kenneth, y de algunos guerreros más, estaba descuartizando el jabalí. Se acercó a ellos y les saludó por encima del muro.

—Es una buena pieza —comentó.

—Su sabrosa carne nos dará de comer un par de días —dijo Kenneth, que terminaba de amputar una de las patas traseras con un cuchillo.

Quinn cruzó la puerta de entrada al corral y se detuvo junto a la mesa de madera en la que tenían tumbado al animal. Extendió el brazo y puso la mano sobre la peluda cabeza.

—Te damos las gracias, Madre Tierra, por este verraco que has tenido a bien brindarnos. Guía a su espíritu para que pueda regresar al bosque.

Después de darle la bendición, se despidió de los improvisados carniceros y prosiguió su camino; la mañana avanzaba rápido y eran muchas las plantas que deseaba recoger antes del banquete.

Cerca del mediodía, y a falta solo del sumo sacerdote, la tribu al completo se encontraba sentada a la mesa. El cuchicheo por su tardanza era ya generalizado y todos se preguntaban dónde

demonios estaría; si algo molestaba a los amanos era una comida fría en un día de fiesta.

Sayer no paraba de entrelazar los dedos de las manos con nerviosismo. Melvin, tan inquieto o más que el carpintero, apretaba y aflojaba inconscientemente el torques que lucía en el cuello.

—Me parece muy raro. Estoy empezando a preocuparme —dijo Sayer.

—Pienso lo mismo que tú. Quinn nunca se retrasa —secundó el gran jefe.

—Quizá deberíamos salir a buscarlo.

Melvin se levantó con decisión, bebió un buen trago de cerveza en su vieja calavera y se echó una daga al cinto.

—Iré yo. Tres de mis hombres vendrán conmigo. —Se secó el bigote con la manga de la camisa e hizo una seña a sus guerreros—. No tardaremos.

En ese momento, Quinn apareció por la puerta sur con la cesta de mimbre vacía. Al verlo, los dos jefes resoplaron aliviados y Melvin abrió por fin el barril de vino.

Con aparente normalidad, el druida cruzó el poblado y caminó hasta la mesa. Hizo un gesto sucinto con la mano para inaugurar el banquete y todos llenaron sus cuencos, jarras y calaveras de vino y cerveza. Luego miró a los dos jefes de soslayo y les habló en voz baja:

—Venid un momento.

Se alejó del bullicio y Melvin y Sayer lo siguieron.

—Cuando he bajado esta mañana por el sendero he visto cuervos volando bajo con extraños movimientos —dijo Quinn torciendo el

gesto—. He tenido un mal presentimiento y he decidido ir directamente al templo del bosque para intentar aclarar mis ideas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sayer, alarmado.

—Un grave peligro se cierne sobre nuestra comunidad.

4

Giamos, 249 a. C. - 248 a. C.

Giamos avanzaba con paso firme empujado por la fuerza de Cailleach, que retrasaba el amanecer y anticipaba el ocaso a medida que crecía su poder. Los días, notablemente más cortos, a menudo no distaban demasiado de las noches a causa del pesado manto de nubes que parecía negarse a abandonar la aldea.

Por otro lado, la vieja hada oscura enviaba cada vez con más frecuencia su acostumbrada e incómoda llovizna que, además de embarrarlo todo, calaba inmisericorde el frío en los huesos de la tribu.

A pesar de la adversa climatología, los trabajos en la construcción de la torre y los muros del corredor de acceso avanzaban a buen ritmo. Sobre la muralla norte, los dos carros tirados por bueyes iban y venían constantemente colmados de las piedras que trasladaban desde la colina y se cruzaban entre sí con facilidad en lo alto de la rampa de tierra. En la zona más baja, junto a las obras, las piedras eran recogidas en esportones y repartidas a lo largo de los tajos para que nadie se detuviese por falta de material.

Al frente de la empresa, incansable, continuaba Sayer. Jornada tras jornada, organizaba a los trabajadores en sus puestos y les daba instrucciones acerca de cómo encajar adecuadamente las

piedras para que los muros adquiriesen la máxima estabilidad posible. También, ayudado de una plomada consistente en un trozo de cuerda con una piedra atada en un extremo, y de su cordón de medir, el carpintero comprobaba las dimensiones del edificio y realizaba cálculos para comenzar a preparar la madera con la que construirían la planta intermedia, la escalera y la azotea.

A mitad de camino entre Samhain y el solsticio de giamos, la torre había alcanzado los cuatro pies de altura en todos los puntos y era el momento de comenzar a montar el andamiaje.



Como cada día, el cielo encapotado les tenía sumidos en la penumbra. De fondo se escuchaba el rumor constante de las conversaciones que mantenían los aldeanos, perturbado siempre por el repiqueteo de piedras contra piedras.

Subido en lo alto de la muralla norte, Sayer había echado una mano en la descarga de uno de los carros y desenganchaba el buey para darle la vuelta y enviarlo de regreso a la colina. La maniobra era sencilla: giraban el carro ciento ochenta grados, lo apartaban a un lado y hacían pasar al animal con cuidado por el estrecho hueco que quedaba libre. Después volvían a engancharlo y emprendían un nuevo viaje.

Terminada la maniobra, el jefe de los aldeanos bajó por la escalera y fue hasta un montón de piedras apiladas; allí había dejado el morral con su almuerzo y las herramientas de medición. Echó mano de ellas, comió un bocado de pan con tocino y se dispuso a regresar a las obras para iniciar las comprobaciones rutinarias. En ese

momento se aproximó Quinn enarbolando la vara en alto para que se acercase. Sayer caminó a su encuentro.

—Si continuamos con este ritmo, el acceso norte estará terminado en el plazo que nos propusimos —observó el druida.

—Esta es la parte sencilla —aclaró Sayer—. Cuando alcancemos los diez pies de altura comenzaremos a construir la planta intermedia, que será bastante más complicada de realizar. He estado haciendo cálculos y vamos a tener que instalar cinco pilares para dividir el vano longitudinal en seis tramos de quince pies. Luego colocaremos vigas sobre ellos para apoyar el suelo. Hay mucha madera que cortar y poco tiempo para hacerlo.

—Coge algunos hombres y ponte a ello.

—Lo había pensado, pero no puedo prescindir de nadie.

—Entonces hablaré con Melvin. Estoy seguro de que no tendrá inconveniente en que Alan, Kevin y Mael vuelvan a trabajar contigo.

—Sería una buena opción. Si se diesen prisa en prepararla, podrían tenerla lista antes del solsticio. Calculo que hasta entonces no la necesitaremos.

—Bien. Iré a decírselo. —Quinn dio media vuelta y caminó hacia el poblado—. Tú consigue tres hachas grandes, mañana mismo comenzarán a talar árboles.

Sayer permaneció pensativo unos minutos. Además de hachas, los guerreros necesitarían saber cuántos troncos debían preparar y sus dimensiones, unos datos que por el momento solo estaban dentro de su cabeza. Dejó las herramientas de medición junto al morral y salió en busca de Erwin.

La puerta de la choza del herrero estaba entreabierta. Sayer echó un vistazo dentro y vio a Erwin sentado delante de una mesa de

madera, de espaldas a él y aparentemente muy concentrado. A su lado tenía un cuchillo, varias piedras de río de distintos tamaños y formas y un montón de cera derretida. En una de las manos portaba un pequeño objeto y en la otra un martillo con el que se disponía a golpearlo. Sayer empujó la puerta con suavidad y entró.

—Si no estás muy ocupado, venía a por…

—¡Shhh! —siseó el anciano para hacerle callar—. Llegas en el momento oportuno, acércate.

Sayer caminó hasta él y observó el molde de arcilla semicircular que sujetaba.

—Parece un torques.

—Lo es. Uno muy especial.

—¿Un encargo?

—Es para Gwendal. Está hecho con el bronce de una de las dagas de Melvin. Es algo importante, según Quinn.

Erwin devolvió la vista hacia la mesa y comenzó a golpear el molde hasta que retiró toda la capa de arcilla. Envolvió la pieza en una camisa vieja, frotó para limpiarla y se la mostró al carpintero.

Para fabricarlo, el herrero había utilizado una técnica aprendida de sus antepasados; un proceso sencillo, aunque laborioso, que dominaba con habilidad. En primer lugar, reproducía en cera de abeja el objeto que deseaba fabricar. Después lo bañaba en arcilla, añadía varios canales para el posterior vaciado y lo cocía en el horno de Cedric. Finalmente, calentaba el metal en su fragua hasta fundirlo y lo vertía en el interior por uno de los canales; la cera derretida salía hirviendo por los otros. El resultado era un objeto metálico exactamente igual al de cera y con gran nivel de detalle.

—Es precioso —dijo Sayer observando el amuleto.

—Llevo semanas trabajando en él. Espero que Quinn quede satisfecho. —Erwin levantó la vista y miró al carpintero—. Dime, ¿qué necesitas esta vez?

Sayer partió hacia su choza cargando las hachas a la espalda dentro de un saco. Mientras caminaba, pensaba en la manera en que representaría el número y las dimensiones de las piezas de madera, de forma que los tres guerreros pudieran entenderlo; en la tribu, salvo Quinn y sus discípulos, nadie sabía leer ni escribir. Tendría que inventar un sistema claro y sencillo. Al pasar junto a la choza de Cedric, se le ocurrió cómo hacerlo y se acercó para hablar con él.

El alfarero se encontraba en el corral. En un rincón, junto al horno, trabajaba en la decoración de una gran vasija sobre el torno. Sayer descargó el saco en el suelo y se abrió paso hacia él entre las numerosas piezas cerámicas que había repartidas por todas partes.

—Necesito un poco de arcilla —dijo observando cómo el anciano preparaba un punzón para dibujar ondas a lo largo del perímetro de la vasija.

—Coge uno de los calderos que hay junto a la puerta y entra en mi choza; puedes llenarlo en el montón que hay allí.

El carpintero agarró el más pequeño, lo llenó hasta el borde y salió con él.

Fuera, el anciano enrollaba una cuerda alrededor de la base circular del torno. Sayer, intrigado por la maniobra, se fijó en cómo sujetaba la cuerda con una mano en cada extremo y tiraba de uno de ellos para hacerlo girar.

—¿Por qué lo haces de ese modo?

—Esta vasija pesa demasiado y mi viejo torno tiene tantos achaques como yo. Así me cuesta menos esfuerzo.

—Es una solución muy ingeniosa. ¿Por qué no se me ha ocurrido antes?

—¿Ocurrido? —preguntó Cedric con sorpresa—. ¿Tú también tienes que girar un torno?

—No. —El carpintero sonrió emocionado—. Tengo que subir piedras a lo alto de una torre.

Sayer llegó a su choza al anochecer. En el cálido hogar reinaba la calma. Eileen cocinaba un guiso de verduras y carne de cordero para la cena mientras Enya y Gwendal descansaban en la cama. Al verlo entrar, su mujer dejó de remover el guiso y lo besó.

—¿Cómo están las pequeñas?

—No han parado en todo el día; se han dormido agotadas hace un rato —contestó Eileen.

Sayer depositó el caldero junto al fuego y se acercó a echarles un vistazo.

—¿Para qué quieres toda esa tierra?

—Es arcilla. Por la mañana, si Melvin está de acuerdo, sus tres hombres volverán a trabajar conmigo, esta vez para preparar madera. Voy a representarles lo que quiero que hagan.

—Un carpintero construyendo una torre de piedra y dibujando en barro… —resopló su esposa agachándose para remover el guiso de nuevo—. El mundo está cambiando.

—El mundo nunca deja de cambiar, el problema es que no solemos darnos cuenta.

Sayer salió al corral y regresó al momento con un cubo de madera mediado de agua y una tablilla cuadrada de un pie de lado. Agarró

un cuchillo, se sentó junto al caldero y comió estofado con pan mientras pensaba cómo plasmar sus ideas.

Después de cenar, al calor del fuego e iluminado por las llamas, preparó una masa espesa y la extendió sobre la tablilla formando una fina capa. Después, imaginó el despiece de la estructura interior de la torre e ideó cómo representarlo: un trazo ancho indicaría que se trataba de troncos gruesos, de al menos un pie de espesor para los pilares y las vigas, y un trazo delgado representaría listones más finos, de un tercio de pie para la escalera y los pisos.

En primer lugar comenzó por los pilares. Junto al trazo ancho, en la parte superior, hizo cinco agujeros en referencia a la cantidad que necesitaba. En la parte inferior realizó otros veinte agujeros que correspondían a la longitud que debían tener. Continuó con las seis vigas de quince pies de longitud y, finalmente, describió el resto de los elementos sin entrar en demasiados detalles; tendría que cortarlos con las medidas exactas él mismo en el momento de instalarlos.

Cuando terminó, el fuego había quedado reducido a unas cuantas brasas. Los párpados, pesados, se le cerraban de cansancio por la larga y dura jornada. Levantó la vista hacia la cama y observó a Eileen, que ya dormía profundamente al lado de las pequeñas.

—Será mejor que me acueste, mañana va a ser un día largo —murmuró.

Echó un poco de leña al fuego y dejó la tablilla cerca de las llamas para que se endureciese con el calor.

Quinn abandonó la aldea al amanecer por el sendero sur en dirección al templo sagrado. Sus discípulos caminaban en fila detrás de él. Pegada a su cuerpo, entremetida en una manta en el interior de la túnica, viajaba Gwendal dormida.

La noche anterior había tenido el presentimiento de que la pequeña, de tan solo cuatro meses de edad, debía acompañarle por primera vez a la reunión del Consejo Druida, pues ella era el principal objeto de la convocatoria. También llevaba, atado con una cuerda a la cintura, el saquito de piel de cordero donde guardaba las cenizas con las que había dibujado la luna nueva en el vientre de Evelyn justo antes del nacimiento de su sobrina.

El día había amanecido más despejado de lo habitual. Tanto, que desde lo alto del sendero se podían divisar con claridad el valle y los frondosos bosques que poblaban las montañas. Al atravesar el portillo bajo, el gran druida observó el vuelo rápido y zigzagueante de una bandada de palomas. Miró al cielo y se fijó en la causa de su nerviosismo: el halcón vigilaba a Gwendal desde las alturas. Quinn abrigó a su sobrina y aceleró el paso para entrar en calor.

Cuando llegaron al claro del bosque, los tres druidas se situaron en torno al altar. El sumo sacerdote les hizo un gesto con los brazos para indicarles que podían tomar asiento. Antes de comenzar, introdujo el dedo pulgar en el saquito de cenizas y dibujó un semicírculo en la frente de Gwendal, que asomaba la cara, somnolienta, por el cuello de la túnica.

—He reunido al Consejo Druida para abordar dos asuntos —comenzó Quinn.

—¿Qué hace ella aquí? —Yilda señaló a la pequeña—. Nadie puede estar presente salvo nosotros tres.

—Esta noche he sentido que debía traerla. De hecho, esa es la primera cuestión a tratar. Soy consciente de que aún es demasiado joven; sin embargo, me gustaría que de ahora en adelante asistiese con regularidad.

—Por mi parte no hay objeción —dijo Arlen—. Cuando crezca será instruida, por lo que no veo razón para negarle su presencia.

Yilda se giró hacia él y, conteniendo a duras penas su crispación, lo fulminó con la mirada. Se había quedado sola y no tenía más remedio que secundarle para mantener las apariencias.

—Yo tampoco veo inconveniente —aceptó a regañadientes.

Quinn agachó la cabeza y besó a su sobrina en la mejilla.

—Estás aceptada —le susurró al oído. La pequeña lo miró a los ojos y se removió bajo la manta que la envolvía.

De pronto, una ráfaga de viento sopló con fuerza y se llevó las cenizas de la frente de Gwendal. Quinn miró al horizonte y su respiración se aceleró.

—¿Te encuentras bien, maestro? —preguntó Arlen.

—Ha sido Gwendal —dijo el gran druida—. He sentido su energía con una enorme intensidad.

Yilda observó a Quinn arrugando la frente; intentaba ver en sus gestos la veracidad de sus palabras. A pesar de que la expresión de su cara parecía no mentir, la desconfianza y los celos de la druidesa no dejaban de aumentar.

—Continuemos con el Consejo —prosiguió Quinn recuperando el aliento—. La otra cuestión es la tala de árboles para construir la torre. Sayer va a comenzar hoy mismo. Debemos pedir permiso y encontrar el lugar adecuado. Meditemos.

Los tres guardaron silencio bajo la atenta mirada de Gwendal, que los observaba curiosa sin perder detalle.

Pasados unos minutos, Quinn se levantó y dio por finalizado el Consejo.

—Acompañadme —les dijo.

En el interior del bosque reinaba la normalidad. El alboroto de los pájaros enmudecía el crujir de hojas secas bajo las pisadas de los tres druidas, que caminaban con lentitud concentrados en escuchar a los espíritus de los árboles, pues serían ellos y sus dríadas quienes eligiesen cuáles podrían utilizar en la construcción; el Consejo Druida solo debía estar atento e interpretar las señales.

Tras una larga caminata se hizo el silencio. Incluso los pájaros dejaron de piar. Quinn detuvo el avance y se dirigió a sus pupilos.

—¿Podéis notarlo? —les preguntó en voz baja.

—Sí —respondieron Arlen y Yilda.

—Será aquí. Iré a avisar a Sayer. Vosotros podéis regresar a la aldea.

A esas horas el carpintero ya debería haber bajado al valle, por lo que Quinn se separó de sus discípulos y continuó el descenso de la colina en solitario. Se sentía feliz por haber obtenido la aprobación del bosque para la tala, pero sobre todo se sentía feliz por el visto bueno del Consejo a la presencia de Gwendal en las reuniones.

Un sonido de pisadas que se acercaban removiendo las hojas secas del suelo le hizo detenerse de golpe. El druida borró la sonrisa de su cara. Miró en la dirección de la que provenía el ruido y vio cómo un enorme oso pardo con un mechón rubio en la frente se abría paso entre la maleza.

Al verle, el animal se alzó sobre las patas traseras, gruñó con estrépito y le mostró las fauces. Gwendal se removió bajo la túnica y comenzó a hacer gorgoritos en el momento más inadecuado. Quinn, paralizado por el miedo, temió por su vida y por la de la pequeña.

Inesperadamente, el oso pareció calmarse. Bajó al suelo las patas delanteras y se acercó a un par de pies de distancia. El druida continuó inmóvil. El animal le olisqueó la túnica y continuó su camino.

Aún aterrado, y con el corazón en un puño, abrazó a su sobrina y echó a correr.

Abrigados hasta las orejas, Kenny y Eirian descendieron la colina sur del poblado en compañía de Melvin. Cansado de la rutina diaria, el gran jefe había decidido aprovechar la ausencia de lluvia de esa mañana para practicar su mayor afición: la caza. Los tres, armados con lanzas y arcos, cabalgaban a lomos de sus caballos sobre monturas hechas de lana y piel que les afianzaban a los animales y les aislaban de su sudor.

Una vez en el valle, cruzaron el arroyo y se adentraron en el bosque. Con paso lento, avanzaron entre los árboles charlando distendidos, pero sin levantar la voz ni desviar la atención de cuanto les rodeaba; siempre preparados para la acción, no dejarían escapar la menor oportunidad de disparar sus flechas.

Regresar a la aldea con una buena pieza de caza no era una necesidad, sino un pasatiempo que a la vez les servía para entrenar. Además, la carne sabrosa de venado o jabalí nunca estaba de más en la mesa.

Mediada la mañana, todavía no se habían cobrado ninguna pieza. Los rayos del sol se colaban a placer entre las desnudas copas de los árboles, pero no conseguían calentarles. Melvin, aburrido, echó los brazos hacia atrás para estirar los músculos. En ese momento escucharon pasos a lo lejos que se acercaban hacia ellos a gran velocidad.

—Preparaos —les dijo a sus hombres.

Con rápidos movimientos, los tres guerreros tomaron sus arcos. Agarraron las flechas, tensaron las cuerdas con ellas y apuntaron en la dirección del sonido. Melvin aguzó los sentidos y les habló en voz baja:

—No os precipitéis. Esperad a mi señal.

Justo después de sus palabras, Quinn apareció entre la maleza con Gwendal asomada bajo la túnica. Los guerreros bajaron las armas y Melvin lo miró severo.

—¿A dónde vas corriendo de esa manera? Hemos estado a punto de darte caza.

—Acabo de cruzarme con un oso —explicó el druida, exhausto—. Por fortuna, no le hemos parecido un buen almuerzo y ha continuado su camino, pero he temido por nuestras vidas.

Melvin arrugó el gesto y lo miró con condescendencia.

—Los druidas sabéis poco de animales —refunfuñó—. La próxima vez no huyas así, podrías alterarlo y provocar tú mismo el ataque.

—Lo tendré en cuenta, aunque espero que no haya una próxima vez.

—Yo también lo espero —resopló Melvin—. ¿Quieres que os llevemos a la aldea?

—Te lo agradezco, pero he de reunirme con Sayer para indicarle el lugar donde puede cortar la madera.

—Está bien, pero ve con más cuidado. No quisiera perder a nuestro sumo sacerdote de forma tan trágica.

El jefe le echó una última mirada, hizo una señal a Eirian y a Kenny y golpeó el vientre de su caballo con los talones de las botas para continuar la marcha.

El día estaba resultando muy decepcionante; a lo largo de la mañana tan solo se habían cruzado con un par de cervatillos que consiguieron salir indemnes de sus flechas corriendo ladera arriba. Cuando el sol alcanzó su cénit, las tripas de los guerreros comenzaron a retorcerse por el hambre y optaron por descender de nuevo al arroyo.

—Comeremos aquí —indicó Melvin señalando un recodo.

Desmontaron, ataron los caballos a un tronco junto a la orilla para que pudiesen abrevar y les quitaron las monturas.

Mientras los jóvenes traían leña, el jefe sacó de su morral dos piedras para hacer fuego y una bola de yesca. Arrodillado, colocó la bola en el suelo y golpeó las piedras sobre ella hasta prenderla. Echó unas ramitas secas encima y sopló para avivar las llamas.

Se repartieron pan de centeno, tocino y queso alrededor de la hoguera. Comieron y bebieron cerveza tibia hasta quedar saciados y, finalmente, se recostaron a la sombra de un roble con los vientres hinchados.

—Me temo que vamos a regresar a casa como hemos salido esta mañana —comentó Melvin con resignación.

—No exactamente —dijo Kenny—. A mí me quedan varias flechas menos.

Melvin y Eirian lo miraron y los tres se echaron a reír.

—Eso es cierto —admitió el gran jefe—. Hemos salido a perder el tiempo y a malgastar un puñado de flechas.

—Pero miremos el lado bueno. —Eirian se frotó la barriga y eructó —. Al menos la comida junto al arroyo nos ha sentado bien.

—Sobre todo a ti, grandísimo tragón —bromeó Kenny.

De nuevo se echaron a reír. Poco después, apuraron los cuencos de cerveza y comenzaron a recoger sus cosas.

Melvin sepultó la hoguera con tierra. Un poco más abajo, sus hombres colocaban las monturas a los caballos. Al levantar la vista hacia ellos, el gran jefe vio un jabalí que bebía agua del arroyo a poca distancia.

—¡Pst! —les siseó para llamar su atención.

Los dos se volvieron hacia él. Melvin les hizo un gesto con la cabeza en dirección al verraco. Con cautela, Eirian agarró su arco y disparó una flecha que alcanzó al jabalí en el lomo. Kenny disparó también y consiguió hacer diana en una de las patas traseras. El animal, malherido, corrió furioso hacia ellos para embestirles sin que tuviesen tiempo de reaccionar.

Melvin agarró su lanza y corrió en su ayuda. De una certera estocada atravesó el cuello del verraco y lo dejó tendido en el suelo, agonizando. Pero había llegado tarde; Eirian estaba tumbado, encogido de dolor por el impacto.

Se agacharon para auxiliarle. Kenny apartó el manto que cubría a su amigo y los dos contemplaron asustados el pantalón; estaba totalmente ensangrentado. El jabalí le había clavado uno de los colmillos y abierto una profunda herida.

—¿Es grave? —preguntó Kenny.

—Le ha arrancado un trozo de carne —dijo Melvin asintiendo. Rasgó la tela y taponó la herida con ella—. Debemos llevarte a la choza de Quinn cuanto antes.

Sentado en el caballo del gran jefe, aferrado a sus crines, llevaron a Eirian con urgencia de regreso a la aldea. Cuando atravesaron el portillo bajo, el joven ya se había desmayado.

Sayer se había reunido con sus tres ayudantes en el centro religioso al amanecer. Iluminados por la luz de la hoguera, el carpintero les había mostrado la tablilla con las anotaciones y explicado cómo debían interpretarlas. También les había mostrado el modo de realizar las mediciones para obtener piezas precisas, aunque él mismo se encargaría de hacer las últimas comprobaciones y retoques antes del montaje.

Avanzada la mañana, pertrechados con hachas y cuerdas, bajaron por el sendero sur hasta el pie de la falda de la peña. Mientras esperaban sentados, comieron un poco de pan con carne seca de cerdo que preparaban durante los días centrales de samos con una sencilla técnica de conservación: la cortaban en delgados pedazos, la extendían al sol sobre una piedra y le daban la vuelta a diario.

Con cada bocado, Sayer imaginaba el artilugio que quería construir para subir las piedras hasta la cima de la torre. Entonces le vino a la cabeza el tremendo peso de la estructura interna. Le dio mala espina; con el paso del tiempo era previsible que los pilares se fuesen clavando en el terreno. Centrada su atención en el asunto, se le ocurrió hacerles una base de lajas de piedra del mismo modo que habían construido el zócalo para los muros. Pero el problema era

distinto. El objetivo del zócalo no era otro que conseguir una superficie estable sobre la que levantar una gran cantidad de piedras más o menos bien encajadas. Esta vez, la solución pasaba por aumentar la superficie de contacto de los pilares con el terreno. De ese modo evitaría que todo el peso se concentrase en la punta. Tendría que instalar una piedra grande y gruesa en la base de cada uno en lugar de un montón de lajas.

La cabeza de Sayer era un enjambre de ideas que se amontonaban como piezas desordenadas de una misma cosa. Aturdido, dio un último bocado y caminó de aquí para allá con la intención de despejarse. En ese momento vio a Quinn bordeando el arroyo. Se volvió hacia los tres guerreros y les hizo un gesto para que se preparasen.

—¿Estáis listos? —preguntó el druida.

—Solo necesitamos que nos indiques dónde tenemos que comenzar a talar —contestó el carpintero.

—Seguidme. El lugar elegido no se encuentra lejos de aquí.

Alan, Kevin y Mael cargaron las hachas y las cuerdas al hombro y caminaron detrás de ellos.

Para obtener rollizos de madera gruesos y altos, destinados a la estructura principal, talarían grandes chopos en la orilla del arroyo; el resto lo sacarían de los fresnos que crecían desperdigados colina arriba. Quinn puso especial énfasis en que bajo ningún concepto debían talar robles, manzanos, avellanos o abedules, todos ellos sagrados y cuya pérdida solo podría arrojar desgracias sobre la comunidad.

Tras organizar el equipo, Sayer emprendió el camino de regreso al poblado junto al druida; quería llegar pronto para comenzar a

trabajar en su ingenio de subir piedras, y antes debía poner en marcha la solución al problema de los pilares. Cuando atravesaban el portillo bajo, cada uno sumergido en sus pensamientos, el llanto de Gwendal les hizo saber que tenía hambre. Se miraron el uno al otro y corrieron en busca de Eileen.

Yilda salió del Consejo furiosa por la decisión de Quinn y sintiéndose traicionada por la postura pusilánime de Arlen. Los dos pupilos caminaron en silencio hacia la aldea; ninguno abrió la boca hasta haberse alejado lo suficiente como para no ser escuchados.

Mientras ascendían por el sendero, la druidesa no pudo contenerse más: explotó y le pidió explicaciones. Arlen, acongojado, aguantó el chaparrón sin decir nada. Cuando por fin pudo hablar, el joven sacerdote le hizo ver que ir en contra de los deseos de Quinn sembraría la desconfianza innecesariamente en el seno del Consejo Druida. Además, la admisión de Gwendal les permitiría tenerla más cerca y comprobar así las intenciones del sumo sacerdote.

—Sigo pensando que ha sido un error —replicó Yilda con el gesto arrugado—. Esa niña nunca debería haber sido admitida.

—¿Y qué opción teníamos? —Arlen se encogió de hombros—. ¿Pretendes dejar entrever nuestras sospechas? Recuerda el compromiso que suscribimos la noche en que nació.

Yilda admitió que tenía parte de razón; si Quinn llegase a intuir lo que pensaban en realidad acerca de su sobrina, con toda seguridad les vigilaría y trataría de protegerla de ellos.

—De acuerdo —aceptó—. Pero esta situación no puede prolongarse en exceso.

—¿Qué quieres decir?

—Meditemos durante la tarde, cada uno en su hogar. Ven a mi choza al anochecer.

A la altura del centro religioso separaron sus caminos. Arlen se fue cabizbajo a su choza y Yilda caminó hacia la suya cual serpiente que huye a ocultarse en su agujero.

Por la tarde, las obras del acceso norte eran un hervidero que transmitía sensación de caos; sin embargo, los aldeanos trabajaban coordinados siguiendo puntualmente las instrucciones. Satisfecho por la marcha de las obras, Sayer echó un vistazo entre sus hombres en busca de un ayudante para replantear los cinco agujeros de los pilares. Delante de él, entre los muros del corredor, asomó la cabeza de Owen, que colocaba piedras con destreza y rapidez. Sayer agarró una de las cuerdas que tenía amontonadas en una esquina del torreón y se acercó a él.

—¿Cómo está Linett?

El pastor levantó la vista y lo miró por encima del muro.

—Descansando. Últimamente tiene náuseas y se fatiga con facilidad, pero el embarazo marcha muy bien. Ya se le empieza a hinchar el vientre.

—Es una mujer fuerte —dijo el carpintero—. Estoy seguro de que tendréis un bebé estupendo.

—Yo también lo estoy. —Owen sonrió henchido de alegría.

—Veo que eres un trabajador habilidoso. —Sayer señaló hacia el tramo que el pastor estaba construyendo—. Ven conmigo. Necesito que me ayudes a marcar las bases de los pilares.

Owen saltó el muro y se colocó a su lado.

—¿Qué tengo que hacer exactamente?

Sayer le guio paso a paso. Primero señalizaron con estacas el centro de los muros norte y sur de la torre para dividir el vano corto en dos. Tensaron una cuerda entre ambos puntos e hicieron marcas en ella cada quince pies de distancia. Después clavaron estacas alrededor de cada marca para acotar los agujeros que deberían excavar para las cimentaciones.

Owen había entendido las explicaciones a la perfección. Sayer, sorprendido por su capacidad, le encomendó la tarea de buscar las piedras adecuadas para las bases e instalarlas. Le sugirió hacer rebajes circulares en el centro de cada una de ellas para que los pilares quedasen bien anclados y no resbalasen a consecuencia del peso. Owen aceptó el trabajo de buen grado y Sayer, al ver su gran interés, le explicó el funcionamiento conjunto de la estructura para que comprendiese lo que estaban construyendo.

Camino de su choza, el carpintero reflexionó acerca del muchacho; tenía aptitudes para la construcción y un gran potencial por explotar. Consideró que en lo sucesivo sería bueno tenerle cerca; al fin y al cabo, él no podía estar en todas partes al mismo tiempo.

Melvin atravesó el acceso sur cabalgando a toda prisa. Delante de él, agarrado a las crines, Eirian viajaba semiinconsciente. Respiraba con dificultad y la herida no paraba de sangrar bajo la venda hecha con sus propios pantalones. Kenny les seguía de cerca; llevaba el caballo de su amigo atado con una cuerda.

El revuelo fue inmediato. Nada más detenerse en el corral del gran druida, cuantos pululaban por allí se acercaron a ver qué ocurría. Melvin desmontó, bajó a Eirian con la ayuda de varios hombres y entre todos lo introdujeron a hombros en la choza.

Quinn se encontraba en el interior colgando plantas del techo para secarlas cuando oyó abrirse la puerta.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó alarmado.

—Un jabalí ha embestido a Eirian en el muslo. Ha perdido el conocimiento —dijo Melvin.

El druida caminó hacia él y se agachó para observar detenidamente. Al retirar el trozo de tela que cubría la herida fue consciente de su gravedad.

—Tumbadlo en la cama y desnudadlo. Después marchaos y dejadnos a solas. Melvin, tú quédate y presiona la herida para que no pierda más sangre.

Cuando el grupo se disponía a salir por la puerta, Quinn se giró hacia ellos.

—Kenny, ve en busca de Morgana —le ordenó.

—¿Va a morir? —Los ojos del muchacho se llenaron de lágrimas al formular la pregunta.

—Es posible. Tenemos que actuar con rapidez. Corre y tráela, no tenemos tiempo que perder.

Kenny salió a toda prisa dejando la puerta abierta.

Con la serenidad que le otorgaba la experiencia, el druida rebuscó entre los tarros de cerámica que tenía repartidos por sus estanterías hasta dar con las flores de arzolla. Puso a hervir un puñado de ellas en un caldero y añadió un par de telas de lino.

Melvin continuaba junto a Eirian ejerciendo presión sobre la herida. El muchacho estaba tembloroso, tenía los ojos cerrados y sudaba en abundancia. En ese momento llegó Morgana. Kenny, bloqueado por la situación, se quedó en la entrada mirándoles.

—Coge una tela del caldero —le dijo Quinn a la partera—. Kenny, entra y cierra la puerta, Eirian necesita que su mejor amigo permanezca a su lado.

El sumo sacerdote retiró el tapón y dejó la herida al descubierto. Con ayuda de Morgana, introdujo los dedos hasta el fondo y la limpió a conciencia. Eirian se retorció de dolor.

—Siente lo que le estamos haciendo —comentó la partera—, eso es buena señal.

Cuando terminaron de desinfectar la herida, el muchacho ya no reaccionaba. Sin embargo, respiraba más relajado. Quinn se volvió hacia Melvin y le habló en voz baja:

—Si consigue aguantar esta noche, probablemente se pondrá bien. Trae a sus padres para que puedan llevárselo a su hogar.

Morgana aplicó ungüento de milenrama alrededor de la herida para ayudarla a sanar y la vendó bajo la atenta mirada de Kenny, que no se había separado un solo segundo de él.

La idea que Cedric le había dado al hacer girar el torno alfarero con una cuerda para aumentar su fuerza no dejaba de dar vueltas en la cabeza de Sayer. Tal y como imaginaba, si conseguía suspender una rueda en lo alto del muro con la suficiente rigidez y estabilidad, podrían subir gran cantidad de piedras en los esportones tirando con una soga sin demasiado esfuerzo.

Rebuscando entre la multitud de trastos que tenía desperdigados por el corral, encontró una vieja rueda de carro. Sobre el canto de esta talló un surco a lo largo de toda su longitud a modo de carril para que la soga no resbalase y se saliese al tirar de ella. Después buscó un par de listones de madera, los cortó con la misma longitud y les hizo un agujero en uno de los extremos para introducir el eje de la rueda. Finalmente, instaló una tercera pata, más larga y gruesa, con la que anclaría la estructura al muro y sobre la que pondría un contrapeso para que el conjunto no volcase al izar la carga. Con pequeñas piezas de madera preparadas a medida completó el armazón. Lo unió todo con clavos y reforzó las uniones con cuerdas.

Hacía rato que la noche había caído sobre la aldea cuando Sayer terminó de construir su invento. Se alejó unos cuantos pasos y lo observó desde la distancia.

—Tiene que funcionar —masculló.

En ese momento, Eileen salió por la puerta de la choza y se le quedó mirando.

—¿Qué es lo que tiene que funcionar? —inquirió frunciendo el ceño.

—La rueda de subir piedras —respondió el carpintero señalándola.

—¿Y cómo tiene que hacerlo exactamente?

Sayer le explicó el sencillo funcionamiento: dos hombres tirarían desde abajo de un extremo de la soga, la cual elevaría un esportón cargado de material atado en el extremo opuesto. En lo alto del muro, junto a la rueda, otros dos hombres lo desatarían y lo reemplazarían por uno vacío, que regresaría de vuelta para ser llenado.

—Es una solución ingeniosa —dijo Eileen.

—Lo es —respondió Sayer, orgulloso—. Y también segura.

—Anda, será mejor que entremos en casa; hace frío y debes estar hambriento. Hace rato que la cena está preparada y las niñas ya se han dormido.

Sayer giró la cabeza hacia la puerta de la choza. El olor a guiso procedente del interior le llamaba a gritos. Besó a su mujer en la mejilla y caminaron en busca de un buen plato de comida caliente.

Una vez más, los dioses se mostraron reacios a comunicarse con la druidesa. Esa misma tarde en su choza, durante el trance, volvió a obtener el silencio como respuesta a sus plegarias.

Harta de los desvaríos de Quinn, Yilda pensó que había llegado el momento de pasar a la acción. Pero hacer desaparecer a Gwendal no sería nada fácil. Sentada junto al fuego de su hogar, maquinó cómo llevarlo a cabo sin poner en peligro sus aspiraciones a suma sacerdotisa. Para ello, el brazo ejecutor tendría que ser otra persona, alguien que cargase con las culpas si fallaba el plan.

Cuando el ocaso sumió el interior de su hogar en la penumbra, Yilda abandonó la meditación y cerró las ventanas. A la luz de las llamas, preparó un cuenco con agua y volvió a tomar asiento junto al fuego. Se pellizcó las mejillas para sonrosarlas y recogió un puñado de cenizas con el que se pintó los ojos observando su reflejo en el cuenco.

Arlen se presentó en la choza de Yilda a la hora acordada, encapuchado y cariacontecido. Durante toda la tarde no había podido dejar de pensar en sus últimas palabras y se sentía preocupado por el cariz que estaban tomando las cosas.

Al entrar la encontró sentada junto al fuego, de espaldas. Cerró y respiró profundamente.

—Atranca la puerta, no quiero que nos molesten —dijo Yilda sin darse la vuelta.

Arlen agarró un pequeño tablón que estaba apoyado en la pared, junto a la jamba. Lo colocó sobre los soportes para bloquearla y caminó hacia ella. Esta se giró y le dirigió una mirada más penetrante y cautivadora que nunca. Fascinado, tomó asiento a su lado.

—Estoy intranquilo, yo…

—No debes tener miedo a cumplir el mandato de los dioses.

—¿Han vuelto a hablarte?

—Desean que nos deshagamos de ella.

—¿Acaso pretenden…?

—No podemos ignorar sus deseos, no hay alternativa —aseguró Yilda—. Recuerda la última reunión del Consejo Druida; la energía de esa niña se está apoderando del espíritu de Quinn.

Por mucho que Yilda odiase a Gwendal, y por mucho que temiese quedar relegada a un segundo plano dentro de la carrera sacerdotal, Arlen jamás pensó que sería capaz de llegar tan lejos; realmente los dioses debían estar detrás de sus decisiones. Aun así, el joven se mostró reacio.

—¿Pretendes asesinarla?

—No exactamente. La abandonaremos en el bosque, en un lugar donde nadie pueda encontrarla.

Arlen la observó con la cara desencajada. Había prometido estar a su lado, pero las dudas lo asaltaban constantemente.

—¿Harías eso por los dioses y por la tribu? —le susurró la druidesa al oído—. ¿Lo harías por mí?

Yilda arrastró la mano sobre el muslo de Arlen. Él la miró a los ojos y se perdió en su exótica belleza; como siempre, había quedado a su merced.

—Lo haré —contestó trémulo.

Ella sonrió satisfecha.

—Los dioses y yo sabremos recompensarte.

Yilda le besó en los labios. Levantó su túnica y le recorrió el cuerpo con la lengua hasta hundir la cabeza entre sus piernas.



Cerca del solsticio de giamos, el torques de Gwendal estaba terminado. Desde que rompiera el molde delante de Sayer, el herrero había dedicado días y días a limpiarlo y a pulir los detalles hasta dejarlo más reluciente que cualquier otro que hubiese fabricado antes.

Erwin llegó a la choza del gran druida difuminado entre la bruma matinal. Tocó a la puerta con los nudillos. Nadie contestó. Abrió y oteó el interior.

—Entra. Ahora mismo no puedo levantarme —dijo Quinn desde el otro lado.

Erwin cerró la puerta y lo buscó con la mirada. El druida mezclaba manteca de cerdo con alguna hierba para hacer un ungüento. Al acercarse, el herrero pudo reconocer el olor a romero.

—Traigo tu encargo. —Desenvolvió el torques y se lo mostró a la luz de las llamas del hogar.

Quinn se dio la vuelta y lo miró alzando la cabeza. Sin levantarse de su asiento, se limpió las manos y lo tomó.

—Es un trabajo excelente —dijo observándolo de cerca—. Has debido de invertir mucho tiempo en él.

—Mucho. —El herrero sonrió satisfecho—. Pero eso no importa, creo que ella lo merece.

—Así es. —Quinn sonrió también—. Lo merece.

Erwin dio media vuelta y caminó hacia la puerta con la intención de marcharse.

—Espera un momento, no te vayas aún.

El druida cogió un pequeño cuenco de madera y lo rellenó con el ungüento que estaba preparando. Se acercó a él y se lo ofreció.

—Extiéndete un poco sobre los brazos por las noches, ayudará a calmar tus dolores.

—Te lo agradezco. —Erwin lo miró con los ojos humedecidos—. No imaginas cuánto extraño los cuidados de…, desde que ella…

Quinn sintió el impulso y la necesidad de pedirle perdón, pero su condición de sumo sacerdote le hizo recapacitar y se mantuvo firme.

—Siento mucho que terminara así. Ya conoces las normas.

Por fin, el druida tenía en su poder el ansiado amuleto para Gwendal. Delgado y ligero cual pluma, brillaba como ningún otro a la luz de las llamas de la hoguera. Sin duda, el maestro herrero había creado un objeto verdaderamente único, pero por muchas horas de

trabajo que a este le hubiese costado, aún estaba inacabado. Faltaba algo que Erwin jamás podría darle y que solo estaba al alcance del sumo sacerdote.

Durante las semanas de espera, Quinn había meditado sobre la intención de Lugh al pedirle que lo templara. Finalmente, había concluido que no podía ser otra que la de proveer de espíritu al amuleto.

Ese día lo dedicó por completo a grabar el nombre de su sobrina en la cara interior del torques. Dibujó con una daga de hierro las desusadas runas que lo simbolizaban y raspó el metal hasta profundizar lo suficiente como para que no pudiesen ser borradas por el tiempo.



Terminado el trabajo, añadió leña de roble al fuego y lo arrojó sobre los gruesos troncos que comenzaban a prender. Allí, entre las llamas, el torques permaneció largo rato mientras Quinn observaba cómo variaba la intensidad de sus colores conforme aumentaba la temperatura.

—El fuego de mi hogar forjará tu espíritu —dijo cerrando los ojos. Lo cogió con la varilla de remover las brasas y lo sumergió en un caldero de agua fría.

La mayor parte de la madera necesaria para la estructura interior de la torre estaba preparada; los tres guerreros la tenían apilada junto

a la ribera del arroyo, clasificada por tamaños.

Sayer y Owen descendieron el sendero sur al amanecer para preparar el primer cargamento. Junto a ellos caminaba remolón el buey más fuerte del poblado, que arrastraba un tablón rectangular cuyo frontal había sido curvado hacia arriba; un utensilio que el carpintero había preparado para montar sobre él la punta de los rollizos más grandes y evitar así que se astillasen al arrastrarlos.

Durante la mañana, la comitiva de cinco hombres se dedicó a transportar los cinco pilares centrales. Después, Alan, Kevin y Mael regresaron al arroyo para traer el resto.

En el acceso norte, los dos muros del nuevo corredor estaban terminados gracias al trabajo de los aldeanos y a la rueda de subir piedras. La torre, levantada al mismo ritmo que estos y rodeada de andamios, había alcanzado ya la mitad de su altura y comenzaba a demostrar su enorme tamaño. Por otro lado, Owen había terminado de instalar las bases de piedra sobre las que descansarían los pilares.

—Ponerlos en pie no nos resultará demasiado complicado. —Owen señaló los troncos de veinte pies de longitud—. Subir las vigas va a ser más difícil.

—Eso parece a primera vista, pero si las apuntalamos desde abajo, podremos colocarlas sin problema —explicó Sayer—. Pongámonos en marcha; antes de nada hemos de tallar las muescas intermedias de los pilares donde irán encajadas.

Una vez estuviesen erguidos los pilares y arriostrados para que no se desplomasen durante la construcción, colocarían las vigas intercaladas entre ellos, apoyadas en los huecos tallados y atadas

con cuerdas en las uniones para asegurarlas. Después instalarían el suelo de la planta intermedia y la escalera interior.

Tras organizar el trabajo para el resto de la jornada, Owen se quedó al cargo y Sayer regresó al poblado para planificar el siguiente objetivo: había llegado el momento de preparar la nueva empalizada que coronaría la muralla norte. Confiaba en poder fabricarla antes de Beltane para que les diera tiempo a instalarla durante el siguiente giamos.



Quinn salió de su choza al caer la noche. En una mano portaba su vara; en la otra, el amuleto que Gwendal debería llevar siempre con ella y que habría de preservarla de los espíritus de este mundo y del otro.

Con paso firme, caminó entre la oscuridad en dirección al hogar de Eileen. Durante el trayecto se preguntó ante qué o quiénes debería estar protegida su sobrina. De pronto, el encuentro con el oso ocurrido semanas antes volvió a su mente de forma nítida y le hizo detenerse.

—Tiene que tratarse de otra cosa —murmuró agitando la cabeza.

Aquella mañana iban solos cuando se encontraron con el animal. Indefensos como estaban, el oso podría haber acabado con ellos en un abrir y cerrar de ojos. Además, el torques aún no estaba listo, por lo que habían carecido de su protección. El druida tomó conciencia de la relevancia de aquel episodio: la Naturaleza no era uno de sus enemigos.

Parado delante de la choza de Eileen, una oscura sombra se cernió sobre sus pensamientos. El temor a que alguien de la tribu pudiese hacer daño a Gwendal lo acongojó y le produjo un escalofrío que le recorrió el cuerpo de pies a cabeza.

En el interior del hogar, el ambiente estaba inundado por el olor del guiso que cocía en la marmita. Eileen estaba sentada junto al fuego con las dos pequeñas dormidas en el regazo. Quinn cerró la puerta con sigilo para no sobresaltarlas.

—Vengo a traerle un regalo —dijo enseñándole el torques.

—Es un poco pequeña para llevar joyas, ¿no crees? —Eileen se mostró extrañada.

—No se trata de un adorno. Es un amuleto.

—Druidas… —murmuró meneando la cabeza.

El sumo sacerdote abrió el torques y rodeó con él el cuello de su sobrina, lo cerró y lo ajustó.

—Temo por su seguridad. Todos debemos estar atentos, especialmente tú.

—Tranquilo, sé cuidar de mis hijas. En mi hogar está segura.

—No es mi intención ponerlo en duda, pero hay amenazas que incluso yo desconozco.

El crujir de la puerta interrumpió la conversación. Sayer entró en la choza alborozado y se sentó para calentarse.

—Adivino la buena marcha de las obras reflejada en tu rostro —comentó Quinn.

—Acabo de hablar con Melvin; ha aceptado que sus hombres continúen a mis órdenes una temporada. Voy a ponerlos a preparar la empalizada de la muralla norte —expuso el carpintero. Agarró un

cucharón de madera y probó el guiso de la marmita—. Además, Owen está haciendo un magnífico trabajo.

—Un buen jefe no solo debe saber tomar las decisiones correctas, también ha de ser capaz de sacar lo mejor de sus hombres —observó el druida. Apoyó la vara en el suelo y se puso en pie.

—¿No quieres quedarte a cenar? —preguntó Eileen.

—Agradezco la invitación, pero últimamente mis inquietudes no dejan demasiado espacio para el hambre. Disfrutad de la comida.

Quinn salió con el estómago cerrado y el espíritu encogido. Si realmente uno de los suyos pretendía atentar contra su sobrina, debería tener un buen motivo para hacerlo; un motivo que él intentaría averiguar, aunque aún no sabía cómo.

Melvin se sentía desolado por el incidente del jabalí. A medida que pasaban los días, un amargo sentimiento, mezcla de culpa y responsabilidad, se afianzaba en su corazón y amenazaba con no marcharse en mucho tiempo; Eirian, fuera ya de peligro y en un aceptable estado de salud, mantenía una cojera en la pierna izquierda que probablemente lo imposibilitaría para la lucha de por vida. Morgana aseguraba que el trozo de muslo que el animal le había arrancado no se regeneraría jamás y, por desgracia, el pronóstico de Quinn no era muy distinto.

Por otro lado estaba Kenny. Desde niños, él y Eirian habían jugado a ser guerreros y siempre habían imaginado cómo serían sus vidas a sus órdenes. Con el paso de los años demostraron sus capacidades entrenando duro y se habían convertido en un valor de presente y de futuro. Pero ahora, la tristeza y el desánimo habían sustituido al

bloqueo inicial del joven, y Melvin tenía la sensación de haber perdido a dos de sus mejores hombres por no haber estado a la altura de las circunstancias.

Las cosas no eran muy distintas dentro de su hogar. Brian, a su corta edad, ya conseguía ponerse de pie apoyado en el borde de la cama y acaparaba toda la atención de su padre recorriéndola con soltura de un extremo a otro. Melvin lo observaba desde la distancia con ternura, orgullo y temor al mismo tiempo, incapaz de deshacerse del miedo a cometer algún día un error similar que truncase también las expectativas que tenía puestas en su primogénito.

Alanna se teñía el pelo con un preparado lechoso de cal y agua mientras contemplaba la escena con frustración. Se levantó y caminó hacia su marido.

—Cambia esa cara. —Lo abrazó por la cintura—. Brian no debe criarse bajo la inseguridad de su padre.

—No puedo evitarlo —reconoció Melvin.

—Tranquilo. Está creciendo fuerte y sano. Tiene el mejor padre que pueda desear.

—¿Tendrá también un buen jefe?

Alanna cogió a Brian y lo depositó en los brazos de Melvin. El niño, risueño, le tiró de la barba y metió los dedos de una mano en su boca.

—Míralo a los ojos —dijo Alanna.

Melvin agachó la cabeza y observó a su hijo, que no perdía detalle de quien comenzaba a ser el referente de su vida.

—Ahora dime que estoy equivocada. Dime que no serás un buen padre y jefe. Dime que no serás capaz de velar por él y de

convertirle en un gran hombre.

—No puedo —admitió Melvin con lágrimas en los ojos.

—Entonces, deja de castigarte. Todos cometemos errores, pero eso no significa en modo alguno que hayamos fracasado. Tal cosa solo llega cuando nos damos por vencidos y dejamos de perseverar. Mírate a ti mismo; la tribu entera te quiere, te respeta y confía en ti.

Las palabras de Alanna consiguieron cambiar el estado de ánimo de Melvin. Sin embargo, asumir el error de aquel día, digerirlo y superarlo sin que dejase poso en su espíritu, se le representaba como un reto mucho más complicado. Al menos, pensó, su esposa le había mostrado el camino.

Esa tarde, Yilda había vuelto a tomar el brebaje de setas con la esperanza de averiguar cuándo debían acabar con Gwendal. Permaneció durante horas sentada en su hogar con todos los sentidos preparados para percibir a los dioses. Sin embargo, una vez más, no obtuvo respuesta; los dioses se negaban a comunicarse. Finalmente, la druidesa interpretó su silencio como una señal inequívoca de que debía ser ella misma quien decidiese el momento.

En mitad de la noche, salió camino del hogar de Arlen bajo la tenue luz de las antorchas que iluminaban el poblado. La niebla había hecho nuevo acto de presencia y apenas dejaba ver las fachadas de las chozas. Miró a su alrededor; nadie deambulaba por las inmediaciones. Agachó la cabeza y aceleró el paso para evitar ser vista.

Morgana apareció de la nada cobijada bajo un grueso manto de lana. Portaba un pesado saco a la espalda. La partera se detuvo

frente a ella y la observó con detenimiento. Su cara, arrugada por los años, intimidó a Yilda en la penumbra anaranjada.

—Es muy tarde para ir tan cargada, ¿no crees? —Yilda intentó ser amable.

—Estaba preparando un barril para fermentar cerveza y me quedé corta de grano. Vengo del cobertizo. —Morgana torció el gesto—. ¿A ti te ocupa algún asunto que no puede esperar a mañana?

—Solo la meditación diaria con Arlen.

—Los druidas meditáis y las parteras hacemos cerveza… —refunfuñó—. Algún día me gustaría meditar y que tú cargases el saco de trigo —dijo desapareciendo entre la niebla.

Yilda permaneció inmóvil un instante; el encuentro acababa de producirle un escalofrío que se transformó en mal augurio. Con los pensamientos perturbados, sacudió la cabeza y continuó.

Cuando llegó a la choza de Arlen, abrió la puerta sin llamar, entró y la atrancó. El joven druida estaba vestido con una camisa larga, listo para meterse en la cama.

—¿Ocurre algo?

—Tiene que ser mañana.

—¿A qué te refieres?

—El solsticio es el día elegido por los dioses.

Yilda tomó su mano y lo miró a los ojos.

—Mañana te llevarás a Gwendal lejos de aquí para siempre.

—Mañana… —Arlen no sabía cómo reaccionar—. Creo que es un poco precipitado —titubeó.

—Los deseos de los dioses a menudo lo son.

La druidesa puso una mano en el pecho de Arlen con arrojo, lo empujó y lo tumbó en la cama. Dejó caer su túnica al suelo y se

sentó a horcajadas sobre él.

—Hazlo —susurró besándole, dejándose penetrar—. Abandona a esa niña en medio del bosque desnuda y desprotegida.

—Lo haré —gimió Arlen.

Yilda se sintió llena en todos los sentidos. Al borde del éxtasis, se echó hacia atrás y le ofreció su cuerpo para que dispusiera de él a su antojo. El poder que conseguía ejercer sobre el muchacho era la experiencia más excitante de todas cuantas jamás había vivido.



Nadie conocía mejor a los miembros de la tribu que Morgana. Su saber hacer como partera y consejera de padres primerizos, unido a su capacidad innata para comprender las diferentes personalidades de los miembros de la comunidad, le confería unas habilidades al alcance de muy pocos.

Quinn, como sumo sacerdote, siempre había dedicado su tiempo y sabiduría a los aspectos místicos de la comunidad, por lo que el contacto personal con sus congéneres había sido, en general, escaso; su único recurso en determinadas cuestiones del grupo era escuchar a los dioses, que no siempre le hablaban.

La noche anterior, el sumo sacerdote había intentado obtener una respuesta divina a sus preocupaciones sobre la seguridad de Gwendal. Pero Lugh no le reveló nada; si esa fuese su disposición, pensó después, lo habría hecho el día en que le puso sobre aviso y le encargó el amuleto. Quizá el dios, dedujo, tenía un conocimiento limitado de los espíritus de la tribu dada su falta de conexión con ellos.

Afligido, el druida fue al encuentro de Morgana en la fría mañana del solsticio. Al llegar a su choza, la encontró en el corral girando con esfuerzo la piedra de su molino para hacer harina. En cuanto vio la expresión de su cara, la partera intuyó el motivo de la visita.

—¿Qué te atormenta para que vengas buscando mi consejo?

—No todos desean la presencia de Gwendal entre nosotros, y nadie conoce a nuestra gente mejor que tú —contestó Quinn sin rodeos—. Necesito saber a quién debo vigilar.

Morgana soltó las asas del molino y caminó hacia él. Con gesto serio, tomó sus manos y lo miró fijamente.

—Cuídala de tus iguales —le advirtió.

—¿De Arlen y Yilda?

—Especialmente de ella. Anoche vi en sus ojos la oscura sombra de la envidia. El camino del sacerdocio no siempre es puro y benevolente.

—No puede ser. Me niego a creer algo así. Debes estar equivocada.

—Has venido por mi consejo y este es el que puedo darte. Lo que hagas con él es asunto tuyo.

—Te lo agradezco —dijo el druida, pensativo. Se apartó de ella suspenso y regresó sobre sus pasos—. Meditaré tus palabras.

La tribu celebraba los solsticios como una fiesta menor. En esta ocasión, el correspondiente a giamos, se trataba del día en el que el sol alcanzaba su punto ínfimo en el cénit. A partir de ese momento, los días comenzarían a ganar la batalla lentamente a las noches.

Durante los meses de frío y oscuridad, el débil sol, fuente de energía y creador de la vida, permanecía vigoroso representado en el fuego de sus hogares, donde siempre estaba presente y jamás se apagaba. De hecho, era lo más parecido a un dios tangible que les proporcionaba luz, calor y protección en el interior de las chozas. Esa noche, la más larga de todas, lo venerarían cenando todos juntos y bebiendo cerveza y vino hasta la saciedad.

Al caer la tarde, la gran pira preparada por Sayer y sus tres hombres ardía con fulgor en el centro del poblado. En esta ocasión, a diferencia de otros años, no habían tenido que salir a buscar ingentes cantidades de leña ya que disponían de los restos de la tala de árboles para la estructura de la torre.

Junto a la hoguera, la mesa dispuesta para el evento lucía ramilletes de muérdago recogidos ese mismo día, tal y como indicaba la tradición. También habían colocado platos, copas de madera con cerveza, grandes cuencos de barro con asados de cerdo y buey, pan de centeno, queso, manzanas y frutos secos; toda una demostración de la abundancia de alimentos brindada por los dioses.

Flanqueado por Yilda a su derecha y Arlen a su izquierda, el sumo sacerdote pasó gran parte de la velada recordando las palabras de Morgana sin apenas probar bocado. Finalizada la cena, mientras Allen divertía a la tribu con cánticos y poemas, Melvin y Sayer se acercaron a él y le animaron a tomar un trago. Ante la insistencia de los dos jefes, Quinn decidió dejar de lado sus preocupaciones.

Cuando el frío invernal comenzaba a recrudecerse, los niños y los bebés fueron llevados a sus respectivas chozas y acostados por sus padres, que regresaron a la fiesta para continuar con la celebración hasta agotar las existencias de bebidas fermentadas. En medio del

tumulto, Arlen se escabulló sin que nadie se percatase de ello. Presuroso, entró en la choza del jefe de los aldeanos y se llevó a Gwendal envuelta en su manta de lana. Como si de un fantasma se tratase, atravesó la puerta sur en dirección al valle. La pequeña, dormida profundamente, no fue consciente de nada.

Alejado de todos, en la profundidad del bosque, el discípulo de Quinn consumó su traición: depositó a Gwendal en el suelo desprovista de abrigo y le arrebató el torques para no dejar señal de su presencia una vez que los animales dieran cuenta de ella.

—Lo siento mucho, pequeña. Si te sirve de consuelo, tu muerte caerá sobre mi conciencia para siempre —le dijo.

Con la manta en una mano y el amuleto en la otra, dio media vuelta y emprendió el camino de regreso al poblado antes de que alguien le echara en falta.

Ladera abajo, algo removió la maleza y le obligó a detenerse. Arlen aguzó los sentidos y permaneció atento a su alrededor.

Yilda se excitó al ver desaparecer a Arlen entre la bruma; saber que sus deseos iban a cumplirse esa misma noche era algo embriagador para ella.

Por la mañana había visto a Quinn hablando con Morgana en su corral. Desde el primer momento sospechó cuál podría ser el motivo del encuentro, pero no le importó; los planes debían seguir su curso y, por tanto, esa información quedaría reservada para sí misma ante la posibilidad de que Arlen pudiese echarse atrás.

Al final de la noche, cuando restaba poco tiempo para el amanecer, los miembros de la tribu comenzaron a desfilar con

cuentagotas hacia sus hogares y la druidesa empezó a preocuparse. Arlen aún no había dado señales de vida, lo que indicaba que algo no andaba bien.

Sintió la necesidad de alejarse de allí. Su mente, enturbiada por el alcohol, ya no admitía una sola gota más, y su cuerpo, que a duras penas se mantenía en pie, le pedía descanso a gritos. Pero no podía desaparecer de la vista de todos hasta que Sayer y Eileen regresasen a su choza y descubriesen el rapto y, de momento, no parecía que eso fuese a suceder; los jefes y sus esposas siempre eran los últimos en abandonar la fiesta. «No puedo irme sin más —se dijo—. Si me voy sola, también sospecharán de mí». Vertió el contenido de su cuenco en el suelo y caminó entre el gentío pensando en el atormentado Kenny.

Encontró al guerrero sentado en el interior del centro religioso, triste y con su copa de vino medio vacía en la mano. «Si las cosas se complican, tú darás fe de mi inocencia», pensó la druidesa mientras se acercaba a él.

—¿Sigues afligido por tu amigo? —le dijo poniéndose en cuclillas.

—Nuestras vidas nunca serán las mismas —sollozó Kenny levantando la vista hacia ella.

—¿Dónde está?

—Hace rato que se ha ido. El frío de la noche hace que le duela más la pierna.

—Debes esforzarte por superarlo; él lo hará tarde o temprano.

—Lo siento, pero no puedo. —Kenny agachó la cabeza y apuró su copa.

Yilda le acarició el pelo tratando de consolarle, pero Kenny ni se inmutó. Con el plan trazado meticulosamente en su cabeza, y

dispuesta a llegar hasta el final, le dijo:

—Ven conmigo. Acompáñame a mi choza y te daré algo que te hará sentir mejor.

Confuso por el alcohol, cegado por la pena, Kenny caminó tras ella sin pararse a pensar qué pretendía la druidesa; aunque tampoco le importaba.

Junto al fuego del hogar, Yilda elaboró el brebaje de setas y avellanas en una marmita. Llenó luego dos cuencos y le ofreció uno de ellos. Kenny le dirigió una mirada de extrañeza.

—Lo que vamos a tomar está reservado para los miembros veteranos del Consejo Druida. Debes guardar el secreto, ¿de acuerdo?

Kenny se encogió de hombros.

—Está bien —dijo tambaleándose, ebrio.

Levantaron los cuencos y bebieron el contenido de un trago. Minutos después, la expresión del guerrero cambió: se tornó alegre y despreocupada. Kenny se veía envuelto por un mundo de agradables sensaciones hasta entonces desconocidas para él.

—¿Cómo te sientes? —dijo Yilda con voz meliflua.

—Extrañamente bien. —El guerrero la observó de arriba abajo, como si estuviese viéndola por primera vez—. ¿Y tú?

—El brebaje de los dioses siempre alegra mi espíritu. —Yilda sonrió sensual y le acarició la entrepierna.

—Será mejor que nadie nos moleste —balbució Kenny. Caminó hasta la puerta y se aseguró de que estaba bien cerrada.

Al darse la vuelta se encontró con ella frente a frente. La druidesa se había despojado de la túnica y se le ofrecía desnuda. Kenny se

deshizo de las botas, el pantalón y la camisa y la condujo hasta la cama. Ella lo tumbó bocarriba y se sentó a horcajadas sobre él.

—Disfruta de mi cuerpo a tu antojo. Olvídate de todo por esta noche.

Sayer fue quien dio la voz de alarma con las primeras luces del alba. Fue en busca de Melvin y juntos corrieron hacia la choza de Quinn; tenían que organizarse para encontrar a Gwendal.

El druida asumió el mando de inmediato.

—Sayer, reúne a los aldeanos y que registren hasta el último rincón de la aldea. Melvin, que tus hombres salgan a rastrear a caballo: si se la han llevado fuera del poblado, podrían estar ya lejos. Yo me quedaré aquí por si se producen nuevos acontecimientos.

—En marcha —dijeron los dos jefes a la vez.

Quinn salió de su choza temiendo el peor de los desenlaces. Apostado en la puerta del centro religioso, observó con preocupación los movimientos de la tribu. Una y otra vez se preguntaba cómo había podido suceder algo así: jamás debió haber permitido que Gwendal pasase la noche sin vigilancia. «Me he comportado de forma irresponsable, y ahora ella está pagando las consecuencias», se culpó. En ese momento vio el halcón que solía vigilar a su sobrina sobrevolando la aldea. «¿Vas a llevarme hasta Gwendal?», se preguntó susurrando al viento. El ave, como si lo hubiese escuchado, descendió sobre su cabeza y emitió un fuerte gañido; después desapareció por el acceso sur. El druida fue tras ella, cruzó los portillos y corrió sendero abajo dando voces.

—¡Vas a llevarme hasta Gwendal!

En el valle todo estaba en calma, ni un alma en las inmediaciones; tan solo se escuchaban a lo lejos, de cuando en cuando, relinchos aislados de los caballos de los hombres de Melvin. Quinn, sin perder de vista al halcón, trazó con la vara la dirección de su vuelo.

—¡Por ahí! —dijo señalando hacia el bosque. Cruzó el arroyo y se internó en la espesura.

Las copas de los árboles, semidesnudas, le permitían ver el cielo a trazos y entrecortado; a partir de ese momento debería continuar guiado por su instinto. Se afianzó en la vara, apretó los dientes y, confiando en su intuición, caminó largo rato ladera arriba.

Unos cientos de pasos después lo vio: Arlen estaba tirado en el suelo junto a la manta y el torques de Gwendal totalmente ensangrentado; tenía marcas de mordiscos en el cuello y la túnica hecha jirones.

—¡Cómo has podido! —gritó el druida llevándose las manos a la cabeza. Se agachó a su lado y recogió apresuradamente las pertenencias de su sobrina.

Al levantarse escuchó un gruñido que le hizo estremecer. Aguzó los sentidos y oteó a su alrededor. Caminó unos pasos más, y entre la maleza descubrió que el oso del mechón rubio estaba tumbado en el suelo enroscado sobre sí mismo, hecho un ovillo. Entre las garras asomaba el rostro de Gwendal con los ojos cerrados.

Animal y hombre se miraron. El primero gruñó y el segundo, horrorizado, dejó caer la vara sobre las hojas secas del suelo.

—Esta vez no has sido tan benevolente… —musitó entre sollozos.

Pero el oso, manso, liberó a Gwendal abriendo las patas y se puso en pie. La despertó luego con un lametón en la mejilla y desapareció entre los árboles.

Tras la confusión inicial, Quinn echó a correr hacia ella. La cogió en brazos, la envolvió en la manta y la introdujo en el interior de su túnica. La pequeña, tranquila, se desperezó un instante y continuó durmiendo como si nada hubiese sucedido.

Descendiendo por la ladera, el druida se detuvo junto al cadáver de Arlen. Puso un pie sobre su pecho y le escupió en la cara.

—Tú te quedarás aquí, maldita alimaña; aunque es posible que ni los animales del bosque quieran comer tu carne.

Echó la vista al frente y continuó su camino.



Nada había cambiado en las inmediaciones de Flaviobriga, no así su acceso norte, que había sufrido una formidable transformación.

Habían transcurrido dos años desde el último paso de Yanis por aquellas tierras. El comerciante foceo, que viajaba desde la lejana ciudad de Emporion,[2] les visitaba siempre que tenía oportunidad en los días finales de giamos. Montado en su carreta de dos ejes tirada por una pareja de bueyes, transportaba productos suntuarios y herramientas novedosas que cambiaba por ungüentos, pócimas medicinales y artesanía bárbara para venderlas posteriormente en su ciudad de procedencia. Un largo viaje no exento de peligros que le reportaba suculentos beneficios y una posición social destacada en su comunidad.

Detenido a los pies de la peña de los amanos, en el inicio del largo y empinado sendero norte, Yanis contempló con asombro la majestuosa torre y los muros del nuevo corredor de acceso construidos durante su ausencia; mucho debían haber cambiado las

cosas como para que la tribu emprendiese una remodelación de semejante magnitud. Bajó de la carreta y comenzó a caminar.

Cuando por fin coronó la ascensión, soltó los bueyes y levantó la vista hacia un guerrero que, lanza en mano, hacía guardia sobre el muro oeste.

—¿Hay sitio para un cansado comerciante? —vociferó protegiéndose los ojos del sol con la palma de la mano.

—¿Cuál es tu nombre?

—Yanis. Eres muy joven, pero seguro que me recordarás de otras ocasiones.

—No te había reconocido. Entra, haré llamar a Quinn. —El guerrero caminó sobre el muro y abrió el portón exterior.

Yanis tiró de los bueyes hasta el interior del corredor. A su espalda, la puerta se cerró con un estruendoso golpe que retumbó en las paredes del sombrío pasillo.

—Lo siento. Tienes que quedarte ahí hasta que venga Quinn; nos hemos vuelto muy precavidos —explicó el guardia.

—Estoy seguro de que tendréis un buen motivo. Me sentaré a esperar.

Acomodado en su carreta, Yanis examinó detenidamente el lugar. A su derecha, una tercera puerta se abría en medio del muro y, más arriba, una cuarta daba acceso a lo alto del corredor. Levantó la cabeza y observó el conjunto de la torre; con toda seguridad las puertas eran accesos al edificio con alguna finalidad defensiva.

Absorto en la ignota arquitectura, oyó abrirse el portón interior delante de él. Bajó de la carreta y avanzó unos pasos. El druida apareció sonriente al otro lado.

—¡Yanis el griego!

—¡Quinn de los amanos!

—¿Cómo estás, viejo amigo?

—Cansado y molido. El camino hasta aquí es tedioso.

Se dieron un cálido abrazo. El druida lo invitó a acompañarle y abandonaron el corredor. Al salir, Yanis observó a su derecha una pila de andamios que terminaba en lo alto de la torre, donde faltaban algunas piedras por colocar.

—Veo que aún tenéis trabajo por delante.

—Tan solo resta lo que ves. —Quinn señaló la torre con los brazos extendidos y las palmas abiertas hacia arriba, mostrándosela orgulloso—. Se trata de una empresa colosal. Pero vayamos a mi choza, estarás hambriento. Allí te lo explicaré con más detalle.

—Ya sabes que nunca rehúso una buena comida —dijo el comerciante, hombre rechoncho y bonachón.

—Puedes dejar la carreta a un lado; haré que se encarguen de ella.

Quinn levantó la vista y localizó al guerrero que les miraba con atención desde lo alto del muro.

—Kenny, desengancha los bueyes y llévalos al recinto del ganado para que puedan abrevar y pastar, nuestro invitado va a quedarse unos días.

Quinn apartó la marmita que cocía sobre el fuego de su hogar y sirvió dos cuencos de estofado de cerdo, un poco de pan y cerveza tibia. Sentados a la mesa, el uno frente al otro, comenzaron a charlar.

El gran druida le habló de Gwendal, de cómo había sido su llegada y los augurios que rodearon el nacimiento, motivo por el que habían emprendido la reforma de los sistemas defensivos de la aldea. Yanis, por su parte, realizó un extenso relato sobre la evolución del conflicto que mantenían Roma y Cartago por el control de la isla de Sikelia[3] desde hacía más de quince años, ocupada por los últimos y deseada por los primeros a consecuencia de su riqueza en cereales. La guerra, que en un principio parecía decantarse del lado cartaginés debido a su numerosa flota y experiencia naval, empezaba a cambiar de signo gracias a la superioridad de la infantería romana, cuyos legionarios abordaban con facilidad las naves enemigas a través de unas novedosas pasarelas de madera terminadas en garfios; al parecer, los expertos navegantes cartagineses no estaban tan preparados para la lucha cuerpo a cuerpo como los romanos y caían derrotados con sorprendente facilidad. Para Quinn, los conflictos de oriente carecían de importancia y no pasaban de ser un mero relato de lugares remotos que poco les afectaban. Yanis, sin embargo, mostró su preocupación por el interés que la Península pudiera despertar en ambos contrincantes: si Roma finalmente vencía en Sikelia, probablemente continuaría su aplastante expansión por occidente, y Cartago, derrotada, buscaría riqueza y financiación con el objetivo de paliar las pérdidas ocasionadas por la guerra.

El sopor de la cerveza se dejó sentir en la sobremesa tras la copiosa comida y la larga conversación. Los vientres hinchados les incomodaban en cualquier postura. Quinn se levantó y agarró su vara.

—Será mejor que salgamos a estirar las piernas.

En el acceso principal, Kenny ya se había ocupado de los bueyes. Sayer y Owen, junto al carro del comerciante, observaban los trabajos en la azotea de la torre con atención. Quinn y Yanis se acercaron hasta ellos dando un paseo.

—Ya no queda nada —anunció el carpintero al verlos llegar.

—Has hecho un magnífico trabajo —dijo el druida. Le dio una palmada en el hombro—. Me siento orgulloso.

—Gran parte del mérito es de él. —Sayer señaló a Owen—. Tiene aptitudes de buen constructor.

—Por cierto, ¿cómo va el embarazo de Linett? —preguntó Quinn.

—Muy bien —aseguró el futuro padre—. Morgana dice que el bebé nacerá en pocas semanas.

Yanis permanecía en silencio contemplando, sorprendido, el artilugio con el que subían las piedras hasta lo alto de la torre.

—No recuerdo haberos traído esa herramienta —dijo señalando la rueda suspendida—. ¿La habéis construido vosotros?

—Fue idea de Sayer —respondió Owen—. Nos ha facilitado mucho las cosas.

—¿Tu pueblo tiene algo parecido? —preguntó el carpintero.

—Tiempo atrás, Arquímedes, un inventor y sabio griego a quien tuve la oportunidad de conocer, ingenió un sistema similar para mover grandes pesos con poco esfuerzo. Lo llama polea.

—¡Vaya, parece que tenemos un genio entre nosotros! —exclamó Quinn.

Uno de los trabajadores se asomó en ese momento por encima del parapeto de piedra, en lo alto de la torre.

—Subid —les dijo—. Vamos a terminar la construcción.

Los cuatro bordearon la dolina oeste y entraron en fila por la puerta principal. Yanis, impresionado por la estructura de madera interior, ascendió la escalera en último lugar observando todo a su paso.

En la azotea, el aldeano que les había hecho subir se acercó a Sayer con una piedra en la mano y se la ofreció.

—Había pensado que querrías colocar la última.

El jefe de los aldeanos la tomó en sus manos y miró a Quinn.

—Tú la empezaste, tú debes ser quien la termine —dijo el druida.

—De acuerdo —asintió Sayer.

El carpintero avanzó hacia el extremo sur de la torre, se agachó sobre el parapeto y encajó la piedra en el hueco que quedaba por ocupar. Luego se volvió hacia los demás.

—¡Tenemos que celebrarlo! —exclamó.

—Bajemos a mi carreta, he traído unos cuantos barriles de vino.

Por la mañana, la carreta de Yanis fue el centro de atención. Como siempre que les visitaba, su exótica mercancía producía expectación entre los miembros más pudientes de la tribu, que se apelotonaban en torno a ella para curiosear. Melvin intercambió pieles curtidas de jabalí por barriles de vino y Quinn, que le había hecho entrega en su choza de numerosos ungüentos para la piel y preparados medicinales, obtuvo tarros y jarrones de una apreciada cerámica griega.

Sayer, cargado con un cesto de estelas, cruces y otros objetos decorativos tallados en madera, se coló entre el gentío en busca de algo que llamase su atención. Escudriñando la carreta descubrió un

torno alfarero que le hizo recordar las penurias de Cedric a la hora de manejar grandes vasijas en el suyo. Inmediatamente imaginó la cara que pondría el anciano cuando le viese llegar con él.

—¿Qué puedo ofrecerte a cambio? —preguntó señalándolo.

Yanis agachó la mirada y observó el cesto de Sayer.

—¿Un maestro carpintero interesado en un torno? —El comerciante le devolvió la pregunta.

—Es para nuestro alfarero. Necesita uno nuevo y este año no tiene muchas cosas para comerciar por culpa de las obras de la torre.

—Se trata de una herramienta muy costosa. Con lo que llevas en tu cesto no tienes suficiente. ¿Por qué no fabricas uno tú mismo?

—Las obras de la muralla también absorben todo mi tiempo. No puedo comprometerme con nada más.

Yanis se atusó la barba.

—Mi vieja carreta precisa de algunas reparaciones. ¿Crees que tendrías tiempo de hacerlas antes de que me marche? Partiré dentro de dos días.

—Claro que sí, es un trabajo sencillo.

—Está bien —aceptó el comerciante—. Deja tu cesto por ahí y llévate el torno. De todos modos, si vas apurado no me importará quedarme un par de días más en el hogar de Quinn.

Satisfechos por el negocio, se dieron un abrazo con el que sellaron el acuerdo. Sayer caminó exultante hacia la choza de Cedric cargando con el torno, un regalo inesperado que sin duda agradecería su achacoso cuerpo.

Al caer la noche comenzó la celebración de la víspera de Beltane. Semanas atrás, la tierra había empezado a florecer. El resurgir de la

vida se respiraba por todas partes, alimentaba a los espíritus de la tribu y los llenaba de buen ánimo.

Junto a la hoguera encendida en el recinto interior de ganado, despojaron de ramas el chopo que habían subido desde el arroyo y lo engalanaron con cintas de colores. Después, entre los más jóvenes del poblado lo levantaron y lo clavaron en un profundo agujero excavado en la tierra como símbolo fálico; un ritual en el que ensalzaban su virilidad ante Brígida para que esta les brindase fertilidad.

Terminada la ceremonia, todos regresaron a la aldea y ocuparon sus asientos en la mesa del banquete frente al centro religioso. Allí comieron, bebieron y celebraron la victoria de Brígida sobre Cailleach.

A mitad de la velada, Sayer tomó la palabra:

—Como sabéis, este año Owen y Linett no subirán con los rebaños a los pastos de las montañas, por lo que tengo que elegir a dos nuevos pastores. Si hay algún voluntario…

Para sorpresa de todos, Eirian se puso en pie.

—Si Melvin da su visto bueno, estoy dispuesto a ir —declaró mirando al gran jefe—. Necesito tomar aire fresco y sentirme útil para la comunidad.

—La vida en las montañas es dura y tu herida aún precisa cuidados —replicó Melvin—. Además, el camino hasta allí es pesado, tu pierna se resentirá.

—Tenemos más caballos que jinetes, podría llevarme el mío.

—¿Y quién te prestará las atenciones que requieres?

—Yo lo haré. —Alanys, una joven aldeana de largos cabellos pelirrojos y cuerpo menudo, alzó la voz con decisión. Melvin giró la

cabeza hacia ella.

—¿Por qué razón deseas ir tú?

—Nunca me he alejado más de una legua de la aldea. Siento la necesidad de hacer un viaje, aunque sea a las montañas.

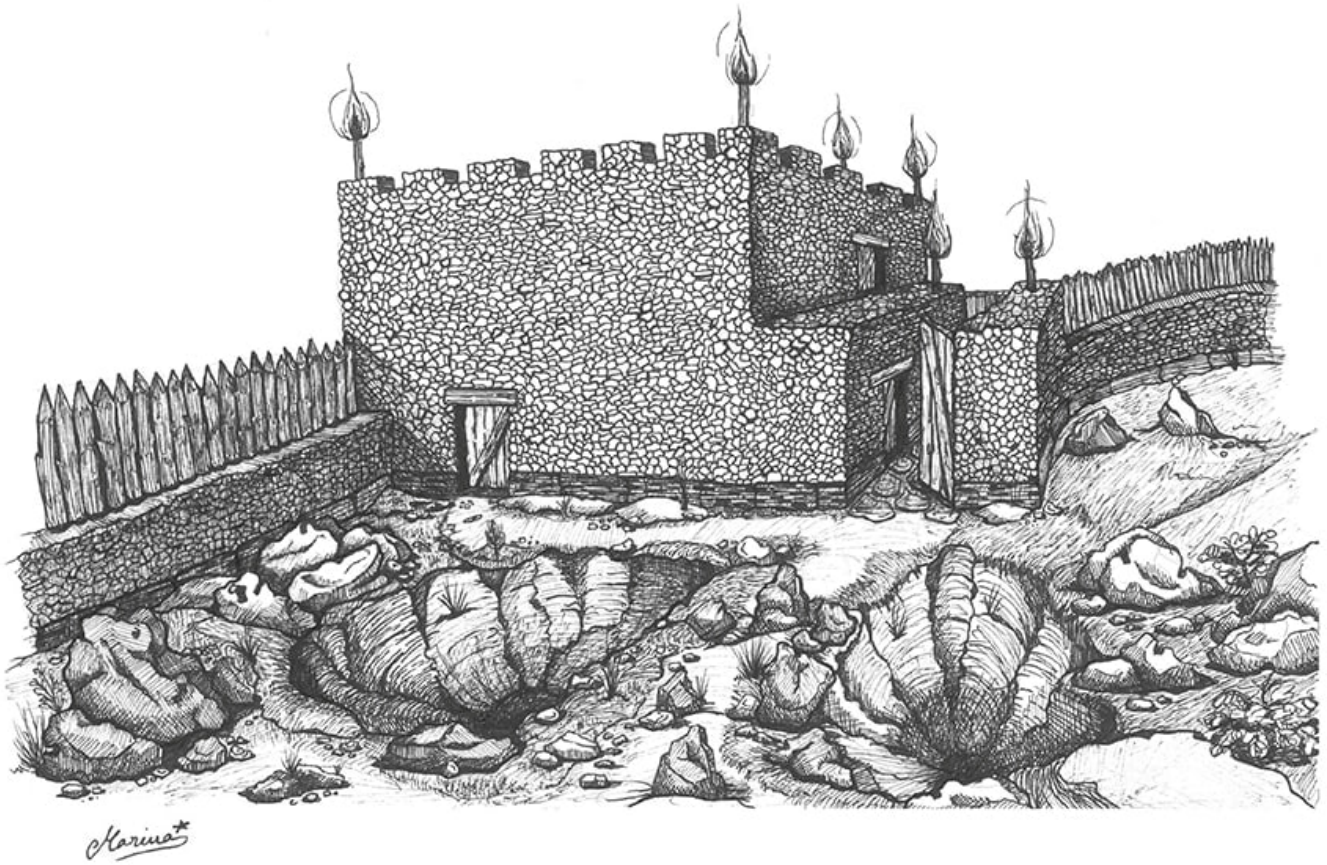
—Pues yo creo que lo que sientes es otra cosa. —Melvin les miró alternativamente, soltó una carcajada y todos rieron con él ante los rostros ruborizados de los dos jóvenes—. Vuestro ofrecimiento os honra, tenéis mi aprobación —les dijo extendiendo las manos—. Si nadie se opone, podréis cabalgar juntos.

El sumo sacerdote agarró su cuenco de vino y dio un sorbo. Lo dejó sobre la mesa y se levantó con solemnidad.

—La decisión está tomada. Eirian y Alanys se harán cargo de los rebaños a partir de ahora. Morgana preparará las medicinas que necesiten.

La celebración continuó, y no terminaría hasta bien entrada la madrugada. Gwendal, que jamás volvería a quedarse sola en su hogar, presidía la mesa sentada sobre las piernas de Quinn; con sus cuatro dientes, se afanaba en masticar los pequeños pedazos de asado que su tío le iba dando mientras todos comían, bebían y bromeaban.

Yilda, sentada junto a ellos, la observaba con recelo y fingía no odiarla.



5

Giamos - samos, 245 a. C.

Semanas antes de la festividad de Imbolc, el paisaje se había cubierto de un pesado manto blanco que lo inundaba todo, desde las lejanas montañas hasta el valle. En lo alto de la peña de los amanos, dentro de las murallas, los techos humeantes de las chozas, que acumulaban ya más de una cuarta de nieve, delataban el interior confortable de los hogares y dibujaban un cálido horizonte.

A pesar de que los últimos días habían sido claros y despejados, el frío reinaba implacable y les obligaba a permanecer recogidos junto al fuego la mayor parte del tiempo. En el recinto interior, el ganado era alimentado con la paja almacenada durante la última cosecha y los cerdos comían las sobras de la tribu en grandes comederos de madera, donde también se alimentaba Myrna, a quien permitían resguardarse en el cobertizo.

Durante las dos estaciones oscuras anteriores habían sustituido la vieja y maltrecha empalizada de la muralla norte por la nueva, de mayor altura y también resistencia. Ahora, bien entrado un nuevo giamos, las labores de construcción se concentraban en los muros que reforzarían la defensa en el paso oriental desde el macizo contiguo del este, aunque los trabajos estaban detenidos por culpa de la nevada. Sin embargo, a pesar de ese percance y de que habían

tardado un año más de lo previsto en sustituir la empalizada del frente norte, Sayer se sentía satisfecho. Hasta el momento, las obras marchaban razonablemente bien y todos le consideraban ya maestro constructor.

Por su parte, Gwendal se había convertido en una niña de largos y rubios cabellos que correteaba de acá para allá y mostraba curiosidad por cuanto la rodeaba. Quinn, orgulloso, pasaba cada vez más tiempo con ella para fortalecer y estrechar su relación. El gran druida sentía cómo la energía de su sobrina se incrementaba día a día.

Pese a su corta edad, Gwendal ya era una niña con la que Quinn podía mantener una conversación más o menos fluida, ya que su capacidad de comprensión había alcanzado una gran madurez. Tanto era así, que sin haber cumplido los cuatro años, y todavía por destetar, el druida decidió que había llegado el momento de que se iniciase en el largo y tedioso camino del druidismo, por lo que recientemente había comenzado a instruirla.

Una mañana, junto al fuego del hogar, el sumo sacerdote tenía repartidos por el suelo multitud de tarros con hojas, pétalos y hierbas medicinales. Uno a uno, sacaba pequeños puñados con los que llenaba las manos de Gwendal para que sintiese su tacto y olor: hojas de frambuesa para los dolores del parto y sus ramas, que ayudaban a los espíritus de los recientes difuntos a encontrar el camino del otro mundo; milenrama como cicatrizante y cura para la irritación de la piel; romero contra las molestias musculares; flores de arzolla para desinfectar heridas; manzanilla para los dolores de muelas, y corteza de roble contra la diarrea y la fiebre eran la base, entre otros, de los remedios que tanto él como Morgana utilizaban

en el arte de la sanación. Pero por encima de todas esas plantas estaba el muérdago, la hierba mágica por excelencia que crecía sobre los troncos y las ramas de algunos árboles. El más apreciado era el que se encontraba en los robles, y su recolección estaba restringida a los druidas, que la realizaban mediante un sencillo ritual de respeto y agradecimiento.

Gwendal escuchaba con gran atención las palabras de su tío, aunque le interrumpía de cuando en cuando con preguntas más propias de una adulta que de una niña.

Finalizada la lección, Quinn recogió todos los tarros y volvió a colocarlos sobre las estanterías. Agarró su vara, regresó junto al fuego del hogar y se sentó de nuevo al lado de su sobrina.

—¿Por qué nunca te separas de ella? —preguntó Gwendal, intrigada.

Quinn acarició la vara antes de hablar.

—Es el amuleto de los sumos sacerdotes —comenzó a explicarle —. Su energía nos protege y nos ayuda a conectar con los dioses.

—¿Cómo haces eso de conectar con los dioses?

—Hablar con las divinidades requiere de tres cosas: paciencia, fe y una pócima mágica hecha con setas rojas hervidas con un puñado de avellanas. El brebaje tiene que prepararse con sumo cuidado, las proporciones deben estar bien medidas y ha de ser removido constantemente con una varita de madera de avellano.

—¿Algún día yo tendré una vara como la tuya? —inquirió Gwendal, expectante.

Quinn sonrió al escuchar la pregunta. Levantó la vara y se la ofreció. Al agarrarla con sus delicadas manos, los ojos de la pequeña brillaron de emoción.

—Algún día esta será tuya. Hasta entonces, será el torques quien proteja tu espíritu; nunca debes separarte de él.

Gwendal permaneció pensativa un instante. No estaba muy segura de quiénes eran exactamente esos dioses ni la causa por la que necesitaba protección.

—¿Estoy en peligro?

—De una forma u otra, todos lo estamos. Pero no debes preocuparte por ello; tienes tu amuleto y la Madre Tierra vela por ti.

—¿Vela por mí?, ¿cómo lo hace?

—¿Recuerdas el halcón que siempre merodea cerca de donde estás?

—Sí. Suele estar en el techo de mi choza.

—Él te observa y te acompaña allá donde vas. Si algo te amenazase, me lo haría saber.

Arrugando el gesto, confundida, Gwendal abrió el torques y se lo sacó del cuello para observarlo. Nunca antes se lo había quitado.

—Si la Madre Tierra y el halcón cuidan de mí, ¿para qué lo necesito? —dijo dando vueltas al amuleto con las manos.

—Forma parte de un todo.

—¿Un todo? No te entiendo.

—Algún día lo harás; cuando crezcas.

Quinn sonrió y le acarició la mejilla. Para su sobrina, el mundo era un mar de preguntas por el que empezaba a navegar desorientada en busca de respuestas, unas respuestas de difícil comprensión para una mente tan joven.

—¿Qué significan estos dibujos que hay en la cara interior?

—Son runas. Con ellas pueden representarse las palabras con las que hablamos. Ahí pone tu nombre.

—¿Las dibujaste tú?

—Sí. Lo hice cuando aún eras un bebé. —Quinn agarró el torques y volvió a cerrarlo alrededor del delgado cuello de Gwendal—. Quiero que siempre lo lleves puesto, ¿de acuerdo? —le ordenó con ternura.

—De acuerdo.

El druida tomó su vara y se puso en pie.

—Ya está bien por hoy. Salgamos a dar un paseo. Si quieres puedes ir a jugar un rato con los demás chicos antes de comer.

Sayer abandonó su choza con las primeras luces del alba. La nieve del patio, todavía endurecida, crujió bajo sus botas de piel, un indicio de que ese día tampoco comenzaría a derretirse.

Abrigado con un grueso manto de lana, caminó hacia el recinto del ganado para comprobar el estado de las obras y buscar una solución que les permitiese continuar con la ampliación de la muralla. Si querían cerrar el paso desde el macizo contiguo antes de samos no podían permitirse perder más jornadas de trabajo.

De camino paró en la choza de Owen, llamó a la puerta y entró al escuchar que este le invitaba a hacerlo desde el otro lado. Sentados alrededor del fuego del hogar se encontraban él, Linett y Kilian, su hijo. Juntos degustaban un sencillo desayuno de pan de centeno, leche de oveja y queso fresco. Owen lo miró, levantó el cuchillo con el que cortaba el queso y le ofreció un pedazo.

—¿Quieres acompañarnos? —le dijo sonriente.

Sayer aceptó gustoso la invitación y tomó asiento a su lado.

—Voy a subir al paso de las montañas y necesito que me acompañes —explicó—. No debemos retrasarnos más.

—La situación no habrá cambiado mucho por ahí arriba.

—Lo sé, pero no podemos quedarnos de brazos cruzados esperando a que cambie el tiempo. Además, estamos desperdiciando unos magníficos días soleados en los que podríamos avanzar a buen ritmo.

—Está bien. —Owen terminó su desayuno y se puso en pie—. Cogeré mi manto y partiremos ahora mismo.

Salvo los dos guerreros que hacían guardia en lo alto de la torre, nadie circulaba por la aldea a esas horas. Incluso el ganado, que solía estar desperdigado por el recinto interior mordisqueando los arbustos que quedaban al descubierto, se apelotonaba en torno al cobertizo para protegerse frente a las rachas de viento que azotaban con fuerza la peña. Decididos, y no sin dificultad, Sayer y Owen se abrieron paso hacia la cumbre más elevada.

El paisaje que se encontraron era desalentador. La nieve estaba tan dura que apenas dejaron marcas de pisadas en su caminar por encima de los nuevos muros, que ya alcanzaban los cuatro pies de altura. Al llegar al final de las obras, donde estos se juntaban para cerrar el paso, Owen bajó al suelo de un salto y observó a su alrededor con los brazos en jarra.

—¿Alguna idea? —preguntó Sayer desde arriba.

—En esta zona los muros están muy próximos. Si hacemos una gran hoguera en el centro, quizá la nieve se ablande y parte de ella se filtre entre las piedras.

Sayer bajó con cuidado y se colocó a su lado.

—No perdemos nada por intentarlo —asintió—. Si funciona, retiraremos el resto con palas.

Aún conservaban la vieja empalizada de la muralla norte. En lugar de deshacerse de ella, la habían apilado al lado de la rampa de tierra por la que habían subido y bajado los bueyes durante la construcción de la torre. De regreso al poblado le echaron un vistazo. Aunque el montón de madera estaba cubierto de nieve, el interior parecía seco y podría servirles como combustible para la hoguera.

Al cerrar la puerta del recinto, ya en el interior de la aldea, se fijaron en el cobertizo; entre el ganado que se resguardaba del viento se encontraba Myrna. Sentada sobre una piedra, comía con las manos parte de las sobras que les había arrebatado a los cerdos. Ambos la ignoraron, y ella, al verles, apartó la mirada como si de ello dependiera su vida.

Con el paso de los años, Kenny había llegado a entender que la vida no siempre era un camino de rosas, más bien al contrario. A menudo los peligros acechaban en el lugar y el momento más inesperados y había aprendido a aceptar los riesgos sin reservas. Gracias a Yilda fue capaz de superar el desgraciado incidente que había dejado lisiado a su mejor amigo y lo había relegado a las humildes tareas de pastoreo. Aquella madrugada, al calor de los efectos de un brebaje que jamás volvió a tomar, la exuberante druidesa consiguió hacerle ver que lo importante era saber disfrutar del momento y aceptar las cosas tal y como eran. Ese cambio en su forma de pensar lo transformó en una persona más preocupada de sí misma que de

cualquier otra cosa, y decidió dedicarse en cuerpo y alma a practicar el arte de la lucha.

Bajo la atenta mirada de Melvin, que, como cada día, supervisaba los entrenamientos sentado en la entrada del centro religioso, Kenny inició la sesión luchando con Mael, quien lo doblaba en edad y experiencia.

Tomó la iniciativa en todo momento con potentes y directos ataques de los que Mael conseguía zafarse con facilidad. Una y otra vez, el joven guerrero se revolvía contra él e incrementaba su agresividad, pero siempre pasaba de largo o era zancadilleado o repelido con un golpe en el costado.

Tras la última caída, cubierto de nieve y barro hasta el cuello, Kenny le dirigió una mirada retadora desde el suelo. Frustrado, se puso en pie, arrojó el escudo a un lado y corrió hacia su contrincante con la espada en alto. Mael, impasible, observó aquel ataque pueril y se limitó a protegerse a la espera de una oportunidad para golpearle. Sin embargo, en esta ocasión, algo inesperado hizo fallar su estrategia: Kenny levantó la espada con las dos manos, golpeó con fuerza su escudo, lo partió por la mitad y le hizo caer indefenso sobre la nieve. Kenny gritó de rabia, se dio la vuelta y miró exhausto a Melvin.

—¡Bravo! —exclamó el gran jefe.

Triunfal, Kenny se acercó a Mael, lo ayudó a levantarse y dieron por finalizado el combate con un abrazo.

—Acércate —le espetó Melvin.

Kenny dejó la espada sobre la piedra de sacrificios y caminó hacia él.

—Siéntate —le dijo con gesto serio.

—¿Qué ocurre?, ¿no he estado bien?

—Contesta tú mismo a esa pregunta.

—En un combate real le habría cortado la cabeza antes de que pudiese siquiera parpadear.

—No me cabe duda de ello, pero mírate.

Kenny extendió los brazos y se observó, estaba sudoroso y agotado.

—Después de darle muerte, ¿podrías continuar? —preguntó Melvin —. Yo creo que no.

—No había pensado en ello —reconoció el joven.

—En una batalla real habría muchos más como Mael dispuestos a llevarse tu cabeza como trofeo, y en tu estado actual serías un enemigo fácil de vencer. De ahora en adelante, has de ser más listo y dosificar tus fuerzas; de lo contrario, morirás a la primera de cambio.

Kenny enmudeció ante sus palabras. Melvin estaba en lo cierto, se sentía tan cansado que incluso le costaba mantener la conversación. Alzó la vista hacia el gran jefe y lo miró abatido.

—Yo… —Comenzó a hablar, pero Melvin lo interrumpió.

—Te has convertido en un hombre muy fuerte, impetuoso y que no teme a nada. Pero si no piensas antes de actuar, tus excepcionales cualidades te llevarán directo a la muerte, ¿me entiendes?

—Sí.

—Entonces, borra esa expresión lastimera de tu cara y empieza a entrenar tus habilidades; tienes un gran potencial por explotar.

En ese momento, un revuelo entre los que observaban las prácticas de lucha interrumpió su conversación. Los dos levantaron

la cabeza y miraron en la dirección de la que provenía el griterío: se había formado un nutrido grupo alrededor de otra pelea. Melvin, intrigado, caminó hacia el tumulto y se abrió paso hasta colocarse en primera fila, entre Quinn y Morgana. Para su sorpresa, Brian y Gwendal eran el centro de atención. Enya y Kilian les jaleaban desde los extremos.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó el gran jefe.

—Están jugando a imitar a tus hombres —respondió el druida meneando la cabeza con preocupación—. Han cogido un par de espadas de madera y se han puesto a pelear; será mejor que los pare antes de que se hagan daño.

Quinn dio un paso al frente, pero Melvin lo detuvo.

—Déjalos. Al fin y al cabo, son solo niños. Quizá aprendan algo de ello.

Brian, más fuerte y rápido, esquivaba las embestidas de su atacante sin apenas moverse del sitio, y cada vez que ella fallaba, aprovechaba para atizarla por detrás con la espada. Sin embargo, Gwendal se divertía. Una y otra vez se daba la vuelta al sentir el golpe en el trasero y regresaba con una nueva carga.

Durante un buen rato jugaron alegremente a ser valerosos guerreros. A su alrededor, los improvisados espectadores los animaban con comentarios cada vez más jocosos. Entonces, Brian decidió que había llegado el momento de vencer. En la siguiente embestida agarró a Gwendal del brazo y la tiró al suelo con una zancadilla, se sentó sobre ella y le arrebató la espada.

—¡Yo gano! —exclamó.

—No es cierto —protestó Gwendal—. Has hecho trampa, me has hecho tropezar.

—En la guerra vale todo, no hay reglas —explicó el pequeño—. Ríndete.

Brian se agachó y la agarró por las muñecas.

—¡Suéltame! —exclamó ella, nerviosa.

—Ríndete primero.

—¡He dicho que me sueltes!

Verse atrapada la puso furiosa. De pronto no soportaba la sensación de estar retenida. Cerró los ojos, concentró todas sus energías en los brazos y empujó con fuerza a Brian, que salió disparado varios pasos hacia atrás.

—Pero ¡qué demonios…! —exclamó Melvin al ver caer a su hijo.

—Me temo que el incidente con Arlen ha dejado una profunda huella en Gwendal —comentó por lo bajo Morgana mirando al druida —. Creo que ella y yo debemos tener una pequeña conversación.

Quinn permaneció inmóvil meditando las palabras de la partera. Parecía evidente que algo muy profundo había alterado el espíritu de su sobrina gravemente, o al menos esa era la única explicación que podía darle al hecho de que una niña de su edad liberase tanta rabia en medio de un juego inocente.

El druida se acercó a su sobrina y la tomó de la mano.

—Será mejor que cada uno se marche a su choza, está anocheciendo —les dijo a los niños.

Melvin cogió en brazos a Brian y dio por finalizado el espectáculo.

Kenny caminó hacia su choza apesadumbrado. Melvin le había hecho ver que su valentía era precisamente su punto más débil y por primera vez contempló la posibilidad de morir en batalla.

«Tiene razón», se dijo dando una patada de frustración a una piedra, «tengo que empezar a dosificar mis fuerzas». Sin embargo, no sabía cómo hacerlo. Carecía por completo de la valiosa cualidad de la mesura, al parecer innata en los demás, y siempre había confiado en su corpulencia a la hora de luchar cuerpo a cuerpo.

Antes de llegar a su choza dio media vuelta y miró hacia el centro de la aldea. Multitud de imágenes de entrenamientos pasados inundaron su cabeza. Espadas de madera y sacos rellenos de lana a los que disparar flechas se revelaron como su único contacto con la guerra, pero, sobre todo, pensó en sus habituales contrincantes: amigos a quienes ayudaba a levantarse tras haberlos vencido y con quienes después se fundía en un fraternal abrazo. Se dio cuenta de que todo era una farsa, un juego en el que el riesgo, más allá de un doloroso golpe en el costado, era inexistente. «Ninguno de ellos desea llevarse mi cabeza como trofeo». Quizá ahí radicaban sus carencias.

La noche comenzaba a arrojar sobre la aldea intensas rachas de viento que entumecían las manos y cortaban la cara. Kenny se estremeció, ajustó su manto para protegerse del frío y continuó caminando en busca del calor de su hogar. En ese momento escuchó su nombre pronunciado por alguien desde la distancia. Giró la cabeza y vio cómo Eirian se acercaba hacia él arrastrando su inconfundible cojera.

—¿Está todo bien?

—Supongo que sí —contestó Kenny sin entusiasmo.

—Te he visto hablando con Melvin, no parecía muy contento contigo.

—Dice que tengo que ser más listo y gastar menos fuerzas. Y creo que tiene razón.

Eirian se apoyó en el muro del corral, a su lado.

—Yo también lo creo. Eres corpulento y te mueves con velocidad, lo que requiere mucha energía. Supongo que esa es la causa de que te agotes tan rápido.

—¿Debería ser más lento?

—Deberías estarte más quieto.

—Qué quieres decir.

—Deja que tu oponente ataque en primer lugar. Intenta adivinar sus movimientos y utilízalos en su contra.

—Entiendo…

Kenny permaneció un momento en silencio. Miró a su amigo y esbozó una sonrisa de aprobación. Eirian arrugó el rostro y se llevó una mano a la pierna.

—Maldito dolor —protestó Kenny, afligido por los males de su amigo.

—El frío de la noche aumenta la intensidad, pero estoy mucho mejor, los cuidados de Alanys consiguen mitigarlo la mayor parte del día.

—Esa chica ha conseguido atraparte de un modo muy especial. —Kenny rio dándole una palmada en la espalda.

—De eso también quería hablarte. —Eirian respiró profundamente antes de continuar—. Alanys va a elegirme en el próximo Lughnasadh.

Kenny enmudeció. La noticia le había cogido tan de sorpresa que en un principio no supo cómo reaccionar. Después, sus ojos brillaron de emoción y se fundió en un abrazo con Eirian.

—¡Hermano! —exclamó—. ¡Vas a formar un nuevo hogar! Me siento feliz por ti.

—Aún no va a hacerlo público, pero quería que tú lo supieras.

—Tranquilo, sé guardar un secreto —aseguró Kenny—. Entremos en mi choza, hay un barril de vino esperándonos para celebrarlo.

Cuando se disponían a cruzar el corral, Yilda apareció en la oscuridad. Al pasar junto ellos, la druidesa miró de reojo a Kenny y le dedicó una fugaz sonrisa a la que él respondió con una mirada de deseo. Eirian, que no había perdido detalle de la escena, dio un codazo a su amigo para sacarle del trance.

—¿Qué hay entre tú y Yilda? —inquirió echándole el brazo sobre los hombros.

—Si te soy sincero, no lo sé. Tampoco le he hablado a nadie de ello —reconoció Kenny. Alzó la cabeza y señaló la puerta—. Vamos. Te lo contaré dentro.



Como cada mañana al finalizar la lección, Quinn salió de su choza con Gwendal de la mano en dirección al hogar de Sayer y Eileen. Sin embargo, ese día el recorrido fue distinto. A mitad de camino se detuvo junto a la puerta de Morgana para que la partera pudiese mantener con la pequeña la conversación que tanto ansiaba. Quinn ignoraba los detalles de la entrevista, pero, aun así, no dudaba de su idoneidad. Estaba convencido de que sería una buena experiencia vital para la pequeña.

En medio del corral, el druida se agachó al lado de Gwendal y le dio un beso en la frente. Después la invitó a entrar.

—Adelante. Está esperándote.

—¿No vas a venir conmigo?

—Esta vez no. Lo que Morgana tenga que decirte es solo para ti. Después te llevará a casa.

—Eres mi tío, ¿por qué no puedes saberlo?

—Sí que puedo, pero has de ser tú quien decida cómo y cuándo contármelo. Adelante, pasa. —La guio con la palma de la mano.

Gwendal caminó dubitativa. Antes de entrar, echó un último vistazo atrás buscando la mirada de su tío. Quinn se levantó e hizo un gesto para animarla. Solo entonces se decidió a cruzar la puerta.

Morgana estaba tejiendo hilo de lana en un telar bajo la luz de una antorcha. Al escuchar la puerta lo dejó sobre la mesa, se acercó a Gwendal y tomó su mano.

—Me alegra que hayas venido —dijo la partera con dulzura—. Sentémonos.

Gwendal estaba nerviosa. Aparte de su tío, nunca antes había mantenido una conversación profunda con nadie. Siguiendo los pasos de Morgana y sin articular palabra, tomó asiento frente a la lumbre y acercó las manos para calentarse.

—Quería que me hablases sobre lo ocurrido ayer con Brian.

—Solo estábamos jugando.

—Lo sé, por esa razón no entiendo tu reacción. ¿Qué te hizo explotar así? Podrías haberle hecho daño.

—Me tenía presa en contra de mi voluntad, como si mi destino estuviese en sus manos. Fue una sensación insoportable para mí.

—Verás… —Morgana reflexionó un instante antes de continuar—. A lo largo de la vida todos sufrimos determinadas situaciones que dejan una honda huella en nosotros y que terminan condicionando

nuestra forma de ser. —De nuevo hizo una pausa, esta vez para echar la vista varios años atrás—. ¿Quinn te ha hablado alguna vez de Arlen?

—Sí. Me contó quién era él y lo que quiso hacerme cuando yo solo era un bebé.

—Me alegra que lo haya hecho. Creo que ese suceso, aunque tú no lo recuerdes, marcó profundamente tu espíritu. —Morgana acercó también las manos al fuego para calentarse—. ¿Qué sentiste dentro de ti en ese momento? —preguntó volviendo a lo sucedido con Brian.

Gwendal se llevó la mano al pecho y agachó la mirada para revivir la escena.

—Un gran calor en mi interior. Recuerdo que cerré los ojos y vi una luz resplandeciente en lugar de oscuridad. Después lo empujé con todas mis fuerzas.

—¿Se trató de una sensación nueva o te pareció conocida?

—Nunca antes me había sentido así, aunque me resultó familiar.

—¿Eras consciente de que podías lastimarle?

—Sí, pero no me importó.

Morgana la miró a los ojos pensando en las palabras que acababa de escuchar. Le resultaba evidente que Gwendal perdía el control en las situaciones que consideraba límite.

—Me gustaría que reflexionases acerca de ello. Tienes que conseguir dominar esa ira, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré —asintió Gwendal.

—Bien. Ahora háblame de tus padres, ¿qué sabes de ellos?

—Quinn me dijo que mi padre murió al caer desde el techo de su choza, pero de mi madre no ha querido contarme nada.

Gwendal se encogió de hombros al decirlo. Deseaba saber qué había sido de su madre, pero asumía que su tío tendría un buen motivo para ocultárselo.

—Murió a consecuencia del parto. Quinn y yo estábamos con ella —dijo la partera cogiéndole la mano.

Gwendal no dijo nada. Desvió la mirada hacia las llamas y sus ojos se llenaron de lágrimas. Morgana le apretó la mano.

—Supongo que tu tío teme que puedas sentirte culpable. Yo, por el contrario, creo que debes saberlo. Con los años comprenderás que tú no tuviste nada que ver.

—Entonces, ¿quién tuvo la culpa?

—Nadie. A veces una mujer no está preparada para parir y termina desgarrándose por dentro. A veces, simplemente, los dioses se la llevan.

—¿Y por qué harían eso?

—En ocasiones, querida, traer vida al mundo requiere entregar la propia; ese es el mayor sacrificio que una madre puede hacer por su hijo. Debes sentirte orgullosa de los padres que te engendraron. —Morgana la miró con cierta fascinación—. Eres una niña muy especial, Gwendal. Prueba de ello es la conversación que acabamos de mantener.

La partera se puso en pie y le tendió la mano.

—Ya hemos hablado suficiente por hoy. Vamos, te acompañaré a tu choza.

La mayoría de la tribu dedicó la víspera de Imbolc a subir la vieja empalizada a lo alto de la colina. Por la tarde, la gigantesca pira

estaba preparada y todos permanecían expectantes a su alrededor esperando a que Sayer regresase de la aldea. En su ausencia, Owen se había encargado de que todos tuviesen a mano palas y azadas, organizó equipos y les asignó áreas de trabajo.

Cuando el maestro constructor apareció bordeando la colina con una antorcha encendida en la mano, sus hombres lo jalearon con gritos de emoción. Sayer se abrió paso entre la multitud, levantó la antorcha con un gesto de triunfo y la arrojó sobre la empalizada, que no tardó en comenzar a prender.

Los muros fueron quedando al descubierto poco a poco mientras que los equipos retiraban afanosamente la nieve de las zonas más alejadas. El calor era tan intenso que incluso el agua que discurría por el suelo se evaporaba al acercarse a las llamas. Owen, contento al ver que se iban cumpliendo sus previsiones, se acercó a Sayer.

—Después de la celebración de mañana podremos continuar con los trabajos.

Sayer alzó la mirada hacia el cielo y le miró con escepticismo.

—Hemos conseguido nuestro objetivo, pero los días continúan despejados y sus noches aún traen demasiado frío.

—Nos abrigaremos.

—No es eso lo que me preocupa.

—Entonces, ¿dónde ves el problema?

—La parte alta de los muros está empapada, se congelará durante la noche. Deberemos asegurarnos de que las piedras queden bien encajadas para que el deshielo no los desestabilice.

—Bien. Comenzaremos retirando el hielo superficial. Lo picaremos si es necesario.

—En eso estaba pensando ahora mismo.

Las capacidades de Owen aumentaban conforme avanzaban las obras y siempre encontraba una solución para todo. A Sayer no le cabía la menor duda de que su lugarteniente, con el tiempo, también se convertiría en un gran maestro constructor.

Pero, por el momento, los dos aún tenían por delante el reto más grande en lo que a la remodelación de las fortificaciones se refería: la reconstrucción del gran muro defensivo del sudeste, la majestuosa obra de quinientos pies de longitud que deberían aumentar hasta alcanzar treinta pies de altura y al menos doce de grosor. Sus dimensiones, y el enorme volumen de piedras necesario para llevarlo a cabo, se mostraban como una meta difícil de alcanzar que se extendería a lo largo de varias estaciones oscuras.

El gran día de Imbolc trajo consigo el renacer de Brígida en detrimento de Cailleach. Poco a poco, su todavía frágil espíritu cobraría fuerza a medida que se acercara samos y haría más cortas las noches y más largos y luminosos los días.

Los primeros pastos asomaban ya, las ovejas empezaban a lactar y era el momento de abrir la tierra con el arado para plantar las semillas de la siguiente cosecha. Ese día, los amanos comenzarían un nuevo ciclo en comunión con la naturaleza esperanzados de que esta les proveyera de alimentos un año más.

La mayor parte de los aldeanos se centrarían en las labores de siembra, mientras que un pequeño grupo continuaría las obras de los muros del este a las órdenes de Sayer y junto a los tres guerreros de Melvin con las miras puestas en terminarlos para

Beltane; una decisión consensuada por los tres jefes y que tenía el objetivo de no retrasar más la construcción.

Cerca del mediodía, el centro de la aldea era un constante ir y venir de personas que transportaban platos con asados, marmitas de estofado y otros alimentos que constituirían el banquete de celebración. Mientras tanto, los niños revoloteaban alrededor de la hoguera jugando y divirtiéndose al calor de las llamas. Gwendal y Brian, como si nada hubiese sucedido entre ellos, peleaban de nuevo con palos y pequeños escudos de madera, aunque en esta ocasión no hubo zancadillas ni sobreactuaciones por parte de ninguno de los dos.

Cuando todo estuvo preparado, Quinn ocupó su lugar en la mesa flanqueado por Yilda y su sobrina. A continuación, como era costumbre, Melvin y Sayer precedían a sus gentes. El sumo sacerdote se puso en pie, levantó su cuenco de vino y anunció públicamente lo que para todos ya era conocido.

—Hoy finaliza la etapa más oscura de giamos. —Volvió la vista y miró la estela que presidía el centro religioso—. Te damos la bienvenida con alegría y esperanza, Brígida, y esperamos que a partir de ahora los días crezcan a la par que tu espíritu. Hoy adquirimos también el compromiso de devolverte parte de los frutos obtenidos como agradecimiento.

Quinn volvió a sentarse. Bebió. El contrato con la Tierra que llenaría los árboles de brotes fértiles, haría crecer los pastos con vigor y les permitiría cultivar la tierra estaba sellado.

El primer día de samos la defensa del paso del este todavía no estaba terminada. Las nevadas persistentes y los trabajos de siembra habían ocasionado un retraso que fueron incapaces de recuperar. Aun así, casi habían finalizado la colocación de piedras y tenían preparada la madera de las empalizadas, que ya habían comenzado a subir desde el arroyo a lomos de los bueyes.

Desde lo alto de la colina contigua a las obras, Sayer observaba a vista de pájaro el triángulo que dibujaban el muro antiguo y los dos nuevos que cerraban el paso a mitad de camino entre los dos macizos rocosos. Gracias a su forma de embudo, tendrían mucho espacio para hacer acopio de armas y hombres al mismo tiempo que el frente a proteger quedaba reducido considerablemente. El sistema de doble defensa daría otra oportunidad a los guerreros en caso de tener que batirse en retirada.

Sayer meditó un instante acerca de esa última cuestión. En efecto, el muro antiguo funcionaría a modo de segunda defensa, pero, al tener un mayor frente, sería más complicado protegerlo, sobre todo para unos previsiblemente diezmados guerreros. «Debemos aumentar la seguridad» se dijo. Buscó a Owen con la mirada y lo localizó a lo lejos, comprobando la verticalidad de uno de los muros.

—¡Owen! —gritó desde la cima de la colina. Este se volvió hacia él y ascendió por la ladera a su encuentro.

—¿Qué ocurre? —preguntó recobrando el aliento.

—Observa —indicó el maestro señalando hacia las obras.

Owen volvió la vista hacia atrás, miró de nuevo a Sayer e hizo un gesto de incomprensión.

—¿Qué quieres que observe exactamente?

El maestro le explicó los problemas que, a su juicio, podrían presentarse en caso de ser atacados en ese punto. Los dos estuvieron de acuerdo en la conveniencia de un refuerzo añadido y se sentaron a buscar una solución sencilla y que no conllevara un gran trabajo.

Owen observó el muro durante un buen rato. En su imaginario rondaba una y otra vez el mismo concepto: protección. De pronto, en su cabeza se dibujó la silueta del gran guardián del hogar.

—Fuego —dijo finalmente.

—¿Fuego?

—Construiremos dos parapetos sobre la coronación del antiguo muro, uno a lo largo de cada borde. De esa forma tendremos un canal que lo recorrerá de una punta a otra. Lo rellenaremos con paja y leña seca y lo resguardaremos de la lluvia tapándolo con tablas. En caso de retirada, nuestros guerreros le prenderían fuego y lo convertirían en una gran antorcha.

Sayer lo miró con gesto de aprobación, la propuesta era brillante.

—No dejas de sorprenderme —le dijo—. Bajemos a verlo de cerca; nos pondremos con ello inmediatamente.

A pie de obra la idea se veía aún más ingeniosa. Sayer reunió a media docena de aldeanos y su ayudante, con uno de los bueyes como apoyo, trepó hasta el punto más alto de la muralla, donde convergían el nuevo muro norte y el antiguo. Owen comenzó a contarles el proyecto y su finalidad añadiendo gestos y señales que complementaban las explicaciones.

De pronto, un ruido ensordecedor lo interrumpió; uno de los bueyes que acarreaban madera desde el arroyo acababa de resbalar y toda la empalizada que cargaba en el lomo cayó sobre el buey en

el que se había apoyado Owen para subir al muro. El animal, asustado, intentó huir hacia delante, pero chocó contra el antiguo muro de piedra, embistió a Owen y lo lanzó al otro lado. Sayer trepó a toda prisa para socorrerlo. Al asomarse, contempló la escena con horror: ladera abajo, una gran piedra incrustada en la cabeza de su lugarteniente acababa de dejar a Kilian huérfano de padre.

La tribu despidió a Owen consternada por su accidental muerte. Linett, llorando, ascendió el camino del túmulo sola con el pequeño Kilian en brazos, que aún no alcanzaba a comprender lo sucedido, y enterró la urna con las cenizas de su marido en el lugar donde algún día también descansarían las suyas.

Tras el funeral, todos regresaron cabizbajos a la aldea por el sendero sur rumbo a sus quehaceres diarios. Quinn, acompañado de Gwendal, decidió bordear la peña hasta los campos y comprobar de primera mano el estado de los cultivos.

Por el camino, el druida fue contestando una a una a las preguntas que inquietaban a su sobrina acerca de un ritual del que por primera vez en su vida había sido consciente. Le explicó que los difuntos, tras ser incinerados, eran enterrados junto a sus pertenencias más preciadas: los aldeanos con sus escasos objetos de valor y los guerreros con sus joyas y armas preferidas. Sin embargo, no todos los miembros de la tribu eran convertidos en cenizas. Los grandes druidas, como él, eran enterrados en la cueva de la aldea para que sus restos acompañaran por siempre a su pueblo.

Las palabras de Quinn llevaron a Gwendal a preguntarse el porqué de esa distinción entre aldeanos y guerreros. Al llegar a los campos de cultivo, el druida le habló al respecto.

—Observa cómo crece el cereal —le dijo señalando los campos—. En la tribu, la mayoría emplean su tiempo en cultivar alimentos, recoger frutos, cuidar del ganado y fabricar objetos cotidianos de madera, metal o barro cocido. Pero unos pocos, los guerreros, dedican su vida a prepararse para la lucha; una vida que se comprometen a entregar si fuese necesario para protegernos a todos. Ese compromiso les brinda una posición privilegiada dentro de la comunidad.

—¿Y todos los hombres pueden ser guerreros?

—No. No todos pueden. Ese honor está reservado de padres a hijos, aunque en algunas ocasiones el gran jefe puede admitir a un aldeano entre sus filas una vez demostrada su fortaleza y valentía.

—Y tú, ¿a qué grupo perteneces? —Gwendal no terminaba de entender el papel que desempeñaba su tío.

—A ninguno. Los druidas estamos por encima de ambos.

—Pero tú no tienes objetos de valor.

—No los necesito. Mi privilegio es comunicarme con los dioses, y mi obligación, guiar a los espíritus de la tribu por el camino correcto.

—¿Quiénes son los dioses? Morgana también habla de ellos, pero no consigo entenderlo.

Quinn se agachó y la cogió en brazos.

—Cuando crezcas un poco más abordaremos ese asunto. Vamos, será mejor que regresemos a la aldea, se acerca la hora de comer.

Durante el camino de vuelta los dos permanecieron en silencio; cada uno pensaba en la conversación desde su particular punto de

vista. Al llegar al pie del sendero norte se encontraron con Yanis, que una vez más les visitaba cargado de exóticas mercancías. Quinn, contento por verle, dejó a Gwendal en el suelo y le dio un abrazo de bienvenida.

—Pensé que este año tampoco vendrías.

—Me he retrasado varios días porque he tenido que dar un rodeo hasta Veleia.

—Las tierras de los caristios… —murmuró Quinn—. Tenía entendido que ya no comerciabas con ellos.

—Y no lo hago. Pero hace años me hizo un encargo una de sus sacerdotisas y fui a entregárselo. Al llegar me enteré de que había fallecido, por lo que el viaje ha sido en vano —explicó con resignación.

—Cosas que pasan —comentó el druida—. Subamos a mi choza, tengo una marmita de estofado caliente esperándonos en el fuego. —Se agachó y cogió de nuevo en brazos a Gwendal—. ¿Quieres ir montada en la carreta?

—¡Sí! —contestó la pequeña.

—¿Y tú quién eres? —preguntó el comerciante bromeando.

—Yo soy Gwendal.

—¡Vaya, cómo has crecido! ¡Pero si la última vez que te vi no eras más que un bebé!

—El tiempo pasa rápido, viejo amigo —dijo el druida—; muy rápido.

Quinn la dejó en el asiento y comenzaron a caminar ladera arriba tirando de los bueyes, que arrastraban la pesada carga con las pocas fuerzas que les quedaban.

En la comida intercambiaron información sobre lo acontecido desde la última visita del comerciante a las tierras de los amanos. Quinn presentó formalmente a su sobrina y le contó el desarrollo de las obras. Yanis, por su parte, habló sobre el giro que había dado la guerra en la lejana isla de Sikelia, donde Roma estaba ganando terreno a Cartago con claridad, y se aventuró a predecir que la victoria de los romanos sobre los púnicos llegaría en pocos años. También le habló de cómo la disputa por Sikelia estaba afectando a las relaciones entre los griegos de Emporion y los íberos, que convivían con ellos justo al otro lado de las murallas de la ciudad: durante cientos de años, indígenas y foceos habían mantenido una buena vecindad, pero la sombra de la desconfianza siempre había estado presente. Esa desconfianza comenzaba a incrementarse ahora a causa de las guerras y el ambiente estaba cada vez más tenso.

Gwendal escuchaba con atención, pero las cosas que contaba el comerciante le resultaban tan ajenas y extrañas que no lograba entender nada.

—¿Dónde está Emporion? —preguntó la pequeña.

—En el levante —contestó Yanis.

—¿Qué es el levante?

Druida y comerciante se miraron y soltaron una carcajada; la pequeña les observó con un gesto de incomprensión.

Yanis pidió prestada la vara a Quinn. Con ella dibujó sobre el polvo del suelo un mapa tosco de la Península y del resto de las costas que bordeaban el gran mar entre las tierras.[4] Después hizo tres cruces a modo de marcas: una situando Emporion, en la costa del levante peninsular; otra en Focea, la ciudad de procedencia de su

pueblo y situada en el extremo opuesto del mar y, por último, la que ubicaba Flaviobriga en la costa del otro lado de las montañas. Finalmente le explicó a Gwendal quiénes eran los íberos y los territorios que ocupaban: toda la costa del levante peninsular, desde las grandes montañas[5] del norte hasta el estrecho del sudoeste.[6]

—¿Nosotros somos íberos? — le preguntó Gwendal a su tío.

—No. Más allá de ellos, en el interior, hay otros muchos pueblos. Entre estos está el de los autrigones, al cual pertenecemos.

Gwendal les miró abriendo mucho los ojos. Yanis comenzó a trazar nuevas cruces y líneas para continuar con su explicación.

—Este territorio de aquí —dijo el comerciante señalando el mapa con la vara— es el que ocupan los íberos. Como puedes ver, Emporion está dentro de él. Al resto de los pueblos, los griegos los llamamos *keltoi*, que en tu lengua puede traducirse como «oculto». Para mi pueblo, todo lo que hay después de los íberos es la *keltia*, la tierra de los ocultos.

—¿Por qué nos llamáis así?

—Porque apenas sabemos nada de vosotros. Salvo yo y unos pocos más, nadie se adentra hacia el interior.

Concluida la improvisada lección de geografía, Quinn le habló del resto de las aldeas autrigonas situadas más al sur, al otro lado de las montañas. También le habló de los clanes vecinos: cántabros por el oeste y caristios por el este. Gwendal, fascinada, quiso saber más acerca de su propio pueblo y su tío le relató algunas experiencias y anécdotas de viajes pasados.

—Quizá vaya a Vindeleia un año de estos con Yanis; él suele visitarles antes de regresar a Emporion —dijo el druida—. Si para

entonces has crecido lo suficiente, es posible que puedas acompañarme. ¿Te gustaría?

—¡Claro que sí! —exclamó Gwendal.

—Lo veremos en su momento. —Quinn sonrió al ver su entusiasmo—. Aún falta mucho tiempo para eso.

Gwendal pensó en cómo sería el viaje, los paisajes que descubriría y las gentes que conocería. En su cabeza comenzó a recrear con libre albedrío multitud de imágenes en las que se entremezclaban los paisajes de Flaviobriga y los relatados por su tío; comenzó a soñar despierta, a volar rumbo al otro lado de las montañas, a visualizar tierras que jamás hubiera pensado que existieran.

Desde muy temprano, los miembros de la tribu volvieron a centrar sus curiosas miradas en la carreta de Yanis. Al igual que en las anteriores ocasiones, el vino, los objetos de cerámica y las herramientas eran el objeto de deseo de la mayoría. Pero aquella apacible y soleada mañana de samos, Eirian deseaba algo distinto; sus ojos iban en busca de una pieza especial que regalar a Alanys.

Durante un buen rato, el joven pastor escudriñó la mercancía sin éxito. El comerciante, que le había estado observando deambular de acá para allá, se acercó a él.

—¿Puedo ayudarte?

—Supongo que sí —contestó Eirian encogiéndose de hombros—. Me preguntaba si habrías traído alguna joya.

—No suelo comerciar con ese tipo de cosas; no es seguro viajar por estas tierras cargado de objetos tan atractivos.

—Entonces creo que no puedes ayudarme. Quizá en otra ocasión. —Dio media vuelta y caminó hacia el poblado.

—Espera un momento. —De pronto, el comerciante cayó en la cuenta—. Es posible que tenga algo para ti.

Yanis subió a lo alto de la carreta y rebuscó entre la cerámica. Metió la mano en un jarrón y extrajo una pequeña caja de madera de su interior. Bajó con ella en la mano y la abrió para mostrársela.

—Es un encargo que ya no tengo a quien entregar.

Eirian, fascinado, contempló el brazalete de plata que había dentro de la caja e inmediatamente supo que era lo que estaba buscando.

—Es perfecto —afirmó—. Pero no sé si hay algo a su altura que yo pueda darte; tan solo tengo pieles de cordero y tallas en madera que hago durante la época de pastoreo en las montañas.

—Me temo que no es suficiente —reconoció el comerciante.

En ese momento, Melvin y Quinn, que habían escuchado la última parte de la conversación, se acercaron a ellos. Gwendal, como siempre, iba de la mano de su tío.

—¿Qué no es suficiente? —preguntó el druida.

Yanis le mostró el brazalete.

—El joven desea adquirirlo, pero creo que está por encima de sus posibilidades.

Melvin se asomó a la caja y vio la joya. Giró la cabeza hacia Eirian y le dio una palmada cómplice en la espalda.

—Parece que Alanys te ha atrapado definitivamente —rio el jefe, muy efusivo—. Yo pagaré el precio. Te daré a cambio una de mis espadas —le dijo a Yanis.

—Es un objeto de mucho valor —recalcó el comerciante—. Si añades una daga a tu oferta, me daré por satisfecho.

—El precio que pides es muy alto, pero estoy seguro de que ella bien lo merece. Voy a mi choza; vuelvo en un momento.

Los tres permanecieron junto a la carreta mientras el gran jefe iba a por su parte del trato. Eirian, que no terminaba de entender la actitud de Melvin, miraba a Quinn con expresión de desconcierto. Entretanto, Gwendal soltó la mano de su tío y se alejó unos pasos en busca de algo con qué entretenerse.

—Te quiere —dijo el druida—. Desea lo mejor para ti. Supongo que en cierto modo se siente responsable de tu cojera.

—Pero eso es absurdo —aseguró Eirian—. Si él no hubiese matado al verraco, quizá yo no estaría aquí.

Sumergidos en la conversación, ninguno se percató de la ausencia de Gwendal. La pequeña, aburrida, jugaba a tirar piedras desde el borde de la dolina este intentando hacer blanco en unos matorrales que crecían en el interior. De fondo podía escucharles entre el rumor de la gente, por lo que se sentía segura y confiada. Lanzó con más tino que desacierto casi todas las que había a su alrededor, y tras errar la última pedrada, se alejó un poco más en busca de un nuevo proyectil. Deambulando de acá para allá, distraída, se percató de que al otro lado de la valla del cercado interior había una silueta que no le resultaba familiar: una mujer de aspecto descuidado, con el pelo enmarañado y la ropa estropeada. Se acercó a ella sin pensar bordeando la dolina.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—Myrna —contestó la extraña en voz baja. Volvió la cabeza para no mirarla—. No debes hablar conmigo.

—¿Por qué?

—Nadie lo hace. Soy una repudiada.

—¿Qué es una repudiada?

Los ojos de Myrna brillaron de emoción ante aquella niña que le hablaba como a una más de la tribu, como si fuera una amano entre los amanos.

—Será mejor que me marche —se despidió y echó a correr.

La extraña desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Gwendal trató de buscarla con la mirada, pero no volvió a verla. Tiró la última piedra al fondo de la dolina y regresó con los demás.

Eirian estaba emocionado con el gesto de Melvin. No albergaba ninguna duda de que su significado iba mucho más allá del alto precio que suponían una espada y una daga; el gran jefe había bendecido su relación de manera solemne. En cuanto tuvo el brazalete en sus manos, regresó a la choza de su familia a toda prisa con él escondido bajo la ropa. Alanys no debía verlo, por lo que tendría que dejarlo a buen recaudo allí, en la aldea, antes de partir hacia las montañas.

Al llegar se lo entregó a su padre sin darle mayores explicaciones, pero Kenneth, intrigado, pasó toda la comida intentando sonsacarle. Finalmente, Eirian accedió a contárselo bajo la promesa de guardar el secreto.

Por la tarde preparó su montura y salió en busca de Kenny para pasar con él lo que restaba de su último día en el poblado. A lomos de sus caballos, los dos abandonaron la aldea por la puerta norte y cabalgaron más allá de los campos de cultivo, hasta la costa. A lo largo de la playa pasearon el uno junto al otro, charlaron y disfrutaron de la suave brisa que les azotaba la cara.

—Mañana partes hacia las montañas. Voy a echarte de menos —dijo Kenny.

—Pronto estaré de vuelta. Si todo sale bien, en Lughnasadh bajaremos para celebrar la unión.

—Casi lo había olvidado —bromeó Kenny—. Siéntete afortunado. Alanys es una gran mujer y estoy seguro de que te dará hijos fuertes y sanos.

—¿Y tú?, ¿no has pensado en formar un hogar?

—¿Yo?

Al ver la expresión de su cara, Eirian se dio cuenta de que Kenny no tenía respuesta para aquella pregunta.

—Sinceramente, ni me lo he planteado. Supongo que eso no va conmigo.

—Tonterías. Tarde o temprano surgirá en tu interior el deseo de ser padre. —Eirian lo miró de soslayo e hizo cambiar de rumbo a su caballo—. Cuando llegue ese momento, asegúrate de que estás junto a la mujer adecuada.

—¿Cómo sabré si lo estoy?

—Créeme, lo sabrás. Tan cierto como que voy a llegar a la torre antes que tú.

Eirian azuzó a su caballo y se alejó al galope. Kenny, que había tardado en reaccionar, espoleó al suyo y fue tras él.

Tres semanas después del funeral de Owen, Sayer y los suyos terminaron los muros del paso del este. Los últimos y apacibles días de samos habían contribuido notablemente al avance de las obras.

Sin embargo, los espíritus de los trabajadores estaban más apagados que de costumbre por esas fechas, sobre todo el de Sayer. La trágica pérdida de su ayudante le había dejado un poso en el alma que lo tenía sumido en el desánimo; una profunda herida que tardaría tiempo en cicatrizar.

Situado entre los muros del paso oriental, el maestro constructor observaba cómo los pocos hombres que todavía no habían regresado a sus quehaceres habituales rellenaban el nuevo canal de la antigua muralla con madera y la cubrían con tablas para protegerla. Melvin asomó la cabeza sobre el parapeto, desde el interior del recinto de ganado, y trepó por una escala para ir a su encuentro en un momento que sabía que era especialmente duro para él.

—Fue un gran chico —comentó el maestro—. Contribuyó como nadie a la remodelación de nuestras fortificaciones. Lamento terriblemente que jamás vaya a verlas terminadas.

—Todos le echaremos de menos —dijo Melvin pasándole el brazo sobre los hombros—. Cuidaremos de su familia en su lugar.

Sayer volvió la mirada hacia el gran jefe.

—Linett y el pequeño Kilian estarán bien, no me cabe duda de ello —dijo asintiendo con la cabeza—. Pero deseo hacer una última cosa por él, si Quinn y tú estáis de acuerdo.

—Por supuesto, ¿de qué se trata?

—Este año me gustaría celebrar el solsticio aquí. El canal fue su última aportación a las obras y quiero que se convierta en el gran fuego de la celebración. El muro arderá en su nombre.

—No se me ocurre forma mejor de honrarle —secundó Melvin—. Vayamos en busca del gran druida, estoy seguro de que pensará lo

mismo que nosotros.

Antes de regresar a la aldea, el maestro dio las últimas instrucciones a sus hombres y caminó afligido junto a Melvin.

Al caer la noche, Kenny regresó a su choza tras el largo día de entrenamientos pensando en las palabras de Eirian. Durante las semanas transcurridas desde su marcha no había dejado de darle vueltas al asunto. Y, probablemente, su amigo tenía razón al decir que algún día el deseo de formar un hogar inundaría su espíritu. Si así fuese, pensó, si llegase el momento, ¿qué papel jugaría Yilda? Se daba cuenta de que la respuesta a esa pregunta era una gran incógnita que tarde o temprano debería despejar.

Se detuvo junto al centro religioso y alzó la cabeza hacia el cielo estrellado. «¿Quién más podría ser?», se preguntó. Hizo un repaso mental a las pocas mujeres de la tribu que aún estaban desparejadas y llegó a la conclusión de que nadie más que ella estaría a la altura del gran guerrero en el que deseaba convertirse.

La idea de un hogar formado por un valeroso guerrero y una sacerdotisa sonaba bien, pero algo no terminaba de encajarle. La mirada indiferente de la druidesa, que incluso resultaba fría en muchas ocasiones, estaba lejos de inspirarle la confianza suficiente. «¿Cambiaría si nos enlazásemos formalmente?», se preguntó retomando el camino de regreso. «¿O quizá lleva tanto tiempo esperando el momento, que su espíritu ha terminado amargado como la hiel de cordero?», reflexionó en busca de una explicación.

Justo cuando estaba frente a su corral, escuchó que alguien siseaba su nombre a su espalda. Con un movimiento rápido, se dio

la vuelta y buscó con la mirada; al otro lado del centro religioso, la puerta de la choza de Yilda estaba entreabierta. Caminó hacia allí y entró.

—¿Cómo está mi pequeño guerrero? —dijo la druidesa.

Yilda salió de la oscuridad, lo abrazó por la cintura y le cubrió sus partes con las dos manos. La reacción que el gesto produjo en Kenny hizo que el pantalón se le quedara pequeño.

—Acabas de despertarlo. Ahora está tenso.

—Puedo relajarlo, si me dejas jugar con él.

La druidesa lo apretó firmemente y lo sintió palpitar. Sin soltarlo, condujo a Kenny hasta la cama.

Allí, en secreto, a oscuras, desnudos, sudorosos y deseosos, tuvieron un nuevo encuentro íntimo tras el que, una vez más, Yilda se retiró a tiempo para evitar que las semillas de la fertilidad se derramasen en su interior.

Exhaustos, permanecieron unos instantes mirando al techo hasta que él rompió el silencio:

—¿Alguna vez has pensado en ir un poco más allá del mero placer sexual?

—¿Qué quieres decir?… —Yilda lo miró más fría de lo habitual.

—Me refiero a formar un hogar.

—Ya tengo uno. Los dioses y el sacerdocio son mi familia.

—Eso significa que…

—Significa que tan solo deseo que tus fluidos se derramen sobre mi manta, nada más.

Yilda agarró un pedazo de tela y limpió las consecuencias del orgasmo.

—Las cosas están bien así, y no pretendo que cambien —le dijo con indiferencia—. Puedes lavarte en el caldero de agua que hay junto a la puerta.

Kenny se sintió extraño ante la respuesta, no tanto por lo inesperada como por el trasfondo de la misma. «¿Quién tiene a los dioses por familia?», se preguntó. Sacudió la cabeza, bajó de la cama y recogió su ropa.



Los progresos de Gwendal asombraban al druida. Quinn se sentía fascinado por la rapidez con la que su sobrina asimilaba el arte del druidismo y, a menudo, las intensas mañanas se les quedaban cortas. Le pequeña absorbía, memorizaba y comprendía cuanto el druida le exponía, y las preguntas que formulaba tras cada lección eran cada vez más complejas.

Aquel día, la pequeña se atrevió por fin a preguntarle acerca de la muerte de su madre. Hasta ese momento, Quinn había ignorado que Morgana hubiese tratado el tema con ella, y al enterarse por boca de Gwendal, no tuvo más remedio que responder.

Inevitablemente, los dioses también salieron a relucir, pero Quinn evadió hablarle de ellos; argumentó de nuevo que aún no estaba preparada para comprender ciertos aspectos místicos de la vida. Ante la rotunda negativa, la niña no quiso insistir. Sin embargo, el gran druida sí que accedió a dar un paso más que pensó podría prepararla para cuando llegase el momento de abrirle los ojos a su verdadero padre. Se levantó, caminó hacia las estanterías y abrió

uno de sus apreciados tarros griegos. De su interior extrajo el saquito de piel de cordero que tan celosamente guardaba.

—Abre las manos —le dijo en voz baja.

Gwendal las colocó con las palmas hacia arriba. Quinn se lo entregó con delicadeza, como si de un codiciado tesoro se tratase.

—¿Qué es?

—Observa el contenido.

Gwendal desató el nudo del cordón que lo mantenía cerrado y echó un vistazo.

—Solo son cenizas —dijo decepcionada.

—Te equivocas —la corrigió el druida—. Es mucho más que eso.

—Si no son cenizas, ¿qué son? —preguntó mirándole con curiosidad.

—Empezaré desde el principio…

Quinn le explicó la existencia de unos árboles muy especiales para los sacerdotes, los robles. Se trataba de seres sagrados que en contadas ocasiones acogían en su seno a los espíritus de quienes albergaban una fuerte conexión con los dioses. Del mismo modo, sus dríadas, las pequeñas hadas mágicas que habitaban en ellos, abrían su mundo al elegido y le brindaban sus favores, una protección muy valiosa, pues las dríadas mantenían una estrecha relación con la Madre Tierra. Siguiendo con la explicación, le contó que la tarde anterior a su nacimiento Lugh le había hablado de un roble en concreto. Uno situado en el valle, junto a la orilla del arroyo. El dios le reveló también que este sería quien habría de acogerla, y le ordenó cortar una rama que debía quemar en el fuego de su hogar. Con sus cenizas, el sumo sacerdote habría de bendecir la llegada de Gwendal al mundo.

—Este saquito contiene aquella rama consumida por las llamas —susurró el druida cerrándole el puño alrededor de él.

—¿Quieres decir que tengo una conexión especial con la Madre Tierra?

—Así es, mi niña. La tienes.

—¿Y qué debo hacer con las cenizas?

Quinn se levantó y la guio hasta la estantería. Cogió de nuevo el tarro y lo puso a su altura.

—Lo ignoro, pero estoy seguro de que algún día lo averiguarás tú misma. Estas cenizas te pertenecen y forman parte de quien eres —explicó—. De momento, las guardaremos aquí.

Gwendal las introdujo en el tarro y Quinn volvió a colocarlo en su lugar.

En ese momento, alguien abrió la puerta. Los dos se giraron y vieron a Brian luciendo una espléndida sonrisa de oreja a oreja.

—¿Ocurre algo? —preguntó el druida.

—Todos están preparando el banquete para la fiesta del solsticio de esta noche —dijo ilusionado—. Mi padre me ha dicho que podemos subir con ellos y ver los nuevos muros del paso del este.

Gwendal miró a su tío con cara de emoción, pidiendo permiso.

—Anda, ve con él. —Quinn accedió condescendiente—. Pero no te separes del grupo. Después de comer bajaremos al valle y continuaremos la conversación; hay algo más que quiero enseñarte.

Gwendal cruzó el centro de la aldea riendo con el resto de los niños. Brian, Enya y ella jugaban a perseguirse en la cola de la comitiva.

Por delante de ellos, Linett caminaba con el pequeño Kilian en brazos volviéndose de cuando en cuando para echarles un vistazo.

En el recinto de ganado, algo llamó poderosamente la atención de Gwendal. Alguien les observaba a escondidas desde la parte trasera del cobertizo. Se quedó rezagada unos pasos por detrás del grupo y se desvió para curiosear.

Al doblar la esquina del cobertizo pudo verla. La mujer con la que había conversado hacía unas semanas echaba a correr tras haberse percatado de su presencia.

—¡Myrna! —gritó.

La repudiada detuvo el paso y se giró hacia ella.

—Aún recuerdas mi nombre… —dijo mirando al suelo.

—¿Por qué huyes?

—Ya te dije que no debes hablar conmigo, nadie lo hace.

—Hablo con quien yo quiero —afirmó Gwendal.

Los ojos de Myrna volvieron a brillar de emoción al escucharla, esta vez por la osadía de una niña que desafiaba las rígidas normas de la tribu.

—Podrías meterte en problemas.

—¿Por hablar contigo? No lo creo. —Gwendal se acercó a ella y agarró su mano—. ¿Quieres acompañarnos al paso del este? Están preparando el banquete del solsticio allí arriba.

—Lo siento, no puedo. —Myrna alzó la cabeza y le habló mirándola a la cara—: Todos me ignoran, para ellos no existo.

—¿Por qué?

—Es algo que no puedo ni debo explicarte. Márchate antes de que te echen en falta.

De pronto, una gran sombra las cubrió por completo. Gwendal se dio la vuelta y las dos contemplaron al enorme y robusto Kenny acercándose con cara de pocos amigos.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —Kenny apartó a la pequeña hacia un lado y la separó de Myrna—. Regresa con los demás, rápido —le dijo.

El guerrero estaba furioso y a Gwendal no le quedó más remedio que obedecerle. Echó a correr y no miró atrás.

—Sabes que no puedes dirigirte a nadie, y mucho menos a los niños —dijo Kenny.

La indefensa Myrna encorvó la espalda y se cubrió la cabeza con las manos, aterrada. Su pequeño y menudo cuerpo tembló de pies a cabeza.

—No me pegues —sollozó—. Fue ella quien se acercó a mí. No volverá a suceder.

Kenny bajó la guardia y retrocedió borrando el gesto serio de su cara.

—Tranquila. Jamás haría eso. ¿Qué te hace pensar tal cosa? Ningún hombre que se tenga a sí mismo como tal pegaría a una mujer. Además, sabes que está prohibido.

—Yo…

—Por favor, vete antes de que alguien nos vea. No quiero tener que dar unas explicaciones que no te traerían nada bueno.

Myrna, envuelta en lágrimas, se atrevió a mirarle a los ojos agradecida. Dio media vuelta y desapareció.

Por primera vez en varios años se habían dirigido la palabra y, en realidad, nada había cambiado demasiado; ella seguía siendo la misma niña con la que Kenny había jugado y reído en la infancia.

«No es justo que una mujer joven y bella se encuentre en una situación así, pero las normas son las que son», se dijo. Agachó los hombros y continuó su camino.

Cuando Gwendal regresó a su hogar acompañada de Enya, Quinn la esperaba sentado a la mesa con Sayer y Eileen. Ese día el druida había aceptado la invitación a comer.

Las dos niñas les describieron fascinadas las vistas que habían contemplado desde lo alto de los muros recién construidos: a un lado se veía la costa y al otro el valle del sur. También relataron cómo Melvin les había dejado regresar a la aldea montadas a lomos de un buey. De quien Gwendal no habló fue de Myrna; vista la actitud de Kenny, si su tío llegara a enterarse, a buen seguro le echaría una reprimenda.

Finalizada la comida, Quinn tomó su vara, agarró una cesta de mimbre con una daga en su interior y salió de la choza de la mano de su sobrina. Bajo el sol de la calurosa tarde del solsticio de samos, abandonaron el poblado por el acceso sur, atravesaron los portillos y caminaron sendero abajo en dirección al valle.

Durante un buen rato remontaron el arroyo. En un claro junto a la orilla se toparon con un imponente roble de más de treinta pies de altura. Su tronco era tan grueso que harían falta al menos tres hombres para abarcarlo. Gwendal caminó hacia él, se detuvo bajo su sombra y observó a un par de ardillas que correteaban por las ramas excitadas por su presencia.

—Él es quien te acoge —dijo Quinn.

Gwendal acarició el tronco con la yema de los dedos y miró a su tío.

—¿Y dónde están las dríadas? —preguntó.

—No podemos verlas. Pero están ahí, junto a su espíritu.

La pequeña echó un vistazo a su alrededor y volvió a mirar al druida.

—¿Y de qué forma me acoge?

Quinn sonrió al escucharla. Al fin y al cabo, solo era una niña que no terminaba de comprender el mundo que trataba de mostrarle.

—No lo notas, pero lo hace. Algún día podrás sentirlo —le dijo. Después señaló una de las ramas más robustas—. ¿Ves el muérdago que crece sobre esa rama? Los sacerdotes lo recogemos en los solsticios, como hoy. Es importante hacerlo con sumo cuidado para no lastimar la planta. Observa.

El druida se puso de puntillas y comenzó a recolectar aquí y allá. Pedía permiso para cada corte y lo depositaba después en la cesta. A medida que lo hacía, le explicaba a Gwendal la importancia del ritual.

—Con esto es suficiente —dijo al finalizar la recogida. Guardó la daga en el interior de la túnica y volvió junto a su sobrina—. Regresemos a la aldea, la celebración del solsticio nos espera.

En lugar de descender por la vera del arroyo, Quinn decidió atravesar el bosque en línea recta y aprovechar así el agradable paseo para continuar con sus enseñanzas. Una a una, mostró a Gwendal dónde podía encontrar las hierbas medicinales que utilizaba habitualmente e insistió en que se agachase para observarlas de cerca, tocarlas y olerlas.

—¿Ellas también tienen espíritu? —preguntó de cuclillas, situada en medio de una espesa mancha de romeros.

—Las plantas, los animales, las rocas, las nubes…, todos los seres lo tienen; incluso el agua que fluye por el arroyo posee espíritu —aseguró Quinn—. Y todos ellos viven en armonía unos con otros, por esa razón debemos ser respetuosos con la Madre Tierra y tomar solo aquello que necesitamos. Si abusamos de su generosidad, romperemos la armonía —terminó de explicarle—. Será mejor que no nos detengamos más tiempo, pronto anochecerá.

Gwendal salió de entre los arbustos atenta para no pisar ninguno, tomó la mano de su tío y continuaron el camino ladera abajo.

Cuando estaban a punto de abandonar el bosque, el destino quiso que volvieran a cruzarse con el oso del mechón rubio. El animal se les quedó mirando de pie y comenzó a gruñir. Quinn, asustado, dejó caer la cesta al suelo. En ese momento recordó las palabras de Melvin.

—Mantengamos la calma y se marchará. Si echamos a correr, le pondremos nervioso.

Instintivamente, Gwendal soltó la mano de su tío y se acercó a él. El oso escondió los dientes y bajó las patas al suelo, tranquilo.

—No quiere hacernos daño. Me dice que se alegra de verme.

Con toda la confianza y la inocencia que una niña puede albergar en su corazón, Gwendal se abrazó a su cuello y sintió un afecto que le resultó familiar. Quinn, inmóvil, contempló cómo la fiera se tumbaba en el suelo para disfrutar de las caricias.

—Sé que te caigo bien, puedo notarlo —dijo Gwendal estrujándole el cuello que apenas podía abarcar. El animal soltó un leve gruñido y

ella le besó en el hocico antes de regresar junto a su tío—. Ya podemos irnos.

Los temores del gran druida se desvanecieron. Aún confundido por la escena, y con las piernas temblándole, se dejó guiar por ella, que tiraba de él rumbo al poblado como si nada hubiese ocurrido.

Esa noche, Sayer llegó el último al banquete del solsticio. Los miembros de la tribu ya estaban sentados en sus respectivos lugares cuando apareció con la antorcha que acababa de prender en el hogar del centro religioso.

La mesa había sido dispuesta en forma semicircular, abierta hacia el antiguo muro del paso del este para que todos pudiesen contemplar el que iba a ser su centro de atención durante la velada. El maestro constructor caminó hasta ella, se detuvo en el centro y levantó el brazo con el que sujetaba la antorcha. Quinn, sentado en la parte central de la mesa, se levantó para decir unas palabras:

—Esta noche no arden las hogueras en lo alto de nuestras colinas. Esta noche no nos reunimos en el centro de la aldea. —Hizo una pausa y continuó mirándoles uno por uno—. Esta noche, tan distinta y extraña, mostramos nuestro más sentido respeto hacia quien murió trabajando por la seguridad y el bienestar de su tribu. Esta noche, el fuego arderá sobre el canal que un día Owen imaginó y jamás llegó a construir. Las llamas de ese fuego nos acompañarán en su honor.

El gran druida tomó asiento.

Linett, que portaba a Kilian en brazos, se puso en pie y caminó hacia el muro acompañada de Sayer. Bajo la noche estrellada, el

maestro constructor le ofreció la antorcha al pequeño.

—Cógela —le dijo su madre entre lágrimas—. Cógela y prende con ella las llamas del espíritu de tu padre.

Kilian rodeó el mango de madera con sus dos manitas. Linett le aupó para que pudiese arrojarla en el interior del canal y rompió a llorar. Las llamas comenzaron a extenderse e iluminaron las caras de todos los presentes.



Cerca de Lughnasadh los campos amarilleaban y los primeros frutos de la tierra comenzaban a madurar; el inicio de las labores de cosecha y recolección estaba próximo y ambas prometían ser especialmente abundantes. Y al igual que los campos, Gwendal estaba lista, se acercaba el momento de mudarse a vivir a la choza del sumo sacerdote; en las últimas semanas había terminado de destetarse por completo y Quinn consideraba que lo más apropiado sería hacerlo en el día de su cuarto cumpleaños. Ese hito marcaría un antes y un después en la vida de su sobrina, por lo que había preparado un regalo muy especial para ella que haría oficial su iniciación en el druidismo.

Aquel mediodía, como de costumbre, tío y sobrina salieron de la mano camino del que aún era hogar de Gwendal. Sin embargo, hicieron una parada intermedia para visitar a Morgana.

—¿Entrarás conmigo? —preguntó la pequeña.

—Esta vez sí —contestó Quinn abriendo la puerta.

Morgana se encontraba bajo una ventana abierta de par en par. Estaba sentada frente a un telar trabajando en una pieza de lino.

Cuando les oyó llegar, abandonó su tarea y se levantó para recibirles escondiendo un pequeño paquete a la espalda.

—¡Ya estáis aquí! —exclamó contenta de ver a Gwendal.

—Mi tío dice que tienes un regalo para mí.

—Así es. Aquí lo tienes. —Descubrió la mano que llevaba oculta y se lo ofreció.

—¿Qué es?

—Ábrelo —dijo Quinn.

Gwendal retiró la tela que lo envolvía y observó la túnica amarilla que apareció ante sus ojos.

—¡Es preciosa!

—Te la pondrás en Lughnasadh —dijo el druida—. Ese día se formalizará tu iniciación y lo celebraremos como merece.

—Vas a emprender un camino muy duro, mi niña. —Morgana la besó en la frente—. Guárdala a buen recaudo hasta que llegue el momento.

Gwendal salió emocionada de la choza con la túnica bajo el brazo. Aquella prenda tenía un gran valor, puesto que formalizaba su condición de druidesa aunque fuera en el escalón más bajo y sin más atribuciones que las de aprender. Alborozada y a saltitos, caminó de la mano de su tío hasta el hogar de Sayer y Eileen.

Tras una intensa mañana plagada de emociones, se sentía agotada. Después de comer, saciada, se tendió sobre la cama e intentó conciliar el sueño, pero su joven cabeza no paraba de dar vueltas a lo mucho que estaba cambiando su vida. ¿Qué significaba exactamente ser druidesa? Siempre que había puesto el tema sobre la mesa, Quinn lo había reducido a un sencillo concepto: tomar las

decisiones adecuadas en beneficio de la tribu. Pero ¿cómo se hacía eso?

El sentimiento de responsabilidad y el miedo a equivocarse solían sobrevolar su joven mente. Quinn, conocedor de las inquietudes de su sobrina, siempre trataba de conseguir que se relajase quitándole importancia. «Tranquila. Tu mente no ha hecho más que comenzar su andadura y aún adolece de falta de criterio», solía decirle. «La instrucción y tus propias vivencias te enseñarán cuanto necesitas saber. Has de confiar en ti misma y aprender de tus equivocaciones; con el tiempo lograrás distinguir la senda correcta de la errónea».

Incómoda sobre el lecho de paja, Gwendal se revolvió y observó el fuego del hogar, que amenazaba con consumirse. «¿Seré capaz de hacerlo?», se preguntó en medio del mar de dudas en que navegaba desorientada. En ese momento, Enya se plantó justo delante de ella.

—Brian y Kilian están en el centro de la aldea con escudos y palos. Papá dice que podemos ir a jugar con ellos.

Gwendal volvió en sí y valoró la oferta. Las palabras de su hermana habían conseguido hacer desaparecer los quebraderos de cabeza y una enorme sonrisa inundó su cara.

—Vayamos. —Bajó al suelo—. Esta vez le daré una buena paliza.

Cuando llegaron, los chicos ya habían comenzado el primer combate. Brian, más fuerte y hábil que su pequeño contrincante, luchaba con movimientos lentos para que Kilian no se frustrara, aunque siempre terminaba haciéndole morder el polvo. Una y otra vez, el hijo del gran jefe le daba la mano para ayudarle a levantarse y le invitaba a continuar. Mientras tanto, las dos niñas esperaban su turno animándolos desde la distancia.

De pronto, Gwendal notó una presencia conocida a su espalda, como si alguien familiar la estuviese observando. Giró la cabeza y vio al halcón posado sobre la piedra de sacrificios. Se sintió atraída por él. Caminó hacia allí lentamente para no espantarlo y se sentó muy cerca.

—Mi tío dice que cuidas de mí —dijo en voz baja.

El halcón emitió un gañido.

—¿Tienes nombre?

El ave volvió a gañir, en esta ocasión con más fuerza.

—Guick. ¿Ese es tu nombre?

—Guick —repitió él.

El halcón batió las alas y se elevó sobre ella haciendo pequeños círculos. «Guick, guick», gañía una y otra vez. Gwendal se puso en pie sin perderle de vista y observó su aleteo hasta que cambió el rumbo de su vuelo hacia el recinto interior de las reses. La pequeña echó a correr tras él, pero al toparse con la puerta del cercado se dio cuenta de que alcanzarlo era misión imposible.

Decepcionada, bajó la vista al suelo. Luego miró hacia el cobertizo y vio a Myrna, que rebañaba las sobras de los comederos. Dio media vuelta y corrió hacia su choza.

«Nadie debería comer entre los animales», se decía Gwendal mientras regresaba al recinto interior de ganado. Llevaba su túnica amarilla hecha un ovillo bajo el brazo.

Desde el otro lado de la valla pudo comprobar que Myrna ya no estaba. La traspasó y fue hasta el comedero de los cerdos; no quedaba nada. Recorrió el perímetro del cobertizo en su busca, pero

tampoco halló rastro de ella. «Quizá esté dentro», se dijo. Empujó la puerta y entró en el cobertizo.

Myrna estaba sentada en el suelo con un viejo cuenco de madera en la mano. Cogía pedazos de comida y se los llevaba a la boca con los dedos.

—¿Otra vez tú?

—Te he visto recoger las sobras. He traído esto para ti.

Gwendal desenrolló la túnica y le ofreció el pan y el queso que llevaba escondido. Myrna dudó un instante, pero finalmente aceptó.

—Mi nombre es Gwendal —se presentó.

Myrna la miró con los ojos muy abiertos.

—¡Eres la sobrina de Quinn! ¿Por qué te preocupas de mí?

—Los amanos cuidamos de los nuestros; él es quien me lo ha enseñado.

—Yo ya no lo soy. Solo me permiten estar aquí por compasión.

—Podría hablar con mi tío, él es el sumo sacerdote. Estoy segura de que…

—No quiero que lo hagas —la interrumpió Myrna—. Agradezco tu interés, pero prefiero que mantengas en secreto tu visita. Podrían expulsarme fuera de las murallas.

—Nunca he tenido un secreto.

—Pues este será el primero; todo el mundo los tiene —aseguró Myrna.

Después de varios años sin probarlo, un bocado de pan recién horneado fue una auténtica explosión de sensaciones en la boca de la repudiada. Gwendal se sentó a su lado y observó el ansia con que masticaba.

—Te traeré un poco todos los días —le dijo.

Myrna detuvo el movimiento de su mandíbula y la miró agradecida. Sus mejillas enrojecieron de emoción.

—De acuerdo, pero recuerda que es nuestro secreto.

—Está bien —aceptó Gwendal—. Nadie más lo sabrá si me cuentas por qué te repudiaron.

Myrna dejó el pan a un lado y respiró profundamente. La pequeña le infundía la confianza suficiente como para hablarle de ello, aunque al hacerlo violaría una norma más. Aun así, decidió arriesgarse, quizá empujada por la inocencia y la valentía de la niña.

—¿Conoces a Mael?

—Sí. Es uno de los guerreros de Melvin.

—Bien. Hace años, él y yo decidimos formar un hogar —comenzó a explicarle. Guardó silencio un instante para buscar las palabras adecuadas y continuó—: Pero, pasado un tiempo, me arrepentí de mi decisión, rompí mi palabra sin dar explicaciones a nadie y regresé al hogar de Erwin, mi padre.

—¿Y no sabías que te condenarían por ello?

—Claro que sí.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Myrna enmudeció ante aquella pregunta. La miró fijamente y algo en los ojos de Gwendal le hizo saber que podía sincerarse completamente con ella.

—Verás… —La garganta se le convirtió en un gran nudo, tragó saliva para deshacerlo—. A veces, el vino y la cerveza corrompen el espíritu de los hombres. Mael acostumbraba a beber en exceso y… —sus ojos se llenaron de lágrimas al recordar— me pegaba.

—Entonces debería ser él el repudiado, no tú. Cuéntaselo a todos y volverán a aceptarte.

—No quiero hacerlo.

—¿Por qué?

—Amenazó con matarme si alguien llegaba a enterarse. Prefiero vivir en el cobertizo antes que sufrir sus palizas —dijo entre suspiros —. Ahora que te lo he contado, prométeme que también guardarás el secreto.

—Lo prometo.

En ese momento, la oscuridad invadió el interior del cobertizo. Las dos alzaron la vista hacia la puerta y vieron a Kenny con un saco en la mano que se disponía a llenar de grano.

—¡Qué demonios…! —espetó el guerrero al verlas—. Creí que había quedado claro. Márchate de aquí —le dijo a Gwendal.

Cuando la niña salió por la puerta, Kenny la cerró con un golpe y caminó hacia Myrna.

—Lo siento —balbució esta agachando la cabeza—. Ha venido a traerme comida y yo…

Myrna rompió a llorar. Estaba más avergonzada aún que la vez anterior, y más asustada. Kenny respiró profundamente y se agachó a su lado para consolarla.

—Comprendo que tu situación es muy difícil. —Le apartó las manos de la cara con delicadeza y acarició sus mejillas.

—Mucho más de lo que crees —sollozó la repudiada. El contacto de las manos del guerrero le hizo estremecer—. Sentir el desprecio de los tuyos te devora el espíritu poco a poco, lo carcome. Incluso Brent me humilla, mete sus sucias manos bajo mi falda al menor descuido.

—Yo no te desprecio. Yo… —Kenny apretó los puños conteniendo una furia repentina—. Si Brent vuelve a tocarte, dímelo y le daré su

merecido.

—Lo sé. Sé que tú no me desprecias. Ahora puedo verlo en tus ojos. Pero nada es capaz de sustituir la calidez de un hogar.

Al escuchar esas palabras, una amarga sensación se apoderó de Kenny y fue incapaz de reprimir el sentimiento que acababa de despertarse en su interior. Se acercó y la besó en los labios. Myrna no supo cómo reaccionar.

—Perdóname —dijo el guerrero—. No he debido hacerlo.

—No te disculpes. —Las lágrimas le brotaron de nuevo—. Es lo más maravilloso que he sentido nunca.

Myrna se echó en sus brazos. Y aun siendo consciente de que solo se trataba de un espejismo, se permitió disfrutar por un momento del calor de un hombre del que sabía que jamás le haría daño.

Gwendal detuvo su carrera en la puerta del cercado. Apoyada en las tablas, tomó aire e intentó sacudirse de encima el susto por la irrupción de Kenny en el cobertizo. Al principio, temió por sí misma sopesando la posibilidad de que el guerrero hiciera saber a su tío los encuentros que había mantenido con la repudiada. Pero, una vez recobrado el aliento, se dio cuenta de que el mayor de sus problemas sería una reprimenda. Quien realmente debía tener miedo era la pobre Myrna, encerrada a solas con él.

En lo más profundo de su corazón, Gwendal se sentía en la obligación de ayudarla. «¿No se supone que en la tribu cuidamos unos de otros?», se preguntó mientras caminaba hacia el centro de la aldea. Sin embargo, había prometido guardar silencio. Por primera

vez en su vida la contradicción se había instalado en su conciencia y no sabía qué hacer.

En el centro religioso ya no quedaba nadie. La noche comenzaba a caer sobre el poblado y todos los niños habían regresado a sus hogares. Echó un vistazo a su alrededor en busca de una respuesta, pero no halló ninguna. Entonces pensó en Morgana. «Puedo confiar en ella», se dijo.

La partera se encontraba en el corral de su choza recogiendo en un cesto los pedazos de carne que había secado al sol durante las últimas jornadas. Gwendal se acercó a ella dubitativa y esta la miró contrariada.

—Algo te preocupa.

—Estoy hecha un lío.

Entraron juntas en la choza. Morgana la invitó a sentarse frente al fuego y sirvió unos cuencos con caldo de cerdo. Gwendal le relató los últimos acontecimientos y cuál era la raíz de su quebranto.

—Una promesa se hace para cumplirla; al menos eso es lo que la otra persona espera —dijo la partera con tono instructor—. Romperla es algo muy serio.

—Pero ella no debería estar en esa situación —protestó Gwendal.

—Las normas no son siempre justas, mi niña. Pero hacen posible la convivencia en el seno de la comunidad. Deben ser respetadas.

—¿Quieres decir que el repudio de Myrna beneficia a todos?

—No. Ella fue juzgada y sentenciada tras unos hechos expuestos con claridad y que no dejaban lugar a dudas. Si omitió parte de la información, debe ser consecuente con lo que hizo.

—Pero me lo ha contado a mí…

—Myrna se ha sincerado contigo, solo contigo —recalcó Morgana —. Lo único que puedo decirte es que la decisión de romper tu promesa o no hacerlo es tuya. Nadie más que tú puede decidirlo.

Morgana se levantó y acompañó a Gwendal hasta la puerta. Antes de despedirla, se arrodilló delante de ella para hablarle a su misma altura:

—Puede parecer que no te he dado ninguna respuesta. Créeme, te he dicho cuanto necesitas saber.



En la víspera de Lughnasadh, Quinn amaneció arrodillado junto al fuego del hogar en el centro religioso. Allí había pasado meditando las últimas horas de la madrugada. Tomó el cuenco que contenía el brebaje de setas y se dirigió hacia la cueva, donde pasaría el resto de la jornada intentando conectar con los dioses.

En el interior hacía frío. Quinn se estremeció y caminó hasta el fondo acomodando la vista a la oscuridad. Se sentó sobre la tierra y bebió el contenido del cuenco de un trago. Cerró los ojos. Instantes después, su corazón se aceleró y la oscuridad de sus pensamientos se iluminó.

—Mañana es el gran día —dijo con la cabeza levantada hacia el techo—. Gwendal está preparada.

El druida permaneció a la espera; si Lugh deseaba algún ritual de celebración para el cumpleaños, se lo haría saber.

El punto brillante no tardó en hablarle.

—*La sangre del espíritu impuro ha de regar la piedra*.

Quinn apretó las manos sobre sus rodillas.

—Un sacrificio humano… —susurró con los ojos aún cerrados—. ¿Quién es el espíritu impuro?

—*Ella te guiará* —aseguró la voz.

El punto desapareció y le devolvió a la oscuridad.

Durante largo rato se preguntó quién sería el sujeto que debía ser sacrificado. En cuanto a la identidad de «ella», albergaba pocas dudas; si alguien conocía bien a los espíritus de la tribu, era Morgana.

El sol se acercaba al ocaso cuando el gran druida abandonó la cueva. La luna llena, teñida por desacostumbrados tonos anaranjados, asomaba entre las montañas del este. Con paso rápido caminó en busca de la partera. Se detuvo delante de su puerta, llamó con dos toques de vara y entró sin esperar respuesta. Ella estaba preparándose para el banquete de esa noche. Lo miró extrañada y fue a su encuentro enfundándose una camisa larga.

—Pareces perturbado.

—Hay un tema urgente que tratar.

—De acuerdo. Sentémonos.

El relato que expuso Quinn hizo recordar a Morgana la última conversación que había mantenido con Gwendal. Arrugó el gesto y miró a los ojos del druida.

—La repudiada —afirmó.

—¿Myrna? —preguntó Quinn, sorprendido—. ¿Qué ha hecho esa pobre desgraciada? Hace años que no tiene contacto con nadie.

—Se ha acercado a tu sobrina. Ella misma me ha contado que le lleva comida a escondidas.

—No puede ser… —Quinn apretó su vara enfurecido.

—No le digas nada a Gwendal. Cuando Myrna haya sido sacrificada, yo mantendré una conversación con ella.

—Está bien. Hablaré con Melvin para que mañana organice a sus hombres.

—Asegúrate de que el guerrero más joven y el más veterano sean los captores; savia nueva y savia vieja engrandecerán el ritual.

—Así se hará.

Quinn, que había resuelto sus dudas, fue en busca de Melvin seguro de lo que debía hacer. En las palabras del dios no cabía mejor interpretación que las conclusiones de Morgana.

Cerca del mediodía, la mesa preparada en torno a la piedra de sacrificios estaba servida, las copas y calaveras rebosaban cerveza y vino, y todos charlaban esperando el momento de empezar a comer.

Quinn, sentado en el centro, estaba flanqueado por Yilda a su derecha y Gwendal a su izquierda, vestida con su nueva túnica amarilla de iniciada. La pequeña, risueña, era el centro de atención ya que por primera vez en la historia de la tribu, o al menos en la que conocían, una niña tan joven iba a ser nombrada miembro del Consejo Druida.

A lo largo del día se habían ido uniendo a los amanos numerosos familiares pertenecientes a tribus hermanas del sur, llegados principalmente desde Uxama Barca y Vindeleia. Eirian y Alanys habían regresado de las montañas para formalizar su unión y estaban sentados con sus respectivas familias, la de él en el lado de los guerreros y la de ella en el de los aldeanos.

En medio del alboroto, el sumo sacerdote se levantó y alzó su cuenco de vino para cumplir con el ritual. Todos guardaron silencio.

—Los frutos de la tierra han madurado. Y, al igual que ellos, Gwendal está lista. A partir de hoy formará parte del Consejo Druida y se trasladará a mi choza. Si alguien tiene algo que decir, este es el momento.

Nadie dijo nada. Quinn les recorrió con la mirada y continuó:

—Antes de comenzar con el banquete, celebraremos las uniones. Si alguna mujer desea emparejarse, ha llegado su turno.

Alanys se puso en pie, bordeó la mesa y caminó ilusionada hacia Eirian.

—Te elijo a ti, Eirian de los amanos —le dijo. Dio media vuelta y se detuvo junto a la piedra de sacrificios a la vista de todos.

El joven se levantó nervioso y fue a su encuentro con la cajita de madera en la mano. Cuando estuvo a su lado, le colocó en el brazo el reluciente brazalete de plata bajo la admiración que provocaba la joya en todos.

—Acepto formar un hogar contigo, Alanys de los amanos —dijo Eirian.

Consumada la unión, estalló el griterío. El druida esperó un momento y pidió silencio.

—Sentaos juntos —indicó a los recién unidos—. Si no hay ninguna pareja más, daremos comienzo al banquete.

La normalidad reinaba en la celebración hasta que Quinn se levantó. Hizo un gesto a Melvin y este desapareció escoltado por Mael y Kenny. El gran druida apuró su cuenco de vino y se dirigió a la tribu caminando hacia la piedra de sacrificios. En la mano llevaba el cuchillo que había utilizado para cortar la carne durante la cena.

—Hoy es una fecha señalada en la vida de Gwendal. Si cabe, tanto o más que el día de su nacimiento. —Barrió a todos con la mirada—. Los dioses desean que lo celebremos brindándoles un sacrificio.

Se giró hacia Mael y Kenny, que aguardaban ya en la esquina del centro religioso, y les hizo un gesto con la cabeza.

—Traedla.

Los guerreros aparecieron sujetando a Myrna, que chillaba y se revolvía intentando zafarse de sus captores. La situaron sobre la piedra de sacrificios y la desnudaron.

Kenny la miró con los ojos llenos de lágrimas; sentía rabia, tristeza y lástima al mismo tiempo. Mael, sin embargo, echó la vista al frente y esbozó una media sonrisa que escondía satisfacción.

Quinn empuñó el cuchillo con ambas manos y se acercó lentamente a la repudiada. Colocó la punta entre sus pechos y preparó el golpe mortal mirando hacia la estela del centro religioso.

—He aquí el espíritu impuro que te brindamos los amanos. —Cerró los ojos y apretó los dedos alrededor de la empuñadura.

—¡Detente!

El grito en la distancia rompió la concentración del druida y todos se giraron hacia quien había osado interrumpirle: Gwendal.

—Este sacrificio es por ti —le dijo Quinn a su sobrina, tenso por el momento clave en el que se encontraba—. Los dioses así lo desean.

—¡Pues yo no quiero que lo hagas! —gritó de nuevo—. Ella es inocente. Abandonó a Mael porque siempre que bebía vino la pegaba.

—Sé que ha estado hablando contigo, y eso es algo prohibido —dijo el druida—. Créeme, te ha embaucado.

Gwendal se levantó y desafió a su tío lloriqueando:

—Digo la verdad, Mael la pegaba. ¡Pregúntale a ella!

Quinn relajó la tensión de su cuerpo. Miró a la partera preguntándose qué ocurría y vio que esta asentía sutilmente. Se volvió hacia Myrna y bajó el cuchillo.

—Está bien, puedes hablar.

—«Si callas, podrás vivir en el cobertizo. Si hablas, te mataré con mis propias manos». Esas fueron sus palabras la noche que hui —dijo Myrna.

Melvin dio un paso al frente y se plantó delante de Mael.

—¿Es eso cierto? —le preguntó.

—¡Miente! —exclamó el guerrero—. Jamás le puse la mano encima.

—¡Me tapabas la boca con un trozo de tela para que nadie pudiese oírme! —gritó Myrna, para luego escupir en la cara a su antiguo esposo.

—¡Mírame a los ojos y vuelve a decirme que ella miente! —le espetó el gran jefe a Mael al ver la reacción de Myrna.

Mael no pudo ocultarlo, el temor a ser descubierto se reflejaba en su rostro. Esquivó la mirada de Melvin y agachó la cabeza. En ese momento, Quinn comprendió que Lugh se refería a Gwendal al decir: «Ella te guiará».

—¡Apresadle! —exclamó el druida—. Ya que fue él quien infringió las leyes en primer lugar, será el sacrificado. Myrna, puedes regresar con tu pueblo, fuiste condenada injustamente.

Varios hombres lo sujetaron agarrándole por brazos y cuello. Quinn le cortó la camisa, tanteó las costillas con los dedos, hundió el cuchillo en su pecho y lo extrajo con rapidez; la túnica se le llenó de salpicaduras de sangre. Tras el pinchazo, Mael quedó suspenso con

los ojos muy abiertos y la mirada perdida, y cuando lo soltaron cayó de rodillas antes de desplomarse hacia delante.

Morgana miró a Gwendal y se sintió orgullosa; la había puesto a prueba y la muchacha había reaccionado con valentía. Supo sin lugar a dudas que la pequeña jamás olvidaría que la justicia es un valor que ha de prevalecer por encima de todas las normas.

6

Samos, 243 a. C.

El día que Mael fue sacrificado, Yilda pudo constatar la peligrosa influencia que Gwendal ejercía sobre su tío. Aquella tarde, la pequeña había conseguido un hecho insólito: cambiar el sentido de una ofrenda a los dioses y que un repudiado regresase junto a su pueblo. A partir de entonces, Gwendal comenzó a asistir a las reuniones del Consejo Druida como miembro legítimo, y Yilda tuvo que presenciar día a día, y con no poco temor, cómo Quinn escuchaba atentamente sus razonamientos, tenía en cuenta sus opiniones y se esmeraba en instruirla; Consejo tras Consejo, la frustración y el odio se fueron incrementando en la druidesa hasta el punto de llegar a plantearse de nuevo la posibilidad de hacerla desaparecer.

El primer amanecer del nuevo samos, finalizada la reunión del Consejo en el templo sagrado del bosque, Quinn mostró a Gwendal la posición del sol a través del dolmen del este y le explicó la forma en que los amanos contaban el paso del tiempo. Mientras tanto, Yilda se mantuvo junto a ellos con la mirada perdida en el horizonte; esa mañana, la nueva estación se abría paso bajo sus oscuros pensamientos, ocupados ya en encontrar el momento adecuado.



Amanecer junto a una mujer desnuda y hermosa era la imagen más maravillosa del mundo. Al menos eso era lo que Kenny sentía desde hacía tiempo.

Intentó evitar hacer ruido para no despertarla; bajó de la cama y se puso la ropa con esmero junto a las llamas, ya tenues, del hogar. Se sentó en el suelo para calzarse las botas y reflexionó acerca de si estaba haciendo lo correcto, si ella sería realmente la mujer adecuada para alguien como él.

Desde el día de Lughnasadh en que Mael fue sacrificado, la frecuencia de sus encuentros había ido en aumento, y dormir juntos empezaba a convertirse en costumbre. Pero de momento mantenían su relación en secreto, razón por la cual Kenny se marchaba con las primeras luces del alba y regresaba a su choza a hurtadillas.

Se puso en pie, caminó hacia la salida y se limpió el sudor de la celebración del día anterior en el caldero de agua limpia que ella solía dejarle preparado. Luego, detenido junto a la puerta, dio media vuelta y recordó las palabras de Eirian. «Es la mujer adecuada», se dijo. Contempló su cuerpo tendido sobre la cama por última vez y salió de la choza. «Definitivamente, me hace feliz».

El frescor del nuevo día había dejado la hierba cubierta de rocío. La aldea estaba en profunda quietud y sosiego, y no se veía a nadie por las inmediaciones salvo a Erwin, que preparaba el fuego de su fragua. Kenny cruzó el corral y se despidió de él con un gesto adusto.

—¿Ha despertado ya Myrna? —preguntó el herrero frunciendo el ceño.

—No, aún duerme.

Un silencio incómodo pululó entre ambos.

—Espero que pronto dejes de marcharte a escondidas de mi choza —refunfuñó el herrero empujando un montón de leña dentro de la fragua.

—A mí tampoco me entusiasma encontrarme contigo cada mañana, la verdad.

—¡Pues buscaos una…! —Erwin se volvió hacia él e hizo un aspaviento con las manos—. Me gustaría recuperar la tranquilidad de mi hogar.

—Lo he estado pensando —reconoció Kenny—. Quizá se acerque el momento de dar el paso. —Se cruzó de brazos y continuó caminando—. Saldré a dar un paseo a caballo, eso suele aclararme las ideas.

—¿Un paseo a caballo? —refunfuñó de nuevo el herrero—. Hablaré con mi hija, ella te las aclarará de una maldita vez.

En el recinto de los caballos, Kenny amarró a Bric, su semental pardo. Le colocó la montura que había recogido de camino y sujetó su espada en uno de los costados: siempre la llevaba cuando salía solo. Al subir en él sintió cómo la musculatura del animal se estremecía para sacudirse el entumecimiento de la noche; le dio un par de palmadas en el cuello y le azuzó con los talones.

La vista era magnífica en el descenso por el sendero; el día, claro y despejado, invitaba a cabalgar y le animaba el espíritu. Desmontó junto al portillo bajo, lo abrió para hacerse paso, y al alzar la mirada de nuevo hacia el valle se encontró con la comitiva druida que regresaba del bosque.

—Los sacerdotes dormís poco —les dijo agachándose para saludar a Gwendal—. La aldea aún no ha despertado.

—Por desgracia, el sol tiene la costumbre de salir temprano —replicó Quinn con un punto de sarcasmo—. Hoy hemos aprendido a reconocer el inicio de samos. ¿Bajas a cazar?

—Solo voy a dar un paseo. —Montó sobre Bric y guiñó un ojo a Gwendal—. ¿Te gustaría venir conmigo?

El rostro de la pequeña se iluminó de inmediato. Cabalgar junto a Kenny se presentaba como una aventura mucho más emocionante que las lecciones diarias. Miró a su tío y preguntó con ojillos suplicantes:

—¿Puedo?

Quinn miró a uno y a otro. Resopló. Reflexionó un instante y finalmente accedió a regañadientes.

—Está bien, ve con él. Supongo que no puede pasarte nada en compañía de un guerrero.

—Puedes estar tranquilo —aseguró Kenny—. No nos alejaremos demasiado.

El druida la ayudó a subir al caballo y retomó el camino en compañía de Yilda. La druidesa, que no había abierto la boca, continuó la ascensión intentando disimular cierto nerviosismo.

Montada delante de él, agarrada a las crines, Gwendal disfrutaba del camino con un cosquilleo en el estómago, mezcla de expectación y entusiasmo. No eran, sin embargo, las vistas que la pequeña contemplaba a lomos de Bric el motivo de su exaltación, sino el sentirse rodeada por los poderosos brazos de un hombre que

cuidaría de ella ocurriese lo que ocurriese; el verdadero motivo de su exultante ánimo era el sentimiento de protección y cariño incondicional que Kenny rezumaba por todos los poros de su piel y que, de algún modo, le hacían sentirse poderosa también a ella; desde que Gwendal salvara a Myrna de aquella injusta muerte, la relación que ambos mantenían iba más allá de la habitual fraternidad entre miembros de una misma tribu.

El agradable paseo ladera abajo por el sendero sur se vio de pronto interrumpido por algo que llamó la atención de los dos: una bandada de palomas volaba a ras del suelo con movimientos rápidos y zigzagueantes.

—Mi tío dice que es un mal augurio —dijo Gwendal.

Kenny alzó la vista y divisó un ave rapaz volando sobre sus cabezas en círculos y a gran altura.

—Pues yo creo que se protegen de él —replicó señalándolo—. Vuelan bajo para evitar ser atacadas.

—¡Pero si solo es Guick! —exclamó Gwendal—. No está cazando, me sigue a mí.

—¿Es amigo tuyo? —preguntó Kenny, sarcástico.

—Claro. Él cuida de mí.

Kenny soltó una carcajada de incredulidad. ¿Cómo un halcón podía ser amigo de una niña?

—Si es así, quizá puedas pedirle que nos traiga un par de conejos para la comida —rio de nuevo.

—No seas tonto. Es un pájaro, no me entiende.

—En ese caso, seguiré pensando que va tras las palomas.

Cogieron el curso del arroyo y lo remontaron un trecho disfrutando de la mañana y de la conversación. Después, acalorados,

emprendieron el camino de regreso a la aldea: los últimos coletazos de la mañana les azotaban ya en la cara en forma de brisa y el sol se acercaba a su punto más alto en el cielo, caía impasible sobre ellos y les hacía sudar. Kenny, sediento, echó mano de su odre, pero estaba ya vacío.

—Nos detendremos un momento —dijo echándose a un lado del camino—. Bric necesita un descanso y nosotros reponer agua.

Gwendal caminó hasta la orilla y se agachó para dar un sorbo. El agua gélida, procedente aún del deshielo, la estremeció. Kenny se quitó la ropa y se zambulló en una poza sin pensarlo.

—Date un baño conmigo —dijo salpicándola con la mano—. Te aliviará el calor.

—Está demasiado fría —protestó ella echando un paso atrás—. Prefiero curiosear por aquí, quizá encuentre alguna hierba interesante.

—Está bien, pero no te alejes. Nos iremos enseguida.

Yilda se separó de Quinn junto al centro religioso, y cuando le perdió de vista desvió su camino y se dirigió a toda prisa al recinto interior de ganado. Allí esperaba encontrar a Brent.

Brent era un chico sin demasiado discernimiento y de mano larga con las mujeres; acostumbraba a restregarse contra los cuerpos femeninos a la menor oportunidad o a levantar faldas y profanar camisas en cualquier descuido. En la tribu, por lo general, solía ser despreciado por sus modales desagradables y a menudo era objeto de burlas o reprimendas.

Yilda le localizó en la puerta del cobertizo mientras el muchacho echaba comida a los cerdos. La druidesa abrió la valla del cercado y caminó a su encuentro abriéndose la túnica para dejar entrever sus pechos.

—¿La echas de menos? —le preguntó con una sonrisa embaucadora.

Brent se giró hacia ella y le clavó la mirada una cuarta por debajo de la barbilla.

—¿A quién? —respondió relamiéndose la saliva blanquecina que le rezumaba por las comisuras de los labios.

—A Myrna —dijo Yilda en voz baja—. No es necesario que finjas, gracias a Gwendal toda la tribu sabe que la manoseabas.

—Esa maldita niña…

—Algún día Kenny te hará morder el polvo. Si estuviese en tu lugar, iría con cuidado.

—¡Maldita niña…! —repitió gruñendo—. Ese pequeño demonio debería tener su merecido.

Yilda se acercó un poco más a él. Haciendo uso de su capacidad de seducción y pocos escrúpulos, le pasó la mano por la mejilla y después la arrastró hasta su entrepierna.

—Yo puedo darte lo que ella te ha arrebatado —le susurró al oído —, pero antes tú debes hacer algo por mí. Acompáñame, hablaremos dentro con más intimidad.

Entraron en el cobertizo. Brent estaba tan fuera de sí que babeaba abundantemente. Yilda atrancó la puerta con un tablón, dejó caer la túnica al suelo y se acercó. El muchacho intentó acariciarle los pechos, pero fue repelido de un manotazo.

—No te atrevas a tocarme sin permiso —le reprendió en voz baja.

—Perdona. Has dicho que…

—He dicho que necesito que hagas algo por mí —continuó Yilda—. Luego te daré lo que deseas.

—¿De qué se trata?

—Quiero que te encargues de Gwendal hoy mismo —jadeó la druidesa en su oído—. Deseo que golpees su cabecita rubia con una piedra hasta acabar con ella.

Brent tardó unos segundos en procesar aquellas palabras.

—No puedo negar que me gustaría, pe… pero es peligroso —tartamudeó. Estaba tan excitado que hablaba con dificultad.

Yilda agarró la mano del muchacho, la deslizó por su pubis desnudo hasta colocarla sobre su sexo y separó ligeramente las piernas.

—Entra en mí —le susurró.

Brent introdujo uno de sus dedos hasta el fondo. La druidesa se tapó la boca contra el pecho sudoroso del chico y apretó los muslos conteniendo un gemido; alzó la cabeza y le dedicó una mirada lasciva. Brent creyó enloquecer.

—¿Notas mi humedad, mi deseo?

—Sí —balbució el muchacho.

—Me excita pensar en su muerte. Otórgame ese placer y mi cuerpo te dará placer a ti.

Yilda se apartó, dio un paso atrás y recogió la túnica. Él se relamió el dedo.

—¿Qué quieres que haga exactamente?

Embaucarle había sido una tarea fácil. Brent comía de su mano y solo necesitaba aprovechar la oportunidad que Kenny le había

regalado ese mismo día al llevarse a Gwendal fuera de las murallas de la aldea.

A media mañana, Yilda y Brent bajaron por el sendero sur separados para no levantar suspicacias. En el bosque se reunieron de nuevo y la druidesa se aseguró de que este había comprendido las sencillas instrucciones en caso de tener que ejecutarlas. Después permanecieron escondidos en la espesura con las expectativas puestas en que pasaran por allí al regresar.

El tiempo transcurría despacio y las tripas de Brent rugían cada vez con más fuerza. Sacó un pedazo de tocino del pantalón y se lo comió a grandes bocados.

—¿Te apetece un poco? —le dijo a la druidesa masticando con la boca abierta.

Yilda le observó con asco. Negó con la cabeza, volvió la mirada hacia el valle e intentó apartar de su mente la desagradable imagen que acababa de presenciar.

—Agradezco tu oferta, pero la emoción me quita el hambre.

En ese momento, Bric apareció entre unos matorrales con sus dos jinetes a lomos.

—Ahí están —señaló Yilda—. Quizá tengamos suerte.

Les persiguieron en la distancia, sin hacer ruido y teniéndoles siempre al alcance de la vista. Pero en las inmediaciones del poblado Yilda perdió toda esperanza. Frustrada, bajó los brazos y dio por finalizada la emboscada.

—Será mejor que regresemos —murmuró.

De pronto, para su sorpresa, vio cómo desmontaban en un recodo del arroyo y a Kenny zambulléndose en el agua. La druidesa agarró

a Brent por el brazo, tiró de él y ambos se agazaparon para observarles de cerca; Gwendal se había internado en el bosque.

—Ve tras ella —dijo Yilda en voz baja.

Brent la miró con el gesto torcido, estaba asustado e indeciso. Las manos le temblaban por la presencia tan cercana del guerrero.

—Kenny me da miedo —masculló.

Yilda tuvo la tentación de darle una bofetada para que reaccionase, pero prefirió utilizar una técnica más sutil. Deslizó la mano por su entrepierna y lo animó rodeando su miembro con los dedos.

—Tranquilo, yo me ocuparé de él.

—Está bien —resopló Brent fuera de sí. Se arrastró por el suelo para ocultarse y desapareció.

«Ahora o nunca», se dijo Yilda. Aguardó un instante antes de delatar su posición y se dirigió con tranquilidad hacia el arroyo.

—No esperaba encontrarte por aquí —dijo fingiendo sorpresa.

Kenny, absorto en el baño, se giró hacia la voz que le hablaba a su espalda. Tras un momento de desconcierto, salió del agua y caminó hacia ella poniéndose la camisa.

—Podría decirte lo mismo —replicó extrañado.

—Los anhelos de meditación son imprevisibles, me dirijo al templo del bosque.

La druidesa bajó la mirada y observó la flacidez que el frío había causado en la entrepierna del guerrero.

—Hace tiempo que no me visitas. —Se pegó a él y llevó la mano a sus partes—. Parece que Myrna alivia tus necesidades mejor que yo.

Kenny la apartó.

—¿Cómo sabes eso?

—Conocer cosas que los demás ignoran es cualidad de los druidas, no lo olvides.

—Ella despierta en mí el deseo de formar un hogar. Tú solo quieres satisfacción personal.

—Y sigo queriéndola. Cuando te canses de esa flaca, ven a mi choza, mi sexo te echa de menos. —Yilda tomó su mano y se la llevó entre los muslos—. ¿Puedes notarlo?, siempre se humedece cuando estás cerca.

Un grito estridente a lo lejos dio por terminada la conversación:

—¡Mátalo!

Kenny agarró su espada y echó a correr.

El bosque estaba en silencio. Lo único que podía escuchar Brent era el siseo del viento sobre las hojas de los árboles y el gañido de un halcón que sobrevolaba en busca de alguna presa. Delante de él, Gwendal se agachaba aquí y allá tocando y oliendo todo tipo de plantas. «Maldita seas», se dijo para insuflarse valor. Apretó los dientes, agarró una piedra y se dirigió hacia ella con paso acelerado e intentando no hacer ruido. Antes de que la pequeña pudiese darse cuenta, la tenía inmovilizada en el suelo y con la boca tapada. Se sentó sobre ella a horcajadas, le sujetó los brazos con las rodillas y levantó la piedra todo lo que pudo para aumentar la fuerza del impacto.

Tras la confusión inicial, Gwendal comenzó a retorcerse para librarse de su captor. Le dolían las muñecas y la vista se le nublaba como consecuencia del golpe contra el suelo. A duras penas consiguió reconocerlo. «¿Por qué me haces esto?», intentó gritar.

Pero la palma de la mano de Brent impidió que las palabras saliesen de su boca. «Voy a morir», pensó cerrando los ojos. Entonces, la ira sustituyó al pánico, una ira como jamás había sentido y que ardía en su interior. De fondo podía escuchar los gañidos de Guick, que chillaba incesantemente, animándola. Gwendal apretó los puños y concentró toda su energía en quitárselo de encima, pero antes de intentarlo, la presión desapareció de sus muñecas.

Abrió los ojos y se incorporó. Al aclarar la vista, se percató de que el oso del mechón rubio estaba justo delante; había embestido a Brent y lo había lanzado a una decena de pies de distancia. Gwendal no pensó en nada. Se levantó y corrió para abrazar al animal. Luego volvió la vista hacia Brent, que se retorcía de dolor en el suelo, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Mátalo!

El oso gruñó y se abalanzó sobre él. Lo destripó con las zarpas y le desfiguró la cara a mordiscos. Instantes después, el chico dejó de moverse.

Kenny apareció entre los árboles blandiendo su espada. Al ver al oso, se detuvo delante de él dispuesto a atravesarle con ella. El animal se alzó de manos y gruñó de nuevo con fuerza.

—¡Deteneos! —gritó Gwendal. Corrió y se interpuso entre ellos—. No pretende hacerme daño, solo cuida de mí —le dijo a Kenny.

El guerrero dio un par de pasos atrás, bajó la espada y observó perplejo cómo la joven druidesa acariciaba el hocico del oso sin temor.

—Me gusta oírte gruñir, siempre lo haces cuando nos encontramos —dijo Gwendal con dulzura—. Grun, ese será tu nombre. Te estoy agradecida, Grun.

El animal le lamió la cara y desapareció.

—¿Qué demonios ha ocurrido aquí? —preguntó Kenny.

Gwendal echó a correr y se abrazó a su cintura. Disipada toda su ira, volvía a sentirse asustada e indefensa. Alzó la mirada y le contó lo sucedido.

Yilda, impasible, se agachó a su lado para consolarla.

Sayer había calculado que tardarían dos giamos en levantar el gran muro del sudeste, pero había errado en sus estimaciones acerca del tiempo que les costaría acarrear la cantidad de piedras necesarias para ello. Para los bueyes fue imposible transitar por las escabrosas laderas que lo rodeaban; por tanto, durante las dos estaciones oscuras que deberían haber durado las obras tuvieron que dedicarse en exclusiva a bajar material a mano desde lo alto de la colina.

Alan y Kevin se habían convertido en la mano derecha del maestro constructor. No tenían la misma capacidad que el difunto Owen, y Sayer solía pensar que entre ambos no sumarían ni siquiera la mitad de su inteligencia. Sin embargo, los dos veteranos guerreros habían adquirido cierto grado de familiaridad con los trabajos y eran capaces de entender correctamente las indicaciones e interpretar sus dibujos. Melvin estuvo de acuerdo con su incorporación definitiva, por lo que sin mayores complicaciones ellos fueron los encargados de organizar las labores de acopio mientras Sayer preparaba dos poleas más y gran cantidad de andamiajes. En el inicio del nuevo samos, su objetivo ya estaba puesto en arrancar las obras cuando finalizase la cosecha.

Esa tarde, Sayer observaba el trazado de la muralla sentado en lo alto de la colina principal del poblado. A vista de pájaro, planificaba la ubicación de las poleas, que instalaría repartidas a lo largo de las obras, y la colocación de los andamios. Sin embargo, algo más le preocupaba. A pesar de la apacible climatología, el intenso viento del valle se colaba a placer entre los dos macizos que flanqueaban el muro; un inconveniente que con seguridad les ocasionaría problemas a medida que se aproximasen a la altura definitiva.

El maestro constructor imaginó la fuerza del aire en los oscuros días de giamos. Pensó en sus hombres trabajando allí arriba, expuestos a la intemperie, y se estremeció. «Tengo que protegerles de alguna manera», se dijo. Descendió con cuidado la escabrosa ladera y emprendió el camino de regreso a la aldea.

En un principio se le ocurrió instalar un parapeto móvil de madera a lo largo del frente de trabajo para protegerles de posibles caídas, pero las arduas tareas de montaje y desmontaje del artefacto retrasarían aún más la colocación de las piedras. «Tiene que haber alguna forma más sencilla», pensó mientras abría el cercado.

Dándole vueltas al asunto, Morgana y su experiencia en el arte de tejer aparecieron como una solución factible. Echó el cierre del cercado y se dirigió hacia su choza.

Encontró a la partera en el corral. Caminó hacia ella y se detuvo a su altura.

—Necesito contar con tus habilidades para la construcción del gran muro —dijo sin rodeos.

Morgana se dio la vuelta y lo miró desconcertada.

—Normalmente suelo intuir lo que van a pedirme quienes acuden a mí en busca de ayuda. En esta ocasión, he de reconocer que no

tengo ni la menor idea.

La partera se puso en pie y le invitó a entrar en la choza con un gesto amable.

—¿De qué se trata?

—Mis hombres podrían despeñarse muro abajo por culpa de las fuertes rachas de viento que suelen azotar desde el valle. He pensado anclarles al muro. Para ello necesito cinturones de cuero gruesos y resistentes y cuerdas de quince pies de longitud con las que puedan moverse con cierta libertad.

—No es un trabajo fácil lo que me pides —reflexionó Morgana—. Podría hacerlo, aunque me llevará bastante tiempo.

—El tiempo no es un problema, no comenzaremos hasta pasado Samhain. De todos modos, solo necesitaremos el material en la última fase, cuando vayamos a sobrepasar los veinte pies de altura.

—De acuerdo —asintió la partera—. Lo tendrás para cuando llegue el momento. Pero a cambio voy a pedirte que hagas algo por mí.

—Soy todo oídos. Ahora soy yo el sorprendido.

—Quiero que me fabriques un arco. Tiene que ser delgado, ligero y resistente, y no muy grande.

—No me digas que has decidido empezar a cazar —dijo el maestro con sorna.

—Nada de eso, es un regalo para alguien muy especial. También quiero un carcaj con nuestra estela grabada en el centro.

—Es un encargo sencillo. —Sayer se atusó la barba dándole vueltas al asunto—. Buscaré una buena rama de tejo. Creo que podría tenerlo listo para después del próximo solsticio.

Melvin irrumpió en la choza en ese momento.

—Acompañadme. Quinn nos convoca de inmediato —dijo el gran jefe.

El sol se ponía tras las montañas cuando los dos jefes y la partera llegaron al centro religioso. Allí esperaban sentados alrededor del fuego Yilda, Kenny y Quinn. El sumo sacerdote tomó la palabra:

—Os he hecho venir porque esta mañana Brent ha intentado acabar con la vida de Gwendal. —Les miró uno a uno—. Kenny y Yilda os lo explicarán.

El joven guerrero habló en primer lugar. Contó el paseo a caballo y las circunstancias en las que él y la pequeña se habían separado. Después, avergonzado por su comportamiento negligente, agachó la cabeza y guardó silencio. La druidesa tomó la palabra a continuación. Fría como el hielo, justificó su presencia en el bosque repitiendo la misma versión: se había encontrado con ellos accidentalmente cuando se dirigía al templo sagrado para meditar. Sin embargo, su cara cambió cuando comenzó a relatar la segunda parte. Con gesto lánguido les describió el terrible ensañamiento del oso con Brent, su rostro desfigurado y la extraña conexión que Gwendal y el animal parecían tener.

—Este hecho constata que no debemos fiarnos de nadie —sentenció el gran druida.

Todos asintieron.

—Sois los miembros más destacados de la tribu —prosiguió Quinn —. De ahora en adelante, en mi ausencia, quiero que mi sobrina siempre esté bajo la supervisión de alguno de vosotros. En cuanto a

ti —le dijo a Kenny—, enmendarás tu error. Te harás responsable de su seguridad siempre que tenga que traspasar las murallas.

El guerrero no dijo nada. Se limitó a asentir y agachó de nuevo la cabeza.

—Levanta la vista y mírame —le ordenó Melvin. Kenny obedeció—. Deja de castigarte y aprende de tus equivocaciones, eso hará más fuerte tu espíritu.

—Melvin tiene razón —aseguró Sayer—. Volver a tenerte fuera de combate no nos ayudará en nada.

Afligido, Kenny se puso en pie, agarró la empuñadura de su espada con ambas manos y la apoyó en el suelo. Les miró con gesto serio y apretó los puños.

—Hace tiempo que mi espada debería haber cortado la cabeza de Brent. La próxima vez no fallaré. Seguiré mi instinto y protegeré a Gwendal con mi vida si es necesario.

La reunión se prolongó hasta bien entrada la madrugada. Recluidos en el centro religioso, analizaron durante horas la situación y compartieron impresiones. De ninguna manera podía volver a repetirse un episodio que pusiera en riesgo la vida de Gwendal.

Yilda volvió a casa frustrada por haber fallado en una segunda ocasión. La muerte de Brent entraba en sus planes, desde luego que sí, pero no de ese modo. Debería haber muerto a manos de Kenny una vez terminado el trabajo, si esa maldita niña que se empeñaba en sobrevivir no hubiese gozado de los favores del destino.

¿Qué clase de conexión tenía Gwendal con los animales?, ¿hasta dónde llegaba la influencia que ejercía sobre ellos? Yilda no tenía la

menor idea, pero esa mañana había quedado patente que la protegían por algún motivo.

Entró en su choza. Caminó en círculos pensativa y se sentó junto al fuego. Allí, a solas, tomó el brebaje de setas dispuesta a conectar con los dioses en busca de una alternativa; acabar con Gwendal comenzaba a ser tan complicado como peligroso y de ningún modo iba a permitirle llegar a la cumbre del sacerdocio por delante de ella misma.

Poco a poco, el brebaje le hizo efecto. Se vio rodeada de todo un mundo de sensaciones positivas y la claridad de pensamiento abrazó su mente. Pero los dioses callaron de nuevo. Se negaban a brindarle la comunicación que tan frecuentemente mantenían con Quinn.

—Quinn… —murmuró en la penumbra—. Quinn es la clave.

En su cabeza se gestó una idea envuelta en el convencimiento de que tarde o temprano llegaría su turno, y estaba dispuesta a esperar el tiempo que fuese necesario.

Yanis acababa de vivir la visita más turbulenta de todas las que había realizado por las lejanas tierras de los amanos. El hecho de que nuevamente un miembro de la tribu hubiese intentado lastimar a Gwendal le resultaba incomprensible. ¿Por qué se empeñaban en hacerle daño? Al fin y al cabo, solo se trataba de una niña y le costaba creer que pudiesen tener algo contra ella.

Poco después de Beltane, recogió sus pertenencias y preparó la carreta dispuesto a continuar un año más con su ruta comercial hacia el sur. Recorrería valles empinados y cruzaría montañas para

adentrarse en las llanuras en un viaje que duraría más de una semana.

Sus bueyes se encontraban frescos y enérgicos gracias a los días apacibles de descanso que habían disfrutado en el recinto del ganado. Enganchados a la yunta, junto a la torre norte, estaban ya listos para un nuevo esfuerzo. El comerciante agarró las cuerdas con las que tiraba de ellos y echó la vista atrás para despedirse de Quinn.

—¿Cuándo regresarás? —preguntó el druida.

—Lo ignoro. Dependerá de cómo estén las cosas en Emporion. Cada año me cuesta más conseguir mercancía que valga la pena por culpa de la guerra en Sikelia.

—Sea cuando sea, me encantará volver a verte, viejo amigo.

—Cuida de Gwendal. La próxima vez que os visite espero no encontrarme con ningún otro susto.

Yanis levantó la vista hacia lo alto del muro oeste del corredor y le hizo una señal a Kenny. El guerrero abrió con esfuerzo las puertas y le dio paso al exterior.

El descenso por el abrupto sendero siempre le resultaba complicado. Con destreza, condujo a los bueyes cuesta abajo a paso lento tirando de ellos constantemente hacia atrás para que el carro no rebotase en exceso contra el suelo y estropease la mercancía. Al llegar abajo, giró a la izquierda para bordear la peña en dirección al paso de las montañas y azuzó a los animales.

Ese año estaba siendo especialmente lluvioso, por lo que el caudal del arroyo se veía notablemente aumentado. Subió al carro y arreó a los bueyes desde el asiento de madera para que superasen el miedo a la corriente. A duras penas consiguió cruzarlo sin dañar la carga.

Ya en el otro lado se encontró con Yilda. Parecía estar recogiendo semillas de estramonio en la orilla.

—¿Preparas brebajes con esa planta? —preguntó extrañado.

Yilda se dio la vuelta y lo miró con desprecio.

—Los asuntos de una druidesa no son de tu incumbencia.

Yanis se sintió violentado por la respuesta, pidió disculpas y continuó su camino.



En torno a los seis años de edad, los niños de la tribu comenzaban la instrucción que durante el final de su niñez les impartiría Allen. El bardo les enseñaba algunas nociones elementales de matemáticas, sumas y restas básicas, lo poco que sabía de astronomía, y música; cantaba también con ellos los poemas que narraban las viejas historias de los héroes del clan. Todo ello lo hacía con la intención de despertarles un poco la mente, aunque en la mayoría de los casos no obtenía demasiados resultados; a menudo, los padres solían pensar que sus hijos no necesitaban más conocimientos que los del trabajo, y no tardando mucho les iniciaban en las labores del campo o en sus oficios.

Pasado el solsticio de samos llegó el momento para Brian, Kilian y Enya, los tres más jóvenes del poblado. El primero pronto se adentraría en el arte de la lucha de la mano de Melvin, y el segundo, huérfano de padre, no tardaría en abandonar para ayudar a su madre en las labores diarias. Por tanto, las esperanzas de Allen estaban puestas en Enya, quien seguramente no mostraría

demasiado interés por la carpintería o la construcción. Gwendal, por su parte, continuaría el camino en solitario de la mano de su tío.

La capacidad para representar el lenguaje hablado mediante símbolos era considerado por los sacerdotes como un arte secreto, y durante generaciones les había sido reservado en exclusiva. La razón para mantenerlo oculto no era otra que la de preservar los conocimientos druidas de quienes pudieran utilizarlos en contra de la comunidad. Su legado debía ser transmitido vía oral de sacerdotes a aspirantes y solo en ocasiones excepcionales debía ser escrito: la mejor protección ante una divulgación malintencionada era la ignorancia.

Esa mañana, al comenzar la lección diaria, Quinn consideró que había llegado el momento de enseñarle a Gwendal el arte de la escritura; sin duda, su sobrina estaba preparada. Cogió una tablilla de madera que escondía bajo la cama y sopló el polvo acumulado en la superficie. Con ella en la mano, tomó asiento junto a su sobrina y se la mostró a la luz de las llamas.

Durante horas le explicó el significado de cada runa grabada en aquella vieja tablilla y cómo estas representaban los sonidos utilizados en el lenguaje hablado. En un principio, Gwendal se sintió desorientada, pero a medida que avanzaban fue comprendiendo y asimilando aquella extraña y novedosa forma de comunicación; parecía despertarle un gran interés. Al final de la mañana, intrigada, Gwendal se quitó el torques y examinó las runas grabadas en su cara interior.

—Una vez me dijiste que aquí pone mi nombre —dijo acariciando los relieves con el dedo.

—Así es —asintió Quinn.

—Pero «Gwendal» es una sola palabra, y tú escribiste cuatro.

Quinn cogió de nuevo la tablilla y la colocó justo delante de ella.

—Leer tu propio nombre será el primer ejercicio —le dijo—. Adelante, inténtalo.

Entusiasmada, y no sin torpeza, comenzó a descifrarlo mirando alternativamente el torques y la tablilla. Comparó los símbolos de uno y otro lado e intentó darles sentido hasta que finalmente consiguió leerlo.

—¡Gwendal hija de Lugh! —exclamó en voz baja. Observó a su tío desconcertada—. Yo creía que era hija de Neil y Evelyn.

—Y así es. Ellos son tus padres.

—Entonces, ¿quién es Lugh?

Quinn apartó la tablilla a un lado. Había llegado el momento de explicarle la verdadera naturaleza de su espíritu.

—Lugh es el Gran Dios —dijo sin rodeos. Reflexionó un instante y continuó—: Verás. Al igual que Melvin, Sayer y yo gobernamos la tribu, los dioses gobiernan cuanto nos rodea. Unos hacen que salgan el sol y la luna y otros que crezcan los pastos y que la tierra dé frutos.

—¿Son espíritus?

—Algo así. No podemos verlos, pero sí sentirlos. Están ahí y cada uno tiene su función.

—¿Y cuál es la de Lugh?

—Él no la tiene, al menos no una en concreto. Lugh está por encima de todos ellos y de alguna manera posee todas las funciones.

Gwendal no sabía muy bien qué pensar. ¿Cómo podía ser un espíritu su padre? Por más vueltas que le daba, no conseguía

entenderlo. Entonces, algo conectó dentro de su cabeza. Comprendió la razón por la que el gran roble la acogía y tuvo la sensación de que ese hecho tenía mucho que ver en su relación con los animales. De repente, todo empezaba a cobrar sentido.

—¿Por qué Lugh es mi padre y no el de otra persona? —preguntó.

—Lo ignoro —admitió Quinn—. Lo único que sé es que él te eligió a ti.

Gwendal acarició de nuevo las runas del torques y lo cerró alrededor de su cuello.

En ese momento llamaron a la puerta. Entraron Morgana y Sayer; el maestro llevaba un saco en la mano.

—Traemos un regalo para Gwendal —dijo la partera.

—¿Qué es? —preguntó la pequeña con ansia repentina.

—Un arco. —Sayer lo descubrió y se lo ofreció.

Gwendal lo tomó en sus manos; era de color pardo rojizo, suave y muy ligero. Tensó la cuerda con los dedos entusiasmada y comprobó la flexión de la madera.

—¿A qué se debe esto? —preguntó el druida frunciendo el ceño—. No creo que sea lo más apropiado para una niña de su edad.

—Desde hace tiempo pienso que su mejor protección es ella misma —respondió Morgana—. No está de más que tenga uno.

—También te he hecho un carcaj y unas cuantas flechas —dijo Sayer cogiéndola de la mano—. Vayamos afuera a probarlo.

Los hombres de Melvin llevaban entrenando en el centro de la aldea desde primera hora de la mañana. No muy lejos de allí, recién llegados de su primer día con Allen, Brian, Enya y Kilian permanecían atentos con la esperanza de que les dejaran jugar un rato a ser guerreros antes del mediodía. Gwendal se acercó a ellos con su arco

nuevo en la mano y el carcaj repleto de flechas atado a la cintura. Los tres la miraron asombrados y ella les mostró con emoción su nueva arma. Mientras tanto, Sayer fue a hablar con Melvin.

—Le he regalado un arco a Gwendal y me gustaría que lo probara.

El gran jefe se giró hacia él.

—¿Un arco?… Claro, por qué no. —Levantó el brazo y se dirigió a sus hombres—. ¡Muchachos! —gritó—, es suficiente por hoy. Dejemos que los niños se diviertan un poco.

Los guerreros comenzaron a recoger. Sayer regresó con los chicos y les dio permiso para probar el arco.

La primera en intentarlo fue Gwendal. Nerviosa, se detuvo detrás de la marca situada a treinta pies de distancia de la piedra de sacrificios, agarró una flecha y levantó el arco con la mirada puesta en el saco que había sobre ella. A su alrededor todos permanecían callados. Tensó la cuerda y disparó. La flecha salió despedida hacia el cielo con un vuelo irregular y cayó sobre el techo de la choza de Quinn. Brian rio a carcajadas mofándose de ella sin ningún disimulo.

—¿Crees que tú conseguirías acertarle al saco? —preguntó Gwendal, molesta por su actitud.

—No lo sé —dijo Brian—. Pero estoy seguro de que al menos andaría más cerca.

—Bien. Comprobémoslo. —Gwendal le ofreció el arco.

Brian se colocó sobre la marca y apuntó al saco cerrando un ojo. Disparó, y la flecha surcó el aire en línea recta hasta clavarse en el poste de madera que lo sujetaba, un palmo por encima del saco. Vítores generalizados alabaron su destreza. Melvin observó orgulloso la proeza de su hijo desde la puerta del centro religioso.

Gwendal agarró el arco con frustración y volvió a probar, pero su flecha se perdió de nuevo en el cielo para caer, esta vez, en la dolina situada a la espalda de la choza de su tío. Las risas de los espectadores inundaron el ambiente; de nuevo, Brian ganaba la partida a Gwendal. Melvin alzó la voz con autoridad y les hizo callar:

—¿Cuántos de vosotros sabíais utilizar un arco a su edad?

Nadie contestó. El jefe guerrero caminó hacia ella y se agachó a su lado.

—Un arma no es un simple utensilio —le dijo—. Piensa en el arco como en una extensión de tu cuerpo, como el bastón en el que se apoya un anciano al caminar. Agárralo con firmeza y busca una conexión con él.

Gwendal apretó el puño alrededor de la madera. «Una extensión de mi cuerpo». Alzó la vista y se preparó para disparar.

—Detente —la interrumpió Melvin.

La pequeña bajó el arco y le miró esperando consejo con los ojos muy abiertos.

—Creo que deberías agarrarlo con la otra mano. El brazo que tensa la cuerda es el que maneja el rumbo de la flecha y tengo la sensación de que tu lado izquierdo es más hábil.

Gwendal asintió. Levantó el arco con la mano derecha y tensó la cuerda con la izquierda.

—Ahora relaja los dedos, no tienen que aprisionar la flecha. Simplemente déjala reposar entre ellos y concéntrate en tu objetivo.

Gwendal contuvo la respiración para mejorar el pulso, se dejó llevar por sus sensaciones y soltó la cuerda. La flecha salió en línea recta a gran velocidad y se clavó en el saco de paja.

—¡Gran disparo! —exclamó Melvin—. Me has entendido a la perfección.

Gwendal bajó el arco y regresó junto a su tío. Miró a Sayer y a Morgana con gesto de triunfo. Brian, a su lado, agachó la cabeza; no tenía más remedio que aceptar la derrota.

—Lo has hecho muy bien —dijo Quinn—. Supongo que no está tan mal que aprendas a manejarlo.

—Estoy seguro de que ya ha practicado antes —protestó Brian.

—Eso no es cierto —le replicó Gwendal, enojada—. Jamás lo había usado.

—No os peleéis de nuevo —intervino Morgana haciéndoles callar —. El disparo de Brian ha sido muy bueno, se nota que ha entrenado. En cuanto a ti, pequeña, puede que tu puntería haya sido solo fruto de la casualidad.

Los dos niños se miraron y bajaron la guardia. En realidad, el asunto no tenía tanta importancia como le daban, pero sus acaloradas discusiones siempre terminaban magnificándolo todo.

—Está bien —refunfuñó Brian—. Dejemos de discutir.

El pequeño se acercó a Gwendal, le dio un beso en la mejilla y salió corriendo al encuentro de su padre. Ella, sonrojada, no supo qué decir. Quinn se agachó a su lado.

—Brian te quiere mucho —aseguró—, pero es muy competitivo y eso crea roces entre vosotros. —El druida se puso en pie y comenzó a caminar con ella de la mano—. Olvídalo, no le des más importancia. Si quieres, puedes ir a mostrarle tu arco nuevo a Kenny. Estoy seguro de que podrá enseñarte a manejarlo con destreza.

—De acuerdo, practicaré con él.

Gwendal sonrió por fin. Después de todo, solo se trataba de una riña más. El enfado desapareció y el beso de Brian comenzó a saberle dulce.

Kenny no se había presentado a los entrenamientos de la mañana y eso solo podía significar una cosa: se encontraba con Myrna. Gwendal se separó de Quinn frente a la choza de Erwin y atravesó el corral. El herrero, atareado como de costumbre, golpeaba una espada con uno de sus martillos sobre el yunque, junto a la fragua. Se escabulló entre las herramientas y alzó el brazo para tocar a la puerta.

—Pasa sin llamar —dijo Erwin volviendo la cabeza hacia ella—. Están los dos dentro discutiendo los detalles y es posible que no se enteren.

—¿Discutiendo los detalles?

—Kenny se ha decidido de una vez por todas —dijo el viejo bajando la voz—. Bueno, mejor dicho, ella le ha hecho decidirse.

Gwendal empujó la puerta y se adentró en la penumbra de la choza. Sentados en una de las camas de paja, ambos hablaban cara a cara cogidos de la mano.

—¡Me alegra que hayas venido! —exclamó Myrna al verla.

—Espero no molestar, tu padre dice que os traéis algo importante entre manos.

—Así es. —Kenny sonrió—. Siéntate con nosotros y te lo contaremos, pero tendrás que guardar el secreto.

Iban a unirse en Lughnasadh, hecho que Gwendal sospechaba que se produciría antes o después. Sin embargo, escuchar la noticia de primera mano y ver sus rostros ilusionados en la intimidad, hizo de aquel momento algo especial, un momento del que se sintió

partícipe y directamente responsable. Emocionada, se abrazó a Myrna y las dos rompieron a llorar. Tanto tiempo después, al fin un hombre cuidaría de ella como merecía.

—Mi padre está deseando perderle de vista. —Myrna rio secándose las lágrimas—. Estoy segura de que Kenny ha aceptado para no tener que ver su cara de perro cada mañana, aunque tendrán que convivir hasta que consigamos nuestra propia choza.

—No digas tonterías —refunfuñó él—. No tengo ningún problema con tu padre.

Las dos se echaron a reír en un claro gesto de complicidad. Kenny, sonrojado, desvió el tema de conversación para dejar de ser el centro de atención.

—¿Sayer ha fabricado este arco para ti? —preguntó sosteniéndolo sobre su regazo para examinarlo.

—Morgana se lo pidió, ¿cómo lo has adivinado?

—Nadie más que él puede haberlo hecho, es un trabajo excelente.

Kenny lo alzó tensando la cuerda con sus musculosos brazos y ensayó un disparo al aire. La madera cedió y regresó con rapidez a su estado inicial.

—Es muy potente. Vas a tener que entrenar duro si quieres sacarle todo el partido.

—Por este motivo estoy aquí. —Gwendal se sentó junto a él y le besó en la mejilla—. Quiero que me enseñes a manejarlo.

Kenny enmudeció al escucharla. ¿Un guerrero entrenando a una niña? Renegó con la cabeza. Jamás se había planteado una cosa así y no sabía qué responder.

—Por supuesto —contestó Myrna por él—. No hay un tirador mejor en toda la tribu.

—Claro, claro…, ¿por qué no? Yo te enseñaré —aceptó finalmente —. Te convertiré en una gran arquera.

El espíritu de Morgana se encontraba gravemente perturbado desde el incidente con Brent. ¿Quién estaba realmente detrás de los ataques que había sufrido Gwendal a lo largo de su vida? Se negaba a pensar que aquel inofensivo chico pudiera haber orquestado un plan para matarla; se negaba a creer que le hubiese tendido una emboscada en solitario, más si sabía que iba acompañada de Kenny. Pero había algo más extraño aún: la partera no había sufrido una perturbación semejante en los días posteriores al intento de asesinato por parte de Arlen, aunque, esta vez, el incidente había sido distinto.

Esa noche se metió en la cama dándole vueltas una vez más. Poco antes de lograr conciliar el sueño, por fin llegó a una conclusión: la intranquilidad de su espíritu no se debía a Brent, sino a la ira descontrolada que había mostrado la pequeña ordenándole al oso que acabara con él. Por otro lado, los miembros de la tribu más cercanos a Gwendal eran conocedores de la sintonía que esta parecía mantener con los animales y ya lo veían con normalidad, pero el hecho de que un enorme y fiero animal atendiese sus deseos de ese modo resultaba extraordinario.

Durante varias horas durmió a pierna suelta gracias a la placentera sensación que le indujo el haber encontrado el motivo de su quebranto. Pero en mitad de la madrugada, despertó sudorosa y con los ojos abiertos como un ave nocturna. Se pasó el brazo por la

frente y se sentó en el borde de la cama intentando recordar la pesadilla que acababa de atormentar sus sueños.

Multitud de imágenes confusas coparon su mente y la atormentaron de nuevo. «Peligrosa», musitó en medio de la oscuridad, «la ira de Gwendal podría llegar a ser peligrosa». Se echó hacia atrás, se tendió de nuevo en el lecho de paja y esperó hasta el amanecer.

Con los primeros rayos de sol, la partera salió de su choza cargando al hombro un pesado hatillo de ropa sucia. Necesitaba hablar con Gwendal lo antes posible, por lo que caminó hacia el hogar de Quinn en primer lugar. Abrió la puerta y les encontró a los dos sentados junto al fuego preparando la lección diaria.

—Siento interrumpir —dijo bajando la voz.

—No importa; aún no hemos empezado —contestó el druida—. Entra y cuéntanos qué ocurre.

Morgana dejó el hatillo en el suelo y tomó asiento entre tío y sobrina.

—Creo que Gwendal y yo deberíamos hablar.

—Bien. Os dejaré a solas —aceptó Quinn apoyándose en su vara para levantarse.

—Aquí no. ¿Quieres acompañarme al río? —le dijo a la pequeña—. Pasaré parte de la mañana allí lavando la ropa. La excursión será divertida y hablaremos con mayor tranquilidad.

—¿Por qué no? —dijo Gwendal, expectante—. Me encantaría ir.

—De acuerdo. Avisaré a Kenny —se apresuró a decir Quinn.

—En esta ocasión no será necesario que nos escolte. —La partera se puso en pie y tomó a Gwendal de la mano—. Todos trabajan en los campos, estaremos seguras.

Atravesaron el acceso norte, dejaron atrás el recinto amurallado y descendieron por el sendero hasta el río. Una vez allí, Morgana deshizo el hatillo en la orilla meditando las palabras con las que iniciaría la conversación. Gwendal se sentó a su lado preguntándose de qué querría hablar.

Minutos después, la partera se volvió hacia ella y decidió ir directamente al grano:

—Es acerca del incidente con Brent… Cuando gritaste «¡mátalo!», ¿imaginaste que el oso podría hacerte caso?

—Sabía que lo haría. Había venido para protegerme —dijo Gwendal—. ¿Crees que entendió mis palabras?

—Dudo que los osos comprendan nuestro lenguaje. Pero sí creo que conseguiste transmitirle tus deseos de alguna forma. —Morgana hizo una breve pausa para remojar un camisón y continuó—: Cuando Brent te retuvo en el suelo, ¿te hizo sentir igual que Brian?

—En ningún momento pretendí hacer daño a Brian —aseguró Gwendal—, solo quería que se quitase de encima. A Brent le deseé la muerte. —Se cruzó de brazos y el estómago se le encogió—. Supongo que eso no es bueno.

—No. No lo es —admitió Morgana—. Cuando te invade la ira pierdes el control, y eso ocurre cada vez con más facilidad, con más virulencia. Debes aprender a dominarla o de lo contrario podrías terminar haciendo daño a quienes más quieres.

—Empiezo a ser consciente de ello…

—En cuanto a los animales —prosiguió la partera mientras estrujaba el camisón—, averigua la forma en que te comunicas con ellos. Esa singular habilidad podría serte muy útil.

Gwendal se tumbó sobre la hierba pensando en la conversación. Trató de poner la mente en blanco y dejarse llevar por sus sentimientos, por sus sensaciones; intentó comprenderse. Delante de sus ojos se extendía un cielo azul completamente despejado, salvo por un par de nubes altas que viajaban solitarias hacia el sur; solitarias como si no perteneciesen al aire que surcaban, perdidas en la inmensidad como perdida se sentía ella en tantas ocasiones. A su alrededor, el murmullo de la corriente sonaba lejano, mezclado rítmicamente con el siseo del viento que agitaba las copas de los árboles.

En ese momento apareció Guick, vigilante como siempre en las alturas. «¿Tú también puedes entenderme?», se preguntó. Cerró los ojos y pensó en él, en el día que la condujo hasta Myrna y en todas las veces que la seguía cuando abandonaba el poblado.

—Ven —le dijo dejándose fluir. Levantó los párpados y lo vio descender lentamente.

Sin saber muy bien el motivo por el que Guick se acercaba, Gwendal se puso en pie y le observó con la mano en la frente para protegerse del sol. Instantes después, el halcón se posó en la rama de un árbol cercano.

—¡Has venido! —exclamó agarrando un viejo pantalón del montón de ropa sucia.

Gwendal caminó hacia él enrollándose el pantalón en el brazo. Cuando estuvo a los pies del árbol, le miró a los ojos y lo extendió.

—Acércate.

Guick saltó de la rama, batió las alas y se posó sobre ella.

—También te estoy agradecida a ti —le dijo.

—Guick —gañó el halcón.

Gwendal acercó la mano lentamente a su cabeza. Le acarició el cogote, el plumaje del pecho y la cara interior del pico. Luego elevó el brazo.

—Vuela. —Guick batió las alas y se alejó de ella.

Morgana presenció la escena desde la orilla sin demasiado asombro. Estrujó una camisa para escurrirle el agua y llamó la atención de la pequeña:

—Ahora que se ha ido, ¿vendrás a echarme una mano? Voy por la mitad y pronto tendremos que regresar a la aldea.

Sin dejar de observar a Guick, Gwendal dio media vuelta y caminó hacia el río. No estaba emocionada. Ni siquiera impresionada por el comportamiento del halcón. Simplemente lo interiorizó con naturalidad.



Kenny se sentía más y más nervioso a medida que se acercaba el día del enlace. ¿Cómo sería formar un hogar? Esa pregunta llevaba pululando en su cabeza desde que había aceptado unirse a Myrna.

Su madre había fallecido cuando él apenas tenía tres años víctima de una larga enfermedad que, según palabras de Morgana, la devoró por dentro sin que ni ella ni nadie pudiese hacer nada por evitarlo. A partir de entonces, su padre se encargó de criarlo en solitario. Kenny se daba cuenta ahora de que no tenía experiencia propia, referencias ni recuerdos de una familia al uso, una circunstancia que, por otra parte, compartía con Myrna.

A pesar de haber mejorado notablemente sus técnicas de lucha, durante el entrenamiento de esa mañana estuvo especialmente

ausente y fue protagonista de varias derrotas ante rivales más débiles que él. Su cabeza estaba en otra parte: en las montañas. Dejó el escudo y la espada de madera en el suelo y miró a Melvin en la distancia; el gran jefe supervisaba atentamente a sus hombres apoyado en el muro de su choza. «Es el momento de hablar con él», pensó, «no puedo demorarlo más». Se armó de valor y caminó a su encuentro.

—¿Qué demonios te ocurre? —preguntó Melvin—. Incluso Brian podría haberte vencido hoy.

—Lo siento. Tengo asuntos pendientes que me distraen.

—Asuntos pendientes… —refunfuñó Melvin.

—Myrna y yo vamos a unirnos este año.

—¡Vaya! Ahora entiendo. Es una gran noticia. A veces las mujeres son capaces de hacernos temblar las piernas más que nuestros contrincantes. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Necesito permiso para subir a las montañas. Quiero decírselo a Eirian.

Melvin lo miró de arriba abajo sopesando sus palabras. Tras unos segundos de reflexión, le dijo:

—De acuerdo, ve. Pero tendrás que aceptar dos condiciones.

—Haré lo que me digas.

—En primer lugar, regresarás en el mismo día; nada de excursiones largas, aquí tienes mucho trabajo. En segundo, Gwendal tendrá que ir contigo; cuidar de ella lejos de nuestras murallas hará más fuerte tu espíritu y te aliviará el sentimiento de culpa. Puedes partir mañana al amanecer, si así lo deseas.

Kenny resopló aliviado. Después de todo, hablar con Melvin había sido más fácil de lo previsto. Contento con la decisión del gran jefe,

y con energías renovadas, caminó hacia el centro del poblado, recogió sus armas de entrenamiento y se sentó a esperar turno para la revancha.

Antes de que el sol asomara entre las montañas, Kenny ya tenía preparado a Bric en el recinto interior. En un lado de la montura colgaba un hatillo con comida y un odre de agua para el camino. En el otro, su inseparable espada de hierro de cuatro pies de longitud, de los cuales tres y medio eran de hoja.

Frente a la choza de Quinn, este y Gwendal lo esperaban acompañados de Morgana, que se había acercado para desearles buen viaje. Kenny aupó a la pequeña a lomos del caballo y se sentó detrás de ella.

—Volveremos antes de que anochezca —aseguró el guerrero tomando las riendas.

—No te separes de ella —le dijo Quinn con preocupación. Acto seguido, le entregó a su sobrina el arco y el carcaj repleto de flechas —. Llévalo contigo, nunca está de más.

—No temas, estará bien —le tranquilizó Morgana—. La experiencia será buena para ambos; Melvin así lo cree, y yo también. —Acarició los cuartos traseros del animal y le dio una palmada—. Partid antes de que este miedoso druida cambie de opinión.

Kenny agitó las riendas y espoleó a Bric con los talones de las botas para que iniciara la marcha. Frente a la torre norte, alzó la vista sobre las murallas del corredor y dio una voz al guerrero que hacía guardia en lo alto. La gran puerta de madera chirrió al abrirse.

Gwendal se agarró a las crines emocionada ante la aventura que comenzaría al otro lado.

Los frondosos bosques de los valles del sur se extendían interminables a lo largo y ancho de las escarpadas laderas. En el horizonte, las montañas se erguían puntiagudas intentando alcanzar el cielo. Gwendal estaba tan fascinada por el entorno que no paraba de mirar en todas direcciones mientras remontaban el río con el sonido de los cascos de Bric como única compañía.

En las cumbres, el paisaje cambió radicalmente. Tras un largo camino, la espesura de los bosques se abrió ante ellos y dio paso a extensas praderas cuajadas de pastos verdes.

Kenny y Gwendal cabalgaron con lentitud entre decenas de ovejas y cabras que pastaban ajenas a ellos por todas partes. A lo lejos podían ver ya la morada de los pastores al abrigo de un macizo rocoso. Desmontaron junto a la cabaña de piedra y Gwendal corrió hacia la puerta mientras Kenny liberaba a Bric de la montura y cargaba al hombro con todos los pertrechos.

El recibimiento fue tan cordial como inesperado. Eirian, visiblemente recuperado de sus dolencias en la pierna, celebró con entusiasmo la noticia del enlace de su amigo; lo festejaron con dos jarras de vino. Gwendal ayudó a Alanys a servir el estofado de conejo que llevaba cociendo toda la mañana en el fuego.

—¿Habéis encontrado ya choza? —preguntó el joven pastor.

—Aún no —se lamentó Kenny—. Por el momento viviremos en la de Erwin.

—Si te sirve de consuelo, también a nosotros nos está resultando complicado conseguir una —intervino Alanys—. La única intimidad de la que gozamos está aquí, en las montañas.

—¿Qué problema hay en compartir hogar? —preguntó Gwendal mirándoles sin entender nada. Los tres se echaron a reír.

Kenny intentó explicárselo, pero cuando abrió la boca se dio cuenta de que no sabía cómo hacerlo y durante unos instantes permaneció en silencio buscando sin éxito las palabras adecuadas. Finalmente, optó por una explicación alternativa:

—Erwin puede parecer un viejo amable, pero créeme si te digo que de buena mañana no es muy agradable cruzarse con él.

Esta vez rieron los cuatro. Kenny y Eirian levantaron sus jarras de vino y las entrechocaron antes de beber de nuevo.

Terminada la comida, llegó la hora de partir; si querían estar de vuelta en la aldea antes del anochecer, no debían perder más tiempo.

Bric pastaba a la sombra atado al muro de la cabaña. Kenny le preparó para el viaje de vuelta, montaron en él y se despidieron de los pastores.

—¡Nos veremos en la víspera de Lughnasadh! —exclamó Eirian—. No nos perderíamos el acontecimiento por nada del mundo.

—Solo faltan cinco días —le recordó Kenny—. Si antes del ocaso no habéis llegado, subiré yo mismo a buscaros.

—Tranquilo. Tú preocúpate de organizar una buena comida con abundante vino, que allí estaremos.

Kenny azuzó a Bric y salieron al galope ladera abajo.

El regreso resultaba más sencillo. Para el semental, cargar con sus dos ocupantes a lo largo del descenso del valle se hacía más llevadero y podía avanzar a mayor velocidad, lo que le resultaba terriblemente incómodo a Gwendal. A mitad de camino, el impacto

continuo contra los músculos de Bric comenzó a resultarle insoportable y no aguantó más.

—¿Podemos descansar un rato? Me duele el culo —dijo mirando hacia atrás.

—Claro que sí. No estás acostumbrada a montar tanto tiempo. Y a Bric también le vendrá bien una pausa.

Cambiaron el rumbo, abandonaron el sendero y descendieron hasta un arroyo. Una vez allí, ya junto a la orilla, ataron el semental al tronco de un árbol caído para que pudiese abrevar.

A pesar de estar a mediados de samos, la corriente era fuerte y el agua bajaba fresca y cristalina. Kenny descolgó el hatillo, rellenó el odre y se sentaron a comer pan con tocino.

—Siempre te estaré agradecido —dijo el guerrero—. Fuiste muy valiente ayudando a Myrna incluso después de mis reprimendas.

—Nadie debería ser repudiado, es un castigo cruel —se quejó Gwendal.

—Lo sé, pero las normas son así. Cumplirlas es obligación de todos.

—Pues entonces deberíamos cambiarlas.

Kenny admiró fascinado la actitud osada de la pequeña. Le daba la sensación de que nada se interponía en su camino cuando realmente deseaba algo.

—Estoy convencido de que algún día serás una gran sacerdotisa. Cuando llegue ese momento, cámbialas. Hasta entonces tendrás que respetarlas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —aceptó Gwendal. Se puso en pie y caminó hacia Bric—. No tengo más hambre. Voy a disparar unas flechas mientras terminas de comer.

—Está bien, pero no te alejes demasiado.

—Dime, ¿cuánto es demasiado para ti? —preguntó sonriendo mientras caminaba ladera arriba cargada con el arco y el carcaj.

—No te hagas la graciosa: mantente donde puedas verme.

Gwendal se detuvo en el borde del sendero. Al otro lado divisó el viejo tronco de un árbol probablemente abatido por el viento años atrás. Retrocedió unos cuantos pasos y preparó una flecha. «Concéntrate en el objetivo», se dijo tensando la cuerda. Miró hacia el tronco, sintió la flexión del arco y la dejó escapar.

La flecha salió disparada en línea recta y a gran velocidad. Antes de clavarse en el tronco con un sonoro golpe, pasó silbando a dos palmos de distancia de las caras de dos hombres que acababan de cruzarse en su camino. Su aspecto era muy extraño; sus rostros sucios y plagados de cicatrices se asemejaban a las ropas ennegrecidas y harapientas que vestían. Se detuvieron en seco y observaron a la niña de túnica amarilla que había estado a punto herirles.

—Ten más cuidado, pequeña estúpida —espetó uno de ellos arrancando la flecha del árbol.

—Devuélvemela, es mía —protestó Gwendal.

—¿Devolvértela? Debería clavártela.

Kenny había pasado desapercibido en medio de la discusión. Descolgó su espada y se plantó delante de Gwendal.

—Marchaos de aquí si no queréis problemas.

—Vaya, parece que la pequeña estúpida tiene escolta. —El individuo partió la flecha por la mitad y ambos agarraron las dagas que llevaban atadas al cinturón.

—Ve con Bric —le dijo Kenny a Gwendal.

El otro sujeto miró al caballo y sonrió.

—Cuando acabemos contigo nos vendrá muy bien, llevamos demasiado tiempo caminando.

—Acercaos —retó el guerrero empuñando la espada.

Los dos forasteros comenzaron a caminar hacia él lentamente. Kenny retrocedió un par de pasos estudiando sus movimientos. El primero de ellos bajó la daga y se abalanzó sobre él buscando su vientre. Kenny dio un paso a un lado, esquivó el ataque y descargó la espada sobre su espalda con un golpe que le hizo crujir las vértebras. El hombre cayó al suelo gritando; no podía mover las piernas. Kenny dio media vuelta rápidamente y se preparó para la siguiente carga.

—Vamos, no tengas miedo, el caballo está esperándote —le dijo al otro.

—¡Maldito seas!

El extraño personaje retrocedió para emprender la huida. Pero Kenny no iba a dejarle marchar así como así. Ante él tenía a un contrincante al que no levantaría del suelo y al que no se abrazaría tras el combate. Su espada tampoco era la de madera que utilizaba en los entrenamientos. Esta vez la lucha era real, y la osadía de haberse enfrentado de ese modo a Gwendal lo había puesto furioso.

Sin darle un respiro, blandió de nuevo la espada, se la descargó en el hombro y le hizo caer al suelo con el brazo mutilado, colgando de unos pocos pellejos. El hombre intentó incorporarse, pero Kenny le asestó un golpe certero en el cuello que arrojó su cabeza a varios pasos de distancia.

Con toda la tranquilidad del mundo, agarró la cabeza por el pelo y se acercó con ella chorreando sangre hasta su compañero, que

agonizaba tumbado en la hierba incapaz de ponerse en pie. De nuevo descargó la espada en el cuello, recogió la segunda cabeza y fue al encuentro de Gwendal.

—Extiende el hatillo, me las voy a llevar —dijo tirándolas al suelo.

—¿Quiénes eran esos hombres? —preguntó Gwendal, asqueada y horrorizada.

—Por su aspecto diría que son buscavidas; gentes sin tribu, quizá repudiados o perseguidos, que andan de acá para allá robando a quien se encuentran por el camino. Viven como pueden.

Kenny envolvió las cabezas en el hatillo y las colgó de la montura junto a su espada. Aupó a Gwendal y se montó detrás.

—Partamos hacia la aldea, la tarde avanza y aún nos queda un buen trecho.



Sayer terminó de fabricar las dos nuevas poleas durante los días previos a Lughnasadh. La cantidad de andamios necesaria para cubrir el frente de la muralla sudeste también estaba lista y apilada junto al cobertizo. A partir de ese momento, y hasta Samhain, se ocuparía de instalarlo todo para dar comienzo a las obras en los primeros días de giamos. Estaban a punto de iniciar la construcción del mayor reto en la remodelación del poblado.

La mañana de la gran festividad, el maestro constructor salió temprano de su choza al encuentro de Kevin y Alan. De camino, se detuvo frente al hogar de Morgana y observó la fachada; las ventanas estaban abiertas, por lo que esta ya debía haberse levantado. Cruzó el corral curioseando a su alrededor y vio que ya

tenía hechas algunas cuerdas y cinturones que amontonaba en un rincón. Cerca de la puerta se encontró con las calaveras de los buscavidas; parecían mirarle con las cuencas vacías y las mandíbulas desencajadas.

—Tenéis vuestro merecido —comentó retirando la vista.

Alzó el puño y llamó a la puerta. La partera no tardó en abrir.

—Veo que has limpiado las cabezas —dijo aún con cara de asco.

—Kenny me pidió que se las preparase para hoy. Están terminando de secarse al sol. —Miró a Sayer de soslayo—. Pero tú no has venido para interesarte por ellas, ¿cierto?

—Las costumbres de los guerreros no me importan demasiado, la verdad. Necesito una cuerda y un cinturón para hacer unas pruebas.

Morgana salió al corral, eligió uno de cada y se los entregó.

—Espero que te sirvan.

—Parecen muy resistentes —observó Sayer—. Es un trabajo de gran calidad.

—Todo cuanto hago lo es —dijo la partera torciendo el gesto, como si le hubiese molestado el comentario—. Si todo va bien, tendrás el resto para el próximo samos.

Sayer continuó su camino hacia el centro de la aldea con el material bajo el brazo. Una vez allí, se reunió con sus dos ayudantes junto a la piedra de sacrificios y se dirigieron al recinto interior en busca de una terna de bueyes con la que transportar las poleas. Las afianzaron sobre los lomos de los animales y emprendieron la subida.

Como esperaban, el final del ascenso fue un auténtico calvario para los animales, que caminaron a trompicones por las empinadas y pedregosas laderas tratando de no resbalar. A los pies de la muralla,

por fin les liberaron de la carga y los bueyes pudieron tumbarse a descansar bajo el sol de la mañana.

—Instalaremos una en el centro y las otras dos en los extremos de la muralla —comenzó a explicar Sayer—. De ese modo podremos subir el material desde varios puntos a la vez y repartirlo a lo largo de las obras. El resto del frente lo cubriremos de andamios para facilitar la colocación de piedras en el lienzo interior.

—¿Y el otro lado? —preguntó Alan gesticulando con las manos.

—Lo haremos desde la parte superior del muro, sin andamios —dijo Sayer—. Venid conmigo, os explicaré la razón.

El constructor agarró la cuerda y el cinturón de cuero y caminó hacia el extremo norte acompañado de sus ayudantes. Treparon por una escala y se acercaron al borde exterior.

—Fijaos en la pendiente de la ladera —dijo señalando hacia abajo —. Es tan empinada que hace imposible colocar una estructura de madera de forma estable.

Kevin y Alan observaron con atención y se volvieron hacia el maestro.

—Aseguraremos a nuestros hombres con cinturones como este. Les ataremos con cuerdas y los anclaremos a grandes piedras. Si alguno de ellos llegara a caer, quedaría suspendido en el aire y podríamos subirle con facilidad.

—Se golpearía en el muro —apuntó Kevin—, pero eso es mejor que estrellarse contra el suelo.

El resto de la mañana la dedicaron a probar el invento de Sayer. Al principio les resultó incómodo manejarse atados a una cuerda, pero pasado un rato se acostumbraron a esquivarla y consiguieron

moverse con cierta agilidad, aunque no podían evitar sentirse amarrados como animales.

Cerca del mediodía, el maestro levantó la vista hacia el cielo para observar la posición del sol. Abajo, los bueyes pastaban ya desperdigados por los alrededores.

—Es suficiente por hoy —dijo a sus ayudantes—. Será mejor que regresemos si no queremos llegar tarde al banquete.

El centro de la aldea olía a asado de jabalí, pan recién hecho y vino joven proveniente de uno de los barriles que Yanis les había dejado en su última visita. Todo estaba listo para la celebración y cada uno ocupaba su lugar salvo Sayer y sus ayudantes, que aún no se habían presentado.

En esta ocasión, la celebración de Lughnasadh había adquirido un color especial para Quinn por la visita de su primo Gaela, un druida flaco y desgarbado llegado desde el lejano poblado de Vindeleia. Como no podía ser de otra manera, el familiar del sumo sacerdote ocupaba un lugar privilegiado en la mesa, junto al Consejo Druida, y gozaba del respeto y la admiración de todos ya que, al igual que Quinn, lucía una túnica blanca símbolo de su importancia y estatus social.

La inesperada visita de su primo no estaba motivada en esta ocasión por el fraternal afecto que mostraban los autrigones entre sus gentes, sino que había sido fruto del reciente viaje de Yanis a las tierras interiores; el comerciante acostumbraba a hacer de improvisado mensajero que informaba a unos y a otros de los acontecimientos más relevantes. Ese año, la noticia del intento de

asesinato de Gwendal por parte de Brent, sumada a su extraordinaria capacidad para comunicarse con la Madre Tierra, había despertado en el sumo sacerdote de Vindeleia un enorme interés.

A lo largo de la mañana, el recién llegado druida y la pequeña habían tenido la oportunidad de conocerse un poco. Quinn, orgulloso de su sobrina y de la túnica amarilla que vestía, le habló a su pariente sobre cómo había sido su vida a lo largo de esos seis años, una vida plagada de singularidades y muchos peligros.

Sentados a la mesa, Gwendal y Gaela continuaron charlando; esta vez era él quien se enfrentaba a la curiosidad de ella:

—Si mi tío y tú sois primos, ¿por qué vivís en aldeas diferentes?

—Esa es una vieja y enrevesada historia. Pero eres una niña muy lista; si estás interesada, puedo contártela.

—¡Claro! Quiero saber más acerca de mi familia.

Gaela se atusó la barba y bebió un trago de vino. Quinn apoyó los codos sobre la mesa y se dispuso a escuchar con emoción la historia que estaba a punto de comenzar.

—Hace mucho tiempo, en Vindeleia, la hija mayor del gran jefe era pretendida por varios jóvenes. Cuando le llegó el momento de formar un hogar, esta eligió a Kendall, un valeroso guerrero. Fruto de su unión nació Quinn. Mi madre, la hija menor del gran jefe, también formó hogar ese mismo año y de su unión nací yo.

—De modo que vuestras madres eran hermanas —apuntó Gwendal.

—Así es. Por esa razón somos primos tu tío y yo.

Gaela hizo una pausa y bebió otro trago antes de continuar:

—Cuando tu tío y yo teníamos aproximadamente tu edad, Kendall murió en el campo de batalla mientras defendía nuestra aldea de una incursión cántabra que intentaba apoderarse de nuestro ganado. Durante las dos estaciones siguientes, Quinn y su madre vivieron solos en su choza bajo el manto protector de toda la tribu, pero ella, una mujer que siempre había sido bella y alegre, poco a poco fue marchitándose ahogada por los recuerdos. Tanto era así, que un buen día decidió unirse a un grupo que se mudaba a Flaviobriga y dejó atrás todo cuanto le recordaba a Kendall. Esa mujer se llamaba como tú, Gwendal: tu abuela.

—¿Y mi madre? —preguntó la pequeña, intrigada—. Quinn me dijo que ella y él eran hermanos.

—Y así es. Tu abuela encontró consuelo en un aldeano bastante mayor que ella al poco tiempo de instalarse aquí. Juntos tuvieron una hija, Evelyn.

Justo cuando Gaela terminaba la historia, Sayer y sus ayudantes hicieron acto de presencia. Quinn se puso en pie y todos callaron.

—Como siempre, antes de empezar con el banquete celebraremos las uniones. Si alguna mujer desea emparejarse, ha llegado el momento.

Ese día fueron varias las mujeres que eligieron compañero. Entre ellas, en último lugar, se levantó Myrna. Tranquila y feliz se acercó a Kenny, a quien la espera había dejado hecho un flan, y le habló mirándole a los ojos:

—Te elijo a ti, Kenny de los amanos. —Dio media vuelta y caminó hasta la piedra de sacrificios.

Kenny, nervioso, se levantó con torpeza, lo que provocó las risas de todos. Se recompuso como pudo, cogió el regalo que había

llevado para ella envuelto con esmero en una tela de lino y se colocó a su lado. Finalmente, contestó con un nudo en la garganta mezcla de emoción y de vergüenza:

—Acepto formar un hogar contigo, Myrna de los amanos. —La besó en la mejilla—. Cuidaré de ti y te protegeré. Te entrego este regalo como prueba de mi compromiso. —Abrió la tela y descubrió las dos calaveras. Myrna cogió una de ellas y se la pegó al pecho abrazándola con las manos—. Beberemos en ellas el resto de nuestras vidas —dijo Kenny como símbolo de su unión.

Los miembros de la tribu gritaron contentos; alzaron sus copas, cuencos y calaveras para beber a su salud. Quinn esperó a que bajasen el tono y captó de nuevo su atención.

—Sentaos juntos —le dijo a la pareja—. Si nadie más tiene nada que decir, daremos comienzo al banquete.

Para su sorpresa, Gwendal se puso en pie. Todos la miraron en silencio.

—Tengo un regalo para vosotros —les dijo a los recién unidos—. Quiero ofreceros la choza de mis padres para que forméis allí vuestro hogar.

—¿Estás segura de…? —Quinn se agachó a su lado, pero ella no le dejó hablar.

—Es mi choza, y esa es mi decisión.

—Está bien —aceptó el druida—. Es tu choza, es tu decisión.

Myrna miró a Gwendal con los ojos llenos de lágrimas. Su rostro mostraba el enorme agradecimiento que sentía hacia quien le había devuelto la vida y ahora le brindaba un hogar. Corrió hacia ella y la abrazó llorando.

En medio de la celebración, nadie reparó en Yilda. La druidesa permanecía sentada en su sitio observando la tierna escena llena de odio y frustración contenida. Una vez más, Gwendal le había ganado la partida; por su culpa había perdido definitivamente los favores sexuales del hombre que desde la muerte de Arlen había satisfecho sus necesidades.

7

Giamos - samos, 240 a. C.

Tres años después de comenzar las obras, el gran muro sudeste aún estaba sin terminar. Las inclemencias del tiempo, unidas a las tremendas rachas de viento que lo azotaban constantemente, les habían imposibilitado coger un buen ritmo de trabajo. Además, la descomunal muralla requería bastante más material del que habían acopiado en un principio, por lo que varios hombres se dedicaban en exclusiva a proporcionar un flujo de suministro constante desde la colina nordeste; simplemente, hacían lo que podían. Pero, a pesar de todo, solo restaban ya cuatro pies para alcanzar la altura total y Sayer veía cerca el final de la construcción.

En la aldea, el día a día de la comunidad transcurría sin mayores percances. Brian y Kilian habían abandonado las lecciones de Allen, con lo que el grupo había quedado reducido a Enya, que continuaba asistiendo en solitario y se esforzaba por cultivar su mente. Gwendal, por su parte, avanzaba a pasos agigantados en el tortuoso camino del druidismo.

—¿Estará terminado para Beltane? —preguntó Quinn desde lo alto de la gran muralla.

Sayer, agachado en el borde, dio tal respingo al escuchar su voz por la espalda que estuvo a punto de caer. Se agarró a un andamio como pudo, giró la cabeza hacia él y recogió la plomada. El trabajo le tenía tan absorto que no se había percatado de la visita del druida.

—Es posible —refunfuñó el maestro constructor levantándose—. Pero si continúas dándome sustos así, quizá tengas que dirigir tú mismo la última fase.

Bajo el cielo azul de la mañana, recorrieron juntos la muralla de norte a sur. A su alrededor las vistas eran impresionantes. Y por todas partes había aldeanos colocando piedras atados con cuerdas a la cintura. Más abajo, en la ladera, el material apilado parecía suficiente como para completar las obras y varios hombres en cada polea lo subían sin descanso.

—Definitivamente, es inexpugnable. Nadie podrá sorprendernos por este flanco —apuntó el druida con asombro—. Has realizado un gran trabajo.

—Han sido ellos. —El maestro señaló a sus trabajadores—. Su esfuerzo es lo que lo ha hecho posible, yo solo les he enseñado cómo hacerlo.

Quinn le pasó el brazo por encima de los hombros orgulloso de él y del reconocimiento y la admiración que sentía por sus hombres; además de ser capaz de organizar y sacar lo mejor de ellos, los valoraba a todos y cada uno.

Terminada la visita, caminaron de vuelta hacia la parte norte de la muralla, donde se encontraba la escala de acceso. Pero antes de

regresar al poblado, Quinn decidió que había llegado el momento de abordar la causa que realmente le había llevado hasta allí aquella mañana y sobre la que hacía varios días que meditaba.

—Hay un asunto que no quiero dejar pasar por más tiempo. Se trata de Enya.

—¿Qué ocurre con mi hija? —Sayer lo miró frunciendo el ceño.

—He estado hablando con Allen y los dos coincidimos en que tiene una gran inteligencia y excepcionales aptitudes. —El druida miró a los ojos del maestro constructor—. Me gustaría iniciarla en el sacerdocio.

Sayer se quedó sin habla. «Druidesa», pensó. Alzó la vista hacia el horizonte y permaneció en silencio.

—Piénsatelo —dijo Quinn bajando la escala—. Ya sabes que pocos son los elegidos.

—Hablaré con ella —asintió el maestro constructor respirando profundamente—. No es una decisión que se pueda tomar a la ligera.

Confundido por el ofrecimiento, Sayer observó cómo el gran druida se alejaba por el camino de la aldea hasta que le perdió de vista. Pasados unos minutos, sacudió la cabeza en un intento fallido por aclarar sus ideas y regresó al trabajo pensando en Eileen; quizá su esposa arrojase algo de luz a aquella disyuntiva.

Ser sacerdotisa no era un oficio cualquiera, Sayer lo sabía muy bien. Recorrer el duro camino hacia el druidismo requería dedicación plena y profundos sacrificios personales. Por otro lado, pertenecer al Consejo Druida otorgaba al individuo un especial reconocimiento por parte de todos y una posición social alta en la comunidad, aunque también conllevaba la responsabilidad de dirigir el destino de la

tribu; esa última cuestión era la que le había traído de cabeza a lo largo del día.

El maestro constructor abandonó las obras en último lugar, cuando la noche comenzaba a asomar por el horizonte. Con su morral al hombro, ya vacío de provisiones, descendió la ladera observando la penumbra que poco a poco desdibujaba los techos de las chozas.

En su hogar, el fuego estaba encendido bajo una marmita de estofado. Eileen y Enya preparaban la cena entre risas hasta que le vieron entrar cansado por la larga jornada de trabajo y con un gesto inusualmente serio.

—¿Ocurre algo? —preguntó su esposa frunciendo el ceño.

—Sentémonos a la mesa —les dijo.

Gracias a Gwendal, Enya conocía de primera mano la complejidad del sacerdocio. Durante los dos últimos años, aparte de asistir a las provechosas clases de Allen, había comenzado a empaparse de los ricos conocimientos que su hermana de leche vertía sobre ella de cuando en cuando, y no tardó en llegar a la conclusión de que las enseñanzas de Quinn eran mucho más interesantes, aunque Gwendal se reservara ciertos aspectos que, según aseguraba, eran secretos.

Después de escuchar a su padre, la muchacha se dio cuenta de lo mucho que deseaba acompañar a su hermana.

—¡Quiero hacerlo! —afirmó entusiasmada.

—Será mejor que no nos precipitemos —dijo Sayer calmando los ánimos—. No estamos ante una decisión fácil.

—No necesito meditarlo. —Enya hizo una pausa y miró a su madre en busca de apoyo. Esta permaneció callada—. Me esforzaré al máximo.

—Sé que lo harías —insistió su padre—, pero no estoy seguro de que sea lo mejor para ti. ¿Qué opinas tú? —preguntó a su esposa.

—Jamás hubiera imaginado que un carpintero pudiera llegar a convertirse en maestro constructor y acometer las obras que has llevado a cabo tú —respondió Eileen. Le acarició la mejilla y lo miró con ternura—. Hasta donde quiera llegar tu hija en la vida, debe decidirlo ella, al igual que hiciste tú.

Sayer no supo cómo rebatir aquel razonamiento. Las sabias palabras de su esposa evidenciaban que los únicos argumentos que tenía en contra de los deseos de Enya no eran más que sus propios temores. Finalmente, no le quedó otro remedio que aceptar.

—Está bien —asintió cogiéndolas a ambas de las manos—. Tenéis mi aprobación.



Durante las semanas posteriores al ingreso de Enya en la carrera sacerdotal, las obras avanzaron considerablemente, y en los días finales de giamos, Sayer se sentía doblemente feliz gracias al desarrollo de los acontecimientos. Por un lado, había conseguido alcanzar la altura final en los extremos de la muralla y esperaba darla por terminada en un corto espacio de tiempo. Por otro, la asistencia cada vez más asidua de su hija a las clases de Quinn había normalizado la situación y hecho desaparecer sus temores.

El maestro constructor dio las últimas instrucciones a los trabajadores. Después reunió a sus ayudantes junto a la escala de acceso y les expuso los pasos a seguir a partir de ese momento:

—Elegid cada uno a dos hombres y que os ayuden a desmontar las poleas. Guardad dos de ellas en el cobertizo y llevad la otra al portillo sur, la utilizaremos en la construcción del torreón de vigilancia.

—De acuerdo —asintió Kevin rascándose la cabeza—. ¿Qué haremos con los andamios?

—Los dejaremos instalados hasta el final. —Sayer les echó un vistazo por encima—. No los necesitaremos más. Guardaré los mejores troncos en mi corral y el resto lo quemaremos en la hoguera del próximo solsticio.

La niebla que les había acompañado desde las primeras horas del día terminaba de disiparse cuando Sayer descendió por la colina. Se sentía más enérgico que nunca y ansiaba comenzar cuanto antes a diseñar la empalizada del portillo sur, por lo que se dirigió a la choza de Cedric en busca de un poco de arcilla con la que hacer una nueva tablilla de despiece.

En el corral del alfarero divisó varios calderos repletos de ella. Agarró uno y caminó hacia la puerta para pedir permiso antes de llevársela. Llamó un par de veces, pero Cedric no contestó.

—Cada día oye peor —dijo abriendo la puerta.

El interior permanecía en el más absoluto silencio. Las ventanas estaban cerradas y el fuego del hogar se había extinguido. Esperó un instante hasta que se le acostumbró la vista y miró en todas direcciones. Fue en ese momento cuando le localizó tirado en el suelo, a los pies de la cama. Sayer dejó caer el caldero y se agachó junto al cuerpo sin vida del anciano.

—Te ha llegado la hora, viejo amigo. Todos te echaremos de menos. —Se secó las lágrimas que habían empezado a recorrerle las

mejillas y salió a dar la noticia.

Esa misma tarde, Cedric fue incinerado junto al arroyo. Al no tener familia ni aprendices, Sayer se hizo cargo, como jefe de los aldeanos, de enterrar la urna con sus cenizas en el túmulo del valle. Por supuesto, le buscó un lugar privilegiado entre los suyos y le deseó un buen viaje hacia el mundo de los muertos.

La marcha del alfarero dejó huérfanos a todos y cada uno de los amanos. Cedric, el miembro de más edad en la tribu, se apoderó ese día de un pequeño pedazo de sus espíritus y les creó un vacío tan irrecuperable como necesario, pues la llegada de los nuevos requería ineludiblemente la ida de los viejos para conservar el equilibrio de la vida. Así era, y así lo aceptaban. Al fin y al cabo, la vida continuaba y Sayer debería elegir a un sustituto.



Los progresos de Enya durante las clases que había completado hasta la fecha eran esperanzadores para Quinn. Se mostraba convencido de que la continuidad del legado druida, que años atrás había temido dejar en manos de Yilda, se vería reforzada por el gran potencial que mostraba la joven hija del maestro constructor: junto a Gwendal, el salto generacional estaba asegurado.

Mientras tanto, en el seno del Consejo Druida los ánimos estaban en calma. Yilda había recibido de buen grado la nueva incorporación y la relación entre las tres discurría con la más absoluta cordialidad. No obstante, Yilda continuaba siendo un obstáculo que en algún momento Quinn tendría que sortear, pues ella era quien, por edad y experiencia, estaba destinada a sucederle de forma natural.

En el amanecer de una fresca y agradable mañana, los dos sacerdotes y sus jóvenes aspirantes se reunieron en el centro religioso para celebrar un breve ritual, aunque de especial importancia. Quinn había decidido aceptar definitivamente a Enya como miembro de pleno derecho, así como ascender a Gwendal al siguiente peldaño en la jerarquía.

Tomaron asiento alrededor de la hoguera y se dieron las manos formando un círculo. El sumo sacerdote comenzó con la ceremonia.

—A partir de hoy, Enya formará parte del Consejo Druida. En mi opinión, sus capacidades están fuera de toda duda y creo que así ha de ser.

Ninguna dijo nada. Quinn se levantó y cogió las dos túnicas que Morgana había tejido para la ocasión.

—Poneos en pie —se dirigió a las aspirantes.

En primer lugar, entregó a Gwendal la túnica roja que simbolizaba su entrada en la segunda etapa. Seguidamente, dejó sobre las manos de Enya la túnica amarilla de iniciada que luciría durante los primeros años de su aprendizaje.

—Hoy las dos afrontáis nuevos e importantes retos —les dijo—. Aceptadlos de buen grado y con responsabilidad. En el futuro estará en vuestras manos el destino de nuestra tribu. —Ambas asintieron—. Bien. Poneos las túnicas.

Finalizada la ceremonia, el nuevo Consejo Druida salió del poblado por el sendero norte hacia el río, donde pasearían y meditarían el resto de la mañana. Detrás de ellos, en la distancia, Kenny cabalgaba a lomos de Bric armado y vigilante, sin perder de vista a Gwendal un solo momento.

Aquel primer día de meditación fue complicado para Enya. Escuchar a Quinn hablar de los dioses, aprender a reconocer hierbas medicinales o estudiar el significado de esos extraños símbolos llamados runas parecía un trabajo sencillo. Sin embargo, dedicar el paso de las horas a mirar dentro de sí misma para conocerse en profundidad le resultaba más complicado.

El camino de regreso lo realizaron bordeando el río. Mientras Quinn y Yilda caminaban charlando sobre el día a día de la aldea, ellas se entretenían tocando, oliendo y recogiendo plantas que guardaban con cuidado en los pliegues de sus túnicas para poder practicar después el arte del secado, preparado y conservación. Enya aprovechó ese momento de intimidad para preguntarle a Gwendal sobre sus recientes inquietudes:

—¿Cómo consigues hacerlo? —dijo tímidamente.

Gwendal, agachada sobre una planta de romero, cortó el ramillete que acababa de elegir y la miró intuyendo el objeto de su duda.

—También me resulta difícil mirar dentro de mí —reconoció—. Llevo tiempo intentando controlar mi ira, pero no consigo encontrar la manera de librarme de ella. Supongo que algún día llegaré a conocerme lo suficiente como para hacerlo.

—Al menos tú sabes indagar. Yo ni siquiera soy capaz de eso —dijo Enya—. Quizá podrías enseñarme.

—No lo sé. —Gwendal puso el ramillete de romero en la mano de su hermana, le cerró el puño alrededor de él y continuaron su camino—. Lo que sí puedo hacer es mostrarte el lugar donde mis pensamientos encuentran la paz; mi roble. En medio del bosque, sentada junto a su tronco, soy capaz de liberar la mente como en ningún otro sitio.

Gwendal nunca le había hablado de ello, y cuando comenzó a contarle la historia, Enya escuchó con atención. Pero en el mejor momento de la conversación, se toparon con Brian y Kilian, que charlaban sentados en la orilla del río. Gwendal le hizo una señal a su hermana y se acercaron hasta ellos sin hacer ruido.

—¿Interrumpimos algo? —preguntó Enya. Las dos rieron.

Los muchachos se sobresaltaron y se giraron hacia ellas.

—Hemos bajado a probar una red de pesca que me ha hecho Morgana —explicó Kilian arrugando el gesto.

Gwendal observó el cubo de madera que tenían junto a la red y sonrió al comprobar que estaba vacío.

—Pues no parece que funcione muy bien —dijo con sarcasmo.

—El problema no es la red. No hemos visto un solo pez en toda la mañana. —Brian la miró con desdén—. Estoy seguro de que tú podrías hacerlo mejor —refunfuñó.

—Superar un cubo vacío no parece demasiado complicado. Como mínimo creo que empataría contigo.

—Adelante. —Brian se levantó y señaló hacia el remanso del río.

—Bueno. Al menos puedo intentarlo —dijo ella aceptando el reto.

Gwendal caminó hasta la orilla. Se arrodilló, remangó su túnica e introdujo la mano en el agua con la palma abierta. Cerró los ojos empapándose de las sensaciones que percibía a su alrededor y dirigió sus pensamientos hacia el frío que le envolvía la mano.

—Acercaos —susurró.

Multitud de peces aparecieron por todas partes; comenzaron a mordisquearle los dedos haciéndole cosquillas. Los tres se quedaron boquiabiertos. Kilian agarró la red y se preparó para lanzarla, pero

Gwendal removió el agua y los peces desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Por qué los has espantado? —preguntó Brian, enfadado—. Podríamos haber llenado varios cubos.

—No puedo hacerles eso, confían en mí. —Extendió la manga de su túnica y se secó la mano en la camisa de Brian—. Si quieres capturarlos, tendrás que hacerlo por ti mismo.

Quinn apareció en medio de la discusión para poner orden. Estaba visiblemente molesto con la actitud de los muchachos.

—¿Se puede saber qué ocurre esta vez?

—Gwendal nos está tomando el pelo —protestó Brian—. Hace venir a los peces y luego los espanta.

—¿Es eso cierto? —preguntó el druida.

—No exactamente… —dijo la joven con una sonrisa burlona.

Brian recogió el cubo de mala gana y emprendió el camino de regreso a la aldea.

—Vámonos a entrenar, estoy harto de ella —le dijo a Kilian. Se volvió hacia Gwendal y le afeó la conducta—: Algún día me convertiré en un importante guerrero y tus trucos no te servirán conmigo. —Echó la vista al frente y se largó dando grandes zancadas.

Gwendal no esperaba una reacción así. Por primera vez se daba cuenta de lo mucho que podía llegar a herirle. Se sintió muy mal consigo misma. Caminó hacia Quinn y se abrazó a él con el corazón en un puño.

—Se le pasará, no te preocupes —dijo Kenny subido a lomos de Bric—. Continuemos nuestro camino.

Gwendal miró a su tío en busca de consuelo.

—Brian se ve reflejado en su padre; quiere ser como él —dijo Quinn intentando dar sentido a lo ocurrido—. Cada vez que os peleáis, tú terminas pisoteándole el orgullo. Eso no es fácil de llevar para un chico de su edad.

—Y ahora, ¿qué hago?

—Nada. Kenny tiene razón, se le pasará. Deja de hacerle sentir ridículo y todo volverá a la normalidad. De lo contrario, cultivaréis una relación distante, llena de rencores.

—De acuerdo. —Gwendal se secó las lágrimas y buscó a Enya con la mirada—. Quiero enseñarle mi roble, ¿podemos ir? Solo será un momento.

—Creo que es una buena idea —contestó el druida—. Quizá así dejes de sentirte mal. Kenny os acompañará.

El grupo se separó en el inicio del acceso al poblado. Los druidas se despidieron y ascendieron por el sendero norte. Kenny se adelantó unos cuantos pasos en dirección al bosque seguido por las dos jóvenes.

El guerrero se detuvo junto al arroyo para refrescarse. Desde allí, a una distancia prudencial, las controlaba al tiempo que les permitía gozar de cierta privacidad. Gwendal y Enya charlaban a los pies del gran roble apoyadas en su tronco.

—Cuando vengo a este lugar me siento como si estuviese en mi verdadero hogar. A veces creo que este viejo árbol me conoce mejor que yo misma. —Gwendal acarició la mano de Enya. Se miraron a los ojos—. Quizá tú también encuentres algún día uno que te acoja.

—¿Cómo lo sabré?

—No debes preocuparte por ello, será él quien te elija. Si llega el momento, lo sabrás.

Gwendal pudo sentir durante un instante, y con claridad, la pureza del espíritu de su hermana; jamás le había sucedido aquello con ninguna otra persona. Atrapadas mágicamente la una en la otra, desearon permanecer siempre juntas. Acercaron sus labios instintivamente, cerraron los ojos y se besaron con ternura envueltas por la magia del momento.

De pronto, Gwendal notó unas pequeñas y puntiagudas garras trepándole por el brazo. Abrió los ojos y acarició a la ardilla que se había sentado en su hombro.

—¿Es amiga tuya? —preguntó Enya.

—Siembre viene a saludarme. —Gwendal extendió el brazo y el roedor corrió hasta la palma de su mano—. Le gusta mi presencia.

La ardilla observó a la desconocida ladeando la cabeza con curiosidad. Luego dio un salto y regresó al árbol asustada por la presencia de Kenny, que se acercaba a lomos de Bric.

—Ya casi es mediodía —dijo el guerrero—. Será mejor que regresemos antes de que Quinn envíe a alguien a buscarnos.

Los chicos llegaron a las puertas del poblado sudorosos por el esfuerzo de la subida: Brian, que seguía enfadado, había acelerado el paso y dejado atrás a Kilian, que intentaba calmarle sin demasiado éxito. Cuando atravesaron el corredor de acceso, caminaron hacia el centro de la aldea con la vista puesta en los hombres de Melvin, que realizaban sus ejercicios diarios frente al centro religioso.

—Venga, cambia ya esa cara —dijo Kilian en un último intento—. El numerito del río no tiene tanta importancia. El próximo día tendremos más suerte y pescaremos un montón de peces.

—No es por los peces, es por su arrogancia. —Los dos agarraron sus armas de madera—. Estoy harto de sus constantes muestras de superioridad, ¿quién se cree que es?

—Una pequeña druidesa —evidenció Kilian—. ¿Y tú?, ¿quién eres?

—Un guerrero —afirmó Brian con aplomo.

—Pues entonces, ¡deja de quejarte y lucha!

Kilian cargó ferozmente contra su amigo. Brian, sorprendido por el inesperado ataque, se cubrió con el escudo para repelerlo; retrocedió varios pasos desestabilizado y aturdido. Se recompuso y cargó contra él.

Kilian, menudo y astuto, se movía con agilidad. Una y otra vez esquivaba los golpes. Brian, robusto como su padre, utilizaba la potencia de su cuerpo bastante más que la inteligencia. Después de varios embates consecutivos, el hijo del gran jefe terminó exhausto mordiendo el polvo bajo la punta de la espada de su contrincante.

—Basta de juegos —vociferó Melvin acercándose a ellos—. Deja que se levante —ordenó a Kilian.

El muchacho dejó caer las armas al suelo y le tendió la mano a su amigo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Brian.

—Tu torpeza a la hora de combatir solo es comparable a la de Kenny —dijo Melvin—. A partir de ahora, entrenarás de vez en cuando con él; te enseñará a mejorar tu técnica. —Se giró hacia Kilian—. En cuanto a ti, recoge tus armas y acompáñame, vamos a hablar con tu madre.

Los dos muchachos caminaron cariacontecidos detrás del gran jefe. Después de la humillación de Gwendal en el río, Brian se sentía más estúpido aún por la reprimenda de su padre. Kilian, por su parte, iba imaginando la bronca de su madre cuando se enterase de que andaba jugando a ser guerrero en lugar de regresar a su hogar para terminar las tareas pendientes.

Linett se encontraba de pie junto a su cama doblando ropa. Cuando les vio entrar, puso los brazos en jarra y fulminó a su hijo con la mirada.

—¿Se puede saber dónde te habías metido?

—Yo… —Kilian agachó la cabeza reconociendo su error—. Estaba entrenando con Brian.

—¿Entrenando? Tu sitio está aquí, conmigo.

—Lo sé, pero me gusta pelear. Quizá algún día llegue a ser guerrero.

—Te entiendo —asintió Linett bajando la guardia—. A todos los niños os pasa igual; empezáis tomándolo como un juego y después llega la frustración. Será mejor que no te hagas ilusiones, eres un aldeano.

Soltó el montón de ropa que se disponía a colocar y caminó hacia él.

—Tu hijo tiene razón —intervino Melvin.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Linett, desconcertada.

—Kilian es hábil con la espada, rápido e inteligente. Tiene aptitudes que me gustaría explotar. Si no ves inconveniente, quiero comenzar a instruirle junto con Brian.

—¿Inconveniente?… —A Linett se le saltaron las lágrimas. ¿Cómo iba a negarse? Ver a su hijo bajo las órdenes de Melvin sería un

orgullo tan grande que todavía no podía creerlo—. No, no, no lo veo, claro que no. —Se agachó y abrazó a Kilian.

Yilda entró en su choza encapuchada y con cara de pocos amigos. Llena de rabia, se despojó de su túnica y la lanzó a un rincón.

—Maldita seas —murmuró sentándose junto al fuego, desnuda. El tiempo pasaba rápido y Gwendal crecía como mujer y como druidesa —. Tarde o temprano llegará mi oportunidad de alcanzar el poder, de suceder a Quinn —se recordó inyectándose una pequeña dosis de motivación—. Debo mantener la calma.

Pero lo cierto era que pasados casi tres años desde la muerte de Brent, la sacerdotisa no había encontrado ni un solo punto débil en el cada día más viejo gran druida.

Por el momento, la irrupción de Enya no suponía una amenaza para ella. No obstante, se mantenía alerta procurando guardar las apariencias. Día a día se esforzaba en serenar los ánimos y mantener la cabeza fría, pero los últimos cambios en el Consejo Druida no auguraban un buen porvenir para sus aspiraciones y la impotencia y la frustración empezaban a hacer una grave mella en su espíritu.

—Brent… —musitó en la penumbra.

A todos sus males se unía la imagen de aquel personaje que le resultaba tan desagradable introduciendo un dedo en su sexo. No le odiaba por ello, pues el placer que le había proporcionado había sido sincero. Lo que realmente la carcomía por dentro era el hecho de que él hubiera sido el último hombre con el que había tenido

contacto. Comenzaba a darse cuenta de que la falta de relaciones sexuales le pasaba factura hasta el punto de nublar su mente.

En la soledad de su choza encendió una vela. La dejó cerca, se tumbó sobre la cama y cerró los ojos. Una de sus manos se deslizó por el vientre hasta alcanzar el palpitante sexo. «Brent…». Abrió las piernas y se acarició. Pero necesitaba más. Agarró la vela, la apagó de un soplido y se masturbó con ella mientras se imaginaba en el cobertizo siendo penetrada por él.

De vuelta a la realidad, se dijo una y otra vez que no permitiría a nadie interponerse en su camino. Esperaría cuanto hiciese falta y, llegado el momento, ocuparía el puesto que le correspondía por derecho, aunque durante ese tiempo tuviese como única compañía un falo de cera; tal era el trastorno de su mente, la soledad de su persona y la oscuridad de su espíritu.



Viéndoles entrenar los últimos días, Melvin se convenció de que no estaba equivocado con Kilian. Aunque Brian era más corpulento, el hijo de Owen jamás se amedrentaba y siempre conseguía sacar lo mejor de sí mismo. La única carencia del muchacho era la fuerza, algo importante, pero que con toda seguridad Sayer podría solucionar.

Cerca del mediodía, el gran jefe divisó al maestro constructor desde su puesto de mando en la puerta del centro religioso. Con un silbido le dio el alto y caminó hacia él dejando a Kenny al mando de los entrenamientos.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Sayer.

—Me gustaría que Kilian trabajase contigo.

El maestro arrugó el gesto extrañado por la petición.

—Creía que había ingresado en tus filas.

—Y así es —corroboró Melvin—. Le convertiré en un guerrero, pero anda un poco justo de fuerzas. He pensado que quizá una temporada acarreando piedras junto a tus hombres le pondrá en forma.

—Los trabajos en la muralla sudeste están prácticamente terminados. No obstante, después de Samhain comenzaremos la última parte de la remodelación en el portillo alto; para entonces podrá venir.

—Bien —dijo Melvin, satisfecho por el acuerdo—. Así lo haremos.

El gran jefe regresó a los entrenamientos y tomó asiento junto a Kenny. En su ausencia, el joven guerrero dirigía a sus hombres con acierto, por lo que se mantuvo en silencio.

—Los muchachos aprenden rápido —comentó Kenny señalando a Brian y a Kilian.

—Hace no mucho tiempo yo os miraba a ti y a Eirian del mismo modo que tú les miras ahora a ellos. —El gran jefe sonrió—. La vida pasa deprisa, no tardarán en convertirse en hombres.

—Espero que tengan más suerte que él —dijo Kenny pensando en su amigo.

—Yo también lo espero. —Melvin se mostró apesadumbrado. Alzó la mirada y volvió a posarla sobre los chiquillos—. Creo que ha llegado el momento de que tengan sus propias armas. —Se puso en pie y caminó hacia su choza—. Continúa ocupando mi lugar. Voy a solucionarlo.

Poco después, el gran jefe apareció con dos viejas espadas bajo el brazo camino de la choza del herrero.

Como de costumbre, Erwin trabajaba en la elaboración de pequeñas herramientas en la fragua de su corral. Melvin se detuvo a su lado y apoyó las espadas en el muro.

—¿Quieres que las repare o me las traes como material para otra cosa? —preguntó el anciano.

—Son para Brian y Kilian. Quiero que las fundas y hagas dos espadas nuevas idénticas.

Erwin agarró una de ellas por la empuñadura, la sopesó y observó el filo desgastado.

—Un buen material —comentó—. Mañana mismo me pondré con ellas; forjar cuchillos y azuelas ya no despierta mi interés.

—Me gustaría tenerlas listas en Lughnasadh; será el regalo perfecto para el noveno cumpleaños de Brian.

—Por supuesto. Hay tiempo más que suficiente.

Por primera vez, Enya llegaba tarde a las clases de Quinn. Ese día había remoloneado en exceso en la cama dándole vueltas al asunto del roble.

En numerosas ocasiones había bajado al valle a pasear en busca de uno que la acogiese, pero por mucho que se esforzaba, no conseguía sentir nada especial con ninguno. «Quizá no lo encuentre nunca», pensó mientras atravesaba el poblado de un extremo a otro camino de la choza del gran druida.

Además de ese, otro asunto la tenía sumida en un quebradero de cabeza: si las personas podían llegar a estrechar lazos con un árbol,

¿qué eran ellos exactamente?, ¿formaba toda la tribu parte de la Madre Tierra?, ¿de dónde venían? Tres cuestiones que podían resumirse en una sola: ¿quiénes eran los amanos?

Al abrir la puerta de la choza encontró a Quinn y a Gwendal sentados en el suelo; la esperaban para comenzar la lección. Caminó hacia ellos y se sentó junto a su hermana.

Esa mañana, Quinn la dedicó a hablarles de los dioses, de sus funciones y de la estrecha relación que mantenían con la Madre Tierra. A Enya no dejaba de sorprenderle que unos seres a los que no podía ver, tocar u oír gobernaran todo cuanto les rodeaba, aunque confiaba en que el tiempo le ayudaría a comprender. «Has de tener fe», solía decirle Quinn para que no cayera en el desánimo.

Como cada día, el druida reservó los últimos minutos de la clase para que sus jóvenes pupilas preguntasen libremente cualquier duda. Enya decidió exponer las suyas y tomó la palabra en primer lugar:

—¿Cuáles son los orígenes de nuestro pueblo? Allen nunca me habló de ello.

Quinn no esperaba que a su corta edad Enya tuviese esas inquietudes vitales. Sin embargo, no se vio sorprendido, pues el espíritu de la muchacha se mostraba cada vez más despierto. Les pidió a ambas que escuchasen con atención y comenzó a relatarles la historia de su tribu hasta donde él conocía.

Como el resto de los pueblos del norte de la Península, los amanos tenían un antepasado común del que todos ellos eran descendientes. En su caso era Amara, una heroína que lideró a un grupo de autrigones en busca de nuevos horizontes a través de las desconocidas montañas costeras, donde se hizo con el dominio de la

escarpada peña y fundó Flaviobriga. A su vez, Amara y sus gentes descendían de Artai, padre del pueblo de los autrigones, y todos ellos provenían de Brigo, primer morador de las tierras del norte.

—¿Y cuáles son los orígenes de Brigo? —preguntó Enya, fascinada por el relato.

—Nadie lo sabe con exactitud —admitió el druida—. Seguramente provenía de algún lugar al otro lado de las grandes montañas del nordeste.[7]

—¿Y qué hay tras esas montañas? —preguntó Gwendal.

—Otros muchos pueblos de los que solo he oído hablar a mis predecesores en el sacerdocio —dijo Quinn haciendo un ademán de desconocimiento—. Parece ser que la cultura y las costumbres de esas tribus se asemejan a las nuestras, pero no puedo asegurarlo pues jamás les he visitado.

—Entonces, si todos somos hijos de Brigo, ¿quién era su mujer? —A Enya no le salían las cuentas.

Quinn torció el gesto al escucharla. Agarró su vara de avellano y se puso en pie.

—Con esta son ya demasiadas cuestiones para las que no tengo respuesta. Hemos terminado por hoy.

En ese momento apareció Morgana con un hatillo de ropa limpia al hombro y un pedazo de cuero en la mano. Había aprovechado una buena pieza de los restos con los que había fabricado los cinturones de Sayer para hacerle a Gwendal un brazalete grueso y resistente.

—He pensado que te vendría bien usarlo con Guick —dijo la partera—. No lo romperá con las garras con tanta facilidad como hace con las telas.

—¡Es perfecto! —exclamó Gwendal—. Vayamos a probarlo a lo alto de la torre. —Agarró a Enya de la mano y echaron a correr.

—Esperad un momento —las detuvo Quinn—. Iré con vosotras.

En el centro de la aldea, los guerreros recogían sus cosas después de la jornada de entrenamientos. Los tres pasaron de largo sin prestarles la más mínima atención y fueron directamente al acceso norte. Allí se encontraron con Yanis, que les visitaba otro año más pocos días antes de Beltane. Al verle, el gran druida se apresuró a recibirlo.

—Subid vosotras —les dijo a las muchachas—. Os esperaré aquí abajo.

En la cima de la torre, el viento estaba en calma. El sol se colaba entre las nubes con fuerza. A un lado podían ver el recinto amurallado casi por completo; al otro, las vistas del gran valle impresionaban incluso a quienes acostumbraban a subir. Gwendal y Enya cruzaron la azotea hasta la esquina norte y allí, atentas, miraron hacia el cielo en busca del halcón, pero no se le veía por ninguna parte.

—Supongo que ya solo te sigue cuando sales del poblado —sugirió Enya.

—Te equivocas. —Gwendal miró de nuevo a su alrededor—. Está cerca, puedo sentirlo. —Cerró los ojos y visualizó su imagen—. Ven —dijo estirando el brazo.

Guick apareció con un vuelo rasante colina arriba. Como Gwendal pensaba, el halcón se encontraba cerca, pero no en las alturas, sino en el suelo alimentándose de una paloma. Aleteó frente a ellas y se posó en el brazo de la joven druidesa.

—Te dije que andaba por aquí —dijo acariciándole el pico con el dedo.

Enya se quedó pasmada. Jamás había conocido a nadie con las habilidades de su hermana.

—Es impresionante verlo de cerca. ¿Puedo tocarlo? —preguntó tímidamente.

—Claro que sí. Pero haremos algo mejor. —Gwendal miró a los ojos negros de su pequeño amigo y alzó el brazo—. Puedes confiar en ella. Vuela —le dijo.

Guick se elevó sobre sus cabezas y planeó haciendo círculos. Gwendal le ofreció el brazalete a su hermana.

—Póntelo.

Enya se lo colocó y estiró el brazo con inseguridad. Guick descendió confiado y se posó sobre ella.

—Intenta estar tranquila. Si nota tensión en ti, se asustará y se marchará.

—¡Uau! —exclamó Enya—. Sentir su peso es una experiencia increíble.

—Lo es —asintió Gwendal, animosa.

La trampilla de acceso a la azotea se abrió y golpeó el suelo con un estruendo. Guick, asustado, echó a volar. Brian y Kilian aparecieron por el hueco.

—¿Se puede saber a qué habéis venido? —protestó Gwendal.

—Hemos visto un halcón merodeando por aquí —dijo Kilian buscándolo con la mirada.

—Acaba de marcharse, le habéis asustado —les reprochó Enya.

—¡Bah! —Brian restó importancia gesticulando con desprecio—. Solo es un estúpido pájaro.

Al escucharle, Gwendal se sintió hervir por dentro. «¿Cómo que un estúpido pájaro?». Caminó hacia Brian y le plantó cara señalándole con el dedo.

—¡Tú sí que eres estúpido! —le gritó—. ¡Para ti no existe nada importante más allá de tus ridículas armas de madera!

—¿Cómo te atreves a decir que son ridículas? —Brian dio un paso atrás y apartó de un manotazo el dedo acusador de Gwendal—. Retira ahora mismo lo que acabas de decir. ¡No soy ningún estúpido!

—¡Sí que lo eres! —gritó de nuevo.

Gwendal le dio un empujón y le tiró al suelo. Lo miró con odio y se marchó corriendo escaleras abajo.

Cuando llegó junto a su tío, las lágrimas inundaban su cara. Quinn, al verla, aparcó la conversación que mantenía con Yanis para consolarla.

—¿Se puede saber qué os pasa a vosotros dos? —preguntó el druida—. Acabo de ver subir a los muchachos e instantes después apareces tú llorando.

—Brian es un imbécil. No lo soporto. ¡Lo odio!

Tras el desagradable episodio en la torre, Quinn y Yanis regresaron a la choza del druida escuchando compungidos por boca de Gwendal el relato de lo ocurrido. Quinn intentó restar importancia a la discusión para que su sobrina se sintiese mejor, pero rápidamente se dio cuenta de que negar la realidad solo conseguía agravar las cosas. Empezaba a pensar que, a pesar de haber quedado unidos por su nacimiento, Brian y ella jamás se llevarían bien.

Cuando Gwendal por fin se tranquilizó, se sentaron a la mesa. Quinn sirvió pan de centeno, queso y un guiso de buey con

arándanos que inundó la choza de un intenso aroma frutal. Por primera vez, y dejando claro que no podía convertirse en costumbre, llenó también el cuenco de su sobrina con un poco de vino.

Gwendal masticaba y bebía con el estómago aún cerrado mientras el druida y el comerciante se ponían al día acerca de los últimos tres años en Flaviobriga, en Emporion y en las islas al otro lado del mar entre las tierras.

—El año pasado, Roma doblegó a los púnicos —dijo Yanis—. Sikelia ya es oficialmente una provincia romana y pronto harán lo propio con Cyrnos[8] y Shardan.[9]

—¿Crees que lo conseguirán? —preguntó Quinn apoyando los brazos en la mesa.

—Roma está en plena expansión, no se detendrá. Además, Cartago ha quedado muy debilitada tras la guerra de Sikelia.

—No creo que debamos preocuparnos por eso. —El druida levantó su cuenco y bebió un trago de vino—. Esos conflictos quedan muy lejos.

—Ignoro hasta dónde serán capaces de llegar. Lo que sí sé es que conquistan pueblos con pasmosa facilidad y absorben sus culturas sin problema. Temo que un día pongan la vista en la Península e intenten anexionarla como otra provincia más. Quizá ninguno vivamos para verlo, las conquistas son largas. Pero tarde o temprano sucederá.

Esa última afirmación de Yanis dejó pensativo a Quinn, que agarró su vara y se puso en pie.

—Échate en la cama —le dijo a Gwendal, que dormitaba sentada por culpa del vino—. Nosotros saldremos a dar un paseo para bajar la comida.

La misión de un sacerdote iba mucho más allá de los aspectos religiosos, Quinn lo sabía muy bien. Era plenamente consciente de que el destino de los suyos estaba en sus manos, pues había sido elegido para guiar a sus espíritus con un único objetivo: garantizar la supervivencia de la comunidad y protegerla con la vista puesta en el futuro, pensando en las generaciones venideras.

Mediada la tarde, el centro de la aldea aparecía desierto ante la vista de los dos amigos. Los guerreros, cansados de entrenar durante la mañana, descansaban en sus chozas con las barrigas llenas y las mentes enturbiadas por la cerveza. Los aldeanos, incansables, trabajaban la tierra en el valle norte o se dedicaban a sus oficios resguardados del creciente calor que anunciaba la próxima llegada de samos.

Encapuchado para protegerse del sol, el gran druida levantó la vista y lentamente recorrió con la mirada el recinto amurallado. Sayer y Melvin, que regresaban de visitar las obras, aparecieron en ese momento por la valla del recinto interior de ganado.

—La muralla sudeste está terminada —anunció el maestro constructor—. Bajábamos a buscarte para dar el visto bueno antes de retirar definitivamente los andamios.

—Subamos —dijo Quinn. Se volvió hacia Yanis—. Ven con nosotros, te mostraremos de lo que somos capaces.

Los cuatro emprendieron el duro ascenso entre los bueyes, caballos y cerdos que campaban por todas partes indiferentes a su presencia. A medida que avanzaban, Yanis contemplaba con admiración la majestuosa obra que tantos años de esfuerzo les había costado. Cuando estuvieron al pie del muro, el comerciante observó

el lienzo de un lado a otro y de arriba abajo, impresionado por las dimensiones.

—Por aquí —dijo Sayer señalando la escala del extremo norte.

Una vez arriba, las vistas de las montañas que flanqueaban el valle sur encogieron el estómago del comerciante, que procuraba no acercarse al borde por temor a caer empujado por el viento. Quinn, envuelto por la magia del momento, cerró los ojos y extendió los brazos exponiéndose a los golpes de aire que azotaban su túnica con violencia. Finalmente, dio media vuelta y les miró satisfecho.

—Lo hemos conseguido —dijo orgulloso a los dos jefes. Rodeó los hombros de Yanis con el brazo y comenzó a caminar hacia la escala —. Este año viajaré contigo a Vindeleia y hablaré con Gaela sobre las noticias que traes. Gwendal vendrá con nosotros.



En el recinto interior todo estaba preparado para la demostración de virilidad ante Brígida. El tronco del chopo, engalanado ya con sus cintas de colores, reposaba sobre tres soportes de madera en espera de ser clavado en su agujero.

Ese año, Kenny y Eirian celebraban Beltane con especial emoción. Alanys había tenido varias faltas, y aunque su barriga apenas mostraba cambios, estaban ilusionados por el más que probable embarazo. La pareja guardaba el secreto hasta el momento de partir hacia las montañas, pero Eirian había sido incapaz de ocultárselo a su amigo.

No muy lejos de ellos, apartadas del bullicio de la fiesta, Myrna y la posible embarazada charlaban en privado. Los ojos de Alanys

brillaban de felicidad mientras Myrna le pasaba la mano por el vientre deseándole fuerza y salud a la nueva criatura; unos sinceros deseos que comenzaba a querer para ella misma, pues en su espíritu empezaba a instalarse el ánimo de ser madre también.

—Quizá pueda parecerte una locura —dijo Myrna en el oído de Alanys—, pero al frotar tu barriga he podido sentir al bebé.

Alanys alzó la vista hacia ella sin poder evitar las lágrimas.

—¿Qué has notado?, ¿está todo bien?

—Está todo bien —afirmó Myrna, sonriente—. No sé por qué, pero su energía me ha invadido durante un instante. Es una criatura muy especial.

—Tú también eres una persona muy especial, quizá esa sea la razón. —Alanys se abrazó a su amiga—. Estoy convencida de que el destino tiene reservadas grandes cosas para ti.

Al punto, Alanys se apartó de ella con la cara desencajada. Se agachó y vomitó. Myrna reaccionó rápido, le apartó el pelo de la cara y la ayudó a incorporarse.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Creo que son los nervios del viaje; pronto partiremos hacia las montañas.

—Vamos. —Myrna tomó su mano y la condujo hacia el tumulto que vociferaba insuflando ánimos a los jóvenes que comenzaban a levantar el chopo—. Será mejor que Eirian te acompañe a vuestro hogar, necesitas descansar.

Los dos pastores regresaron a su choza de inmediato. Myrna, agarrada al brazo de Kenny, les observó alejarse en medio de la noche.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó este con evidente preocupación.

—Ha vomitado toda la cena. Si le quedaba alguna duda sobre su embarazo, acaba de disiparla.

Kenny miró a su esposa a los ojos. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al ver su cara iluminada por las llamas de la hoguera. La agarró por las caderas y la elevó dos pies por encima del suelo para besarla.

—Siento interrumpiros —dijo Melvin deteniéndose junto a ellos con gesto serio—. Tengo que hablar contigo.

Kenny, sonrojado, devolvió a su chica a tierra firme y trató de disimular la escena.

—No tiene importancia. Continuaremos después, en la cama —dijo Myrna riendo—. Os dejaré a solas. —Buscó a Gwendal entre el gentío y caminó hacia ella echando la vista atrás, deseosa de que terminara la fiesta.

—Por la mañana, Quinn y Gwendal viajarán a Vindeleia con Yanis —expuso el gran jefe—. Quiero que te prepares. Partirás con ellos.

—Pero… —Kenny cambió la expresión de su cara mientras observaba a su esposa en la distancia.

—No hay peros. Sé que no deseas separarte de Myrna. Pero tienes una promesa que cumplir.

—Está bien. Al amanecer estaré listo.

—¿Qué quería Melvin? —preguntó Myrna.

Después de que lo dejara a solas con el gran jefe no habían vuelto a coincidir en toda la noche; Kenny pasó el resto de la velada

bebiendo y festejando con los demás guerreros y ella estuvo en compañía de Gwendal, quien le contó con expectación la aventura que iba a emprender junto a su tío.

De regreso a su choza caminaban agarrados, él con paso inseguro a causa del vino y ella tratando de guiarle para que no tropezase.

—Me ha ordenado escoltar a Gwendal durante el viaje a Vindeleia. No puedo negarme.

—Imaginé que se trataría de eso —resopló Myrna, aferrada a su brazo—. No deseo que vayas, pero entiendo que es tu obligación. Supongo que no hay nadie mejor que tú para cuidar de ella.

—No, no lo hay —corroboró Kenny, orgulloso de sí mismo.

En el interior de su hogar el fuego era poco más que un montón de rescoldos incandescentes. Kenny se lavó la cara en el caldero de la entrada y arrojó un puñado de leña. Luego se sirvió vino en una de las calaveras y le dio un buen trago sorbiendo por la nuca. Myrna lo miró desde la cama, ya desnuda.

—Nunca te había visto beber tanto.

—Es una noche especial. —Kenny apartó la vista de la calavera y contempló de soslayo el cuerpo delgado de su esposa—. Tranquila, no temas por el vino que corre por mis venas, no voy a comerte.

Myrna caminó hacia él con los ojos entornados y la entrepierna húmeda.

—Sé que darías tu vida por mí —le dijo pasando la mano por su mejilla. Se puso de puntillas y le besó el cuello—. Lo único que temo es que algo no funcione por aquí abajo.

Metió la mano por dentro de su pantalón y tanteó para comprobar el estado de lo que la tela ocultaba. Después le quitó la camisa y la tiró al suelo.

—Esta noche voy a ser yo quien te coma —musitó.

Myrna acarició el pecho de su esposo sintiendo la tensión de sus músculos bajo las palmas de las manos. Le besó cada centímetro de piel hasta llegar al cordón del pantalón. Deshizo el nudo y lo dejó caer junto a la camisa.

—Sí que funciona —susurró deseosa contemplando el miembro enhiesto.

Kenny se sentía fuera de sí. Apuró la calavera y la arrojó al suelo.

—¿Vas a…? —Intentó formular la pregunta, pero un gemido no le permitió terminar la frase.

—Voy a…

Myrna abrió la boca y lo engulló lentamente, una y otra vez, acompasada por las manos de Kenny, que jugueteaban entrelazadas con su pelo.

—Para. Necesito sentirme dentro de ti —alcanzó a decir el guerrero.

Myrna se puso en pie. Él se agachó para besarla, la agarró por las caderas y la levantó. Ella le rodeó con las piernas.

—Te amo —jadeó Myrna.

—Te amo —balbució Kenny.

Empujó hasta el fondo, aceleró el ritmo, la hizo gritar. Sus gemidos podían oírse desde cada punto de la aldea, pero no les importó. Ella cerró los ojos, se dejó llevar, le besó, le abrazó, le sintió en lo más profundo de su ser y finalmente rozó el cielo con la punta de los dedos. Él tampoco aguantó más y se derramó en su interior.

Exhausto, Kenny la llevó en volandas hasta la cama.

—No queda mucho para el amanecer —dijo Myrna con la cabeza apoyada en su pecho—. ¿Tardarás en volver?

—Regresaremos en un par de semanas.

—Ya te echo de menos.



Kenny fue el primero en salir de su choza; esa mañana, la tribu aún estaba resacosa en la intimidad de los hogares. Camino del recinto interior solo pensaba en la mujer que dejaba atrás profundamente dormida. Un hatillo de comida colgado del hombro, su espada en una mano y el arco en la otra conformaban todo su equipaje.

Poco después regresó a la aldea a lomos de Bric. Llevaba atado con una cuerda un imponente caballo negro que les seguía el paso. Junto a la torre norte, la carreta del comerciante estaba preparada y varios aldeanos terminaban de amarrar los bueyes a la yunta. Morgana, subida en lo alto, acomodaba a Gwendal en el asiento de madera y le deseaba buen viaje. Quinn, Melvin y Yanis mantenían una conversación.

—Debéis intentar alcanzar el paso de las montañas al atardecer —le decía el jefe guerrero al comerciante—. Allí estaréis más seguros que en los bosques del valle. De todos modos, si os cruzáis con algún buscavidas, Kenny se encargará de él.

—No debes preocuparte —dijo el druida despidiéndose de él con un abrazo—. Recuerda que yo viajo también.

Los druidas de túnica blanca eran temidos y respetados por todas las gentes, no solo por los miembros de su propia tribu. Como sumos sacerdotes, gozaban del privilegio de poder cruzar tierras vecinas sin que nadie pusiese impedimento alguno.

—He realizado este viaje decenas de veces —dijo Yanis—, y jamás he tenido ningún percance.

—De todos modos, manteneos alerta. —Melvin agarró por la cuerda el caballo que traía Kenny y se lo entregó a Quinn, que lo recibió con sorpresa.

—Es un honor que me ofrezcas a Bronco —dijo el druida subiendo a lomos del semental.

—Te llevas mi mejor caballo y a mi mejor hombre —clamó orgulloso el gran jefe—. Ellos cuidarán de vosotros y os traerán de vuelta.

—Gracias, fiel amigo. —Quinn echó la vista atrás y observó el sol alzándose en el horizonte—. Partamos ya, no tenemos tiempo que perder.

Melvin hizo un gesto con el brazo al guerrero que se encontraba haciendo guardia sobre el muro del corredor y le indicó que abriera las puertas. El gran druida avanzó en primer lugar seguido de Kenny. Detrás de ellos, los bueyes empezaron a tirar de la carreta alentados por Yanis. Gwendal, en el asiento de madera, se agarró a una de las tablas para resistir los traqueteos a lo largo del escarpado sendero de bajada.

Poco antes del anochecer, alcanzaron las cumbres y localizaron un claro para acampar. Mientras se instalaban, Kenny dio una vuelta de reconocimiento por las inmediaciones y se aseguró de que el paso de las montañas estaba despejado. Guick, en las alturas, volaba en círculos en busca de un lugar para posarse.

Allí, muy cerca de la cabaña de los pastores que Eirian y Alanys pronto ocuparían, Gwendal pasó su primera noche fuera de las

murallas de Flaviobriga, enrollada en una manta de lana y con su propia túnica por almohada.

Casi nadie se adentraba más allá de las montañas y los largos días de camino resultaron ser tan cansados como solitarios. En la última jornada de viaje, sentada en la carreta, Gwendal contemplaba fascinada junto a Yanis el paisaje que formaban las inmensas llanuras que ya les rodeaban.

—¿Hasta dónde llega el mundo? —preguntó mirando al horizonte.

—Esa es una buena pregunta —observó el comerciante.

Al escucharles, Quinn y Kenny frenaron el paso de sus caballos y se colocaron uno a cada lado de la carreta para seguir la conversación.

—Aunque no lo creas —continuó Yanis—, el mundo no termina nunca.

Gwendal intentó asimilar aquella afirmación. Se sintió abrumada por un concepto que no comprendía: ¿cómo algo podía no terminar nunca?

—La tierra es redonda —dijo el comerciante—. Si caminases sin parar en una misma dirección, llegarías de nuevo al punto de partida.

—¿Redonda? —preguntó Gwendal—. Eso no puede ser.

Yanis sonrió al ver su cara de asombro y buscó un ejemplo con el que pudiese comprenderlo.

—Imagina que subes una colina. Mientras caminas hacia la cima no puedes ver el otro lado, ¿cierto?

—Así es —asintió Gwendal ante la evidencia de sus palabras.

—Eso es porque la propia forma redondeada de la colina impide que veas la ladera opuesta; exactamente lo mismo que ocurre en nuestro mundo. No tienes más que observar el mar desde la playa para llegar a la misma conclusión.

—¿Nuestro mundo? —preguntó de nuevo Gwendal—. ¿Acaso existen otros?

Yanis sintió ternura ante su inocencia y sus ansias de conocimiento.

—Esta noche —le dijo—, antes de irte a dormir, observa el cielo e intenta responder por ti misma a esa pregunta.

—¿Es eso cierto? —Gwendal giró la cabeza hacia su tío.

—A mí me ha convencido —respondió Quinn—. Piénsalo.

—Eso son tonterías —refunfuñó Kenny—. Centrémonos en lo que tenemos por delante; estamos llegando a Vindeleia.

En el horizonte se intuía ya el recinto amurallado del gran poblado autrigón. Los estómagos de Kenny y Gwendal se encogieron ante la expectativa de entrar por primera vez en una aldea distinta a la suya.

La llanura en la que se encontraba, la muralla continua y la ausencia de acantilados conferían a Vindeleia un aspecto diferente al de Flaviobriga, aunque el concepto defensivo era muy similar. Los muros que la rodeaban alcanzaban también los seis pies de altura, estaban coronados por una empalizada y se doblaban sobre sí mismos para conformar el corredor de acceso principal. Junto al gran portón de entrada se alzaba una torre vigía de no más de quince pies hasta la cima, de planta circular y rematada por varios muretes de piedra que proporcionaban ventaja a los guardias sobre

los visitantes al tiempo que les servía de resguardo ante un ataque eventual.

La comitiva se detuvo a una distancia prudencial del portón. Quinn se adelantó y levantó la vista hacia el guerrero que les observaba entre dos de los muretes de la torre.

—¿Qué os trae a Vindeleia, gran sacerdote? —preguntó el guardia.

—Soy Quinn de los amanos. Me acompañan mi sobrina, uno de nuestros guerreros y Yanis, comerciante griego sobradamente conocido por estas tierras. Deseo ver a Gaela.

—Te recuerdo, Quinn de los amanos, un día fuiste de los nuestros. —El guardia bajó de su atalaya y recorrió el muro para abrir el portón—. Podéis entrar. Sois bien recibidos.

El corredor de acceso despedía olor a aire viciado. Yanis condujo los bueyes con sumo cuidado intentando que las ruedas de la carreta no rozasen con las paredes. Por delante de ellos, Quinn y Kenny avanzaban cautos a lomos de los caballos. Y en medio de aquella fresca umbría, Gwendal tiritaba de frío; deseaba ver el sol en el otro extremo cuanto antes.

En el interior de las murallas las diferencias entre Vindeleia y Flaviobriga se hicieron más notables todavía. Lo primero que llamó la atención de Gwendal fue el bullicio, había gente por todas partes. También se fijó en la topografía del lugar, bastante más llana y cómoda para transitar de un punto a otro. De la entrada principal partían tres caminos que después se bifurcaban en otros tantos configurando un intrincado laberinto atestado de chozas. Gwendal pensó que, como mínimo, el número de estas triplicaría al de la pequeña aldea de los amanos.

La distribución de la población era muy similar a la que conocía. Alrededor del centro se situaban las chozas de druidas y guerreros. Las de los aldeanos quedaban más retiradas; se distinguían con facilidad por las herramientas de distintos oficios que aparecían diseminadas por los corrales. Gwendal llegó a la conclusión de que Vindeleia no dejaba de ser lo mismo que Flaviobriga, solo que más grande.

Próximos al centro religioso, en el corazón del poblado, la joven druidesa preguntó a Yanis cómo se las arreglaban para gobernar tamaña comunidad. La respuesta fue muy simple: el sistema jerárquico era el mismo que el de los amanos. En ese momento, Gwendal fue consciente de la importancia del cumplimiento de las normas.

Gaela, avisado por los guardias, les esperaba en la puerta de su choza junto a su hijo, un joven de diez años de edad que lucía una túnica roja similar a la de Gwendal, símbolo de su posición dentro de la carrera sacerdotal. Los dos observaban sonrientes la llegada de sus inesperados invitados.

Quinn fue el primero en desmontar. Caminó hasta su primo acompañado de Gwendal y se fundió en un abrazo con él. Después se agachó para besar al joven en la frente.

—¡Cómo has crecido, pequeño! —exclamó rascándole la cabeza—. La última vez que nos vimos apenas tenías unos días de vida; fue un honor para mí que tu padre me pidiese asistir a tu parto.

—Desde entonces no has vuelto a pisar nuestras tierras —dijo Gaela—. Por fin os conocéis como es debido.

—Ya sabes la razón por la que no he salido de Flaviobriga en todos estos años —repuso Quinn mirando orgulloso a Gwendal. Tomó su

mano y la acercó para presentarla—. Dailin, esta es mi sobrina, Gwendal. Estoy seguro de que os llevaréis muy bien.

—Hablemos en mi choza. —Gaela les invitó a entrar—. Un par de guerreros se ocuparán de vuestros animales.

Dentro se encontraron con Kelly, la esposa de Gaela y madre de Dailin. Quinn se apresuró a saludarla.

—Estás igual que la última vez que nos vimos —le dijo mirándola de arriba abajo.

—No puedo decir lo mismo de ti —replicó Kelly con una sonrisa—. Tu pelo se ha vuelto completamente blanco.

—Sentémonos a la mesa —sugirió Gaela—. Debéis de estar hambrientos.

La comida giró en torno al motivo de la visita. Quinn y Yanis expusieron las noticias provenientes de oriente y el comerciante argumentó sus inquietudes. Los dos druidas debatieron largo y tendido, y llegaron a la conclusión de que las lejanas batallas entre romanos y púnicos tardarían generaciones en llegar a sus tierras, si es que lo hacían algún día.

—Mi opinión sigue siendo la misma —dijo finalmente Quinn—. Creo que de quien debemos preocuparnos es de los cántabros y los caristios.

—Estoy de acuerdo —asintió Gaela—. Este año tengo intención de visitar Uxama Barca y Deóbriga; hablaré con sus druidas y les transmitiré nuestras reflexiones.

En un extremo de la mesa, completamente ajenos al debate, Gwendal y Dailin terminaban la comida inmersos en su propia conversación. Cada uno habló de su aldea y de sus gentes y compartieron impresiones acerca de cómo era la vida en sus lugares

de procedencia, tan lejanos y distintos entre sí. No tardaron en darse cuenta de que congeniaban a la perfección.

—¿Podemos salir afuera? —preguntó Gwendal tras dar el último bocado a una manzana—. Dailin quiere enseñarme la aldea.

—Está bien —aceptó Quinn—. Pero Kenny irá con vosotros.

—Claro, llevaremos los arcos —dijo el guerrero agarrando el suyo —. Me apetece practicar un poco.

Los chicos salieron por la puerta. El resto continuaron la sobremesa degustando el aguamiel que Kelly acababa de servirles en unos cuencos de madera.

—¿Hasta cuándo os quedaréis? —preguntó la esposa del gran druida.

—Yo no tengo prisa —dijo el comerciante—. Espero poder dejar aquí gran parte de mi mercancía.

—Nosotros descansaremos solo dos noches. Partiremos pasado mañana, al amanecer —dijo Quinn.

—No hay problema. —Kelly dio un trago y dejó el cuenco sobre la mesa—. Tenemos dos camas de sobra para Yanis y Kenny. Dailin dormirá con nosotros y Gwendal y tú ocuparéis la suya.

Durante el largo rato que los tres pasearon por la aldea, Dailin se dio cuenta de que Gwendal no era una niña como las demás. Y no solo por el arco que portaba al hombro con elegancia, ya que los druidas no solían aprender a manejar armas, también por su sonrisa deslumbrante, sus mejillas sonrosadas y, principalmente, por la luz tan especial que iluminaba cada gesto de su rostro. Se sentía fascinado.

Al final de la caminata se detuvieron en el centro de la aldea. Kenny, deseoso de entrenar, colocó un tablón de madera sobre la

piedra de sacrificios y midió la distancia de treinta pies desde la que dispararían. Gwendal y él tomaron posición y comenzaron a turnarse.

En primer lugar probó suerte el guerrero. La flecha salió cortando el viento a gran velocidad y se hundió en la madera con un impacto seco que retumbó en las paredes de las chozas. Después llegó el turno de Gwendal. Su arma, más pequeña y manejable que la de Kenny, no tenía tanta potencia, pero estaba segura de poder igualar el tiro. Armó una flecha con destreza, visualizó el objetivo y realizó un disparo magistral que quedó a tan solo un palmo de distancia del primero.

—Te has convertido en una fantástica tiradora. Muy pronto Sayer tendrá que hacerte un arco más grande —dijo Kenny.

—Quizá se lo pida cuando regresemos —repuso Gwendal con satisfacción. Miró a Dailin y se lo ofreció—. ¿Te gustaría probar?

—No sabría cómo hacerlo; jamás he usado uno.

—Yo te enseñaré.

Gwendal se llevó la mano al carcaj y extrajo una flecha. Dailin, nervioso, la agarró sabedor de que estaba a punto de hacer el mayor de los ridículos. Estiró la cuerda y apuntó.

—Relájate —susurró ella, pegada a su lado—. No aprisiones la flecha con los dedos. Simplemente déjala reposar sobre ellos. Intenta sentir el arma como una extensión de tu cuerpo y visualiza el punto al que quieres acertar.

—De acuerdo —asintió Dailin.

El joven druida comenzó a sudar por la proximidad de Gwendal. Se esforzó todo lo que pudo en mantener la concentración y siguió las instrucciones al pie de la letra, pero la flecha despegó

renqueante y aterrizó en el suelo a mitad de camino. Decepcionado, bajó el arco y se lo devolvió a su dueña.

—Creo que las armas no son para mí —dijo muerto de vergüenza.

—Tonterías —aseguró Gwendal—. Estoy convencida de que si entrenases duro, también aprenderías.

El sol comenzaba a desaparecer y las sombras de los techos inundaron el centro de la aldea. En ese momento apareció Quinn, que había salido en su busca para avisarles de que Gaela estaba sirviendo la cena. Kenny se adelantó con Dailin explicándole cómo debía utilizarse un arco. Gwendal, pensativa, caminó junto a su tío acomodándose el suyo sobre el hombro.

—Siempre había pensado que los druidas no formaban hogar —le dijo—. Pero ahora que he conocido a Dailin, me pregunto por qué tú no tuviste hijos.

—Mi vida ha estado dedicada al sacerdocio desde muy joven. El gran druida Aod, mi antecesor en el cargo, me acogió cuando era poco mayor que tú y se volcó completamente en mí. Supongo que mi devoción incondicional hacia los dioses provocó que ninguna mujer me eligiese. No puedo culparlas —sonrió—. Debe ser duro vivir con alguien así.

—¿Y no te habría gustado que alguna lo hubiese hecho?

—Hubo un momento en que sí, pero de eso hace ya mucho tiempo; ahora ya no me interesa. Además, contigo tengo más que suficiente. —Quinn se rio y le dio con la vara en el culo para que entrase en la choza—. Eres tú quien pronto tendrá que preocuparse de esas cosas. Antes de que te des cuenta, tendrás a un montón de muchachos deseando que les elijas.

Esa noche, Gwendal se metió en la cama alterada por los sentimientos que las palabras de su tío habían suscitado en ella; formar un hogar jamás había entrado en sus planes. De hecho, nunca había pensado en esa posibilidad hasta aquel momento. ¿A quién elegiría como compañero? ¿Tendría algún día un montón de niños correteando ruidosos por la choza? ¿Cómo encajaría todo aquello con el sacerdocio? Estaba hecha un lío.

Durante largo rato meditó al respecto observando las estrellas por la ventana. Imaginó que aquellos puntos brillantes, diminutos, eran mundos lejanos tal y como pensaba Yanis, mundos como el suyo, o quizá diferentes, o quizá…

Al final, el sueño terminó venciéndola sin que hubiese llegado a ninguna conclusión acerca de nada.

El nuevo día no le trajo a Gwendal mayor claridad de pensamiento. Las ideas se repetían en su cabeza una y otra vez en un bucle infinito. ¿Viviría toda la vida sola, dedicada a los dioses como Quinn, o, por el contrario, formaría un hogar? Si así fuese, ¿con quién lo haría llegado el momento? La realidad era que la única persona con la que se sentía bien en la intimidad era Enya y, sin embargo, el fugaz beso que las dos se habían dado semanas atrás no había significado nada más que un inocente gesto en el que se demostraron cariño y afecto mutuo. El lío en su cabeza no hacía sino incrementarse a medida que su mente salía poco a poco del sueño nocturno. Quizá no fuese el momento de pensar en esas cosas.

Agazapada bajo la manta de lana, Gwendal miró a su alrededor y descubrió que los demás ya se habían levantado. El desayuno estaba

preparado sobre la mesa y todos salvo el madrugador comerciante comenzaban a tomar asiento. Bajó de la cama, se enfundó la túnica y caminó hacia ellos frotándose los ojos; su tío le había reservado un asiento a su lado.

Esta vez la conversación giró en torno a los dioses. Quinn y Gaela compartieron experiencias espirituales, debatieron sobre el porvenir de las tribus y hablaron de sus comunidades, del fértil ganado y del avance de los cultivos. Mientras tanto, Kenny, en el otro extremo de la mesa, sostenía su arco y le enseñaba a Dailin la mejor manera de sujetarlo.

—Vayamos afuera a practicar —dijo Gwendal al fin, aburrida del murmullo místico de los druidas.

Dailin se puso en pie y caminaron juntos hacia la puerta. Kenny los detuvo, le lanzó a Gwendal su arco y ella lo cogió al vuelo.

—Llévatelo —dijo el guerrero, luego mordió un pedazo de queso —. Has crecido mucho, ha llegado el momento de que pruebes con uno de verdad.

El centro de la aldea comenzaba a cobrar vida con pasmosa lentitud. Los pocos que a esas horas transitaban por allí se acercaban hasta la carreta de Yanis a fisgonear su mercancía en busca de algún artículo que pudieran cambiar por sus telas, cerámicas o tallas de madera. Gwendal y Dailin pasaron de largo sin prestarles demasiada atención y se dirigieron a la piedra de sacrificios.

El tablón que había colocado Kenny la tarde anterior continuaba en el mismo sitio, pero tirado en el suelo. Entre los dos volvieron a instalarlo, midieron los treinta pies de distancia e hicieron una raya en el suelo. Dailin fue el primero en comenzar la tanda. Una a una,

disparó todas las flechas más atento a su joven maestra que a las indicaciones que esta le daba. Solo dos de ellas acertaron en el blanco, el resto fueron a parar al suelo. Las recogió y regresó al punto de lanzamiento.

Cuando le llegó el turno, Gwendal se dio cuenta de que el arco de Kenny era un poco más alto que ella. Lo alzó por encima de su cabeza, tensó la cuerda, sopesó la fuerza que necesitaría para dispararlo y cargó el primer proyectil. Al dejarlo salir, directo al tablón, pudo notar su potencia y la estabilidad del disparo; definitivamente, quería uno igual.

A medida que entrenaban, Gwendal se acostumbraba al nuevo arco. Dailin, por su parte, prestó más atención y fue mejorando la puntería. Al final de la mañana, cansados, se sentaron en la puerta del centro religioso y dejaron las armas a un lado. Ella se sumergió de nuevo en sus pensamientos y él la observó aún más fascinado.

—Ojalá vivieses en Vindeleia. Aquí no hay chicas tan interesantes como tú —se atrevió a decir Dailin.

—Tú también eres interesante y… diferente —dijo Gwendal—. Los chicos de mi aldea son demasiado orgullosos, sobre todo uno. No suelo sentirme muy cómoda con ellos.

Dailin tuvo la repentina sensación, y la certeza, de que encajaban a la perfección. Siguió sus impulsos, se acercó lentamente y la besó en los labios. Gwendal se dejó llevar. Antes de que se diesen cuenta, sus lenguas jugaban a descubrir nuevas y excitantes sensaciones.

De pronto, ella se apartó estremecida por una agitación que no supo identificar. El beso flotaba sobre sus labios envuelto en la inseguridad de no saber si hacía lo correcto.

—Perdona —se disculpó Dailin—. Quizá te has sentido violenta.

—No es eso. —Gwendal lo miró con ternura y tomó su mano—. Nunca antes había besado a un chico. Supongo que mi espíritu no estaba preparado.

Se hizo el silencio. Se miraron a los ojos y percibieron con los cinco sentidos la tensión contenida que acababa de instalarse entre ellos. Dailin, en una nueva muestra de atrevimiento, volvió a acercarse para besarla, pero la magia del momento se vio interrumpida por la voz inconfundible de Kenny, que les gritaba desde el otro extremo del centro de la aldea para que regresasen a la choza; se aproximaba la hora de comer.

Sin mediar palabra, recogieron los arcos y caminaron juntos, ella confusa y él frustrado por la nueva oportunidad perdida. Si algo compartían en ese instante, era el beso que todavía pululaba por sus bocas resistiéndose a marcharse.

El resto del día lo dedicaron a visitar los campos de cultivo en compañía de Quinn y Gaela. Sin apenas dirigirse la palabra, Gwendal y Dailin revivieron en silencio los recuerdos de la mañana; cada uno interpretó el encuentro a su manera, desde su particular punto de vista.

Por la noche, en la cama, Gwendal se preguntó por qué razón el beso de Enya había sido tan distinto del de Dailin. «Ella no usó su lengua», concluyó justo antes de quedarse dormida. La inocencia con la que había besado a su hermana aquel día distaba mucho de la emoción y la contradicción en las que ahora se encontraba atrapado su espíritu.

Kenny se había levantado poco antes del amanecer. Con las primeras luces del día, los caballos estaban ensillados y listos para partir. Quinn, en el interior de la choza, terminaba de empaquetar sus cosas mientras Gwendal comía pan con queso entre bostezos. Dailin, sentado a su lado, se preparaba para una triste despedida; ignoraba el tiempo que pasaría hasta que volvieran a verse.

Todos salieron afuera dejando a solas por un momento a los dos pequeños druidas. Gwendal comenzó a recoger sus cosas. Dailin, atento a cuanto pudiese necesitar, la seguía por todas partes.

—Voy a echarte de menos —dijo el joven.

—Yo también te extrañaré. Estoy segura de que algún día nuestros caminos se cruzarán de nuevo.

Gwendal tomó su arco y se lo ofreció.

—Te lo regalo. Acéptalo como señal de mi aprecio.

—Yo… te lo agradezco enormemente. —Dailin se quedó pasmado. Lo agarró y la miró con emoción—. Prometo que entrenaré con él hasta que consiga dominarlo tan bien como tú.

Gwendal se acercó a él y le besó fugazmente en los labios. Esta vez no abrió la boca. Esta vez no se dejó llevar. Tan solo terminó lo que Kenny había interrumpido la mañana anterior: un gesto hacia su nuevo amigo con significados muy distintos para ambos.

Fuera, en el corral de la choza, Quinn se despedía de Kelly y de Gaela subido en Bronco. Kenny, a lomos de Bric, esperaba nervioso el momento de emprender el viaje.

Gwendal salió y tomó asiento delante de su tío agarrándose a las crines. Dailin, que aún saboreaba el beso, permaneció de pie sin moverse hasta que los vio desaparecer tras el portón del acceso principal.

Después de largos días de camino, el viaje de regreso tocaba a su fin. Abrazada al cuello de Bronco, Gwendal sintió un cosquilleo en el vientre al divisar las montañas que les separaban de Flaviobriga. Tenía las nalgas doloridas y apestaba al sudor del camino, pero se sentía feliz porque esa noche se daría un baño y dormiría en compañía de Eirian y Alanys antes de emprender la última jornada.

Entrar en las zonas de pasto hizo que el cosquilleo se incrementase. A lo lejos ya se veía la chimenea humeante de la cabaña de los pastores y Gwendal supo que estaba en casa. A su alrededor, el ganado empezaba a recogerse formando manchas peludas que se diseminaban por la pradera para pasar la noche.

Delante de ellos, a unos pocos pasos, vieron a Eirian agachado junto a un animal abatido por varias flechas. En una mano llevaba su arco y en la otra portaba un saco con algo que se movía en su interior.

—¿Problemas con esa loba? —preguntó Kenny mientras desmontaba—. Es enorme.

—Nos ha robado tres corderos en los últimos días —explicó Eirian levantándose para saludar a su amigo—. Pero ya no se alimentará más a nuestra costa; ni ella ni su cachorro. —El pastor abrió el saco y les mostró una pequeña lobezna que tiritaba de miedo en su interior. Plegó el borde y la dejó que asomara la cabecita—. La encontré escondida entre la maleza, en el límite del bosque. —Cerró el saco y lo dejó en el suelo—. En cuanto lleguemos a la cabaña, recibirá su merecido.

—¿Vas a matarla? —Gwendal desmontó de un salto y le miró suplicante.

—Desde luego que sí —dijo Eirian—. Si no lo hago, morirá de todos modos; aún no está destetada y sin su madre no tiene ninguna oportunidad de sobrevivir.

—Yo cuidaré de ella —dijo agarrando el saco. Lo abrió y cogió al cachorro en brazos. El animal la miró con las orejas agachadas y los ojos muy abiertos.

—Lo siento, pequeña, pero no puede ser. —Eirian estiró los brazos esperando a que se lo devolviera—. Esta inocente criatura pronto crecerá y atacará al ganado.

—¡No pienso dejar que la mates! —protestó Gwendal dando un paso atrás.

Eirian intentó hacerla entrar en razón, pero ella se negó en redondo a entregárselo. Quinn, que observaba la escena sonriente ante la obstinada actitud de su sobrina, decidió intervenir en su favor:

—Deja que se la quede, sabrá tenerla controlada.

Eirian miró al druida de medio lado, sorprendido por sus palabras. No terminaba de entender el porqué de tantas contemplaciones con un simple lobo.

—Está bien —aceptó finalmente—. Si es capaz de respetar a los corderos, yo respetaré su vida.

Gwendal caminó victoriosa hacia la choza con el cachorro en brazos. Por delante de ella, bajo el manto de la noche que comenzaba a cubrir las montañas, marchaban los tres hombres y los dos caballos.

Dentro del hogar se respiraba un intenso olor a guiso con especias procedente de la marmita que Alanys removía en la lumbre. Al verles

entrar, les saludó con alegría y les mostró lo mucho y rápido que había crecido su barriga.

Después de la cena y de un reconfortante baño caliente, Gwendal se tumbó en la cama con la lobezna enroscada entre las piernas. De fondo podía escuchar la voz plana e hipnótica de Quinn narrando el viaje a Vindeleia. Intentó seguir su relato, pero poco a poco fue perdiendo la consciencia y se quedó dormida.



Los últimos golpes de Erwin sobre su yunque retumbaron por toda la aldea como truenos de una tormenta de verano. Dejó el martillo a un lado, agarró la empuñadura de la espada con un trapo y, aún incandescente, la sumergió en un caldero de agua fría para templarla. Instantes después, la levantó cubierta de vapor y la observó en toda su longitud guiñando un ojo; al igual que la otra, era recta como una vela. Puso las dos juntas sobre un saco, las envolvió con cuidado y salió de su choza con ellas en la mano.

A pocos días para Lughnasadh, el encargo estaba casi terminado. Había llegado el momento de entregarlo. Caminó hasta el centro de la aldea y localizó a Melvin al frente de los entrenamientos en el centro religioso.

—Aquí las tienes —anunció el herrero apartando el saco para mostrárselas.

Melvin agarró una y la balanceó de lado a lado. Después se acercó la hoja a la cara y la acarició con los dedos.

—Es justo lo que quería —constató satisfecho—. Son fuertes y están bien contrapesadas. Aunque el filo no cortaría ni un pedazo de

tocino. —Alzó la vista hacia Erwin—. ¿Por qué no las has afilado?

—Vas a poner armas de guerrero en manos de dos chiquillos. Supongo que no querrás perder a uno de ellos en un accidente.

—Bien pensado —admitió Melvin.

—Cuando estén preparados, tráemelas y las dejaré listas para cortar cabezas con facilidad —dijo el herrero antes de regresar a su choza.

Brian y Kilian progresaban a pasos agigantados. Ambos mostraban valentía e inmejorables habilidades, por lo que el gran jefe se había propuesto sacar lo mejor de ellos, y para eso necesitaba dotarles de armas que estuviesen a su altura.

Melvin echó un vistazo rápido a la otra espada, las envolvió antes de que los muchachos las vieran y se escabulló hacia su choza; las guardaría allí hasta el momento de entregárselas.

Justo cuando iba a abrir la puerta, el sonido de los cascos de un caballo le hizo volver la vista hacia el acceso sur; Eirian y Alanys habían bajado de las montañas, un hecho poco habitual en mitad de samos.

—¿Está todo bien por allí arriba? —preguntó acercándose a ellos.

—Se trata de Alanys —respondió Eirian con cara de preocupación —. Ha roto aguas de madrugada y desde entonces tiene dolores muy fuertes. Necesitamos ver a Morgana.

Eirian desmontó a toda prisa frente a la choza de la partera. Estaba tan nervioso que los dolores de su pierna habían desaparecido por completo. Ayudó a su esposa a bajar del caballo y se apresuró a

cogerla en brazos. Myrna, que tendía la ropa en su corral muy cerca de allí, corrió hacia ellos en cuanto les vio.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmada.

—Algo no va bien.

Eirian abrió la puerta de un puntapié y entró cargando con su esposa. Myrna, que no pretendía separarse de su amiga, les siguió. Morgana ordenó tumbar a Alanys sobre su cama y comenzó a organizar el parto.

—Siéntate detrás de ella, apoya su espalda en tu pecho y cógele la mano, debes transmitirle confianza —le dijo a Eirian—. Myrna, echa leña al fuego y pon agua a hervir en un caldero con las bayas de muérdago y las hojas de frambuesa que hay en esa estantería.

La partera se sentó al lado de la parturienta y le puso las manos alrededor de la barriga como si se tratase de una sandía de la que quería comprobar su madurez. Durante unos instantes la palpó de lado a lado hasta que finalmente localizó al bebé. Comprobó su posición y pegó la oreja para escuchar los latidos.

—Aún no está maduro, no debería nacer todavía. Sin embargo, está situado en la posición correcta y su corazón late con fuerza. Si los dioses así lo desean, hoy contaremos con un miembro más entre los amanos.

En el fuego del hogar el caldero había comenzado a hervir. Morgana sumergió varias mantas limpias para purificarlas y se acercó a Myrna.

—Lavémonos —le dijo remangándose—. Vas a tener que ayudarme.

Entre las dos levantaron a Alanys por las caderas. Le colocaron una manta bajo los muslos. Morgana le separó las piernas, introdujo

una mano y palpó con los dedos hasta localizar la diminuta cabecita que ya tocaba la salida del útero.

—Falta muy poco. Pon las manos sobre el bebé, siéntelo, hazle saber que todo saldrá bien —le dijo a Myrna—. Pero no hagas presión, debe ser su madre quien lo traiga al mundo.

Segura de sí misma, Myrna siguió las instrucciones de la partera sin hacer preguntas, como si supiese qué debía hacer. Abarcó la barriga con las palmas de las manos para sentir a la criatura y supo que, efectivamente, todo saldría bien.

—Está preparado —aseguró.

—Comencemos entonces —indicó la partera buscando la mirada de la madre—. Ahora necesito que empujes —le dijo.

A esas alturas, los dolores de Alanys se sucedían de forma intermitente y tan seguidos unos de otros que apenas le dejaban recobrar el aliento. Empujó con todas sus fuerzas en cada contracción, una y otra vez, hasta que la criatura se abrió paso y salió disparada hacia las manos de la partera. Morgana la puso sobre el pecho de su madre y la cubrió con una manta. Un momento después, la pequeña estaba amorrada al pezón mamando con dificultad, pero mamando al fin y al cabo. Alanys acababa de parir una niña no mucho más grande que el puño de su padre.

—Su espíritu lucha por sobrevivir, aunque aún es débil. No debes separarla de tu cuerpo hasta que alcance el tamaño normal. Lo único que necesita es contacto e intimidad —dijo Morgana.

—¿Le habéis puesto nombre? —preguntó Myrna.

—Aún no —contestó Eirian—. Tratábamos de decidirlo cuando se puso de parto.

—Pues no os demoréis en hacerlo —les apremió Morgana—. Ahora os dejaremos a solas. Iremos a la choza de vuestros padres, les daremos la noticia y prepararemos todo para que podáis instalaros.

Antes de salir del corral, la partera reflexionó acerca de lo ocurrido en el parto; Myrna había contribuido en gran medida al bienestar de la madre y de la recién nacida.

—Has hecho un gran trabajo —le dijo—. Puedes sentirte orgullosa.

—Solamente he seguido mi instinto —reconoció Myrna.

—Por supuesto. No podrías haberlo logrado de otro modo. —La partera echó a andar cogiéndola del brazo—. Algún día necesitaré a alguien que tome mi relevo, ¿te gustaría aprender el oficio?

—No sé si sabría.

—Tranquila. Tienes templanza e intuición, el resto puedo enseñártelo yo.

Myrna parecía desconcertada por la oferta. Sin embargo, Morgana sabía que la joven había encontrado su lugar dentro de la comunidad; la partera acababa de sembrar en su espíritu una semilla de ilusión que pronto germinaría.



La víspera de Lughnasadh, Gwendal salió temprano de casa acompañada de su inseparable nueva amiga. El desamparado cachorro que un día había estado a punto de morir a manos de Eirian se había convertido en un animal ágil, de patas largas, cuerpo flaco y hocico afilado que la seguía a todas partes. En las apacibles noches de samos, la lobezna solía aullar mirando al cielo con un

sonido agudo que Gwendal tradujo como «iau», y Iau era el nombre con el que la pequeña acostumbraba a dirigirse a ella.

Sayer se había comprometido a tener listo un arco nuevo para el día de su noveno cumpleaños y, por esa razón, recién levantada, Gwendal caminaba ansiosa por el poblado en dirección a la choza de sus padres adoptivos. Iau, pegada a sus piernas, olisqueaba por todas partes reconociendo los ya familiares olores de la tribu.

Cuando llegó a su antiguo hogar, encontró a Sayer en el corral aprovechando el frescor de las primeras horas del día para trabajar la madera. Al verla, el maestro dejó a un lado las herramientas con las que reparaba uno de los carros utilizados en la construcción de la muralla y se acercó a ella con el arco en la mano.

—Imagino que vienes a por esto.

—¡Es perfecto! —exclamó Gwendal—. Parece tan grande como el de Kenny.

—Lo es —dijo Sayer—. Y más ligero aún. Nadie tiene uno mejor en toda la aldea, ni siquiera los guerreros.

Gwendal tiró de la cuerda con esfuerzo; la madera se tensionó con firmeza haciendo gala de su potencia. Luego lo apoyó en el suelo y observó los detalles que con tanto afán Sayer había grabado en él.

—Incluso le has tallado nuestra estela en la parte delantera —dijo emocionada.

—Es un arco muy especial para una persona muy especial. Tendrás que practicar duro hasta dominarlo. —El maestro sonrió—. Anda, ve a probarlo, pero primero entra en la choza; estoy seguro de que Enya querrá acompañarte.

Gwendal echó a correr con Iau a la zaga y desapareció tras la puerta. Al punto, Eirian apareció cruzando el corral con cara de no

haber dormido en toda la noche. Sayer lo miró contrariado.

—¿No deberías estar cuidando del ganado?

—Tuvimos que regresar ayer, Alanys no podía esperar.

Eirian le contó lo sucedido y manifestó el deseo de no abandonar a su esposa e hija para regresar a las montañas. Sayer, condescendiente, no pudo negarse a lo que le pedía. Se rascó la barba, reflexionó un momento mirando al muchacho y al fin se le ocurrió una solución:

—¿Te gustaría ocupar el puesto de Cedric? Viviríais en su choza y tendríais un hogar propio.

Eirian no necesitó mucho tiempo para pensarlo. Ser el nuevo alfarero y desprenderse al mismo tiempo de los padres de Alanys era una oferta que no podía rechazar. Satisfechos los dos, se dieron un abrazo y sellaron el acuerdo. El joven se marchó feliz; Sayer continuó con su trabajo meditando a quién propondría en su lugar para ir a las montañas.

Al atardecer, las hogueras brillaban en lo alto de las colinas. En el centro de la aldea la mesa estaba preparada, el fuego encendido y el olor a estofado de carne especiada inundaba el ambiente de la víspera festiva. Los frutos de la tierra, unos maduros y otros a punto de madurar, y el inminente comienzo de la cosecha alimentaban los espíritus de la comunidad y los llenaban de energía.

El Consejo Druida ocupaba ya su privilegiado lugar en el centro de la mesa: Quinn y Yilda lo presidían; Gwendal junto a su tío y Enya al lado de la druidesa de túnica azul lo completaban.

En esta ocasión, Sayer fue el primero en tomar la palabra, pues tenía que comunicar una importante noticia. Se puso en pie y caminó hacia la piedra de sacrificios acompañado de Eirian y Alanys.

—He designado a Eirian como nuevo alfarero —anunció—. Ayer, él y Alanys tuvieron que regresar a la aldea porque el final de su embarazo se había adelantado. A partir de hoy, ocuparán la choza del difunto Cedric y formarán allí su nuevo hogar.

Todos guardaron silencio en señal de aprobación. Alanys se levantó la camisa y mostró a la diminuta criatura que se retorcía en su regazo enganchada a uno de los pezones.

—Ella es Briana de los amanos, hija de Eirian y Alanys —expuso ante todos la reciente madre—. Pequeña Briana, esta es tu tribu. Te querrán y protegerán como a una hermana.

En medio de las muestras de alegría, Melvin agarró el saco que con tanto celo había guardado, caminó hacia ellos y se fundió en un abrazo con Eirian; el gran jefe se sentía feliz por él. Después de todo, quien un día fuera uno de sus guerreros predilectos, había conseguido encontrar la felicidad plena.

A continuación, el gran jefe llamó a Brian y a Kilian. Los muchachos, sorprendidos, se levantaron de sus asientos y se colocaron a su lado sin entender el motivo.

—El tiempo pasa deprisa —comenzó Melvin—. Esta noche, tengo ante mí a dos niños a punto de convertirse en hombres. —Les miró a los ojos alternativamente—. Me siento orgulloso de vosotros, muchachos. —Abrió el saco y dejó al descubierto las dos espadas. Tomó una con cada mano y se las ofreció—. Si las aceptáis, son vuestras; deberéis entrenar duro hasta que consigáis manejarlas con destreza. Pero sabed que al aceptarlas adquirís el compromiso

inquebrantable de proteger a los vuestros, aunque para ello tengáis que entregar la vida.

Los dos chiquillos agarraron con emoción las empuñaduras de sus nuevas armas y las levantaron para que todos pudieran verlas.

—¡Aceptamos! —gritaron al unísono. Todos clamaron sus nombres.

El sumo sacerdote se puso en pie, bebió un sorbo de vino y dio comienzo el banquete.

Alejado de todos, en un extremo de la mesa, Kenny acariciaba con disimulo la barriga de Myrna, feliz por la noticia que su esposa acababa de darle.

8

Giamos, 237 a. C.

Gwendal se había convertido en una muchacha esbelta, de líneas rectas y rostro deslumbrante. La larga cabellera rubia le cubría ya prácticamente toda la espalda y casi igualaba a su tío en altura. La niña de la que Quinn un día tuvo que hacerse cargo iba camino de transformarse en mujer.

Dentro del Consejo, tanto ella como su hermana mayor habían crecido en todos los ámbitos del druidismo. Sin embargo, a pesar de que sus opiniones eran escuchadas y tenidas en cuenta cada vez con más frecuencia, Enya solía caer en el desánimo y la frustración por no haber encontrado un árbol que la acogiese; desde que Gwendal le mostrara el suyo, Enya había vinculado a ese hecho, en mayor o menor medida, su propia espiritualidad.

Por su parte, los dos muchachos se habían convertido en jóvenes guerreros que manejaban sus pesadas espadas con vigor. Brian había conseguido mejorar su habilidad en el combate gracias a cientos de tardes entrenando con Kenny, y Kilian fue capaz de aumentar considerablemente su corpulencia al trabajar a las órdenes de Sayer, primero en la construcción del muro y el torreón defensivo del portillo alto, y después en la instalación de una gran escalera de piedra que daba acceso permanente a lo alto de la muralla sudeste.

En cuanto a Myrna y Alanys, ambas criaban con salud a sus dos hijos. Afortunadamente, Briana no tardó en coger peso gracias a que mamaba constantemente, y Kalen, el hijo de Kenny, dejaba de ser bebé y perseguía ya a su padre por todas partes.

La vida se abría paso en los más pequeños y discurría con total naturalidad para el resto de los miembros del poblado. Para todos salvo para uno. Yilda estaba cada día más carcomida por los recelos hacia los avances de sus jóvenes compañeras. Además, su relación con Quinn, basada ya de por sí en la desconfianza mutua, se distanciaba sin pausa ni posibilidad de marcha atrás. Yilda degustaba la amargura de saber que el tiempo corría en su contra, y nada podía hacer para evitarlo.



«¡Shhhhtp!». El impacto de una flecha disparada por Gwendal al clavarse en el tronco seco de un viejo chopo retumbó en las paredes del acantilado sur con un sonido potente que recorrió el valle de punta a punta.

Kenny y ella habían bajado al arroyo a lomos de Bric y Bronco para entrenar el arco en un lugar espacioso. En el centro de la aldea, de reducidas dimensiones, apenas podían llegar a la distancia de sesenta pies desde la que disparaban en ese momento. Además, hacerlo allí era peligroso para todo aquel que transitara por las inmediaciones.

En puertas del ocaso, Kenny sacó la última flecha de su carcaj, tensó la cuerda y apuntó en la dirección del árbol. Su disparo siseó

cortando el aire hasta clavarse un palmo por encima del de Gwendal. Levantó el arco victorioso y la miró con aires de superioridad.

—No creo que puedas mejorar eso; he estado a punto de acertarle a la tuya.

—Al menos lo intentaré —resopló Gwendal—. Aún me queda una oportunidad.

Agarró el último proyectil que le quedaba, frunció el ceño y disparó con potencia. La flecha, recta y veloz, se clavó tan cerca de la anterior que incluso llegó a golpearla.

—¡Ajá! Estoy segura de que podrías superarme —dijo con sarcasmo—; lástima que hayamos terminado.

—Sí. Lástima. —Kenny se colgó el arco al hombro maldiciendo en voz baja—. Eres una tiradora increíble. Reconozco que esta vez me has superado. Recojamos las flechas y regresemos a la aldea, tengo hambre.

Dejaron pastando a los caballos y cruzaron el arroyo. Kenny comenzó a desclavar las flechas que permanecían en el tronco y Gwendal se dispuso a recoger las pocas que habían caído al suelo.

De pronto, la joven vio cómo un individuo desconocido, desarrapado y con pinta de no haber comido en varios días, se acercaba a Bric.

—Mira eso —le dijo a Kenny en susurros, señalándolo.

—¿Qué demonios…?

El guerrero agarró su arco, disparó una flecha que acababa de arrancar del tronco y alcanzó en una pierna a quien parecía estar a punto de robarle el caballo. El hombre chilló e intentó huir, pero la herida del muslo le hizo tropezar.

—Ya eres mío —dijo Kenny echando a correr.

Sin mediar palabra, le agarró por el pelo y le golpeó la cabeza contra el suelo. El pobre muchacho, que no tendría más de veinte años, quedó tendido, inconsciente y con la boca ensangrentada. Kenny empuñó la daga que llevaba en el cinturón y se dispuso a cortarle el cuello.

—Dentro de poco beberé cerveza en tu calavera —dijo impasible —. Malditos buscavidas.

—¡Detente! —exclamó Gwendal llegando a la carrera—. Creo que no pretendía hacernos daño; solo intenta sobrevivir. Tú harías lo mismo.

Kenny dio media vuelta y la miró sin apartar la daga del cuello del muchacho.

—Él no dudaría en matarnos a nosotros si tuviese la menor oportunidad.

—Yo no estoy tan segura. Obsérvale bien.

Aquel chico flaco, empequeñecido al lado de Kenny, no tenía pinta de ser peligroso, más bien al contrario; parecía alguien que se dedicaba a robar furtivamente obligado por las circunstancias.

—¿Y qué pretendes hacer con él?

—Nos lo llevaremos a la aldea. —Gwendal se agachó a su lado, extrajo la flecha y taponó la herida con un pedazo de tela que le arrancó del pantalón—. Cuando vuelva en sí hablaré con él; si no te convencen sus explicaciones, podrás cortarle la cabeza.

—Está bien —aceptó Kenny a regañadientes—. Le ataré en el cobertizo hasta que despierte.

Kenny levantó el cuerpo sin demasiado esfuerzo y lo cargó a lomos de Bric. Montó y cogió las riendas.

—Vámonos ya. —Animó a andar al caballo—. Me suenan las tripas.

Gwendal volvió la vista hacia el bosque.

—¡Iau! —gritó. Instantes después, la enorme loba parda en que se había convertido la flaca lobezna apareció entre la maleza terminando de masticar un conejo—. Nos vamos; se hace tarde —le dijo en la distancia espoleando a Bronco.

Iau soltó lo que quedaba de su presa, poco más que cabeza y pellejo, y corrió tras ella sendero arriba.



Lo primero que notó al despertar fue un dolor agudo en el muslo y otro intenso en la boca. Tumbado en el suelo, abrió los ojos y terminó de recuperar la consciencia. Se sentía confuso. A su alrededor todo le era ajeno en aquella penumbra que destilaba olor a paja y cereales almacenados. Intentó levantarse, pero estaba atado de pies y manos a uno de los pilares que sustentaban el techo. Entonces comenzó a recordar.

Al mirar al frente se encontró con una joven de largos cabellos rubios que estaba sentada delante de él junto a una robusta loba. Asustado, se incorporó torpemente apoyando la espalda contra el pilar en actitud defensiva y sin apartar la mirada del animal.

—¿Quién eres? —preguntó frotándose los ojos con los puños.

—Soy Gwendal de los amanos —contestó la joven acariciando el hocico de la loba—. Ella es Iau. Puedes estar tranquilo, no te hará nada.

—¿Dónde estoy?

—En un cobertizo, dentro de las murallas de Flaviobriga. Ayer intentaste robar uno de nuestros caballos y Kenny te disparó.

El joven se llevó la mano a la pierna y palpó el vendaje que le cubría la herida. Tanteó la boca con la lengua y comprobó que le faltaban varios dientes.

—Kenny te golpeó contra el suelo y perdiste el conocimiento —continuó Gwendal—. He limpiado tu herida y le he puesto ungüento de milenrama para que cicatrice; te pondrás bien en unos días.

—Te lo agradezco. —El muchacho intentó ponerse de nuevo en pie.

Al ver el movimiento, Iau le gruñó mostrando los dientes.

—Será mejor que permanezcas sentado. No le gustan demasiado los desconocidos, sobre todo si cree que pueden hacerme daño.

—De acuerdo.

—¿Cómo te llamas?

—Merlin.

—¿Por qué intentaste robarnos el caballo?

—Llevo semanas huyendo de mi aldea y estoy agotado —suspiró —. Apenas he comido nada desde entonces, solo lo poco que he ido encontrando por el camino.

—¿Cuál es tu pueblo?

—Uxama Barca.

Merlin se relajó al calor de la conversación y le relató el motivo de su huida. Al parecer, era un aldeano desterrado bajo amenaza de muerte por haber mantenido relaciones sexuales con la hija del sumo sacerdote, una joven de quince años que se había unido recientemente con uno de los guerreros del poblado. El Consejo Druida le había expulsado para siempre y el marido, envuelto en ira, había jurado cortarle el cuello si volvía a verle.

—¿Por qué lo hiciste? Imagino que conocías las consecuencias.

—Ocurrió en la pasada víspera de Beltane. Ella se me insinuó durante toda la noche. Después del banquete, se alejó de la multitud y me invitó con la mirada a seguirla. —Merlin resopló—. La cerveza de la cena me hizo perder la cabeza.

Gwendal metió la mano bajo su túnica, sacó un pedazo de pan envuelto en una tela y se lo ofreció.

—Acéptalo —le dijo estirando el brazo—. Si no comes, desfallecerás.

La puerta se abrió de par en par y el cobertizo quedó inundado por la luz de la mañana. Instantes después, la sombra de Kenny cubrió completamente a Merlin, que lo miró protegiéndose con la mano de la claridad.

—Supongo que tú eres quien me ha perdonado la vida —dijo titubeando.

—Agradéceselo a ella —repuso Kenny con indiferencia señalando a Gwendal—. Si no hubiese intervenido, tu cabeza estaría ahora secándose al sol clavada en una estaca. Vámonos de aquí, no quiero que pases más tiempo con él.

Sin más que añadir, Kenny caminó hacia la puerta esperando que ella le siguiese. Pero Gwendal permaneció sentada.

—Deberíamos soltarle. Es inofensivo.

—De eso nada. —Kenny se volvió torciendo el gesto—. Se quedará donde está.

—Ella tiene razón —balbució Merlin—. Me marcharé lejos de aquí. Jamás volverás a verme.

De pronto, el gesto de Kenny cambió por completo, pasó de la indiferencia al enfado. Se acercó a él y le habló poniéndose en cuclillas:

—Nadie que haya intentado robar mi caballo ha vivido para contarlo, y mucho menos se ha paseado impunemente entre mi gente. Si pones un pie fuera del cobertizo, trocearé tu cuerpo y se lo echaré a los cerdos. ¿Me has entendido?

Merlin no dijo nada, se limitó a asentir agachando la mirada. Kenny se puso en pie y caminó de nuevo hacia la puerta.

—Vámonos.

A solas en la oscuridad del cobertizo, Merlin se preguntó qué sería de él. Atado y herido, nada podía hacer por sí mismo salvo esperar clemencia y una ración de comida diaria. Deshizo el hatillo que la joven le había traído y mordió como pudo el pedazo de pan con la esperanza de que ese no fuese su último bocado.

Gwendal regresó a casa sorprendida por las palabras de Kenny. Era incapaz de comprenderle, pero, sobre todo, se sentía muy dolida por su actitud hacia ella. Hacía tanto tiempo que no le hablaba así, que casi lo había olvidado.

La primera vez, y la última, fue cuando la sorprendió en el cobertizo hablando con Myrna; justo el mismo lugar en el que ahora se encontraba preso Merlin. «Al igual que entonces, esta vez también tengo razón», se decía una y otra vez. Estaba convencida de que ese pobre y malherido muchacho no merecía verse así.

Kenny parecía no querer matarlo, al menos mientras permaneciese allí atado. Pero tampoco tenía ninguna intención de devolverle la libertad. Entonces, ¿qué demonios pretendía hacer con él? «Más te vale no intentar escapar», pensó Gwendal abriendo la puerta de su choza, «si lo haces y te descubre, te desayunarán los cerdos».

Quinn se encontraba sentado en el suelo junto al fuego. Meditaba con los ojos cerrados y su vara de avellano sobre las piernas. Cuando oyó entrar a Gwendal volvió en sí. Observó la cara larga de su sobrina y la invitó a sentarse a su lado.

—¿Has vuelto a pelearte con Brian?

—Nada de eso —respondió Gwendal bajando la voz—. Apenas me hablo con él.

Durante un buen rato el druida la escuchó atentamente: primero quejarse con amargura y después desahogarse por lo decepcionada que se sentía de Kenny. Cuando Gwendal terminó de hablar, Quinn sabía qué debía decirle; sin embargo, le costaba encontrar las palabras adecuadas. Se levantó, agarró la vara y caminó alrededor del fuego. Observó a la loba, que estaba tumbada masticando un hueso, y volvió a sentarse.

—¿Recuerdas cuando te opusiste a que Eirian sacrificase a Iau?

—Claro que sí —dijo Gwendal, apesadumbrada—. Si esta vez también te pusieses de mi lado, quizá Kenny recapacitaría.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué no? Eres la máxima autoridad de la tribu.

—Verás… —Quinn respiró profundamente antes de continuar—. Ese muchacho no es un inocente y asustado lobezno; ha intentado llevarse a Bric. Pero, sobre todo, Kenny no es Eirian. Y no puedo posicionarme contra él a sabiendas de que tiene razón. De todos modos, no creo que me hiciera más caso que a ti.

—Pero la vida de un hombre no puede valer menos que la de un caballo —protestó Gwendal mirándole a los ojos.

—En eso te equivocas. No se trata de un caballo, se trata de su caballo. Que Merlin haya intentado robárselo es algo muy grave que

va más allá del simple hecho de perder un animal. Tiene que ver con el honor.

—Pues estoy harta del honor de los guerreros. Son todos iguales.

—No sé si lo son, mi niña. Pero, desde luego, el orgullo es algo común en ellos.

—Y ese orgullo está por encima de mí —dijo entristecida—. Pensaba que Kenny me apreciaba.

Quinn abrió los brazos y acogió a su sobrina en el regazo. Después le explicó lo equivocada que estaba de nuevo:

—Kenny no te aprecia, mi niña. Kenny te ama.

—Entonces, ¿por qué no me escucha?

—No tiene nada que ver con eso; estás enfocando mal las cosas —aseguró el druida—. Si Kenny escucha a alguien, es a ti. Cualquier otro habría sido incapaz de detenerle. Tú estabas allí, y esa es la única razón por la que Merlin conserva la vida.

Quinn consiguió al fin hacerle entender la realidad. Resignada, agachó la cabeza y miró hacia las llamas del hogar.

—Si es así, ¿qué puedo hacer para ayudarle?

—Nada. Si le dejas escapar, te arriesgas a que lo mate. Además, en ese supuesto sería Kenny quien se sentiría decepcionado contigo. Tu única esperanza es que pasen los días a ver qué ocurre.

Yilda escuchó la conversación con Merlin agazapada bajo la ventana del cobertizo. A primera hora del día había visto a Gwendal salir de su choza y la había seguido con sigilo, intrigada por la inusual captura de un buscavidas. Conocer cuanto sucedía en la aldea era su obsesión, pues una información privilegiada, obtenida de primera

mano, siempre resultaba útil para una mente como la suya que jamás cesaba de maquinar.

Cuando Gwendal y Kenny se marcharon, esperó con prudencia a que se alejaran. Después bordeó el cobertizo y entró para satisfacer su curiosidad.

Merlin permanecía sentado en el suelo apurando el pedazo de pan. Al verla entrar, acomodó de nuevo la espalda contra el poste de madera en actitud defensiva.

—No temas —dijo la druidesa cerrando la puerta—. No he venido a hacerte daño.

—¿Qué deseas de mí?

—Me intereso por tu salud; los sacerdotes valoramos la vida y creo que la tuya está en peligro injustamente.

—Agradezco tu comprensión.

Merlin estaba desconcertado por la extraña visita. Yilda se sentó frente a él y relajó el tono de voz para ganarse su confianza.

—Dime, ¿esa mujer merecía tanto la pena? Debía de ser muy guapa para que te arriesgases de ese modo.

—Ya lo creo que sí. —Merlin la miró de soslayo, desconfiado—. ¿Cómo sabes eso?

—Conocer cosas que los demás ignoran es cualidad de los druidas; tomar la decisión más correcta requiere, en primer lugar, reunir toda la información posible.

—¿A qué te refieres? —preguntó Merlin vislumbrando la posibilidad de escapar—. ¿Vas a ayudarme?

—Quizá. —Yilda se cruzó de brazos y mantuvo el suspense.

Como imaginaba, el pobre muchacho estaba desesperado. Sus gestos y su tono de voz evidenciaban el temor que le infundía estar

preso a merced de un guerrero que no sentía la más mínima compasión por él; una mente debilitada por el miedo de la cual podría aprovecharse con tan solo un poco de astucia.

Pero antes debía alimentar su desesperación y agrietar más aún su conciencia.

—Jamás saldrás vivo de esta aldea. Supongo que eres consciente de ello.

—Gwendal está curando mi herida y me trae comida, no entiendo…

—Desconfía de la joven de túnica roja, es cruel e infantil —le aconsejó—. Su tío, el gran druida, le permite hacer todo lo que se le antoja. Para ella no eres otra cosa que un juguete, una mascota más de las muchas que tiene. Cuando se canse de ti, Kenny no tendrá ningún motivo para dejarte vivir.

Los ojos de Merlin se llenaron de lágrimas al escucharla. De pronto comprendió la razón por la que lo habían trasladado al cobertizo en lugar de cortarle la cabeza; una lenta agonía alimentada de falsas esperanzas sería sin duda más divertida que una muerte rápida bajo el filo de una daga: el entretenimiento perfecto para un espíritu cruel como el que la druidesa acababa de describir.

Yilda se levantó sin más y dio por finalizada la conversación sabedora de que la semilla que acababa de plantar en él crecería con vigor; la vida es lo más preciado para cualquiera y el de la supervivencia es el más fuerte de todos los instintos.

Caminó hacia la salida, ladeó la cabeza y le observó de reojo al abrir la puerta.

—¿Me ayudarás? —preguntó Merlin, suplicante. Yilda sonrió sibilina.

—Preocúpate primero de sanar tu herida y recobrar las fuerzas. Síguele el juego a Gwendal para ganar tiempo. Mientras tanto, yo pensaré en ello.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Yilda, pero eso no tiene importancia. Si no quieres morir, mantén nuestro encuentro en secreto; de lo contrario, no podré hacer nada por ti.

El joven quedó sumido de nuevo en la oscuridad tras cerrar la druidesa la puerta. «Nada aviva la desesperación mejor que el aislamiento, y nada mejor que una mente desesperada para conseguir oscuros propósitos», murmuró alejándose.

El día del solsticio amaneció con extrañas sensaciones para Enya. Que no terminara de encajar del todo en la carrera sacerdotal era un hecho al que cada día se veía más incapaz de hacer frente. A menudo solía pensar que quizá su espíritu carecía de capacidad para asimilar la esencia del druidismo.

Sayer y Eileen sospechaban que algo no iba bien, aunque jamás habían comentado abiertamente nada al respecto y procuraban mantenerse al margen de los asuntos de su hija. Estaban decididos a no interferir salvo que ella se lo pidiese.

Enya se sentó a la mesa, abatida. Su estómago estaba tan cerrado que cada bocado del desayuno le suponía un gran esfuerzo. Se llevó un pedazo de queso a la boca y miró la manga de su nueva túnica

roja mientras lo masticaba. «No me siento bien y, a pesar de ello, he conseguido llegar a la segunda etapa», se dijo, «todo parece tan carente de sentido…». Miró a sus padres y decidió poner el tema encima de la mesa:

—Estoy pensando en abandonar.

Sus padres enmudecieron, la miraron cariacontecidos.

—No debes precipitarte —replicó Eileen—. Las cosas no siempre son fáciles.

—Gwendal avanza mucho más deprisa que yo —dijo con resignación—. Me siento muy desanimada.

—Hace tiempo que lo percibimos —dijo su padre—. He pensado en ello y creo que tu problema radica en la falta de confianza. —Sayer apuró el desayuno y se levantó tendiéndole la mano—. Ven conmigo, quiero que veas algo.

Esa mañana nadie trabajaba, ni siquiera los guerreros entrenaban. Todos continuaban en sus chozas descansando tras la larga noche de celebración del solsticio. Nadie tenía prisa por salir al frío y desapacible día de giamos.

Sayer y Enya atravesaron la aldea sin cruzarse con nadie; tan solo vieron a Gwendal abandonar el recinto amurallado por la puerta sur en compañía de Iau. Enya la miró de soslayo, pero prefirió no decirle nada. Entraron en el recinto interior y caminaron ladera arriba hacia la muralla sudeste.

Por el camino, Enya habló pormenorizadamente de sus quebrantos e intentó profundizar en sus angustias. Mientras tanto, su padre escuchaba en silencio. Cuando llegaron a la base del gran muro, Sayer la invitó a subir hasta lo alto por la nueva escalera de piedra.

—Jamás había estado aquí —dijo la muchacha observando las vistas a su alrededor. El viento les azotaba el cuerpo con ráfagas violentas—. Es impresionante.

—Lo es —afirmó Sayer con orgullo.

—¿Por qué me has traído?

—Cuando Quinn me propuso reformar las estructuras defensivas, me sentí abrumado por la responsabilidad de tener que liderar una empresa semejante. Yo era un simple carpintero y, aunque tomaba decisiones como jefe de los aldeanos, nunca había coordinado a tantas personas a la vez. A lo largo de estos años he tenido muchos contratiempos, pero, como puedes ver, les hice frente y nada me detuvo.

—No es el mismo caso. Construir un muro no tiene nada que ver con la espiritualidad.

—En eso te equivocas. —Sayer tomó la mano de su hija y comenzó a caminar contra el viento—. Cada vez que aparecía un nuevo problema, acudía a Quinn en busca de consejo. Pero su respuesta siempre apuntaba en la misma dirección: «Debes creer en ti, yo lo hago». Me hizo aprender que a veces hay ciertos cambios en la vida de las personas que son duros de afrontar y que debemos hacerlo con valentía y honestidad. Tú estás sufriendo uno de ellos.

—¿Tratas de decirme que haga frente a la adversidad siendo yo misma?

—Exacto. —Sayer sonrió—. Supongo que el sentido del sacerdocio es el que tú le quieras dar. Si Quinn te eligió es porque ese es el camino que debes recorrer.

—Pero no sé si podré hacerlo, si tendré fuerzas —sollozó Enya.

—Claro que podrás. —Sayer secó las lágrimas de su hija—. Debes creer en ti, yo lo hago.

Durante el camino de regreso los ánimos cambiaron. Sayer le explicó que era un error poner a Gwendal como ejemplo y tratar de ser como ella; le hizo entender que con esfuerzo y dedicación llegaría hasta donde quisiera. Enya comprendió, al fin, que las dos eran muy distintas y que estaban predestinadas a vivir la espiritualidad de formas diferentes.

De regreso en la aldea volvieron a cruzarse con Gwendal; la druidesa entraba en ese momento a toda prisa por la puerta sur con una expresión en la cara que a Enya le resultó muy familiar. Fue a su encuentro y, tras corroborar sus sospechas, se fundió en un abrazo con ella.

Pasados varios días nada había cambiado en la actitud de Kenny; testarudo como nadie, se negaba a poner en libertad a Merlin bajo ningún concepto. Mientras preparaba algo de comida para el preso, Gwendal no dejaba de darle vueltas a cómo resolver el conflicto; ni quería ni podía permitir que ese pobre chico pasase el resto de su vida encerrado en el cobertizo por haber intentado robar un caballo. Anudó el hatillo con las provisiones y caminó hacia la puerta de la choza. «Debería mantener una conversación con él», se dijo, «tenemos que poner fin a esta absurda situación». Sin embargo, no sabía qué más decirle. Una y otra vez le había insistido en el injusto encarcelamiento al que lo tenía sometido y en el hambre de días que había llevado al joven a intentar robarle a Bric, pero nada de eso había conseguido mermar su enfado. Gwendal tenía muy claro que si

quería hacerle cambiar de postura, debía abordar el asunto desde otro punto de vista, pero ¿cuál?

Antes de salir de la choza se giró hacia su tío, que andaba entretenido rellenando tarros de hierbas.

—Después de visitar a Merlin bajaré al valle. Me vendrá bien dar un paseo para aclararme las ideas.

—Avisa a Kenny para que te acompañe, seguramente estará en su hogar —dijo Quinn.

—Prefiero no hacerlo. Ahora mismo es la última persona con la que quiero estar.

—Te entiendo, pero ya sabes que no me gusta que bajes sola.

Quinn aún no se había dado cuenta de que su adorada sobrina iba camino de convertirse en mujer; necesitaba momentos de libertad, momentos sin compañía.

—Iré sola —insistió—. No te preocupes. Iau y Grun cuidarán de mí.

—Está bien —aceptó a regañadientes.

El druida rebuscó entre sus tarros y hierbas hasta dar con la daga que utilizaba para cortar los tallos más gruesos. La agarró por la hoja y se la entregó.

—Llévatela y aprovecha para recoger un poco de muérdago —dijo sin poder borrar la preocupación de su rostro—. Podría servirte también de protección.

Gwendal entró silenciosa en el cobertizo. Al fondo se dibujaba la silueta de Merlin tumbado en el suelo, atado de pies y manos, como siempre. Se acercó a él y se agachó a su lado. Aún dormía. Aunque

procuraba que no le faltase alimento, cada día tenía peor aspecto. Sus músculos se veían lánguidos y la palidez de su rostro evidenciaba el largo tiempo que llevaba sin exponerse a la luz del sol. Si Kenny no lo liberaba, pronto moriría de pena, de angustia o de ambas cosas.

En un gesto inconsciente alargó la mano y le tocó la cara; estaba fría. «No tiene sentido que continúe aquí». Por un momento tuvo la tentación de sacar la daga de los pliegues de su túnica y cortar las cuerdas que le mantenían preso, pero al agarrar la empuñadura supo que no debía hacerlo.

Merlin despertó.

—Gracias —le dijo—. Eres la única persona que se preocupa por mí.

—Pronto podrás salir. —No estaba segura de ello, pero debía darle ánimos para que su espíritu no decayera aún más—. Un día de estos Kenny recapacitará.

—Soy más fuerte de lo que puedas pensar. —Merlin entornó los ojos, parecía no ver más allá de ella.

—Entonces resiste hasta que llegue el momento. Yo seguiré intentando convencerle.

—Confío en ti.

Merlin echó mano del hatillo y deshizo el nudo. Su mirada brilló al encontrarse con un odre de agua, pan recién hecho, queso y un suculento pedazo de asado del día anterior.

Gwendal se puso en pie y caminó hacia la puerta.

—Por favor, no intentes escapar. —Dejó que entrase la luz de la mañana durante unos cegadores instantes—. Kenny te perseguiría y acabaría contigo.

—Jamás lo haría. También soy más listo de lo que crees; sé lo que me conviene.

Gwendal le dedicó una mirada de compasión antes de cerrar la puerta.

Bajando por el sendero, retomó la reflexión que había comenzado antes de salir de casa. Si quería hacer cambiar a Kenny de parecer, tendría que llegar a su espíritu. «¿Cómo se llega a lo más profundo del corazón de un guerrero para quien el honor, el orgullo y su caballo son lo más importante? A sus ojos tan solo soy una niña obcecada en salvar la vida de un desconocido; una vida que para él no tiene ningún valor», se dijo apesadumbrada. Entonces, las palabras que días atrás había pronunciado Quinn cobraron verdadero sentido: «Kenny no te aprecia, Kenny te ama». Gwendal esbozó una sonrisa al recordarlas. Acababa de vislumbrar el camino correcto y lo único que tenía que hacer era sincerarse con él. Debía hablarle de lo que ella quería, y sentía, y no de lo que pudiera convenirle a Merlin.

En la falda de la peña levantó la vista hacia el cielo. Guick la sobrevolaba. Sacó el brazalete de cuero y se lo colocó. Nada más extender el brazo, el halcón descendió y se posó sobre ella.

Iau no terminaba de acostumbrarse a la presencia de Guick. Cada vez que lo tenía cerca daba vueltas en torno a Gwendal aullando y dando pequeños saltos, como si quisiera espantarlo. Pero Gwendal siempre lo protegía de ella.

—Tranquila —le dijo empujándola con el pie—. Ya sabes que es mi amigo.

Guick aleteó aferrándose al brazalete. Ella le acarició el pico con el dedo.

—Busca a Grun. Hazle saber que estoy aquí.

Gwendal alzó el brazo y Guick batió las alas para elevarse de nuevo.

—Continuemos nuestro camino —le dijo a Iau.

Poco después de internarse en el bosque apareció el oso entre la maleza. La relación que Iau mantenía con él era muy distinta. Los dos se miraban con respeto, de igual a igual, y procuraban guardar las distancias ignorándose mutuamente mientras la seguían a todas partes.

Gwendal pasó gran parte de la mañana recogiendo muérdago y meditando sobre la conversación que mantendría esa misma tarde con Kenny. Cuando el sol se situó sobre su cabeza, dio por finalizada la excursión. Guardó la daga, ató los ramilletes de muérdago con un cordón al cinturón de su túnica y se dispuso a cruzar el arroyo.

No muy lejos de allí, Bronco estaba amarrado al tronco de un árbol. Al verlo, caminó hacia él imaginando que Melvin se encontraría por las inmediaciones. Sin embargo, era Brian quien había bajado al valle aquella fría mañana para darse un baño; estaba metido en una poza lavándose el pelo.

—No esperaba encontrarme contigo —le dijo desde la orilla sin mostrar demasiada simpatía.

Brian se dio la vuelta y la miró sorprendido.

—Si te desagrada mi presencia, márchate. Yo tampoco esperaba verte por aquí.

—Eso haré —replicó con sarcasmo—. Supongo que necesitas intimidad.

El jocoso comentario hizo enfadar a Brian, que salió desnudo del agua y caminó hacia Gwendal.

—No tengo ningún problema al respecto. —Se detuvo justo delante de ella.

Gwendal bajó la mirada e intentó contener la risa sin mucho éxito.

—Pues tu pequeño y arrugado amiguito sí que parece tenerlo, creo que intenta esconderse de mí.

—¡¿Y qué te importa eso?! —exclamó furioso, herido en su orgullo —. ¡A ti no te interesan los chicos!

Gwendal retrocedió intimidada por la exagerada reacción del muchacho. Iau, acostumbrada a sus disputas, se sentó a esperar sin darle la menor importancia, pero Grun no pareció tan conforme y se puso en actitud de ataque.

—Cálmate. Brian está enfadado, pero no pretende hacerme daño.

Grun bajó al suelo. Gwendal le acarició el hocico y le habló en la oreja:

—Márchate ya. Nosotras nos vamos a la aldea.

Harta de la actitud del joven, Gwendal echó la vista al frente y cruzó el arroyo de un salto.

—Estúpida druidesa… Nunca formarás un hogar con esa actitud. Pasarás toda tu vida sola, como tu tío —le soltó Brian de regreso a la poza.

Gwendal se dio la vuelta y lo miró con odio. ¿Cómo se atrevía a hablarle de ese modo? Sin embargo, sus palabras le habían calado muy hondo. Agachó la cabeza con los ojos llenos de lágrimas y echó a correr.

Llegó exhausta a la cima del sendero. Aunque el esfuerzo de la subida había conseguido que dejara las lágrimas por el camino, conservaba una amarga sensación en su espíritu. ¿Sería cierto?, ¿pasaría toda su vida sola? Quería pensar que nadie podía contestar

a esa pregunta, y mucho menos Brian. Gwendal sabía que la respuesta estaba en su interior y que solo afloraría con el tiempo. Sin embargo, él había sido tan cruel que ahora le resultaba imposible verle como un miembro más de la comunidad. Por mucho que Quinn se empeñase en que ambos habían quedado unidos desde la noche de su nacimiento, aquella mañana el joven fue desterrado de su corazón.

Cruzó la puerta del acceso sur y se encontró con Enya. Mantuvieron una larga conversación en la que Gwendal, más que consuelo, encontró desahogo y comprensión. Finalmente, de regreso a su choza, decidió que esta vez no le contaría nada a su tío, pues nada podía hacer él salvo preocuparse inútilmente.

En la comida apenas probó bocado. Eran tantos sus quebraderos de cabeza que el estómago se le había reducido al tamaño de una nuez. Quinn, por su parte, procuró no hacer comentarios, pero Gwendal era consciente de que su tío sospechaba que algo había ocurrido y no podía evitar sentirse observada. Finalmente se retiró en silencio a descansar.

Mediada la tarde, harta de dar vueltas en la cama sin haber podido conciliar el sueño, se puso en pie y caminó hacia la puerta con gesto serio. Quinn estaba sentado junto al fuego; preparaba brebaje de setas en una marmita que removía concienzudamente.

—Creo que ha llegado el momento de mantener una conversación distinta con Kenny.

—De acuerdo —asintió el druida—. Si te sientes preparada, hazlo. Pero no te muestres demasiado hostil. El hombre temible que todos ven en él podría tambalearse ante ti si no procuras respetar sus sentimientos.

—Lo sé. Ahora ya lo sé.

Iau se levantó estirando las patas con intención de acompañarla, pero Gwendal la obligó a quedarse en casa. Una simple mirada le bastó para hacerle saber a su fiel compañera que en esa ocasión deseaba ir sola.

—Relacionarme con los animales me resulta mucho más sencillo —comentó apesadumbrada antes de salir.

—Todavía eres muy joven —murmuró Quinn—. Con el tiempo también llegarás a comprender a los espíritus de las personas. —Paró de remover y la miró a los ojos con cierta preocupación—. Entonces tendrás que ser mucho más prudente.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy seguro. —El druida agachó la cabeza sobre la marmita y continuó removiendo—. Solo es una extraña sensación que tengo desde hace días. Cuando llegue ese momento, hablaremos de ello. Deja que pase el tiempo.

Gwendal cerró la puerta y emprendió el camino. Consideró aquellas palabras como una más de las intrigas de su tío.

—El tiempo… —se dijo entre dientes—, tiempo es lo que no tiene Merlin.

Cruzó el poblado apretando el paso y se plantó frente a la choza de Kenny. Antes de entrar visualizó lo que quería transmitirle. Le costaba encontrar las palabras adecuadas. Se armó de valor y abrió la puerta.

Kenny y Myrna estaban echados en la cama. El pequeño Kalen, tumbado entre ellos, mamaba risueño mientras su padre le hacía carantoñas. Al verla, Kenny se puso en pie y se acercó al fuego del hogar invitándola a acompañarle.

—¿Ocurre algo? Pareces preocupada.

—Me gustaría que dejases a Merlin en libertad.

—Ya sabes lo que pienso. —Kenny se sirvió cerveza en una calavera y dio un trago—. Ese maldito ladrón tiene suerte de que no le cortase el cuello.

—No se trata de él. Se trata de mí.

—¿De ti? A ti no te hace ningún daño que esté atado en el cobertizo.

—Te equivocas. Mi espíritu está intranquilo. Cada noche me acuesto preguntándome si le encontraré vivo al día siguiente. Sufro por ello.

Kenny resopló incapaz de comprender el motivo por el que ese buscavidas le preocupaba tanto. Volvió la cabeza y buscó la mirada de su esposa.

—Sabes que no me gusta meterme en tus asuntos, pero creo que Gwendal tiene razón —dijo Myrna desde la cama—. Saber ser benevolente es una gran cualidad en un guerrero.

Kenny se cruzó de brazos analizando las palabras de su mujer. «Después de todo, Merlin solo es un pobre desgraciado», pensó.

—Está bien —aceptó resoplando—. Si es tan importante para ti, por la mañana podrá salir. Pero no será a cambio de nada. Yo mismo iré a liberarle y hablaré con él.

Gwendal se abrazó a su cintura y rompió a llorar. Tal y como Quinn había dicho, Kenny la amaba y siempre velaría por su bienestar; un sentimiento profundo y mutuo que cada día se hacía más patente en ambos.

Yilda salió de su choza en medio de la madrugada con la titilante luz de una vela como iluminación. En la otra mano, oculta bajo la manga de la túnica, portaba una daga convenientemente afilada para la ocasión. Caminó hacia el recinto interior de ganado, abrió la valla del cercado y desapareció en la oscuridad.

El joven buscavidas había sanado cuanto podía hacerlo allí encerrado. Maniatado y sin apenas libertad de movimiento, en adelante su deteriorado cuerpo no haría sino marchitarse más y más a medida que fuesen pasando los días. Y antes de que empeorara, había llegado el momento de que Yilda pisase el terreno que tantas noches llevaba preparando con sus constantes y amables cuidados.

En un abrir y cerrar de ojos la druidesa se coló en el interior del cobertizo. Merlin, hecho un ovillo en el suelo, dormía apoyando la cabeza en el hatillo de comida. Yilda se detuvo frente a él y dejó caer la daga al suelo. El sonido que produjo al clavarse lo despertó.

—¿Qué haces aquí? Es muy tarde —dijo frotándose los ojos.

—He venido a liberarte.

Merlin miró al suelo y observó la daga.

—Supongo que cogerla para cortar las cuerdas tiene un precio, ¿me equivoco?

—No. No te equivocas.

Yilda tomó asiento frente a él con las piernas cruzadas. Dejó la vela a un lado y le observó ladeando la cabeza. La cara de la druidesa, iluminada parcialmente, parecía salida de la penumbra; una imagen que hizo estremecer a Merlin.

—Todos tememos al gran druida de túnica blanca. Con los años se ha aprovechado de su posición y se comporta como un tirano —comenzó a relatar en voz baja—. Y, como te dije, también él es el

último responsable de tu cruel encierro. Ese hombre es una maldición para la comunidad y debe ser asesinado. Pero ningún amano puede hacerlo, pues domina nuestros espíritus. Sin embargo, tú…

—Yo no soy uno de vosotros y estoy desesperado.

—Exacto.

Yilda empuñó la daga, la desclavó y acercó la cara a un palmo de distancia de Merlin, que se estremeció de nuevo. Ambos se miraron sin parpadear.

—Tómala —dijo la druidesa—. Corta tus ataduras, dale muerte en su lecho y márchate para siempre.

La primera imagen que se dibujó en la mente de Merlín fue la de la enorme loba que siempre acompañaba a Gwendal; con toda seguridad se toparía con ella al entrar en la choza. Por otro lado, confiaba en la druidesa de túnica roja y en el compromiso por parte de Kenny que esta le había transmitido: ser liberado por la mañana. Una vez tomada la decisión de desestimar la oferta de Yilda, la prudencia le aconsejó dejar las explicaciones al margen.

—No lo conseguiría. Prefiero morir dignamente bajo el hacha de un guerrero antes que ser devorado a mordiscos.

—Es tu única oportunidad de salir con vida de aquí —insistió Yilda acercándose aún más a él, convirtiendo su rostro en una mueca de rabia—. No la desaproveches.

—He… he dicho que no —titubeó.

Yilda deslizó la daga bajo la manga de su túnica y agarró la vela; ni siquiera los chorretones de cera derretida que le caían sobre los dedos fueron capaces de alterar su expresión iracunda. Antes de salir se volvió hacia él.

—Piénsalo detenidamente. Mañana volveré a visitarte en busca de una respuesta definitiva. Si decides hacerlo, yo me encargaré de la loba. Si no es así, llévate esta conversación a la tumba, o de lo contrario, yo misma te cortaré el cuello.

—Los asuntos de los amanos no son de mi incumbencia; callaré —dijo Merlin tumbándose sobre el hatillo.

—Bien. Me alegra saber que al menos eres un chico sensato.



Tantos días cautivo le habían servido al joven buscavidas para recibir de buen grado el trato propuesto por Kenny: cuidaría de los caballos de la tribu dentro del recinto interior del ganado, viviría en el cobertizo y por ningún motivo traspasaría las murallas del poblado; esta última condición, bajo amenaza de muerte. El guerrero lo había convertido de algún modo en esclavo.

Por su parte, Yilda no tuvo la oportunidad de volver a tantear a quien debió haber sido el verdugo de Quinn. Una vez más, Gwendal había frustrado sus aspiraciones.

El Consejo Druida se reunió al amanecer en el templo sagrado del bosque. Las primeras horas las dedicaron a meditar en silencio. A continuación, y durante el resto de la mañana, debatieron la situación de Merlin, ya que nunca antes habían tenido un esclavo. El modo en que esto afectaría en lo sucesivo a la tribu tenía preocupado a Quinn, puesto que les involucraba a todos.

Gwendal apostó por integrarle poco a poco en la comunidad. Enfocó sus argumentos en que también él era un autrigón y merecía una segunda oportunidad. Enya, aunque menos efusiva que su hermana, se mostró cercana a esa postura. Yilda puso sobre la mesa su escepticismo hacia el desconocido y opinó que debía ser expulsado de inmediato.

El sumo sacerdote escuchó a las tres druidesas sin participar en la discusión, en parte porque no tenía muy claro qué sería lo más correcto, y en parte porque ese día se sentía cansado y lento de pensamiento.

Al finalizar la reunión, Quinn aún no había conseguido formarse una opinión sólida, por lo que comunicó al Consejo que acudiría a Melvin en busca de otro punto de vista que arrojase algo de claridad a sus ideas.

De regreso al poblado, bajo la llovizna que comenzó a caerles en medio de la ascensión por el sendero sur, el cansancio del sumo sacerdote se hizo más patente; las piernas le flaquearon y tuvo que ser ayudado por Gwendal y Enya. Ya en el centro de la aldea, localizó al gran jefe sentado en la puerta del centro religioso, fue a su encuentro y le expuso las deliberaciones del Consejo.

—He hablado con Kenny de este asunto —dijo Melvin—. Tiene la impresión de que Merlin es un buen chico y no piensa que sea peligroso.

—¿Crees que deberíamos admitirle? —preguntó el sacerdote.

—En mi opinión, eso sería algo precipitado. Lo más sensato es esperar un tiempo y confirmar si realmente es lo que aparenta.

—De acuerdo —asintió Quinn con voz lánguida—. Meditaré tus palabras en mi hogar. En cualquier caso, dejaré que pase una

temporada antes de tomar una decisión.

Melvin observó detenidamente al gran druida con gesto de preocupación.

—¿Te encuentras bien? Pareces enfermo.

—Siento frío y me duelen todos los huesos. Iré a descansar. Haré caso a mi sobrina y me meteré bajo una manta con un buen caldo caliente.

—Le diré a Morgana que te haga una visita; sus sabios cuidados nunca están de más.

Llegar a su hogar fue lo más reconfortante que le propició el día. Tumbado en la cama, abrigado hasta los dientes, Quinn consiguió entrar en calor a base de apósitos y sorbos de caldo. Como solía decir Yanis, estaba gripado, el estado físico más odioso para él.

Cada vez que le sucedía se negaba a aceptarlo, pues no entendía por qué razón el cuerpo enfermaba de cuando en cuando sin causa aparente. Sin embargo, siempre terminaba rindiéndose al malestar y recogiéndose en su choza.

Morgana no tardó en aparecer acompañada de Myrna, quien ejercía ya de partera y curandera en aprendizaje, para confirmar el diagnóstico que el druida se había dado a sí mismo. Lo embadurnaron con un ungüento de romero para paliar sus dolores musculares y prepararon el té de corteza de roble que solían administrar a sus pacientes para bajarles el exceso de temperatura corporal. Finalmente, le recomendaron permanecer en cama.

Cuando estaban a punto de irse, Yilda hizo acto de presencia interesándose por el estado de salud de Quinn. Morgana se sintió incómoda por ello y se mostró desconfiada.

—Se pondrá bien en unos días —aseguró la partera—. Vendremos a visitarle cada mañana.

Yilda puso la mano sobre la frente del convaleciente y comprobó por sí misma el diagnóstico.

—En este estado probablemente te costará conciliar el sueño. Prepararé brebajes de lavanda y manzanilla para que puedas descansar por las noches —le dijo con amabilidad.

—Te lo agradezco. —Quinn se colocó de medio lado en busca de una postura cómoda.

Morgana y Myrna caminaron hacia la puerta.

—Nosotras nos marchamos ya. Un hogar en calma es el mejor entorno para él en estos momentos.

—Yo no tardaré en hacerlo —aseguró la druidesa.

Yilda arrojó algunos troncos sobre las llamas y se acercó de nuevo a la cama para despedirse, ya a solas los dos.

—Con esa leña será suficiente hasta que regrese Gwendal. Descansa.

Para sorpresa de Quinn, Yilda le besó en la frente antes de marcharse; un gesto insólito que le trajo de vuelta reconfortantes sensaciones olvidadas desde hacía demasiado tiempo.

Gwendal se había separado de la comitiva druida en el centro de la aldea. Al llegar a su choza retiró la marmita de estofado que había puesto a cocer a primera hora y preparó el hatillo diario de comida para Merlin; un sabroso cuenco de comida caliente, pan y un par de manzanas componían el menú en esta ocasión. Avivó el fuego, colocó al lado de las llamas el resto del estofado para que no se

enfriase y salió hacia el recinto interior de ganado con Iau; los olores que despedía el hatillo mantenían a la loba atenta a cualquier despiste en el que pudiera hacerse con el preciado botín.

A esas horas, los guerreros todavía continuaban sus entrenamientos frente al centro religioso. Brian se ejercitaba entre ellos. Al pasar junto a él, Gwendal lo miró de soslayo sin poder evitar sentirse violentada, y el joven le devolvió el gesto en similares condiciones. Sus caras lo decían todo. Gwendal echó la vista al frente y se perdió tras la puerta del cercado de madera.

Merlin se encontraba en el otro extremo de los campos de pasto rellenando con un cubo de agua el bebedero de los caballos; Bric abrevaba en ese momento flanqueado por dos yeguas. Gwendal observó que su aspecto físico se recuperaba poco a poco, como reflejaba el color de su rostro, mucho más saludable que días atrás.

—Te traigo el almuerzo —le dijo risueña.

—¡Fantástico! Estoy hambriento.

—Pues será mejor que comas antes de que se enfríe —sonrió.

Sentados en el borde del abrevadero, Merlin comenzó a dar reconfortantes sorbos de estofado caliente y a comerse la carne con los dedos. Gwendal dio un pellizco al pan y se lo llevó a la boca para acompañarle.

—Esta mañana hemos tenido reunión del Consejo a propósito de ti.

—¿Y cuál ha sido la decisión?

—De momento no la hay. —Gwendal se cruzó de brazos—. Mi hermana y yo somos partidarias de integrarte en la comunidad, mientras que Yilda prefiere expulsarte. La división de opiniones deja en manos de Quinn tu futuro.

—¿Y qué crees que hará?

—No estoy segura. Confío en que decida aceptarte, pero no puedo prometerte nada.

—No tienes que hacerlo —dijo Merlin ilusionado por las noticias—. Nunca podré agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

Se quedaron unos segundos en silencio y Gwendal supo a ciencia cierta que no se equivocaba con él. Estaba completamente segura de su honestidad.

En un gesto de confianza, Merlin se atrevió a cogerle la mano.

—Si finalmente soy aceptado, jamás abandonaré la tribu. Siento que mi espíritu ha quedado ligado a ti, debo permanecer a tu lado.

—Eso no será necesario.

Gwendal sonrió al escucharle.

—Quizá no, pero es mi decisión.

—Bueno. Cuando llegue el momento, tu vida volverá a pertenecerte y podrás elegir —sonrió de nuevo—. Ahora será mejor que me marche; mi tío ha enfermado y probablemente desea tenerme cerca.

Extrañas y familiares sensaciones invadieron la mente de Gwendal durante su regreso a la aldea. Acababa de darse cuenta de que había podido conectar con Merlin tal y como le sucediera con Enya años atrás bajo el roble. Sin embargo, algo había sido muy distinto. En esta ocasión, el espíritu de él pareció empequeñecer ante su presencia, como si de algún modo lo hubiese percibido como un espíritu inferior.

Tras varios días en cama, el estado de salud de Quinn no había mejorado, más bien parecía estancado.

Myrna y Morgana lo visitaban por las mañanas y Yilda acudía todas las noches con su brebaje de lavanda y manzanilla. Pero, a pesar de sus cuidados, la fiebre no remitía y se sentía tan cansado que incluso le costaba respirar. Además, aunque las noches transcurrían de un tirón, las pesadillas, los sueños extraños y las alucinaciones le impedían descansar como necesitaba. Tal era su estado de agotamiento, que levantarse para hacer sus necesidades se había convertido en el momento más duro del día.

Y a su alrededor las cosas habían cambiado. Durante la enfermedad del druida, Melvin y Sayer componían en solitario el Consejo de la Tribu y Yilda había asumido temporalmente el mando del Consejo Druida; todo ello bajo la aprobación del sumo sacerdote, que consideraba apropiadas esas medidas excepcionales. En cuanto al resto, todos continuaban con sus rutinas sumergidos en la intranquilidad y la expectación que les infundía la enfermedad de quien durante tantos años había estado al frente de la tribu. Solo los más ancianos recordaban los tiempos previos al mandato de Quinn.

Gwendal y Enya, como fieles sacerdotisas, meditaban durante la tarde y parte de la noche en el centro religioso bajo las instrucciones de Yilda; en su recogimiento imploraban a los dioses en favor de su líder.

Tras una fugaz visita de las parteras, Gwendal y Quinn volvieron a quedarse a solas en la choza. Como cada mañana, su sobrina le atendía desde el amanecer hasta el momento de marcharse al

centro religioso. Preparaba la comida con todo el cariño del mundo, le administraba las medicinas y permanecía atenta a cuanto pudiese necesitar.

Después del almuerzo, Quinn pareció recuperar fuerzas. Incluso tuvo ánimos para levantarse y caminar alrededor del fuego, toda una proeza que su sobrina interpretó como el inicio de su sanación. Con un poco de suerte, pensó, la fiebre no volvería a repuntar y las alucinaciones que le atormentaban el sueño desaparecerían. Fue entonces cuando Gwendal consideró que era el momento apropiado para hablar de Merlin.

—¿Has tomado ya una decisión? —preguntó sin rodeos.

—Aún no —dijo el druida sentándose a descansar sobre la cama —. Mi mente todavía es un mar de pensamientos turbulentos.

—Merlin ha demostrado ser merecedor de su libertad; estoy segura de que viviría en paz entre nosotros como un miembro más. —Gwendal tomó su mano—. Tú mismo fuiste acogido por los amanos cuando llegaste con tu madre desde Vindeleia.

Las palabras de su sobrina hicieron reflexionar a Quinn por primera vez en varios días; toda persona de bien merecía una segunda oportunidad, y Merlin probablemente lo era; sin embargo, no convenía precipitarse.

—Está bien. Hablaré con Melvin y Sayer. Si ambos están de acuerdo, le aceptaremos.

En medio de la conversación apareció Yilda con un cuenco humeante en la mano. La druidesa se descubrió el rostro apartándose la capucha y miró con desprecio a Iau, que estaba sentada junto a la puerta. La loba la miró desconfiada con las orejas gachas y los dientes a la vista.

—Tranquila. Solo es Yilda. Viene a cuidar de Quinn en nuestra ausencia —dijo Gwendal.

—Deberías tener más cuidado con ella. Los animales salvajes son impredecibles —replicó la druidesa.

—Iau no es un animal salvaje —protestó Gwendal—. Vámonos ya, Enya debe de estar esperándonos —le dijo a la loba.

Gwendal salió hacia el centro religioso masticando una sensación desagradable que terminó convirtiéndose en una bola imposible de tragar. Esa tarde, la visita de Yilda le había encogido el espíritu como si de un mal augurio se tratase. «Odia a Iau», se dijo dándole una explicación a su malestar. Caminó hasta el fuego del hogar y tomó asiento al lado de su hermana. «Pero tendrá que acostumbrarse a ella; es mi amiga», concluyó. Cerró los ojos y puso la mente en blanco para concentrarse en la meditación.

A medida que avanzaba la tarde, la opresión sobre el pecho de Gwendal iba en aumento; el aire entraba en su cuerpo cada vez con mayor dificultad; perdía la concentración una y otra vez. Entonces, cerca del ocaso, los gritos desaforados de Yilda desde la puerta de la choza del gran druida dieron una explicación a todas aquellas perturbaciones que sentía su espíritu.

Yilda dejó caer sobre la marmita en ebullición las partículas del fino polvo de semillas de estramonio que tanto tiempo había permanecido encerrado en uno de sus tarros. La cantidad no era mucha, pero tampoco debía añadir más para no adulterar el sabor del brebaje; un preparado para el que Quinn parecía estar adquiriendo cierta tolerancia en los últimos días.

—Maldito seas —farfulló en la penumbra de su choza—. Jamás hubiera pensado que fueses tan resistente. —Añadió una segunda dosis sin pensarlo y terminó de remover.

Tras la negativa de Merlin a colaborar, el destino había brindado a Yilda una nueva e inesperada oportunidad. Por primera vez en su vida ostentaba el mando del Consejo Druida y, para perpetuarse en el poder, tan solo necesitaba dar un paso más, salvar un pequeño escollo: Quinn. Y en esta ocasión no fallaría, no podía permitírselo; el débil y malogrado sumo sacerdote sucumbiría por fin a sus deseos viajando al otro mundo de una vez por todas arrastrado por el viento de la muerte, un viento que, ahora sí, parecía soplar a favor de ella.

Apartó la marmita de las llamas con cuidado, llenó un cuenco con el brebaje y se quedó mirándolo durante un instante; el elixir del triunfo estaba justo delante de ella despidiendo aroma a lavanda y a manzanilla.

Vestida tan solo por la oscuridad de su espíritu, maldijo el cuenco y su contenido. Se puso en pie, se enfundó la túnica y emprendió una tarde más el camino de la venganza.

Al entrar en la choza de Quinn se quitó la capucha y miró a su alrededor. Como de costumbre, los únicos presentes eran el gran druida, su sobrina y la desconfiada loba que la acompañaba a todas partes y que ahora le mostraba los dientes.

—Tranquila. Solo es Yilda. Viene a cuidar de Quinn en nuestra ausencia.

—Deberías tener más cuidado con ella. Los animales salvajes son impredecibles.

—Iau no es un animal salvaje. Vámonos ya, Enya debe de estar esperándonos.

Gwendal se marchó sin mirar atrás. Yilda hizo beber a Quinn el brebaje antes de que se enfriase y le aconsejó que se tumbara sobre la cama.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Descansado y con más ánimos. Espero que el malestar general que todavía me invade termine de remitir.

—Me alegra saber que mis atenciones surten efecto. —La druidesa sonrió con toda la dulzura que fue capaz de mostrar. Después cogió uno de los tarros de la estantería—. Despójate de la túnica; te aplicaré ungüento por todo el cuerpo para acelerar la recuperación.

Con cariño envenenado y con fingida sensualidad, Yilda le embadurnó los brazos, el pecho y el abdomen. Luego, subiendo desde los pies, masajeó con delicadeza cada centímetro de piel recorriendo los muslos hasta llegar a la entrepierna, donde sus caricias se recrearon.

El miembro de Quinn no tardó en reaccionar.

—Disculpa —susurró el druida—. No dejo de ser un hombre y tú una mujer hermosa.

El tono meloso de sus palabras y la expresión lánguida de su rostro hicieron saber a Yilda que el brebaje comenzaba a surtir efecto.

—Las muestras de virilidad son expresión de fertilidad. Ninguna mujer debería incomodarse por ello. Tampoco ningún hombre debería privarse de los placeres carnales, ni siquiera uno tan espiritual como tú. Creo que llevas demasiado tiempo adoleciendo la falta de contacto femenino.

Yilda le deslizó de nuevo las manos a lo largo de los muslos. Cubrió el rígido falo con las palmas y lo acarició con deseo sincero.

—¿Recuerdas la última vez que saboreaste a una mujer?

—Vagamente —balbució el druida, preso de los efectos alucinógenos del estramonio.

—Te deseo dentro de mí, ahora. No dejemos escapar esta oportunidad que el destino nos ha servido en bandeja. Nadie se enterará.

Tan instintiva como calculadora, Yilda se desnudó y se sentó encima de él. Acomodó el sexo sobre el palpitante miembro y le llenó la boca con sus pechos.

—Saboréame —suplicó—. Soy tuya.

Con la ansiedad de quien se encuentra ante un manjar, Quinn disfrutó del momento. Ella, entregándose al placer, comenzó a cabalgar rítmicamente provocando que los gemidos del gran druida fueran en aumento.

—Shhh… —Yilda le tapó la boca con sus labios—. Recuerda las normas, nadie debe enterarse.

Instantes después, notó que iba a derramarse en su interior. Agarró el miembro y se retiró lentamente para dejarle gozar del momento.

Exhausta y con el falo aún palpitante entre los dedos de la mano, chorreante, Yilda aproximó la boca a su oído y susurró en él las últimas palabras que Quinn escucharía en vida:

—Tu espíritu vivirá entre nosotros. Te deseo un buen viaje hacia el mundo de los muertos.

El druida abrió los ojos y la miró inmóvil dejando escapar un par de lágrimas. Yilda agarró su túnica azul, le cubrió la cara y apagó su aliento para siempre. Finalmente, la druidesa se vistió y salió de la

choza para dar la terrible noticia: el sumo sacerdote acababa de fallecer víctima de su larga enfermedad.

La comunidad veló al difunto toda la noche junto al hogar del centro religioso, donde todos rogaron protección a los dioses envueltos en el desánimo y la preocupación. Al amanecer, Sayer se encargó de cavar el agujero en el interior de la cueva y de preparar una gran cantidad de leña junto a la piedra de sacrificios.

Mediada la mañana, los dos jefes trasladaron el cuerpo desnudo del sumo sacerdote seguidos por la tribu al completo. En silencio, lo introdujeron en la tumba y lo cubrieron de tierra entre llantos, lágrimas y caras desencajadas. Gwendal fue incapaz de articular palabra alguna; en su atormentada cabeza solo había espacio para un profundo y amargo sentimiento: deseaba ser enterrada con él, pues él daba sentido a su vida.

Finalizado el funeral, la tribu se concentró alrededor de la pira preparada junto a la piedra de sacrificios. Yilda se situó muy cerca de ella con una antorcha encendida. A su derecha, Melvin portaba la túnica blanca de Quinn, y a su izquierda, Sayer sujetaba la vara de avellano con ambas manos.

La druidesa volvió la vista atrás y contempló la estela de piedra. Luego levantó la antorcha hacia el cielo, cerró los ojos y la arrojó sobre el montón de madera para prender la hoguera que daría solemnidad al acto que estaba a punto de comenzar.

—Todos echaremos de menos al gran druida Quinn —comenzó Yilda—. Durante muchos años ha sido nuestro maestro, guía y referente. Condujo nuestro destino con sabiduría y siempre supo ser

justo. Por todo ello le damos las gracias y deseamos que tenga un feliz viaje hacia el mundo de los muertos. Su espíritu siempre estará entre nosotros.

Miró a la tribu y alzó los brazos disimulando la satisfacción que le producía el haber pronunciado esas palabras. Se desnudó y arrojó su túnica azul a las llamas.

—Esta tarde, los dioses se han dirigido a mí para transmitirme su voluntad —continuó—. Y tras reunirme con Melvin y Sayer, he aceptado el mandato divino de ocupar el cargo que ha quedado vacío de suma sacerdotisa. Así será si el resto del Consejo Druida no tiene nada que decir.

Las dos jóvenes druidesas agacharon la cabeza sin otra alternativa que aceptar.

—Que así sea —sentenció Yilda.

Melvin la vistió con la túnica blanca y Sayer le hizo entrega de la vara de avellano. Después Yilda se dio la vuelta bajo la atenta mirada de todos, levantó la vara hacia la estela y se proclamó suprema sacerdotisa de los amanos.

—Los dioses desean que este acto sea bendecido con un sacrificio —anunció—. Traed al esclavo.

Con gran pesar, Melvin ordenó a varios de sus hombres que apresaran a Merlin. Entre gritos y lamentos, lo sujetaron de pie sobre la piedra de sacrificios inmovilizado por las cuatro extremidades. Yilda se acercó a él con una daga en la mano, colocó la punta en su pecho apretando con fuerza la empuñadura y le habló al oído:

—Solo tú conoces mi secreto. No puedo permitir que vivas entre nosotros.

Los ojos de Merlin, al igual que los de Gwendal, se llenaron de lágrimas de impotencia. Por un momento cruzaron la mirada. Gwendal abrió la boca, pero no pudo decir nada, se sentía paralizada. Yilda, inmisericorde, deslizó la hoja entre dos costillas y la hundió hasta atravesarle el corazón. Los guerreros que lo sujetaban dejaron caer el cuerpo al suelo y la druidesa se agachó para examinar el charco de sangre.

—¡Los dioses están satisfechos! —clamó exultante.

Gwendal rompió a llorar y echó a correr hacia su choza sin mirar atrás, preguntándose quién era ese pueblo cuyos dioses exigían la entrega de vidas inocentes como ofrenda; no podía comprenderlo. Se sintió sola y desamparada como nunca. Se veía a sí misma extraña en su propia tribu.

Atrancó la puerta por dentro y comenzó a dar vueltas alrededor del fuego. Al pasar junto a la cama de su tío, reparó en el cubo de agua en el que este solía lavarse la cara por las mañanas. Se agachó sobre él y observó el reflejo de su rostro.

—Me siento perdida sin ti —sollozó secándose las lágrimas con la manga de la túnica—. Te has ido sin avisar y ahora no sé quién soy ni a dónde pertenezco. —La desolación se apoderaba de ella a pasos agigantados y necesitaba volver a sentirse en casa—. Mi roble —recordó de pronto.

Abrió el tarro que contenía su saquito de cenizas, lo agarró apretando el puño con firmeza y abandonó el poblado a escondidas por la puerta sur en compañía de Iau.

Cuando llegó junto al árbol, la fina llovizna que la había acompañado casi todo el camino empezaba a empaparle la túnica. Se sentó con la espalda apoyada en el tronco y cerró los ojos.

Las gotas de agua que le resbalaban por la capucha de la túnica, hasta el borde, caían por delante de su cara formando una pequeña cortina. Apretó el saquito de cenizas contra su pecho y abrazó a Iau, que permanecía sentada a su lado.

Entonces escuchó a Guick sobre su cabeza. Su gañido era tan reconocible para ella como la voz de cualquiera de la tribu. Levantó la mirada y lo vio posado en una rama junto a una de las ardillas que solían merodear por el roble. Se puso en pie, alargó el brazo y el roedor saltó a su mano.

—¿Eres una dríada? —le preguntó.

La ardilla hizo una mueca ladeando la cabeza. Sus ojos refulgieron con el resplandor anaranjado de una llama, saltó a su otra mano y mordisqueó la cuerda que cerraba el saquito hasta romperla. Después regresó al árbol.

—¿Quién soy? —se preguntó Gwendal. Abrió el saquito y escribió con las cenizas sobre el tronco las runas que simbolizaban su nombre—. ¡Soy Gwendal hija de Lugh! —gritó.

El viento comenzó a soplar con fuerza; el viejo roble crujió estrepitosamente contrarrestando el empuje. Gwendal volvió a gritar, y esta vez su nombre resonó por todo el bosque.

Rompió a llorar de nuevo. Se arrodilló en el barro y lanzó el saquito con ira desenfrenada lejos de ella. La llovizna se transformó en diluvio, azotó el árbol y arrastró consigo diluidas las runas de ceniza hasta depositarlas en el suelo.

Una voz que parecía provenir de todas partes le habló entonces:

—*No luches contra tu ira. Déjala fluir*.

—¿Qué…? —preguntó desconcertada. Levantó la cabeza y miró a su alrededor, pero no vio a nadie.

—*Encuentra tu camino* —habló de nuevo la voz.

—Me siento perdida sin Quinn —lloriqueó.

—*Has de hacerlo. Ahora que él no está, tu pueblo te necesita*.

—i¿Por qué ha tenido que morir?! —chilló bajo el grueso manto de agua—. i¿Por qué me ha dejado sola?!

—*Quinn ha llegado hasta donde debía. Ahora es tu turno*.

—¿Mi turno?

El viento y la lluvia cesaron de golpe. Gwendal se puso en pie y caminó en busca del saquito de cenizas.

—*Nunca estarás sola. Me encontrarás allí donde me busques*.

—¿Y cómo lo haré?, ¿cómo te encontraré? —gritó en todas direcciones.

—*Sabrás hacerlo*.

La voz desapareció para no volver.

—¡No es justo! Yo…

Gwendal caminó hacia Iau. A cada paso que daba, notaba sin comprender cómo su espíritu sufría y se volvía más y más oscuro empujado por la crueldad del destino. En ese momento, la figura de Kenny a lomos de Bric se dibujó en el horizonte acercándose al galope.

—Me envía Morgana. Te vio marchar y me pidió que viniera aquí a buscarte —dijo el guerrero tendiéndole la mano—. Pronto oscurecerá. Me gustaría que vinieses conmigo a la aldea.

—Claro.

Se agarró a Kenny y montó en el animal como si ya nada le importase.

La niña risueña de ojos alegres y gesto expresivo había desaparecido por completo. La cara de Gwendal era el vivo reflejo de la impasividad.

Kenny no lo pasó por alto, pero prefirió no decir nada. Azuzó a Bric y emprendieron el camino de vuelta.

SEGUNDA PARTE

232 a. C. - 231 a. C.



FLAVIOBRIGA 232 a.C.

1. *Acceso norte*
2. *Acceso sur*
3. *Portillo alto*
4. *Portillo bajo*
5. *Sendero sur*
6. *Muralla sudeste*
7. *Paso oriental*
8. *Sendero norte*
9. *Cobertizo*
10. *Centro religioso*
11. *Cueva*
12. *Piedra de sacrificios*
13. *Recinto interior*
14. *Muralla norte*
15. *Campos de cultivo*
16. *Campo interior de cultivo*
17. *Recintos exteriores*

Los cinco años trascurridos desde la muerte de Quinn habían sido un mar de calma bajo el mandato de Yilda, que se había amoldado convenientemente a su nueva posición y ejercía las funciones de suma sacerdotisa con relativa desenvoltura.

Durante su liderazgo nada había alterado la marcha de la comunidad. El único contratiempo, no demasiado preocupante, era el sutil decrecimiento de la fertilidad de la Madre Tierra, que cada año les brindaba cosechas menos abundantes y menor cantidad de corderos y cerdos nuevos. Sin embargo, no eran pocos los que empezaban a pensar que la relación de Yilda con los dioses parecía estar menguando.

Desde el fallecimiento del gran druida, Gwendal no había vuelto a ser la misma. Se había encerrado en el sacerdocio hasta el extremo de que ya no le interesaban aspectos básicos de la vida como formar un hogar, cuestión que tenía preocupados a sus más allegados, especialmente a Enya, quien también aspiraba a conseguir su túnica azul para ascender al penúltimo escalón de la carrera sacerdotal.

Brian y Kilian, por su parte, se habían convertido en guerreros admirados y respetados por la comunidad, aunque las miradas se centraban sobre todo en el primero; el primogénito del gran jefe era ya tan alto y fuerte como su padre.

Por lo demás, la vida se abría paso con naturalidad en el seno de la tribu. Los más pequeños, como Kalen y Briana, eran niños sanos y vigorosos que se interesaban por todo cuanto les rodeaba bajo la

tutela de Allen. Los guerreros entrenaban sin descanso el arte de la lucha, y el resto se dedicaban al campo, al ganado o a sus oficios.

La tranquilidad había sido la tónica general en Flaviobriga, pero un hecho perturbador estaba a punto de resquebrajarla.

9

Inmediaciones de Flaviobriga, finales de giamos, 232 a. C.

Dos jinetes aparecieron a media tarde, valle abajo por el camino que discurría junto al arroyo de Flaviobriga. Sobre la gran peña, entre las copas de los árboles, vieron la aldea amurallada. Sonrieron. Por fin la habían encontrado.

Nel y Érigo, dos hombres venidos de muy lejos, se habían adentrado en las tierras de los amanos cabalgando a paso lento, malolientes y húmedos por la lluvia que les había acompañado buena parte de la mañana. Sus caras demacradas por el cansancio reflejaban el largo viaje que llevaban a sus espaldas, un viaje que concluía allí mismo.

Cuando divisaron la aldea salieron del camino y desmontaron para acampar; no se acercarían demasiado para no ser descubiertos. Su misión era la de vigilar el lugar y regresar con información, por lo que permanecerían la mayor parte del tiempo ocultos en el bosque. Debían estudiar la orografía del terreno, las fortificaciones, los cultivos y la cantidad de cabezas de ganado. Y, para ello, el inicio de samos se presentaba como el mejor momento, pues las cosechas comenzaban a mostrar su esplendor y los rebaños de ovejas y cabras saldrían en pocas fechas de la protección de las murallas en busca de los pastos de las montañas.

Tomaron asiento al otro lado del arroyo y sacaron sus morrales. Apoyados en el tronco de un árbol, disfrutaron de una buena comida, bebieron agua fresca y descansaron de la larga jornada envueltos por el sonido de la corriente y el cantar de los pájaros. Todo estaba en calma hasta que escucharon pasos que se acercaban por el camino. Nel le hizo una señal a Érigo para que ocultase los caballos detrás de unas zarzas, empuñaron sus hachas y se agazaparon entre la hierba. Instantes después apareció una joven vestida con una túnica azul que ladeó la cabeza hacia ellos sin detenerse y desapareció tras los árboles que flanqueaban la orilla.

—Nos ha visto —dijo Érigo—. No podemos dejarla ir.

Se pusieron en pie y avanzaron tras sus pasos camuflados por la maleza. La adelantaron y se ocultaron a la espera de que se acercara para asaltarla.

—Divirtámonos primero un poco —dijo Nel—. A juzgar por las curvas de su túnica, debe de ser una mujer hermosa.

—Divirtámonos… —secundó Érigo.

Saltaron al camino y se plantaron delante de ella para cortarle el paso. La joven se detuvo a una distancia prudencial y les miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó.

—Tu silencio —dijo Nel acercándose a ella.

—No me interesan los buscavidas, solo traen problemas. Por favor, continuad vuestro camino.

Los hombres se miraron carcajeándose. Nel dio un paso más, le agarró la capucha y le descubrió el rostro; la melena rubia y los ojos verdes de la muchacha despertaron deseo en él.

—Eres muy guapa. —Se llevó la mano al cinturón—. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Gwendal de los amanos —contestó observando de reojo el hacha que empuñaba el hombre, amenazante—. No te atrevas a tocarme.

Los dos tipos se miraron de nuevo, pero esta vez no hubo carcajadas.

—Es una imprudencia deambular sola por el bosque. —Érigo se aflojó el cinturón con la otra mano—. Alguien como tú debería ir acompañada.

—No necesito compañía.

Ambos se echaron a reír de nuevo. Con un movimiento rápido, Nel la agarró por la muñeca y le puso el filo del hacha en el cuello.

—Suéltame.

—Me temo que no estás en condiciones de darme órdenes, preciosa.

Gwendal dio un paso atrás, pero no pudo zafarse.

—¡Suéltame! —repitió gritando con todas sus fuerzas.

Los pájaros dejaron de oírse; el murmullo del arroyo de pronto pareció desaparecer; Gwendal se sintió furiosa y calmada al mismo tiempo. Colocó la palma de la mano sobre la frente de Nel y este perdió la mirada en el infinito.

—Arrodíllate y córtate la mano —le ordenó.

—Por favor, no me obligues a hacerlo. Nos marcharemos y jamás volverás a vernos —suplicó Nel. Segundos después, hincó las rodillas en el suelo; había perdido el control de su propia voluntad.

—Dije que no me tocaras. Ahora te cortarás la mano con la que lo hiciste.

Para asombro de Érigo, su amigo levantó el hacha, se asestó un golpe certero en la muñeca y cercenó su propia mano de un solo tajo contra el suelo. Sus gritos de dolor retumbaron por todo el valle. Nel se tambaleó aturdido e intentó taponar la herida.

Gwendal observó impasible cómo el hombre perdía la vida sobre el barro. Silbó luego hacia la espesura del bosque y caminó al encuentro del otro. Al momento aparecieron Iau y Grun; se colocaron uno a cada lado de ella.

—¿Q-qué es esto?… —tartamudeó Érigo—. Dijiste que no llevabas compañía.

—No es verdad. Solo dije que no la necesitaba.

Iau y Grun gruñeron mostrando los colmillos. Érigo se quedó petrificado; ni se le pasó por la cabeza intentar empuñar su arma.

—El atrevimiento de tu amigo le ha conducido a una muerte lenta. Contigo tendré más compasión.

Gwendal dio media vuelta y caminó en sentido contrario. Iau la acompañó pegada a su costado. Al pasar junto a Nel, que agonizaba ya casi desangrado, se detuvo para recoger el hacha; sopesándola, giró la cabeza hacia Grun, y con frialdad le dijo:

—Acaba con él; rápido.

El oso se abalanzó con violencia sobre Érigo. Le mordió la cara y lo destripó sin darle tiempo a reaccionar.

Las armas, la vestimenta y la buena alimentación que mostraban sus cuerpos y rostros hicieron pensar a Gwendal que tal vez no se tratara de buscavidas, sino de gentes venidas de alguna otra tribu.

Además, su acento le había resultado un tanto extraño, por lo que su procedencia no debía de ser autrigona.

De regreso a la aldea, al pasar frente al lugar donde les había visto por primera vez, Gwendal descubrió a sus dos caballos pastando libremente alrededor de unas zarzas. Se acercó a ellos y corroboró sus sospechas: las monturas no eran propias de quien roba cuanto encuentra por el camino para sobrevivir. Les dio unas palmadas en el costado y los animales la siguieron camino abajo.

Comenzaba a anochecer cuando Gwendal atravesó el portillo bajo. Dejó los caballos en el recinto exterior del ganado y se dirigió a la choza del herrero; si alguien podía conocer el origen del hacha, ese era él.

Erwin se encontraba sentado a la mesa delante de media hogaza de pan y un suculento cuenco de estofado cuando Gwendal apareció por la puerta. El anciano dejó la cuchara en el cuenco y la miró.

—¿Quieres acompañar mi cena, o acaso algún asunto druida requiere de mi ayuda? —preguntó.

Gwendal caminó hacia él y le ofreció el hacha bajo la luz de la vela que iluminaba la mesa. Erwin la cogió para observarla.

—¿De dónde la has sacado?

—Eso ahora no importa. ¿Sabes a qué pueblo pertenece?

El herrero se acercó a la vela y analizó el arma a conciencia.

—Diría que es cántabra. —Deslizó el dedo por el filo—. Y está manchada de sangre. ¿Vas a contarme dónde la encontraste? —preguntó de nuevo.

—A su debido tiempo. De momento, guarda el secreto. Voy a reunir al Consejo de la Tribu.

Esa misma noche, Gwendal convocó al Consejo de urgencia en el centro religioso. Solicitó también que Morgana estuviese presente de forma extraordinaria. Cuando todos estuvieron sentados, sacó el hacha y la mostró.

—Erwin dice que podría ser cántabra.

—¿De dónde ha salido? —preguntó Melvin—. La hoja está manchada de sangre.

—Esta tarde he bajado al bosque con la intención de recoger hierbas y me he cruzado a dos desconocidos por el camino —explicó Gwendal—. Intentaron ocultarse, pero los vi. Poco después me asaltaron y uno de ellos trató de hacerme daño para que no los delatase. Iau le atacó y pude quitarle el hacha. Grun se encargó del otro.

La inquietud se extendió entre los miembros del Consejo de la Tribu. Morgana permaneció en silencio en una esquina observando a la joven e intuyendo el motivo de su propia presencia en la reunión.

—En un principio pensé que se trataría de buscavidas —continuó Gwendal—, pero al observar sus ropas y monturas me di cuenta de que más bien parecían ser viajeros. He traído sus caballos para que Melvin los examine.

—Exploradores… —comentó el gran jefe.

Yilda lo miró con gesto de preocupación.

—Lo que acabas de decir es un hecho muy serio. ¿Crees que podrían estar vigilándonos?

—No se me ocurre otra explicación —reflexionó Melvin.

—Yo también lo interpreto así —intervino Sayer—. Todos sabemos que antaño los cántabros solían atacar nuestro poblado.

—Mi padre tiene razón; debemos ponernos en la peor situación y prepararnos para ella —tomó la palabra Enya—. Nuestro deber es adelantarnos a los acontecimientos para proteger a la tribu.

—Estoy de acuerdo —dijo Melvin—. Reforzaré la vigilancia en los accesos y colocaré hombres en la muralla sudeste.

Todos los miembros del Consejo se mostraron conformes con las medidas propuestas por el gran jefe; por el momento, poco más podían hacer. Tras unos instantes de silencio, Yilda se puso en pie.

—Si nadie tiene nada más que añadir, así lo dispondremos —dijo para finalizar la reunión—. Por la mañana lo haremos público para que la comunidad se mantenga alerta.

Avanzada la madrugada, el grupo abandonó con preocupación el centro religioso. Morgana acompañó a Gwendal y entró en su hogar sin decir nada; era evidente que necesitaban mantener una conversación.

—Imagino que has solicitado mi presencia porque querías que conociese de primera mano la versión que ibas a contarles, ¿me equivoco?

—No. No te equivocas.

—Bien, ¿qué ha ocurrido realmente?

Gwendal enmudeció; puso en orden sus pensamientos y buscó las palabras adecuadas:

—Yo no maté a ese hombre. Lo obligué a quitarse la vida él mismo.

—¿Cómo?

—Cuando me agarró no sentí miedo, tan solo ira. Sin embargo, esta vez fue distinto y pude controlar la situación. De alguna forma mi espíritu se apoderó del suyo.

—Si fue de esa manera, ¿por qué no lo trajiste aquí? Melvin podría haberle sacado información.

—Deseé que muriera —dijo Gwendal. Su expresión se tornó oscura y fría—. Le deseé una muerte lenta e hice que se cortase la mano él mismo de un hachazo. Después aparecieron Iau y Grun y el otro se quedó paralizado. Ordené a Grun que lo matase sin dudarlo.

—¿Y cómo te sientes ahora? No debes culparte, actuaste en defensa propia.

—De eso quería hablar contigo. No siento ningún remordimiento ni lástima por ellos. Sus muertes me son indiferentes.

—Ya entiendo… —Morgana agachó la mirada y respiró en profundidad—. Déjame pensar detenidamente en ello. Por el momento, será mejor que no lo compartas con nadie más.

10

Principios de samos, 232 a. C.

La víspera de Beltane anticipaba una celebración por todo lo alto. La tribu rendiría tributo a Brígida con especial efusividad e intentaría lograr un año más que la gentil dama de samos les brindase la fertilidad necesaria para afrontar los tiempos venideros. Para la ocasión habían talado el chopo más alto del valle y lo habían engalanado como nunca; estaban dispuestos a hacer cualquier cosa que pudiese contrarrestar las carencias místicas de Yilda.

Poco antes del ocaso, el tronco del chopo quedó plantado en el agujero con sus galas al viento. Todos regresaron orgullosos al centro de la aldea y ocuparon sus lugares en la mesa del banquete: la tribu festejó la llegada del nuevo samos disfrutando de los acostumbrados asados de cordero y jabalí, bebieron cerveza y vino y escucharon los poemas de Allen. Con un buen plato de comida delante, las cosas parecían volver a la normalidad.



Kilian se escabulló entre la multitud después de la cena, se perdió en la oscuridad y caminó hacia el recinto interior del ganado. Atrás dejaba el bullicio de la fiesta en busca de algo mucho más

placentero que la comida y las bebidas fermentadas: el calor de una mujer. Lejos de miradas curiosas, protegido tras los muros del centro religioso, abrió la valla del cercado sin hacer ruido y corrió hasta el cobertizo. Se sentía nervioso. Ansiaba poseerla como si fuese la primera vez, aunque en realidad llevaban viéndose a escondidas algo más de un año. Solo de pensar en su cuerpo y en sus caricias, Kilian vibraba hasta el punto de creer que se le iba a romper el pantalón.

Cuando entró en el cobertizo, ella estaba de espaldas, de pie junto a la ventana del fondo. Atrancó la puerta, se aproximó a tientas y la abrazó por detrás.

—Te deseo muy dentro de mí —jadeó Enya al notar el contacto de sus brazos.

Kilian se bajó el pantalón y le levantó la túnica por encima de las caderas. Palpó su humedad en la penumbra y la penetró despacio para no correr el riesgo de que todos la oyesen gritar.

—No he pensado en otra cosa durante toda la noche —jadeó él aumentando el ritmo más y más.

Kilian apretó los dientes para contener sus gemidos finales; le tapó la boca a ella con la mano a las puertas del orgasmo. Enya se estremeció inundada por la ola que se acercaba y ahogó un grito de placer, placer compartido por ambos, placer mutuo contenido durante días. Finalmente, el vacío, la nada, difuminaron las huellas de la pasión, las diluyeron. Se sentaron a descansar contra el muro con los cuerpos exhaustos derramados sobre el suelo, agotados.

—Siempre me pregunto cómo sería dormir contigo después de darnos placer —comentó Kilian.

—No te gustaría, me muevo demasiado en la cama.

Kilian la miró contrariado.

—Estoy hablando en serio. No podemos mantenerlo en secreto para siempre.

Enya borró la sonrisa de su cara.

—Lo sé. Sé que hablas en serio —dijo en voz baja—. Pero mi respuesta es no; al menos por el momento. Aún no me siento preparada para formar un hogar.

—¿Por qué no? La mayoría de las parejas se unen a nuestra edad.

—No se trata de eso. El camino del sacerdocio es largo y complicado. No me gustaría que quedase en segundo plano, diluido entre las obligaciones del hogar.

—¿Prefieres terminar como Gwendal? Para ella no existe nada más. Pasará sola el resto de su vida, como su tío.

—Te equivocas. —Enya lo miró muy seria—. Gwendal solo necesita tiempo, eso es todo.

—¿Tiempo?, ¿para qué? Hace años que odia a Brian. Una persona capaz de guardar tanto rencor jamás encontrará pareja.

—Tiempo para encontrarse a sí misma. Con los años me he dado cuenta del gran vacío que existe en su espíritu. De momento, el sacerdocio es la única manera que ha encontrado de llenarlo, pero estoy segura de que algún día cambiará.

—Algún día… —suspiró Kilian—. Parece ser que todo sucederá algún día, pero ¿cuándo?

Enya sonrió de nuevo. Sabía que el respeto y el amor que Kilian sentía por ella eran verdaderamente sinceros.

—Espérame… Espérame hasta que esté lista para dar el paso.

—¿Y hasta cuándo tendré que hacerlo?

—Lo ignoro. Lo único que puedo decirte es que quiero que lo hagas.

Enya se levantó y estiró su túnica.

—Será mejor que me marche, tarde o temprano Yilda me echará en falta.

La joven druidesa salió por la puerta y lo abandonó en el cobertizo sin más compañía que sus propios pensamientos. Kilian se puso el pantalón y esperó, como siempre, hasta que ella se alejó lo suficiente como para que nadie sospechase que regresaban juntos.



La primera mañana de samos, Gwendal despertó envuelta en sudor. Desde hacía tiempo le costaba dormir, y esa noche había sido un mar de continuos despertares. Las pesadillas la habían atormentado de manera especial. Una y otra vez había tenido el mismo sueño: se encontraba en el borde de uno de los acantilados del poblado, un punto brillante se le aproximaba desde el horizonte y veía cómo iba a engullirla; justo en ese momento abría los ojos sobresaltada.

Sentada delante del desayuno pensó en ello durante largo rato, pero no logró extraer ninguna conclusión. Tampoco probó bocado. «Necesito hablar con ella», se dijo. Acarició entonces el torques que durante toda su vida había portado abrazado al cuello; el metal estaba caliente. Apartó el plato de comida y salió en su busca.

En el exterior, la actividad de la tribu era incesante. Multitud de aldeanos preparaban la mesa del banquete de mediodía o asaban carne en sus hornos. En el centro de la aldea, algunos guerreros se organizaban para relevar a los que habían hecho guardia en las murallas durante la noche.

Kenny se había convertido de manera oficial en el segundo de Melvin y en el hombre de su máxima confianza. Tras la aparición de los cántabros, el gran jefe le había dejado al mando de la vigilancia de la aldea. Esa mañana supervisaba el cambio de turno de las guardias en la puerta del centro religioso. Junto a él estaba su hijo Kalen. Gwendal se acercó a ellos y se agachó para rascarle la cabeza al pequeño; al igual que con su padre, Gwendal tenía una especial relación con él.

—Traes mala cara, mi niña —dijo Kenny—. Tengo la sensación de estar ante un espíritu atrapado entre este mundo y el de los muertos.

—No me he sentido muy bien los últimos días, la verdad —reconoció Gwendal.

—Imagino que el encuentro con aquellos dos hombres te ha dejado muy afectada.

—Supongo que sí.

—Habla con Yilda, quizá pueda ayudarte.

El mero hecho de pensar en esa posibilidad hizo que Gwendal se removiera en su interior. No entendía muy bien el motivo, pero la última persona con la que deseaba tratar sus inquietudes era la suma sacerdotisa.

—Creo que prefiero hablar con Morgana.

Besó a Kalen en la frente y retomó su camino.

—La encontrarás en mi choza. Anda preparando ungüentos con Myrna.

Nada más cruzar la puerta, multitud de agradables olores inundaron la nariz de Gwendal. El hogar de Myrna despedía aroma a lavanda, a romero y a manzanilla mezclados con manteca de cerdo, aromas que le evocaban los días en que regresaba a casa y encontraba a su tío manejando hierbas afanosamente. Esos olores y las sensaciones que le provocaban eran para ella la mejor manera de recordarle; casi parecían traer de vuelta su espíritu.

Myrna y Morgana estaban delante de una mesa repleta de tarros y cuencos. Caminó hacia ellas y se detuvo a su lado sin decir nada. Ambas la miraron a la vez.

—¿Qué ocurre, pequeña? —preguntó Morgana.

Gwendal se sentó en el borde de la cama flanqueada por sus dos amigas y comenzó a explicarse. A medida que lo hacía, la vieja partera arrugaba más y más el gesto.

—Mi espíritu se ha vuelto aún más extraño y sombrío, la angustia me asfixia, me quema, oprime mi pecho —suspiró Gwendal al final del relato. Una lágrima le recorrió la mejilla y terminó cayendo sobre la túnica.

—Dame tus manos —dijo Myrna.

Gwendal levantó los brazos para entrelazar los dedos con ella. Myrna cerró los ojos, se concentró en percibir su energía y dejó fluir la mente.

De pronto, la joven partera retiró las manos y se las colocó en el regazo, como si quisiera protegérselas.

—¿Está todo bien? —preguntó Gwendal. Myrna parecía asustada; miraba a su amiga con la boca entreabierta y los ojos brillantes.

—Está todo bien. Solo que te he sentido con tanta fuerza que me he sobresaltado. Nada más que eso.

—¿Qué has notado exactamente?

—Se trata de tu espíritu —dijo Myrna, dubitativa—. Creo que está cambiando.

Morgana se puso en pie y comenzó a caminar de un lado a otro. Escuchar el relato de Gwendal sobre el punto brillante le había traído a la mente la descripción que tantos años atrás le hiciera Quinn acerca de sus estados de trance. Ciertas cosas parecían encajar.

—Yo también lo creo —dijo Morgana—. El motivo de tus pesadillas no son fruto de la casualidad.

—¿Qué quieres decir?

La partera se acercó a ella.

—A medida que crecemos, nuestros espíritus también lo hacen. Sufrimos cambios, transformaciones, y cuanto más profundas son estas, más doloroso es el cambio.

—Pero no debes preocuparte por ello —aseguró Myrna—. Pronto pasará y cada cosa se situará donde le corresponda; tienes que darte tiempo a ti misma.

Gwendal miró a una y luego a la otra. Su gesto de preocupación dejó paso al desconcierto. Inspiró profundamente llenándose los pulmones con el aroma a hierbas de la choza y dibujó el rostro de Quinn en su imaginación.

—Ven conmigo. —Morgana caminó hacia la puerta y la invitó a seguirla—. Visitaremos un lugar al que deberías haber ido hace tiempo.

Salieron de la aldea por la puerta sur y descendieron el sendero. Cuando llegaron al arroyo, giraron a la izquierda y remontaron su curso. Poco después lo cruzaron para continuar colina arriba unos pasos más y se detuvieron; habían llegado al túmulo del valle.

Morgana condujo a Gwendal hasta una de las tumbas, un pequeño montículo cubierto por la hierba. Tomaron asiento en el suelo en torno a él. La druidesa se retiró la capucha para mostrar su respeto a los difuntos allí presentes.

—Aquí están enterradas las cenizas de tus padres.

—¿Por qué me has traído?

—Lo que fuiste, lo que eres y lo que serás se lo debes a ellos; son tu conexión con la tribu. Creo que en estos momentos necesitas recordar las raíces que te unen al pueblo amano. Procura tenerlos siempre presentes en tu corazón.

Gwendal cerró los ojos y agachó la cabeza. Por primera vez en su vida pensó en sus padres como en dos seres que habían existido realmente, más allá de lo que solía imaginar cuando otros le hablaban de ellos. Tenerles delante, aunque solo fuesen dos puñados de cenizas enterrados varios palmos bajo el suelo, le hizo sentirse un poco mejor.

—Supongo que tienes razón. —Gwendal tomó las manos de Morgana por encima de la tumba y las apretó con fuerza—. Neil y Evelyn…

Al pronunciar sus nombres se dio cuenta de que no recordaba haberlo hecho antes. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que su mente lo había olvidado.

—Neil y Evelyn… —dijo de nuevo.

—Neil y Evelyn —repitió Morgana—. Llévalos siempre en tu corazón.

La emoción corrió por las venas de las dos mujeres de forma muy íntima, como si en ese momento estuviesen tan unidas que pudiesen intercambiar sus energías. Morgana levantó la vista hacia el cielo y

decidió que era el momento de hablarle con claridad de algo que le preocupaba desde hacía días.

—Hemos de tener cuidado con Yilda. Especialmente tú.

Gwendal asintió, su intuición también le había puesto sobre aviso.

—Durante los años que lleva al frente de la tribu ha demostrado tener pocas capacidades de liderazgo —continuó la partera—, pero el otro día, en la reunión del Consejo que convocaste, su incapacidad quedó más patente que nunca. Carece de iniciativa ante cualquier problema potencialmente complicado.

—Yo tengo esas mismas sensaciones. —Gwendal se llevó la mano a la barbilla—. Lo que no acabo de entender es la razón por la que me afecta en particular.

Morgana se cruzó de brazos y la miró a los ojos. En ellos podía ver reflejada la templanza y la fuerza de su tío. Ambos tenían mucho en común y con toda seguridad la suma sacerdotisa también lo habría percibido.

—Yilda es capaz de cualquier cosa para conservar el poder. Mientras esté al mando, deberías guardar el secreto sobre lo ocurrido la tarde en que te cruzaste con los dos cántabros.

—Pero ¿por qué habría de estar preocupada por mí?

—Algún día serás alguien muy grande, mi niña, y eso es justo lo que necesita nuestra comunidad en tiempos difíciles como los que parecen aproximarse. Ella lo intuye y estoy segura de que hará todo lo que esté en su mano para protegerse.

—Pero yo jamás intentaría…

—Cuando llegue el momento, deberás ocupar el lugar que te corresponde —la interrumpió Morgana—. No siempre podemos elegir el camino por el que queremos transitar.

Ladera abajo, de vuelta a la aldea, Gwendal estudió en silencio las palabras de Morgana. La partera tampoco abrió la boca en todo el camino; había puesto las cartas bocarriba y era el momento de la joven.

Brian y Kilian se sumaron al cambio de guardia como cada mañana. Por su inexperiencia, Kenny solo les adjudicaba los turnos de día para que fuesen tomando contacto con la realidad de su oficio; más allá de los entrenamientos con armas de madera y sacos de paja a los que disparar flechas, existía un mundo en el que no siempre reinaba la paz, un mundo en el que arriesgarse a perder la vida por defender a los suyos debía ser aceptado con orgullo. Kenny estaba convencido de que ponerles a montar guardia durante horas y horas les haría terminar de madurar.

Los dos vestían botas de piel, pantalón y camisa de tela. De sus manos colgaban pesados escudos y espadas de hierro. Como colofón, sobre sus cabezas lucían los cascos que Erwin les había fabricado durante el último giamos. En realidad, nada de eso era necesario para realizar las labores de vigilancia, pero Kenny les obligaba a llevar sus armas y protecciones en todo momento para que se acostumbrasen a ellas.

Al pasar por el centro de la aldea, camino del acceso norte, repararon en que Gwendal mantenía una conversación con Kenny en la puerta del centro religioso. Brian, como si no la hubiese visto, echó la vista al frente y continuó.

—¿Hasta cuándo vais a seguir así? —preguntó Kilian.

—¿Vamos? —Brian empujó la puerta de acceso a la torre y comenzaron a subir las escaleras—. Yo no tengo ningún problema. Es ella quien no quiere saber nada de mí.

—Quizá deberíais hablar. Creo que Gwendal atraviesa un mal momento.

—Un mal momento… —repitió Brian. Abrió la trampilla de la azotea y salió al exterior—. Si eso es lo que le ocurre, está durando demasiado, ¿no crees? Sinceramente, no me interesan sus problemas.

En lo alto del torreón el viento de la mañana soplaba con fuerza. El horizonte aparecía despejado y la visibilidad les permitía controlar desde los campos de cultivo hasta la costa. Todo estaba en calma. Se sentaron en el parapeto de piedra y dejaron las armas apoyadas contra él.

Durante horas hablaron acerca de cómo sería participar en una batalla, de cómo cortarían las cabezas de sus enemigos llegado el caso y de lo que el gran jefe esperaba después de haber depositado en ellos su confianza. Pero, sobre todo, hablaron de lo que no compartían con nadie más y se esforzaban en disimular: sus temores. La posibilidad real de ser atacados les encogía el espíritu y les sumía en el desconcierto; para ellos no había mayor temor que enfrentarse a lo desconocido. Por otro lado, a Brian le resultaba particularmente difícil asimilar su congoja tras saber que Gwendal, una mujer, había sido capaz de hacer frente a dos adversarios.

—Acéptalo —dijo Kilian—. Ella es distinta. Los dioses están de su lado.

—Los dioses no empuñan hachas ni espadas —protestó Brian—. Gwendal fue capaz de arrebatarle el arma a ese cántabro y

defenderse. Siempre ha sido así. Si hay algo que envidio de ella es su valentía.

—Envidiar el valor de los demás no nos hará más fuertes. Será mejor que busquemos el propio; quizá la reflexión pueda ayudarnos.

—De pronto pareces un druida tú también. —Brian sonrió y le dio un puñetazo en el hombro—. Los guerreros se curten en las batallas, no reflexionando. Cuando llegue el momento de la verdad, veremos quién es merecedor de su espada y quién no.

En ese momento, la trampilla de madera que daba acceso a la azotea se abrió y Kenny asomó la cabeza por el hueco; había escuchado la última parte de la conversación antes de interrumpirlos. En una mano llevaba un odre y en la otra un hatillo de comida.

—¿Acaso sentís miedo? —les dijo.

Brian y Kilian se miraron sin decir nada. Kenny les entregó el almuerzo y tomó asiento entre ellos.

—No os avergoncéis, yo también lo tengo.

—¿Tú? No lo creo —dijo Brian—. Lo dices para que nos sintamos mejor.

—Te equivocas. —Kenny pasó los brazos por los hombros de los dos muchachos—. El miedo no es nuestro enemigo, es nuestro aliado. El miedo nos hace permanecer alerta y ser cautos; quien no lo tiene, está condenado a morir a la primera de cambio.

—¿Crees que estaremos a la altura? —preguntó Kilian.

—No lo creo, estoy seguro. Si amáis a vuestro pueblo, aprenderéis a defenderlo. De lo primero no me cabe ninguna duda, y de lo segundo, tampoco. Mentalizaos para la lucha y no escondáis vuestro miedo, tarde o temprano os convertirá en grandes guerreros.

Kenny se puso en pie y caminó hacia la trampilla.

—Ahora, comed; los hombres débiles no sirven de nada.

Gwendal necesitaba repuestas más allá de los consejos de Morgana.

El refugio que desde hacía tanto tiempo buscaba en el sacerdocio había sido del todo estéril; no había conseguido conectar con los dioses desde aquella tarde bajo el roble, cinco años atrás, en la que Lugh se dirigió a ella por primera y última vez.

Era consciente de que tanto la falta de su tío como el silencio de los dioses eran la causa de aquel terrible sentimiento de abandono y soledad que aquejaba su espíritu, ensombrecido poco a poco a lo largo de los años sin que se diese cuenta. Pero ahora, cuando todo se estaba volviendo del revés, necesitaba entender un poco más allá.

Tras el copioso banquete de Beltane a pleno sol, Gwendal regresó a su choza y rebuscó en las viejas estanterías de su tío hasta dar con el tarro donde solía guardar el polvo de setas rojas. Agarró un puñado de avellanas y puso a calentar un caldero con agua.

«La cantidad adecuada te permite asomarte al mundo de los muertos. Un exceso puede hacer que permanezcas en él para siempre», recordó haber oído decir a Quinn en alguna ocasión. Lo que Gwendal ignoraba era cuál sería la dosis correcta de setas.

Cuando el agua del caldero rompió a hervir, echó un par de pellizcos de polvo mágico y removió lentamente con una varita de avellano. Añadió el puñado de avellanas, removió un poco más y lo dejó hervir un momento antes de retirarlo del fuego. Llenó un cuenco con mucho cuidado, lo colocó sobre sus piernas y lo observó

durante un buen rato. «No puedo tomarlo aquí» se dijo, «el silencio de estas paredes me angustia».

La imagen del gran roble se coló entonces en su mente. Si había algún lugar en el mundo que pudiese hacerla sentir bien en esos momentos, con toda seguridad era aquel árbol que tanto tiempo llevaba sin visitar.

Vertió el contenido del cuenco en un odre y se colgó del cinturón su viejo saquito de cenizas, que aún conservaba metido en uno de los tarros de la estantería. «Estoy lista», se animó. Camino de la puerta, se detuvo asaltada por la sensación de olvidarse de algo. Dio marcha atrás y sacó su arco de debajo de la cama. Estaba cubierto de polvo. Se lo echó al hombro y agarró también el carcaj repleto de flechas.

Salió de su choza a hurtadillas y abandonó la aldea por la puerta sur sin ser vista. Iau la seguía pegada a su costado, olisqueando en todas direcciones con las orejas levantadas. En las alturas, Guick la observaba surcando las corrientes de aire del atardecer.

Al vadear el arroyo se encontró con el viejo chopo en el que solía practicar con el arco. Recordó el día en que se cruzó con Merlin por primera vez y este había estado a punto de morir degollado bajo la daga de Kenny. «Siento mucho no haber podido salvarte por segunda vez», se dijo apesadumbrada. Armó rápidamente su arco, lanzó una flecha contra el tronco para comprobar su puntería y acertó en el centro.

—¡No está mal! —exclamó—. Veamos qué tal ahora.

Agarró una segunda flecha, apuntó a la primera y soltó la cuerda con decisión. La flecha se clavó junto a la otra, tan cerca que las dos vibraron por el impacto.

Disparar de nuevo el arco le renovó los ánimos. Empuñar su arma con maestría siempre le había otorgado un extra de seguridad en sí misma, algo de lo que no andaba sobrada últimamente. Orgullosa, desclavó las flechas y continuó su camino.

Cuando llegó al roble, Grun apareció entre la maleza y se tumbó a retozar en la hierba muy cerca de ella. Iau buscó un sitio a la sombra y se echó a descansar. Gwendal tomó asiento a los pies del tronco, extrajo el odre del interior de su túnica y durante un buen rato lo sujetó pensando cómo lo haría. Entonces echó la vista atrás en el tiempo y recordó el día en el que escribió su nombre sobre la corteza. Abrió el saquito y trazó de nuevo las runas con los dedos manchados de ceniza, aunque en esta ocasión varió su nombre.

—«Soy Gwendal, hija de Neil y Evelyn» —leyó en voz alta. Alzó el odre y bebió todo el contenido de una sola vez.

El brebaje no tardó en comenzar a hacerle efecto. Cerró los ojos.

En primer lugar, la oscuridad lo invadió todo. Después, dos puntos de luz se dibujaron en la distancia y se aproximaron a ella hasta definir los rostros que contenían. Gwendal jamás los había visto, pero intuía sus identidades.

—*Debes aceptar ser quien eres* —dijo su madre. La voz sonó muy lejana.

—¿Quién soy?

—*El manto protector de nuestro pueblo* —respondió su padre.

Gwendal abrió mucho los ojos sobresaltada; el odre cayó al suelo.

Tenía la sensación de que solo habían transcurrido unos instantes, pero el ocaso había dado paso a la noche y el bosque estaba en penumbra. Levantó la mirada y observó cómo la luz de la luna se colaba entre las hojas de la copa del roble. Se sintió mareada, un

efecto secundario del que jamás había hablado su tío. La vista comenzaba a nublársele cuando notó los cálidos lametones de Grun en la mejilla.

—Llévame a la aldea —balbució.

Grun se tumbó a su lado. Gwendal trepó hasta su lomo agarrándose al pelaje a duras penas.

El ascenso fue complicado. Aferrada con brazos y piernas al cuerpo de Grun para no caer por la ladera, por fin consiguió llegar hasta el portillo bajo. Una vez allí, oyó a uno de los vigilantes dar la voz de aviso y ordenar a los guardias del torreón sur que abriesen el resto de las puertas. Ninguno se acercó a ella por temor a recibir un zarpazo.

Cuando Grun se detuvo frente a la última puerta, Melvin y Morgana ya la esperaban. Entre los dos la ayudaron a desmontar y la condujeron al interior de la aldea. La llevaron a la choza de la partera y la tumbaron en la cama.

—¿Qué demonios te ha ocurrido? —preguntó el gran jefe temiendo que Gwendal hubiera sido víctima de una nueva incursión de extranjeros.

—He… he tomado el brebaje de setas —dijo con la voz entrecortada.

—¿Cuánta cantidad echaste? —preguntó Morgana con preocupación.

—Un par de pellizcos. Me lo he bebido todo.

La partera se agachó para observar sus pupilas: estaban muy dilatadas, pero nada que debiera preocuparles en exceso. La arropó con una manta y le dio un beso en la mejilla.

—Duerme. Por la mañana te sentirás mejor —le dijo, y dirigiéndose hacia Melvin, añadió—: Necesita descansar, ha tomado demasiado.

Melvin y Morgana se sentaron junto al fuego.

Yilda y Enya no tardaron en aparecer alarmadas por el revuelo que la llegada de Gwendal a lomos del oso había ocasionado en la aldea. El rostro de la suma sacerdotisa se convirtió en el vivo reflejo del odio y de la envidia tras escuchar el relato detallado de lo sucedido, aunque ninguno de los presentes se percató de su gesto, salvo Morgana: la partera no le había quitado el ojo de encima desde que había entrado por la puerta.

—Dejadnos a solas, por favor —exigió Yilda.

Morgana no estuvo de acuerdo, pero aceptó sin decir una sola palabra; no se atrevió a cuestionarla en un momento como ese.

Cuando todos hubieron salido de la choza, la gran druidesa se sentó en el borde de la cama y tomó la mano de Gwendal por debajo de la manta.

—¿Puedes oírme? —le preguntó.

—Aún estoy despierta.

—Dime, ¿has conectado con los dioses?

Gwendal entreabrió los ojos intentando recordar. Su mente aún estaba enturbiada y sus pensamientos eran tan confusos que le costaba ponerlos en orden.

—No. Creo que solo mis padres me han hablado.

—Está bien. —Yilda le soltó la mano y se puso en pie—. Ahora, duerme.

La suma sacerdotisa salió de la choza tratando de encajar las piezas. Tanto el estado físico y mental de Gwendal como las visiones

que había tenido indicaban que sufría una sobredosis. ¿Se habría comunicado con los dioses o decía la verdad? Lo ignoraba, pero el mero hecho de que lo hubiese intentado le pareció suficientemente preocupante.

No tardó en llegar a la conclusión de que algo había cambiado en su pupila. Quizá su espíritu, en su normal desarrollo, se estaba transformando como un gusano en mariposa dentro de su pupa, madurando antes de echar a volar; un hecho que, de ser así, supondría con toda seguridad una amenaza para ella.

Avanzada la noche, convocó a Enya en su choza para tantearla. Alrededor del fuego del hogar ambas hablaron largo y tendido al respecto. Yilda preguntó sutil y sibilinamente, con indirectas, con insinuaciones, pero Enya respondió negativamente con monosílabos o con gestos vagos de desconocimiento que denotaban sinceridad: la joven druidesa parecía no estar al corriente de los aspectos más íntimos de Gwendal.

Finalmente, Yilda se dio por vencida y cambió de táctica:

—Estoy segura de que nos oculta algo importante —masculló desconfiada.

—¿Por qué motivo haría eso? —Enya se mostró extrañada—. No le encuentro el sentido.

—Tampoco lo tiene que haya tomado el brebaje por primera vez en secreto, a solas, de espaldas a nosotras, de espaldas al Consejo Druida. ¿Realmente la conoces tan bien como crees?

Enya se sintió de pronto confusa. Siempre había pensado que Gwendal y ella mantenían una conexión especial, íntima. Sin embargo, como insinuaba la suma sacerdotisa, algo parecía no encajar en la realidad de sus últimos actos.

—Quizá tengas razón. Quizá…

—Confía en mí, la tengo. —Yilda acompañó sus palabras con gestos agresivos, seguros, firmes. Enya se sintió intimidada—. En adelante permaneceremos atentas a ella, a sus movimientos. Espero estar equivocada y que todo vuelva a la normalidad, por el bien de la tribu.

—¿Por qué habría de afectar este asunto a la tribu?

Yilda se puso en pie y acompañó a Enya hasta la puerta buscando las palabras adecuadas con las que terminar de fijar en ella la sombra de la duda.

—Un Consejo unido da estabilidad a la comunidad. Por el contrario, un Consejo dividido atrae las desdichas. Y mucho me temo que en estos momentos podríamos estar ante el segundo supuesto. —Hizo una pequeña pausa y abrió la puerta—. Medítalo.



Melvin abandonó la aldea por la puerta sur con las primeras luces del alba. Cabalgaba a lomos de Bronco hacia el bosque con su arco y su lanza colgados de la montura. Por detrás de él, a poca distancia e igualmente armados, Brian y Kilian montaban dos inquietos sementales.

Alentado por su esposa, el gran jefe había elegido la mañana del solsticio para salir de caza por primera vez con sus dos guerreros más jóvenes. Hacía tiempo que Alanna insistía en que debería hacerlo cuanto antes; estaba convencida de que era la mejor manera de pasar página a lo sucedido años atrás con Eirian y de

alejar al mismo tiempo los temores que le rondaban la cabeza con respecto a su propio hijo.

Cerca del mediodía, los tres se resguardaron del caluroso sol de samos bajo la sombra de un fresno. Libraron a los caballos del peso de los dos ciervos que se habían cobrado durante la mañana y les quitaron las monturas para refrescarlos. Hambrientos y cansados, deshicieron los morrales y se sentaron a comer.

—La jornada está siendo muy provechosa —comentó Melvin dando un trago de vino—. Esta noche ofreceremos a la tribu un banquete excepcional.

—Dos ciervos es un gran botín —apuntó Kilian—. Si conseguimos alguna pieza más, no tendremos que matar ningún cerdo.

En ese momento, Brian se arrastró por el suelo y sacó un par de flechas de su carcaj.

—Observad ahí abajo —les dijo en voz baja—. Parece que vamos a tener suerte.

Melvin y Kilian se giraron a la vez siguiendo sus indicaciones. A lo lejos pudieron ver una hembra de jabalí que caminaba con media docena de rayones a la zaga.

—Yo llevaré el arco —dijo el gran jefe—. Vosotros, coged las lanzas y permaneced atentos detrás de mí.

La hembra de jabalí, ajena a su presencia, se tumbó entre la maleza para amamantar a las crías. Cuando Melvin la tuvo a tiro, indicó a los muchachos con un gesto que detuviesen el paso. Armó el arco y disparó.

La flecha voló a gran velocidad y se clavó en el costado de una de las crías. El chillido del rayón sobresaltó a la madre, que se puso en pie y emprendió el ataque.

—¡Atentos! —exclamó Melvin.

El gran jefe apuntó de nuevo a su objetivo. Pero justo cuando soltaba la cuerda, el animal hizo un requiebro, se apartó de la trayectoria de la flecha y retomó la carga, esta vez contra Kilian. El muchacho, sin apenas tiempo para reaccionar, esquivó el impacto como pudo y logró clavarle la lanza en el costado al pasar. El jabalí, malherido y más envalentonado aún, se revolvió chillando y se preparó para un nuevo embate, pero Brian saltó sobre él y le hundió la hoja de su lanza entre dos vértebras del cuello.

—¡Bien hecho! —gritó Melvin.

Echó a correr y se agarró a ellos en torno a la pieza que acababan de cobrarse.

—¡Bien hecho! —gritó de nuevo—. Me siento orgulloso de vosotros.

—Busquemos a los rayones —bramó Kilian.

En un abrir y cerrar de ojos peinaron la zona, pero todos habían huido. Brian agarró por las patas traseras al pequeño que había abatido su padre, le arrancó la flecha y lo alzó triunfal por encima de su cabeza.

—A este nos lo cenaremos asado entre los tres.

Cargaron las monturas e iniciaron el camino de regreso a pie. En esta ocasión bordearon la peña hasta el acceso norte, ya que ascender al poblado por el sendero sur podría resultar demasiado peligroso para los caballos, cansados de transportar el peso de las piezas de caza.

Durante el trayecto, Brian y Kilian comentaron reviviendo con emoción cómo habían dado muerte al jabalí. Melvin, por su parte, se limitó a observar orgulloso a los dos hombres en que se habían

convertido; como solía decir Alanna, lo único que necesitaban era un poco de confianza.

Gwendal y Enya se habían ido distanciando en las últimas semanas. Sus reuniones para meditar continuaban produciéndose con relativa normalidad, pero los crecientes recelos que Enya era incapaz de ocultar hacían mella en su relación día tras día. Gwendal no podía asegurar el motivo por el que había cambiado el comportamiento de su hermana hacia ella, pero sí que podía intuirlo.

El deterioro de su relación quedó más patente que nunca a lo largo de esa mañana, en la reunión del Consejo Druida celebrada con motivo del solsticio de samos. Durante la meditación, extraños pensamientos habían acudido a la mente de Gwendal dejándole la amarga sensación de que su hermana se acercaba a Yilda a medida que se alejaba de ella. Después, mientras recogían muérdago camino de la aldea, la visible complicidad entre maestra y pupila no hizo sino incrementar sus sospechas.

Al final de la mañana, las tres druidesas cruzaron el acceso sur con sus cestas cargadas de hierbas. Las mujeres de la tribu engalanaban en esos momentos las puertas de las chozas con flores de verbena y los hombres de Sayer terminaban de amontonar leña frente al centro religioso para la hoguera. Gwendal se separó del grupo y caminó hacia la choza de Morgana; la partera se encontraba en su pequeño corral rematando el borde de la capucha de una túnica azul.

—¿Es para Enya?

—Sí —respondió Morgana sin parar de coser.

—Vaya…

Morgana detuvo las puntadas y le dirigió su atención.

—Yilda va a ascender a tu hermana esta noche. ¿No lo sabías?

—Últimamente no hablamos mucho. —Gwendal bajó los brazos y se sentó a su lado.

—¿Qué está ocurriendo entre vosotras?

Después de escucharla, Morgana no tardó demasiado en atar cabos. Sin duda, la gran druidesa era más lista de lo que había pensado.

—Intenta acercarse a Enya para reforzarse dentro del Consejo. Además, que haya decidido ascenderla en público es muy significativo, de ese modo evita cualquier tipo de conflicto contigo.

—Pero Enya es mi hermana. ¿Por qué me ocultaría ella algo así?

—Créeme. Envenenar el espíritu de una joven es relativamente sencillo para alguien como Yilda. La semilla de la duda crece muy deprisa si se sabe alimentar correctamente.

Gwendal analizó las palabras de la partera. Y aunque todo encajaba, se negaba a aceptarlo; siempre había dado por hecho que la complicidad con su hermana era inquebrantable.

—Yilda no deja nada al azar —continuó Morgana—. Probablemente a ti te ascendió al poco tiempo de morir Quinn como un gesto hacia el difunto gran druida de cara a la tribu. Aquel día se ganó un poco más el respeto de todos.

—Si es así, debo evitar que continúe con su manipulación. Esta noche hablaré con Enya después del banquete.

—Me parece lo más sensato. Aun así, procura ser discreta; cuando lo hagas, asegúrate de que estáis a solas.

Yilda encendió la hoguera al caer la noche. Sobre la mesa, que lucía adornada con el muérdago recogido durante la mañana, reposaban los asados de jabalí y ciervo cazados esa misma mañana por los guerreros. Los cuencos y las calaveras rebosaban cerveza y vino. La suma sacerdotisa tomó asiento entre sus dos pupilas y dio comienzo al banquete.

Brian y Kilian observaban la escena saboreando el pequeño rayón sentados en el parapeto de la torre norte con las piernas colgando por fuera. Ese día no habían montado guardia, por lo que Kenny les había asignado el turno de noche; por primera vez en sus vidas no iban a participar de un banquete, pero se sentían felices y asumían su nueva responsabilidad con orgullo.

Terminada la cena, Yilda se puso en pie, alzó su cuenco y mandó callar a Allen con un ademán sutil. Morgana caminó hacia ella y le hizo entrega del encargo que llevaba sujeto con ambas manos enfardado en una tela de lino.

—El tiempo pasa inexorable; coloca a cada uno en su lugar —dijo desenvolviendo el paquete—. En esta ocasión, el turno le ha llegado a Enya.

Yilda levantó la nueva túnica azul y se la mostró a todos. Después se la ofreció a la joven druidesa, que la aceptó emocionada.

—Enya ha avanzado de forma notable en todos los aspectos del sacerdocio —continuó Yilda—, por lo que es de justicia que hoy ascienda al penúltimo escalón de la carrera sacerdotal. —Miró a Gwendal de frente—. Estoy convencida de que esta decisión es compartida por todos los miembros del Consejo Druida.

En ese momento todos posaron su atención en Gwendal, que aceptó la propuesta de buen grado, aunque no pudo evitar sentirse

dolida. Miró a su hermana a los ojos y percibió en ella, como nunca antes, recelo y desconfianza.

—Todos tenemos secretos —le susurró Enya.

—Yo… —respondió Gwendal. No quiso decir nada más en presencia de la tribu.

—Puedes ponértela —sentenció Yilda.

Enya se despojó de su vieja túnica roja y se vistió con la que, a partir de ese momento, sería el símbolo de su posición en la carrera sacerdotal. Bebió un trago de vino y lo celebró con orgullo.

De pronto, un sonido atronador procedente del acceso norte enmudeció el ambiente de celebración. Brian y Kilian corrieron hasta el otro extremo de la torre y observaron perplejos cómo una veintena de hombres golpeaban la puerta con un ariete de madera.

—¡Nos atacan! —gritó Kilian.

La voz del joven guerrero resonó por toda la aldea.

—¡Coged las armas! —vociferó Melvin a sus hombres—. ¡Los demás, meteos en vuestros hogares y cerrad las puertas!

Kenny se reunió de inmediato con el gran jefe para organizar la defensa: la mitad de los hombres, dirigidos por él, se repartirían sobre la muralla armados con arcos. El resto, a las órdenes de Melvin, defenderían el corredor de acceso desde el interior por si el enemigo lograba atravesar la primera puerta.

Aldeanos, mujeres y niños corrieron despavoridos dejando sus platos y cuencos abandonados sobre la mesa.

En plena estampida, nadie vio que el pequeño Kalen corría en dirección contraria y se ocultaba detrás de un arbusto; quería observar a su padre de cerca.

Pertrechados tras el parapeto de madera, los arqueros comenzaron a disparar a los asaltantes, pero las flechas terminaban perdidas en la oscuridad o clavadas en los escudos que protegían a quienes empuñaban el ariete.

—¡Necesitamos más luz! — le gritó Kenny a Brian, que llegaba desde el torreón acompañado de Kilian—. ¡Id al centro religioso y traed todas las antorchas que encontréis!

Bajaron la escalerilla y corrieron por el camino que conducía hasta el centro de la aldea. Prendieron las antorchas y regresaron a lo alto de la muralla.

Los incesantes golpes en la puerta hacían crujir la madera cada vez con más violencia. Por momentos parecía que iba a ceder, pero uno tras otro aguantaba las acometidas. Melvin, acompañado por los veteranos Alan y Kevin, se situó frente a ella como primera línea de defensa; el resto de sus hombres permanecieron unos pasos por detrás, en la retaguardia del interior del corredor.

Un poco más arriba, sobre los muros, Kenny daba instrucciones a Brian y a Kilian para que colocasen las antorchas a ambos lados del extremo norte del corredor para iluminar el exterior. En ese momento, la puerta cayó a plomo sobre el suelo provocando una estruendosa polvareda que les dejó petrificados. Varios asaltantes accedieron al corredor.

—¡Centraos en los que aún continúan fuera de las murallas, podríamos herir a uno de los nuestros por error! —vociferó Kenny a los arqueros.

Superados en número, Melvin hizo retroceder sorpresivamente a los suyos entre espadazos. Levantó la cabeza y gritó a Kenny con todas sus fuerzas.

—¡Disparadles ahora para que no sigan avanzando!

Kenny dio la orden. Los arqueros más próximos al corredor lanzaron sus flechas y alcanzaron mortalmente en cabeza y cuello a varios enemigos que tenían sus escudos orientados hacia el frente para protegerse.

Gracias a esa maniobra las fuerzas se igualaron, pero el grupo de atacantes que continuaban avanzando por el corredor ya habían hecho retroceder al grupo de Melvin hasta el interior del poblado. Brian y Kilian agarraron sus espadas y bajaron del muro para sumarse a la pelea.

Superiores ahora en número, los guerreros amanos consiguieron volver las tornas y poco a poco hicieron retroceder de nuevo a los intrusos hacia el interior del corredor. Pero cuando parecía que la situación empezaba a estar controlada, Melvin vio caer a Brian a los pies de un atacante. Corrió hacia ellos temiendo por la vida de su hijo, empuñó la espada con rabia y cercenó la cabeza de su enemigo como quien separa un muslo de pollo asado con un cuchillo. El gran jefe tendió entonces la mano a Brian para ayudarlo a levantarse; sin embargo, antes de que este pudiese estrechársela, sintió una punzada en la espalda que le atravesó de lado a lado. Herido de muerte, Melvin hincó las rodillas en el suelo y cayó desplomado. Brian gritó de rabia y dolor al ver morir a su padre. Pero, sumido en el fragor de la batalla, no había tiempo para dudas. Empuñó de nuevo la espada y volvió a la carga en medio de la confusión.

—¡Retirada! —se escuchó de pronto en la distancia.

El enemigo comenzó a retroceder con la intención de huir. Los guerreros amanos se abalanzaron en ese momento embravecidos contra ellos a lo largo del corredor hasta que estos se perdieron

colina abajo en la oscuridad; tras ellos iban quedando los cadáveres de quienes morían bajo las flechas.

En el desconcierto generalizado, uno de los intrusos se había quedado atrás, en el interior del poblado, tendido al borde de una de las dolinas. Aturdido por los golpes, recuperó su espada y observó el corredor; era imposible salir por allí. Al girar la cabeza hacia el otro lado en busca de escapatoria, se topó con la mirada de Kalen; el pequeño, asustado por la cruenta batalla, continuaba inmóvil detrás del arbusto. Sin más alternativa ni posibilidad de sobrevivir, el extraño lo apresó sigiloso en un abrir y cerrar de ojos y se introdujo tirando de él en el interior de la torre.

—¡Kalen! —gritó Kenny desde lo alto del muro al escuchar a su hijo llorar.

Tiró el arco al suelo y bajó rápidamente. Todos le siguieron.

Gwendal observó el combate desde el corral de su choza, escondida bajo la capucha; el miedo recorría su cuerpo de pies a cabeza, pero la necesidad de saber qué ocurría y la responsabilidad de su cargo la obligaban a permanecer allí. La idea de ser conquistados y quedar a merced de aquellos bárbaros hacía que le temblasen las piernas. Se sentía paralizada, impotente y estúpida al mismo tiempo por no ser capaz de hacer nada para defender a los suyos. Pero todo eso quedó a un lado en el momento en que Kalen fue atrapado. Oírle llorar, rehén de su captor, la hizo reaccionar y corrió en su ayuda.

En el interior de la torre se abrió paso a empujones entre los guerreros hasta que consiguió llegar al final de las escaleras. En el

último peldaño estaba Kenny, con medio cuerpo asomado fuera de la trampilla de la azotea.

—Baja tu espada y déjame salir —dijo Gwendal.

—¿Qué haces tú aquí? —respondió el guerrero, muy agitado—. No puedo permitírtelo, mi pequeña; es demasiado peligroso. Regresa a tu choza.

—En estos momentos no soy tu pequeña —dijo Gwendal con rotundidad—. ¡He dicho que me dejes pasar!

—¡Y yo he dicho que es peligroso! Entiendo que trates de ayudar a Kalen, pero ahí fuera hay un hombre acorralado y armado.

Gwendal se enfureció ante su negativa, pero contuvo las ganas de apartarlo de un empujón. Aplacó la ira que comenzaba a invadirla y volvió a insistir:

—No soy tu pequeña, Kenny; soy tu druidesa de túnica azul. Si quieres que tu hijo viva, déjame salir.

La seguridad de sus palabras surtió efecto en Kenny. Sin saber muy bien por qué, ni qué demonios pasaba en esos instantes cruciales por la cabeza de Gwendal, el guerrero accedió; se echó a un lado y confió en ella.

Gwendal salió sin vacilar. Caminó lentamente hacia Kalen y su captor, que se encontraban en la esquina norte bajo la luz de las antorchas.

—Suéltale, por favor —dijo mirando a los ojos del extraño.

—No des un paso más. —El intruso se aferró al pequeño—. Si no me permitís escapar, le cortaré el cuello.

Gwendal continuó avanzando impasible como si no hubiese escuchado la amenaza.

—¡He dicho que no des un paso más o…! —gritó el intruso, desorientado, sin saber qué hacer; se aferró más aún al chiquillo, pero ella no se detenía. Kalen gimió al sentir el contacto del filo de la espada en el cuello.

—Solo es un niño. Por favor, no le hagas daño.

El extraño se sintió paralizado por los ojos de la druidesa. Gwendal dio un último paso, colocó la mano sobre la frente del agresor y este perdió la mirada.

—¿Puedes oírme? —le preguntó en voz baja.

—Sí —respondió él.

—Bien. Deja que se vaya.

El hombre soltó a Kalen y el muchacho corrió a los brazos de su padre. Después dejó caer la espada al suelo y alzó la vista hacia la druidesa con el rostro contraído.

—No me temas, no voy a hacerte daño —dijo Gwendal retirando la mano—. Él se encargará de ti.

Kenny clavó su espada en el suelo de madera, cruzó la azotea dando grandes zancadas y lo dejó inconsciente con un puñetazo que pudo escucharse en todos los rincones del poblado. Luego se echó el cuerpo al hombro y regresó fuera de sí hacia la trampilla como si no llevase nada encima. Antes de bajar las escaleras se giró hacia Gwendal y le dio las gracias moviendo apenas los labios.

Gwendal permaneció inmóvil. Mantenía la mirada perdida atravesando la negrura que reinaba tras las murallas. El silencio lo invadía todo de nuevo como si nada hubiese ocurrido, un silencio ensordecedor que la llamaba, que reclamaba su atención. De pronto, fugaz, sintió la presencia de una mujer oscura que la observaba

oculta en la noche, distante. «¿Quién eres?», se preguntó aguzando los sentidos. Pero la presencia se alejó y Gwendal perdió el contacto.

Se cubrió la cabeza con la capucha y caminó hacia la trampilla.

Yilda salió de la protección de su choza alertada por los gritos de quienes contemplaban el rapto de Kalen y presenció los instantes finales de la liberación del pequeño. En ese momento, les deseó la muerte a él y a su captor, deseó con todas sus fuerzas que Gwendal fracasase. Cuando todo terminó y la tribu comenzó a agolparse en torno a la torre, regresó a su choza en busca de respuestas.

Maldijo una vez más a Gwendal. La maldijo por haber tomado la iniciativa y conseguido el éxito. Maldijo la noche, esa noche, en la que había demostrado capacidad de liderazgo en una situación límite en la que ella tan solo había sido capaz de esconderse acobardada. Ignoraba el modo en que habría logrado liberar al pequeño, pero lo que realmente le preocupaba era el protagonismo que había alcanzado.

—Tengo que deshacerme de ella —dijo arrojando un puñado de leña al fuego—. No permitiré que su sombra amenace mi posición —sentenció apretando su preciada vara de avellano.

Brian y Alanna velaron el cadáver de su padre y esposo durante toda la noche en el centro religioso arropados por el resto de la comunidad. Las palabras de ánimo que recibieron hicieron constantes alusiones a la valentía del gran jefe y a su honorable

muerte mientras defendía a los suyos, pero Brian y Alanna no encontraron consuelo en ellas.

Al amanecer, bajaron el cuerpo hasta el arroyo. Sayer, Kenny y algunos otros, entre los que se encontraba Eirian, cargaron a hombros la camilla en la que Melvin realizó su último viaje. Alanna encabezó la comitiva llorando sin cesar de la mano de su hijo, que no pronunció una sola palabra en toda la ceremonia.

Consumidas las llamas funerarias, Yilda rogó a los dioses que acogieran al noble espíritu que acababa de partir hacia el mundo de los muertos. Recogió las cenizas y se las entregó a sus familiares. A solas con su madre, en el túmulo del valle, Brian cavó un gran agujero en el que arrojó el escudo y la espada favoritos de su padre. Alanna depositó la urna envuelta en una de sus telas predilectas y la rodeó con su torques más preciado. Finalmente, Brian cubrió todo con tierra y los dos se arrodillaron para despedirle.

—Espérame allá donde vayas —gimió Alanna. Sus lágrimas se derramaron sobre la tumba—. Ahora que te has ido, mi vida no tiene otro sentido que el de reencontrarme contigo. Ansío que llegue mi hora y descansar a tu lado para siempre.

Brian deseaba dedicarle también unas palabras a su padre, pero un nudo en la garganta se lo impidió. Aun así, no le importó no poder hacerlo. Estaba seguro de que Melvin, donde quiera que estuviese, sabría que sus pensamientos eran para él.

Gwendal abandonó la muchedumbre que regresaba del valle y entró en la choza de Morgana. Necesitaba hablar con ella a solas más allá de la pequeña conversación que habían mantenido durante el

funeral, en la que habían intercambiado impresiones sobre la nueva situación de la tribu.

Gracias a su valentía, los guerreros amanos habían conseguido ganar la batalla, pero se sentían desanimados por la pérdida de Melvin y necesitaban un nuevo líder a quien seguir, en quien confiar. Ambas sabían que el hombre adecuado era Kenny, y estaban seguras de que los guerreros lo elegirían. Sin embargo, la decisión tendría que ser ratificada por el Consejo Druida y, sobre ese aspecto, Gwendal tenía serias dudas: estaba convencida de que Yilda preferiría a alguien más manejable. Además, había un detalle que la partera desconocía y que podría complicar la sucesión natural de Melvin.

—Tuvieron una relación —dijo la druidesa.

—¿Cómo dices?

—Kenny me contó que mantuvo encuentros sexuales con ella durante una temporada. Las expectativas de futuro de los dos eran muy distintas y pasado un tiempo él empezó a dudar. Entonces apareció Myrna. Cuando Kenny se marchó con ella, Yilda se sintió despreciada.

Morgana torció el gesto al escuchar los escarceos amorosos que tan en secreto habían mantenido.

—Aun así, no creo que se atreva a ir en contra de los deseos de la tribu —dijo finalmente la partera—. Todos saben que Kenny es el más indicado para ostentar el puesto de gran jefe. No apoyar su elección obligaría a Yilda a dar unos argumentos que no tiene.

Gwendal aceptó la conclusión de Morgana como la más lógica; al fin y al cabo, la suma sacerdotisa nunca había sido muy dada a

contradecir las decisiones del pueblo. De todos modos, acordaron estar preparadas para apoyarlo una vez llegado el momento.

Gwendal salió de la choza con algo más de calma en su espíritu. Iau, que la había olisqueado desde la otra punta de la aldea, se unió a ella. Caminó a paso lento, reflexiva, con la vista puesta en el acceso norte; Sayer reparaba la puerta junto a dos de sus ayudantes. Se detuvo delante de su corral sin dejar de mirarlos y les escuchó comentar lo vulnerables que habían sido a pesar de las obras de remodelación.

En ese momento, Kenny se acercó a ella un tanto extraño.

—Tenemos un problema con el prisionero —le dijo con frustración y aún apenado—. He pensado que tú podrías ayudarnos.

—¿Yo? —respondió en un principio desconcertada.

—Alan y Kevin no han conseguido sacarle información en toda la mañana, está dispuesto a morir por los suyos. —Kenny la miró a los ojos y frunció el ceño—. No sé cómo, pero anoche tú fuiste capaz de convencerle para que soltase a Kalen. Creo que deberías intentarlo.

—Está bien —aceptó—. Te acompañaré.

La primera imagen que vio Gwendal al entrar en el cobertizo le trajo de vuelta el recuerdo de Merlin. El prisionero estaba atado a un poste, lánguido y con la cara llena de magulladuras fruto del duro interrogatorio. Alan y Kevin aguardaban a cierta distancia empuñando sus espadas.

Gwendal avanzó unos pasos y se arrodilló delante de él. Iau se sentó a su lado en actitud defensiva; orejas hacia atrás, colmillos fuera, mirada atenta.

—Desatadle y dejadnos a solas —dijo la druidesa.

—No puedo hacer eso. Es peligroso —protestó Kenny.

Gwendal se descubrió el rostro, levantó el brazo del prisionero y lo dejó caer. El miembro se desplomó como un peso muerto sobre su regazo.

—¿Qué crees que va a hacerme? Ni siquiera puede sostener su propio cuerpo. Si quieres que lo haga, ha de ser a mi manera. De todos modos, Iau acabaría con él antes de que llegase a tocarme.

—Está bien, soltadle —accedió Kenny. Dio media vuelta y caminó hacia la puerta.

—Tú no —recapacitó Gwendal—. Quédate. Quiero que estés presente.

Kevin cortó las cuerdas que mantenían atado al preso y abandonó el cobertizo acompañado de Alan. Cuando hubieron cerrado la puerta, Gwendal levantó la vista hacia Kenny y le habló en voz baja:

—Soy tu pequeña, siempre lo seré. Jamás lo olvides.

—¿Por qué lo dices?

—Hay cosas que no puedo explicar con palabras; aspectos de mi espíritu que nadie conoce y que deseo y necesito mostrarte. Ocurra lo que ocurra, conserva la calma. Tu reacción es importante para mí.

—Me estás asustando…

Gwendal forzó una sonrisa. Después tomó su mano.

—Soy la misma Gwendal de siempre. Tenlo presente en todo momento, ¿de acuerdo?

Kenny asintió.

—Eres mi pequeña, siempre lo serás —repitió.

Gwendal volvió la mirada hacia el prisionero. Le alzó la barbilla y el hombre recuperó la consciencia lentamente. En cuanto la reconoció, intentó recular con las pocas fuerzas que le quedaban, pero el poste de madera se lo impidió. La druidesa le colocó la palma de la mano

sobre la frente y este se quedó quieto. Kenny se agachó para observarle de cerca: del rostro del prisionero había desaparecido cualquier atisbo de expresividad.

—¿Puedes oírme? —preguntó Gwendal.

—Sí. —El forastero respondió dócil, con la mirada perdida.

—Pero ¡qué…! —exclamó Kenny ante la sumisión del preso. El guerrero, que no entendía lo que estaba sucediendo, se levantó como un resorte; justo la reacción que Gwendal esperaba, y que no distaría mucho de la del resto de la tribu.

—Recuerda, soy tu pequeña —le repitió—. Cálmate.

—Está bien.

Kenny volvió a arrodillarse. Gwendal comenzó a interrogar al prisionero:

—¿Cómo te llamas?

—Celipe.

—¿Cuál es tu pueblo?

—Cántabros.

Kenny miró fijamente a Celipe. Luego se volvió hacia ella sin comprender cómo era capaz de sacarle información con tan solo alzar la mano y preguntarle. Sacudió la cabeza y devolvió su atención al interrogatorio.

—¿Por qué nos habéis atacado?

—Caballos, ganado, mujeres, esclavos.

—¿Intentarán asaltarnos de nuevo?

—Probablemente. Laro no admite la derrota.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

Gwendal le cogió la mano para sentir su espíritu con mayor intensidad; a pesar de las magulladuras, su vida no parecía estar en peligro. En ese momento pudo percibir con claridad quién era el hombre que estaba ante ella.

—Tú acabaste con la vida de uno de los nuestros, ¿cierto? Melvin era su nombre.

—Sí. Lo atravesé con mi espada.

—Está bien. Descansa.

Gwendal retiró la mano. Celipe agachó la cabeza y cerró los ojos. Kenny lo ató de nuevo al poste del cobertizo.

—Brian se alegrará de saber quién es el asesino de su padre —dijo mientras apretaba el nudo.

Gwendal asintió. Luego le dijo:

—Me gustaría que la manera en que hemos obtenido la información quedase entre nosotros.

—De acuerdo —asintió Kenny—. De todos modos, nadie lo entendería. Ni siquiera yo sé muy bien lo que he visto.

Al atardecer, la tribu se concentró frente a la puerta del centro religioso convocada de urgencia por Yilda. La sacerdotisa, acompañada del resto del Consejo Druida, se situó en el interior y esperó a que todos ocupasen sus lugares; a la izquierda del tumulto se colocaron los guerreros y a la derecha los aldeanos.

—Esta noche hemos de elegir a un nuevo gran jefe. ¿Cuál es vuestra propuesta? —preguntó a los guerreros.

Alan dio un paso al frente y clavó su espada en el suelo en representación de todos ellos.

—¡Kenny! —bramó con aplomo y seguridad.

Yilda se dirigió entonces a los aldeanos:

—¿Estáis de acuerdo?

Sayer se adelantó apoyado en un bastón de madera y también lo clavó en el suelo para expresar la voz de los suyos.

—¡Lo estamos!

La suma sacerdotisa miró a sus discípulas en busca de su opinión; las dos secundaron la propuesta agachando la cabeza. Visiblemente afligida, pero sin nada que poder decir en contra, Yilda se volvió hacia la estela de piedra y proclamó al nuevo gran jefe.

—Kenny guiará a los guerreros a partir de ahora —afirmó.

Decenas de comentarios de satisfacción inundaron el ambiente con rapidez. Yilda se adelantó unos pasos y les bajó los ánimos:

—Como sabéis, esta mañana hemos interrogado al prisionero. Es posible que los cántabros intenten asaltarnos de nuevo y con más dureza. —Todos callaron—. He consultado a los dioses y me han hablado. Aconsejan pedir ayuda a nuestras tribus hermanas para hacer un frente común.

—Enviar a mis hombres de aldea en aldea en estos momentos no es conveniente —dijo Kenny—. Quedaríamos desprotegidos.

—Lo tengo presente —asintió Yilda—. Por ese motivo he decidido enviar un emisario a Vindeleia para proponer la alianza.

—¿Has pensado en alguien? —preguntó Sayer.

—Gwendal es la más indicada. Ya ha estado allí y conoce el camino. Además, Gaela es familia suya.

—Pero no puede hacer sola ese viaje —protestó el maestro constructor—. Es peligroso, y más aún en estos tiempos.

—Entonces, que uno de los guerreros la acompañe —insistió Yilda.

Todos callaron a la espera de que Gwendal se pronunciase. La joven druidesa no tardó en tomar una decisión. Como bien había dicho Sayer, la misión era peligrosa, y probablemente ese era el motivo real por el que Yilda había decidido encomendársela a ella. Sin embargo, pensó que le vendría bien alejarse una temporada para poder mirar las cosas desde otra perspectiva.

—Lo haré —aceptó—. Si esa es la manera en que puedo ayudar a mi pueblo, iré.

Kenny miró a Morgana desconcertado; la partera le devolvió un gesto que interpretó inmediatamente.

—De acuerdo —asintió Kenny—. Brian irá con ella; estoy seguro de que una responsabilidad así ayudará a curar las heridas de su espíritu.

El joven dio un paso al frente y clavó su espada en el suelo.

—Haré lo que ordenes, gran jefe Kenny. Protegeré a Gwendal con mi vida si es necesario.

Kenny caminó hacia él y se abrazaron con orgullo. Aquella noche, maestro y pupilo se habían convertido inesperadamente en jefe y valeroso guerrero, muy a pesar de ambos, bajo la sombra de la muerte de Melvin.

—¡Traed al prisionero! —ordenó Kenny a sus hombres—. Es hora de tomar venganza.

Cuatro de ellos aparecieron con Celipe en volandas. Lo dejaron de pie junto a la piedra de sacrificios y toda la tribu formó un círculo a su alrededor. Brian cogió su espada y caminó hacia él mirándolo de frente sin ninguna compasión. Celipe aceptó su final.

Brian apretó la empuñadura con rabia, la levantó por encima de los hombros, la descargó con violencia y cercenó la cabeza del

cántabro de un solo tajo. La cogió luego por los cabellos y caminó hacia la torre dejando su espada abandonada en el suelo. La tribu le abrió paso conforme avanzaba.

Clavó una lanza en la esquina norte de la azotea; ensartó la cabeza sanguinolenta de Celipe en ella y la orientó hacia el valle como advertencia.



—No debimos atacar. La desaparición de Nel y Érigo fue una señal.

Artia, una chamana vieja y achaparrada, de ojos grises y pelo blanco lacio, se aproximó a Laro montada en su asno. Llevaba dos noches y dos días sin dormir, sin abrir la boca.

—Pensé que te habías quedado muda tras la derrota. —Laro frenó el paso de su semental negro y la miró con gesto serio—. ¿Acaso te preocupan un puñado de hombres armados?

—Es su druidesa quien me da miedo, no ellos.

—¿Esa flaca de túnica blanca? —El gran jefe cántabro esbozó una mueca parecida a una sonrisa—. Entró corriendo en su choza cuando traspasamos la segunda puerta, es cobarde y probablemente inútil también.

—No es a ella a quien temo, sino a la joven de túnica azul. La vi doblegar la voluntad de Celipe en lo alto de la torre.

—Celipe bebió demasiada cerveza esa tarde. Lo extraño es que no lo doblegara el chiquillo.

Artia dejó entrever cierto malestar por sus palabras.

—Me traes contigo a las batallas para que te aconseje. Ten cuidado con ella; eso es todo lo que puedo decirte por el momento.

—Tranquila. —Laro alzó la mirada y observó el ocaso—. Pronto servirá de desahogo a mis hombres, preparará la comida en nuestros hogares y recogerá las cosechas, como el resto de las mujeres amanos. —Espoleó su caballo y se adelantó al grupo para frenarlo; montarían el campamento allí mismo.

Desde que la chamana había visto a Gwendal en lo alto de la torre apenas había podido conciliar el sueño, y las pocas veces que lo había conseguido fue perturbada por terribles pesadillas. Aquella druidesa era distinta, muy distinta, a todas las demás que Artia había conocido; pudo sentir su espíritu, extraño y poderoso, incluso a media legua de distancia. «Eres demasiado joven para irradiar tanta energía. ¿Quién eres realmente?», se preguntó. Acarició el lomo de su asno y lo hizo detenerse junto al resto del grupo.

Los concanos, una de las tribus autóctonas más antiguas, tenían como capital la ciudad de Concana, situada en la zona más septentrional de su territorio y a más de ochenta leguas de Flaviobriga bordeando la costa.

De los más de setenta guerreros con los que contaba, en esta ocasión su jefe solo había dispuesto de una treintena, convencido de que serían suficientes para doblegar Flaviobriga y regresar con un buen puñado de esclavas y un montón de cabezas de ganado; el resto de sus hombres permanecían en Concana a las órdenes de su hijo para vigilarla y protegerla.

Contra todo pronóstico, Laro regresaba a casa con las manos vacías y algunos hombres menos. Por su boca se paseaba el sabor

pastoso de la derrota y por su cabeza rondaba un único pensamiento: venganza.

11

Mediados de samos, 232 a. C.

Las experiencias vividas durante la infancia marcan profundamente el espíritu de las personas. Con el paso del tiempo, esas marcas las van moldeando y convirtiendo en lo que un día serán. El carácter y la personalidad quedan impregnados de esas experiencias, empapados de sensaciones, que los espíritus memorizan para repetirlas en el futuro.

Cuando una de esas experiencias es la humillación, el odio o una mezcla de ambas, el espíritu se llena de rencor y conseguir pasar página a determinadas situaciones se vuelve casi imposible, aunque quizá ya no se recuerde muy bien el origen de tales sentimientos.

En el caso de Brian y Gwendal, el rencor del uno hacia el otro estaba tan enquistado que habían aprendido a vivir con él; sentimientos oscuros que solo les devolvían amargura, una amargura mantenida en el tiempo por un orgullo al que no querían renunciar.



La noche antes de partir hacia Vindeleia, Gwendal caminó por el poblado bajo la luz de la luna llena de samos. Atravesó el corral de

Morgana en compañía de Iau y entró en su choza sin llamar.

Durante los días transcurridos desde que había aceptado el encargo de Yilda no había podido pensar en otra cosa. Defender Flaviobriga se había convertido en una prioridad para todos y ella se sentía particularmente insegura por la obligación de estar a la altura. Todo se había vuelto demasiado complicado y temía fallarles.

Morgana la recibió sin sorpresa. Incluso se sentía extrañada de que no hubiese acudido antes a ella. Cuando Gwendal se descubrió el rostro, la partera intuyó lo que le ocurría. Le ofreció un cuenco de caldo caliente y se sentaron junto al fuego.

—No sé lo que esperan de mí —dijo la druidesa.

—Eso no debe importarte. Tienes que aprender a seguir tus propios instintos, como hiciste cuando liberaste a Kalen.

Gwendal cerró los ojos y recordó la noche en que fue designada emisaria de Flaviobriga. Respiró profundamente y continuó:

—Te vi hacerle un gesto a Kenny para que eligiese a Brian como mi escolta. ¿Por qué?

—Si algo necesita la tribu de vosotros dos es que dejéis a un lado vuestras diferencias. Ya no sois niños.

—Sabes que no es tan fácil.

—No digo que lo sea, solo que lo necesitamos.

Gwendal agachó la cabeza y perdió la mirada en las llamas.

Tras una conversación profunda en la que hablaron de los rencores pasados y su reflejo en el presente, la partera acompañó a Gwendal hasta la puerta y le sugirió que fuese a descansar, pues remover el pasado, más que consejo, requería meditación.

Antes de despedirla, le hizo una última recomendación:

—Iau debería quedarse aquí. No deja de ser extraño ver a una mujer acompañada de una loba, y lo extraño, según en quién, puede generar desconfianza. No te preocupes por ella, yo la cuidaré en tu ausencia.



Al amanecer, Brian preparó los caballos para partir y regresó con ellos junto a la piedra de sacrificios, donde ya le esperaban Kenny y su madre. Él montaría a Bronco, que ya le pertenecía por derecho, y Gwendal haría lo propio con Bric, concesión irrechazable de Kenny.

Con los ojos llenos de lágrimas, Alanna le entregó a su hijo un hatillo de comida para el camino y un odre con agua. Kenny, por su parte, le dio algunos consejos de última hora para el viaje referidos, sobre todo, a cómo mantener la calma si se cruzaban con algún hostil y los lugares más adecuados para pasar la noche.

—Confía en mí, madre. Estaremos bien —dijo Brian amarrando el hatillo a la montura.

—Confío en ti —respondió Alanna.

—Entonces, deja de llorar. —Brian se abrazó a ella y la besó en la frente—. Cumpliré con mi obligación. Regresaremos sanos y salvos.

En ese momento Gwendal se reunió con ellos. Llevaba su arco en la mano y el carcaj a la espalda repleto de flechas. Sentada en la puerta de su choza, Iau la observaba con las orejas caídas y el rabo enroscado alrededor del cuerpo; estaba tranquila.

Gwendal se despidió de Kenny con un abrazo. Se miraron a la cara y él le deseó suerte con todo su corazón. Ella sonrió, dio media vuelta y montó sobre Bric.

—¿Estás lista? —preguntó Brian.

—Estoy lista.

Espolearon los caballos y echaron a andar hacia el acceso norte.

Atrás dejaban su hogar, su mundo, para adentrarse en largos días de camino plagados de incertidumbre. Estaban dispuestos a afrontarlo con valentía, aunque no podían evitar sentir un cosquilleo en el vientre mezcla de miedo y nerviosismo.

Al llegar frente a la torre se detuvieron un momento. Gwendal buscó a Guick, que planeaba sobre sus cabezas dispuesto a seguirla una vez más.

—¡Abrid! —gritó Kenny a los guardias del corredor.

La puerta se abrió.

Los dos desaparecieron colina abajo.

Llegado el atardecer, Gwendal y Brian apenas habían cruzado más que unas pocas palabras, las imprescindibles para mantener una correcta relación. Se encontraban en la cima del paso de las montañas y buscaban un lugar en el que pasar la noche.

Brian se internó en el bosque en primer lugar; Gwendal lo siguió. Localizó un pequeño claro entre la maleza, protegido del viento por dos grandes rocas, y desmontó.

—Pasaremos la noche aquí.

Ató su caballo al tronco de un árbol caído y extendió una manta en el suelo. Gwendal desmontó también. Descargó sus cosas, quitó la montura a Bric y lo dejó libre para que pastase. Brian la observó negando con la cabeza.

—Deberías atarlo. Si se asusta en mitad de la noche, huirá.

—Tranquilo. No va a ir a ninguna parte.

Gwendal deshizo el nudo que mantenía sujeto a Bronco, le acarició la testuz y lo invitó a reunirse con Bric. Extendió su manta al lado de Brian y se sentó a cenar.

Comenzaron a comer sin decir nada, evitando cruzar las miradas. Cerca de ellos, los caballos buscaban un sitio para descansar. En ese momento, Bronco resopló sacudiendo la cabeza.

—Siempre haces lo que te da la gana —se quejó Brian.

—¿A qué te refieres?

—Sugerí que atases a tu caballo y, en lugar de hacerlo, soltaste el mío.

—Creo que ellos lo prefieren así. No se alejarán.

Brian tragó el último bocado y dio un sorbo de agua antes de tumbarse. Cerró los ojos y se revolvió en busca de una postura cómoda para dormir.

—No se trata de lo que prefieran. Se trata de que das por sentado que tú tienes razón y yo no. Siempre ha sido así.

Gwendal se quitó la capucha y la enrolló para utilizarla de almohada.

—No creo que tenga tanta importancia que les haya dejado libres.

—Sí que la tiene, y mucha —le reprochó Brian—. Deberías respetar un poco más mis opiniones, creo que no es mucho pedir.

—De acuerdo. —Gwendal se tumbó bocarriba y observó la luna—. En adelante procuraré ser más considerada.

Las palabras de la druidesa sonaron sinceras; al menos, Brian las interpretó como una disculpa.

—Está bien —dijo para rebajar la tensión—. Al fin y al cabo solo son unos caballos. Pero si escapan, tú te encargarás de recuperarlos.

Ninguno volvió a abrir la boca. Tampoco tenían mucho más que decirse. Cerraron los ojos y se dejaron vencer por el cansancio.

Los últimos pensamientos de ella fueron para su tío. Los de él, para su amado padre, por quien lloró una vez más.



En las sucesivas jornadas de viaje mantuvieron una relación, aunque distante, algo más cordial. Cabalgaban en silencio durante el día y trataban de llegar a acuerdos cuando había que tomar una decisión. Por la noche, agotados, intercambiaban alguna pequeña conversación en la cena antes de irse a dormir.

Muy cerca ya de Vindeleia, apenas a una jornada de camino, se detuvieron a orillas de un caudaloso río alrededor del mediodía. Bajo la sombra de los árboles de la ribera montaron el campamento y dejaron libres a Bric y a Bronco; desde que abandonaran el frescor de las montañas habían cabalgado solo por la mañana para que los caballos no desfalleciesen por culpa del sol abrasador de la llanura. Recuperaron fuerzas con una abundante comida y echaron una cabezada.

La puesta de sol empezaba a dibujarse en el horizonte cuando Brian despertó. Miró a su alrededor y no vio a Gwendal. Se incorporó frotándose los ojos y echó un nuevo vistazo hasta que por fin la localizó: caminaba por la orilla no muy lejos de allí. «Quizá esté dando un paseo en busca de hierbas. Druidas…», pensó. En ese momento, Gwendal se despojó de la túnica y se metió desnuda en el río con su inseparable torques en el cuello; en la mano llevaba un

pedazo de carne seca, levantó el brazo y Guick lo cogió con las garras en un vuelo rasante.

La niña soberbia e insolente por quien siempre la había tenido desapareció en un abrir y cerrar de ojos dando paso a una muchacha a la que comenzó a observar fascinado, por la que empezó a sentir cierto deseo. Con más atención de la que nunca le había prestado a nada ni a nadie, la contempló asearse; recorrió sus curvas de arriba abajo con la mirada recreándose en la silueta de sus pechos cada vez que levantaba los brazos para lavarse el pelo. Estaba ensimismado, absorto en aquel cuerpo de mujer que le resultaba tan desconocido como distante.

Al verla salir del agua y caminar hacia él vistiéndose con la túnica, tuvo que recolocarse el pantalón.

—He ido a darme un baño. No he querido despertarte.

—Te lo agradezco, el viaje está siendo agotador. ¿Qué tal está el agua?

—Baja fría de las montañas. Es gratificante.

Brian se puso en pie, se echó la camisa por encima del pantalón para ocultar el bulto de la entrepierna y la miró disimulando el rubor que lo atenazaba.

—Creo que yo también me daré un baño. Necesito aliviar el calor del día. —Dejó caer la camisa al suelo y caminó hacia el río dándole la espalda.

—De acuerdo. Prepararé algo de cenar.

Brian saltó al agua sin pensar, pero ni la gélida corriente consiguió mitigar su estado de ánimo. Incómodo por el malestar que le producía la acumulación de tanta tensión, se acarició hasta aliviarse antes de regresar al campamento.

Durante la cena estuvo inusualmente callado. Cada vez que miraba a Gwendal, la imagen de su cuerpo desnudo en el río le asaltaba el pensamiento y le llenaba el estómago de pequeños objetos punzantes; sensaciones nuevas y extrañas que parecían haberse comido su lengua.

Cerrada la noche, encendieron una pequeña hoguera, se tumbaron uno a cada lado y se taparon hasta los pies para protegerse de la humedad.

Gwendal cerró los ojos.

—¿Meditas? —preguntó Brian en voz baja.

—Sí. —Gwendal se giró hacia él—. Quizá deberías hacerlo tú también de vez en cuando.

Brian puso un gesto adusto.

—Creo que no. Eso son cosas de druidas.

—Te equivocas. La meditación es el alimento del espíritu. Hacerlo te ayudaría a conocerte mejor a ti mismo.

—Sé perfectamente quién soy; un guerrero que acabará con cada maldito cántabro que se atreva a poner un pie en nuestra aldea. Meditar no va a ayudarme a matarlos.

—¿Estás seguro?

Brian la miró intrigado esperando a que ella misma respondiese la pregunta.

—Meditar consiste en conocerte a ti mismo, pero también a los demás y todo lo que nos rodea.

—¿Y así conseguiría saber más cosas de los cántabros?

—Quizá.

Gwendal cerró de nuevo los ojos. Poco a poco comenzó a recordar todo lo que su tío le había contado acerca de aquellos pueblos. Le

explicó a Brian que se trataba de gentes rudas y belicosas, sin muchas normas de conducta y carentes de estrategia en la batalla.

—Intenta hacerte una idea de cómo piensan; te resultará más fácil intuir su forma de luchar —le dijo finalmente.

Esa noche, Brian meditó por primera vez en su vida. Pensó en las palabras de Gwendal, en la muerte de su padre y en aquel extraño viaje que el destino les había reservado. Esa noche comenzó a mirar un poco más allá de su espada e intentó comprender los últimos acontecimientos.

Brian se levantó poco antes del amanecer. Reunió a los caballos junto al campamento, los ensilló y preparó para el viaje. Cuando los primeros rayos de sol despuntaban ya por el este, se agachó en cuclillas al lado de Gwendal y la miró con ternura; dormida, su rostro se revelaba más hermoso que nunca. Por un momento tuvo la tentación de acariciarle la mejilla, pero rápidamente se sacó la idea de la cabeza. «¿Qué demonios me está ocurriendo?», se preguntó. En ese momento ella comenzó a despertar.

—En cuanto estés preparada podremos irnos —le dijo en voz baja.

Gwendal se puso en pie, echó un vistazo a su alrededor y se estiró para deshacer el entumecimiento nocturno.

—Veo que ya tienes todo listo. Partamos cuanto antes. Si todo va bien, llegaremos a mediodía.

Al emprender el último tramo del viaje, Brian echó la vista atrás y observó el lugar en el que habían pasado la noche. Se sentía enérgico y feliz, como si acabara de tomarse dos jarras de cerveza.

Campos y campos de amarillento cereal aún por cosechar se extendían ante ellos anunciando la proximidad de Vindeleia. Por fin el viaje había concluido. Espolearon a los caballos y recorrieron el último trecho al galope. En las inmediaciones de la entrada principal aminoraron el paso y se acercaron con cautela.

Desde lo alto del torreón, entre los huecos que dejaban los parapetos defensivos de piedra, dos guardias les observaban con cara de extrañeza; no era habitual ver a una druidesa y a un guerrero viajar solos. Gwendal se adelantó y descubrió su rostro.

—Mi nombre es Gwendal de los amanos. Él es Brian de los amanos. Venimos desde la ciudad hermana de Flaviobriga, en la costa. Deseamos ver a Gaela.

—¿Habéis estado antes aquí?, tu rostro me resulta familiar —preguntó uno de ellos.

—Hace años os visité junto al gran druida Quinn, mi tío, y Yanis, el conocido comerciante griego.

El vigilante hizo un gesto a su compañero y este desapareció. Al rato regresó para dar autorización.

—Podéis pasar. Gaela os recibirá enseguida.

Desmontaron y caminaron hacia la puerta de acceso tirando de las riendas de los caballos. El frío de la umbría y el olor del aire viciado del corredor hicieron recordar a Gwendal la primera vez que visitó aquel lugar. «Las cosas han cambiado mucho desde entonces», se dijo. El portón interior se abrió contra el muro y Gaela apareció al otro lado apoyado en su vara de avellano.

—¿Qué os trae por aquí? —preguntó el sumo sacerdote, sorprendido. Avanzó hasta ella y la estrechó en sus brazos.

—Asuntos de suma importancia.

—Bien. Hablaremos en mi choza.

Gaela se presentó a Brian. Hizo un gesto a los guardias para que se ocupasen de los caballos y les invitó a acompañarle a través de la aldea.

—¿Qué tal está el viejo Quinn?

—Murió hace cinco años. Una enfermedad se lo llevó —contestó Gwendal con tristeza.

—¿Cómo dices?

El gran druida de Vindeleia detuvo el paso de inmediato. En un primer momento se sintió desconcertado, incrédulo. Después, un vacío enorme se apoderó de su espíritu al aceptar que jamás volvería a ver a su primo. Miró a Gwendal con desasosiego y continuaron caminando.

Dailin, convertido en un alto y flaco druida de túnica azul, cara delgada y gesto débil, y Kelly les recibieron con alegría. Pero el feliz reencuentro se nubló con la noticia de la muerte de Quinn; las expresiones de sus anfitriones cambiaron de inmediato, especialmente la de la esposa de Gaela.

Junto al fuego del hogar, Gwendal les relató de manera detallada los últimos días de su tío hasta que fue enterrado en el interior de la cueva. Cuando terminó de hablar, todos callaron durante un buen rato.

—La enfermedad es una batalla por la vida que libra el espíritu —reflexionó Gaela en voz baja—. A medida que la enfermedad consigue tomar posiciones y se hace fuerte, el cuerpo va muriendo. Pero del mismo modo, si observamos mejoría, podemos asegurar que es el espíritu quien está tomando el control de la situación.

—¿Qué quieres decir exactamente? —preguntó Gwendal.

—No cabe duda de que Quinn ganaba la pugna por la vida en el momento de fallecer. Eso me hace pensar que algo más debió sumar fuerzas contra él para que su espíritu fuese finalmente derrotado.

—Lo que dices tiene sentido —admitió Gwendal—. Aunque también podría haberse tratado de una falsa recuperación; no son pocas las ocasiones en las que, próximo a la muerte, el enfermo experimenta cierto grado de mejoría.

—Quizá… —asintió Gaela—. Supongo que mis palabras no son más que meras especulaciones fruto de mi hondo pesar. —Miró a Brian y a Gwendal durante unos instantes y continuó—: No habéis venido hasta aquí después de cinco años solo para darnos la triste noticia. ¿Qué más ha ocurrido en todo este tiempo?

Brian expuso pormenorizadamente la batalla librada a las puertas de Flaviobriga. Tanto Gaela como su familia se mostraron muy preocupados, máxime cuando Gwendal completó el relato con la confesión del cántabro al que habían capturado, torturado y ejecutado. En la cabeza del gran druida de Vindeleia comenzó a asomarse el temor al enfrentamiento entre clanes que había debatido con Quinn años atrás.

—Por la mañana nos reuniremos con Dilan, jefe de nuestros guerreros y gran estratega —decidió el druida—. Analizaremos la situación y barajaremos las opciones posibles.

Brian y Gwendal se mostraron satisfechos. Por el momento habían logrado situar a Gaela de su parte, algo indispensable para conseguir la unidad de los pueblos autrigones.

—Se ha hecho tarde e imagino que estaréis agotados de tan largo viaje. —El gran druida se puso en pie—. Acompañadme. Tenemos una choza vacía en la que podréis acomodaros.

Cuando estuvieron a solas, Gwendal y Brian amontonaron sus pertenencias a los pies de las camas. Luego extendieron las mantas sobre la paja con la emoción que produce la expectativa de dormir cómodamente después de tantos días haciéndolo en el suelo; desde que salieran de Flaviobriga habían despertado cada mañana con la espalda entumecida y la ropa húmeda por el rocío.

Brian fue el primero en echarse; se despojó de la camisa, se colocó de medio lado y observó a Gwendal recordando la imagen de su cuerpo desnudo en el río. Y ella volvió a desnudarse, esta vez de espaldas a él; lo hizo con la misma naturalidad que lo habría hecho si hubiese estado en la intimidad de su propio hogar. Después se tumbó también en la cama, bocarriba, como siempre, para meditar antes de conciliar el sueño.

—¿Nunca te lo quitas? —Brian señaló su torques.

Gwendal se llevó las manos al cuello y lo acarició. Su piel estaba tan acostumbrada al contacto de aquel metal que casi se había convertido en una parte más de ella.

—Jamás —respondió.

Sin ningún disimulo, el joven guerrero le recorrió el cuerpo con la mirada. En ese momento se olvidó del viaje, de sus responsabilidades, de los cántabros e incluso de la muerte de su padre. Todos sus sentidos quedaron atrapados en las curvas que se exhibían ante él sin ningún pudor.

—¿Por qué? —preguntó al cabo de unos segundos.

En realidad no le interesaba la respuesta. Tan solo pretendía desviar su propia atención para sacarse a sí mismo del embelesamiento. Gwendal, que se había dado cuenta de la

curiosidad con la que estaba siendo observada, se arropó con la manta antes de responder.

—No es una joya, es un amuleto. Quinn me dijo que lo llevara siempre puesto, que me protegería.

Brian cerró los ojos y dejó fluir su espíritu. Se arropó también. Los dos callaron y el lejano chirriar de los grillos inundó la choza.

—¿Meditas? —susurró Gwendal. Brian sonrió.

—Medito —contestó en voz baja—. Empiezo a creer que realmente puede ayudarme. —De pronto, en medio de la concentración, todas sus sensaciones se agolparon en torno a una única idea—. Me alegro de haber emprendido este viaje contigo —dijo sin pensar.

—Yo también me alegro. Tengo la impresión de que marcará el rumbo de nuestras vidas.

Brian perdió la vista en el infinito, como si pudiese atravesar el techo de madera y paja con la mirada. Las palabras de Gwendal resonaron en su cabeza hasta que se quedó dormido.

A media mañana, Gaela apareció en la choza de los visitantes acompañado de Dailin y Dilan, un hombre este último enorme, de aspecto rudo, barba negra y barriga prominente. Compartieron el desayuno que habían preparado para sus invitados e improvisaron la reunión.

El gran jefe se reveló como un buen conocedor de los pueblos del oeste, a quienes había tenido la oportunidad de combatir de joven en Salónica, la aldea natal de su madre. Corroboró la idea que Gwendal tenía de ellos y añadió que se trataba de tribus mal organizadas, pero que contaban entre sus filas con numerosos

guerreros. Finalmente, Dilan se posicionó a favor de la propuesta de alianza entre autrigones que solicitaba Flaviobriga.

—No será fácil ponernos de acuerdo con el resto de las aldeas —dijo Gaela—. Tendremos que enviar emisarios a todas ellas y esperar a que representantes de sus Consejos se desplacen aquí para consensuar la estrategia.

—Tenemos margen —apuntó Dilan—. Probablemente los cántabros esperarán un tiempo para rearmarse antes de atacar de nuevo Flaviobriga.

—¿Y si no es así? —preguntó Gwendal—. Nuestra aldea queda demasiado lejos del resto; si cayéramos, ninguno de vosotros se enteraría hasta ver las tropas cántabras frente a vuestras murallas.

—Ella tiene razón. No podemos regresar a casa sin una estrategia definida y con la esperanza puesta en que no vuelvan a atacar este año —secundó Brian.

Dilan se puso en pie y comenzó a caminar alrededor del grupo hasta dar con una solución intermedia:

—Por la mañana viajaremos a Uxama Barca. Propondremos a su gran druidesa enviar a Flaviobriga una pequeña avanzadilla con hombres de ambos poblados. Con eso reforzaríamos vuestras defensas por el momento.

Uxama Barca se encontraba al norte de Vindeleia, a día y medio de distancia si apretaban el paso. Se trataba de la aldea autrigona más próxima a Flaviobriga y eso la situaba como el mejor punto posible de reunión para las tropas.

La decisión fue unánime.

Poco antes de que saliera el sol, la comitiva compuesta por cuatro hombres y una mujer partió hacia Uxama Barca.

Durante la mañana, los dos guerreros compartieron el camino e intercambiaron impresiones en una larga conversación en la que Brian pudo extraer provechosas enseñanzas de la experiencia del gran jefe Dilan. Por detrás de ellos, a unos cuantos pasos de distancia, Gaela cabalgaba flanqueado por Dailin y Gwendal. El gran druida habló a los aspirantes acerca del papel que deberían jugar en una hipotética batalla: como sacerdotes, tendrían que poner todos sus sentidos en procurar el favor de los dioses y aconsejar con prudencia en cuestiones como la estrategia o la moral de los hombres.

Gwendal le escuchó con especial atención, ya que desde que saliera de Flaviobriga tenía una única aspiración: proteger a los suyos. Un objetivo que, a esas alturas del viaje, se había asentado ya con una fuerza inmensa en su espíritu.

En las horas centrales del día hicieron un alto en el camino para comer y descansar. Después, entrada la tarde, retomaron el viaje con la intención de llegar a Uxama Barca a la mañana siguiente. Cuando el sol comenzó a ponerse a sus espaldas, llegó el momento de buscar un lugar en el que pasar la noche. Gaela se adelantó para hablar con los dos guerreros y dejó atrás a Dailin y a Gwendal.

Hacía años que los dos jóvenes druidas no se veían, y desde que Gwendal llegó a Vindeleia apenas habían tenido oportunidad de hablar. Ahora, ambos cabalgaban en silencio, como si el tiempo hubiese abierto una gran brecha entre ellos. Dailin la miraba de soslayo de cuando en cuando mientras pensaba que pronto volvería a marcharse.

—Todavía conservo el arco que me regalaste. Recuerdo aquel día como si fuese ayer —dijo Dailin con la intención de romper el hielo.

Gwendal se giró hacia él y esbozó una sonrisa.

—Yo también lo recuerdo. Hemos cambiado mucho desde entonces.

—Ya lo creo que sí.

Dailin agachó la mirada y se armó de valor para aprovechar la oportunidad.

—¿Has… has elegido ya con quién formar… hogar? —titubeó—. Estaría dispuesto a dejar el sacerdocio.

Gwendal se quedó sin palabras al escuchar las intenciones de Dailin. Inesperadamente, nuevas y reconfortantes sensaciones le hicieron vibrar; una especie de emocionante contradicción que le sacudió el cuerpo de pies a cabeza.

—Aún no —reconoció—. Pero yo no…

—Perdona. No pretendía hacerte sentir incómoda.

—Y no lo has hecho —aseguró Gwendal—. Pero siento decirte que no estoy interesada.

De nuevo se hizo el silencio.

Dailin aceptó el rechazo con amargura. «Quizá no sea el momento adecuado», se dijo para no perder la esperanza, «quizá necesitemos conocernos más». Levantó el ánimo y espoleó su caballo para alcanzar a Dilan, que ya se internaba en el bosque junto a Brian y Gaela en busca de un lugar resguardado donde montar el campamento.

Antes de desmontar, Gwendal ya se había olvidado de la proposición del druida; sus pensamientos estaban concentrados en resolver la reciente contradicción en su espíritu. Después de cenar,

cuando todos dormían, observó a Brian y meditó sobre el significado de que él se hubiera convertido en protagonista inesperado de sus emociones.

Antes de lo previsto, divisaron las murallas defensivas de Uxama Barca; la larga jornada del día anterior había tenido como recompensa llegar al final del camino a media mañana. Los cinco apretaron el paso encabezados por Dilan y Gaela hasta llegar a los pies del torreón de la entrada principal.

Los guardias parapetados en lo alto les reconocieron de inmediato.

—Deseamos hablar con Caeli —vociferó Gaela—. Asuntos importantes nos traen hasta aquí.

Uno de los vigilantes hizo una señal con el brazo y el portón de madera comenzó a abrirse.

—Sois bienvenidas, gentes de Vindeleia —respondió el guardia—. La encontraréis en el centro religioso.

Camino del centro de la aldea, Gwendal se acercó a Gaela para interesarse por Caeli, la gran druidesa de Uxama Barca. Este le contó que se trataba de una mujer joven que había llegado a lo más alto de la escala sacerdotal al fallecer su padre, el anterior sumo sacerdote. Pese a tener fama de impulsiva y promiscua, era, sin ninguna duda, la más preparada para vestir la túnica blanca.

Caeli les recibió con sorpresa; Gaela nunca solía visitarles hasta bien avanzado samos. Tras las presentaciones, se sentaron formando un círculo alrededor del hogar del centro religioso y los recién llegados expusieron el motivo de la visita y las dimensiones de sus preocupaciones.

Caeli y Gaela mantenían una estrecha relación, lo que propició que llegasen a un acuerdo en muy poco tiempo: enviarían una docena de hombres a Flaviobriga, seis por parte de cada aldea, y emisarios al resto de las tribus para convocarlas a una reunión en Uxama Barca el día de Lughnasadh; entonces debatirían acerca de la alianza. Brian y Gwendal regresarían a Uxama Barca en esa fecha y estarían presentes como representantes de Flaviobriga.

Al término de la reunión acompañaron a Caeli hasta su choza, donde pudieron saciar el hambre con un plato de asado y pan recién hecho. Gwendal no le quitó el ojo de encima a la gran druidesa durante toda la comida, a la espera de un momento en el que poder hablar con ella a solas. Finalmente, fue Caeli quien se sentó a su lado cuando los hombres comenzaron a contar historias en la sobremesa.

—Tengo la sensación de que hay algo más que deseas hablar conmigo. ¿No es así?

Gwendal asintió.

—Hace años conocí a Merlin —dijo con tristeza—. Me contó vuestra aventura y también que fue expulsado por ello.

—Merlin… —repitió Caeli—. Siento mucho que terminara así, no pude hacer nada por evitarlo. ¿Cómo diste con él?

—Uno de nuestros guerreros lo apresó cuando intentaba robar su caballo. Lo llevamos a la aldea y estuvo un tiempo atado en el cobertizo. Conseguí que fuese liberado, pero tuvo que vivir como esclavo.

—¿Aún continúa en Flaviobriga?

Gwendal tomó la mano de Caeli para darle la noticia:

—Fue sacrificado a los dioses poco después, el día en que Yilda se proclamó suma sacerdotisa.

Dos lágrimas asomaron a los ojos de Caeli.

—Yo… Lo siento mucho por él.

Gwendal pudo sentir el pesar que inundaba el espíritu de la gran druidesa en esos momentos; sus sentimientos de tristeza y culpa eran tan fuertes como sinceros. Las dos guardaron silencio y le recordaron durante unos minutos. Luego se miraron emocionadas y se abrazaron; al menos, la muerte de Merlin les había servido para estrechar lazos.

Al amanecer, Gwendal y Brian estuvieron listos para partir hacia Flaviobriga. Gaela y Caeli les acompañaron hasta el acceso principal.

—¿Estáis seguros de que no queréis esperar a mañana? —preguntó Gaela—. Podríamos compartir parte del trayecto.

—Nuestra misión ha terminado y queremos estar de vuelta cuanto antes —respondió Gwendal—. Si vamos directamente desde aquí, acortaremos un par de jornadas. —Miró al cielo y localizó a Guick, que planeaba a gran altura sobre ellos—. No te preocupes. Encontraremos el camino.

Atravesaron la puerta sin mirar atrás; por delante les quedaba un largo viaje y no tenían tiempo que perder. A su espalda, pensativos, los dos druidas caminaron de regreso a la choza. Caeli se cruzó de brazos y habló a Gaela en voz baja:

—Esa muchacha es extraordinaria.

—Lo sé. Yo también he podido sentirlo estos días.

Tal y como habían calculado, Gwendal y Brian tardaron dos jornadas menos en recorrer el camino de vuelta atravesando los bosques. El último tramo hasta Flaviobriga lo recorrieron al galope, ansiosos por comprobar que la normalidad continuaba reinando en la aldea.

A lo largo del viaje, su relación personal había cambiado; no lo suficiente como para recuperar la confianza el uno en el otro perdida durante años, pero sí como para ser conscientes de que habían dado el primer paso. Lejos de los niños que habían sido, se habían convertido en una druidesa y un guerrero afianzados cada día con más fuerza en sus roles y con grandes responsabilidades dentro de la comunidad, hecho del que también habían tomado conciencia.

Al coronar el sendero norte se fijaron en que Sayer ya había terminado de reparar la puerta, la había reforzado con varios goznes más. En lo alto de la torre, la cabeza de Celipe les daba la bienvenida a medio descomponer y con el pelo agitado por el viento. Un poco más abajo, sobre uno de los muros del corredor de acceso, Kilian y Kevin les observaban con emoción. Los dos guerreros tiraron de las cuerdas que abrían las puertas y les dieron paso de inmediato.

El aire viciado del interior del corredor, al contrario que otras veces, les pareció fresco y agradable. Más aún cuando miraron al otro extremo y vieron a media comunidad rodeando la carreta de Yanis como si nunca hubiese sido interrumpida la armonía de la aldea.

—¡Hola, pequeña! —Gwendal saludó a Iau, que la esperaba sentada junto a la puerta interior. La loba puso las patas en su

cintura para lamerla, y Brian se fijó por primera vez en su enorme tamaño; se dio cuenta de que casi todo lo relativo a Gwendal había pasado desapercibido para él durante demasiado tiempo.

Una vez ya dentro de las murallas, Brian se separó de ella para ir al encuentro de Kilian. Gwendal desmontó y fue a saludar a su viejo amigo griego, que bajó de la carreta contento de verla.

—Pensaba que no volverías, hace años que ya no nos visitas.

—Las mercancías escasean últimamente en Emporion y mis huesos se resienten por la edad. Me temo que este será mi último viaje.

Se abrazaron y Gwendal lo miró a los ojos.

—Supongo que ya te han dado la noticia.

Yanis asintió.

—Ese es el motivo por el que todavía estoy aquí. Llegué el mismo día que tú partiste hacia Vindeleia. Al enterarme de la muerte de tu tío decidí esperar hasta que regresases, no podía marcharme sin verte. —Yanis tiró de ella, la separó del tumulto y continuó hablándole en voz baja—: Ve a visitar a Morgana, tiene cosas importantes que decirte. Me uniré a vosotras más tarde.

Anochecía sobre la aldea cuando Gwendal entró en la choza de la partera. La encontró sentada junto a un puñado de velas encendidas bordando con hilo negro un pequeño motivo circular en una tela blanca. Gwendal se acercó y observó cómo daba puntadas.

—¿Qué es? —preguntó.

—Lo que es o no es lo decidirá el destino. De momento, tan solo se trata de un pedazo de tela —respondió Morgana. Dejó todo a un lado y caminó hacia el fuego del hogar.

—Me ha dicho Yanis que querías hablar conmigo. —Gwendal la siguió con la mirada.

—No quiero, pero debo. Sentémonos.

Durante la ausencia de Gwendal, la partera y el comerciante habían tenido tiempo de intercambiar novedades; al otro lado del mar la situación continuaba más o menos igual, pero en la pequeña aldea de los amanos todo era muy distinto. Morgana había relatado a Yanis los últimos días del gran druida y su inesperada muerte, y ambos coincidieron en la extrañeza de los hechos. También le contó que Yilda había sido la última persona en verle con vida. Las piezas terminaron de encajar cuando Yanis aseguró haber visto a la druidesa años atrás recogiendo semillas de estramonio.

El comerciante entró cuando Morgana concluía y tomó asiento.

—¿Insinuáis que Yilda está relacionada con su muerte? —Gwendal no podía creerlo.

—Ya conoces sus ansias desmedidas por el poder. Tu tío no era más que una piedra en su camino —dijo Yanis.

—Pero no es posible que lo asesinara. Ella no sería capaz de… —Gwendal enmudeció ante los abrumadores indicios—. Cómo no me di cuenta —suspiró abatida.

—Cuando sucedió eras demasiado joven —dijo Morgana—. Tu percepción de la realidad quedó enturbiada por su pérdida.

—De todos modos, carecemos de pruebas… —Gwendal les miró y buscó en ellos una respuesta que sabía que no iba a encontrar.

—Soy consciente de ello —admitió la partera—. Por esa razón, será mejor que nadie lo sepa, al menos por el momento.

—Jamás averiguaremos la verdad —sollozó Gwendal con gran pesar—. Quizá habría sido mejor que yo también hubiese

permanecido en la ignorancia.

La partera se puso en pie y regresó junto la luz de las velas. Agarró la tela, la acarició con la palma de la mano y agachó la cabeza para continuar con el bordado.

—Ningún conocimiento es inapropiado para una druidesa. Ninguno —recalcó en voz baja y sin levantar la mirada—. La ignorancia es el peor de los males que pueden acechar al espíritu.

Gwendal caminó pensativa hacia la puerta. Tras el largo viaje, las noticias que acababa de recibir habían terminado de agotarla.

—Meditaré al respecto, pero ahora necesito descansar; por la mañana debo reunir al Consejo de la Tribu para exponer lo acordado en Vindeleia.

—Está bien. —Morgana ladeó la cabeza y la miró cariacontecida—. Por cierto, Erwin murió la semana pasada.

—Erwin… Voy a echarle de menos.

—Todos lo haremos. —La partera devolvió la atención a su trabajo —. Anda, ve a descansar.

Camino de su hogar, Gwendal acarició el torques recordando con cariño al viejo herrero, quien tantos años atrás lo había forjado para ella; su espíritu permanecería a su lado de un modo muy especial.

Aún en la choza de Morgana, Yanis le dedicó a la partera una mirada de culpabilidad antes de marcharse, inseguro de la idoneidad de la conversación que acababan de mantener con la joven. Morgana ni siquiera levantó la vista de su bordado.

—Tranquilo —le dijo—. Gwendal ya es una mujer. Sabrá encontrar el camino.

El día siguiente amaneció completamente nublado. Gwendal se protegió de la llovizna que comenzaba a caer y salió en dirección al centro religioso. Brian y el Consejo de la Tribu la estaban esperando.

Entre los dos hicieron una exposición pormenorizada del viaje a Vindeleia y de los acuerdos alcanzados en Uxama Barca. Durante ese tiempo, Brian estuvo con una parte de su mente puesta en Gwendal, en quien no había parado de pensar en toda la noche. Ella, por el contrario, observó con discreción los gestos, las actitudes y los comentarios de Yilda al mismo tiempo que recordaba las palabras de Gaela: «Algo más debió sumar fuerzas contra él para que su espíritu fuese finalmente derrotado».

La principal cuestión que se les planteó tras saber que pronto llegarían una docena de guerreros fue dónde los alojarían. Durante samos podrían acampar en el recinto interior de ganado, pero en los duros meses de giamos necesitarían un cobijo más estable y menos frío. La única opción, que planteó Kenny, fue aceptada por el resto del Consejo de la Tribu sin objeciones: vivirían repartidos en las chozas de los guerreros.

Al finalizar la reunión, abandonaron uno a uno el centro religioso. Brian caminó junto a Gwendal en último lugar y le hizo una seña para que se detuviese un momento.

—¿Has hablado con Enya? —preguntó en voz baja.

—Aún no he tenido oportunidad. ¿Por qué lo preguntas?

—Kilian y ella van a unirse en Lughnasadh. Me lo contó él ayer. Siento mucho que no podamos acompañarles ese día —dijo Brian, apesadumbrado por tener que viajar a Uxama Barca de nuevo en una ocasión tan especial.

Gwendal recordó entonces la conversación que tenía pendiente con su hermana desde hacía semanas. Sonrió a Brian, le acarició la mejilla con dulzura y echó a andar apresuradamente.

—Tengo que encontrarla cuanto antes, es importante —dijo mientras se alejaba.

Brian permaneció inmóvil. La mejilla le ardía y su corazón latía desbocado.

Al final de la mañana, las dos druidesas abandonaron el recinto amurallado. A esas alturas del día las nubes se habían retirado y el sol brillaba con fuerza en contraste con la humedad del ambiente que había dejado la lluvia de las primeras horas. Caminaron sendero abajo, atravesaron los portillos y desaparecieron en busca de intimidad.

Gwendal le habló a Enya largo y tendido de los cambios que estaba experimentando, del profundo sentimiento de responsabilidad que pesaba sobre ella y del mal augurio que le producía Yilda. Ella aceptó las explicaciones, pero no encontró suficientes motivos para desconfiar de la suma sacerdotisa, asentada ya como su referente espiritual.

—Yilda ama a su pueblo por encima de sí misma —aseguró Enya —. Hace cuanto está en su mano para procurar el favor de los dioses.

—Creo que te equivocas; su aspiración ha sido siempre ocupar el lugar de Quinn. Y tú sabes que es ambiciosa. Dudo que sea la persona más indicada para dirigir nuestro destino en estos momentos.

Enya reflexionó un instante, de pronto se sentía hecha un lío.

—Podrías tener razón. Sin embargo, fuiste tú quien tomó el brebaje de espaldas al Consejo Druida. ¿Por qué debería confiar más en ti que en ella?

Gwendal cogió las manos de Enya y la miró a los ojos; percibió el espíritu de su hermana empequeñecido por la sombra de Yilda.

—¿Crees realmente que la conoces?

Se hizo el silencio.

Enya no supo qué responder. Gwendal y Yilda habían entrado en una especie de guerra oculta y ella se encontraba en medio de la pugna, y lo único que parecía estar claro era que cada una jugaba sus cartas a conveniencia para lograr la victoria. Finalmente, dio un paso atrás, retiró las manos y agachó la cabeza decepcionada por el comportamiento de las dos.

Gwendal se acercó a ella.

—Debes confiar en mí.

—Ya… Yilda dice lo mismo.

El día anterior, después de la llegada de Gwendal, Yilda había estado vigilando la choza de Morgana; había visto entrar en ella a la joven druidesa y posteriormente a Yanis en lo que parecía ser una reunión importante, aunque no consiguió enterarse de lo que allí se habló. Sus malos augurios se vieron reforzados por la mañana, tras la reunión del Consejo de la Tribu: había contemplado con recelo, agazapada detrás el centro religioso, cómo sus dos pupilas desaparecían juntas por el acceso sur.

Encerrada en su choza, a oscuras, maldijo en silencio durante horas.



—No te muevas… —gimió Laro.

Estaba de rodillas encima de la cama con las manos apoyadas en las caderas de su esclava favorita. Propinó la última embestida, se echó hacia atrás y se dejó caer en el mullido lecho de paja. Acababa de llegar a casa tras dos semanas de viaje y por fin se sentía un poco mejor.

Siempre que Laro volvía de una batalla necesitaba aliviar la tensión acumulada, y Deva, fiel y sumisa, solía esperarle desnuda. Odiaba hacerlo. Le odiaba a él. Pero era su obligación complacerle.

—Ahora vete. Déjame a solas.

Laro alargó el brazo, agarró su camisón y se lo tiró a la cara.

—Ni siquiera la mujer a la que acabas de poseer es capaz de arrancarte un poco de amabilidad —dijo ella con tristeza; o quizá eran retazos de lástima hacia sí misma. Se vistió y se recogió el pelo en una coleta.

Laro la miró de medio lado.

Podría haberle dado una voz para que se largara de una vez y sin protestar, pero después del esfuerzo no le quedaban ganas de gritar. Además, en algo tenía ella parte de razón: no por ser su esclava necesitaba demostrar tanto desprecio hacia su persona. Sin embargo, alguien debía pagar su frustración tras la derrota.

—He dicho que quiero estar solo. Cierra la puerta al salir —le ordenó dándose la vuelta.

Tan solo una antorcha colgada de la pared iluminaba la choza de Laro. Hacía rato que la noche inundaba el poblado. La luz de la luna se colaba a placer por la ventana y dibujaba el hueco sobre la tierra del suelo.

Tras la marcha de Deva, Laro había pasado el resto del día dormitando. Había intentado conciliar el sueño, pero las imágenes de la batalla asaltaban su mente con tanta nitidez que le sobresaltaban y desvelaban constantemente. Harto de dar vueltas en la cama, se sirvió un poco de vino en una calavera y se sentó a la mesa. No asimilaba la derrota. No admitía que un pequeño poblado, al que superaban ampliamente en número, les hubiese hecho retirarse.

La ubicación de Flaviobriga estaba muy bien elegida; aquella maldita aldea parecía inexpugnable. Y, aun así, habían sorprendido a su adversario atacando por el acceso principal durante la celebración del solsticio. Incluso llegaron a traspasar las puertas y poner un pie en el interior. Todo marchaba tal y como él había pensado hasta que sus hombres comenzaron a caer abatidos por las flechas enemigas.

—Maldita sea… —Levantó la calavera y la apuró de un trago—. Malditos amanos —gruñó agarrando una tinaja para rellenarla.

En ese momento, Artia y Tamo, el hijo de Laro, aparecieron por la puerta. La chamana llevaba en la mano un cuenco de madera en el que removía un brebaje de setas.

—Sentaos —les dijo. Los dos ocuparon sus lugares en la mesa. Laro sirvió una calavera de vino a su hijo.

Todos sabían que los amanos eran un pueblo pequeño, lo que había llevado a Laro a pensar que la superioridad numérica y el factor sorpresa serían suficientes para conquistarles en una noche.

Pero se equivocó. Infravaloró al enemigo y tuvo que huir. Atacar Flaviobriga sin haber estudiado previamente sus defensas les había conducido a la derrota y ahora tocaba discutirlo.

Transcurrida una hora de reunión, no habían conseguido alcanzar un acuerdo: Laro pretendía atacar de nuevo antes de que llegase la estación fría; en el extremo contrario estaba Artia, que se oponía con rotundidad alentada por sus malos augurios; Tamo, en una postura intermedia, veía con buenos ojos la de su padre, necesitaban más ganado y mano de obra, pero se mostraba reticente a hacerlo en ese momento.

—Enviemos nuevos exploradores. Ahora que conocemos un poco la aldea, podrían recabar información sin acercarse demasiado. —Laro lanzó su última propuesta y miró a su hijo.

—Está bien —aceptó Tamo—. Solo pongo una condición. Lo haremos después de las cosechas, cuando los campos estén menos frecuentados y nuestros hombres puedan pasar desapercibidos con mayor facilidad. A su regreso tomaremos una decisión.

Padre e hijo giraron los rostros hacia Artia. La chamana tenía la mirada perdida, las pupilas dilatadas y parecía estar en otro mundo.

—De acuerdo —musitó a vieja—. Pero si los exploradores no regresan, desistiréis. Yo misma elegiré a uno de ellos.

Laro y Tamo asintieron. De todos modos, si llegasen a perder más exploradores en las tierras de los amanos, el mal augurio se extendería entre sus hombres y les sería difícil conducirles de nuevo a la batalla contra ellos.

12

Principios de giamos, 232 a. C.

En Lughnasadh quedó sellado el pacto entre las tribus autrigonas.

Cada una de las aldeas enviaría media docena de hombres a Flaviobriga, cincuenta y cuatro en total, que se sumarían a la veintena de guerreros amanos a finales de la estación oscura. Mientras tanto, los doce guerreros llegados desde Uxama Barca y Vindeleia como avanzadilla ya estaban distribuidos en chozas tras haber pasado el caluroso samos acampados en el recinto interior.

El mismo día en que Brian y Gwendal sellaron el pacto en Uxama Barca, Enya y Kilian se unieron en matrimonio. Guerrero y druidesa se aceptaron mutuamente en una celebración solemne y a partir de ese momento formaron un hogar más dentro de la comunidad. Como les correspondía por derecho, ocuparon la única choza vacía que quedaba destinada a los druidas: la de Aod; el hogar del gran druida antecesor de Quinn había permanecido vacío desde su fallecimiento.

A lo largo de los meses que siguieron a su segundo viaje a Uxama Barca, Brian y Gwendal consiguieron aparcar casi todas sus diferencias. Incluso solían bajar de vez en cuando al templo sagrado para meditar juntos, costumbre que el joven guerrero había añadido a sus rutinas con emoción. Brian descubrió en Gwendal a una mujer

sabia y profunda; una mujer que le aceleraba los latidos del corazón como ninguna otra cosa en el mundo, ya fuese con una mirada o con una explicación sobre hierbas medicinales.

Yilda, por su parte, continuaba muy cerca de Enya para intentar controlar la situación dentro del Consejo Druida; a sus malos augurios se había sumado también la creciente sensación de haberse equivocado al enviar a Gwendal a Vindeleia, pues la joven druidesa había estrechado lazos con distintos druidas de varias aldeas y había aprovechado la oportunidad de demostrar su valía llevando a cabo la complicada misión de aunar a todas las tribus autrigonas. Yilda nunca creyó que pudiera llegar a darse aquella situación, y había confiado en que Gwendal no regresase del viaje. Ahora, en la víspera de Samhain, a las puertas del reinado de Cailleach, todo se había vuelto mucho más complicado para ella.



Al amanecer, los guerreros se concentraron alrededor de la piedra de sacrificios. Kenny, de pie junto a la puerta del centro religioso, les distribuyó en grupos para realizar los distintos entrenamientos: tiro con arco, pelea cuerpo a cuerpo y monta de caballos. Cada día les alternaba con el objetivo puesto en que todos dominasen sus armas tanto a pie como cabalgando, y se sentía satisfecho por los progresos de sus hombres. Además, la docena de guerreros de Vindeleia y Uxama Barca se habían integrado en sus filas a la perfección y entrenaban al mismo ritmo que el resto.

Tras escuchar las órdenes, cada cual se marchó a ocupar su lugar. Brian, sin embargo, clavó su espada en el suelo y se acercó a Kenny.

—He estado meditando acerca de la manera en que nos atacaron —dijo pensativo.

Kenny lo miró intrigado.

—¿Y desde cuándo meditas tú?

Brian no esperaba la pregunta, y tampoco sabía muy bien cómo responderla.

—Bueno… Es largo de contar —titubeó—. Supongo que viajar con una druidesa te cambia de algún modo.

—Todo lo que no se quiere contar siempre es largo de contar… —masculló Kenny, amoscado.

Brian desvió la mirada sonrojado y acongojado. «Un guerrero meditando…». Se sentía ridículo por haber hecho semejante afirmación. Por otro lado, no tenía ninguna intención de que Kenny supiese que se reunía con Gwendal para meditar, y él solo se había metido en un lío. Devolvió la mirada al gran jefe y trató de reconducir el tema:

—He estado pensando en cómo se defendieron los cántabros de nuestras flechas. La táctica de protegerse todos juntos con los escudos en alto les funcionó bastante bien. Estoy convencido de que la repetirán y mejorarán.

—Yo también lo creo. ¿Tienes alguna sugerencia que hacer?

Brian se recompuso al ver que conseguía desviar su atención hacia lo que verdaderamente intentaba explicarle, y no tardó en comenzar a hacerlo. La idea era muy sencilla: hervirían grasa de cerdo en calderos repartidos por la muralla y la arrojarían sobre los escudos de sus enemigos. Estaba convencido de que muchos morirían quemados y el resto tratarían de huir, lo cual les haría más vulnerables a las flechas.

Kenny se mostró sorprendido por la propuesta. Con ella, el joven Brian demostraba estar por encima del resto de sus guerreros, que se limitaban a cumplir órdenes sin más iniciativa que la de esforzarse en mejorar sus propias habilidades de lucha.

—Subamos a la muralla y echemos un vistazo —dijo el gran jefe.

Una vez arriba, miraron a su alrededor y estudiaron la viabilidad de la idea. Gracias a la gran anchura de los muros, podrían instalar hogueras para calentar los calderos sin que ello entorpeciese la movilidad de sus hombres. Por otro lado, la altura de la empalizada no parecía un impedimento de importancia para elevar los recipientes por encima de ella.

El gran jefe se asomó al vacío e imaginó la escena.

—No perdemos nada por intentarlo. Por la mañana mandaré instalar un caldero de prueba y veremos las posibilidades reales.

Kenny se volvió entonces hacia su derecha. Recorrió con la mirada la extensa muralla que protegía el frente norte y pensó en el paso oriental, su punto más débil.

—Echemos un vistazo allí arriba —dijo señalando hacia el este.

Después de revisar el doble muro del paso oriental, levantaron los tablones que cubrían el canal ideado por Owen años atrás; seguía intacto y operativo, pero, a pesar de ser una gran idea, el fuego sobre el antiguo muro se apagaría tarde o temprano y no podrían limitarse a defender la posición simplemente añadiendo más leña. Subieron a la cima de la colina que dominaba el lugar y se sentaron a observar. Al cabo de un buen rato, Brian tuvo otra ocurrencia:

—Un agujero. —Señaló el espacio vacío entre el viejo muro y los nuevos.

—¿Cómo dices? —Kenny hizo un gesto de incomprensión.

La idea consistía en excavar un profundo agujero en el que echarían gran cantidad de paja y leña. Lo cubrirían con tablones delgados y lo ocultarían con una fina capa de tierra para disimularlo. En caso de que los enemigos traspasasen el primer muro, romperían con su propio peso la estructura y caerían en el interior. Brian estaba convencido de que los atacantes, concentrados en las llamas del antiguo muro, no repararían en ello, y una vez confinados, solo tendrían que arrojar algunas antorchas para prenderles fuego.

—Hablaré con Sayer, a ver qué opina —dijo Kenny asintiendo satisfecho—. Ahora que las cosechas han finalizado, podría ponerse con ello de inmediato.

Antes de regresar a la aldea decidieron visitar la gran muralla del sudeste. Subieron la escalera de piedra hasta coronarla y se sentaron en el borde a contemplar las vistas: bajo sus piernas, treinta pies de caída vertical aseguraban la defensa en ese punto. El viento les azotaba la cara y los ropajes con fuerza.

—No eres uno más —dijo Kenny, orgulloso.

—¿A qué te refieres?

—Eres como tu padre: grande, fuerte y valiente. Pero, sobre todo, eres inteligente. —Kenny se apoyó en el joven para ponerse en pie —. Y parece que la meditación no te va tan mal después de todo —sonrió—. Regresemos ya; nuestros hombres deben de estar a punto de hacer un alto para comer.

Brian no dejó de dar vueltas a las palabras de Kenny durante el camino de regreso. El gran jefe tenía razón: hacía tiempo que no se sentía uno más, sino todo lo contrario. Cada día podía notar cómo su espíritu crecía gracias a Gwendal y a los ratos de meditación que compartían. «Gwendal…», se dijo pensando en ella.

Casualmente, al pasar junto a la piedra de sacrificios la vio salir de su choza y ordenar a Iau que se quedase en la puerta. Llevaba una cesta de mimbre en la mano. Se dedicaron una mirada cómplice y Brian se apresuró a caminar hacia ella: acababa de recordar que habían pactado bajar al templo a mediodía.

Sin embargo, Kenny le agarró por el hombro y le hizo detenerse de golpe.

—Ten cuidado con mi pequeña —le advirtió muy serio.

Gwendal les sonrió y caminó hacia la puerta sur.

Kenny resopló. Desclavó del suelo la espada de Brian, la sujetó por el filo y le ofreció la empuñadura.

—Si vais a salir del poblado, será mejor que te la lleves.

Brian dudó un instante; se le había pasado por la cabeza que Kenny iba a atizarle con ella para ponerle sobre aviso. La cogió vacilante y echó a correr tras ella. Gwendal ya había desaparecido de su vista.

Neco y Yurde llegaron sin ser vistos a las inmediaciones de Flaviobriga. En todo momento habían evitado transitar por caminos, riberas de ríos o campo abierto; dos exploradores desaparecidos y una batalla perdida eran razones más que suficientes para adoptar todas las precauciones posibles.

El sendero que accedía al recinto amurallado por el flanco sur aparecía ante sus ojos justo detrás de la primera hilera de árboles que bordeaba el arroyo. Se mantuvieron atentos unos minutos, pero no vieron a nadie. Pensaron que, probablemente, la festividad de

Samhain tenía ocupada a toda la tribu con los preparativos del banquete de celebración.

Tras el largo viaje se sentían cansados y hambrientos y era el momento de buscar un lugar seguro y alejado donde poder acampar y hacer fuego para calentarse. Neco se ciñó al cuello el manto que le cubría el cuerpo hasta las rodillas e hizo un gesto con la cabeza a Yurde para continuar. Al punto, un rebaño de ovejas y cabras apareció guiado por dos pastores. Escondidos entre los árboles, los dos exploradores los observaron hasta que desaparecieron de su vista.

—Ascendamos por el bosque, estamos demasiado cerca —dijo Yurde haciendo girar ciento ochenta grados su caballo.

A mitad de la subida, se detuvieron para echar un último vistazo; desde esa posición podía divisarse la peña de los amanos casi al completo.

—Observa el gigantesco muro que hay en la zona sudeste —dijo Neco—. Es imposible realizar un asalto por ahí.

Yurde aguzó la vista y enfocó hacia la parte superior del muro.

—Mira. —Señaló con el dedo—. Hay dos de ellos sentados allí arriba.

Neco les localizó inmediatamente: dos diminutas manchas oscuras que destacaban en la pared.

—No pueden vernos, pero nosotros a ellos sí. Esa es nuestra ventaja. —Se acarició la barriga y miró a su compañero—. Continuemos, tengo hambre.

Media hora más tarde, se toparon con un pequeño claro escondido tras unas rocas. Ataron los caballos y buscaron leña. Después de

comer, extendieron sus mantos en el suelo y se tumbaron a descansar.

Yurde despertó cuando el sol comenzaba a ponerse. Alargó el brazo y agarró su odre para beber un poco de agua. Apenas quedaba un sorbo. Lo apuró y dio un meneo a Neco.

—No queda agua. Será mejor que bajemos al arroyo antes de que anochezca.

—Está bien… —refunfuñó Neco, aún somnoliento.

Colocaron las monturas a los caballos e iniciaron el descenso prudentes, siempre atentos a cualquier indicio de gentes en las inmediaciones. En el arroyo desmontaron para llenar los odres, se los ataron al cinturón y observaron el muro sudeste de nuevo; lo tenían mucho más cerca que cuando habían ascendido por la mañana.

—Nos hemos desviado —comentó Neco—. Será mejor que remontemos un tramo de arroyo antes de subir si no queremos que sus vigías nos vean.

La noche comenzaba a cerrarse cuando retomaron el ascenso por la ladera. El rumor del arroyo se apagaba poco a poco a sus espaldas y el único sonido que resistía en la oscuridad era el de las hojas de los árboles mecidas por el viento. Neco sintió un escalofrío; a pesar de que el bosque permanecía en calma, el ambiente le transmitía algo extraño. De pronto oyó pasos en la distancia. Luego unas risas de mujer. Giró la cabeza en la dirección de la que provenía el ruido y enfocó la vista en medio de la penumbra hasta que consiguió localizarlo; la mujer que había escuchado estaba desnuda. Hizo detenerse a Yurde con un ligero siseo y ambos la

observaron con atención sin conseguir explicarse lo que veían, lo que sucedía. «Es ella», pensó Neco.

Entonces la escucharon hablar:

—Alguien nos observa —dijo la mujer con voz lejana y casi imperceptible.

Los dos exploradores continuaron su camino sin perder un solo segundo más allí.

Brian alcanzó a Gwendal en el recinto exterior de ganado. Aminoró la marcha para recuperar el aliento y caminó junto a ella con la espada en el cinturón.

Se sentía torpe y ridículo por la actitud infantil que acababa de demostrar. ¿Por qué demonios se le había metido en la cabeza que el gran jefe podría poner pegas a que Gwendal y él se viesen a solas? No tenía mucho sentido que Kenny actuara así porque, después de todo, ¿de qué iba a pretender protegerla?, ¿de él?

Ya en el límite del corral, abrió el portillo bajo y sacudió la cabeza para hacer desaparecer sus paranoicas ideas. Un poco más abajo, el rebaño de ovejas y cabras que regresaba de los pastos de las montañas se aproximaba a la aldea. Ambos saludaron a los pastores y continuaron su camino; Brian ya se sentía más relajado.

—¿Qué has preparado para comer? —preguntó. No se le ocurrió nada mejor para normalizar la situación.

—Pan, queso y estofado de cerdo —dijo Gwendal con buen ánimo.

—Mmm… ¡Estofado de cerdo! —exclamó Brian en voz baja—. Mi comida favorita.

—Lo sé. —Gwendal le dedicó una amplia sonrisa.

En el templo extendieron una manta sobre el suelo y se sentaron a comer. Brian devoró el estofado, aún caliente, como si fuese el más delicioso manjar que jamás hubiera probado. Gwendal, sentada frente a él, le observó con emoción y se dio cuenta de lo que ahora significaba para ella; hacía tiempo que pensaba en él a todas horas y comenzaba a sentir cierta atracción. Lejos del estúpido y pretencioso niño que recordaba de la niñez, Brian se había convertido en un hombre valiente, sincero e inteligente.

Llenaron los estómagos y charlaron durante un largo rato. Brian le habló de sus temores ante a la batalla y de cómo les haría frente convirtiendo el miedo en su aliado. Pero, sobre todo, le habló de sus ansias de venganza; un fuerte sentimiento que habitaba en él desde la muerte de su padre. Ella le escuchó con atención antes de decir nada.

—El deseo de venganza no es el mejor compañero de batalla —dijo Gwendal.

Brian enmudeció. Siempre había pensado que esa era precisamente su mayor y mejor motivación.

—Medítalo —insistió la druidesa—. Tratar de resarcirte de ese modo cegará tu espíritu y te hará más vulnerable.

Brian agachó la cabeza y continuó en silencio; una vez más, sus palabras le hacían recapacitar y le llenaban de calma.

Al alzar la mirada de nuevo, encontró la de Gwendal. Se quedaron ensimismados. Todo cuanto existía alrededor desapareció de un plumazo. Incluso la conversación que habían mantenido hasta ese momento se esfumó sin dejar rastro. Ni siquiera eran conscientes de que los dedos de sus manos se habían entrelazado. Y aquel instante les pareció una eternidad, como si el tiempo se hubiese detenido.

Los pensamientos les abandonaron, quedaron perdidos cada uno en la profundidad del otro. Brian apartó con los dedos un mechón de pelo que rodeaba el rostro de Gwendal, se acercaron lentamente guiados por sus instintos y se besaron.

Cuando despegaron sus bocas, Brian notó una punzada de inseguridad; sentía que se adentraba en un terreno desconocido para él.

—Yo… no sé si sabría… No sé si amarte o temerte… —Nada más pronunciar esas palabras, se dio cuenta de que no sabía exactamente qué significaban ni por qué las había dicho—. Tú eres… Tú…

—Shhh… —Gwendal le hizo callar colocándole un dedo sobre los labios—. Jamás me temas. Jamás.

Gwendal le besó de nuevo. Las manos de ambos, trémulas y ansiosas, continuaron por su cuenta asiendo sus vestiduras y deshaciéndose de ellas con habilidad.

—Tu deseo es tan fuerte como para…

—Shhh… —Ella le hizo callar de nuevo—. Mi deseo es tan fuerte como el tuyo.

Rodeados de las piedras que conformaban el templo sagrado, se amaron por primera vez. Gwendal se entregó a Brian con pasión; devoró sin tapujos su cuerpo y su espíritu, aquel espíritu cuyo resplandor hacía días que la maravillaba. Y él se dejó llevar como si nada más existiese en el mundo, como si nada más hubiese deseado en toda su vida. Lejos de ser un mero encuentro sexual entre dos jóvenes, aquel día Gwendal y Brian se unieron en cuerpo y mente como si el destino les hubiese estado preparando en secreto para ello.

Finalmente, calmadas las aguas, amainada la tormenta, se tumbaron bocarriba y contemplaron el inicio de la puesta de sol.

—¿En qué piensas? —preguntó Gwendal.

—En Kenny —respondió Brian sin apartar la vista del horizonte—. Se comporta como si fuese tu padre.

Gwendal sonrió. «Los hombres y su manía de proteger a las mujeres», pensó. Alargó el brazo y acarició el pecho de Brian.

—No tienes que preocuparte por él; sabrá aceptarlo y dejará de lado su paternalismo.

Las palabras de Gwendal lo reconfortaron en cierto modo. Resultaba evidente que a Kenny no le había hecho ninguna gracia verle correr hacia Gwendal, pero, por otro lado, se había limitado a ordenarle que llevase protección. Estiró los brazos, la rodeó con ellos e intentó deshacerse de sus ideas negativas. Miró a Gwendal y cambió de conversación:

—¿Sabes?, siempre me he preguntado cómo hiciste para que los peces fuesen hacia ti aquel día en el río, o por qué el oso y el halcón te hacen caso. —Hizo una pausa—. En realidad, todos se lo preguntan. Nadie encuentra el truco.

Recordar la escena del río le trajo de vuelta a Gwendal un montón de sensaciones olvidadas durante años, escondidas bajo el manto del rencor, ensombrecidas por las constantes riñas entre dos niños impetuosos. Tuvo la tentación de mentirle, pero sus sentimientos le sugirieron que fuese sincera con él:

—No hay truco.

Brian sacudió la cabeza sin retirarle la mirada.

—¿Realmente te comunicas con la Madre Tierra?

Gwendal le acarició la mejilla, le besó en los labios.

—Recuerda: jamás me temas —le dijo al oído. Se puso en pie y caminó desnuda hacia el centro del templo sagrado—. Esto es solo para ti, para tus ojos. Observa.

Junto al altar, Gwendal abrió los brazos y cerró los ojos. Decenas de gorriones, jilgueros, verderones y ruiseñores que hasta entonces dormían en las ramas de los árboles cercanos comenzaron a revolotear en torno a ella. Algunos se le posaron en los brazos, otros en la cabeza y en los hombros.

Brian se removió en la manta. Estaba maravillado por la imagen de Gwendal bajo el ocaso, ataviada tan solo con su torques y rodeada de un montón de pájaros con los que de alguna forma era capaz de entenderse.

—Alguien nos observa —dijo Gwendal de pronto.

Brian se levantó como un resorte y empuñó su espada. Los pajarillos regresaron a los árboles y la joven druidesa caminó hacia él mirando en todas direcciones.

—Por ahí —dijo señalando colina arriba—. Al menos un hombre.

Brian se giró con rapidez en esa dirección, pero no vio a nadie.

—Se ha ido. Ya está lejos. —Gwendal le hizo bajar la espada con la mano.

—Maldito… Será mejor que nos vistamos y regresemos a la aldea. —Brian se volvió hacia ella y tomó su mano—. No es seguro permanecer aquí hasta tan tarde.

La noche se había cerrado cuando llegaron a la puerta sur. De fondo se escuchaba el murmullo de la tribu, agrupada ya en el centro de la aldea para comenzar la celebración de la mágica noche de Samhain.

Antes de entrar se cogieron de la mano; se miraron a los ojos como si fuesen a despedirse por una larga temporada; se besaron apasionadamente una vez más bajo el cielo encapotado que apenas dejaba entrever el resplandor de la luna creciente. Envuelta en los brazos de Brian, Gwendal se sintió protegida como nunca antes, y amada; aquel joven fuerte que le sacaba casi una cabeza de altura había conseguido llenarla de un modo muy especial.

—¿Estás segura de lo que has sentido allí abajo?

—Completamente.

—Podría tratarse de un buscavidas.

—No. Eran cántabros —dijo la druidesa con aplomo. Se aferró a su cintura y apoyó la cabeza en su pecho—. Solo pude percibir a uno, pero creo que había alguien más.

—Será mejor que lo mantengamos en secreto para no provocar inquietud en la comunidad. Hablaré con Kenny, él decidirá qué hacer.

Cruzaron la puerta caminando el uno al lado del otro, dejando unos pasos de distancia entre sí para que nadie pensase que habían hecho algo distinto a meditar. En el centro de la aldea, todos estaban alborotados en sus lugares con sus cuencos repletos de comida y los recipientes colmados de cerveza y vino. Gwendal y Brian aprovecharon el revuelo para ocupar los suyos discretamente. El único que se percató de su llegada, y que les miraba con ojos recelosos, era Kenny.

Durante el repetitivo y desabrido sermón en el que Yilda dio las gracias un año más por las cosechas, y en el que aseguró de nuevo que los dioses estaban de su lado y que los amanos podían sentirse

seguros, todos la escucharon con atención excepto Gwendal, que en esos momentos se encontraba en otro lugar, ajena a la declamación; llevaba largo rato oyéndola de fondo con la mirada perdida en la hoguera.

Entre las grandes llamas que les iluminaban y calentaban, para Gwendal se abrió una pequeña ventana hacia el otro mundo sin necesidad de tomar el brebaje. Las imágenes de sus padres primero, y la de Quinn a continuación, se formaron ante sus ojos para desaparecer al instante consumidas por las llamas. Después, el rostro de Brian se dibujó también, pero este no fue devorado por el fuego, sino que se expandió hasta quedar difuminado entre todos los presentes. Finalmente, Gwendal sintió cómo su propio espíritu se fundía con la energía irradiada por la hoguera, una hoguera que en esa ocasión crepitaba por ella con la fuerza del mismísimo Lugh. Esa noche, la joven druidesa comprendió que había llegado el momento de pasar una página más de su vida y mirar al futuro; entendió la importancia de Brian para la tribu y también la suya propia.

—El banquete puede dar comienzo —dijo Yilda.

Gwendal regresó a la realidad, agarró su cuenco de vino y lo levantó junto al resto del Consejo Druida.

La cena transcurrió con normalidad. La tribu dejó de lado sus preocupaciones y disfrutó de la fiesta más importante del año. En esa ocasión no sacrificaron ninguna cabeza de ganado ya que no había excedente, por lo que el ritual posterior se limitó a hacer pasar los rebaños entre las brasas de la hoguera para purificarlos.

En medio del bullicio, Brian recorrió la mesa hasta el lugar que ocupaba Kenny. Tocó en el hombro al gran jefe y le hizo un gesto

para que le acompañara; se apartaron del gentío en busca de un lugar discreto en el que conversar.

Brian le habló de lo sucedido esa tarde en el bosque. Kenny no tardó en dar como buenos los presagios de Gwendal y en tomar la decisión de organizar para el día siguiente una batida por los bosques; para él, las capacidades de la joven druidesa estaban fuera de toda duda y la batida sería una gran oportunidad para obtener información de los posibles exploradores.

Gwendal se levantó en ese momento y se dirigió hacia su choza en silencio, sin despedirse de nadie. Los dos la observaron atentos, cada uno de un modo muy distinto. Cuando desapareció de su vista, Kenny devolvió toda su atención a Brian.

—Entre ella y tú hay algo más que meditación, ¿cierto?

Brian agachó la cabeza. Se sentía intimidado por la pregunta y era incapaz de responder. Deseaba que su secreto continuase por el momento entre Gwendal y él, pero al mismo tiempo sabía que no debía mentir a su jefe. Levantó la cabeza y le miró a los ojos sin decir nada.

—Cuida de ella. —Kenny puso las manos sobre los hombros de Brian y le apretó con firmeza—. Procura que nadie le haga daño, pero, sobre todo, procura no hacérselo tú.

—¿Yo?

—Sabes perfectamente de lo que hablo. Gwendal no es alguien con quien puedas jugar a tu antojo, ¿entendido?

Brian asintió.

—Si ella sufre, yo también lo haré, y eso enturbiaría mi relación contigo. —Kenny le dio una sentida palmada en el pecho antes de

continuar—: Como gran jefe, no puedo permitirme tal cosa; ya te dije que no eres uno más.

Brian asintió de nuevo.

—Regresemos a la fiesta. —Kenny le rodeó por los hombros y caminó con él hacia la mesa—. Planificaremos juntos el día de mañana con un buen cuenco de vino.

Gwendal se tiró desnuda sobre la cama nada más entrar en su hogar. Estaba tan agotada que incluso mantener los ojos abiertos le suponía un gran esfuerzo.

—Brian… —susurró—. Brian… —repitió de nuevo, esta vez con voz tierna y melosa. Se cubrió con la manta y cerró los ojos.

El vacío producido por la muerte de Quinn no había hecho sino crecer y crecer con los años; un enorme agujero en lo más profundo de su corazón que se resistía a ser cerrado. Pero Brian había conseguido hacerlo desaparecer y ahora se sentía plena, completa y feliz. Sobre todo feliz. Una vez más, Morgana había acertado en su decisión cuando Yilda la propuso como emisaria; la partera había aprovechado el viaje repentino a Vindeleia para forzarles a reconciliarse.

«Morgana…».

Tenía que hablar con ella sobre su presentimiento de esa tarde y acerca de las inquietudes que atenazaban su espíritu desde la noche en que fueron atacados por los cántabros.

Al amanecer, Kenny y Brian reunieron a media docena de guerreros para la batida, todos nativos de Flaviobriga, perfectos conocedores de sus tierras. A lomos de los caballos portaban arco, espada y escudo. Probablemente no necesitarían demasiadas armas para combatir contra unos pocos exploradores, pero debían estar preparados tanto para defender su vida en una pelea cuerpo a cuerpo como para acertarles en la distancia si intentaban escapar. En cualquier caso, y fuese cual fuese la situación, las órdenes eran claras: apresar al menos a uno de ellos con vida.

Capitaneados por el gran jefe, los guerreros cruzaron las puertas del recinto interior de ganado como un día más en el que salieran a realizar maniobras de entrenamiento fuera de las murallas. Nadie, salvo Gwendal y ellos ocho, conocía el verdadero motivo de la partida.

Kenny detuvo el paso de Bric frente al portón del acceso norte, dirigió la mirada hacia los guardias que se encontraban en lo alto de los muros del corredor y les ordenó abrir. Alan, el más cercano al mecanismo de apertura, les dio paso inmediatamente.

—¡Esperad un momento! —gritó Gwendal antes de que echasen a andar. La druidesa se acercaba a ellos a grandes zancadas con Iau corriendo a su lado.

El grupo se giró hacia ella tirando de las riendas de los caballos. Kenny la miró imaginando sus intenciones.

—Quiero ir con vosotros.

—Creo que es mejor que permanezcas en la aldea —respondió el gran jefe—. Será más seguro para todos.

Gwendal se acercó a él y torció el gesto. Una vez más, Kenny trataba de sobreprotegerla.

—No te preocupes por mí —replicó enfadada—. Ya me he cruzado antes con dos de esos cántabros, ¿recuerdas?

Kenny resopló sobre su montura. Bajó de un salto, agarró a Gwendal del brazo y la condujo a unos cuantos pasos de distancia, lejos de oídos curiosos.

—No es momento de disputas. Se supone que bajamos al valle para entrenar. Si vienes con nosotros, todo el mundo pensará que ocurre algo.

Gwendal recapacitó; Kenny tenía razón.

—Está bien —aceptó. Miró a Brian de soslayo y este le devolvió una sonrisa cómplice, atontada, en la que ambos quedaron atrapados unos instantes.

—Por cierto —Kenny rompió el momento volviendo a captar la atención de Gwendal—, Brian y yo estuvimos hablando anoche. Me alegro por ti, es un gran muchacho. —Sus palabras, más que a enhorabuena, sonaron a resignación. Dio media vuelta y montó a lomos de Bric.

Los guerreros retomaron la marcha inmediatamente y se internaron en el corredor. Gwendal se agachó junto a Iau y le acarició el lomo hablándole en la oreja:

—Ve con Brian. Ayúdale a encontrarlos.

Iau emitió un gemido de asentimiento. Después echó a correr y se coló por el hueco de la puerta antes de que Alan terminara de cerrarla.

Gwendal entró en el torreón y subió las escaleras a toda prisa.

El viento soplaba racheado en el descenso por el sendero norte, les revolvía las cabelleras y agitaba los mantos con los que se protegían de aquella fría mañana de giamos. Avanzaban a paso lento para conservar las fuerzas de los caballos; la jornada de rastreo prometía ser larga.

En primera línea del grupo, justo detrás de Kenny, Brian cabalgaba oteando los bosques; intentaba hacerse una idea de conjunto para que no quedase ningún rincón sin revisar. De pronto tuvo la sensación de que alguien les seguía. Giró la cabeza hacia atrás y vio a Iau acercándose rápidamente. Cuando la loba se situó a su lado, alzó la vista hacia la torre y vio que Gwendal lo observaba desde la azotea.

—De una forma o de otra vienes conmigo, ¿verdad? —le dijo desde la distancia. Echó la vista al frente y volvió a concentrarse en la misión.

Una vez abajo, a los pies de la falda de la peña, Kenny giró a la izquierda en dirección a los valles. El resto del grupo, con Brian a la cabeza, siguió sus pasos; remontarían el curso del arroyo hasta su nacimiento y regresarían atravesando las frondosas laderas.

Cuando comenzaban a vadear el arroyo, Kenny se dio cuenta de que Iau les seguía muy de cerca olisqueándolo todo. «Qué demonios…», se dijo. Miró atrás y aflojó el paso hasta situarse emparejado con Brian.

—¿Qué hace ella aquí? —dijo señalando a la loba.

—Gwendal la ha enviado. Supongo que puede ayudarnos en la búsqueda —contestó Brian.

—Cómo.

—No lo sé. Son cosas de druidas.

—Cosas de druidas… —refunfuñó Kenny—. Un animal no va a enseñarnos a hacer nuestro trabajo.

En lo alto la torre, el viento azotaba la túnica azul de Gwendal como si pretendiese arrancársela. Protegida tras el parapeto de piedra, se asomó a la inmensidad del valle y observó con frustración cómo el grupo de Kenny desaparecía de su vista. No podía acompañar a la expedición, y así lo había aceptado. Sin embargo, creía que había algo que podría hacer para ayudarles: permanecer atenta a cualquier movimiento sospechoso. Tomó asiento en el suelo de la azotea, cruzó las piernas, reposó las manos sobre las rodillas y cerró los ojos concentrada en percibir de nuevo la presencia de aquel extraño con el que se habían cruzado la tarde anterior.

Al cabo de un rato abrió los ojos bajo la capucha. Para ella habían pasado tan solo unos instantes, y sin embargo, el sol brillaba ya en lo alto del cielo camino del mediodía. No había conseguido localizarlo, ni siquiera detectado su presencia. «Quizá sospeche que lo buscamos y haya decidido marcharse», se dijo.

Rodeada de incertidumbre, se mostró decidida a no rendirse. Una extraña idea se dibujó entonces en su cabeza. Parecía algo descabellado, pero no perdería nada por intentarlo. Se puso en pie y buscó a Guick en el cielo.

El halcón apareció como un pequeño punto en el horizonte. Gwendal se sentó en el parapeto a esperar y Guick no tardó en posarse muy cerca de ella mecido por las ráfagas de viento; con las alas entreabiertas para mantener el equilibrio, se acercó con pequeños pasos gañendo con fuerza. Gwendal le acarició el pico.

—Necesito que seas mis ojos —le dijo—. Vuela alto y muéstrame quién se esconde en los bosques.

Guick dio un salto y se alejó batiendo las alas a gran velocidad. Gwendal se sentó de nuevo en el suelo, en la misma posición; sus ojos se tornaron blancos nada más retomar la concentración.

Neco y Yurde salieron del campamento al amanecer para examinar el recinto amurallado de los amanos. Guardando siempre al menos media legua de distancia, bordearían la peña de sur a norte por el flanco oeste en busca de puntos débiles sobre los que centrar un futuro ataque.

Tras analizar con detenimiento el inexpugnable muro del sudeste, hicieron lo propio con el acceso sur; las escabrosas laderas por las que discurría el sendero de subida y el angosto paso que conducía hasta la puerta lo descartaban también como un posible punto de ataque.

Mediada la mañana, se detuvieron cerca del acceso norte, junto al río. Desde la orilla opuesta a la peña, ocultos entre la vegetación, observaron el frente de la extensa muralla construida a contra talud y la gran torre que la coronaba con la calavera de Celipe expuesta en la azotea. Los dos se estremecieron al contemplarla.

—Cualquier zona es complicada de asaltar en esta maldita aldea —protestó Yurde. Desmontó y se agachó para rellenar su odre—. Tiene que haber alguna zona más accesible que les reste algo de ventaja.

Neco se fijó en la mitad oeste de la muralla, que arrancaba en la torre y cerraba el paso contra los imponentes acantilados. Regresó

con la vista a la entrada principal y examinó la otra mitad que recorría todo el frente norte, desde el muro del corredor hasta morir contra otros acantilados.

—¿Qué crees que habrá un poco más allá? —preguntó señalando hacia la zona más alta del recinto amurallado.

—Parece un paso hacia el macizo contiguo. —Yurde cerró el odre y montó a lomos de su caballo—. Debe de ser una zona poco transitada; echemos un vistazo de cerca.

En las inmediaciones del paso oriental, ataron los caballos y subieron a pie por la falda de la montaña escondidos entre los arbustos. Una vez arriba, se sentaron a descansar sin aproximarse demasiado y observaron el doble muro que impedía el acceso.

—Aquí arriba las laderas son menos pronunciadas, se pueden escalar los muros con mayor facilidad —dijo Yurde, contento por haber encontrado al fin un flanco débil.

—Siempre y cuando no nos estén esperando; el paso es demasiado estrecho y podrían hacernos caer montaña abajo. Si queremos entrar por aquí, antes tendremos que distraerles en otro punto.

Yurde lo miró con satisfacción.

—Valoraremos los pequeños detalles con Laro. —Se puso en pie y comenzó a descender—. De momento, ya hemos hecho nuestro trabajo. Regresemos al campamento antes de que alguien nos vea.

Separados sesenta pies de distancia entre sí, y siempre visibles para sus dos compañeros más cercanos a ambos lados, los ocho hombres de Flaviobriga comenzaron a peinar los bosques en busca de

exploradores. Todo desconocido que se cruzase en su camino sería considerado una amenaza potencial mientras no pudiese demostrar lo contrario.

Kenny comandaba el flanco izquierdo, más próximo a las cumbres, y Brian el flanco derecho, atento a las órdenes del gran jefe. Iau, siempre cerca del joven guerrero, olisqueaba por todas partes intentando localizar cualquier rastro. Estaban convencidos de que si alguien se ocultaba allí, darían con él.

Sin embargo, las horas pasaron una tras otra sin que obtuviesen un solo indicio de extranjeros en sus tierras. Cuando llegaron a las inmediaciones del muro sudeste, los hombres comenzaban a estar cansados y hambrientos.

—Nos detendremos un momento, corred la voz —dijo Kenny a los dos guerreros más cercanos a él—. Almorzaremos aquí antes de continuar.

El grupo se reunió y todos desmontaron.

Antes de empezar el pequeño festín, Brian y Kevin condujeron a los caballos hasta el arroyo. Los ataron en grupos de dos a los árboles de la orilla y rellenaron los odres.

—Empiezo a dudar de que vayamos a encontrarlos —comentó Kevin—. Aunque Gwendal estuviese en lo cierto, es demasiado fácil esconderse en un bosque tan grande.

—Lo haremos —aseguró Brian—. Si continúan aquí, daremos con ellos.

Dieron media vuelta e iniciaron el camino de regreso. Colina arriba repasaron mentalmente las zonas ya exploradas y las que restaban, que eran prácticamente las tres cuartas partes del territorio.

Calcularon que completarlo les llevaría el resto de la jornada, eso si conseguían hacerlo en el día.

De repente, un ruido les hizo ponerse en guardia. Dejaron caer los odres al suelo y empuñaron sus espadas; Iau bostezó observando indiferente. Instantes después, Grun se abrió paso apartando la maleza con el hocico. Brian mantuvo la calma recordando las enseñanzas de su padre para esos casos.

—No te muevas, no lo mires. Que no se sienta provocado. Si reconoce a Iau, nos dejará en paz.

Los dos permanecieron inmóviles tanto como les fue posible. Grun olfateó el entorno girando la cabeza de un lado a otro y caminó lentamente hacia Brian para olisquearle. El joven se estremeció al notar el contacto del hocico del animal sobre la ropa. Por un momento pensó que moriría allí mismo abatido por sus garras. Pero, para su sorpresa, Grun se limitó a frotarse contra él y continuó su camino sin más.

—Creo que lo que ha reconocido es el olor de Gwendal en tu pantalón —resopló Kevin—. Menos mal a tu… amiga.

—¿Mi amiga?… —Brian se hizo el sorprendido.

—No hace falta que disimules. Vi cómo os mirabais antes de salir de la aldea.

—Bueno, ese asunto…

—Tranquilo. Es cosa vuestra. De mi boca no saldrá una sola palabra. —Kevin sonrió y se agachó para recoger los odres.

Cuando llegaron al campamento el grupo ya estaba sentado en círculo con los morrales abiertos. Al verles aparecer, comenzaron a comer. Brian y Kevin ocuparon los huecos libres y sacaron su almuerzo.

Iau permaneció todo el tiempo sentada detrás de Brian. El resto de los guerreros, estupefactos, observaban de reojo cómo el joven le echaba un trozo de pan y una tajada de tocino de cuando en cuando; les resultaba realmente insólito que la loba no se separase de él.

De pronto, Iau, con un movimiento sutil, hizo detener el ruido de sus bocas al masticar; soltó el pedazo de tocino que tenía entre los dientes y comenzó a gruñir hacia lo alto de las colinas. Brian se puso en pie como un resorte.

—¿Has olido a alguien? —Iau emitió un gemido agudo sin apartar la vista del bosque—. Buena chica.

—Bajad a por los caballos —ordenó Kenny en voz baja—. No tenemos tiempo que perder.

Gwendal podía notar en la piel el fluir del aire alrededor de las alas de Guick. Sentada en la azotea, con las manos apoyadas en el suelo y la cabeza agachada, su sensación de libertad era grandiosa, tanto como si fuese ella misma quien sobrevolara los bosques. Incluso era capaz de percibir cómo el rostro del halcón cortaba el viento surcando los aires de corriente en corriente.

Imágenes confusas comenzaron a pasearse por su mente a modo de pequeños destellos, uno aquí, otro allá. Y aunque todo se le representaba borroso, poco a poco fue distinguiendo la silueta de las colinas bajo el cielo y el color pardo de los bosques. «¿Dónde os escondéis?», se preguntó. Extendió los brazos y puso la mente en blanco.

Las imágenes comenzaron a llegarle con mayor nitidez y frecuencia; aparecían y desaparecían en una secuencia creciente que cada vez le permitía ver con más detalle.

Al sobrevolar el muro sudeste, distinguió a los ocho caballos junto al arroyo. Un poco más arriba, semiocultos entre las copas de los árboles, los hombres de Kenny parecían alarmados. Varios de ellos corrían ladera abajo en busca de las monturas. El resto empuñaban sus armas orientados hacia las cumbres.

—Los extraños andan cerca. Vuela bajo y muéstrame dónde se ocultan —le pidió a Guick.

El halcón perdió altura rápidamente, sobrevoló el bosque con un vuelo rasante y ascendió por la ladera. Entonces los vio. Estaban en un pequeño claro resguardado por unas rocas. Uno de ellos, montado a caballo, miraba en la dirección de los guerreros de Flaviobriga. El otro, a pie, echaba tierra sobre una hoguera para apagarla. «Intentan escapar». Instantes después, Guick se encontró de frente con el forastero montado a caballo. Se miraron a los ojos durante unos segundos. Gwendal percibió el espíritu del cántabro con tanta fuerza que perdió la concentración: todo se volvió oscuridad para ella.

Neco se llevó a la boca el último pedazo de carne seca que le quedaba en el morral. El viaje había acabado con sus existencias de comida, por lo que durante el camino de regreso se verían obligados a cazar para poder subsistir. Por fortuna, a lo largo de la mañana habían recabado suficiente información y no tardarían en partir.

Tras el paseo a caballo para estudiar las fortificaciones de Flaviobriga, habían regresado al campamento, encendido fuego para calentarse y repuesto fuerzas. Con los estómagos llenos, se tumbaron a descansar y planearon echar un último vistazo a la aldea por la tarde antes de marcharse a la mañana siguiente.

Al calor de la conversación, y arropados por el murmullo de las copas de los árboles, el sueño comenzó a apoderarse de ellos. Pero cuando sus párpados ya se dejaban vencer por el sueño, escucharon a varios hombres que hablaban no muy lejos de su posición, colina abajo.

Neco se puso en pie y caminó unos cuantos pasos en la dirección de la que provenían las conversaciones. No consiguió entender lo que decían, pero acertó a contar al menos media docena de ellos.

—Gentes de los amanos. Probablemente guerreros —comentó alarmado.

Yurde se incorporó y comenzó a recoger sus cosas apresuradamente. Neco dio media vuelta para preparar los caballos. Montó en el suyo.

—Entierra el fuego, el humo podría delatarnos.

Yurde se agachó junto a la hoguera y la cubrió echando tierra a puñados. Mientras tanto, Neco continuó con los cinco sentidos puestos en la dirección de la que provenían las voces. En ese momento divisó un halcón que se aproximaba hacia él; este pasó tan cerca que incluso pudo mirarle a los ojos y atisbar lo que había tras ellos.

—¡Qué demonios…! —exclamó. Se volvió hacia Yurde y le apremió en voz baja—. Esto me da muy mala espina. Deja todo como está y

vámonos cuanto antes. No quiero permanecer ni un instante más en estas tierras.

Yurde arrojó un último puñado de tierra sobre las brasas y subió de un salto a su caballo. Agarraron las riendas y echaron a andar lentamente, sigilosos. Cuando se hubieron alejado lo suficiente como para no ser escuchados, recorrieron un buen trecho al galope, camino de Concana.

Los ocho hombres de Flaviobriga llegaron tarde al campamento de los intrusos.

Kenny desmontó en primer lugar. Se acercó a la hoguera, la palpó con cuidado y comprobó que aún estaba caliente. Dirigió la mirada hacia el bosque y vio huellas recientes de dos caballos que se perdían en la espesura.

—Se han ido apresuradamente.

—Persigámosles —dijo Brian. Ya tenía agarrada la empuñadura de su espada.

—No serviría de nada. —Kenny se puso en pie y montó sobre Bric —. Ya saben que les estamos buscando; a estas alturas deben de estar a media legua de distancia y en cualquier dirección. Hemos perdido nuestra oportunidad.

El gran jefe azuzó a su caballo y se abrió paso entre sus hombres. Todos le siguieron excepto Brian, que se quedó unos instantes observando el bosque con frustración.

Gwendal descendió del torreón con la cara pálida, agarrándose a la barandilla de la escalera. Se sentía confusa. El gran esfuerzo mental que acababa de realizar para conectar con Guick la había sumido en un estado de cansancio del que no había sido consciente hasta el momento de levantarse del suelo. Una vez abajo, se sintió algo mejor, las ideas fueron ordenándose en su cabeza. Caminó hasta la aldea y tocó a la puerta de Morgana.

—Pasa. —La voz de la partera se escuchó en el interior de la choza lejana e indiferente. Morgana dejó a un lado una tela blanca que tejía y se acercó a ella—. Deberías comer algo. No tienes buena cara.

Sirvió dos cuencos de estofado de cerdo rebosantes de caldo y ambas tomaron asiento. Después de un par de bocados y un buen sorbo, Gwendal recuperó el tono sonrosado de sus mejillas y observó a Morgana con la mirada renovada.

—Algo inesperado alegra tu espíritu últimamente, ¿me equivoco? —La partera dio un sorbo a su cuenco y sonrió.

—Brian y yo hemos mantenido relaciones.

—Por fin… —La sonrisa de Morgana se amplió.

—¿Por fin?

—Dos jóvenes no se dedican tantas atenciones sin terminar haciéndolo; la meditación no da para tanto. —La partera agarró una manzana, la restregó contra su manto y le dio un mordisco—. Era de esperar, estáis hechos el uno para el otro.

—Supongo que nunca habría sucedido si no te las hubieses arreglado para que emprendiéramos aquel viaje juntos.

—Bueno… En realidad, yo solo precipité las cosas. Se habría producido de igual modo tarde o temprano.

Gwendal dejó a un lado su cuenco. Se sentía algo desorientada en cuanto a las relaciones entre un hombre y una mujer.

—Creo que el sexo ha unido nuestros espíritus. Hacerlo con él fue algo mágico —dijo tratando de explicar sus emociones.

Morgana torció el gesto.

—El sexo no une nada, querida —dijo negando con la cabeza—. El sexo es la consecuencia de una unión que se ha producido con anterioridad. Si Brian y tú habéis mantenido relaciones es porque algo muy grande había nacido ya entre vosotros.

Gwendal perdió la mirada en las llamas; las palabras de Morgana cobraban especial sentido en esos momentos, excepto en un aspecto al que no lograba encontrárselo.

—Supongo que es cierto que hemos nacido para estar juntos. Pero sigo sin entender por qué el destino nos tuvo alejados durante tanto tiempo.

—El destino no hizo nada de eso, querida. Vuestros caracteres y las capacidades de liderazgo que os son innatas a ambos se encargaron de ello; necesitabais crecer por separado para encontrar el lugar que os correspondía dentro de la tribu; necesitabais seguir vuestro propio camino para llegar a ser quienes sois ahora. —Morgana respiró hondo antes de continuar. Echó la vista atrás en el tiempo—. Hubo un momento, hace muchos años, en que Quinn y yo estuvimos en una situación parecida a la vuestra. Por desgracia, su dedicación al sacerdocio nos llevó a tomar sendas distintas. —La partera hizo una pausa en la que la melancolía asomó a sus ojos—. Brian ha demostrado que está decidido a acompañar tu vida incondicionalmente. Ahora tú deberás hacer lo mismo por él. No cometas el mismo error que tu tío.

Los ojos de Gwendal se llenaron de lágrimas al escuchar el relato de Morgana y Quinn, pero no quiso decir nada al respecto. Apartó la vista de la hoguera y se giró hacia ella.

—No sé qué sería de mí si no estuvieses a mi lado.

—Las cosas no suceden porque sí, querida. Todo ocurre por algún motivo.

La joven druidesa se puso en pie y le tendió la mano.

—Acompáñame, hay algo más de lo que quiero hablarte.

El grupo de ocho hombres regresó al poblado avanzada la tarde. El gran jefe desmontó a los pies de la torre, entregó su caballo a los guardias que les esperaban y caminó hacia la aldea. Brian, a su lado, aún se sentía frustrado por no haber dado caza a los intrusos.

—Tranquilo. —Kenny puso una mano sobre su hombro—. No siempre se puede ganar. Lo más importante es conservar la serenidad.

—Si no nos hubiésemos detenido a comer, les habríamos atrapado —se quejó Brian.

Kenny lo miró frunciendo el ceño; al joven aún le quedaban muchas cosas por aprender.

—Y, según tú, ¿cuál es el momento adecuado para dar descanso a nuestros hombres y reponer fuerzas? —preguntó el gran jefe. Brian no dijo nada—. Cuando estás al mando tienes que tomar decisiones, y más allá de acertar o fallar, lo importante es saber tomarlas con determinación. Los guerreros que te siguen esperan de ti que seas valiente y que te muestres seguro de ti mismo. El resto, a veces, es cosa del azar.

—Lo entiendo, pero…

—No hay peros. Echar marcha atrás y hacer las cosas de otra manera es imposible. Lo único que podemos hacer es mirar al futuro e intentar sacar el lado positivo; ahora sabemos con certeza que los cántabros han vuelto a explorar nuestro territorio.

Antes de que pudiesen llegar a la aldea, Sayer les echó el alto desde la muralla. Estaba subido en ella, junto al muro este del corredor. A su lado, un enorme caldero de hierro se calentaba sobre una hoguera.

—¡Acercaos! —vociferó.

Brian y Kenny dieron media vuelta y ascendieron por la escalerilla. Se acercaron al caldero y echaron un vistazo; el calor que despedía la grasa de cerdo hirviendo les hizo apartar la cara.

—El único inconveniente es elevarlo estando tan caliente —comentó Sayer—, pero ya he pensado cómo hacerlo: fabricaré unos útiles de madera con longitud suficiente para que puedan ser levantados por cuatro hombres. Sobrepasar la empalizada no será un problema.

Los dos guerreros escucharon a Sayer con atención e imaginaron lo que les describía. Volvieron la mirada al caldero y después a la empalizada.

—También he pensado fabricaros flechas recubiertas de tela en la punta —continuó el maestro constructor—. Podríais empaparlas con la grasa de los calderos y prenderles fuego antes de dispararlas.

—Bien —afirmó Kenny—. Les quemaremos con ellas después de arrojarles la grasa caliente. —Señaló hacia el paso oriental y les hizo un gesto para que le siguieran—. Subamos, Brian quiere explicarte cómo mejorar aquel punto.

Los dos jefes echaron a andar muralla arriba. Brian, rezagado, se quedó un instante observando a Gwendal; la druidesa se dirigía hacia la torre acompañada de Morgana y la loba. Cuando la joven se percató de su presencia, se separó de ellas y caminó hacia él. Brian se agachó en lo alto del muro para hablarle.

—Han escapado, pero estabas en lo cierto —le dijo, feliz de verla —. Localizamos su campamento en medio del bosque.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —Brian frunció el ceño—. No sé si amarte o temerte —bromeó.

Gwendal esbozó una amplia sonrisa.

—Morgana ha hecho un montón de estofado de cerdo. Podemos cenar juntos un buen cuenco… si te apetece venir esta noche a mi choza, claro.

A Brian se le iluminó la cara al escuchar la invitación.

—Iría a tu choza aunque me sirvieras un plato de saltamontes asados —respondió.

Gwendal sonrió de nuevo. Se acercó un poco más y le miró a los ojos.

—Te deseo, Brian de los amanos —le dijo al oído—. Te espero al anochecer asando saltamontes. —Dio media vuelta y continuó su camino.

Brian se estremeció. Durante un eterno instante permaneció embobado sin dejar de mirarla. Sacudió la cabeza y echó a correr para alcanzar a Sayer y a Kenny.

Morgana subió las escaleras detrás de Gwendal. Por primera vez en mucho tiempo estaba desconcertada; no tenía ni la menor idea de qué era lo que la joven druidesa quería contarle ni por qué había elegido la azotea de la torre para hacerlo.

Cuando llegaron arriba, Gwendal pidió a los vigilantes que les dejasen hablar a solas. Caminó hacia la punta norte, se detuvo frente a uno de los parapetos y permaneció de pie con la mirada perdida en el bosque. Morgana la siguió a unos pasos de distancia y se paró junto a ella.

—¿Qué observas?

—Nada. Solo estoy rememorando la noche en la que Kalen fue apresado. Estaba justo aquí.

Morgana miró al horizonte.

—No me has traído aquí por Kalen. ¿Qué más ocurrió aquella noche?

Gwendal le habló de lo sucedido tras la liberación del pequeño, de aquella oscura mujer sobre la que llevaba tiempo meditando. Recordaba perfectamente cómo la había percibido: esa mujer estaba oculta en la noche, observándola en la distancia; recordaba su espíritu tenebroso y la intensidad con la que se había dejado sentir. También le contó lo sucedido la tarde anterior en el templo sagrado y la posterior batida secreta de esa misma mañana.

—Ayer sentí algo parecido con ese hombre, aunque más débil. —Gwendal se giró hacia ella—. Por esa razón sé que son cántabros.

—Qué más sabes de esa mujer —inquirió Morgana.

—Tan solo que el espíritu del hombre que percibí ayer está estrechamente unido a ella.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—Pensé en hacerlo, pero necesitaba meditarlo a solas, sin interferencia de nadie —se explicó Gwendal.

—¿Hablarás con el resto del Consejo de la Tribu?

—No, al menos por el momento. Yilda podría intentar mostrarme ante los demás como una mujer de oscuras habilidades.

Morgana la rodeó con el brazo y la estrechó para transmitirle comprensión.

—Tarde o temprano tendrás que enfrentarte a esa situación.

—Lo sé.

Gwendal dio media vuelta y caminó hacia la trampilla de bajada.



El regreso de los exploradores se alargó dos semanas más de lo planeado. Las lluvias constantes y el frío procedente de la costa les acompañaron casi todo el tiempo y les obligaron a parar con frecuencia para resguardarse. Además, la necesidad de buscar pequeñas presas para paliar el hambre convirtió el viaje en una auténtica carrera por la supervivencia; una carrera que ambos ansiaban llevar a buen puerto, aunque por motivos bien distintos.

Neco y Yurde salvaron exhaustos la última colina. Cubiertos por sus mantos de viaje, pesados por el agua acumulada, divisaron al fin la entrada principal; a lo lejos, titilantes, las antorchas encendidas en lo alto de la torre se mostraban ante ellos como un faro que les daba la bienvenida bajo la luz del ocaso. Se miraron el uno al otro y azuzaron a los caballos. Habían llegado a casa; habían llegado a Concana.

La media docena de guardias que custodiaban la torre les franquearon el paso a través del gran portón. Dentro de las murallas, desmontaron y se dirigieron hacia la choza de Laro para informarle de su llegada. Atravesaron la aldea y tocaron a la puerta.

—Adelante.

La voz de Laro sonó grave y apagada al otro lado. Yurde empujó la puerta, entraron y se despojaron de los mantos.

La hoguera ardía con fuerza caldeando cada rincón de la choza. Deva se vistió rápidamente con un camisón blanco y caminó hacia la puerta asediada por sus miradas. Laro se puso el pantalón y bajó de la cama.

—Pensábamos que ya no volveríais —dijo contento de verles—. No os pongáis nerviosos. Hablaremos un momento y podréis ir a desahogaros.

Los tres tomaron asiento. Laro les miró con expectación.

—Decidme que habéis encontrado un punto débil en las defensas de Flaviobriga.

Neco y Yurde asintieron.

—Hay un paso estrecho hacia el macizo oriental escondido en lo alto de la peña —dijo Yurde—. Es de difícil acceso, pero, una vez allí, parece fácil tomarlo.

El jefe amplió su sonrisa, eso era justo lo que quería escuchar. Después se volvió hacia Neco, que permanecía callado y con gesto serio.

—¿Tú qué opinas? No pareces muy convencido.

—Los amanos son gentes extrañas —dijo Neco—. Recordar el paso por sus tierras me produce escalofríos.

—Tonterías —protestó Laro restando importancia al comentario—. Por la mañana nos reuniremos con Tamo y Artia. Nos contaréis los detalles y planificaremos el asalto.

—De acuerdo —asintió Yurde. Neco calló de nuevo.

—Bien. Ahora largaos. —Laro se puso en pie y caminó hacia la mesa para servirse una calavera de vino—. Id a retozar con alguna muchacha.

Los dos exploradores cubrieron sus espaldas con los mantos y se marcharon cansados y hambrientos. Yurde fue directamente a su hogar. Neco agachó la cabeza y se dirigió a la choza de Artia.

Deva cerró la puerta de su choza, la atrancó y se despojó del camisón. Dos pequeñas antorchas colgadas de la pared iluminaban el ambiente. Tamo la esperaba en la cama desde hacía rato.

Dos años atrás, el pequeño poblado de Deva había sido atacado por las tropas concanas. Su marido, el jefe de la aldea por aquel entonces, contaba con más de veinte guerreros bajo su mando, todos hombres valerosos que se defendieron con uñas y dientes. Sin embargo, la experiencia en combate de los concanos y su superioridad numérica acabaron por decantar la balanza a su favor, aunque sufrieron numerosas bajas en sus filas. Laro no tuvo compasión. Aparte de llevarse consigo las cosechas y el ganado, ordenó ejecutar a todos y cada uno de los hombres que habían sobrevivido a la batalla como venganza. Los niños, incluida la hija de Deva, fueron pasados a cuchillo y las mujeres convertidas en esclavas.

Deva le odiaba por ello. Odiaba a Laro más que a nada ni a nadie en el mundo por haber condenado a su tribu a la extinción. Pero le odiaba sobre todo porque la calavera en la que bebía vino desde entonces era la de su esposo; Deva contemplaba día tras día cómo la venganza se perpetuaba, atormentándola cada vez que entraba en su choza y observaba el cráneo hueco de su marido sobre la mesa.

Sometida y humillada, se convirtió en un mero objeto destinado a satisfacer las necesidades del gran jefe, un trofeo personal que Laro no compartía con nadie bajo ningún concepto. Fue entonces cuando se propuso obtener una pequeña revancha. Poco a poco, sutilmente, sedujo a su hijo Tamo hasta lograr cegarle de deseo; el joven guerrero, que aún no había cumplido la veintena, perdía la cabeza por sus caderas marcadas y sus pechos voluptuosos, y aprovechaba cualquier oportunidad para meterse en su cama.

En aquella prisión sin barrotes, en aquel eterno castigo para su espíritu, lo único que a Deva le hacía sentirse viva de algún modo era saber que Laro estaba siendo traicionado por su hijo; una baza oculta que algún día haría estallar en el seno de la tribu de los concanos, aun sabiendo que moriría por ello. ¿Cuándo lo haría? Lo ignoraba. Aún conservaba las ganas de vivir.

Deva caminó desnuda hacia la cama. Se deshizo de las botas y se tumbó a su lado; al menos, Tamo no olía a sudor y a vino. Giró el cuerpo y él le acarició los pechos.

—Veo que me has echado de menos —dijo fingiendo placer en la caricia—. Tenemos suerte de que tu padre me permita tener una choza propia.

—No se trata de suerte. —Tamo le envolvió un pezón con los labios y lo mordisqueó—. Nadie duerme en su hogar desde que murió mi madre. Te permite tener choza porque no te quiere en la suya. —La miró a los ojos estrujándole el pecho con deseo—. Pero basta de hablar de él, ahora estamos tú y yo solos.

Tamo la sentó sobre su entrepierna y la penetró con ansiedad. Deva gimió de placer y dolor al mismo tiempo.

—Más despacio —le suplicó.

Deva se apoyó en él y se apoderó del ritmo. Cabalgó sinuosa como sabía que le gustaba. Le miró a los ojos, le ofreció de nuevo los pechos, colocó las manos de Tamo sobre sus caderas para que él pudiese acompañar el movimiento: cuantas cosas le excitaban, ella se las brindaba.

Cuando notó que Tamo iba a terminar, se apartó a un lado dejándose caer sobre la cama. Agarró un pedazo de tela que solía dejar preparado y se lo tendió para que se limpiase.

—Neco y Yurde han regresado esta noche. Les he visto entrar en la choza de tu padre cuando me marchaba.

—Es una gran noticia —dijo Tamo—. Quizá pronto entremos en batalla. —Se puso el pantalón y caminó hacia la puerta con la camisa en la mano—. Será mejor que me vaya.

Deva le miró una vez más; en el fondo no le provocaba un gran rechazo, pero preferiría no tener que acostarse con él. A Tamo no le odiaba, tan solo le soportaba como un mal menor dentro de su desgraciada vida.

—Algún día tú serás el gran jefe —se atrevió a decir antes de que se marchase—. Espero que sepas ser más misericorde.

Tamo se giró hacia ella frunciendo el ceño, molesto, y terminó de colocarse la camisa.

—Yo no soy como él.

Abrió la puerta y desapareció.

—… esa extraña mujer me observó a través de los ojos del halcón.

Neco pronunció las últimas palabras de su reporte sin apartar la mirada de Artia, que continuaba en trance. Estaban a solas en la choza de ella.

Casi dos décadas atrás, Artia había asistido al parto de Neco. No era algo habitual en ella estar presente en los nacimientos de los nuevos miembros de la tribu, al contrario; la chamana se limitaba a darles la bienvenida a la comunidad una vez que los bebés estaban limpios y aseados, pues consideraba el momento del parto como un acto íntimo reservado a los familiares más cercanos y a la partera. Pero en aquella ocasión quiso hacerlo. Artia había percibido ya en el inicio del embarazo que Neco era distinto, y no se equivocó; era un hombre especialmente sensible a los asuntos espirituales y la conexión entre ambos era intensa.

—La Madre Tierra alimenta el espíritu de esa druidesa, parece que habite en su interior —dijo Artia abriendo los párpados. Sus ojos estaban vueltos, en blanco—. Debemos tener cuidado con ella. Es peligrosa.

—Laro debería estar informado.

Los ojos de la chamana volvieron a la normalidad. Miró a Neco a través de las llamas del hogar y asintió.

—Lo sabrá en su momento.

—¿Cuándo hablarás con él? —Neco se mostró inquieto.

—Cuando esté dispuesto a escucharme. Por ahora no lo está.

Deva se levantó temprano para preparar el desayuno. Aquella mañana, según le había hecho saber Laro, serían seis comensales incluida ella, por lo que cogió el cesto de mimbre más grande que tenía y lo llenó con varias hogazas de pan, abundante queso y media docena de manzanas. Luego se cubrió con un manto y salió presurosa camino del centro de reuniones, un edificio de planta cuadrada situado en el corazón de la aldea, del tamaño de cuatro chozas y abierto al exterior por un gran hueco en la fachada sur.

La reunión había comenzado antes de su llegada. Laro, Artia, Tamo y Neco estaban sentados en círculo. En el centro de este, Yurde dibujaba con un palo sobre el suelo de tierra un plano del recinto amurallado de Flaviobriga. Los trazos eran toscos, pero se entendía con facilidad lo que quería representar.

Deva dejó el cesto a un lado, siempre apartada de ellos, y se dispuso a repartir los alimentos.

Neco y Yurde comenzaron a explicar con detalle los sistemas defensivos del poblado. Atacar por el flanco sur se hacía imposible: el muro sudeste era impenetrable debido a su altura y el angosto sendero que conducía a la puerta sur les haría perder la ventaja de su superioridad numérica. El resto del recinto, hasta el inicio de la muralla norte, estaba repleto de frentes de acantilado.

A simple vista, la única zona apta para el asalto era el acceso principal, en el que ya habían sufrido una derrota. Pero habían logrado encontrar un punto débil escondido en las montañas,

aunque de difícil acceso. Los dos exploradores se mostraron convencidos de que podrían tomar el paso oriental sin ser vistos, siempre y cuando los amanos tuviesen sus defensas concentradas en la puerta principal.

—Parece evidente que tendremos que dividir nuestras fuerzas —dijo Tamo.

Laro agarró el palo con el que Yurde había dibujado el plano e hizo una cruz al lado de la torre norte.

—Nos dividiremos en tres grupos. El primero de ellos atacará frontalmente la entrada principal —señaló la cruz—; el segundo, en retaguardia, les cubrirá disparando a los arqueros de la muralla, y el tercero rodeará la peña protegido por la oscuridad de la noche y se internará en el poblado por aquí. —Marcó el paso oriental con otra cruz.

Los cuatro se volvieron hacia Artia, que había escuchado la estrategia con atención sin pronunciar una sola palabra.

—¿Qué opinas tú? —preguntó Laro.

—Es la única alternativa —dijo la chamana—. No obstante, el éxito recaerá en el bando por el que se decanten los dioses.

—¿Acaso dudas que estarán de nuestro lado? —replicó el gran jefe.

—¿Acaso puede alguien asegurarlo?

El silencio se apoderó del centro de reuniones. El único sonido que se escuchaba era el que Deva hacía al manipular la cesta del desayuno. Finalmente, Laro abrió las manos en señal de indiferencia.

—Después de todo, sus guerreros son hombres como nosotros; de un modo u otro sucumbirán bajo el filo de nuestras espadas.

—No todos lo son —dijo Artia negando con la cabeza—. Si encuentras a la joven druidesa entre sus filas, desconfía de las apariencias. Nunca subestimes a tus oponentes.

Laro agarró una manzana y le dio un mordisco. La expresión de su cara, que esbozaba una sonrisa con los ojos entornados, evidenciaba que las palabras de Artia no habían surtido efecto alguno en él.



A media mañana, Sayer terminó de atar los últimos tablones a los bueyes en el corral de su choza; con ellos construiría el techo de la estructura de madera sobre la que descansaría el falso suelo de ramas, paja y tierra. Rodeó a los animales, agarró las cuerdas que los mantenían sujetos por el hocico y tiró de ellas para hacerles caminar.

Durante el tiempo transcurrido desde Samhain, el maestro constructor había terminado de excavar el agujero del paso oriental y colocado en él los pilares centrales destinados a soportar el peso de la estructura. También había fabricado los útiles de madera con los que los hombres de Kenny podrían levantar los calderos sin correr el riesgo de quemarse y tenía listas varias hogueras para calentarlos a lo largo del frente norte de la muralla. El trabajo realizado durante las últimas semanas había tenido ocupados a todos sus hombres disponibles. Ahora, cerca del solsticio de giamos, los trabajos estaban casi terminados.

Llegó a las inmediaciones del paso oriental, dejó libres a los bueyes para que descansasen y saltó el primer muro en busca de varios aldeanos que le ayudasen a cargar los tablones a mano el

último trecho. Kenny y Brian estaban de pie, junto al gran agujero rectangular de nueve por veinte pies de superficie. Sayer dio instrucciones a sus hombres y caminó al encuentro de los dos guerreros.

—Hemos profundizado siete pies, creo con eso será suficiente —les informó—. Las lluvias hacen que las paredes estén resbaladizas, por lo que si alguien cae dentro le resultará imposible salir sin ayuda externa.

Brian miró a ambos lados del agujero. Los restos de la excavación estaban amontonados contra los muros y entorpecían el paso por los dos flancos.

—¿Qué harás con toda esa tierra? —preguntó.

—Aún no lo he decidido. De momento estoy centrado en la estructura de madera —respondió Sayer.

Kenny pensó en ello. En realidad, sus hombres no necesitaban transitar alrededor del agujero para defender la posición.

—¿Y si la dejamos ahí? —Brian y el maestro se giraron hacia él—. Eso obligaría a nuestros atacantes a pasar por el centro; justo como queremos —explicó el gran jefe.

—Parece una buena opción —apuntó Sayer—. La alisaremos y le daremos forma de talud, así parecerá un refuerzo para los muros y quedará disimulada.

Los aldeanos que cargaban con los últimos tablones los dejaron en el suelo, preparados para ser instalados. Kenny se fijó en que no eran muy gruesos, parecían bastante endebles.

—Espero que no cedan demasiado pronto; si solamente caen los primeros atacantes, el resto tendrán tiempo de reaccionar.

—He pensado en ello —dijo Sayer—. La madera es más resistente de lo que parece a simple vista. La estructura aguantará el peso de al menos una docena de hombres antes de romperse.

Brian devolvió la mirada al fondo del agujero. El suelo estaba completamente enfangado y los aldeanos que trabajaban allí abajo se movían con dificultad. Se acercó un poco más y señaló el barro.

—Quizá no deberíamos echar leña. Se empaparía y sería imposible prenderle fuego. Además, nuestros atacantes se manejarían mejor entre las ramas que sobre el barro. Incluso el agujero podría llegar a llenarse de agua si las lluvias son muy intensas.

—Eso sería un problema —corroboró Kenny.

Sayer se rascó la cabeza.

—Entonces clavaremos cientos de estacas afiladas. Si esos malditos cántabros saben nadar, al menos lo harán heridos.

Brian y Kenny regresaron a los entrenamientos convencidos de que las nuevas defensas del paso oriental, junto a los cuarenta y dos guerreros de sus tribus hermanas que se sumarían antes de Beltane, serían suficientes para hacer frente a una nueva incursión con garantías.

Las tres druidesas habían bajado temprano al templo sagrado. En las últimas semanas los ánimos dentro del Consejo Druida se habían calmado, al menos en apariencia, razón por la que Yilda había instado a sus dos pupilas a realizar una meditación conjunta cerca del día más corto del año. Pero la tensión y la desconfianza entre ellas latían de fondo con tanta fuerza que todas podían sentirlas sin necesidad de decir nada.

El silencio fue la tónica dominante a lo largo de la jornada. Sentadas en sus troncos de roble alrededor del altar, meditaron hasta que el sol comenzó a desaparecer tras las montañas; el oscuro día de giamos llegaba a su fin sin que ninguna se hubiese movido de su sitio ni hubiera probado bocado.

Yilda abrió los ojos en primer lugar alterada por la incipiente bajada de temperatura. Se puso en pie y observó la posición del sol tras el dolmen del oeste.

—Mañana será el solsticio —dijo rompiendo el silencio.

Las dos jóvenes druidesas se removieron en sus troncos y contemplaron el ocaso. Iau, que había permanecido todo el tiempo tumbada junto a Gwendal, se estiró a placer y le lamió la mano.

Únicamente se escuchaba de fondo el discurrir incansable del arroyo y el sisear de las hojas secas del suelo arrastradas por la brisa. En el bosque se respiraba un ambiente lúgubre que las tres podían sentir. Yilda se giró hacia sus pupilas y las instó con un gesto a levantarse para regresar a la aldea.

En ese momento, Yilda y Gwendal cruzaron las miradas atraídas mutuamente por alguna extraña razón. Fue un instante fugaz, unas fracciones de segundo en las que Gwendal sintió un mal augurio que le atravesó la mente con la fuerza de un relámpago: acababa de ver cómo el espíritu de Yilda se cernía sobre ella, amenazante. Iau se puso en pie enseñándole los dientes a la suma sacerdotisa. Gwendal retrocedió intimidada, apartó la mirada y le acarició el lomo a la loba para tranquilizarla.

Cansada por el largo día de meditación, y con los pensamientos turbios, confusos, sacudió la cabeza para recuperar la serenidad y caminó hacia el poblado detrás de sus compañeras.

Brian y Kilian hacían la guardia de tarde en el paso oriental. Subidos en la cima de la colina más alta del poblado, vigilaban la posición envueltos en sus mantos mientras los hombres de Sayer, un poco más abajo, terminaban de instalar las últimas tablas que cubrían el agujero. El viento de la costa soplaba con rabia allí arriba. En algunas ocasiones incluso les obligaba a ponerse de espaldas a él para protegerse de la humedad que les arrojaba encima. Estaban ateridos, se sentían hambrientos y desde hacía un buen rato deseaban que el relevo llegara cuanto antes.

La noche terminaba de cerrarse cuando Kevin y Alan aparecieron para sustituirles. Llevaban comida, una antorcha y un montón de leña para calentarse. Brian y Kilian les saludaron efusivamente. Comieron un par de bocados y emprendieron el regreso a la aldea.

Como si la larga guardia les hubiese entumecido la lengua, no pronunciaron palabra durante más de la mitad del camino. Brian, absorto en sus pensamientos, no paraba de darle vueltas a lo mismo: dudaba si contarle a Kilian su relación con Gwendal. Finalmente, decidió sincerarse con él a pocos metros de la aldea:

—Gwendal y yo… —comenzó a explicarse. Kilian sonrió adivinando lo que iba a contarle.

—¿Va a elegirte? —preguntó.

—Aún no. Bueno, en realidad no sé si lo hará —dudó Brian—. Pero ella y yo hemos… —hizo una pausa—, ya me entiendes.

Kilian soltó una carcajada; abrazó a su amigo con alegría y una pizca de compasión. Por sus titubeos, quedaba claro lo mucho que ella le importaba y la inseguridad que sentía ante la cuestión de ser elegido. Pero para Kilian los temores de su amigo estaban totalmente infundados; Gwendal no era la clase de mujer que

necesitaba ir de hombre en hombre hasta encontrar el adecuado, un hecho que a Brian se le escapaba.

—Tranquilo —lo animó—. Si se ha acostado contigo es porque ha visto en ti al hombre que desea a su lado.

—¿Tú crees?

—¡Pues claro que sí! Deja de pensar y escucha lo que te dice tu instinto.

Kilian borró de pronto la sonrisa de su cara. Brian lo miró con gesto de preocupación.

—¿Qué ocurre?

—Espero que esto mejore la maltrecha relación entre Enya y ella. Hace tiempo que andan algo distanciadas y tengo la sensación de que sus diferencias llegan hasta el seno del Consejo Druida; eso es lo que menos nos conviene en estos momentos. —Abrió la puerta del recinto interior y ambos se adentraron en el corazón de la aldea.

Antes de llegar al centro religioso separaron sus caminos: Kilian se dirigió a su choza; Brian, camino de la suya, dio un rodeo intencionado para pasar frente al hogar de Gwendal.

Lo primero que hizo Gwendal al llegar a la aldea fue visitar a Morgana en busca de consejo. Pero no lo hubo. La partera, que siempre se adelantaba a los acontecimientos, en esta ocasión se limitó a encogerse de hombros. Lo único que salió de su boca fue un comentario ambiguo:

—¿Esa visión es del presente o del pasado? Ve a tu hogar y descansa, quizá por la mañana lo veas con mayor claridad. He dejado preparada una marmita de estofado para ti.

Esa fría noche de giamos, cuya luna estaba a punto de menguar por completo, todos estaban ya recogidos. La única luz ambiental era la que proporcionaban las pocas antorchas que todavía permanecían encendidas. Al rodear la última choza, Gwendal se encontró con Brian: estaba de espaldas a ella, parado delante de su corral. Sintió una chispa de emoción y se acercó a él en silencio para sorprenderle; lo abrazó por la cintura para notarle cerca, para reconfortarse con su presencia. Brian dio un pequeño respingo y ladeó la cabeza para mirarla.

—¿Te apetece un poco de compañía? —le dijo al oído.

—La necesito —respondió Brian dejando escapar un suspiro—. Y no se me ocurre otra mejor que la tuya.

—Entremos, yo necesito calentarme.

Gwendal se acurrucó en el regazo de Brian y agarró sus manos; estaban calientes. Tan cerca de él que podía notar los latidos de su corazón, sintió la necesidad de sincerarse. Le habló de Yilda y de la visión de esa misma tarde; le contó la manera en que había arrancado la información a Celipe; le confesó la verdad de lo sucedido meses antes con los dos primeros cántabros que aparecieron por sus tierras. Brian no dijo ni una palabra, todo aquello le parecía incomprensible.

El silencio que siguió a la sinceridad sumió a cada uno en sus propios pensamientos, pensamientos que de manera inevitable ambos tenían puestos en el otro. Para él, ella era una mujer capaz de fascinarle sin límites, una mujer que necesitaría tiempo para llegar a conocer, a comprender. Para ella, él se había convertido en una de las figuras más importantes en su vida y temía haberse mostrado ante sus ojos como una mujer extraña, oscura.

Gwendal tiró de él y le condujo hasta la cama. Brian se dejó guiar, se dejó hacer: tumbado en el lecho de paja, observó inmóvil cómo ella le desnudaba, cómo se despojaba después de la túnica y lanzaba enérgicamente toda la ropa lejos de ellos como si fuesen máscaras o disfraces que de algún modo encubrían quienes eran en realidad.

—Desnudos mostramos tal y como son nuestros cuerpos —le dijo en los labios, apenas rozándolos—. Sin embargo, yo necesitaba desnudarme más aún. Esta noche me he mostrado ante ti tal y como soy, sin secretos, sin apariencias, sin velos que te impidan contemplar con transparencia a la mujer que tienes delante; jamás me temas.

Brian cerró los ojos. Notaba el peso de Gwendal sobre su cuerpo, sus pechos le rozaban la piel con sensualidad y su aliento le inundaba la boca. La larga cabellera rubia le envolvía la cara, el cuello y los hombros. Incluso podía sentir cómo el espíritu de la druidesa fluía por sus propias venas, lo invadía con su mágica esencia y hacía desaparecer sus temores. Su mente permanecía dispersa, en blanco, pero su corazón y su espíritu le gritaban alto y claro: «Confía en ella».

—No te temo. Te amo.

Gwendal se incorporó. Agarró las dos esferas de su torques y lo abrió para sacárselo del cuello.

—Jamás temas a nada ni a nadie, porque no permitiré que nada ni nadie se interponga entre nosotros. No importa lo que ocurra, siempre me tendrás a tu lado.

Acarició el antebrazo izquierdo de Brian, el que con tanta destreza y valor empuñaba la espada, y lo rodeó con el torques. Brian

contempló el amuleto sin saber muy bien qué decir.

—Todo el mundo lo verá. Pensarán que tú y yo… —balbució—. Pensarán que estamos…

Gwendal puso un dedo sobre sus labios para hacerle callar y terminó de ajustar el torques.

—Todos sabrán lo que significas para mí. Todos sabrán que es a ti a quien elijo.

«Ha mirado dentro de mí».

Yilda estaba en su hogar sumergida en la penumbra de la noche apurando el último sorbo de brebaje de setas.

Cruzar la mirada con Gwendal en el templo la había dejado paralizada. Durante esos instantes se había sentido observada, invadida. Y cuando por fin logró recomponerse, tan solo pudo caminar hacia la aldea tratando de ocultar su rostro.

Tenía la certeza de que su espíritu había quedado expuesto a los ojos de Gwendal con la claridad de un libro abierto, y estaba convencida de que su pupila la había visto tal y como era. «Tengo que acabar con ella de una vez por todas. Debo apartarla de la tribu cual mala hierba que crece en medio de fértiles cultivos», se dijo arrojando el cuenco ya vacío a las llamas de la hoguera.

Una vez más, se tumbó en la cama a la espera de que los dioses le hablasen. Pero las horas pasaron en vano, una tras otra, al igual que todas las veces que había intentado conectar con ellos. «¿Por qué?», se preguntó con la mirada perdida en el techo. Cerró los ojos, apretó los párpados y pensó en Gwendal. «Maldita seas», gritó en su interior. «¡Maldita!».

Morgana pasó el día cavilando sobre la experiencia de Gwendal de la tarde anterior mientras daba las últimas puntadas a la tela blanca de lino en la que tantos meses llevaba trabajando. No se trataba de una prenda cualquiera. Se trataba de la prenda más importante que había fabricado en toda su vida, en la que había puesto los cinco sentidos y en cuya parte delantera había bordado la silueta de una luna nueva, la fase lunar que tanto significado tenía para Gwendal y que estaría presente en el cielo de esa noche, en la celebración del solsticio.

Las sombras del ocaso comenzaban a asomar por su ventana cuando por fin terminó de coser. Observó el exterior y vio a Sayer acarreando los últimos troncos de leña para la hoguera ayudado por varios de sus hombres; con toda seguridad, la mesa del banquete ya estaría lista para que la tribu se sentase a cenar y festejase la noche más corta del año.

Respiró profundamente. Se puso en pie y envolvió la prenda en una manta de lana.

—Ha llegado el momento, pequeña —dijo agarrando firmemente el paquete—, ha llegado tu momento. —Se dirigió hacia la puerta y salió de su choza.

La noche estaba despejada, el viento se mantenía en calma y las primeras estrellas asomaban ya en el firmamento. Cruzó los brazos sobre el pecho envolviendo el paquete con ellos y apretó el paso.

Antes de integrarse en la muchedumbre que se agolpaba delante del centro religioso, miró a lo alto de la torre. Gwendal se

encontraba en la azotea, tenía el brazo extendido y Guick estaba posado sobre él.

—Lo siento mucho, querida. Las cosas son como han de ser —dijo con gran pesar, intuyendo lo que ocurría allí arriba.

Las imágenes de la tarde anterior en el templo se sucedieron en la mente de Gwendal durante todo el día y le hicieron imposible pensar en otra cosa que no fuese en Yilda. ¿Cuál era el significado de aquella visión?, ¿acaso ese augurio tenía algo que ver con su futuro, un futuro incierto bajo el mandato de la oscura sacerdotisa?, ¿o quizá estuviese relacionado con su pasado? Por más que se concentraba en ello, no lograba organizar sus pensamientos para darles sentido.

Al caer la tarde, el alboroto de la tribu la trajo de vuelta a la realidad. Pero no quería levantarse de la cama, no quería salir de su choza y enfrentarse cara a cara de nuevo con Yilda durante el banquete del festejo; tan solo deseaba estar a solas con sus pensamientos y llegar a alguna conclusión. «¿Qué me está pasando?». Se obligó a bajar de la cama, se vistió y caminó hacia la puerta.

Al abrirla se detuvo en seco con un pie dentro y otro fuera de la choza. Sabía que olvidaba algo, pero ¿qué? Su mente estaba en blanco. Entonces sintió la necesidad de llevar consigo su saquito de cenizas. Dio marcha atrás, lo sacó del tarro donde lo tenía guardado y atravesó la puerta con él escondido bajo la túnica.

Comenzó a caminar cabizbaja y encapuchada. El cielo anaranjado del oeste contrastaba con la oscuridad que comenzaba a invadir la

aldea por el este. El ambiente, más lúgubre aún que la tarde anterior en el bosque, le puso los pelos de punta.

De pronto, un presentimiento le hizo detenerse: alguien la observaba. Miró hacia lo alto de la torre y vio a Guick posado en uno de los parapetos. Dudó un instante y cambió de dirección para ir a su encuentro.

Guick infló el plumaje al verla aparecer por la trampilla de la azotea. Gwendal extendió el brazo y el halcón se posó sobre ella de un salto.

—Estabas esperándome, ¿verdad?

Guick emitió un gañido. Después otro, y otro más. Pero estaba tranquilo. Gwendal lo miró fijamente y comprendió lo que este quería transmitirle. Le acarició el pico y la tristeza le encogió el espíritu.

—Voy a echarte de menos, fiel amigo —sollozó. Elevó el brazo y lo invitó a marcharse—. Vuela, vuela alto como siempre.

Guick batió las alas y se alejó. Gwendal lo observó sin apartar la vista un solo segundo.

—Gracias —le dijo con la voz quebrada—. Gracias por dedicar tu vida a acompañar la mía.

Gwendal rompió a llorar. Sabía que esta vez Guick se marchaba para no volver: había cumplido su misión y la vida se le agotaba. Se sentó en el suelo y esperó desconsolada hasta que la noche terminó de cerrarse.

Todos ocupaban ya sus lugares en la mesa cuando Gwendal bajó de la torre. Encapuchada y en silencio, caminó hacia el centro de la

aldea secándose las lágrimas con la manga de la túnica. A medida que avanzaba, sentía cómo el ritmo de los latidos de su corazón se incrementaba. Tomó asiento a la derecha de Yilda y se quitó la capucha. Ninguna de las dos se dirigió la mirada.

Yilda, impasible, se puso en pie e inició su discurso. Pero Gwendal ni siquiera la oía, estaba ausente, con la mirada perdida en la hoguera; su mente había comenzado a viajar muy lejos de allí. Las llamas se reflejaban en sus ojos, más abiertos que nunca. Sus pupilas dilatadas se asemejaban a dos agujeros de profundidad infinita. Parecía estar en trance, pero no era así: más allá de abrírsele una pequeña ventana por la que asomarse al limbo de los espíritus, Gwendal se encontraba a medio camino entre el mundo de los vivos y el de los muertos, y era perfectamente consciente de ello. Por primera vez era capaz de viajar entre ambos mundos con naturalidad.

Brian, Kenny y Morgana la miraron desde sus lugares en la mesa. El gesto de los dos guerreros era una mezcla de incomprensión y preocupación. La partera, sin embargo, se mostraba tranquila y expectante.

De pronto, Gwendal se levantó de su asiento. Yilda silenció su discurso y todos centraron la atención en la joven druidesa.

—¿Qué ocurre, pequeña? —preguntó Kenny en medio del silencio.

No hubo respuesta.

Gwendal pasó por encima de la mesa sin apartar la vista de las llamas y caminó hacia la hoguera.

—¡Gwendal! —gritó Brian.

Se puso en pie y corrió hacia ella. Le acarició la mejilla y la miró a la cara. Su gesto inexpresivo lo dejó sin palabras.

Gwendal continuaba abstraída de todo cuanto la rodeaba. Apenas podía sentir el calor del fuego y la mano de Brian en la cara. Tampoco necesitaba percibir más. Buscó en el interior de su túnica el saquito de cenizas y lo arrojó a las llamas.

El saquito comenzó a arder, a chisporrotear. Entonces, solo para sus ojos, las llamas revelaron la silueta de un encapuchado de túnica azul saliendo de la choza de Sayer y Eileen, diecisiete años atrás, en mitad de la noche y con un bebé en los brazos. «Arlen». Instantes después apareció la escena en la que Brent había intentado asesinarla con una piedra y, seguidamente, el rostro de Quinn emitiendo sonidos ahogados antes de morir. Cuando todas esas imágenes se esfumaron, apareció la cara de Yilda, de nuevo amenazante.

Gwendal metió la mano dentro de las llamas para tocar el rostro refulgente de la sacerdotisa. No sintió calor, no sintió nada. Cuando retiró la mano, todos se giraron hacia Yilda en busca de una explicación.

—¡Cailleach vive en ella! —exclamó Yilda—. ¡Todos lo habéis visto, no se ha quemado! ¡Cailleach vive en ella! —gritó.

Gwendal se dio la vuelta y caminó hacia Yilda. Sus ojos habían vuelto a la normalidad.

—Es en ti en quien habita —le dijo.

Se detuvo delante de la suma sacerdotisa, levantó la mano y colocó la palma abierta delante de su rostro. Yilda perdió el control de sí misma y quedó a su merced.

—Embaucaste a Arlen para que me abandonase en el bosque —dijo Gwendal con voz firme y serena—. Hiciste lo mismo con Brent, y también asesinaste a Quinn. ¿Por qué?

—Tu tío enloqueció cuando naciste, estaba obsesionado contigo. No podía permitir que un demente dirigiera el destino de nuestra tribu, ni que tú acabases ocupando su lugar, un lugar que me corresponde a mí.

Tanto la confesión de Yilda como la forma en que se había producido dejaron boquiabierta a la tribu. Todas las miradas se centraron en Gwendal sin que ninguno supiese muy bien qué pensar.

—No tenías derecho a hacerlo. —Gwendal retiró la mano con la que se había apoderado de su mente—. Eres embustera, fría y oscura. No mereces estar entre nosotros.

Cuando Yilda recuperó la voluntad fue consciente del encantamiento del que había sido objeto. Se puso en pie y miró a cada miembro de la comunidad.

—¡Yo soy la suma sacerdotisa de los amanos! —gritó furiosa—. ¿Vais a creerla a ella, alguien capaz de apoderarse del espíritu de otras personas? ¡Vuestro destino está condenado sin mí, soy vuestra verdadera líder! —exclamó desesperada.

Nadie abrió la boca.

Cegada de odio, Yilda no pudo evitar por más tiempo mostrar ante la tribu su verdadera naturaleza.

—¡Malditos! —exclamó—. ¡Malditos seáis todos!

Un murmullo temeroso se extendió a lo largo de la mesa. Gwendal se giró hacia los miembros de la comunidad y los miró uno a uno. No necesitó más para tomar el control de la situación y transmitirles seguridad; todos se dieron cuenta de lo que realmente sucedía.

—¡Los dioses están con Gwendal! —gritaron por un lado.

Gwendal miró a Enya fugazmente y se inclinó después sobre Yilda. Con voz templada, le dijo:

—Ni tú ni nadie puede evitar que yo ocupe el lugar que me pertenece. Los dioses así lo quieren.

Gwendal agarró uno de los cuchillos que había en la mesa para servir el asado y lo levantó sobre la cabeza de Yilda. Le agarró la capucha de la túnica, la cortó y la arrojó a las llamas.

—Has traicionado a nuestro pueblo. A partir de hoy vivirás entre los cerdos, comerás sus sobras y beberás su agua —sentenció—. Márchate; ya no perteneces a esta tribu.

Yilda agachó la cabeza ante todos. Su pueblo se había vuelto en su contra y sabía que nada de lo que dijese iba a convencerles, pues no podía desdecirse de sus propias palabras. Dejó sobre la mesa la vara de avellano y se escabulló cual serpiente entre las chozas.

Morgana caminó hacia Gwendal. En la mano llevaba el paquete que con tanto celo había guardado en su regazo. Lo abrió ante todos y extendió la prenda que contenía: la reluciente túnica blanca, con el renacer de un nuevo tiempo simbolizado en la luna nueva que había bordado en ella, consiguió regar esa noche la semilla de la esperanza que Gwendal había plantado en el seno de la comunidad. Despojó a la joven druidesa de su vieja túnica azul y la vistió con la nueva.

Kenny y Sayer, en representación de guerreros y aldeanos, se colocaron a ambos lados de ella; cada uno miró a sus gentes, que dieron el visto bueno con su silencio. Enya, incrédula, también dio su aceptación inclinando la cabeza.

Gwendal tomó, severa y firme, la vara de avellano que una vez perteneciera a su tío y se volvió hacia la estela asumiendo con aquel gesto la responsabilidad de conducir a su pueblo.

Brian, una vez más, la observó fascinado.

13

Últimos días de giamos, 231 a. C.

Todo cambió para los amanos con el nombramiento de Gwendal como suma sacerdotisa de la tribu. En el corto recorrido que había realizado el Consejo Druida bajo su mandato, este se había convertido en un órgano revitalizado y cohesionado, integrado a la perfección en el seno del Consejo de la Tribu. Las dos druidesas dirigían ahora los destinos de su pueblo junto a Sayer, Kenny y, recientemente, Morgana, que había entrado a formar parte de él a petición de Gwendal y como caso excepcional, pues la nueva gran druidesa consideraba que sus especiales cualidades podrían ser de utilidad para la comunidad; ninguno de los miembros puso objeciones.

La maltrecha relación entre las dos druidesas había alcanzado su punto de inflexión en el último solsticio, tras el nombramiento de Gwendal como suma sacerdotisa. Aquella noche, Enya fue consciente de su error al confiar en Yilda y se prometió a sí misma no volver a dudar de su hermana, amiga y compañera en el sacerdocio. Con el paso de los días, la confianza entre ellas se restableció de forma natural, aunque durante algún tiempo Enya se avergonzó en silencio por haberse dejado embaucar con tanta facilidad.

Brian, por su parte, comenzaba a vislumbrarse como la mano derecha de Kenny. El gran jefe había depositado su confianza en él y solía colocarle al mando de pequeños grupos durante los entrenamientos; además de listo e inteligente, demostraba cualidades de mando y se estaba ganando la confianza y el respeto de todos.

En cuanto a Gwendal y Brian, su relación se había convertido en un secreto a voces sobre el que todos cuchicheaban, principalmente porque Brian entraba cada noche en la choza de la gran druidesa sin que le importara ser visto, y porque habían dejado de escabullirse para bajar al templo, donde ahora compartían sus acostumbrados ratos de meditación abiertamente.

Pero a pesar de todo, el torques que Gwendal le había regalado a Brian permanecía escondido bajo la manga de su camisa. El joven era consciente de que no tenía demasiado sentido continuar ocultándolo, pero mostrarlo con naturalidad sería como oficializar su relación ante la comunidad, y aún no se sentía preparado para ello. Quizá su actitud fuese algo infantil, o quizá solo se tratase de cierto temor a que la responsabilidad de verse como la pareja formal de la suma sacerdotisa le pesase demasiado. En cualquier caso, Brian se sentía cómodo en esa situación, pues así evitaba las preguntas acerca de la mágica y mística gran druidesa que a buen seguro le formularían; al fin y al cabo, todos estaban aprendiendo a confiar en Gwendal y querían saber más de ella.

Yilda, repudiada y detestada por la comunidad, deambulaba por el cobertizo, se alimentaba de sobras y no hablaba con nadie, salvo con ella misma.

Gwendal apoyó la espalda contra su roble y cerró los ojos. Podía sentir la fuerza del árbol a través de la túnica y cómo su energía fluía entre ambos. Había bajado al valle para conectar con él en busca de respuestas. Llevaba tiempo intentando averiguar quién era aquella mujer y cuáles eran sus intenciones. Una y otra vez se había concentrado en ella y en las sensaciones percibidas meses atrás en lo alto de la torre tras la liberación de Kalen. Sin embargo, no había sido capaz de encontrar nada nuevo.

Las ardillas que habitaban el roble estaban sentadas en una gruesa rama sobre su cabeza, observándola con los ojos muy abiertos; Iau y Grun merodeaban por los alrededores; Bric pastaba libre a su lado mientras la esperaba para regresar a la aldea con su arco y el carcaj colgados de la montura.

El silencio que reinaba en el valle era tan intenso que incluso le permitía escuchar cómo Bric arrancaba la hierba a mordiscos. Apretó firmemente la vara de avellano con ambas manos, se dejó fluir y su espíritu comenzó a viajar para asomarse al mundo de los muertos. El primer pensamiento fue para Quinn. La cara del viejo druida se dibujó ante ella. Su rostro reflejaba calma y su pelo blanco, largo y lacio hacía juego con su barba poblada, tal y como Gwendal le recordaba. Le echaba de menos y añoraba su compañía, su sabiduría y sus consejos.

Le observó durante un buen rato percibiendo la energía que aún les mantenía unidos. Una lágrima le recorrió la mejilla, le acarició la barbilla y se estrelló en el centro del delgado anillo negro bordado en su túnica. Entonces miró a los ojos del gran druida.

—¿Quién es esa mujer? —le preguntó.

—*Se llama Artia*. —La voz de Quinn resonó grave dentro su cabeza—. *Sabia consejera para oscuras pretensiones; has de tener cuidado con ella*.

—¿Cuál es su pueblo?

—*Las gentes que habitan la ciudad de Concana*.

—Concana… —repitió Gwendal.

Un brusco relinchar de Bric deshizo su concentración. Levantó la cabeza y lo buscó con la mirada. Tres hombres a pie, flacos y con las ropas raídas, estaban a su lado. Uno lo mantenía sujeto por las riendas.

Gwendal se levantó y caminó hacia ellos.

—No os lo podéis llevar —les dijo deteniéndose a unas decenas de pasos.

Los tres la observaron sorprendidos, no se habían percatado de su presencia hasta ese momento. En un principio se mostraron inquietos al contemplar la figura de una druidesa de túnica blanca salida de la nada en medio del bosque, pero instantes después, el hambre y la miseria que padecían les obligaron a abandonar toda superstición. El que estaba junto al primero empuñó un cuchillo que llevaba al cinto.

—Nos hace más falta que a ti. No vas a impedir que nos hagamos con él.

—Lo siento, pero eso no es posible. Bric vendrá conmigo —aseguró ella. Miró al caballo y le hizo un gesto con la mano—. Acércate.

El semental se alzó sobre las patas traseras y se soltó de su captor. Bajó al suelo y trotó hacia Gwendal.

Los hombres se miraron entre sí. Dos de ellos se vieron sobrecogidos por la actitud de la druidesa. El otro, que mantenía el cuchillo en actitud ofensiva, lo levantó con la intención de atacarla. Gwendal agarró su arco y una flecha de la montura de Bric; lo armó, tensó la cuerda y le atravesó la mano de un disparo antes de que el desconocido pudiese reaccionar. El cuchillo cayó al suelo entre los gritos de dolor de su dueño. Gwendal soltó el arco y caminó hacia ellos, tranquila y desarmada. Los tres se quedaron paralizados.

—No me gustan los buscavidas —les dijo—. Marchaos si no queréis morir. Jamás volváis a pisar nuestras tierras.

Iau y Grun aparecieron en ese momento entre los árboles, uno por cada flanco; corrieron al encuentro de Gwendal, se colocaron cerca de ella y les mostraron los colmillos. El viento, hasta entonces en calma, comenzó a soplar con fuerza y arrojó las hojas del suelo contra el cuerpo de los tres hombres.

—Marchaos si no queréis morir —repitió la druidesa.

Los buscavidas recularon. Dieron media vuelta y huyeron a toda prisa.

La noche terminaba de cerrarse cuando Gwendal llegó a la aldea. Tras cruzar el portillo alto, desmontó y caminó con Bric sujeto de las riendas preguntándose si habría hecho lo correcto al dejar que los buscavidas se marchasen. Todavía podía sentirlos. Sabía con certeza que aún andaban cerca, escondidos en algún lugar del bosque, y confiaba en que por la mañana abandonasen sus tierras, porque, de no ser así, podrían volver a asaltar a alguien.

Camino del recinto interior vio a Allen despedirse de Kalen en el centro de la aldea. Hacía tiempo que el bardo se había hecho cargo de él y de Briana para su instrucción. Entonces recordó la conversación que había mantenido con Allen un par de días atrás a propósito de la pequeña; tenía pendiente hablar con Eirian y Alanys sobre ella y no quería demorarlo más.

En las puertas del cercado, Gwendal quitó la montura a Bric y le dio unas palmadas cariñosas en el cuello.

—Buen chico —le dijo—. Gracias por el paseo. Ahora ve a descansar.

Bric trotó hacia el interior del recinto y desapareció en la oscuridad.

Eirian estaba en el corral recogiendo leña para la noche cuando Gwendal llegó a su choza. La druidesa le saludó desde el otro lado del muro y él la invitó a pasar sorprendido por su presencia. Al entrar, se retiró la capucha por respeto y dejó su vara de avellano apoyada en la pared.

Briana, agachada en el fuego, removía una marmita de estofado para la cena con un cucharón bajo la supervisión de su madre. Cuando ambas la vieron entrar, se acercaron a saludarla.

—¿Ocurre algo? —preguntó Alanys.

—Nada que Briana no desee —respondió Gwendal.

Los padres se miraron entre sí y se colocaron a ambos lados de su hija mientras esperaban en silencio la explicación de la druidesa.

—Allen me ha hablado magníficamente de ella. —Gwendal se agachó frente a la pequeña y la miró a los ojos—. Cree que deberías iniciarte en el sacerdocio —le dijo.

Las caras de Eirian y Alanys evidenciaron su desconcierto ante la inesperada noticia. Luego Eirian se mostró emocionado; Alanys, por el contrario, se mantuvo seria, no parecía haberlo encajado bien.

—¿Vas a convertirla en druidesa? —preguntó Eirian. Gwendal le sonrió.

—Todo dependerá de ella; es un camino largo y duro —respondió —. ¿Te gustaría ser iniciada? —le preguntó a Briana.

—Yo… No lo sé —titubeó la pequeña.

—No te preocupes, no tienes que contestar ahora. Medítalo hasta que tengas una respuesta. Cuando llegue el momento, ven a hablar conmigo.

Gwendal se puso en pie y tomó las manos de Alanys. Su expresión daba a entender que aún trataba de asimilar la noticia, aunque dejaba entrever que no estaba muy convencida. La druidesa la observó con detenimiento y comprendió lo que estaba pasando por la cabeza de la joven madre. Le habló en tono tranquilizador:

—Sé que es una gran responsabilidad para una niña tan joven y que eso te llena de temores. Pero debes confiar en tu hija. Deja que elija libremente, sabrá tomar la decisión correcta.

—¿Y si fracasa?

—La vida no es cuestión de triunfar o fracasar, sino de luchar por lo que uno quiere. Equivocarse y saber aceptarlo solo es el final de un camino y el comienzo de otro. —Miró a ambos padres, asintió y agarró su vara.

—¿Te gustaría quedarte a cenar con nosotros? —le ofreció Eirian —. Podríamos hablar del asunto más detenidamente.

Gwendal se echó la capucha por encima y abrió la puerta.

—Agradezco la invitación, pero ansío llegar a mi hogar y descansar. De todos modos, yo soy quien menos ha de influir en su decisión. —Miró de nuevo a Briana—. La respuesta está en tu interior. No es fácil encontrarla, pero lo harás.

Gwendal se despidió de Briana con una sonrisa. Cerró la puerta y continuó hacia su choza. De pronto, a medio camino, se sintió invadida por un sudor frío; las piernas le flaquearon; las fuerzas parecieron abandonarla. Se ajustó el manto y apretó el paso.

El calor del hogar la reconfortó de inmediato. Recuperó las fuerzas y el sudor frío terminó de desvanecerse. Brian echaba en ese momento un par de troncos para avivar la lumbre.

—El mejor momento del día es regresar y encontrarte aquí —dijo acercándose a él.

Brian la abrazó, la besó.

—El mejor momento del día es verte entrar por la puerta —sonrió él.

Sentados en el suelo, arrancaron un par de pedazos de pan a una hogaza, cortaron queso y compartieron un cuenco de vino. Gwendal le contó su encuentro con los tres buscavidas y las dudas que tenía con respecto a ellos; si por la mañana continuaban en sus tierras, hablaría con Kenny. Brian no pudo evitar hablarle con cierto tono de enfado:

—No me gusta que bajes sola al bosque —se quejó—. Es peligroso.

—¿Cómo dices? —Gwendal le miró perpleja—. Puedo cuidar de mí misma perfectamente —le reprendió.

Brian se dio cuenta rápidamente de que su comentario había estado de más. Trató de enmendarlo:

—Perdona. No era mi intención dudar de ello. Pero en adelante me gustaría acompañarte.

Gwendal le miró a los ojos intentando restar importancia al asunto, aunque no estaba dispuesta a que aquella actitud puntual se convirtiese en costumbre.

—Kenny es la única persona que me ha escoltado fuera de las murallas de la aldea, y de eso hace ya mucho tiempo; jamás lo volverá a hacer nadie, ¿de acuerdo?

—Pero…

—Sin peros. Ahora soy tu suma sacerdotisa —añadió en tono jocoso dando el tema por zanjado.

Gwendal caminó hacia la cama apurando el cuenco de vino, se echó desnuda sobre la paja y le hizo un gesto para que se acercara. Brian tiró su ropa al suelo y se tumbó junto a ella; el corazón se le aceleró; gran parte de su sangre se concentró en la entrepierna impulsada por los latidos. Estiró el brazo y deslizó la mano por la piel de Gwendal en busca de su sexo.

Ella le detuvo a la altura del ombligo.

—Esta noche no —le dijo.

El rostro excitado de Brian se trocó en desconcierto. Rechazado por primera vez, trató de retirar la mano del vientre de Gwendal, pero ella no se lo permitió.

—Estoy cansada. —Le acarició la mejilla y le besó en los labios—. Lo siento, hoy mi mente está en otra parte.

Brian se tragó su frustración y la observó con detenimiento. «Vas a necesitar mucho tiempo para conocerla», se dijo.

—Descansemos entonces, suma sacerdotisa…

Se incorporó, agarró una manta y la extendió sobre ambos. Después se acurrucó abrazado a ella.

—Gracias por comprenderlo.

Gwendal cerró los ojos. Instantes después, una nueva presencia invadió su espíritu con una fuerza enorme, desconocida, que la sobrecogió.



Hacía tiempo que a Brian no le importaba que le viesen entrar en la choza de Gwendal por las noches. Pero, a pesar de ello, no había perdido la costumbre de marcharse temprano para ocultar que habían dormido juntos. Esa mañana, con el amargo sabor del rechazo aún en la boca, no se molestó en guardar las apariencias.

Gwendal y él salieron de la choza poco después del amanecer. En el centro de la aldea, los guerreros se organizaban frente al centro religioso a las órdenes de Kenny y los aldeanos pululaban por todas partes para iniciar la jornada de trabajo. A lo lejos, dentro de su corral, Eirian preparaba su torno: sobre él tenía una gran vasija de arcilla a medio pulir. Gwendal lo miró; el alfarero le hizo un gesto afirmativo. «Parece que Alanys ha entendido que Briana debe elegir su propio destino», pensó Gwendal. Le devolvió una sonrisa y continuó el camino junto a Brian.

Cuando llegaron a la piedra de sacrificios, se despidieron con un beso discreto. Él se unió a los entrenamientos y ella se dirigió hacia la choza de Morgana.

El sonido de multitud de pisadas sobre el barro despertó a Dailin; alrededor de su tienda, los hombres de Dilan se preparaban para levantar el campamento en medio de un nuevo y desapacible día.

La claridad que asomaba bajo la puerta de piel indicaba que hacía un buen rato que había amanecido. Una mañana más, era el último en levantarse. Hacía tiempo que conciliar el sueño se había convertido en un problema para él, y todo a consecuencia de Gwendal.

El joven druida no había perdido aún la esperanza. La amaba, la deseaba. Estaba convencido de que, con el paso del tiempo, Gwendal sentiría lo mismo por él. Incluso se veía preparado para abandonar la carrea sacerdotal por ella si fuese necesario; estaba dispuesto a dar cualquier cosa por estar a su lado el resto de su vida. Pensaba en ella a todas horas, y ansiaba tanto verla de nuevo, que empezaba a convertirse en una obsesión.

Semanas atrás, Dailin había asistido a la reunión del Consejo de la Tribu en la que se había organizado la partida que reforzaría las defensas de los amanos. Al final de la reunión se ofreció para acompañar al pequeño ejército como consejero espiritual de Dilan. Todos le miraron sorprendidos, pero ni el jefe de los guerreros, que comandaría la expedición, ni ninguno de los demás miembros se opusieron, por lo que Gaela dio el visto bueno a que su hijo fuese con ellos. Pocos días después, habían partido hacia las tierras de sus hermanos del norte.

Todavía adormilado, y con la sensación de no haber descansado en mucho tiempo, se puso la túnica sobre la ropa con la que había dormido, se calzó sus botas de piel y salió de la tienda cubierto por un manto. Dilan, sentado junto al fuego encendido en el centro del

campamento, desayunaba un pedazo de carne asada de la noche anterior. Dailin se sentó a su lado.

—¿Cuánto falta para alcanzar Flaviobriga? —preguntó. Agarró una hogaza de pan y arrancó un pellizco.

Dilan se giró hacia él. Bebió un poco de cerveza y se secó los labios con la manga de la camisa.

—Si vamos a buen ritmo, quizá lleguemos antes del anochecer.

Dailin estiró las manos para calentarse.

—Tengo ganas de llegar, odio viajar en esta época del año.

—A mí tampoco me gusta —convino el gran jefe—. Apretaremos el paso.

Gwendal entró en la choza de Morgana tan absorbida por sus propios pensamientos que ni siquiera llamó a la puerta. La partera, que removía una infusión de romero y hierbabuena, la invitó a sentarse y le sirvió un cuenco.

La conversación giró en torno al incidente de la tarde anterior con los tres buscavidas. Gwendal apenas podía sentirles ya, por lo que todo parecía indicar que se estaban alejando. De todos modos, se mostró inquieta por haberles dejado ir; dudaba entre esperar para darles tiempo a que desapareciesen por completo o pedirle a Kenny que enviase a algunos hombres en su busca.

Morgana se mantuvo unos instantes en silencio. Tenía la sensación de que Gwendal había actuado siguiendo su instinto en lugar de hacer caso a lo que le decía su cabeza, una actitud que ella misma le había aconsejado en más de una ocasión. Estiró las piernas para

sacarlas del entumecimiento matutino y sirvió un poco más de infusión.

—¿Por qué razón les dejaste ir?

Gwendal dio un sorbo y echó la vista atrás en el tiempo para revivir aquel instante de nuevo.

—En ese momento sentí que era lo correcto. Pero durante el camino de vuelta temí que pudiesen hacer daño a alguien. No sé si actué bien.

Morgana no tardó en percibir el conflicto que existía entre el espíritu y la mente de Gwendal a la hora de tomar decisiones trascendentales. Estaba convencida de que la druidesa había hecho lo correcto, pero la inseguridad propia de su juventud la sumía en un mar de contradicciones. Para la partera, al igual que para Kenny cuando comandaba a sus hombres, más que la decisión tomada, lo importante era asumirla con determinación. Buscó las palabras adecuadas y elaboró una respuesta que pudiese ayudarla a comprender un poco más sus propias acciones:

—Todo individuo tiene un fin en la vida, querida. Quizá esos hombres aún no han alcanzado el suyo, y por tanto su destino no era morir en ese momento. No le des mayor importancia.

—Supongo que las cosas no suceden porque sí; todo ocurre por algún motivo. —Gwendal repetía las palabras que Morgana le dijera tiempo atrás.

—Así es. Todo ocurre por algún motivo.

Tras un buen rato de conversación, Morgana comenzó a sospechar que había algo más que inquietaba a Gwendal; algo mucho más importante que tres vagabundos hambrientos escondidos en el bosque.

—Dime… ¿Cuál es tu verdadera preocupación?

Gwendal la miró desconcertada. No sabía muy bien cómo explicarse y tardó un buen rato en reaccionar.

—Anoche percibí a alguien más —dijo al fin. Respiró profundamente—. Lo sentí tan cerca que incluso llegué a pensar que estaba a mi lado.

—¿Todavía puedes percibirlo?

—Sí. Lo siento a todas horas. Intensamente.

—¿Qué más sabes de él?

—Sé que lo amo. Lo amo más que a nadie en este mundo. Incluso ha hecho desaparecer mis deseos sexuales hacia Brian.

—¿Se trata de otro hombre?

—No estoy segura. No puedo penetrar en su interior.

—Alberga un espíritu muy fuerte… —intuyó la partera.

—Así es. Y me sobrecoge. —Gwendal apartó la mirada, de nuevo se sentía agotada—. Por ahora no quiero hablar más de ello.

—Claro, querida.

Echaron la vista al frente y se sirvieron otro cuenco de infusión.

A media tarde, las tropas autrigonas de refuerzo llegaron a la cabaña que utilizaban los pastores de los amanos durante los meses de samos; Flaviobriga se encontraba ya a pocas horas de camino. Dilan dio orden de detenerse y todos desmontaron para que los animales descansasen unos minutos.

Dailin se removió bajo los ropajes al escuchar cómo el gran jefe daba ánimos a sus hombres diciéndoles que esa noche finalizaría el

viaje. El joven druida se sintió con más fuerzas que nunca ante el inminente encuentro con Gwendal.

Desde que decidió emprender aquel viaje no había parado de preguntarse cómo sería volver a verla. La última vez que estuvieron juntos, en la reunión celebrada el pasado Lughnasadh en Uxama Barca, apenas había podido cruzar un par de palabras con ella; Brian y Gwendal habían estado tan solo un día allí, ocupados sin descanso en las cuestiones políticas.

De pie junto a su montura, a la espera de la orden de continuar, Dailin se sentía vibrar. Su espíritu transmitía tanta emoción y nerviosismo que incluso su yegua se mostraba inquieta.

—¡Reanudamos la marcha! —vociferó al fin Dilan.

Dailin se apoyó en el lomo de su yegua y subió de un salto; había llegado el momento de recorrer el último tramo. El ansiado reencuentro estaba próximo.

La mañana de entrenamientos resultó interminable para Brian. Pasó todo el tiempo distraído, incluso completamente ausente en algunas ocasiones, y fue derrotado en todos y cada uno de los combates en que participó. En el tramo final de la jornada, Kenny lo puso al frente de un pequeño grupo de hombres a caballo. Subieron a lo alto de la peña para realizar maniobras en su complicada orografía, pero el ejercicio también fue un desastre; las órdenes de Brian a menudo se contradecían unas con otras y sus guerreros terminaron desconcertados. Su mente era un hervidero de pensamientos negativos en torno a Gwendal. Era incapaz de concentrarse en nada y por un momento llegó a pensar que le iba a explotar la cabeza.

Estar alejado de ella le hizo caer en la paranoia, se preguntaba qué había ocurrido entre ellos; hasta la noche anterior todo había ido bien, como siempre. Lo único que había cambiado en sus rutinas era su mayor dedicación al oficio de guerrero y que durante las últimas semanas solía reunirse con el gran jefe al final del día para contrastar impresiones y valorar la evolución de sus hombres.

Al final de la tarde dio por finalizados los entrenamientos y bajaron de la peña. Brian desmontó cerca de la puerta del recinto de ganado, se despidió de Bronco con una palmada en la grupa y regresó cabizbajo hacia el centro de la aldea; allí lo esperaba Kenny.

Mientras caminaba hacia él, cayó en la cuenta de que cada día pasaba menos tiempo a solas con Gwendal. Incluso los ratos que dedicaban a meditar juntos eran cada vez menos frecuentes. Fue consciente de que durante la última semana y media solo habían compartido breves charlas en la cena y un poco de sexo antes de quedarse dormidos. «Quizá sea yo quien se esté alejando de ella», se dijo con amargura, «quizá mi progreso como guerrero me esté privando de prestarle el tiempo y la atención que necesita». Empezó a tener la sensación de que había descuidado las necesidades afectivas de Gwendal y que esa podría ser la causa de su repentino distanciamiento.

Mientras recorría los últimos pasos que le separaban de Kenny, Brian levantó la cabeza, lo observó y recordó las palabras pronunciadas por él tiempo atrás: «Si ella sufre, yo también lo haré, y eso enturbiaría irremediablemente mi relación contigo». Entonces se sintió aún peor. Aquellas palabras de Kenny cayeron sobre su conciencia como una pesada carga, una losa con la que tendría que

convivir el resto de su vida si llegase a hacerle daño a Gwendal. «¡Maldita sea!», gritó en su interior.

—¿Se puede saber qué te ocurre?

La pregunta de Kenny le sacó de sus pensamientos; intentó disimular sus quebraderos de cabeza.

—Me siento cansado; he dormido mal. Hoy no he dado una a derechas.

—Ya me he dado cuenta —resopló Kenny—. Acompáñame, quiero echar un vistazo al paso oriental.

Desde que Sayer terminara de instalar la estructura del falso suelo, a principios de la estación oscura, nadie había revisado el estado del agujero. Brian torció el gesto y dio media vuelta para iniciar de nuevo la subida a la peña.

En el paso oriental todo estaba tranquilo. El cielo encapotado ocultaba el ocaso, pero la visibilidad aún era buena por ambas laderas. Kenny y Brian saludaron a los dos vigilantes que se disponían a realizar la guardia de la noche y saltaron el primer muro.

Cuando levantaron la maleza que cubría una de las esquinas del agujero, se encontraron con lo que esperaban; el agua de las últimas lluvias se había filtrado y lo había llenado hasta cubrir casi por completo los palos clavados en el fondo. El nivel del agua dejaba al descubierto alrededor de cuatro pies en la vertical de las paredes, por lo que calcularon que debía haber no más de tres pies sumergidos.

—Ha sucedido tal y como dijiste —observó Kenny—. Hicimos bien en sustituir la leña por palos afilados.

Volvieron a colocar la maleza y regresaron a la aldea contentos por las condiciones en las que habían encontrado el agujero. Si el

enemigo cayese dentro, quedaría gravemente herido y se vería obligado a moverse con lentitud entre el fango, con el agua por la cintura. Con suerte, las heridas lo debilitarían rápidamente y moriría ahogado. Y si no fuese así, lo haría atravesado por sus flechas.

Al pasar junto al cobertizo, algo llamó la atención de los dos guerreros. Giraron la cabeza a la vez y vieron a Yilda agachada sobre uno de los bebederos de madera donde abrevaban los cerdos; la repudiada apartaba la porquería que flotaba en la superficie y recogía agua con las manos con gesto de asco. Brian la observó con expresión de odio. Yilda se giró hacia él, agachó la cabeza y se escurrió entre el ganado hasta desaparecer de su vista.

—Culebra… —murmuró Kenny.

Atravesaron la valla del cercado sin darle mayor importancia y caminaron hacia el centro de la aldea. A punto de despedirse, oyeron gritar a uno de los guardias de la torre.

—¡Se acercan hombres a caballo!

Kenny apretó el paso en dirección al acceso norte. Brian lo siguió como un resorte y trepó hasta lo alto del muro detrás de él. Cerca de la puerta interior del corredor comenzaron a agolparse todos los que habían oído la voz de alarma.

Kenny y Brian se abrieron paso entre los guerreros que se apelotonaban sobre los muros del corredor. Caminaron hasta el extremo norte y esperaron a que los extraños se detuvieran bajo sus pies.

—¿Quiénes sois? —preguntó el gran jefe.

—Mi nombre es Dilan de Vindeleia —dijo el que parecía encabezarlos—. Me acompaña Dailin, druida de túnica azul. El resto

son los guerreros de la alianza acordada el pasado Lughnasadh en Uxama Barca.

Kenny se volvió hacia Brian.

—¿Los reconoces?

—Sí. Él es el gran jefe de Vindeleia. Dailin es el hijo de Gaela.

Kenny se dirigió a los hombres que controlaban el acceso para que les abrieran las puertas.

—Podéis pasar, hermanos —dijo dándoles la bienvenida.

Cuando Kenny y Brian bajaron del muro, Dilan y Dailin ya se habían apeado de sus monturas en el interior de las murallas. El jefe de Vindeleia se apresuró a saludarlos, pero Brian apenas fue consciente de ello: su atención estaba puesta en el abrazo que en ese momento se daban Gwendal y Dailin junto a la puerta del torreón. No pudo reprimir una punzada de celos. Se llevó la mano al brazo izquierdo, palpó el torques bajo la camisa y se dijo a sí mismo que todo estaba bien.

Los cuarenta y dos guerreros desfilaron con sus caballos hasta el recinto interior guiados por cuatro hombres de Kenny y comenzaron de inmediato a montar el campamento. Sayer dio instrucciones a varios aldeanos para que fuesen de choza en choza advirtiendo a todos de que los refuerzos habían llegado, que hiciesen acopio de mantas y les llevasen comida. Por fortuna, la estación oscura estaba a punto de finalizar y las noches comenzaban a ser menos frías, por lo que la estancia a la intemperie no sería un problema para ellos.

El Consejo de la Tribu se reunió poco después en el centro religioso con los dos representantes del pequeño ejército, Dilan y Dailin. Ocuparon sus lugares formando un óvalo.

Gwendal se sentó en el vértice opuesto a la entrada. A su derecha se situó Kenny, seguido por Dilan y Brian, que había sido invitado por el gran jefe por primera vez. A su izquierda, por orden de rango e importancia, tomaron asiento Enya y Dailin. Morgana y Sayer se sentaron junto a la puerta. Un par de guerreros les trajeron cerveza, vino, pan y varios cuencos con asado.

En primer lugar, Gwendal les dio la bienvenida formalmente e hizo las presentaciones. Después les habló de la última incursión de exploradores cántabros que habían sufrido el pasado Samhain y de sus sensaciones a partir de aquel momento.

Kenny, por su parte, hizo un boceto en el suelo con el que representó el recinto amurallado de Flaviobriga. Les explicó en qué consistían sus defensas y cómo estaban distribuidas a lo largo del perímetro. Acordó con Dilan y Dailin verse al amanecer para visitarlas de primera mano; los cuarenta y dos guerreros restantes las conocerían en pequeños grupos durante los días siguientes.

Tras el largo debate que mantuvieron sobre cómo organizar los entrenamientos con los más de setenta guerreros con los que contaban en ese momento, Kenny invitó a Dilan a alojarse en su choza y sugirió que Dailin debería hacerlo en el hogar de Gwendal. La suma sacerdotisa aceptó de inmediato; era su obligación brindar esa hospitalidad a otro sacerdote. Morgana, siempre atenta a todo, se percató del gesto de circunstancias dibujado en el rostro de Brian.

Al finalizar la reunión, el joven guerrero abandonó el centro religioso en primer lugar sin más ánimo que el de encerrarse en su hogar. Se ajustó el manto alrededor del cuello y caminó hacia la choza de su madre.

Alanna se extrañó al ver a su hijo entrar a esas horas de la noche. Hacía tanto tiempo que este dormía en el hogar de Gwendal que ya se había hecho a la idea de que pronto formarían uno juntos y la abandonaría definitivamente. Instantes después, cuando Brian se metió en la cama sin dirigirle una sola palabra, su gesto de extrañeza se transformó en preocupación.

Pero Alanna no dijo nada. Se limitó a observarle intentando averiguar por sí misma lo que ocurría. No tardó más que unos pocos segundos en darse cuenta de que las cosas entre Gwendal y él andaban revueltas.

Yilda se escabulló hacia el cobertizo en medio de la noche. Venía de espiar la reunión celebrada en el centro religioso. En esta ocasión, en lugar de atravesar la puerta del cercado, se vio obligada a saltar la valla por un lugar más alejado para evitar ser vista por el montón de guerreros acampados.

Los fríos meses de giamos habían hecho mella en su espíritu. Hacía demasiado tiempo que no se cambiaba de ropa, tenía el pelo sucio y enmarañado, y su único aseo diario era el que realizaba por las mañanas con el agua del bebedero de los cerdos. Su cuerpo flaco y su rostro desmejorado mostraban las penurias que estaba pasando. Día a día contemplaba en el reflejo que le devolvía el abrevadero cómo su imagen se transformaba en una caricatura de lo que un día fue. Apenas se reconocía a sí misma.

Al principio de su repudio se había sentido furiosa, llena de un profundo odio visceral. Después, la soledad, la desesperanza y la idea de que pronto moriría de frío o de hambre se apoderaron de su

espíritu, la hicieron más débil y trastornaron su mente. Pero, para su sorpresa, su instinto de supervivencia consiguió hacer frente a la adversidad y poco a poco se acostumbró a su terrible situación. Una noche, tumbada en el lecho de paja del que se había provisto bajo la ventana del cobertizo, hizo un esfuerzo por apartar los pensamientos negativos de su cabeza y analizó fríamente situación; la locura, sobrevenida a causa de la miseria que estaba padeciendo, le hizo olvidar las traiciones que había cometido contra su pueblo a lo largo de tantos años. Llegó entonces a la psicótica conclusión de que la muerte de Gwendal devolvería a todo el mundo la razón que esta les había hecho perder, que conseguiría ser readmitida y que su estatus dentro de la comunidad sería restablecido.

Al igual que el resto de la tribu, Yilda sabía que tarde o temprano volverían a ser atacados por los cántabros, situación que podría aprovechar para sus propósitos. Comenzó entonces a recorrer la aldea a escondidas para espiarlos a todos. Agazapada bajo las ventanas de las chozas, o escondida en cualquier rincón, solía observar movimientos y escuchar conversaciones en busca del mayor poder que una mente oscura puede desear: información. De ese modo fue como se enteró, entre otras muchas cosas, del encuentro entre Gwendal y los tres buscavidas, de las supuestas dudas que la suma sacerdotisa tenía en cuanto a su relación con Brian y del abrazo entre esta y el recién llegado druida de túnica azul. Además, esa misma noche había sido testigo de la forma en que Dailin miraba a Gwendal y de la reacción de Brian al saber que dormirían bajo el mismo techo.

Tumbada sobre su lecho de paja, en la oscuridad del cobertizo, comenzó a atar cabos de manera obsesiva.

—La amas, ¿no es cierto? —dijo en voz baja pensando en Dailin—. Y a ti, ¿quién es el espíritu que te desconcierta? —se preguntó evocando a Gwendal.

Yilda sonrió, se echó un par de sacos de grano vacíos sobre el cuerpo para abrigarse y dejó volar su trastornada imaginación: acababa de encontrar el caldo de cultivo perfecto en el que crear el desconcierto en el seno del Consejo de la Tribu. «Una mente enturbiada y herida es más fácil de derrotar en medio de un ambiente de confusión». Cerró los ojos y continuó con sus maquinaciones hasta quedarse dormida.



Dailin cerró la puerta con un ligero empujón. Detrás de él, a unos pasos de distancia, podía escuchar cómo Gwendal le preparaba el lecho que un día había pertenecido a Quinn.

Por fin a solas con ella, se dio cuenta de que no sabía qué decir. Su claridad de pensamiento se había esfumado al entrar en la choza, como si se hubiese quedado fuera, en la calle. Parecía que el hecho de tenerla tan cerca, al alcance de la mano, había creado un abismo entre ellos al que no se atrevía siquiera a asomarse. Era consciente de que no soportaría ser rechazado de nuevo.

Giró sobre sí mismo y la observó. Gwendal estaba de espaldas, remetiendo la manta bajo la paja, agachada en una postura que le nubló la mente. Parpadeó varias veces y caminó hacia ella. Gwendal se dio la vuelta y se miraron a los ojos. Ella sonrió y él apartó la vista.

—Espero que te resulte cómoda. Nadie la ha usado desde que murió mi tío.

—Seguro que sí —dijo Dailin, hecho un manojo de nervios.

Dio un par de pasos más y se sentó en el borde de la cama. Gwendal caminó hasta la suya.

—¿Te encuentras bien? No tienes buena cara —dijo la druidesa.

Dailin carraspeó más nervioso aún. Sudaba. Definitivamente, ese no era el momento adecuado para volver a sacar el tema. Sería mejor esperar a que el paso de los días lo hiciera fluir.

—Me siento cansado, el viaje ha sido muy largo —respondió.

Gwendal asintió.

—Los últimos días también han sido duros para mí. Será mejor que durmamos un poco.

Gwendal se dio la vuelta y dejó caer la túnica al suelo. De espaldas a él, se dispuso a acomodar su lecho con las palmas de las manos.

Dailin estaba fascinado con aquella contemplación. La cabellera larga y rubia le caía por la espalda hasta rozar las nalgas, redondeadas y exuberantes a la luz de las llamas. Sus pechos, escondidos al otro lado, se asomaban al compás de sus movimientos. El druida notó entonces crecer su entrepierna. Se tumbó y se echó una manta por encima.

Gwendal subió también a su cama. Justo antes de que se arropase, Dailin pudo contemplar a través de las llamas sus pechos turgentes como manzanas a punto de madurar, su vientre liso y su poblado sexo. Todo ello compuso una imagen en su mente que no se borraría jamás. La amaba, la deseaba, pero por encima de todo ansiaba yacer a su lado y sentirla piel con piel.

Cerraron los ojos.

Dailin dibujó en su imaginario una idílica escena en la que ella retiraba la manta que le cubría el cuerpo para recibirlo a su lado, para entregarse a él. «Algún día será así», se dijo convencido de ello. «Algún día se dará cuenta de que soy el más adecuado para formar un hogar».

Ajena a él, Gwendal se colocó bocarriba y acomodó la postura para meditar. Aquella presencia, aparecida en las últimas horas, se dejaba sentir con más fuerza aún en esos momentos. «¿Quién eres?», se preguntó. «¿Por qué cada vez estás más cerca, más intensa?, ¿por qué te amo con tanta pasión?». Relajó la mente, dejó fluir su espíritu y se entregó por completo a ella, desnuda en cuerpo y alma, a la espera de que ella hiciese lo mismo.



Dailin se levantó de la cama cuando aún no había amanecido. No había pegado ojo en toda la noche y se sentía muy cansado. Necesitaba tomar aire fresco.

Al pasar junto a ella se fijó en que Gwendal dormía dándole la espalda. Antes de salir de la choza, se recreó una vez más en la silueta de su cuerpo bajo la manta. Agarró media hogaza de pan y tiró de la puerta con suavidad.

En el exterior, la aldea todavía no había despertado; era tan temprano que apenas se intuía algo de claridad tras las montañas. Ajustó el cinturón de su túnica, caminó hasta el recinto de ganado y se sentó con la espalda apoyada en la puerta del cercado a la espera de que aparecieran Kenny y Dilan para realizar la visita a las

defensas. Al otro lado de la valla, en el improvisado campamento de los guerreros, las hogueras humeaban consumidas frente a las tiendas; todos dormían. Por primera vez en muchos días, él había sido el primero en levantarse.

Envuelto por el frescor de la mañana, masticó un bocado de pan intentando ordenar sus pensamientos. Mantenía la mirada perdida en la silueta que dibujaban los techos de las chozas. Se sentía perdido, frustrado y enfadado consigo mismo por su actitud pusilánime ante Gwendal.

—Ella te ama, aunque aún no se haya dado cuenta.

Dailin se sobresaltó al escuchar que alguien le hablaba por la espalda. Al darse la vuelta se encontró con una mujer flaca, de pelo revuelto y túnica grisácea salpicada de manchas que le miraba con gesto agradable. La observó de arriba abajo. Reparó en su rostro mugriento e intuyó que bajo la capa de suciedad se ocultaba una mujer hermosa caída en desgracia. La miró a los ojos y sintió una punzada de desconfianza. Dio un paso atrás.

—¿Cómo dices?

—El bosque del espíritu es muy frondoso. Gwendal no puede ver el estrecho sendero del amor que se abre paso en su interior, al final del cual estás tú.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó intrigado—. ¿Cómo sabes que yo…?

—Oigo y veo muchas cosas —le interrumpió ella—. Me he dado cuenta del modo en que la miras.

Dailin agachó la cabeza. Si sus sentimientos eran tan evidentes para aquella mujer, también lo serían para el resto de la comunidad.

Sin embargo, Gwendal actuaba con la más cruel de las actitudes: la indiferencia.

—Así es —admitió—. Pero… —Dailin negó con la cabeza.

—Gwendal solo necesita darse cuenta de sus verdaderos sentimientos; necesita que alguien le muestre el camino.

—Ya lo intenté una vez y me rechazó —dijo apesadumbrado.

Ella le rozó la mano a través de la valla del cercado y pudo sentir lo realmente enamorado que estaba.

—Créeme. Has de intentarlo con más arrojo o la perderás para siempre.

—Lo sé, pero me resulta tan difícil…

La mujer se separó de él y dio un par de pasos hacia atrás; acababa de ver a Kenny salir de su choza acompañado de Dilan. Observó el pedazo de pan que Dailin tenía en la mano y buscó su mirada por última vez.

—La vida es tan difícil como nosotros queramos verla. —Dio media vuelta y caminó hacia el cobertizo.

Dailin reflexionó un instante sus palabras. «Tiene razón», se dijo autoconvenciéndose. «He de ser más decidido».

—¡Espera! —exclamó.

Ella se detuvo de inmediato. Antes de volverse, sonrió satisfecha; el joven había mordido el anzuelo y comenzaba a moverse confuso, atrapado sin darse cuenta en las pegajosas redes de la manipulación. Recompuso el gesto falso de empatía y caminó hacia él en silencio.

—Soy Dailin, druida de Vindeleia. Imagino que tú eres Yilda.

—Lo fui —contestó ella. Después señaló el corte de su túnica donde una vez hubo una capucha—. Hay acciones que se pagan

muy caras, aunque las hayas realizado por el bien de tu tribu.

—Entiendo. —Dailin estiró el brazo y le ofreció la media hogaza—. Agradezco tus consejos. Acéptalo como una muestra de cortesía.

Yilda agarró el pan con ligereza para que no se le notara la ansiedad; comparado con los mendrugos que recogía entre las sobras de los cerdos, aquello era un tesoro. Lo guardó bajo el brazo y se marchó.

Brian se situó al frente de los entrenamientos por primera vez aquel día, que resultó ser el peor de su vida. La ausencia de Kenny, ocupado en mostrar las defensas a Dilan y a Dailin, lo dejó al mando cargando sobre sus espaldas la enorme responsabilidad de coordinar el pequeño ejército autrigón.

La confianza que el gran jefe había volcado en él esa mañana lo convertía oficialmente en su mano derecha, cargo que aceptó sin peros, aunque hubiera preferido que se hubiese producido en otras circunstancias. Esa noche había dormido a ratos, sobresaltado constantemente por sueños inquietantes en los que Gwendal era la protagonista. Las dudas, el desasosiego y sus propias paranoias se le mezclaban en el vientre aglutinándosele en un nudo que amenazaba con arruinarlo todo. Solo en la puerta del centro religioso, frente a más de setenta hombres, sentía el peso del deber con las fuerzas justas para soportarlo.

Hizo de tripas corazón, observó la estela y trató de concentrarse en su interior, tal y como hacía en sus ratos de meditación. Bajó la vista hacia sus hombres y comenzó a dar instrucciones. En primer lugar los dividió en cuatro grupos de entre quince y veinte

individuos. Uno de ellos, comandado por Alan, recorrería el recinto amurallado a pie para tomar un primer contacto con la fortificación que habrían de defender. Al frente de otro situó a Kevin, que lo conduciría al exterior y recorrería las inmediaciones de Flaviobriga con el objetivo de familiarizarlos con el entorno. El tercero, bajo las órdenes de Kilian, practicaría la lucha a caballo en el interior del recinto de ganado. El cuarto, comandado por él mismo, entrenaría el combate cuerpo a cuerpo en el centro de la aldea.

Alan y Kevin se pusieron rápidamente al mando de sus respectivos pelotones. Kilian, que había reparado en el gesto compungido de Brian, ordenó a sus hombres preparar los caballos y se acercó a él.

—Deberías estar feliz y orgulloso; Kenny está preparándote para que algún día ocupes el lugar de tu padre.

—Y lo estoy.

—Entonces, ¿qué te ocurre? —bramó Kilian—. Parece que quieras escapar de todo esto.

Allí mismo mantuvieron una breve conversación en la que Brian le habló de sus preocupaciones. Escuchar sus paranoicas quejas sobre el rechazo de Gwendal y los celos que sentía por el hecho de que fuese Dailin quien ahora compartiera choza con ella hicieron que Kilian mostrase cierto grado de escepticismo, que se vio incrementado cuando Brian aseguró estar convencido de que sus crecientes responsabilidades al lado de Kenny habían propiciado aquella situación.

—Ignoro lo que pasa por la mente de Gwendal, pero, sea lo que sea, dudo mucho que tenga que ver con tu progreso como guerrero. —Puso una mano sobre el hombro de Brian y con la otra le dio unas palmadas en la cara—. Regresa a la realidad. Ella no necesita

tenerte a su lado a todas horas. No puedes comportarte de ese modo si pretendes convertirte en su esposo algún día. Debes confiar en ella. —Kilian agarró sus armas y caminó hacia la puerta del cercado.

Brian lo miró marcharse sin decir nada. Justo delante de él, sus hombres comenzaban a organizarse desorientados por la pasividad de quien debía comandarlos aquella mañana.

Las palabras de Kilian resonaron en su cabeza a lo largo de toda la mañana. Una y otra vez le dio vueltas a la charla sin prestar demasiada atención a su trabajo. Estaba hecho un lío, angustiado, y sentía la acuciante necesidad de hablar con Gwendal.

No muy lejos de allí, camino del acceso norte, Morgana cargaba un cesto de ropa sucia con la intención de bajar al río para lavarla. Brian la observó unos segundos debatiéndose entre correr en busca de su consejo o dejarla marchar. Finalmente, se armó de valor y fue hacia ella.

—¿Has visto a Gwendal?

Morgana detuvo el paso y se dio la vuelta.

—Necesito hablar con ella, es importante.

—Ha bajado al templo con Enya. Tengo entendido que pasarán allí todo el día —dijo la partera.

Escucharla decir aquello le cayó como un jarro de agua fría. Eso significaba que Gwendal no regresaría hasta el anochecer, y que cuando lo hiciera, iría directamente a su choza para descansar; agotada por el largo día de meditación, no tendría ánimo para hablar con él en profundidad.

—¿Ocurre algo grave? —preguntó Morgana.

—Bueno… —Brian dudó—. Últimamente no estamos demasiado bien, por decirlo de algún modo. No sé cómo explicarlo. Creo que todo es un malentendido.

—Un malentendido muy grande, me temo. —La partera caminó hacia Brian y dejó el cesto de ropa en el suelo—. Gwendal es una mujer complicada. Ten paciencia y confía en ella.

Brian suspiró. No entendía por qué todo se había vuelto tan confuso de repente. Lo único que sabían decirle unos y otros era que tuviese paciencia y confianza.

—Kilian piensa igual que tú, pero yo siento cómo nos alejamos más y más.

Morgana lo miró con ternura. Por muy dolorosos que fuesen los males de amor, estaba convencida de que ambos los necesitaban para terminar de madurar.

—Gwendal ha pasado por numerosos cambios a lo largo de su vida, algunos muy duros y desconcertantes. En estos momentos afronta el más complicado de todos, y tengo el presentimiento de que lo has causado tú. —Estiró el brazo y acarició el torques escondido bajo la manga de la camisa de Brian—. Tranquilo, sabrás afrontarlo. Dale tiempo e intenta ser fuerte. Ella te ama.

—¿Cómo lo sabes?

Morgana agarró su cesto de ropa sucia, dio media vuelta y retomó el camino hacia el acceso norte.

—Ese torques significa mucho para ella, más de lo que puedas imaginar. ¿Se te ocurre alguna otra razón por la que lo llevas puesto tú?

Los guardias de los muros abrieron las puertas y franquearon el paso a la partera. Instantes después, desapareció en el interior del

corredor.

Brian regresó a su puesto al frente de los entrenamientos acariciando el torques. A pesar de que la conversación con la partera le había resultado bastante desconcertante, se sentía un poco mejor; al menos el nudo de su vientre parecía aflojar y le permitía dirigir la atención a sus hombres. «Tengo que confiar en ella», se dijo.

Poco después vio aparecer a Dailin por la puerta del cercado acompañado de Kenny y Dilan. Brian sintió que explotaba. Apretó los puños y recordó las palabras de Morgana, pero aun así no consiguió que desapareciesen las ganas de golpear al flaco druida. Sacudió la cabeza, agarró su espada y bajó al campo de entrenamiento dispuesto a enfrentarse a un par de guerreros para ver si así se desahogaba.

La ascensión por el sendero sur terminó de rematar el día de Enya y Gwendal; tras la jornada de meditación y la posterior reunión del Consejo Druida no veían el momento de coronarlo. Oscurecía cuando por fin alcanzaron el portillo alto. El viento de la costa soplaba con fuerza a esa altitud y se introducía gélido por las aberturas de sus túnicas. Se cruzaron de brazos para protegerse de él y apremiaron a los guardias del torreón para que les abrieran la puerta.

Para su sorpresa, Brian fue quien bajó a darles paso. Las dos se quedaron mirándole extrañadas. Brian indicó a Enya con un gesto que les dejara a solas y caminó hacia Gwendal. La abrazó. Ella se sintió reconfortada.

—¿Me esperabas?

—Llevo media tarde sin quitarle ojo al sendero —dijo Brian—. Me gustaría que hablásemos un momento.

—Claro. —Gwendal tomó su mano—. Ven aquí, sentémonos.

Caminaron hacia el rincón que formaba el muro del recinto exterior al cerrarse contra el pequeño frente de acantilado y se sentaron el uno al lado del otro protegidos del viento.

—Sé cómo debes sentirte —dijo Gwendal.

—No entiendo por qué me rechazaste. Le he dado muchas vueltas y yo… —Brian tomó aire—. Siento no haberte dedicado el tiempo suficiente. Últimamente Kenny…

—No tiene nada que ver con eso —lo interrumpió Gwendal—. Ahora más que nunca has de concentrarte en tus obligaciones. Yo me siento orgullosa de ti.

Una desgarradora puñalada de angustia se clavó en el vientre de Brian.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Gwendal le miró y se encogió de hombros.

—No lo sé. Deseo tu compañía, pero, en estos momentos, eso nada más. Alguien perturba mi espíritu desde hace días y ha hecho que desaparezcan mis deseos sexuales.

Brian se sintió abatido, pisoteado, abandonado.

—Ese maldito druida… —masculló con los puños apretados.

—¿Dailin? —preguntó Gwendal, perpleja.

—Supongo que es él quien te perturba. Y ahora es él quien duerme en tu choza.

Gwendal se puso en pie y apoyó la espalda contra el muro mirando el cielo estrellado.

—¿Qué ocurre con Dailin? —inquirió Brian con la voz quebrada.

Gwendal agarró su vara de avellano y le devolvió la pregunta, decepcionada:

—¿Qué quieres tú que suceda con él?

Brian se quedó sin palabras. Podía notar cómo la distancia entre ellos aumentaba por momentos hasta parecer insalvable.

—Yo… te amo.

Gwendal comenzó a caminar hacia la aldea.

—¿Me amas? —preguntó sin volverse—. ¿Te atreves a insinuar algo así y dices que me amas?

—Te amo —repitió Brian con la voz ya resquebrajada.

—Entonces, dime por qué mi torques sigue oculto bajo tu camisa.

La druidesa apretó el paso y se echó la capucha por encima de la cabeza. No conseguía comprender lo que pasaba por la mente de Brian.

Mientras caminaba por el interior del poblado, pensó que los hombres se comportaban de manera estúpida demasiado a menudo. «¿Cómo puede dudar de mí llevando mi torques en el brazo?», se dijo irritada, «¿acaso el sexo es la única forma en que puedo demostrarle que le amo?».

Al cruzar el centro de la aldea, llegó a la conclusión de que los cambios que sufría en su espíritu eran demasiado complicados para que Brian pudiese entenderlos. Sin embargo, no podía culparle, pues ella tampoco había logrado comprenderlos todavía.

—¡Gwendal! —exclamó una voz infantil a su espalda.

La druidesa se giró y vio a Briana acercándose a la carrera. Se agachó para recibirla y la cogió en brazos.

—Intuyo que ya has tomado una decisión, ¿no es así?

Briana se abrazó a ella. Tras muchas horas de meditación, la hija de Eirian y Alanys se había decantado por iniciarse en el camino del sacerdocio. Pese a ser este largo y duro, estaba decidida a afrontarlo con todas las consecuencias, y así se lo hizo saber.

—¿Se lo has dicho a tus padres?

—Aún no. Quería que tú fueses la primera en saberlo.

Gwendal se alegró al oírla hablar de forma tan contundente, tan ilusionada. La bajó al suelo y la acompañó hasta la puerta de su choza.

—Me parece una buena decisión. Esta tarde he hablado de ello con Enya. Ella estaría encantada de guiarte durante los primeros pasos de tu iniciación. —Abrió la puerta y le indicó que entrara—. Anda, ve y cuéntaselo a tus padres. Por la mañana encargaré a Morgana una túnica amarilla para ti.

Briana echó a correr y desapareció en el interior de su hogar. Gwendal retomó el camino hacia su choza cabizbaja.

A cada paso que daba, notaba crecer la energía de la nueva presencia. La notó más cerca que nunca, más grande que nunca, más presente que nunca. «La noche lo hace fuerte». De pronto, se abrió una pequeña ventana de claridad en su espíritu y pudo verlo durante un breve instante; tan solo el tiempo justo para darse cuenta de que se trataba de un hombre que también la amaba a ella.

Al entrar en su hogar, Iau la recibió contenta de verla después de tantas horas separadas. Gwendal le rascó la cabeza para corresponder el saludo.

—Yo también te echo de menos, pero por ahora prefiero ir sola a las reuniones del Consejo —le dijo—. Necesito momentos de

soledad.

Dailin, sentado junto al fuego, tenía preparados dos cuencos de agua, una hogaza de pan y se disponía a partir en pedazos un trozo de queso. Llevaba un rato a la espera. Cuando la vio entrar, se giró hacia ella e hizo acopio de todo el valor que fue capaz de reunir.

—He preparado la cena. Imagino que vienes cansada y hambrienta.

—Solo cansada. Siento no poder acompañarte; necesito dormir.

Dailin no esperaba esa reacción. Había imaginado que Gwendal tomaría asiento a su lado y compartiría la cena con él, momento en el que podrían hablar distendidos y para el cual ya había escogido las palabras adecuadas. Sin embargo, todo se había torcido a la primera de cambio y la escena que había imaginado aparecía ahora en su mente hecha añicos.

Aun así, el druida se puso en pie, se recompuso; sabía lo que quería decir aunque las palabras aparecían ahora desordenadas dentro de su cabeza. «Quizá no sea el momento», se dijo envuelto de pronto en un mar de dudas. Entonces recordó la conversación con Yilda de esa mañana y decidió dar el paso.

—Te… te amo —titubeó.

Gwendal terminó de quitarse la túnica y se giró hacia él.

—Dailin, yo…

—No digas nada. Solo quería que lo supieses. —Caminó hacia ella y se detuvo a un par de pasos—. Sé que nuestro destino es estar juntos.

A Gwendal le flaqueaban las piernas como nunca antes. Solo deseaba meterse en la cama.

—Una vez te dije que no estaba interesada. Mi postura no ha cambiado desde entonces.

—Pero lo hará con el tiempo, estoy seguro de ello. —Dailin dio un paso atrás—. Y estoy dispuesto a esperar hasta que estés preparada.

Gwendal no dijo nada. Dio media vuelta y subió a la cama. Si había algo que no deseaba en aquel momento era hablar con Dailin en aquellos términos.

Tumbada bocarriba, cerró los ojos para meditar y repasó todo lo ocurrido durante los últimos días: las noches en que Brian dormía a su lado, sus abrazos y sus caricias, se presentaron tan reales como distantes. Le sentía cerca y lejos a la vez. Quería tenerle al lado, pero al mismo tiempo necesitaba delimitar su propio espacio para tomar aire puro. Ansiaba tiempo para sí misma.

—Por la mañana hablaré con Enya. Si ella y Kilian están de acuerdo, me gustaría que te trasladases a su choza.

Dailin asintió apenado tratando de encontrar una justificación a esa decisión para no hundirse una vez más: se dijo a sí mismo que de ese modo ella podría pensar con mayor claridad. Dio media vuelta en la cama y se acurrucó tembloroso como un niño abandonado.

Gwendal cerró los ojos de nuevo. Esta vez se sintió inquieta. Los tres buscavidas regresaron a su mente y tuvo un mal augurio: habían muerto.



—Mañana vendrás conmigo.

Deva se frotó los ojos en medio de la noche para deshacerse del sueño profundo en el que había estado sumida instantes antes de escuchar su voz; tras ser poseída una vez más, se había quedado dormida junto a Laro y su pestilente olor a sudor y a vino. «Estaba tan borracho que se olvidó de enviarme a mi choza».

—¿Cómo dices? —balbució.

—Mañana vendrás conmigo —repitió Laro—. El viaje a Flaviobriga es demasiado largo.

A Laro siempre le costaba conciliar el sueño la noche anterior de iniciar un viaje. Daba igual la cantidad de vino que hubiese ingerido. Su enorme y robusto cuerpo había adquirido tal tolerancia al alcohol que llegaba a un punto en que no importaba cuánto más bebiese, sus efectos ya no aumentaban.

Sediento, bajó de la cama y caminó hasta la mesa, agarró la jarra y rellenó su calavera favorita para dar un trago. Deva lo miró y sufrió, una vez más, con cada sorbo que daba en el cráneo invertido de su marido.

—Nunca me llevas. ¿Por qué esta vez sí?

—¿No me has oído? —Laro apuró el último trago—. Es un viaje largo.

Tiró la calavera sobre la mesa y regresó a la cama con el vino chorreándole aún por la barbilla. Levantó la manta y se tumbó junto a ella.

—Temes no regresar —dijo Deva.

—No temo a nada, pero si he de morir, que sea después de haberme desfogado.

Deva no comprendía las razones de tanto empecinamiento en asaltar a los amanos.

—¿Por qué lo haces?, ¿por qué conduces a tus hombres a un destino que se muestra tan incierto para ti? Nunca te había visto desoír los consejos de Artia.

—Los deseos de venganza son más fuertes que un buen consejo.

—¿Venganza? Fuiste tú quien atacaste. Ellos solo se defendieron.

Laro se dio la vuelta para terminar de arroparse. Cerró los ojos y apretó los puños.

—La cabeza de uno de mis hombres luce clavada en una lanza sobre su torre. ¿Te parece suficiente motivo?

—Celipe no era un hombre a quien tuvieses especial estima.

—No es por él, sino por lo que representa. Su cabeza pudriéndose al sol es el símbolo de nuestra derrota. Me siento humillado solo de imaginarlo.

Deva negó con la cabeza. Nada tenía sentido para ella. Echó la vista al frente y contempló de nuevo la calavera de su marido; cómo odiaba a Laro. Se deslizó sobre la cama y puso los pies en el suelo para marcharse.

—Quédate aquí, partiremos al amanecer —le ordenó Laro—. El fuego de tu choza se habrá consumido y hará demasiado frío.

Laro y Tamo aparecieron entre el follaje flanqueados por Neco y Yurde. Los cuatro viajaban en la vanguardia del ejército concano camino de Flaviobriga. Tras ellos, setenta hombres y dos mujeres avanzaban a caballo.

Después de quince días de marcha, por fin habían llegado al límite occidental de las tierras de los amanos: el río Asón. Según los

cálculos de los exploradores, se encontraban a poco más de un día de camino, dos a lo sumo, dada la lentitud con la que avanzarían a partir de ese momento, pues evitarían transitar por senderos para no ser descubiertos.

Laro levantó el brazo con el puño apretado y todos se detuvieron. El sol de los últimos días de giamos se alzaba sobre sus cabezas difuso a través de las copas de los árboles. El gran jefe miró a ambos lados y dio instrucciones a sus dos exploradores.

—Acamparemos aquí. Avisad a todo el mundo. Descansaremos el resto del día.

Neco y Yurde desaparecieron entre la multitud para comunicar las órdenes sin necesidad de elevar la voz.

—Nuestros hombres están nerviosos —comentó Tamo—. El semblante serio de Artia les infunde inquietud.

—Abriremos algunos barriles de vino. Que coman y beban antes de echarse a descansar.

Laro desmontó y ató su caballo a un árbol. Él también estaba serio, más de lo acostumbrado en los días previos a una batalla.

Las tiendas de piel, una para cada dos hombres, fueron dispersadas entre los árboles. Encendieron varias hogueras entre ellas. Cuando terminaron de instalarlas, abrieron los barriles y prepararon la comida.

Los concanos comieron y bebieron en grandes cantidades a lo largo de la tarde. Poco a poco, el cansancio del viaje y el sopor del vino fueron haciendo mella en ellos hasta adormecerlos uno a uno en un intermitente goteo de cuerpos que caían rendidos sobre la hierba. Laro, que había alcanzado su punto máximo de embriaguez, apuró la última calavera y se metió en su tienda; en el trayecto

invirtió las pocas energías que le quedaban, necesitaba reponer fuerzas y aclarar la mente.

A la caída del sol, el campamento quedó prácticamente desierto. Los pocos hombres que aún permanecían despiertos apuraban las últimas gotas de los barriles antes de retirarse. Tamo estaba sentado delante de su tienda; observaba con deseo a Deva, que se tambaleaba rebosante de alcohol junto a su caballo intentando desatar un hatillo de ropa limpia. Se aseguró de que nadie le prestaba atención y caminó hacia ella.

—Deja que te ayude, has bebido demasiado —le dijo. Se pegó a ella pecho contra espalda.

Deva giró la cabeza hacia él. Tamo le apartó el pelo con delicadeza y le besó el cuello.

—Alguien podría vernos —dijo Deva en voz baja. Tamo introdujo una mano bajo su manto y le acarició los pechos.

—Entonces ocultémonos de las miradas.

Tamo se ajustó la espada al cinturón y desapareció entre los árboles, colina abajo. Deva lo siguió.

Ocultos en la penumbra del anochecer, protegidos tras una roca, se miraron el uno al otro. Se habían alejado lo suficiente del campamento como para no ser escuchados y sabían que nadie les echaría de menos, pero, aun así, sus corazones latían a toda velocidad alentados por el caudal de excitación desbordado ante la posibilidad de ser descubiertos.

La tensión de aquel viaje que les conducía a una batalla incierta había hecho que empezaran a mirarse de forma distinta. Hacía días que Tamo echaba de menos yacer en su lecho y ansiaba tanto poder volver a acariciarla que había dejado de verla como la esclava de su

padre. Deva, por su parte, se sentía insegura lejos de Concana, en medio de aquel pelotón de guerreros, y deseaba gozar de la compañía de Tamo porque, al fin y al cabo, él era el único con quien mantenía una mínima relación de respeto.

Hacía frío, pero el alcohol y los mantos de lana que cubrían sus espaldas les mantenían calientes. Se acariciaron por encima de la ropa y se besaron.

Por primera vez en mucho tiempo, Deva sintió verdaderas ganas de tener sexo con alguien. Le dedicó entonces una sonrisa sincera. Se metió las manos bajo el manto y se retiró la ropa lentamente para descubrirse los pechos. Tamo se agachó sobre ella y los mordisqueó.

—Te he extrañado estos días.

—Yo también te he echado de menos —respondió Deva.

Tamo la besó como quien se reencuentra con su esposa tras una larga temporada separados.

—Necesito sentirme dentro de ti.

Deva terminó de sacarse la ropa por los pies y se colocó sobre él; ansiaba ser penetrada.

Sensaciones casi olvidadas comenzaron a recorrerle el cuerpo al compás del movimiento. Tamo le hacía el amor brusca y dulcemente al mismo tiempo, y le gustaba, le daba placer. Llegando al final, apretó los labios y se dejó caer sobre él para disfrutar con plenitud de su cuerpo y su mente; había permanecido tanto tiempo sin experimentar un orgasmo que apenas lo recordaba. Agarró los extremos del manto y les cubrió a ambos.

Durante unos minutos ninguno de los dos quiso romper el momento que acababan de vivir. Finalmente, Deva le acarició los

labios con la yema de los dedos.

—Deberíamos regresar.

—Será mejor que te pongas la ropa primero. —Él sonrió.

De pronto, un ruido entre los árboles les sobresaltó.

—Alguien se acerca —dijo Tamo en voz baja—. Vístete. Yo me esconderé para que no nos vean juntos.

Deva recogió su ropa y se apartó a un lado. Tamo agarró su espada y se ocultó.

Tres desconocidos aparecieron entre la maleza. A Deva le dieron mala espina sus ropas raídas. Sus caras delataban que no habían comido en varias jornadas. Uno de ellos, el que comandaba el grupo, llevaba la mano derecha vendada y una daga en el cinturón. Deva se ocultó bajo el manto con la esperanza de que pasaran de largo sin percatarse de su presencia.

El corazón de Deva aceleraba el ritmo de los latidos a medida que se acercaban. La sensación de miedo crecía por momentos. Estaba paralizada. Cuando pasaron a su lado, el que llevaba la daga se fijó en ella. Detuvo la marcha del grupo y la miró; no distaban más de cinco pasos.

—Pero… ¿qué tenemos aquí?

Deva intentó recular, pero la enorme piedra a su espalda se lo impedía.

—¿Estás sola? —preguntó el extraño con una mueca que dejó al descubierto un puñado de dientes descolocados—. Ven con nosotros, pasaremos un buen rato. —Se acercó a ella y le ofreció la mano para que se levantase.

La figura de Tamo apareció por sorpresa en medio de la penumbra, justo detrás de ellos, silenciosa. A Deva le pareció que

les doblaba en tamaño y les triplicaba en fuerza. Hizo de tripas corazón y negó con la cabeza.

—Marchaos si no queréis morir —les dijo.

El que había hablado miró a sus compañeros y los tres rieron. Se volvió hacia ella y empuñó la daga.

—¿Vas a matarnos tú o…?

No pudo terminar la frase. Su cabeza cayó sobre la hierba como una manzana madura en un cesto durante la recolección; rebotó un par de veces antes de detenerse delante de Deva. Los ojos, abiertos, conservaban la mirada previa a la decapitación. La esclava apretó el manto contra su cuerpo.

Los otros dos extraños hicieron ademán de protegerse con los brazos, pero no les sirvió de nada, pues Tamo les rebanó el cuello antes de que tuviesen tiempo de adoptar una postura defensiva. El guerrero restregó la espada contra la ropa de uno de ellos para limpiar la hoja y le tendió la mano a Deva.

—Larguémonos antes de que aparezca alguien más. —La mujer se abrazó a él—. Tranquila, a mi lado no tienes nada que temer.

Deva lo estrechó con fuerza sin decir una sola palabra. Buscó su mirada y él trató de consolarla.

—Ve tú primero —dijo Tamo—. Yo te seguiré de cerca sin perderte de vista.

Durante el camino de regreso al campamento, Deva mantuvo los cinco sentidos puestos en escuchar las pisadas de Tamo detrás de ella para sentirse segura; continuaba aterrada por la escena que acababa de presenciar. Sus temores desaparecieron al entrar en la tienda y comprobar que Laro estaba dormido. La sensación de libertad que por un momento le había proporcionado Tamo se

esfumó también. Se tumbó al lado del gran jefe sin levantar la manta y procuró evitar el contacto con él.

Neco entró en la tienda de Artia al anochecer. La chamana no había salido de ella en toda la tarde, ocupada en preparar el brebaje de setas que acababa de ingerir.

Aunque muchas veces Neco la había visto en esa situación, su postura sentada con las piernas cruzadas y los ojos en blanco siempre le sobrecogían. Sin embargo, esta vez lo que más le inquietaba era el puñado de huesos pertenecientes a la mano izquierda de algún desgraciado que la chamana sostenía sobre una pequeña marmita vacía. Nunca los utilizaba, salvo en contadas ocasiones en las que el brebaje se mostraba insuficiente para presagiar el futuro.

Neco cerró la puerta de piel que colgaba de la entrada de la tienda y se sentó frente a ella con sigilo para no perturbar su trance. Parecía que Artia lo miraba, pero él sabía que en esos momentos no podía verlo.

El tiempo pasaba despacio en medio de aquel ambiente enrarecido, espeso. Nada interrumpía el silencio excepto los lejanos ronquidos que procedían de otras tiendas. Cansado del largo día, y de bostezo en bostezo, Neco se limitó a esperar a que ella despertase.

Cuando la noche se cerró, la chamana abrió la mano, dejó caer los huesos y parpadeó varias veces. Sus ojos regresaron a la normalidad. Se agachó para observarlos ladeando la cabeza y escudriñó cada pequeño detalle de la posición en que habían

quedado. Finalmente alzó la vista, abrió la boca sin separar las comisuras de los labios y comenzó a murmurar:

—Tres hombres morirán esta noche.

—¿Tres de los nuestros? —preguntó Neco.

Artia hizo un gesto de desconocimiento.

—Tres cerca de aquí —añadió. Después devolvió la vista a los huesos.

Neco gateó hasta la entrada y apartó la puerta para echar un vistazo al exterior. No había ni un alma fuera, todo estaba tranquilo. Cerró y regresó a su sitio. Artia continuaba inmóvil con la cabeza sobre la marmita.

—¿Qué ocurre en Flaviobriga? —preguntó de nuevo.

—Los huesos no dicen nada al respecto —respondió la anciana. Su rostro se había convertido en la viva expresión del desconcierto.

—¿Algo te preocupa?

Artia miró fijamente a Neco sin articular palabra.

—Si los huesos no dicen nada, ¿a qué temes entonces?

—Me da miedo lo que no puedo ver. Y nada se muestra al este de aquí. La oscuridad se cierne sobre el territorio de los amanos.

—¿Qué te impide ver?

—Esa druidesa.

Neco tomó sus manos. Le temblaban como nunca antes había visto.

—Ya la tuviste cerca anteriormente y no fue capaz de nublarte —comentó extrañado—. ¿Qué ha cambiado?

Artia apartó la marmita a un lado.

—Ella ha cambiado —dijo tumbándose sobre su manta.

El relinchar de los caballos despertó a Artia al amanecer. Miró a su alrededor en busca de Neco, pero no lo encontró por ninguna parte; se había marchado poco después de que ella se quedase dormida.

Esa noche no había tenido pesadillas. Tampoco sueños extraños ni nada que alterase su descanso; efectos secundarios del brebaje de los dioses. Cerró los ojos e intentó concentrarse en su respiración. Todo comenzó a darle vueltas. Se echó a un lado, vomitó sobre la manta los restos de brebaje que aún no habían sido digeridos y el movimiento ocular se detuvo.

Al cabo de un rato se incorporó. La puerta de la tienda, entreabierta, dejaba pasar un rayo de sol que la cegaba. Entornó los párpados y poco a poco se acostumbró a la luz. El resto de sus sentidos también se aguzaron a medida que se le aclaraba la vista, aunque su mente continuaba confusa, enturbiada por el trance de la noche anterior y por el poso de resaca que siempre le dejaba el brebaje.

En el campamento, el ruido de pisadas y el traqueteo de palos y piedras producido por el desmontaje de las tiendas indicaban la inminente partida. Agarró su ropa y la desdobló para vestirse.

La luz proveniente de la puerta se desvaneció por un instante. Artia dejó caer la ropa sobresaltada. «Alguien ha pasado por delante de la tienda», se dijo para tranquilizarse. Poco después, escuchó unas casi imperceptibles pisadas; pequeños pasos que se acercaban hacia ella removiendo la tierra del suelo. Se cubrió los ojos con la palma de la mano para evitar la claridad de la puerta, echó un vistazo al interior de la tienda y se topó con la mirada de un cuervo

que se había colado dentro; estaba parado justo delante de ella observándola con rápidos movimientos de cabeza y un extraño resplandor en los ojos semejante al de una antorcha encendida en medio de la noche.

La chamana se quedó quieta. Incluso dejó de respirar durante un momento. Se removió para cubrirse las piernas con la manta y reculó un par de pasos sin apartar la mirada de él.

—Márchate de aquí —le dijo entornando los ojos—. Sal por donde has entrado.

El cuervo ni se inmutó y continuó observándola.

—¡He dicho que te vayas! —exclamó.

Artia le arrojó la marmita con furia. El cuervo se elevó de un salto y aleteó por el interior de la tienda chocando contra techo y paredes. La marmita rebotó varias veces en el suelo, desperdigó los huesos que contenía y acabó tirada al revés en una esquina. El cuervo desapareció por el hueco de la puerta.

—¡Maldita sea!

Artia se vistió y agarró una tablilla de madera donde llevaba la cuenta de los ciclos anuales; un círculo grabado en ella, con numerosas marcas repartidas a lo largo de su contorno, representaba las fechas importantes y le indicaba en qué momento del año se encontraban. Lo acarició con las yemas de los dedos y comenzó a contar los días. «Tengo que hablar con Laro».

Antes de salir tuvo la sensación de que dejaba algo atrás. Giró la cabeza y se fijó en su manta de lana; sobre ella había quedado abandonada una pluma negra. Se estremeció. Dio marcha atrás para cogerla y se apresuró a arrojarla sobre las llamas de la primera hoguera que encontró en su camino.

Afuera había cuervos por todas partes; en las ramas de los árboles y sobre las piedras más altas de los alrededores. Artia se estremeció de nuevo y caminó a toda prisa en busca de Laro.

El gran jefe terminaba de ponerse los pantalones cuando la chamana entró en su tienda como un vendaval. Laro la miró estupefacto y esperó a escuchar el motivo de su quebranto.

Artia observó a Deva con recelo; todavía se desperezaba bajo la manta, vestida como si así hubiese dormido y con el pelo revuelto. Percibió algo extraño en ella, una punzada de desconfianza más allá de su condición de esclava. Devolvió la mirada a Laro y le indicó que la hiciera salir.

—Deva puede escuchar cualquier cosa que tengas que decirme —protestó el gran jefe—. ¿A qué viene tanto revuelo?

Artia resopló ante su negativa. Empezaba a ser demasiado habitual que Laro desoyera sus consejos y sugerencias. Se acercó a la entrada y apartó la piel de la puerta.

—Observa —le dijo.

Laro asomó la cabeza al exterior. Sus hombres desmontaban tiendas, apagaban hogueras y ensillaban caballos para partir cuanto antes.

—¿Qué ocurre? —preguntó intrigado.

—Los cuervos.

El gran jefe se asomó de nuevo al campamento. Luego miró a la chamana con gesto de incomprensión.

—Solo son pájaros. Si te dan mala espina, haré que los espanten.

—No es su presencia la causa de mis malos augurios, sino su actitud.

—Tonterías. —Laro cerró la puerta de la tienda y continuó recogiendo sus cosas—. Un puñado de cuervos no va a alterar mis planes. No hemos venido hasta aquí para volvernos con las manos vacías.

Artia refunfuñó; Laro estaba tan cegado de venganza que no atendía a razones.

—¿Alguna vez has visto tantos juntos y tan cerca del campamento? Están observándonos.

La chamana era consciente de que nada de lo que dijese en ese momento captaría su atención como para profundizar en cuestiones místicas. Sacó su tablilla de madera, se la mostró y señaló con el dedo la marca de la circunferencia que simbolizaba el inicio de samos.

—Faltan dos días para Beltane. Apresúrate si quieres atacar en la víspera.

Dicho esto, dio media vuelta y salió de la tienda. Sabía de antemano que hablar con él no serviría de nada, pero la evidencia de que algo no andaba bien era tan clara que se había dejado arrastrar por sus impulsos.

En el exterior, los cuervos continuaban esparcidos por todas partes, tranquilos como si estuviesen en su propio campamento. «Será mejor que nos marchemos cuanto antes» se dijo. Bajó la cabeza, se ajustó el manto a la barriga y caminó en busca de su asno.

La violenta y repentina muerte de los tres buscavidas sumió a Gwendal en un profundo estado de alerta que le impidió conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada. Durante ese tiempo meditó sobre cuál habría sido la causa de su súbita desaparición. Solo halló dos escenarios posibles: o habían sido atacados por algún animal salvaje, o se habían topado con las personas equivocadas en el momento equivocado. En cualquier caso, sentía la necesidad de averiguarlo. La última vez que los había percibido se encontraban lejos, próximos al límite oeste de su territorio, y habían dejado de ser un problema. Pero después de apagarse sus vidas, la gran druidesa se preguntaba si el motivo podría ser una nueva incursión de gentes extrañas.

Todavía restaba por consumirse parte de la noche cuando Gwendal se despertó. De la hoguera solo quedaba una delgada columna de humo que ascendía desde las brasas y serpenteaba hasta el agujero del techo. Dailin dormía al otro lado abrigado hasta la barbilla. Iau, tan alerta como ella, y contagiada por su inquietud, estaba sentada junto a la puerta con las orejas tiesas.

Gwendal bajó de la cama sin hacer ruido. Se vistió y agarró su vara de avellano camino de la puerta. Antes de salir se cubrió con un manto para protegerse del frío, echó la vista atrás un momento y observó detenidamente a Dailin. «Espero que sepas aceptar mi decisión».

Desde lo alto del torreón se vislumbraban ya los primeros rayos de sol tras las montañas del este. Gwendal atravesó la azotea y se sentó en el suelo de madera junto a la lanza que sujetaba la reseca cabeza de Celipe, llena de larvas y rodeada de moscas. Iau giró en

torno a la calavera, la olisqueó, tomó asiento a su lado y gruñó en dirección oeste.

Con el sol asomando a su espalda, la gran druidesa depositó la vara de avellano sobre sus piernas. El viento soplaba liviano esa mañana y le enrojecía las mejillas con un frescor llegado desde muy lejos; un viento, por otra parte, cargado de sensaciones conocidas. «Son ellos». Iau elevó el rumor de sus gruñidos mostrando los dientes al horizonte. Gwendal calmó la respiración y cerró los ojos.

Un cuervo se coló batiendo las alas entre las antorchas que iluminaban la torre. Negro como una noche sin luna, se posó sobre los restos de Celipe atravesando los jirones de pelo con las uñas para aferrarse al hueso. Gwendal se puso en pie apoyada en la vara y le acarició el pico con el dorso de la mano.

—Buscadlos —dijo en voz baja—. Volad contra el viento y mostradme dónde se ocultan.

El cuervo ladeó la cabeza. Sus ojos, más negros aun que su plumaje, reflejaban la luz de las antorchas como si el fuego residiese en su interior. Con un movimiento rápido picoteó una de las cuencas de Celipe, extrajo la bola reseca en que se había convertido el ojo y la engulló de una sola vez. Luego dio un salto, batió las alas y desapareció por encima del parapeto de piedra.

Cientos de cuervos más, que aguardaban posados sobre la falda de la peña, alzaron el vuelo y fueron tras él con la intención de seguirlo allá donde fuese.

Poco tiempo después, multitud de imágenes, una por cuervo, se aglutinaron en la mente de Gwendal componiendo una única visión del campamento concano. Había hombres por todas partes que desmontaban tiendas, apagaban hogueras y se preparaban para la

marcha. Un poco más abajo, tirados detrás de una gran piedra, descubrió los cuerpos sin vida de los tres buscavidas, uno de ellos con la cabeza separada del cuerpo a varios pasos de distancia. Gwendal sintió lástima por ellos. Les deseó buen viaje hacia el mundo de los muertos y se concentró en el campamento en busca de información.

Había muchos caballos, tantos como para que cada guerrero dispusiera de uno. Las tiendas, instaladas entre los árboles formando un círculo, dibujaban una sencilla estructura defensiva improvisada para pasar la noche.

Dos tiendas solitarias destacaban entre las demás; una más grande que el resto, situada en un extremo del campamento, y otra muy pequeña en el lado opuesto. Gwendal dirigió su atención a la primera. «Esa debe ser la del gran jefe», dedujo. «Y dentro hay alguien más; un espíritu puro, atormentado por un enorme sufrimiento», presintió mientras escudriñaba a través de los ojos del cuervo. «Artia debe de estar en la otra». Hizo girar al pájaro y lo posó frente a la segunda.

La piel que cubría la entrada tenía ligeramente levantada una de las esquinas. Observó el interior y tuvo la certeza de que la encontraría allí. Aumentó la concentración e hizo entrar al cuervo de un salto.

La anciana estaba sentada en su lecho a punto de vestirse. Gwendal la observó con atención y ordenó al cuervo que se acercara un poco más. «Eres tú, Artia», dijo en voz baja.

La chamana miró al cuervo con un gesto que parecía mezcla de confusión y miedo. «Sabes quién soy, ¿verdad?», musitó Gwendal. Artia movió los labios, pero la druidesa no pudo escuchar lo que

estuviese diciendo al igual que la chamana no podía oírla a ella. Un movimiento brusco de la anciana y una marmita que se aproximaba a gran velocidad le hicieron perder la concentración. Todo se fundió en negro.

Cuando Gwendal abrió los ojos, el sol se alzaba ya varios palmos sobre ella. Sacudió la cabeza y parpadeó para aclarar la vista.

—Debo convocar inmediatamente al Consejo de la Tribu —dijo poniéndose en pie. Caminó hacia la trampilla y fue en busca de Kenny.

Dailin se despertó lentamente en la choza. Las primeras luces del día asomaban bajo la rendija de la puerta y dibujaban con destellos el contorno de la ventana. Miró a su alrededor. Gwendal no estaba en su cama y de Iau tan solo quedaba la marca de su cuerpo en el lugar donde solía tumbarse a dormir. «Necesita estar a solas», pensó.

Recordó la conversación con Gwendal de la noche anterior con la misma intensidad que desolación; en esta ocasión, el rechazo había sido aún más contundente y doloroso. Tenía que sobreponerse. Sabía que debía ser firme en su decisión y esperar a que ella se mostrase más receptiva, aunque la dureza del golpe le había dejado con el ánimo por los suelos y ávido de consejo.

Arrastró el puñado de jirones en el que había quedado convertido su espíritu, lo envolvió con su orgullo herido como si hiciese un hatillo con ellos y bajó de la cama. Arrojó un poco de leña a la hoguera y se quedó de pie a su lado acumulando calor, acumulando valor.

El interior de la choza comenzó a iluminarse progresivamente. Las llamas deshicieron la penumbra y revelaron los contornos de cuanto había a su alrededor para mostrarle todo lo que necesitaba ver en ese momento: su arco. Se agachó junto a la cama y lo cogió.

Aquella sencilla arma era un tesoro para él; ese pequeño arco de niño, viejo pero en perfecto estado, que aglutinaba todas las sensaciones y recuerdos de la primera vez que Gwendal y él se habían visto en Vindeleia. Al tocarlo, Dailin fue capaz de viajar hasta aquel instante. Incluso pudo saborear en los labios el beso que Gwendal le regaló junto con él antes de marcharse. «Sé que me ama. Estoy convencido de que estamos unidos desde que nos conocimos; tú eres la prueba de ello», le dijo al arco.

Dailin sintió resurgir su espíritu dentro de aquel hatillo imaginario en el que estaba envuelto. Lo deshizo con decisión y recompuso los jirones uno a uno. «Tengo que hablar con Yilda». Agarró un trapo de lino e hizo un hatillo real. Lo rellenó de pan y queso, salió de la choza y caminó hacia el recinto interior procurando no llamar la atención.

Al otro lado de la valla del cercado, en el campamento de los guerreros, se escuchaban los primeros sonidos del día. Dailin apretó el paso hasta el cobertizo convencido de poder encontrar allí a la repudiada. Abrió la puerta con suavidad y se coló dentro.

—Necesito consejo.

Yilda se frotó los ojos y lo miró desde su lecho. Lo invitó a sentarse con un gesto.

Durante largo rato, el joven druida habló de la contundencia con la que Gwendal lo había rechazado. Después le contó sus deseos de enviarle a dormir a la choza de Enya y Kilian.

Yilda, desnuda bajo los sacos de grano con los que se arropaba, reparó en la timidez con que Dailin la miraba, de reojo, nervioso. No tardó más de unos segundos en averiguar por dónde debía continuar manipulándole.

—Nunca has estado con una mujer, ¿me equivoco?

Dailin negó con la cabeza.

—No. Nunca —reconoció.

Yilda sonrió. Agarró su túnica y se vistió debajo de los sacos para no incomodarlo en exceso. En ese instante supo que se había ganado la confianza del muchacho.

—¿En qué momento pensaste que sería sencillo? —le dijo—. Gwendal no es una mujer fácil. Necesita a su lado un hombre decidido y valiente.

—¿Crees que si yo…? —Dailin dejó la pregunta a medias, a la espera de que ella le ayudase a continuar.

—Estoy convencida —aseguró Yilda—. Esa es una de las causas por las que se ha distanciado tanto de Brian en los últimos días.

—¿Brian? —preguntó Dailin con los ojos muy abiertos.

Hasta ese momento, la repudiada había dado por supuesto que él estaba enterado de la relación entre los dos.

—Deduzco que no sabías nada —le dijo. Dailin se encogió de hombros—. Durante un tiempo ella pensó que lo amaba, incluso le regaló su torques. Desde entonces Brian lo lleva puesto en el brazo, pero jamás lo ha mostrado en público. Gwendal ha interpretado ese gesto como un símbolo de su indecisión y ha tomado distancia.

—Pero… no puedo rivalizar con Brian. Él es un…

—Brian es uno más —se apresuró a decir Yilda antes de que Dailin mencionase su condición de guerrero—. Él tuvo su oportunidad y la

malgastó. Ahora esa ventana se abre para ti. No la malgastes también.

A Dailin le vino a la memoria el recuerdo de aquella lejana tarde en Vindeleia en que se atrevió a besar a Gwendal con decisión y sin pensar en las consecuencias; en aquella ocasión, ella le correspondió sin dudar. Entonces observó a Yilda convencido de que estaba en lo cierto, y se preguntó por qué una mujer tan sabia y valiosa como ella habría sido repudiada.

—Gracias —dijo levantándose—. Gracias por tus sabios consejos. Sin duda los tendré en cuenta. —Sacó el hatillo de comida que escondía bajo la túnica y se lo entregó.

Yilda dudó un momento sorprendida de haberle embaucado hasta ese punto. Deshizo luego el hatillo y se relamió.

Dailin caminó hacia la puerta.

—Es otra pequeña muestra de cortesía —dijo antes de marcharse.

Gwendal reunió al Consejo de la Tribu a mediodía, cuando Sayer había regresado de los campos de cultivo y Kenny, Brian y Dilan habían dado por terminados los entrenamientos matutinos. Los cinco, acompañados de Morgana, Enya y Dailin, tomaron asiento en el centro religioso.

Los hechos expuestos por Gwendal provocaron preocupación en todos; los belicosos cántabros de Concana se encontraban realmente cerca, iban fuertemente armados y provistos de multitud de caballos. Cuando la druidesa auguró que podrían ser más de setenta hombres, la preocupación se agravó en todos ellos.

Kenny habló en primer lugar:

—Debemos procurar que la batalla se libre a los pies de nuestras murallas. Ahí contamos con una posición dominante que quedaría anulada en campo abierto. Además, los caballos no les servirán de nada por las laderas, por lo que se verán obligados a subir a pie. —Kenny miró a Brian y a Dilan, ambos asintieron—. A menos que hagan prisioneros, nadie saldrá a combatir fuera del recinto amurallado.

Brian se quedó pensativo. Había un aspecto que le tenía preocupado en cuanto al número de guerreros con los que contaban los concanos. Se cruzó de brazos y repasó a todos con la mirada antes de tomar la palabra:

—Evidentemente nuestras murallas nos proporcionan ventaja —dijo dirigiéndose a Kenny—, pero también podrían suponer un problema. Sin duda nos veremos obligados a dividir fuerzas para defender el frente norte, el paso oriental y el acceso sur, mientras que ellos tienen la opción de atacar en un único punto en lugar de repartirse. Incluso una vez haya comenzado el asalto tendremos que mantener la vigilancia en todo el perímetro, en especial si atacan por la noche, momento en el que nos será del todo imposible hacer recuento de sus tropas.

—Brian tiene razón —afirmó Dilan—. Si consiguiesen entrar por cualquier otro flanco sin ser vistos, tendríamos un grave problema.

El silencio volvió a reinar en el centro religioso. La tensión envolvía las miradas cruzadas que se dirigían entre sí los asistentes a la reunión.

—Mis hombres ayudarán —dijo Sayer. Los demás lo observaron intrigados—. No saben utilizar armas, pero pueden ocuparse de los calderos; los arrojarán sobre ellos a mi señal, cuando Kenny me lo

ordene. También pueden proteger el corredor apuntalando la puerta exterior desde dentro con vigas de madera.

Kenny lo vio con buenos ojos. La propuesta de Sayer liberaría a una docena de sus hombres, que no tendrían que abandonar las armas llegado el momento de verter la grasa hirviendo sobre los enemigos.

A lo largo de la tarde definieron con detalle la estrategia a seguir. Kenny comandaría la defensa de la aldea en el frente norte junto a Dilan; el grueso del ejército se repartiría entre los muros del corredor y la muralla principal. Brian, acompañado de Kilian como su hombre de máxima confianza, subiría al paso oriental con diez hombres; si la situación se llegase a complicar en ese punto, Kilian sería el encargado de bajar a dar la voz de alarma. En cuanto al sendero sur, solo lo vigilarían con cuatro hombres: uno en el torreón, dos flanqueando el portillo alto y otro subido en el muro de la puerta; en caso de incursión, este último sería el encargado de avisar al ejército del frente norte agitando una antorcha.

Cerca del ocaso terminaron de planificar la defensa de Flaviobriga. A esas alturas del día, todos se sentían cansados y deseaban regresar a sus chozas. Pero antes de abandonar el centro religioso, Morgana hizo una última consideración:

—Me preocupa su chamana. Con toda seguridad les acompañará como consejera y estratega. Si consiguiésemos eliminarla, cundiría el desconcierto entre sus filas.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Enya—. Lo más probable es que permanezca en la retaguardia. Alguien tendría que bajar en su busca, encontrarla y darle muerte.

Gwendal se abstrajo unos instantes de la conversación y trajo de vuelta la imagen de Artia en su tienda esa misma mañana; estaba segura de que la anciana se había dado cuenta de quién había tras los ojos del cuervo. Sin duda tenía más poder de lo que aparentaba, era astuta y peligrosa. A ningún guerrero le sería fácil asesinarla.

—Yo me encargaré de ella.

Todos se giraron hacia Gwendal.

—No debes salir del recinto —protestó Kenny—. No podemos poner en riesgo la vida de nuestra suma sacerdotisa.

Gwendal se puso en pie con la vara de avellano en la mano. Se echó la capucha por encima y miró al gran jefe.

—No será necesario. Permaneceré tras las murallas en todo momento.

Gwendal abandonó el centro religioso en primer lugar, necesitaba descansar y planear cómo llegaría hasta Artia.

Camino de su choza volvió a pensar en ella. Recordó sus ojos grises, su cabello blanco y lacio y la ira con la que había arrojado la marmita contra el cuervo. Entonces, una mano en el hombro y una voz susurrante la sacaron de sus pensamientos.

—Deberíamos aparcar nuestras diferencias al menos en estos momentos.

Al darse la vuelta, Gwendal se encontró con Brian. Todavía no se explicaba qué rondaba por su cabeza últimamente. Dio un paso adelante y le acarició la cara.

—No existen tales diferencias —le dijo—. Estaremos bien cuando entiendas que necesito estar sola para comprender mis propios cambios. El resto de las cosas que pasan por tu mente están solo ahí, en tu mente.

Gwendal continuó camino de su choza entre las sombras. Cuando se había alejado varios pasos, se detuvo en un claro y giró la cabeza hacia Brian. El joven continuaba de pie, con gesto de desconcierto y sin quitarle la vista de encima.

—Te amo, aunque mi torques siga oculto bajo tu camisa —le dijo.

Brian apenas pudo escucharla, pero leyó nítidamente sus labios. Se llevó la mano al torques y lo acarició por encima de la tela de la manga; se sentía estúpido por no ser capaz de realizar aquel pequeño gesto que tanto representaba para ambos, aunque con significados tan distintos.

La observó hasta que desapareció. «Yo también te amo». Cruzó los brazos y levantó la vista: necesitaba tocarla, abrazarla, sentirla cerca de nuevo. Se armó de valor y caminó hacia la choza de Gwendal.

La puerta no estaba cerrada del todo. La rendija que quedaba, apenas mayor que un palmo, dejaba salir una estrecha franja de luz que iluminaba el suelo y permitía entrever el interior. Brian se detuvo justo delante y dudó entre empujar la puerta para hablar con ella o regresar a su hogar. En ese momento vio cómo Dailin la besaba.

Brian estuvo a punto de entrar, pero se contuvo. Apretó los puños y dio un paso atrás reprimiendo el impulso de golpear al druida hasta matarlo. Dio media vuelta y comenzó a deshacer el camino andado.

Junto a la que había sido su cama desde que llegara a Flaviobriga, Dailin recogía sus cosas dispuesto a mudarse esa misma noche al hogar de Enya.

—Agradezco tu comprensión —comentó Gwendal entrando por la puerta.

Dailin se dio la vuelta al escucharla.

El druida había abandonado la reunión en último lugar con la esperanza de encontrarla en su choza y poder tener una última conversación con ella antes de mudarse. Al asomar la cabeza por la puerta del centro religioso comprobó con amargura que Brian se había adelantado. Dailin bordeó entonces el edificio por el otro lado para que ninguno de los dos se percatara de su presencia y caminó pegado a las chozas de los druidas. No era su intención espiar la conversación, pero no pudo evitar oír a Brian pedirle a Gwendal que aparcasen sus diferencias. A Dailin se le cayó el alma a los pies en ese instante; no quiso escuchar más. Empujó la puerta de la choza y entró para recoger sus cosas.

Al ver que Gwendal llegaba sola a su hogar, triste y contrariada, interpretó con gran alivio que el intento de reconciliación por parte de Brian había sido en vano, y sopesó de nuevo los pros y los contras de volver a lanzarse a la conquista. La sombra del inminente asalto de los cántabros se cernió entonces sobre su espíritu, una situación de peligro en la que podría suceder cualquier cosa. Sensaciones de deseo, temor, amor e incertidumbre crearon en su mente un revoltijo de confusión en el que inesperadamente se encontraba cómodo. Dejó sus cosas a un lado y se plantó frente a ella.

—Sé que necesitas tiempo para asimilar todos estos cambios —le dijo. Gwendal lo miró y asintió.

Dailin volvió a interpretar la realidad acorde con sus deseos; dio un paso más y la besó. Ella se dejó llevar atrapada por el recuerdo

de aquel primer beso en Vindeleia. Instantes después, sintió que la presencia desconocida de los últimos días se hacía notar más y más fuerte y retrocedió.

—Te equivocas, Dailin. Nuestras vidas caminan por senderos distintos. Por favor, no insistas.

—Eres tú quien está equivocada. Entiendo tu confusión, pero no debes luchar contra lo que sientes en realidad.

Dailin se acercó de nuevo, esta vez con mayor decisión, y la agarró firmemente por las manos convencido de que hacía lo correcto.

Gwendal sintió violado su espacio en cuerpo y mente. Verse amarrada contra su voluntad, involucrada en una situación que ni deseaba ni había provocado, le hizo enfurecer. Se soltó de un tirón y puso una mano frente al rostro del druida. Dailin se quedó paralizado. Le faltaba el aire; ella no le tocaba, pero podía notar cómo le apretaba el cuello. Creyó que iba a morir allí mismo.

En ese momento, Iau se interpuso entre los dos enseñando los dientes al druida. Gwendal retiró la mano y Dailin, tras dar una profunda bocanada de aire, se apartó aterrado.

—Aléjala de mí —suplicó.

Gwendal dio una palmada en el lomo a Iau y la loba se retiró.

—Tranquilo, no te hará daño. Solo quiere protegerte.

—¿Protegerme? —preguntó Dailin, desconcertado.

—Te protege de mí. Ahora, márchate —le ordenó—. Jamás vuelvas a tocarme sin mi permiso.

Dailin cayó de culo sobre el suelo. Arrastró el cuerpo varios pasos hacia atrás y recogió sus cosas sin entender nada de lo que había

ocurrido. Antes de poder pensar en ello ya estaba camino de la choza de Enya.



El ejército de Laro se apostó frente a Flaviobriga, en el interior del bosque, la víspera de Beltane. El último trecho lo habían cubierto desde el amanecer a paso muy lento, en absoluto silencio y pendientes de no ser descubiertos.

Pasado el mediodía, terminaron de montar el campamento. El gran jefe convocó entonces la reunión en la que debían perfilar la estrategia del asalto. Tamo, Artia, Neco y Yurde entraron en la tienda de Laro y tomaron asiento alrededor de la pequeña fogata recién encendida. Deva les sirvió unos cuencos de caldo para que entrasen en calor y se apartó a un lado. Artia la miró con desconfianza, pero esta vez rehusó hacer en público comentarios inútiles acerca de su presencia.

Cincuenta hombres comandados por Laro, una docena de ellos armados con arcos, atacarían frontalmente el acceso principal del poblado. Los arqueros cubrirían el asalto desde la retaguardia y arrojarían sus flechas sobre los guerreros de Flaviobriga que tratasen de defender la posición desde lo alto de la muralla. El resto, en vanguardia, protegerían con sus escudos el ariete con el que volverían a derribar la puerta, esta vez para tomar definitivamente la aldea. Los otros veinte hombres, a las órdenes de Tamo, bordearían la peña siguiendo las indicaciones de Neco y Yurde para infiltrarse por el paso oriental. Una vez en el interior, esperarían agazapados hasta que la puerta del acceso norte fuese derribada y sorprenderían

a los amanos por la espalda, que, enzarzados ya en la lucha cuerpo a cuerpo, caerían bajo sus espadas antes de que pudiesen darse cuenta.

Laro y Tamo se mostraron convencidos de la victoria; si todo salía bien, sería una batalla rápida y con pocas bajas en sus filas. Tan solo debían esperar a que se cerrase la noche.

Al término de la reunión, Artia hizo que Laro la acompañase fuera de la tienda.

—Desconfío de ella —dijo la chamana—. No debiste haberla traído.

Laro arrugó el gesto cansado de que Artia pusiera tantas objeciones a las decisiones que tomaba.

—¿Se puede saber qué te ocurre con Deva? Solo es una esclava.

—Tengo el presentimiento de que no debería estar aquí.

El jefe hizo un mohín de incomprensión. Respiró profundamente y apoyó las manos sobre los hombros de la chamana.

—El viaje es largo y yo ya no soy tan joven. Deva huele mejor que mis hombres, cocina bien y me da placer. Prefiero compartir mi lecho con ella. No entiendo por qué te preocupa eso.

—Podría traicionarte.

Laro no movió un ápice la expresión impasible de su cara.

—Si quisiese cortarme el cuello, podría haberlo hecho cualquier noche en Concana.

Artia tomó las manos de Laro y las apartó.

—Nunca te fíes de una mujer cuyo espíritu está herido de muerte; recuerda lo que hiciste con su familia. —Le dio la espalda y caminó hacia su tienda—. Tampoco olvides que estamos lejos de nuestra casa —sentenció.

Un aleteo sobre su cabeza le hizo detener el paso. La chamana alzó la mirada hacia las copas de los árboles y localizó a un cuervo que acababa de posarse en una rama. Echó la vista atrás y miró de nuevo a Laro.

—Saben que venimos.

Deva se despertó con los pies ateridos por el frío. Encogió las piernas bajo la manta y los frotó entre sí para entrar en calor. Hacía rato que la noche se había cerrado y el campamento estaba en silencio; una quietud tan solo perturbada por las pisadas del ejército que se alejaba. Miró a su lado y comprobó lo que ya sabía: Laro no estaba.

Todos y cada uno de los días que había vivido bajo la sombra del jefe cántabro se había sentido sola, pero jamás imaginó que pudiese existir una soledad tan grande como la que experimentaba en esos momentos. Sin nadie alrededor, abandonada en medio del bosque e ignorando cuándo regresarían los demás, o incluso si lo harían, deseó con todas sus fuerzas poder regresar a Concana, lo más parecido a un hogar que jamás tendría, pues su propio destino hacía tiempo que no le pertenecía.

Se enroscó la manta al cuerpo, arrojó un puñado de leña al fuego y tomó asiento; más que calentarse, necesitaba empujar la oscuridad fuera de la tienda para sentirse un poco más segura y menos sola.

Salida de entre las sombras, apareció la calavera de su marido tirada en un rincón de la tienda. Estaba bocarriba, como si esperase ser llenada de vino una vez más. Deva la miró y notó cómo su

espíritu se desgarraba de pies a cabeza al evocar a su familia. Parpadeó sobrecogida por los recuerdos y dejó escapar una lágrima.

En un arranque de valentía, alargó el brazo para cogerla, pero se detuvo a unos centímetros de distancia. Le temblaba la mano. Nunca antes había tenido la oportunidad de tocarla, y ahora que la tenía a su alcance, sencillamente, temía hacerlo; le daba miedo familiarizarse con su tacto, su peso, sus detalles, y que terminase perdiendo la esencia de lo que representaba: su vida, su pasado. Pero, por otro lado, una parte de ella le pedía a gritos que lo hiciese, que agarrase ese maldito conglomerado de huesos secos de una vez por todas y dejase de atormentarse innecesariamente por algo de lo que no era responsable y para lo que tampoco existía marcha atrás. «Tengo que hacerlo», musitó insuflándose valor. Dudó un instante y finalmente la colocó en su regazo dada la vuelta, la acarició con las palmas de las manos y rompió a llorar.

De pronto, una luz blanca, cegadora, estalló en su interior cual relámpago salido de una tormenta. Deva recorrió minuciosamente cada rincón de su mente y se dio cuenta de que estaba acompañada: un inesperado huésped habitaba en su interior, junto a su espíritu. Apretó la calavera y la calma se impuso a los sentimientos negativos.

—*Siento lo que le ocurrió a tu familia.* —La voz que le hablaba sonaba distante, mezclada con sus propios pensamientos.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó desconcertada.

—*La calavera que sujetas grita terribles palabras de dolor.*

—¿Qué deseas de mí?

—*Sé que te atormenta el destino que sufrió tu pueblo. No permitas que le suceda lo mismo al mío.*

Deva quedó atrapada por aquella misteriosa voz que se dirigía a ella en busca de ayuda. Entonces supo lo que debía decir, y tuvo la certeza de que su propio destino dependía de ello.

—Cincuenta hombres atacarán el acceso principal. Veinte más lo harán por el paso de las montañas.

—¿Cuándo?

—Ya han partido.

—Tu espíritu es noble. Sé fuerte.

La voz desapareció.

Aturdida, miró a su alrededor y se encontró con un cuervo que la observaba. Las llamas se reflejaban en sus pequeños ojos negros, lo iluminaban por completo y proyectaban su sombra sobre la pared de la tienda con siniestro movimiento.

No tuvo miedo. Ni siquiera se sobresaltó. Bordeó la hoguera para tocarlo, pero el pájaro retrocedió y salió volando por el hueco de la puerta.

Gwendal salió del trance. Se puso en pie en lo alto de la torre, caminó hasta el extremo norte y se detuvo tras uno de los parapetos de piedra para observar el exterior. Abajo, a los pies de la muralla, la luz de las antorchas no iluminaba más de treinta pasos de distancia; el resto, la inmensidad del gran valle, permanecía a oscuras bajo el manto de nubes que ocultaba la luna.

Extendió el brazo y el cuervo se posó sobre ella.

—Gracias por la información. Ahora, busca a Artia.

El cuervo voló de nuevo.

Apremiada por la inminencia del ataque, Gwendal corrió hacia la trampilla de bajada y descendió las escaleras en busca de Kenny y Brian. Cuando llegó al centro de la aldea, los encontró junto a la piedra de sacrificios ultimando con Dilan los detalles de la estrategia defensiva. Kenny la observó con expectación. Brian, afligido por el recuerdo de la escena que había presenciado la noche anterior, agachó la cabeza y le esquivó la mirada.

—Ya vienen.

Los tres guerreros escucharon con atención las explicaciones de Gwendal sobre cómo se habían distribuido las tropas enemigas. No había demasiado tiempo para pensar.

—Brian, reúne a tus hombres y subid al paso oriental —dijo Kenny —. Dilan, que cada uno ocupe su puesto sobre la muralla y los muros del corredor. Yo iré en busca de Sayer para que sus hombres enciendan las hogueras de los calderos y aseguren los puntales de la puerta.

Brian y Dilan se pusieron en marcha. Kenny corrió hacia la choza de Sayer.

—Localiza a Enya, a Myrna y a Dailin —vociferó Gwendal—. Diles que vayan a la choza de Morgana y hierban agua de muérdago, hagan acopio de mantas y la ayuden a preparar hierbas medicinales.

Kenny detuvo el paso y se giró hacia ella.

—¿Qué harás tú mientras tanto?

—Regresaré a la torre, tengo que encontrar a la chamana.

Gwendal subió las escaleras como un vendaval. Justo antes de que abriese la trampilla de acceso a la azotea oyó gritar a los vigilantes:

—¡Nos atacan!

Inmediatamente después, un golpe procedente de la puerta exterior del corredor se propagó con una potente onda expansiva por toda la aldea.

—Acércate —dijo Artia, subida a lomos de su asno.

La chamana se había quedado un momento a solas con Neco en la falda de la peña, a los pies del sendero que ascendía hasta la puerta norte del recinto amurallado. Mientras tanto, el grueso del ejército comandado por Laro avanzaba ya ladera arriba cargando en silencio con el ariete. El grupo de Tamo comenzaba también a desaparecer camino del paso oriental.

Conforme se acercaban al poblado de los amanos, Artia podía sentir con mayor intensidad a su gran druidesa. Era tal y como la recordaba, solo que mucho más fuerte, mucho más peligrosa. La presencia de su espíritu se expandía por todas partes y lo inundaba todo, lo controlaba todo; la sobrecogía. Los malos augurios de la chamana aumentaban por momentos, y empezaba a dudar de la idoneidad de dividir las fuerzas.

Neco avanzó un paso más, hasta rozar la panza del asno con su barriga, y alzó la vista hacia ella. Los ojos de Artia se veían extraños, como si reflejasen la luz de la ausente luna. La chamana estiró los brazos, le rodeó la cabeza con las manos y entrelazó los dedos en su cabellera.

—Permanece atento en la cola del pelotón. Mantén la concentración en todo momento para que podamos estar en contacto, necesito saber qué ocurre allí arriba.

—De acuerdo —asintió Neco. Dio media vuelta y echó a correr para alcanzar al grupo de Tamo.

Un golpe atronador de madera contra madera hizo que Artia girase la cabeza hacia la torre. Después vino otro, y otro más. Los estruendos del ariete al intentar echar abajo la puerta se repetían de forma rítmica y retumbaban por las paredes del valle. El asalto había comenzado.

Artia espoleó al asno para que avanzara ladera arriba. Necesitaba acercarse un poco más para poder percibir lo que ocurría tras los muros de piedra. Poco a poco ascendió hasta la mitad, se detuvo con la vista puesta en la aldea y cerró los ojos concentrada: la tensión y el miedo inducidos por la batalla hacían brillar los espíritus como antorchas de tal forma que la chamana era capaz de percibirlos. «Son muchos más. Han recibido refuerzos». Bajó de su montura y se sentó en el suelo; el contacto con la tierra le aguzaba los sentidos. Extrajo un pequeño odre del interior de su manto, quitó el tapón y bebió todo el brebaje de setas que contenía. El estado de trance no tardó en llegar.

De improviso, como salido de la nada, apareció brevemente un espíritu oscuro, alguien al otro lado de las murallas que albergaba un profundo rencor hacia su propio pueblo. Apretó los párpados e intentó volver a localizarlo.

Los golpes eran incesantes.

Diez aldeanos sujetaban la gran viga de madera que apuntalaba la puerta contra el suelo, pero, aun así, los temblores eran tan fuertes que amenazaban con arrancarla de cuajo. Detrás de ellos, Dilan

esperaba al frente de un batallón armado con espadas y escudos que llenaba el corredor casi por completo.

En lo alto de la muralla, grupos de cuatro aldeanos por caldero preparaban los útiles de madera a la espera de que la grasa comenzase a hervir. Frente a ellos, los arqueros de Kenny se asomaban de cuando en cuando por encima de la empalizada para observar a su enemigo y volvían a esconderse para no ser alcanzados por sus flechas.

Kenny estaba situado sobre el muro este del corredor. Desde ese punto estratégico podía controlar tanto a sus arqueros como el interior de este, donde los aldeanos aguantaban las fuertes embestidas del ariete. Levantó la cabeza por encima de la empalizada y volvió a agacharse; la mitad de los enemigos protegía con sus escudos a la otra mitad, que golpeaba la puerta al compás de graves voces para coordinar los esfuerzos.

—¡La puerta no resistirá mucho más! —vociferó uno de los aldeanos que sujetaban la viga.

Dilan dio la señal acordada a sus hombres. Los guerreros apretaron los dientes preparándose para la lucha cuerpo a cuerpo, levantaron los escudos y se dividieron en dos mitades creando un estrecho pasillo para facilitar la huida de los aldeanos.

En lo alto del muro, Kenny se giró hacia Sayer y este asintió: la grasa de los calderos ya hervía. El gran jefe agarró su arco, armó una flecha y gritó:

—¡Ahora!

Los arqueros se pusieron en pie y comenzaron a disparar a discreción. Una lluvia de flechas procedente de ambos lados surcó el cielo como estrellas fugaces a la luz de las antorchas de la muralla.

Chillidos en los dos frentes anunciaron hombres alcanzados. Después, la lluvia de flechas cesó por un momento y se concedieron unos a otros la oportunidad de rearmarse.

Una niebla repentina se apoderó de todo.

El reducido grupo comandado por Brian y Kilian llegó a caballo al paso oriental. Desmontaron rápidamente y se asomaron por encima del muro interior; no había nadie en las inmediaciones. Apartaron los tablones que cubrían la leña del canal construido sobre el viejo muro y se sentaron a esperar; Kilian sujetaba la antorcha con la que la prenderían. Por suerte, el cielo empezaba a abrirse y la amenaza de que la lluvia les arruinara la gran hoguera desapareció.

Aun sabiendo que los atacantes podrían ser una veintena, sus planes no habían variado; solo diez hombres les acompañaban. Si el foso excavado por Sayer funcionaba según lo planeado, les bastaría utilizar los arcos para abatirles a todos.

La espera se hacía tensa. La calma que precedía a la lucha les parecía incluso peor que la lucha misma; les insuflaba nerviosismo, dudas y miedo, sobre todo a Brian, que tenía la mente dividida entre su deber como guerrero y la desolación por haber perdido a Gwendal. Introdujo una mano bajo su manto, acarició el torques y recordó las palabras que ella había pronunciado el día que se lo regaló: «Jamás temas a nada ni a nadie, porque no permitiré que nada ni nadie se interponga entre nosotros. No importa lo que ocurra, siempre me tendrás a tu lado». En un arrebato de rabia, agarró la manga de la camisa, se la arrancó de un tirón y dejó el torques al descubierto dándose cuenta de que si a algo debía temer

no era al compromiso que una vez tuvo con la mujer que amaba, o a las responsabilidades que ello conllevase dentro de la comunidad, sino a no ser capaz de defender a su pueblo. «El miedo es mi aliado», se dijo.

Escucharon pisadas al otro lado de los muros exteriores. Kevin se puso en pie y asomó la cabeza por encima de la leña.

—Han llegado —dijo en voz baja.

Brian respiró hondo y se dirigió a sus hombres:

—Acabaremos con ellos o moriremos por nuestro pueblo, los dioses decidirán —dijo con aplomo.

Miró a Kilian y le hizo una señal con la cabeza. Este se estremeció al saberse de nuevo protagonista de la escena que tantas veces su madre le había relatado. Él no lo recordaba, pero su propia imagen encendiendo la hoguera del canal en memoria de su padre vivía en su interior como si lo hiciese. Apretó el mango de la antorcha y se preparó para morir por su gente.

—Que los dioses nos acompañen —dijo, y la arrojó sobre la leña.

Justo después, la niebla engulló también el paso oriental.

Yilda se había metido en el cobertizo nada más escuchar los primeros golpes procedentes del acceso norte. Atrancó la puerta con un tablón y se escondió hecha un ovillo detrás de unos sacos de grano con la esperanza de poder huir en medio del caos si los cántabros llegaran a tomar la aldea. «Lugh, protégeme», lloriqueó. Pero, como siempre, los dioses no dieron visos de contestar.

—¡Malditos seáis! —exclamó ahogando un grito de rabia—, ¡malditos vosotros y maldito el pueblo que me repudia! —Las

palabras salieron de su boca cargadas de odio y envueltas en gemidos que delataban su miedo a morir.

Oculta tras los sacos rompió a llorar. El pánico se apoderaba de ella a medida que se incrementaban los golpes en el portón. La batalla en la que podrían salir derrotados había llegado de verdad y se daba cuenta del gran error que había cometido al utilizar a Dailin para enemistar a Gwendal con Brian. Sentía que todo estaba perdido y que nada podía hacer para evitar lo inevitable; el destino de los amanos y el suyo propio estaban ya escritos. Rehén de su propia cobardía, cerró los ojos y comenzó a asumir la miserable muerte a la que la habían conducido sus propias aspiraciones, acciones y decisiones. Se concentró e intentó relajarse para que su espíritu pudiese abandonar en paz el mundo de los vivos llegado el momento.

De pronto, alguien se dirigió a ella desde un lugar lejano fuera de las murallas; por primera vez en su mediocre trayectoria sacerdotal conseguía establecer una conexión más allá de los sentidos físicos.

—*Ayúdanos a derrotar a los amanos* —dijo la voz de una anciana.

—¿Quién eres? —preguntó desconcertada.

—*Mi nombre es Artia de Concana*.

—Artia…

Recordaba haber oído su nombre en la última reunión del Consejo de la Tribu; era la poderosa chamana que tanto inquietaba a Gwendal y a Morgana. Se incorporó y guardó silencio un instante antes de continuar con cautela.

—¿Por qué debería traicionar a mi pueblo?

—*Ya no lo es, te han dado la espalda. Puedo sentir tu odio*. —La voz de Artia emanaba un gran poder de convicción—. *Tarde o*

temprano caerán. Te ofrezco una vida mejor lejos de aquí.

La esperanza regresó al corazón de Yilda. Si había algo que amase en este mundo era a sí misma. Recobró la compostura y decidió salvarse fuese cual fuese el precio a pagar.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—*Quiero información de cuanto acontece dentro de las murallas*.

—Están calentando calderos con grasa de cerdo sobre los muros, os la arrojarán y os prenderán fuego. Han apuntalado la puerta norte y el corredor está lleno de guerreros. Al menos hay cuarenta.

—*¿Es seguro el paso de las montañas?*

—No intentéis el asalto por ahí. Han cavado un foso y lo han tapado para que vuestros hombres caigan dentro.

—*Solo una cosa más. Quiero que perturbes a la druidesa de túnica blanca, necesito que retire su atención de la batalla. Hazlo y obtendrás mi respeto y reconocimiento*.

La conexión con la chamana desapareció.

Yilda se puso en pie y caminó hacia la puerta. Antes de atravesarla, ya sabía cuál era el siguiente movimiento que debía hacer.

Gwendal corrió a lo largo de la azotea de la torre hasta detenerse bajo la protección de uno de los parapetos. «¿Dónde estás?», se preguntó. Observó la multitud de luces y sombras que la luna arrojaba ahora sobre las faldas de la peña y pronunció en silencio el nombre de su viejo amigo. «Grun».

La lluvia de flechas y los gemidos de los heridos le hicieron desviar la atención hacia las murallas. «Primero tengo que protegerlos».

Cerró los ojos y puso la mente en blanco.

La memoria de Quinn y la imagen de sus padres llenaron su espíritu de energía como jamás había sentido. Comprendió entonces quién estaba detrás de la poderosa presencia de los últimos días. Todos sus temores e inseguridades desaparecieron de un plumazo. Inspiró profundamente, dejó fluir su ira y recordó las palabras de su verdadero padre, Lugh: «Me encontrarás allí donde me busques». Vació los pulmones con una potente exhalación y una espesa niebla lo invadió todo, desde los acantilados del oeste hasta el paso oriental de las montañas. Los arqueros quedaron ocultos a los ojos de sus atacantes.

Tomó asiento en el suelo y se concentró en Artia.

Los ojos del cuervo le enviaron imágenes inmediatamente; la chamana estaba en trance sentada en mitad del sendero norte. Gwendal la observó con atención, se fijó en cada gesto de su rostro, en cada movimiento de sus ojos bajo los párpados. Aumentó la concentración y se introdujo en su mente.

Los pensamientos de Artia no tardaron en mostrarse. La chamana había obtenido información de Yilda y trataba de transmitírsela a alguien del grupo de asaltantes que acechaba el paso oriental. «No voy a permitir que lo hagas». Extendió los brazos, tomó el control del cuervo y se abalanzó sobre ella.

La acometida sacó a la chamana del trance. Intentó quitarse el cuervo de encima a manotazos, pero el sorpresivo ataque terminó por desestabilizarla y la hizo caer hacia atrás. El golpe contra el suelo la dejó aturdida unos instantes, el tiempo necesario para que el cuervo hiciera su trabajo. Cuando por fin consiguió espantarlo, se llevó las manos a la cara y gritó de dolor: las cuencas de sus ojos

estaban vacías; la sangre manaba de ellas en abundancia y le teñía de rojo las mejillas, el cuello y el manto.

Artia se arrastró por el suelo a tientas en busca de su asno. Agarró la pezuña de una de sus patas delanteras, la recorrió en sentido ascendente hasta localizar el lomo e hizo ademán de subir en él. Antes de que pudiese levantar un pie del suelo, Grun salió de entre la niebla, se abalanzó sobre ella y la destripó a zarpazos.

—Laaaroo… —dijo con su último aliento.

Los autrigones que habían resultado heridos en el intercambio de flechas aprovecharon la tregua de rearme para arrastrarse por el muro en busca de ayuda; al menos media docena de ellos consiguieron bajar y encaminarse hacia la aldea. Los demás armaron sus arcos con flechas de puntas encendidas y se agazaparon a esperar una nueva señal de Kenny.

—¡Ahora! —gritó Sayer en primer lugar.

Los aldeanos tiraron de los útiles y levantaron los calderos por encima de la empalizada. Volcaron el contenido sobre los escudos de los cántabros y después los dejaron caer muro abajo. Uno de los calderos aplastó mortalmente a un par de ellos abriéndoles la cabeza como un melón. Por todas partes se oían los gritos causados por las quemaduras.

—¡Disparad! —exclamó Kenny.

Los arqueros se pusieron en pie protegidos por la niebla y lanzaron las flechas encendidas a los pies del muro. La grasa caliente de cerdo ardió con rapidez, chorreó por los bordes de sus escudos hasta prenderles los mantos. Algunos abandonaron las

armas y huyeron dándose manotazos. Otros se tiraron al suelo y trataron de apagar sus ropas dando vueltas sobre sí mismos. Los arqueros les abatieron fácilmente, y muchos cayeron ladera abajo rodando como bolas de fuego.

Un último golpe en el interior del corredor hizo girar la cabeza a Kenny: la puerta había caído.

Los heridos llegaban a la choza de Morgana en un goteo intermitente y constante. Enya y las dos parteras los atendían a medida que entraban. Taponaban las heridas, las limpiaban con agua caliente y aplicaban ungüentos de hierbas medicinales para evitar que la muerte se extendiera por ellas. Luego les tumbaban en el suelo y les cubrían con mantas para que conservasen el calor corporal.

Dailin contemplaba la escena horrorizado. El olor a sangre y los gemidos de los guerreros le atormentaban y le impedían reaccionar como se esperaba de él, o al menos como él creía que Gwendal desearía. Se sentía inútil, paralizado, y las náuseas se apoderaban de él. Abrió la puerta de la choza y salió al exterior para intentar serenarse.

El rumor de la batalla llegaba nítido desde el frente norte de la muralla, pero la niebla le impedía ver lo que sucedía. Avanzó tímido unos pasos y aguzó los sentidos. Se notaba mareado. Detuvo la marcha, abrió las piernas, dobló la espalda en un acto reflejo y vomitó todo el contenido de su estómago sobre un charco. Cuando se incorporó, se encontró de frente con Yilda; la repudiada corría hacia él alarmada.

—¡Gwendal te necesita!

—¿Cómo dices? —Dailin arrugó el gesto y contuvo una nueva náusea.

—Se encuentra sola en la torre. Está en trance y no se ha dado cuenta de que los concanos han derribado la primera puerta. Temo por su vida. Tienes que sacarla de allí.

Dailin echó a correr hacia el torreón sin darse tiempo de pensar en ello.

El fuego se extendió con rapidez a lo largo del muro. Brian y sus hombres lo habían saltado y permanecían de pie al otro lado simulando un frente defensivo para que los cántabros les viesen e iniciasen la carga sin fijarse en el suelo que pisaban. Todos apretaban las empuñaduras, templaban los ánimos y reunían fuerzas, excepto Brian, que observaba el torques de Gwendal. Sacudió la cabeza y volvió a recordar sus palabras: «Siempre me tendrás a tu lado». «Confío en ti», se dijo.

El primero de los cántabros no tardó en aparecer. Era joven, grande y fuerte, por lo que dedujeron que debía ser el cabecilla de la incursión. El resto, armados con espadas y escudos al igual que él, salieron de la niebla y se colocaron a su lado.

Brian, situado en el centro del frente defensivo, se giró hacia los flancos para dar instrucciones a los hombres de los extremos; debían estar preparados para la carga. Después se dirigió a los que tenía más próximos y les recordó que tuviesen los arcos tensados para disparar a los que cayeran al agujero.

Al volver la vista al frente, Brian se encontró con la mirada de Tamo. Los dos se reconocieron mutuamente como cabecillas de sus respectivos bandos. El cántabro alzó su espada, emitió un grito de rabia y echó a correr seguido de sus hombres sobre el agujero oculto en el suelo.

Tal y como había previsto Sayer, la estructura de madera aguantó el peso de la mitad de los atacantes antes de comenzar a ceder, pero la carga fue tan rápida y enérgica que todos se encontraban encima cuando colapsó: se desmontó tabla a tabla y todos cayeron al interior del agujero. Algunos de ellos avanzaron desconcertados entre el fango palpando las paredes en busca de una salida. Otros, heridos por los palos afilados, gritaban y trataban de sacárselos. Casi la mitad murieron ensartados o ahogados por el peso de los que les habían caído encima.

Tamo y la decena de sus hombres que habían quedado ilesos arrojaron las armas fuera del agujero. Se aferraron a las paredes, pisotearon heridos y cuerpos sin contemplación y consiguieron salir. Neco, que había sobrevivido en la retaguardia, se acercó a Tamo.

—Retrocedamos. No podemos ganar —le dijo.

El jefe lo miró de soslayo fuera de sí, lleno de rabia y odio a partes iguales.

—Ya no hay marcha atrás —masculló.

Un pequeño gesto de Tamo bastó para que el grupo se dividiese en dos y avanzase oculto entre la niebla por los taludes que rodeaban la trampa.

—¡Disparad al agujero! —gritó Brian.

Las flechas incrementaron los gritos de dolor procedentes del fondo; el silencio posterior certificó las muertes. Instantes después,

Tamo y los demás se plantaron delante de Brian y sus hombres.

Igualados en número, los autrigones gritaron furiosos, prestos a repeler el ataque, y poco a poco comenzaron a ganar sin demasiadas dificultades a los exhaustos cántabros. Pero Tamo no parecía estar cansado. Su semblante, firme y rudo a pesar de su juventud, hizo temblar a Brian cuando lo vio acercarse con su espada en alto. En un acto reflejo, se protegió con el escudo y retrocedió, pero la terrible carga de Tamo partió en dos su defensa de un solo golpe, le tiró al suelo y le hizo perder la espada.

Tamo le miraba inmisericorde mientras avanzaba hacia él. Brian intentó ponerse en pie, pero resbalaba en el barro. Entonces, la espada de Tamo se elevó sobre su cabeza y Brian supo que iba a morir; se protegió con el brazo desnudo y tensó los músculos para recibir el golpe. El cántabro sonrió antes de consumar su pequeña victoria. Después descargó la espada con la violencia de quien sabe que su final está próximo: el resto de sus hombres ya habían caído o estaban a punto de hacerlo.

Pero la hoja rebotó en el brazo de Brian; se melló por el choque contra el torques de Gwendal, que brillaba de pronto como si estuviera incandescente. Tamo no esperaba que un simple objeto de adorno pudiese hacer tal cosa. La vibración le hizo aflojar la mano y su espada salió volando a varios pasos de distancia sin dejar más que un simple corte superficial en la piel de su enemigo.

Brian reaccionó con rapidez. Rodó por el barro en busca de su espada y se puso en pie ayudándose de ella. Agarró la empuñadura con las dos manos y se lanzó de nuevo a la carga.

Tamo consiguió detener el primer golpe con el escudo, pero el impacto le rompió la muñeca y le obligó a soltarlo. Miró a los lados,

localizó su arma y se tiró al suelo para cogerla. Cuando se giró hacia Brian, el mundo desapareció. Todo le daba vueltas. Después, la nada. Su cabeza rodaba por el barro separada del cuerpo.

Brian levantó su espada y dejó escapar toda la tensión acumulada concentrada en un solo grito. Acarició el torques y miró alrededor con orgullo: sus hombres habían acabado con el resto sin sufrir daños más allá de algunos cortes y huesos rotos.

El último golpe de ariete resonó en la cabeza de Laro ralentizado en el tiempo. Su corazón, acelerado al máximo, pareció quedarse atrapado entre dos latidos. Con un gesto que le pareció interminable, agarró su espada y tiró de ella para desenvainar. La puerta cayó lentamente, del mismo modo que lo habría hecho si la hubiesen bajado con cuerdas. El crujir de la madera contra el suelo se prolongó como una onda en un estanque y pudo escuchar cada pequeño chasquido. Al otro lado, los guerreros autrigones alzaban sus armas. Laro giró la cabeza hacia atrás y trató de localizar a Artia, pero no encontró rastro de ella. Volvió la vista al frente de batalla y el tiempo recuperó su ritmo habitual; la emoción era tan intensa en esos momentos que le había hecho vivir los últimos instantes en un lento discurrir.

Se abrió paso apartando a empujones los cuerpos en llamas de algunos de sus hombres. Ansiaba entrar en combate. La sangre hervía en sus venas provocándole la sensación de que nada ni nadie podía detenerle; se sentía invencible.

Decenas de autrigones salieron en tromba del corredor. Eran más de los que Laro esperaba, muchos más, pero no le importó. Levantó

la espada, dio la señal a los arqueros y estos comenzaron a disparar hacia el interior.

Las flechas surcaron el aire siguiendo una trayectoria curva, primero ascendente y luego descendente, para terminar clavadas en los escudos de los defensores o rebotando contra ellos. Cuando todos se entremezclaron, enzarzados ya en la lucha cuerpo a cuerpo, los arqueros se unieron a la batalla empuñando sus espadas.

Los dos bandos comenzaron a perder efectivos rápidamente fruto de la confusión. Numerosos cuerpos inertes quedaron esparcidos a los pies de la torre y en la entrada del corredor durante los primeros instantes del enfrentamiento. Laro, impasible, continuó su avance entre la multitud amputando brazos, cortando cabezas y seccionando gargantas. No miraba atrás. Ni siquiera a los lados. Se abría paso barriendo a todos a su alrededor con la mirada puesta en el corpulento guerrero amano que tenía justo delante, a unos cinco pasos de distancia, y que ya había acabado con la vida de varios de los suyos.

Kenny extrajo la espada del vientre de su última víctima justo a tiempo de parar el golpe de Laro. Hierro contra hierro, las dos hojas soltaron chispas e iluminaron la noche. Los brazos les temblaron por la tensión. Se sostuvieron la mirada y se midieron las fuerzas sin retroceder un solo milímetro.

Laro fue el primero en ceder. Echó un paso atrás y clavó el pie en el barro. Kenny, similar a él en corpulencia, pero con la ventaja de la resistencia que le brindaba su juventud, aprovechó el momento de debilidad de su adversario y lo separó de un empujón. Laro

retrocedió dos pasos más, levantó el escudo y paró el golpe que se le vino encima. Kenny armó de nuevo el brazo y volvió a descargar sobre él.

Esta vez el escudo de Laro no aguantó. Sin llegar a romperse, se rajó por el centro de arriba abajo con una grieta por la que podría caber una mano. La fuerte vibración del impacto se transmitió por los huesos de su brazo y le magulló los tendones del codo.

Laro detuvo el siguiente embate con la espada. Soltó el escudo, que se dividió en dos mitades al golpear contra el suelo, y concentró todas sus fuerzas en resistir el ataque. El dolor del codo era tan intenso que se vio obligado a hincar la rodilla en el suelo para evitar desestabilizarse y caer.

De nuevo midieron sus fuerzas. Kenny se sentía superior, lo que le otorgaba un plus de energía y una inyección de moral. Descargó el peso del cuerpo sobre su contrincante y apretó los dientes.

Los brazos de Laro cedieron lentamente. Su propia espada se le acercó amenazante sin que pudiese hacer nada por evitarlo y la fría mano de la muerte le acarició el cuello. El filo comenzó a hundirse en su piel y le hizo sangrar. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al imaginar su propia cabeza clavada en una lanza junto a la de Celipe. Tensó aún más los músculos y contempló la sonrisa de su oponente saboreando la victoria.

De pronto, la expresión de Kenny se congeló. La punta de una espada asomó por su vientre, le atravesó, le dejó sin respiración. Aflojó la presión sobre el cuello de Laro y cayó de rodillas en el barro oscilando de lado a lado.

Tras la muerte de Artia, Gwendal trató de localizar al hombre con el que esta intentaba conectar. Centró todas sus energías en el paso oriental, pero no consiguió dar con él; allí arriba solo se encontraban Brian y sus hombres. Recorrió entonces mentalmente el camino inverso por la falda de la peña en su busca, pero a mitad de la exploración el estruendo de la puerta al caer sobre el suelo del corredor la sacó del trance.

Se asomó entre los parapetos de piedra. Dilan y sus hombres salían en ese momento levantando los escudos para protegerse de las flechas enemigas, algunas de las cuales se perdían en el cielo o rebotaban en los muros. Al otro lado del corredor, Kenny y los arqueros habían cogido sus espadas y bajaban a toda prisa para unirse a la batalla. «Tengo que estar a su lado». Dio media vuelta y caminó agachada hacia las escaleras.

La trampilla de bajada se abrió golpeando el suelo y Dailin apareció por el hueco; el druida echó a correr hacia ella sin reparar en nada más.

—¡Agáchate! —gritó Gwendal.

Dailin se detuvo en medio de la azotea y dudó qué hacer; vivió un instante de confusión antes de cumplir una advertencia inesperada. Asustado por el silbido de las flechas que surcaban el aire por todas partes, se llevó las manos a la cabeza y amagó con agacharse. Pero fue demasiado tarde. Una de ellas le atravesó el cuello de lado a lado y le hizo desplomarse.

Gwendal corrió hacia él. Tiró la vara junto al cuerpo agonizante del druida y trató de taponar la herida con las manos. Le dio una palmada en la mejilla para que reaccionase, le puso de medio lado para ayudarlo a respirar, todo fue en vano. Por la boca del druida

solo salían borbotones de sangre mezclados con las burbujas de aire de su último aliento.

Gwendal cerró los ojos y pudo percibir cómo el espíritu de Dailin abandonaba su cuerpo. Dejó escapar un par de lágrimas, agarró la vara y desapareció por la trampilla.

La lucha era encarnizada al otro lado del corredor. Había cuerpos tirados por todas partes con los vientres abiertos, miembros amputados, cuellos rajados en canal o llenos de flechas. El olor a sangre y muerte era tan intenso como desolador. Gwendal oteó entre la muchedumbre y vio a Kenny de rodillas: una espada le atravesaba de costado a costado y otra caía sobre su cuello.

Corrió hacia él. En cada zancada podía sentir cómo la ira estallaba en lo más profundo de su interior, se propagaba a la velocidad de la luz y escapaba por cada poro de su piel. Atravesó la puerta exterior y clavó la vara en el suelo. La tierra tembló.

—¡Nooo! —gritó viendo rodar la cabeza de Kenny.

El combate cesó de inmediato; todos parecieron congelados en el tiempo. Gwendal desclavó la vara y la tierra volvió a temblar. Miró al hombre que le había arrebatado la vida a Kenny y caminó hacia él. La niebla se apartaba a su alrededor a medida que avanzaba.

—¡Nooo! —gritó de nuevo.

Un viento enfurecido agitó los mantos de los cántabros y les llenó de temor. Durante un instante, Gwendal y Laro se sostuvieron la mirada; ella llena de lágrimas, él con el rostro desencajado por el miedo. El guerrero apartó la vista de la druidesa y se dirigió a sus hombres:

—¡Retirada!

Los cántabros soltaron sus armas y desaparecieron en la niebla ladera abajo siguiendo a su jefe.

Cuando Gwendal llegó junto al cuerpo de Kenny, se arrodilló horrorizada: Laro se había llevado la cabeza. La rabia y la desolación dejaron paso entonces a la amargura por no haber sido capaz de defender a los suyos. El poblado no había sido tomado, pero la pérdida de muchos, especialmente la de Kenny, la hundió en un profundo sentimiento de culpa.

Se puso de pie y gritó furibunda hacia la nada:

—¡¿Podéis escucharme?! —El eco de su voz retumbó en las murallas, en los valles y en las cumbres de las montañas—. ¡Soy Gwendal de los amanos! ¡Mis padres murieron por mí! ¡Mi tío murió por mí! ¡Protegeré a mi pueblo con mi vida si es necesario! ¡¿Podéis escucharme?! —repitió—. ¡Marchaos! ¡Marchaos para siempre o todos moriréis! —Rompió a llorar. Dio un paso más y abrió los brazos como si en ese momento pudiese abarcar el mundo entero con ellos —. ¡¿Podéis escucharme?!

El viento aumentó su furia. Gwendal dio media vuelta y caminó hacia la aldea. Todos le abrieron paso.

Laro corrió ladera abajo como alma que lleva el diablo, empujado por el viento que se colaba bajo su ropa y le helaba hasta los huesos. A mitad del sendero tropezó con el cuerpo de Artia. Cayó al suelo. La cabeza de Kenny se le escapó de las manos y rodó unos metros antes de detenerse contra una piedra. El asno de la chamana echó a correr asustado.

Laro contempló con horror el cuerpo destripado de Artia. Sus intestinos se habían deslizado por las paredes del vientre como si este los hubiese vomitado, y se mezclaban con el barro ensangrentado del suelo. La miró a los ojos y se encontró con las cuencas vacías. En ese momento tuvo la certeza de que su hijo y los demás habían muerto en el paso oriental. Agarró la cabeza de Kenny por la cabellera y corrió, esta vez, a la cola de sus hombres.

Cuando llegó al campamento lo encontró devastado. El viento había tumbado los árboles de alrededor y todas las tiendas estaban aplastadas a excepción de la suya. Las únicas dos cosas que recogió antes de partir fueron su esclava y su preciada calavera.

14

Samos, 231 a. C.

Pocas cosas había tan importantes para los amanos como los restos de sus antepasados. Enterrados bajo tierra o convertidos en cenizas, constituían el último vestigio al que podían acudir para sentirse de nuevo cerca de sus seres queridos. Les visitaban y les veneraban con el convencimiento de que sus espíritus continuaban anclados a ellos. De algún modo, esos restos irradiaban su esencia y eran capaces de traerla desde el mundo de los muertos para recordarles quiénes eran y hacerles saber que una parte de ellos permanecía a su alrededor.

Si, a consecuencia de una muerte trágica, el cuerpo del difunto no era recuperado en su totalidad, la conexión entre el mundo de los muertos y el de los vivos se interrumpía. El espíritu jamás encontraría el camino de regreso y el desconsuelo se instalaría para siempre en el corazón de quienes lo añoraban.



El día de Beltane, Gwendal amaneció sentada en el interior de la cueva del poblado sobre los restos de su tío. Ahí había pasado la noche a solas, meditando, desde el final de la batalla y hasta bien

entrada la mañana. Se sentía triste, desolada y furiosa al mismo tiempo. Pero, por encima de todo, el sentimiento reinante en su interior era el de culpa, una gran culpa por no haber sido capaz de evitar la muerte de Kenny. Si Dailin no hubiese llegado a la azotea en ese momento, probablemente le habría dado tiempo a salvarlo. Su inoportuna y absurda irrupción había hecho que perdiese exactamente el tiempo que Laro necesitó para acabar con él.

Gwendal se preguntó la razón por la que Dailin habría subido a la torre cuando debería haber permanecido en la choza de Morgana atendiendo a los heridos. Entonces recordó la información que Yilda le había proporcionado a Artia durante el ataque. La sombra de la sospecha no tardó en aparecer. Con toda seguridad, ella estaba también detrás del comportamiento arriesgado y sin sentido de Dailin. Probablemente, Yilda lo había enviado a la torre para distraerla.

Convencida de que así había sucedido, Gwendal se centró en averiguar el motivo por el que Yilda haría tal cosa. La única explicación lógica era que Artia le hubiese prometido una vida mejor lejos de allí.

En ese momento, la presencia que había estado acompañándola a lo largo de los últimos días se hizo notar con fuerza; hasta entonces Gwendal había estado completamente perdida en sí misma, ajena al resto del mundo. Poco después, los espíritus de quienes habían sobrevivido a la batalla también se dejaron sentir. Gwendal levantó la cabeza hacia la abertura de la cueva y observó los rayos de sol. «Tengo que encontrar a Brian». Se puso en pie y caminó oscureciendo con su sombra cuanto quedaba tras ella.

El ambiente que se respiraba en la comunidad resultaba irreconocible. Todos iban y venían de acá para allá ayudando a los heridos o cargando con los cuerpos de sus hermanos caídos para depositarlos en el centro religioso a la espera del funeral. Dentro del corredor, Sayer ya había comenzado a reparar la puerta acompañado de varios aldeanos. En lo alto de la torre, como si esta llorase por las vidas perdidas, las antorchas que la habían iluminado durante gran parte de la noche humeaban casi consumidas entre la bruma de la mañana.

Se preguntó dónde estaría Brian. El espíritu del joven guerrero destacaba entre los demás como jamás lo había hecho antes; sin duda, la batalla lo había fortalecido. Podía notar su presencia con gran intensidad, aunque no lograba localizarle con exactitud.

Apoyada en la vara, caminó encapuchada entre su gente mirando en todas direcciones. Necesitaba encontrarle para hacer balance de la situación general de la aldea, pero, sobre todo, necesitaba mantener con él una conversación privada que no podía esperar, aunque habría preferido poder hacerlo en circunstancias muy distintas.

Los cadáveres de los cántabros abatidos en la puerta norte fueron transportados en carros tirados por bueyes a lo largo de la muralla hasta el paso oriental. Allí los arrojaron al agujero junto al grupo de Tamo, les aplastaron las cabezas con piedras para que sus espíritus vagasen para siempre y los cubrieron con la tierra amontonada a los lados. Artia, destripada y desfigurada, fue la última en caer; quedó tendida bocarriba sobre la montaña de hombres como si observase

el mundo por última vez con las cuencas de los ojos convertidas en dos costras resecas y enseñando los dientes; su mueca sobrecogió a todos.

A media mañana, Brian y Kilian aparecieron por la puerta del recinto interior. Brian llevaba la cabeza de Tamo bajo el brazo envuelta en un pedazo de tela sanguinolento. Cerraron tras de sí y se dirigieron hacia el centro de la aldea desolados, cansados y llenos de barro. Llevaban desde el amanecer ayudando a transportar cuerpos.

Gwendal los interceptó y les condujo hasta un lugar apartado y discreto en el que poder hablar.

—¿Cuántas bajas hemos sufrido? —preguntó.

—Dieciocho muertos y más de veinte heridos —respondió Kilian—. Kenneth y Alan están entre los caídos en el acceso norte —recalcó con especial tristeza.

Gwendal apretó los puños alrededor de su vara y maldijo en silencio. La imagen de Dailin corriendo por la azotea y la de la cabeza de Kenny rodando por el suelo volvieron a reavivar sus sentimientos de rabia y culpa. Bajó la mirada un instante y se dirigió Kilian:

—Encuentra a Yilda. Átala a uno de los pilares del cobertizo. No volverá a ver la luz del día hasta que decida qué hacer con ella.

Kilian no necesitó más explicaciones; la contundencia de las palabras de Gwendal fue suficiente para él. Dio media vuelta y salió en busca de la repudiada.

Gwendal tomó entonces la mano de Brian.

—Acompáñame a mi choza, por favor.

Brian la siguió como quien camina resignado hacia su propia ejecución. Imaginaba que después de la trágica muerte de Dailin, Gwendal desearía estar sola por mucho tiempo, quizá demasiado para ellos, si todavía quedaba un «ellos».

Antes de entrar en la choza dejó en el suelo la cabeza de Tamo. Irguió el cuerpo, reunió las fuerzas que le quedaban y apretó los dientes a la espera del último mazazo.

Yilda llevaba acurrucada en un rincón del cobertizo desde la madrugada. Después de la derrota de los cántabros ya no temía morir, pero de nuevo sufría ante la perspectiva de una vida larga apartada de la comunidad, ignorada y despreciada por todos. La capucha cortada de su túnica cobraba en ese momento más sentido que nunca, aunque no albergaba ningún tipo de remordimiento por su último y frustrado intento de traición; volvería a hacerlo una y mil veces si con ello atisbase la menor oportunidad de escapar hacia un futuro menos incierto y más digno. Sumergida en su propia miseria, levantó la vista del suelo y observó su cuenco vacío de sobras. «Algún día me marcharé de aquí», se dijo con rabia.

La puerta del cobertizo se abrió crujiendo sobre sus goznes. La luz del sol le iluminó el rostro. Yilda se giró hacia la claridad, entornó los ojos y vio a Kilian caminar hacia ella con una cuerda en la mano como si de la sombra de un demonio que venía para llevársela al mundo de los muertos se tratase. Encogió las piernas asustada y lo miró de frente.

—Ponte en pie —dijo Kilian sin levantar la voz.

—¿Qué quieres de mí? —Yilda tragó saliva y encogió aún más las piernas.

—He dicho que te pongas en pie —repitió Kilian. Después le dio una patada en el costado.

Yilda chilló, pero no de dolor. Chilló porque era consciente del significado del puntapié, de la cuerda y de la mirada de desprecio que el guerrero arrojaba inmisericorde sobre ella. Se levantó y reculó hasta que su espalda chocó contra la pared.

—¿Qué pretendes hacerme?

—Voy a atarte.

—No puedes…

Kilian la hizo enmudecer con una bofetada. La agarró por la túnica a la altura del pecho y la empujó contra uno de los pilares. Sus vértebras crujieron por el golpe. Intentó revolverse para escapar, pero otra bofetada, esta vez más fuerte, la dejó mareada. Después sintió la cuerda deslizarse alrededor de sus muñecas.

—Los dioses te castigarán por esto —increpó a Kilian en un vano intento de amedrentarle.

Kilian terminó de apretar el nudo, se colocó frente a ella y la miró a los ojos.

—Es Gwendal quien te ata, yo solo he colocado la cuerda; será con ella con quien tengan que hablar los dioses. —La escupió en la cara y regresó hacia la puerta—. A partir de ahora comerás de noche. El sol no volverá a iluminar tu cara.

Brian entró en la choza de Gwendal, caminó hasta el centro y se detuvo. La hoguera consumía su último aliento en forma de delgada

columna de humo. Gwendal arrojó un puñado de leña sobre las brasas, cerró la puerta, se acercó a él y le acarició el brazo.

—Estás herido —le dijo.

—Solo es un rasguño. Por fortuna, el torques detuvo el golpe.

—Al fin lo has dejado al descubierto… —Gwendal pasó los dedos por el amuleto de bronce y este brilló por el contacto de sus dedos.

—Siento no haberlo hecho antes.

Gwendal levantó la mirada y le acarició la cara.

—Gracias. Significa mucho para mí —le dijo emocionada.

Escucharla decir aquello le dio a Brian un poco de aliento. Sus manos, temblorosas hasta ese instante, recuperaron el pulso y se atrevió a estrecharla entre sus brazos.

—También siento que nos hayamos distanciado tanto. Yo…

—No ha sido culpa tuya —dijo Gwendal correspondiendo al abrazo —. Necesitaba tiempo para poner mi mente y mis sensaciones en orden.

Brian guardó silencio. Las siguientes palabras que quería pronunciar se negaban a salir de su boca y tuvo que hacer un gran esfuerzo para sacarlas.

—Ahora que Dailin no está —dijo trémulo—, supongo que necesitarás más tiempo aún.

La hoguera ardía de nuevo, iluminaba sus caras y comenzaba a calentar el ambiente. Gwendal se separó de Brian y caminó hacia la cama. Dejó caer la túnica al suelo, se sentó en el borde y le habló:

—La muerte de Dailin es un hecho muy triste para mí —dijo con gran pesar—. Sin embargo, no hay nada más allá del dolor por la pérdida de un ser querido. Sé que viste a través de la rendija de la

puerta cómo me besaba, pero, créeme, solo presenciaste la sombra de lo que realmente ocurrió.

—Entonces, tú…

—Lo rechacé, como otras tantas veces que intentó persuadirme.

—¿Y qué ha ocurrido con la presencia que perturba tu espíritu?, ¿se ha marchado con él?

—No. Se hace más y más fuerte con el paso de los días. No tiene nada que ver con Dailin.

Brian amagó con derrumbarse una vez más. Bajó los brazos y espiró hasta quedarse sin aire, como si su cuerpo se hubiese cansado de mantenerse en pie. Gwendal le hizo un gesto con la mano.

—Acércate.

Brian caminó hacia ella sin apartar la vista. La contradicción entre las palabras de la druidesa y sus actos ahondaba en lo más profundo de sus sentimientos y amenazaba con despedazarlos. Se detuvo delante de Gwendal nervioso, sin saber muy bien qué hacer, sin saber cómo debía reaccionar. Intentó tocarle la cara para volver a sentirla cerca, pero ella detuvo su mano y se la llevó al vientre. Brian bajó la mirada.

—Esta es la causa de todo lo que me ocurre. Tu hijo crece dentro de mí.

—¿Estás…? —balbució Brian.

—Lo siento con tanta intensidad que me sobrecoge.

Brian enmudeció. Le acarició el vientre y dejó escapar un sinfín de lágrimas.

El cadáver de Kenny fue llevado a su choza después de la batalla por expreso deseo de Myrna. Allí había permanecido el resto de la noche tendido en el suelo y cubierto por una manta. Tanto ella como Kalen lloraron desconsolados a su lado durante horas. Morgana se había unido a ellos al amanecer, después de dejar a los heridos estabilizados y bajo la supervisión de Enya.

Gwendal y Brian se dirigieron hacia allí poco antes del mediodía. Paso a paso, la alegría contenida por la noticia del embarazo fue quedando atrás, encerrada entre las paredes del hogar a la espera del momento oportuno para resurgir.

Esa mañana, salir juntos de la choza de Gwendal había sido mucho más que el comienzo de un nuevo día; fue el ingreso en una nueva realidad en la que ninguno de los dos quería estar, pero de la que ambos eran los principales protagonistas; les trajo de vuelta la terrible noche anterior y les recordó con un grito implacable que el gran jefe también había caído.

Myrna y Morgana estaban sentadas al lado del cuerpo de Kenny. Kalen, que gimoteaba en el regazo de su madre, echó a correr hacia ellos, se aferró a las piernas de Gwendal y lloró a moco tendido. La druidesa lo cogió en brazos y tomaron asiento.

—¿Por qué él? —sollozó Myrna, aferrada a la mano de Kenny, que asomaba rígida bajo la manta.

—Myrna, yo… —Gwendal comenzó a hablar, pero se perdió en sus propios sentimientos como si fuesen una espesa nube en la que no podía distinguir nada.

Morgana salió al paso:

—La asunción de culpas por nuestra parte no tiene ningún sentido. Los únicos responsables de esta tragedia se encuentran ya

muy lejos de aquí.

La partera se giró hacia la suma sacerdotisa en busca de confirmación.

—Los cántabros han abandonado nuestras tierras —corroboró Gwendal.

Myrna observó la silueta del cuerpo decapitado de su marido. Saber que la cabeza de Kenny viajaba con sus enemigos hacia Concana la atormentaba tanto como la misma muerte.

—Su espíritu vagará perdido para siempre —gimoteó.

La tristeza, la rabia y la desesperanza se aferraban a esposa e hijo con afiladas garras, les encogían el alma y les privaban de palabras. El único consuelo que podría haberles quedado a Myrna y a Kalen tras la pérdida de Kenny les había sido arrebatado cruelmente, lo que convertía su dolor, y también el de Gwendal y Brian, en insoportable.

—¡Malditos! —murmuró Brian apretando los puños.

Sayer apareció por la puerta. Se adentró un par de pasos y miró a Myrna con gran pesar.

—Mis hombres están terminando de preparar las piras junto al arroyo. Los funerales serán esta tarde. —Bajó la cabeza y continuó su dolorosa ruta de choza en choza en busca de los familiares del resto de los fallecidos.

Todos se pusieron en pie. Gwendal fue al encuentro de Myrna y la abrazó con los ojos llenos de lágrimas.

—No podemos incinerarlo en este estado —dijo la druidesa—. Después de los funerales reuniré al Consejo de la Tribu y decidiremos qué hacer con él.

Gwendal y Enya descendieron el sendero sur camino de los funerales en último lugar. Habían pasado parte de la tarde encerradas en el centro religioso rogando a los dioses por los espíritus de la tribu que ese día completarían su viaje al mundo de los muertos. En sus manos transportaban las llamas con las que prenderían las piras funerarias sobre las que descansaban los cuerpos de sus hermanos.

Cuando llegaron, todo estaba preparado. Junto a cada una de las piras se encontraba una urna para recoger las cenizas en torno a la cual se habían dispuesto los familiares más allegados del difunto. En el caso de los guerreros venidos de otros poblados, lo hicieron sus amigos más próximos. Dilan, como máximo representante de las gentes de Vindeleia, se situó a los pies de la pira de Dailin.

Las dos druidesas encendieron las piras bajo las miradas de quienes despedían a sus seres queridos. Después, todos se apartaron y formaron un gran grupo para contemplar juntos la marcha de los espíritus, unos llorando, otros con los gestos serios. Gwendal lloró también, pero en su caso las lágrimas derramadas no fueron por ninguno de los presentes, sino por Kenny, cuyo cuerpo continuaba en su choza acompañado de Myrna y Kalen.

Cuando las llamas terminaron de consumir los cuerpos y se apagaron, Gwendal se ocupó personalmente de recoger los restos de Dailin. Para hacerlo, utilizó un tarro muy especial para ella dada su importancia como hijo del sumo sacerdote de Vindeleia. Ese tarro era el que había utilizado Quinn durante tantos años para guardar el saquito de piel de cordero con las cenizas de su roble.

Gwendal le pidió a Dilan que transmitiese a Gaela su más profundo pesar por la pérdida.

El Consejo de la Tribu se reunió bien entrada la noche. Ninguno de ellos sabía a ciencia cierta la razón por la que Gwendal les había convocado, pero todos la imaginaban: la gran druidesa había decidido no incinerar a Kenny, por lo que probablemente él sería el motivo.

Gwendal llegó al centro religioso en último lugar. Tomó asiento en un extremo del grupo.

—Acabo de visitar a Myrna y a Kalen. Les he dicho que vamos a recuperar la cabeza de Kenny.

Las palabras de la suma sacerdotisa provocaron el desconcierto en el Consejo. Ir tras los concanos se hacía impensable dadas las bajas que habían sufrido. Además, aunque partiesen al amanecer, se verían obligados a galopar sin descanso para recuperar la ventaja que les sacaban.

—Es una locura —dijo Brian—. En caso de que consiguiésemos alcanzarlos, nos veríamos abocados a una nueva batalla, esta vez a campo abierto, sin la protección de nuestras defensas.

—Brian tiene razón —secundó Dilan—. Además, en estos momentos de fragilidad y desconcierto en la tribu no conviene dejar Flaviobriga completamente desprovista de tropas. Tendríamos que pelear en inferioridad numérica.

—La violencia solo genera violencia. Iremos Brian y yo —dijo Gwendal.

El desconcierto volvió a invadir el ambiente de la reunión. Si era una locura perseguirlos a campo abierto con parte de sus hombres disponibles, esa propuesta todavía lo era más.

—Aunque fuese viable, no sería conveniente que partieseis de inmediato —intervino Sayer—. La comunidad necesita a su guía

espiritual ahora más que nunca.

—También he pensado en ello. —Gwendal se aferró a la vara con ambas manos y la apretó—. Saldremos dentro de diez días, cuando se haya restaurado cierto grado de normalidad. Viajaremos hasta Concana y traeremos de vuelta la cabeza de Kenny. Si Dilan está de acuerdo, se quedará aquí al mando de las tropas junto a Kilian hasta que regresemos. Enya, Sayer y Morgana se ocuparán de dirigir la aldea.

El gran jefe de Vindeleia pareció estar dispuesto, si bien con cierto escepticismo. Brian, por el contrario, continuó oponiéndose frontalmente:

—Cómo demonios piensas que vamos a entrar en Concana sin ser vistos. Y si lo consiguiésemos, ¿cómo la encontraríamos?

—Aún no lo sé —reconoció Gwendal—. Pero lo haremos.

Morgana se cruzó de brazos y mostró su conformidad asintiendo con la cabeza.

—¿Qué haremos con el cuerpo de Kenny hasta entonces? —preguntó la partera.

—Lo enterraremos junto al campo de urnas.

La druidesa se puso en pie y caminó hacia la puerta.

—Tenemos diez días para preparar el viaje. Ahora necesito descansar y meditar.

Brian se quedó unos minutos a solas en el centro religioso. Por mucho que significase para la comunidad recuperar los restos de Kenny, aquel viaje era una insensatez. Todo lo que pasaba por su cabeza en ese momento convergía en una única idea: tenía diez días

para impedir que se embarcasen en una aventura sin posibilidades de llegar a buen puerto.

Si existía alguien capaz de persuadir a Gwendal, esa era Morgana. Brian estaba convencido de que la partera podría influir en ella lo suficiente como para hacer que cambiase de opinión, siempre y cuando se pusiese de su lado; por el momento, Morgana parecía ver con buenos ojos aquella decisión.

Brian salió del centro religioso con todas sus esperanzas puestas en ella. Se ciñó el manto al cuerpo y fue en su busca bajo el frescor de la primera noche de samos.

Al llegar a la choza de la partera, se detuvo delante de la puerta con el brazo levantado y el puño listo para llamar. Se preguntaba qué sería más conveniente, si hablar con ella en ese momento o esperar unos días a que madurase la idea. «No pierdo nada por intentarlo», se dijo. Respiró profundamente y tocó con los nudillos.

—Adelante, Brian. —La escuchó decir al otro lado.

El joven guerrero empujó la puerta y entró.

Morgana estaba sentada a la mesa frente a dos cuencos con infusión. A su lado había una silla vacía. Brian tuvo la sensación de que estaba esperándole.

—¿Imaginabas que vendría a hablar contigo?

—No es necesario ser adivina para saber que necesitas hacerlo.

Brian cerró la puerta y tomó asiento.

—Supongo que Gwendal ya te habrá dicho que espera un hijo tuyo —dijo la partera sin ápice de duda. Brian asintió.

—No creo que debamos hacer ese viaje en su estado.

—Y, según tú, ¿cuál es ese estado? Gwendal está embarazada, no enferma. Es una mujer adulta y perfectamente capaz de cuidar de sí

misma. La decisión es suya.

—Lo sé. —El rostro de Brian reflejaba incertidumbre y preocupación a partes iguales—. Pero no entiendo por qué la apoyas. Si le aconsejases no hacerlo, quizá cambiase de parecer.

Morgana esbozó una sonrisa ante la inocencia de las bienintencionadas palabras de Brian. Agarró el cuenco para calentarse las manos y dio un sorbo.

—Tengo la impresión de que todavía no te has dado cuenta de quién es la futura madre de tu hijo.

—¿Qué quieres decir?

—Yo no apoyo la decisión de Gwendal, la acepto. Kenny siempre ha sido para ella más que un amigo o un hermano. El vínculo que les unía era tan fuerte o más que el que pueda tener con cualquier otro miembro de la comunidad, incluidos tú y yo. —Morgana le miró a los ojos y negó con la cabeza—. Nada ni nadie va a impedirle hacer ese último gesto por él. No luches contra ello, es perder el tiempo. Será mejor que concentres todas tus energías en el viaje.

Brian dejó caer los hombros resignado.

—¿Crees que lo lograremos?

—Me temo que a esa pregunta debes responder tú. Gwendal ya no necesita que la guíen, sino que la acompañen. Tienes delante de ti la oportunidad de demostrarle que aceptas quien es con todas las consecuencias.

Brian se puso en pie. Necesitaba estar a solas para meditar las palabras de Morgana. Se echó el manto sobre los hombros y caminó hacia la puerta. Antes de salir se giró hacia ella.

—Gracias por ser tan sincera conmigo.

Morgana dio un nuevo sorbo de infusión.

—No pienses. Siente y escucha lo que te dice tu espíritu. De ese modo aprenderás a confiar en ella, al igual que has entendido la importancia de mostrar en público el torques que te regaló. Tu destino está escrito junto al suyo desde el día en que nacisteis, y así ha de cumplirse.

Brian deslizó la mano bajo su manto y acarició el torques. Al hacerlo se dio cuenta de que le infundía seguridad más allá de lo que pudiese representar un mero amuleto; simbolizaba el vínculo que les unía.

Mientras cruzaba por el centro de la aldea, Brian se fijó en la cabeza de Tamo; con el ajetreo del día la había olvidado frente a la choza de Gwendal. Agarró el hatillo en el que estaba envuelta y se dirigió hacia la torre con él sujeto en la punta de una lanza.

Caminando por la azotea se topó con el charco de sangre reseca que había dejado Dailin al morir. Lo rodeó y continuó hasta el extremo norte. Allí, junto a la calavera de Celipe, clavó la lanza en el suelo y colocó la cabeza de Tamo sobre ella.

El día elegido para partir amaneció casi como otro cualquiera. La batalla poco a poco iba quedando atrás, así como el dolor por la pérdida de los seres queridos, y la tribu comenzaba a recuperar la normalidad. Ninguno de ellos olvidaba lo sucedido, pero la necesidad de continuar abriéndose paso en el duro camino de la vida les obligaba a mirar hacia delante y confiar en un futuro mejor.

Gwendal salió de su choza al amanecer. Llevaba provisiones para el viaje, su arco y el carcaj repleto de flechas. Iau caminaba pegada

a ella olisqueando el hatillo de comida con las orejas tiesas y moviendo el rabo de lado a lado.

En el centro de la aldea, Brian esperaba impaciente su llegada con los dos caballos preparados. Su comida, su arco y su espada colgaban de la montura de Bronco, que parecía tan impaciente como él. Bric, por el contrario, aguardaba tranquilo a su lado mordisqueando los brotes de hierba que crecían en los bordes del camino.

Gwendal caminó hacia ellos sin mirar atrás. Ató sus cosas a la montura de Bric y se despidió de Iau.

—Esta vez tampoco puedes venir conmigo —le dijo—, Morgana cuidará de ti. —Le rascó entre las orejas y subió a lomos de su caballo.

A pesar de que el sol aún no había terminado de salir tras las montañas, los primeros aldeanos comenzaban a abandonar sus chozas preparados para una nueva jornada de trabajo en los campos. Gwendal agarró las riendas y se giró hacia Brian.

—Partamos antes de que nuestra marcha perturbe la tranquilidad que se respira ahora.

Azuzó a Bric y avanzó hacia el acceso norte. Brian se situó a su lado.

—¿Cómo llegaremos hasta Concana? Ninguno de nosotros ha estado jamás allí.

—No te preocupes por eso. Sé de alguien que puede guiarnos.

Las puertas del corredor se abrieron para darles paso. Los dos echaron la vista atrás y se despidieron de la aldea.

Fuera de las murallas, en medio del sendero de bajada, un burro gris de panza blanca pastaba tranquilamente moviendo el rabo para

espantarse las moscas. Gwendal detuvo el paso, bajó al suelo y le ofreció un puñado de hierba. El animal rebuznó y comió de su mano.

—¿De dónde ha salido? —preguntó Brian; en realidad se preguntaba qué demonios hacía ella dándole de comer.

La druidesa le acarició el hocico y montó de nuevo sobre Bric.

—Es el asno de la chamana. Vendrá con nosotros, conoce el camino.



Deva estaba tumbada sobre la cama de su choza. En medio de la noche se acariciaba el vientre incapaz de conciliar el sueño. Habían pasado tres semanas desde la batalla y cada día pensaba en cómo y cuándo quitarse la vida. Sabía que si no lo hacía ella misma, Laro terminaría haciéndolo, y no estaba dispuesta a permitírselo.

Tras ser asesinada su familia y verse convertida en esclava, pensó que había tocado fondo, que su vida no podía empeorar más. Pero se equivocaba. Aquel maldito viaje a Flaviobriga había supuesto otro paso adelante en su miserable existencia; llevaba más de una semana de retraso en su periodo menstrual. Podría deberse al estrés y la ansiedad de los últimos días, pero las náuseas matutinas y su constante estado de agotamiento apuntaban hacia un embarazo. Además, la agitación que sentía en su espíritu era similar a la que había padecido durante el embarazo de su primera hija.

Siempre había procurado estar atenta para evitar que tanto Laro como Tamo terminasen dentro de ella; era consciente de que su vida dependía de ello. Pero hubo una excepción. Aquella noche en medio del bosque, poco antes de atacar Flaviobriga, ambos se dejaron

llevar por el momento y ella permitió que el hijo del gran jefe depositase su semilla.

Durante las últimas tres semanas, Laro no había querido saber nada de ella. Afortunadamente para Deva, la derrota, la pérdida de Artia y la de su propio hijo le habían sumergido en tal estado de tristeza que solo requería su presencia para los quehaceres diarios, que no eran muchos. Pero el tiempo jugaba en su contra. Tarde o temprano Laro se daría cuenta de su estado y sería ejecutada.

La idea de revelarle la traición de su hijo, el embarazo a consecuencia de ella, y quitarse después la vida delante de él comenzaba a tomar fuerza en su cabeza como la mejor y única venganza posible. Además, de ese modo le privaría del placer de hacerlo él mismo. Se abrigó con la manta hasta la barbilla y volvió a acariciarse el vientre, esta vez pensando en Tamo; si algo empeoraba aún más las cosas, era la sensación de echar de menos a un hombre después de tantos años… y de desear a la criatura que crecía en su interior.

Gwendal y Brian llegaron a las inmediaciones de Concana doce días después de salir de Flaviobriga. Gracias al buen tiempo que les había acompañado durante todo el camino, y a pesar de la insistencia de Brian en que a Gwendal le convenía cabalgar despacio, habían conseguido acortar el viaje varias jornadas avanzando sin parar, salvo las pequeñas pausas que hacían para comer. Descansaban por la noche, bajo las estrellas, cuando la temperatura era agradable; cobijados dentro de una pequeña tienda de piel si refrescaba.

Durante el viaje, Brian aprendió a confiar verdaderamente en ella. Cada noche, tumbado a su lado, ponía la mano sobre el vientre de Gwendal; sentía cómo el espíritu de su hijo crecía, traspasaba la frontera física de la carne que les separaba y le inundaba con su energía. Brian comprendió al fin que su destino estaba ligado a ella y lo aceptó sin reservas, fuese cual fuese este.

Cerca del atardecer remontaron la última colina. A lo lejos se intuían las antorchas que iluminaban la torre de la entrada principal del poblado. Buscaron un lugar resguardado y montaron el campamento. Después de cenar, Gwendal se colocó la vara de avellano sobre las piernas y cerró los ojos sentada frente a las llamas de la hoguera. Brian la observó sin preguntas, sin interrupciones. Al cabo de un rato, la druidesa se puso en pie.

—Vámonos —dijo tendiéndole la mano.

—¿Has averiguado el modo de entrar en Concana?

—Sí. Te lo explicaré por el camino. Coge tu espada, yo llevaré mi arco. Bric y Bronco nos esperarán aquí. El asno vendrá con nosotros.



Deva se despertó en medio de la noche sobresaltada por la extraña sensación de estar acompañada. Se incorporó en la cama, oteó a su alrededor y comprobó que no había nadie. Sin embargo, su corazón continuaba acelerado. Volvió a tumbarse e intentó relajar la mente.

Al cerrar los ojos, la imagen del cuervo que había entrado en su tienda la noche del ataque a los amanos se dibujó en la oscuridad de sus párpados. Deva le sostuvo la mirada. El cuervo la observó ladeando la cabeza, abrió el pico y dejó salir una voz:

—*Tu futuro no está aquí. Puedo percibir los gritos desesperados de tu espíritu*.

El ritmo de sus latidos se aceleró más todavía al escuchar de nuevo a la joven de Flaviobriga.

—Cometí un error, y ahora crece dentro de mí el fruto de la peor de las traiciones. Soy Deva, una esclava abocada a morir.

—*Ayúdame una vez más y yo te ayudaré a ti*.

—¿Quién eres?

—*Mi nombre es Gwendal, suma sacerdotisa de los amanos*.

Deva se estremeció al darse cuenta de que se trataba de la druidesa a quien tanto había temido Artia.

—¿Qué deseas de mí esta vez?

—*He venido a recuperar los restos de uno de los míos*.

La imagen de la cabeza que Laro había puesto a secar al sol en su corral clavada en una estaca se dibujó rápidamente en el imaginario de Deva.

—Sé dónde se encuentra. Pero no puedo entregártela; aunque todos duermen, las puertas de acceso están cerradas.

—*Nosotros entraremos a cogerla*.

—¿Cuántos sois?

—*Me acompaña un guerrero*.

Deva sacudió la cabeza incrédula. Entrar en Concana en mitad de la noche era imposible, salvo que viniesen con un ejército más grande aún que el de Laro.

—No lo hagáis, iríais directos a la muerte. Hay dos vigías en la torre y muchos más repartidos a lo largo de las murallas.

—*Yo me encargaré de ellos. Solo tienes que mostrarme el camino a través de la aldea*.

Deva se incorporó y bajó de la cama; necesitaba sentir el suelo en contacto con los pies para cerciorarse de que todo aquello era real. Se frotó los ojos con los puños y comenzó a caminar nerviosa alrededor de la hoguera.

—¿Cuándo lo haréis?

—*Estamos cerca. Prepárate.*

—De acuerdo. Si lográis traspasar la puerta, me encontraréis al otro lado del corredor.

La imagen del cuervo se esfumó y la voz de Gwendal desapareció con ella. Deva se vistió y salió de su choza con sigilo.

Gwendal y Brian se apostaron en el límite del bosque, a las puertas de Concana, poco después de haber contactado con Deva. Aunque la noche no era fría, el cielo estaba encapotado y el ambiente cargado de humedad.

De pie, escondidos tras el tronco de un árbol, observaron a los guardias durante un buen rato. Aunque los detalles de cómo entrarían habían quedado claros a lo largo del camino que recorrieron desde el campamento, y a pesar de que ambos estaban convencidos de que funcionaría, Brian se sentía tan tenso que era incapaz de soltar su espada.

—Tranquilo. —Gwendal tomó su mano y la apartó de la empuñadura—. Saldrá bien.

—Saldrá bien —repitió Brian asintiendo.

Gwendal apoyó la espalda en el tronco del árbol. Cerró los ojos y las nubes comenzaron a descender invadiendo todo a su alrededor. Instantes después, el bosque, las murallas de Concana y finalmente

las antorchas del torreón desaparecieron envueltos en una niebla espesa que parecía habérselo tragado todo.

—Ha llegado el momento —dijo en voz baja.

Gwendal se dirigió hacia la puerta principal. Brian, con la espada en el cinturón, se colocó junto a él. El asno fue tras ellos.

Cuando llegaron frente al recinto amurallado apenas podían ver más allá de diez pasos. En lo alto de la torre se intuían las luces de las antorchas y de fondo se escuchaba conversar a los dos guardias. Gwendal agarró una flecha, preparó el arco y se agachó junto al asno.

—Ve a casa.

Le dio una palmada en el lomo y este caminó entre la niebla; se detuvo delante de la puerta y rascó con la pezuña en la madera. Los guardias de la torre se asomaron entre los parapetos de piedra para averiguar de quién se trataba.

—Qué demonios… —escucharon decir a uno de ellos. A continuación se oyó un rebuzno.

—Creo que es el asno de Artia —dijo el otro.

—¿Cómo se las habrá arreglado para encontrar el camino de vuelta?

—No lo sé, pero será mejor que le dejemos entrar.

—No podemos abrir en mitad de la noche sin una razón justificada, tendrá que esperar hasta mañana.

—El asno de Artia ha regresado desde Flaviobriga y está llamando a la puerta, ¿no te parece un buen motivo? No me gustaría tener que darle cuentas a su dueña, esté donde esté. Bajaré y le abriré una rendija para que pueda pasar.

—Está bien, pero no tardes. Esto me da mala espina; parece que haya traído la niebla consigo.

Gwendal miró a Brian.

—¿Preparado? —gesticuló para que él leyera sus labios.

—Preparado.

Gwendal tensó la cuerda del arco y apuntó a la cima del torreón. No podía ver al guardia, pero percibía su espíritu con claridad y era capaz de situarlo entre dos de los parapetos. Se concentró en él y lanzó la flecha. El guardia cayó desplomado hacia atrás con ella clavada en la frente.

—Ahora —dijo en voz baja.

Brian empuñó su espada, corrió hacia la puerta y se agazapó tras ella. Cuando el otro vigía abrió un hueco para que pudiese pasar el asno, se plantó delante de él y le atravesó la garganta sin darle tiempo a reaccionar. El guardia quedó de pie, inerte, sostenido tan solo por la hoja de hierro. Brian lo empujó hacia atrás de una patada, limpió la sangre de la hoja en su ropa y lo apartó a un lado. Después le hizo una señal a Gwendal para que entrase.

Al otro lado del corredor no se veía nada. El silencio de la madrugada era sobrecogedor. Por un instante, Brian se preguntó qué demonios hacían allí, en una aldea repleta de guerreros que no tardarían en rodearlos si llegasen a descubrirlos. Se estremeció y apretó las manos en la empuñadura de su espada.

Tantearon los muros para orientarse en la oscuridad, caminando sin hacer ruido. Las antorchas de las primeras chozas iban intuyéndose a medida que avanzaban. Entonces una silueta de mujer apareció en la niebla susurrando:

—Es por aquí. Seguidme.

Caminaron detrás de ella sin hacer preguntas. Recorrieron una corta distancia que a Brian se le hizo eterna y llegaron a un pequeño corral. Deva señaló la cabeza que estaba clavada sobre una estaca.

—Ahí está —dijo en voz baja.

Brian y Gwendal corrieron hacia ella. La tomaron entre los dos y la bajaron al suelo. Los ojos se les llenaron de lágrimas al contemplar el rostro inerte de Kenny.

Deva se arrodilló entre ellos.

—Marchémonos cuanto antes —les dijo.

Gwendal envolvió cuidadosamente la cabeza en una manta de lana que había llevado con ella bajo la túnica. Aún le costaba creer que Kenny, su amado Kenny, hubiese muerto de una forma tan cruel. Brian empuñó su espada con rabia y se giró hacia Deva.

—¿Dónde está el gran jefe?

Deva señaló la puerta de la choza de Laro con la mirada.

—¿Está solo?

Deva asintió.

—Entremos —dijo Gwendal.

Se secó las lágrimas con la manga de la túnica; los ojos le brillaban de ira.

Lo único que se escuchaba dentro de la choza era el débil crepitar de la hoguera. Laro dormía profundamente a causa del vino de la cena. Estaba tumbado bocarriba, desnudo y con la cara ladeada hacia ellos.

Deva entró en último lugar, cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella. El miedo a que la reacción del gran jefe alertase a los

guardias de las murallas hacía que le temblasen las manos; si no acababan con su vida antes de que despertase, jamás saldrían con vida de Concana.

—Hacedlo rápido —dijo casi suplicando.

Gwendal volvió la cabeza hacia ella, se retiró la capucha e hizo un gesto negativo.

—Ha de saber por qué va a morir.

El brillo en los ojos de la druidesa acongojó a Deva del mismo modo que lo habría hecho la aparición de un ser sobrenatural. Dio un paso atrás.

Gwendal caminó hacia la cama. A medida que se acercaba, la respiración de Laro se aceleraba alterada por su presencia. Cuando estuvo a los pies, colocó la palma de la mano sobre su pecho. Laro abrió los ojos.

El gran jefe intentó levantarse, después gritar, pero no pudo; su cuerpo no respondía a las órdenes desesperadas que le enviaba. Tanto su espíritu como su mente se encontraban sometidos.

—Levántate —le ordenó Gwendal.

Laro se puso en pie como una marioneta. Cara a cara con ella, la reconoció y supo que había llegado su final. Sin embargo, su rostro permanecía impasible, serio, carente de terror o cualquier otro sentimiento. Gwendal cogió un cuchillo de entre los restos de su cena y le pasó el filo por la cara.

—El mal solo atrae al mal. Por esa razón estoy aquí —le dijo mirándole a los ojos—. Tú y tus hombres habéis causado un gran dolor a mi pueblo al igual que habéis hecho con otros en el pasado. No voy a permitir que vuelva a suceder.

Laro continuó inmóvil. Gwendal bajó el cuchillo y se lo ofreció a Deva.

—Adelante —le dijo—. Hazlo por los tuyos para que puedas encontrar la paz.

Los temores de Deva desaparecieron, en su mente no quedó espacio más que para el sentimiento de venganza. Se acercó a Gwendal y tomó el cuchillo. El mango estaba caliente. Echó la cabeza de Laro hacia atrás con un tirón de pelo y colocó el filo sobre su garganta. Luego le habló al oído:

—La muerte no es pena suficiente para resarcir todo el dolor que me has causado. —Apretó el cuchillo contra la piel desnuda y sitió su pulso a través del mango—. Al final de cada día, cada noche desde hace mucho tiempo, me he quitado tu olor, tu sabor, yaciendo con Tamo. Y antes de que abandones este mundo has de saber que su hijo, tu nieto, viajará esta noche muy lejos de aquí, en mi vientre, y crecerá entre los amanos, ajeno a los tuyos. Espero que conocer la traición de tu hijo y el futuro de tu nieto atormente tu espíritu para siempre.

Laro arrugó el gesto con rabia. Después sintió cómo Deva le abría la garganta lentamente. Apretó los dientes y trató de sostenerse en pie, digno, pero la vista se le nubló y las fuerzas lo abandonaron. Cayó de rodillas al suelo tosiendo borbotones de sangre.

—Apartaos —dijo Brian. Descargó la espada sobre él y le separó la cabeza del cuerpo.

Los tres abandonaron la aldea sin ser vistos. Brian y Gwendal caminaron hasta el campamento llevando consigo las cabezas de Laro y Kenny respectivamente. Deva, montada sobre el asno de Artia, portaba la calavera de su marido bajo el brazo.

Cuando se alejaron definitivamente de Concana, la niebla que la envolvía comenzó a disiparse.



Yilda llevaba más de un mes atada al poste del cobertizo. Su túnica estaba oscurecida por la mugre y salpicada de la grasa que le caía desde el pelo por la falta de aseo. Su olor, agrio a causa de la acumulación de capas de sudor, atraía a centenares de moscas que se posaban sobre ella a placer; sus fuerzas habían decaído tanto que ya ni siquiera se esforzaba en espantarlas.

Durante ese tiempo, se había alimentado a base de pan duro y del agua turbia procedente del cubo de los cerdos que Enya solía llevarle por las noches. Ella era la única de la tribu que la visitaba, aunque jamás le dirigía la palabra; se limitaba a dejar la comida a su alcance, le desataba las manos un instante para que pudiese comer y luego se iba.

Hasta la fecha, nadie le había dicho cuál era el motivo de su reclusión. Pero no necesitaba que lo hiciesen. Intuía que Gwendal lo habría ordenado al enterarse de su traición y sospechaba que sus días entre los amanos estaban contados, aunque todavía conservaba la esperanza; por algún motivo, aún la mantenían con vida.

Todo estaba a oscuras. La única referencia que le permitía orientarse eran los rayos de sol que se colaban por las rendijas de la ventana que tenía detrás. Le dolían los huesos de estar permanentemente sentada y apenas podía pensar con claridad.

De pronto escuchó pasos al otro lado de la puerta. Levantó la cabeza y los rayos del sol de media tarde la cegaron. Apartó la vista.

Cuando la luz desapareció, se encontró con un cuenco de asado y un trozo de pan recién hecho. Enya le desató las manos y se sentó frente a ella. Yilda la miró confundida.

—¿Por qué me traes comida a estas horas?

Enya se cruzó de brazos. Dejó escapar un suspiro de compasión y le respondió:

—Gwendal me lo ha pedido.

—¿Te ha explicado la razón por la que estoy recluida?

—No. Nadie lo sabe.

—¿Hasta cuándo va a durar?

—Supongo que no mucho más. Ha convocado a la tribu esta noche para tratar varios asuntos en una cena especial y se ha marchado al túmulo del valle. —Enya se puso en pie y suspiró de nuevo—. Imagino que este gesto de hoy es un cambio en su actitud hacia ti; disfruta de la comida y siéntete afortunada.

Enya caminó hacia la puerta sin atarle la cuerda. Yilda agarró el cuenco con las manos, esbozó una sonrisa y comió un pequeño bocado. Antes de salir, la druidesa volvió la vista atrás.

—También ha dicho que puedes moverte por el cobertizo, pero no se te ocurra salir.

Yilda asintió agradecida. Arrancó un pellizco de pan, se lo llevó a la boca y lo masticó mientras escuchaba de fondo a Enya atrancar la puerta por fuera. El ruido del tablón al ser colocado sobre los soportes siempre le producía escalofríos, pero esta vez le sonó diferente.

El regreso a Flaviobriga de la expedición pasó desapercibido para la mayoría de la tribu.

Tras atravesar el corredor, los tres se dirigieron a la choza de Myrna para completar el funeral del gran jefe. Por el camino, Gwendal pidió a los pocos que se cruzaron con ellos que corriesen la voz de la convocatoria de esa noche antes de proseguir con sus quehaceres diarios; no habría nada que celebrar hasta que los restos de Kenny reposasen en el túmulo.

Una vez en el valle, Brian y Kalen descubrieron el cuerpo del gran jefe, depositaron su cabeza en el lugar donde siempre debió estar y volvieron a cubrirlo de tierra. Gwendal y Myrna les observaron en silencio. Cuando hubieron terminado, los cuatro se sentaron junto a la tumba para mostrar su cariño y respeto al difunto.

Deva, por su parte, recorrió el túmulo con la calavera de su marido en el regazo hasta que dio con un rincón apartado que le transmitía paz. Cavó un pequeño agujero con las manos, la enterró y permaneció a su lado el resto de la tarde.

Cerca del ocaso, Gwendal se puso en pie y extendió los brazos. Brian, Myrna y Kalen hicieron lo propio. Cogidos de la mano, giraron lentamente alrededor de la tumba.

Guiados por la gran druidesa, los tres pudieron sentir cómo el espíritu de Kenny se reencontraba con su cuerpo terrenal y emprendía por fin el añorado camino hacia el mundo de los muertos. Ninguno vertió una sola lágrima, el único sentimiento era la alegría de haber conseguido hacer por él ese último gesto.

Cerrada la noche, Gwendal se cubrió la cabeza con la capucha y caminó iluminada por la luz de la luna al encuentro de Deva, que continuaba sentada junto a su marido. El gesto de su cara y el brillo

de su espíritu hicieron saber a la druidesa que por fin había alcanzado la paz que tanto ansiaba y merecía, una paz que le había sido negada demasiado tiempo.

Se detuvo a su lado y le tendió la mano.

—Es hora de regresar a la aldea —le dijo—. Tu nueva tribu está esperándote para acogerte.

Deva se abrazó a ella y rompió a llorar. Durante los años en los que había vivido como una esclava jamás había imaginado que el destino le tuviese reservada una nueva oportunidad de ser feliz.

Al caer la noche, la tribu se reunió en el corazón de la aldea en torno a la mesa de celebración. La hoguera encendida junto a la piedra de sacrificios iluminaba las caras expectantes de todos los presentes, que aguardaban con impaciencia la llegada de la suma sacerdotisa.

Los cinco no tardaron en aparecer por la puerta sur. Caminaron hacia el centro de la aldea y tomaron asiento bajo la atenta mirada de la comunidad. Brian, Myrna y Kalen ocuparon sus lugares entre los guerreros; Deva acompañó a Gwendal hasta el lugar preferente que Enya le había reservado junto a Briana, que lucía su nueva túnica amarilla.

Transcurridos unos instantes de silencio, Gwendal se puso en pie.

—Esta noche los amanos podemos sentirnos satisfechos; los restos de nuestro gran jefe al fin descansan en el túmulo y su espíritu ha podido viajar en paz.

Luego levantó su cuenco de vino y les invitó con un gesto a beber en su memoria. Dio un pequeño sorbo y continuó:

—Brian y yo conseguimos entrar en Concana para recuperarlos. Gracias a Deva —la señaló inclinando la cabeza—, pudimos hacerlo de forma rápida y sin ser vistos. Hace años, su tribu también sufrió el asedio de los concanos, su familia fue masacrada impunemente y ella convertida en esclava. Ahora no pertenece a ningún sitio. —Gwendal hizo una pausa y miró a la estela del centro religioso antes de proseguir—: Esta noche quiero pediros que la aceptéis como a una más de la tribu.

Todas las miradas se centraron en Deva. Ninguno dijo nada, pero en todos podían apreciarse gestos de gratitud. Gwendal se volvió hacia ella y le ofreció su propio cuenco para que bebiera antes de retomar la palabra:

—Deva, a partir de ahora los amanos somos tu pueblo. Te querremos y protegeremos como a una hermana del mismo modo que hiciste tú, y del mismo modo en que deberás hacerlo siempre.

La mujer asintió.

Gwendal omitió hablar del embarazo de Deva tal y como ella misma le había pedido; lo llevaría en secreto tanto tiempo como fuese posible y ninguno de los tres revelaría jamás la identidad del padre. Por otro lado, tampoco habló del suyo. Había decidido con Brian que lo harían público el mismo día que habían elegido para constituir un hogar juntos: el próximo solsticio de samos. Para esa fecha, la normalidad se habría asentado definitivamente en la comunidad y nada enturbiaría el anuncio.

Tras unos instantes de alboroto, Gwendal levantó los brazos y todos callaron para escucharla.

—Aquella noche, Deva también nos condujo hasta la choza del gran jefe concano. Lo sorprendimos en la cama y ella misma le dio

muerte. Hoy os ofrecemos su cabeza como prueba de que no volverán a atacarnos; ahora que carecen de jefes y guía espiritual, tardarán mucho tiempo en recomponerse.

Brian se puso en pie con orgullo, desenvolvió la cabeza de Laro y la dejó sobre la mesa; pronto le serviría de recipiente para beber en las celebraciones. Los guerreros le rodearon espontáneamente y corearon su nombre, señalándolo como sucesor de Kenny.

—Brian, Brian, Brian…

Gwendal buscó a Sayer con la mirada y esperó su aprobación. El maestro constructor observó la reacción del resto de los aldeanos y se puso en pie:

—Con esta hazaña, Brian ha demostrado un gran valor. Lo aceptamos y reconocemos como nuevo jefe de los guerreros.

La tribu entera comenzó a corear su nombre al unísono. Brian agachó la cabeza; pensó en su padre, en Kenny, y en la gran responsabilidad que conllevaba el nombramiento; estuvo seguro de que ambos así lo habrían querido. Miró al cielo para mostrarles su respeto y asumió el cargo de gran jefe con un grito de rabia que retumbó por todo el poblado.

—Pero la paz que merecemos aún no es completa —continuó Gwendal. La tribu le devolvió su atención—. Los dioses se han puesto de nuestro lado y hemos de devolverles sus favores. —Hizo un gesto a Brian y a Kilian, agarró el cuchillo de cortar los asados y caminó hacia la piedra de sacrificios—. Traed a Yilda.

Los dos guerreros aparecieron poco después arrastrando por los brazos a la repudiada, a quien el mal estado de salud le impedía oponer resistencia. La subieron a la piedra de sacrificios y la sujetaron de pie.

—Desnudadla.

Brian le arrancó la túnica y la arrojó al fuego. Gwendal la miró a los ojos mientras colocaba la punta del cuchillo en su pecho buscando un hueco entre las costillas. Yilda, sumisa, resignada, asumió su propio destino con toda la templanza que fue capaz de reunir; hizo desaparecer el miedo de su rostro y le devolvió una mirada a Gwendal fría y desafiante como nunca.

—Los dioses te castigarán por esto —murmuró con las fuerzas que le quedaban.

Gwendal pegó los labios a su oído y en voz baja le dijo negando con la cabeza:

—Aún no lo has comprendido: yo soy los dioses. Y no voy a permitir que continúes entre nosotros.

Gwendal le hundió el cuchillo hasta la empuñadura y luego se apartó. Yilda se estremeció; un hilo de sangre, que al instante se convirtió en abundante manar, resbaló entre sus pechos y a lo largo de su vientre; lentamente cerró los ojos sin apartar la mirada en ningún momento de Gwendal, y poco después cayó sobre la piedra de sacrificios en posición fetal.

Gwendal se agachó para analizar el charco de sangre que bajo el cuerpo inerte se extendía; acto seguido, se incorporó y miró hacia el este interpretando las señales: «Tarde o temprano las guerras del otro lado del mar se extenderán por la Península. Las próximas generaciones deberán estar preparadas». Dio la espalda al cuerpo de Yilda en silencio y caminó hacia la mesa para dar comienzo al banquete.

El último agradecimiento de Gwendal durante la cena fue para Dilan y el resto de los guerreros autrigones, que al día siguiente partirían hacia sus poblados de origen con la misión cumplida de evitar que Flaviobriga fuese tomada. A partir de entonces, el pueblo de los amanos continuaría su camino en solitario, pero jamás olvidaría la deuda contraída con sus tribus hermanas del sur.

Aquella noche de samos, el Consejo de la Tribu de los amanos quedó constituido por Morgana, mujer sabia; Sayer, maestro constructor y jefe de los aldeanos; Brian, convertido en gran jefe de los guerreros; Enya, sacerdotisa de alto rango, y Gwendal, la gran druidesa que siempre les protegería ocurriese lo que ocurriese y fuese cual fuese el enemigo.

Listado de personajes

AUTRIGONES

Alan: guerrero
Alanna: esposa de Melvin y madre de Brian
Alanys: pastora
Allen: bardo (músico y contador de historias)
Aod: predecesor de Quinn en el cargo de druida supremo
Arlen: druida aspirante
Brent: aldeano
Brian: hijo de Melvin y Alanna
Briana: hija de Eirian y Alanys
Bric: el caballo de Kenny
Bronco: el caballo de Melvin
Caeli: gran druidesa de Uxama Barca
Cedric: anciano alfarero
Dailin: hijo de Gaela y aspirante a druida
Dilan: gran jefe de Vindeleia
Eileen: esposa de Sayer
Eirian: guerrero
Enya: hija de Sayer y Eileen. Hermana de leche de Gwendal
Erwin: anciano herrero
Evelyn: hermana de Quinn y madre de Gwendal

Gaela: gran druida de Vindeleia
Grun: el oso
Guick: el halcón
Gwendal: sobrina de Quinn e hija de Neil y Evelyn
Kalen: hijo de Kenny y Myrna
Kelly: esposa de Gaela
Kenneth: guerrero, padre de Eirian
Kenny: guerrero
Kevin: guerrero
Kilian: hijo de Owen y Linett
Linett: pastora. Mujer de Owen
Lugh: el dios principal
Mael: guerrero
Melvin: gran jefe de los amanos
Merlin: buscavidas
Morgana: partera
Myrna: repudiada
Neil: marido de Evelyn y padre de Gwendal
Owen: pastor de las montañas. Marido de Linett
Perth: repudiado
Quinn: druida supremo de los amanos
Sayer: carpintero y jefe de los aldeanos
Yanis: comerciante griego
Yilda: druidesa aspirante

CÁNTABROS

Artia: chamana
Celipe: guerrero
Deva: esclava
Érigo: explorador
Laro: gran jefe cántabro
Neco: explorador
Nel: explorador
Tamo: hijo de Laro y jefe cántabro
Yurde: explorador

Nota del autor

El castro de la Peña de Sámano está situado en lo alto de una atalaya natural en el municipio de Castro Urdiales (Cantabria).

Actualmente, a lo largo de todo el perímetro se aprecian restos de las murallas que cerraban el paso entre acantilados. También se conserva la cueva de Ziguste, una cavidad situada en la zona central de la denominada zona de habitación, aunque hoy en día está anegada casi por completo. El entorno y las vistas son impresionantes: al norte se puede ver el mar Cantábrico y al sur, valles frondosos.

En las inmediaciones de la entrada de la cueva se han encontrado diversos objetos metálicos y cerámicos fechados entre los años 300 a. C. y 150 a. C. Dentro se localizaron restos humanos, motivo por el que se supone que era bastante frecuentada en aquella época y que, quizá, se utilizaba para realizar ritos funerarios.

No es mucho lo que se conoce de la Iberia prerromana, pues sus gentes apenas conocían la escritura y lo poco que se ha encontrado está aún por descifrar. Por otro lado, los restos arqueológicos son escasos y se prestan a diversas interpretaciones.

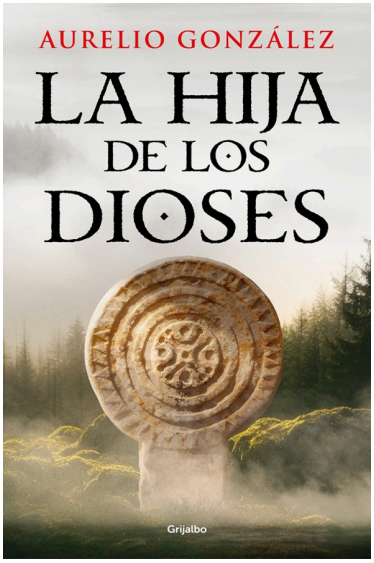
Una propuesta de los estudiosos es la de identificar el castro de la Peña de Sámano como el *Oppidum (S)Amanorum* citado por Plinio (*Naturalis Historia IV,1,10*), que aporta el gentilicio de los (*S)amani*, pueblo que perteneció al clan de los autrigones, cuya zona de

influencia estaba situada entre los ríos Nervión y Asón y el norte de la provincia de Burgos.

Según historiadores griegos y romanos, los autrigones contaban con diez ciudades o aldeas entre las que se encontraban Flaviobriga (*Portus Amanum*, hoy Castro Urdiales), Vindeleia (sin localizar, aunque se supone su ubicación aproximada) y Uxama Barca (la actual Osma). También se ha podido saber que los autrigones eran atacados por los pueblos cántabros con relativa frecuencia y que no dudaban en unir fuerzas entre aldeas a la hora de hacer frente a un enemigo común.

Las referencias temporales de la novela se rigen por el calendario celta y sus fiestas más importantes. La distribución y organización del interior del castro de la Peña de Sámano, los usos de las diferentes zonas en las que está dividido de forma natural, así como las descripciones e ilustraciones, están basados en el estudio arqueológico realizado entre los años 1996 y 1999 por Ramón Bohigas, Miguel Unzueta, Juan Tomás Molinero y Fernando Fernández, «El castro de la Peña de Sámano: *Oppidum (S)Amanorum*», recogido en *Regio cantabrorum*.

Antes de Roma, solo los dioses gobernaban el destino de los hombres.



En una remota aldea celta, la llegada al mundo de Gwendal, una niña marcada por una poderosa profecía, está a punto de cambiarlo todo. Huérfana desde las primeras horas de vida, crece bajo la protección de Quinn, el gran druida de los amanos, quien está convencido de que la pequeña desempeñará un papel clave en el futuro de la tribu.

Mientras el ejército romano se acerca y las luchas de poder se extienden en el poblado, Gwendal descubrirá que su vínculo con la naturaleza va más allá de lo imaginable, pero también aprenderá que, aunque los dioses señalen el camino, son las propias decisiones las que forjan el destino.

En esta novela épica e inolvidable, Aurelio González nos presenta un retrato fascinante de la vida anterior a la conquista romana, un auténtico viaje a los orígenes de la península ibérica.

Aurelio González (El Casar, Guadalajara, 1977) es técnico de construcción, pero su gran pasión es la escritura. En 2020 autopublicó sus dos primeras novelas y, ese mismo año, su tercera obra, *Fe labrada en piedra*, resultó finalista del Premio Internacional de Novela Histórica de Úbeda. En Grijalbo publicó *Aqua* (2025), una historia en torno a la construcción del acueducto de Segovia. Ahora se sumerge en la época anterior a la conquista romana en la península ibérica con su nueva novela, *La hija de los dioses*.



Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Aurelio González
Representado por Reynolds Literary
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© Marina Blanco Díaz, por las imágenes del interior

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: Agustin Escudero a partir de las imágenes de ©Alamy / Cordon Press y Freepik

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7570-5

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

[1] El torques es un collar rígido, redondo, normalmente de oro, bronce o cobre, propio de los celtas, abierto en la parte anterior, con forma de herradura.

[2] Actual Ampurias. Asentamiento comercial de los griegos de Focea. En el 575 a. C. se establecen frente a la costa, en la isla de Palaiápolis, y en el 550 a. C. lo hacen en tierra firme.

[3] Nombre griego de la isla de Sicilia.

[4] Mar Mediterráneo: en latín, *mar Medi Terraneum* (mar entre las tierras); en griego, Mesogeios Thalassa, con el mismo significado.

[5] Estas montañas se corresponden con los Pirineos.

[6] Estrecho de Gibraltar.

[7] Estas montañas se corresponden con los Pirineos.

[8] Nombre griego de la isla de Córcega.

[9] Nombre fenicio de la isla de Cerdeña.

Índice

La hija de los dioses
Primera parte
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

Segunda parte
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14

Listado de personajes
Nota del autor
Sobre este libro
Sobre Aurelio González
Créditos
Notas